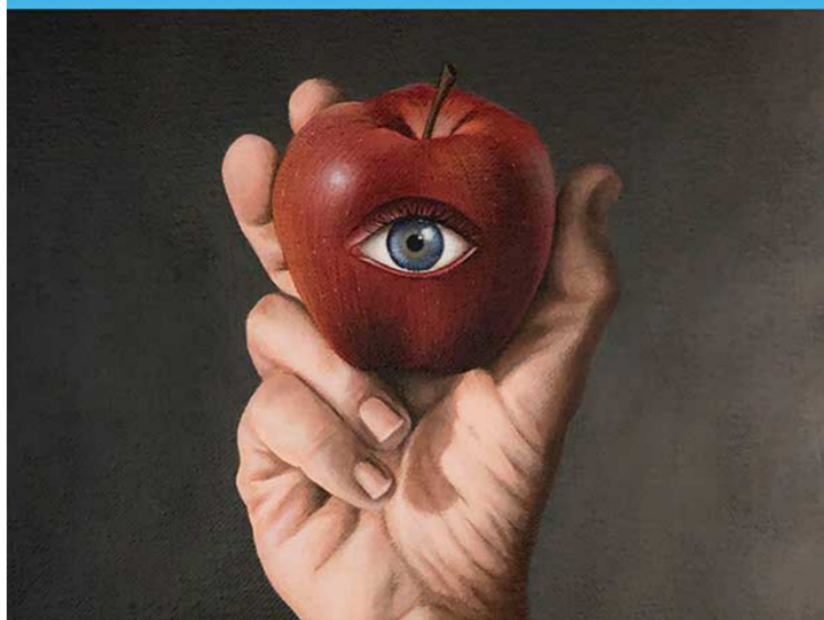
Kike Cherta

Los Miralles



Los Miralles, una atípica familia valenciana, están convencidos de que el manzano que crece en el patio de su alquería es de origen divino. De hecho, creen que es el mismísimo Árbol del Bien y del Mal, el mismo del que comieron Adán y Eva embaucados por una serpiente parlanchina. Desde hace generaciones, tienen una única misión: vigilarlo noche y día para que nadie vuelva a probar jamás el fruto prohibido.

Partiendo de esta premisa tan increíble como verosímil, Kike Cherta indaga en las dudas y paradojas propias de cualquier tradición, en las influencias y las dinámicas familiares, en la culpa asociada a las raíces. Envuelta en un aura mágica que casi no deja diferenciar lo que es real de lo que es milagro, la novela se nutre de un punto medio ideal entre trascendencia y humor. Su descripción de costumbres y paisajes bebe de la idea de la España vaciada, pero no olvida la importancia de una trama y unos personajes únicos, que son quienes dan auténtico sentido y ritmo a la obra. Un libro que nos descubre uno de los debuts más originales y ambiciosos de la literatura española de los últimos tiempos.

Kike Cherta

Los Miralles

ePub r1.0

Titivillus 01.04.2024

Kike Cherta, 2023
Imagen de la cubierta Rubenimichi
Imágenes del interior Valentina Silva
Una versión previa de esta novela recibió la Beca a la Creación Literaria de la Comunidad de Madrid 2018.

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



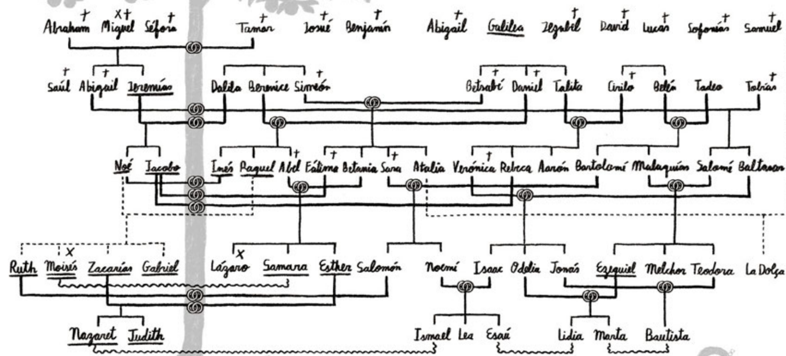
Para Ro y Mateo, por ser mi mejor viaje.
Para mis padres, por ser nido
y por empujarme a volar.

«¿Son ellos hebreos? Yo también.
¿Son israelitas? Yo también.
¿Son descendientes de Abraham? Yo también.
¿Son servidores de Cristo? Yo más».

2 Corintios, 11:22

«Y qué le voy a hacer si yo nací en el Mediterráneo».

Joan Manuel Serrat



Los Miralles
† Fallecidos
Matrimonio
Personajes Clave
- - - Extramatrimonial
× Traidores
~~ Prometidos
Villa Milagro
Casa de Labores
Abraham
Miguel
Séfora
Tamar
Josué
Benjamín
Abigail
Galilea
Jezabel
David
Lucas
Sofonías
Samuel
Saúl
Abigail
Jeremías
Dalila
Berenice
Simeón
Betsabé
Daniel
Talita
Cirilo
Belén
Tadeo
Tobías
Noé
Jacobo
Inés
Raquel
Abel
Fátima
Betania
Sara
Atalía
Verónica
Rebeca
Aarón
Bartolomé
Malaquías
Salomé
Baltasar
Ruth
Moisés
Zacarías
Gabriel
Lázaro
Samara
Esther
Salomón
Noemí
Isaac
Odelia
Jonás
Ezequiel
Melchor
Teodora
La Dolça
Nazaret
Judith
Ismael
Lea
Esaú
Lidia
Marta
Bautista

Introducción. La serpiente

El día que mi padre creyó ver al diablo yo no estaba en casa. De hecho, llevaba una eternidad sin saber de mi familia. Quince años sin traspasar el umbral de azulejos rotos de Villa Milagro.

Lo hice a conciencia. Se me volvía el aire fango si alguna vez pensaba en regresar. Escribirles una carta o una postal habría sido como arrancarme un ojo. ¿Para qué andarme con rodeos? Mi casa nunca fue un hogar. Mi casa era un manicomio. Locos cuerdos. Locos que razonan, que dialogan, que rebaten, que convencen. No hay peores locos que los locos cuerdos. Y lo que es aún peor: la chifladura de mi familia se remontaba varias generaciones atrás. Mis padres, mis abuelos, mis bisabuelos, mis tatarabuelos, todos eligieron permanecer anclados a ese terruño frente al mar, decididos a no moverse jamás, a volverse estatuas de sal, fieles al propósito idiota de custodiar un manzano pocho. El destino de la familia Miralles es y siempre fue, hijo mío, atiende, toma nota, ¿a qué viene esa arruga en la frente?, hincha el pecho, siéntete orgulloso, el destino de la familia Miralles es y siempre fue ser perros guardianes.

Yo me fui. Yo estuve en Barcelona, en Copenhague, en Adís Abeba, en Manaos, en Johannesburgo, en Luang Prabang, en Bucarest, en Yakarta, en Zacatecas, en Shanghái, en tantos sitios, en nunca suficientes sitios. Gasolineras en medio de ninguna parte creadas expresamente como refugio donde comprar cerveza. Lavarse las axilas y recortarse la barba a escondidas en un baño público. Pasear por una ciudad extraña, rodeado de gente extraña —extraño color de piel, extrañas ropas, extrañas costumbres— y ser consciente de que, en realidad, el extraño eres tú. Yo hice lo contrario de lo que mi familia esperaba de mí: no dejé de moverme jamás. Crucé de un país a otro país como si la vida me fuera en ello. Si por algún casual permanecía más de un par de meses en una

misma ciudad, en un mismo villorrio de casitas de adobe, en un mismo chamizo perdido en el culo del mundo, me sentía enfermar. Las piernas me temblaban y, después de cada comida, vomitaba una bilis blanca y espesa como leche a medio cuajar. Las náuseas no cesaban hasta que, una vez más, agarraba la mochila y volvía a la carretera. Sin destino, sin hogar, sin amigos, sin un euro-dólar-peso-dirham-rupia-yuan en el bolsillo. Las pasé canutas. Esa es la verdad. A lo largo de estos años me vi obligado a hacer cosas de las que no me siento orgulloso. Pero y qué. A ver. Y qué. Es el precio de la libertad. Yo sé cosas ahora. Sé, por ejemplo, que en Jartum los niños de la calle hablan una lengua secreta llamada rendók. Sé que en Zanzíbar el plancton del mar brilla por las noches como si fuera purpurina. Sé que en Potosí los cigarrillos te duran más porque la ciudad se encuentra a cuatro mil metros de altura y la escasez de oxígeno hace que el tabaco arda más lentamente. Sé que en la India los travestis son a la vez santos y mendigos. Sé, en fin, y por no extenderme, que en California puedes ganar un buen jornal recolectando marihuana.

El día que mi padre creyó ver al diablo, yo me encontraba a diez mil kilómetros de distancia. Concretamente en Bangkok, concretamente en el barrio de Sukhumvit, concretamente en un apartamento mugriento arrendado a un especulador cantonés. Mi teléfono móvil sonó a las dos de la madrugada. Yo contesté medio dormido. Fue entonces cuando una mujer desconocida me informó de que mi padre creía haber visto al diablo. Esa era la primera vez en quince años en que alguien mencionaba el nombre de mi padre. La mujer dijo llamarse señora Nissenbaum. Afirmó ser el enlace administrativo de Antich & Asociados, una empresa dedicada al desarrollo urbanístico. Aquel era un asunto de suma importancia. Eso dijo la señora Nissenbaum, a través del altavoz del móvil. De suma importancia.

—¿Es usted Moisés Miralles? ¿Su padre es Noé Miralles? No cuelgue. Debo comunicarle un asunto de suma importancia.

Yo la escuché hablar con una sensación de irrealidad cosquilleándome en la punta de los dedos. Mi padre. El manzano. La misión sagrada de los Miralles. La madrugada en la que me fui. Todo me volvió de golpe, como un bastonazo en los ojos.

De eso hace dos días. Desde entonces, no he dejado de pensar en

mi padre. Me he dado cuenta de que no consigo recordar su rostro: es como intentar aferrar un agujero. Lo que sí recuerdo con sorprendente nitidez son cada una de sus numerosas manías, sus invariables automatismos de hombre terco. ¿Cómo es eso que dicen los buenos hijos en los funerales? Ah, sí: mi padre siempre fue un hombre de costumbres. Cuando la señora Nissenbaum, enlace administrativo de Antich & Asociados, me llamó por teléfono, fue directa al grano. No supo o no quiso darme demasiados detalles sobre cómo mi padre había creído ver al diablo. Pero yo, que todavía me sé de memoria las rutinas del que fue mi antiguo hogar, no tengo ninguna duda acerca de cómo sucedieron las cosas esa mañana de octubre.

A las cinco y veinte de la madrugada mi padre abrió los ojos. Faltaban exactamente diez minutos para que sonase la alarma del despertador. Mi padre siempre ha tenido un despertar de autómata. Un instante está durmiendo y al siguiente el ronquido se le parte en dos con un hachazo, el cerebro se le electrifica, listo para entrar en acción. Demasiadas guardias nocturnas en su niñez y en su juventud y en su vejez. Yo me despierto igual. Mi hermano Zacarías se despierta igual. Mi hermano Gabriel se despierta igual. Mi padre nos enseñó a todos a pasar del sueño a la vigilia con la profesionalidad de un gato. A mi hermana Ruth no: ella es mujer. Dios no la creó con alma de centinela, a su cargo dejó otros menesteres, principalmente el de parir a otros Miralles. ¿No lo he dicho? Además de chiflados, en mi familia son unos rancios machistas. De modo que a las cinco y veinte, diez minutos antes de que sonase el despertador —estoy convencido de que es así como sucedió—, mi padre se despertó como cercenando el sueño y se quedó con los ojos abiertos, inmóvil bajo las sábanas, aguardando a que las manecillas del reloj marcasen las cinco y media. Mi madre dormía en el otro extremo de la antigua cama matrimonial. Roncaba flojito.

Por la ventana, la luz entraba de lado como deslizándose por un tobogán.

Luz masticable del Mediterráneo que nace apelmazada y mansa, del color de la mandarina.

He dado la vuelta al mundo y no he visto otra luz como esa.

Un segundo antes de que el despertador comenzase a sonar, mi

padre alargó la mano y lo apagó. Luego se levantó con el sigilo aprendido tras muchos años compartiendo cama. Se quitó el pantalón del pijama y la camiseta, los dobló sobre las rodillas y los dispuso sobre la almohada. En bolas, se dirigió al armario en busca de una muda nueva. Mi padre siempre ha sido un hombre alto y flaco. Muy alto y muy flaco, quiero decir. Desnudo, debe de ser igual que un árbol seco. Caigo en la cuenta de que han pasado quince años. En este tiempo, por fuerza, la carne de mi padre se habrá licuado, las vértebras se le habrán ido encajando una sobre otra, mi padre habrá perdido, como mínimo, siete u ocho centímetros de estatura. Pero seguirá siendo un hombre alto, de eso no me cabe duda, y flaco hasta decir basta. Lo que más llamaba la atención de mi padre eran sus manos enormes. Dedos largos que parecían tener veinticinco falanges. Dedos como las ramas del árbol seco que mi padre era, y seguro que todavía es. Cuando, alguna vez a lo largo de estos años, he soñado con él, nunca he podido distinguir su rostro —ese agujero—, pero sí sus manos. Se me aparecían reposando sobre la mesa, prehistóricas y largas, abandonadas junto al vaso de vino o la taza de café que apestaba a carajillo. En mis sueños no sucedía nada más. Las manos tan solo estaban ahí. Disecadas. Como esperando.

La gente normal se sienta en el borde de la cama para ponerse los pantalones y calzarse, pero mi padre no, mi padre solo se sienta cuando le toca hacer guardia. Por eso sé que el día que mi padre creyó ver al diablo, él se vistió de pie, apoyándose quizás en la cómoda de la bisabuela, quizás en el marco de la puerta. Pantalones de pana y una camiseta de tirantes de algodón blanco. Un jersey también, si es que la mañana había amanecido fresca. Alpargatas en los pies. Mi padre salió de la habitación y bajó las escaleras. En la cama, mi madre abrió los ojos, constató que su marido se había marchado a cumplir con sus obligaciones y volvió a dormirse.

En lugar de ir al baño, mi padre se dirigió a la cocina. Abrió el grifo del fregadero y se refrescó la cara allí mismo. Como si lo viera. Todos los putos días igual. Para secarse, mi padre usó el dorso de la mano, nada de toallas o trapos. La cocina es grande y antigua, toscamente reformada. Las estanterías de pino se comban bajo el peso de los platos de cerámica y las jarras de peltre, el ajuar de varias generaciones acumulándose sin orden ni medida; en esta casa

no se tira nada: ni una vinagrera perforada, ni un plato hortera, ni un cucharón cimbrado. Gran cantidad de cacerolas, carretes de pesca, damajuanas de vidrio verde, cestos de mimbre, no hay espacio para tanto cachivache. La despensa queda al fondo, oculta tras una cortina de tela. El horno, incrustado en la pared, data de principios del siglo xix, de una época en la que la mayoría de la gente no podía permitirse un horno. Ese horno con remaches de bronce es un símbolo. Un recuerdo de que, hace mucho tiempo, la residencia de los Miralles fue una distinguida alquería.

Alquería: así es como llaman en Valencia a esas casas de campo con pinta de castillos que los campesinos con posibles levantaron tiempo ha con el fin de dejar claro a sus vecinos que ellos no, ellos de ninguna manera, ellos en modo alguno eran como los muertos de hambre que los rodeaban. En su época, Villa Milagro debió de ser una finca hermosa. Hoy es una reliquia. Telarañas y grietas.

Mi padre desayunó de pie —ya he dicho que mi padre solo se sienta cuando está de guardia—, la panza arrimada a la encimera, cuidando de que las migas cayesen en el fregadero. Una rebanada de pan y unas lonchas de queso de oveja. Para beber, café frío de la noche anterior, que mi madre o tía Inés guardaron en un termo antes de acostarse. El mismo santo menú de cada santa mañana.

Una vez comido, mi padre salió al patio. Allí lo recibieron los perros más madrugadores. Pudo haber, quizás, algún brinco, también un mover frenético de rabo, pero nunca, de eso estoy seguro, un ladrido. Los perros de Villa Milagro han sido educados a conciencia y solo ladran si hay un motivo. Cuando yo me fui, en casa teníamos nueve perros. Todavía puedo recitar sus nombres del tirón: Expósito, Pentecostés, Corintio, Inmolado, Cabal, Fariseo, Jericó, Oveja y Munífico. Me pregunto cuántos perros habrá ahora. ¿Más? ¿Menos? Seguramente más. Sí, seguramente muchos más.

En todo caso: el patio. Mi padre salió por fin al patio.

El centro de la casa. El centro del universo. Literalmente: el centro del universo.

El patio interior de Villa Milagro es rectangular. No tiene ventanas y la única entrada se encuentra protegida por una pesada cancela de hierro forjado. Sobre la cancela, unos arcos abovedados recuerdan a un patio andaluz. O tal vez a un convento dominico, no sé. A algo con pinta de antiguo, en todo caso, algo arcaico y cuya

memoria languidece hinchada de bostezos. Un parral que da unas uvas incomibles se enreda en las columnas y, bajo la sombra de los arcos, se acumula una infinidad de trastos viejos. Una nevera coloreada de verde por la humedad. Una cocina de *camping* gas. Azadas, corvillas, sacos de fertilizante.

Los muros que rodean el patio —los muros que rodean el centro del universo— son robustos. Impropios de un chalet, adecuados para una cárcel. En los bordes de las tapias destaca el perfil dentado de una alambrada, también cristales de botella mezclados con argamasa y dispuestos aquí y allá con toda la mala leche del mundo. Cada tanto, alguna gaviota se raja un ala con la concertina o se corta una pata con los cristales, y entonces en Villa Milagro se alegran porque al menos ese día habrá algo que comentar a la hora de comer. El muro este del patio da directamente al mar, a un acantilado que desciende siete metros en picado hasta el Mediterráneo. A pesar de esa disposición infranqueable, esa tapia es igual de espinosa que las demás, la misma ferocidad contra el mismo hipotético e invisible enemigo.

En el centro del patio —en el centro del centro del universo— hay una sombrilla, una mesita de plástico y una mecedora.

Esa es la mecedora del Guardián.

Enfrente, se alza el puñetero manzano desbordado de sol.

Guárdale respeto. Salúdalo. Hazte la señal de la cruz. Escucha, hijo mío, pon atención: ese manzano es responsabilidad nuestra, de los Miralles, nuestra y de nadie más; al que se acerque a ese manzano le descerrajamos un tiro en la frente, le acuchillamos los riñones, le abrimos el buche de un tajo, lo tiramos al mar y amén.

Llegados a este punto de la jornada de mi padre, se me presentan dos opciones. Sentado en la mecedora del Guardián, abrazado a una escopeta Remington 870, podría estar mi hermano Zacarías o bien mi hermano Gabriel, todo depende de a cuál de los dos le hubiese tocado en suerte hacer el turno esa noche. Puestos a elegir, prefiero a Gabi, que es menos gilipollas.

Gabi era —y por fuerza todavía es— de voluntad escasa. De entendederas limitadas. Un poquito lelo, vaya. Eso es lo que pasa cuando tu mujer es también tu prima, no sé si me explico. Y es que los Miralles llevan generaciones casándose entre ellos. Fornicando entre ellos. Soportando el mismo aburrimiento ancestral, siempre

entre ellos. Gabi tiene cuatro años menos que yo. Durante mi ausencia, no me cabe duda, habrá cambiado. Pero, aun así, su cuerpo seguirá siendo rotundo y achaparrado. Seguirá arrastrando la pierna derecha. Me juego el alma a que Gabi todavía será el mismo buenazo de siempre.

—Buenos días, padre —supongo que dijo al ver llegar a mi padre aquella mañana de octubre, hace apenas un par de semanas —. Todo está en su punto.

—Se dice todo está en orden —replicó mi padre.

—Pu-pues eso —insistió Gabi, pestañeando como una ardilla—. Pues eso.

Ah, se me olvidaba un detalle: la radio. Sí, eso es, qué tonto, ¿cómo se me ha podido pasar? Sin la radio el retrato del patio y, por extensión, el retrato de ese día en concreto, queda incompleto. Junto a Gabi, sobre la mesa blanca de plástico, en el mismo lugar donde siempre ha estado, un transistor desgranaba sus canciones de mercadillo. La radio es la única distracción tolerada en Villa Milagro. Cuando me fui, la televisión estaba prohibida —y me apuesto los ojos a que sigue estándolo—. Los ordenadores, prohibidos también. Los teléfonos móviles, la *Play* Station, Netflix, Spotify, Instagram, la industria del entretenimiento del siglo xxi al completo, todo prohibido. Solo la radio consiguió hacerse un hueco en la alquería. Por eso, porque es el único vicio que se les permite, los Miralles suelen abusar de la radio y casi nunca la apagan. El runrún de la emisora de turno es un fondo sonoro que, de tan perpetuo, se ha amalgamado con el aire de la casa, y ha acabado por escurrirse dentro de las cabezas de sus habitantes. Todavía hoy, al acostarme, al cerrar los ojos y buscar conciliar el sueño en cualquier pensión de cualquier país extranjero, a veces, ya digo, me parece oír de fondo la entradilla musical de un programa nocturno. Hablar por hablar, por ejemplo, con Gemma Nierga, a quien más tarde sustituyó Fina Rodríguez. ¡Hay que ver cómo lloró la señora Nierga durante su despedida del programa! La radio como único enlace con el mundo exterior.

Después de saludar a Gabi, mi padre cruzó el patio y se arrimó al huerto que crece esforzadamente contra la pared que da al mar, al abrigo del viento salado. Se bajó la bragueta y meó sobre las berenjenas y los pimientos. Mi padre nunca ha usado el cuarto de

baño, a no ser que fuese para hacer aguas mayores. A él lo que le iba era mear al aire libre, sentir la brisa matutina enfriándole las gotitas de pis en la punta del cipote. Esta es una buena manera de definir a mi padre: es el tipo de hombre que gusta de mear al aire libre. Mientras regaba la huerta, de espaldas a su hijo lelo, mi padre dijo:

—Gabriel, nos estamos quedando sin abono, habrá que ir donde Vinuesa.

O tal vez:

—Tu madre quiere que bajes con ella a la Casa de Labores.

O quizás:

—Hace tiempo que no practicáis con la escopeta. Ve con Zacarías a La Caleta, llevad unas latas, afinad la puntería.

En cualquier caso, y dijera lo que dijese, Gabi sonrió y dijo sí, padre, cómo no, padre. Luego mi hermano se levantó de la mecedora con el cuerpo cubierto de hormigas. Conozco la sensación. Después de una noche en la mecedora, los brazos parecen ajenos, las piernas son de gelatina. La Remington pasó de las manos de Gabi a las de mi padre.

Son las mismas manos, por cierto. Gabi heredó de mi padre los dedos tremebundos y los nudillos como parachoques de camión que caracterizan a un buen Guardián. Al gilipollas de Zacarías también le crecieron esas mismas manos. Yo, en cambio, tengo unas manos delicadas, de dedos sibilinos, que nadie sabe de dónde han salido. Ya se veía venir, ¿no? Manos de carterista. Manos de traidor.

—Vete a dormir —le dijo mi padre a Gabi.

Y mi hermano se marchó arrastrando la pierna derecha.

Mi padre tomó el relevo en la mecedora, la escopeta cruzada sobre las rodillas. Enfrente, el manzano se mecía arrullado por la brisa mañanera. A esas horas, y si los cálculos no me fallan, en el transistor todavía andarían presentándose los contertulios del programa matutino. El locutor daría los buenos días con una euforia exagerada y, enseguida, daría paso a una broma telefónica, unas palabras de nuestro querido patrocinador, el parte meteorológico, hay que comenzar el día con energía y buen humor. A los pies de la mecedora, tres o cuatro chuchos que más parecían tres o cuatro lobos.

Esta es la única vida que yo le he conocido a mi padre.

El tronco torcido del manzano. Las arrugas familiares de la madera. Cinco ramas principales que se abren al cielo como una mano implorante que pide limosna, y, brotando de ellas, decenas de ramas más enclenques. Las manzanas verdes y mustias. Luz concentrada del Levante. Una bandada de tordos que rasguea el cielo.

Y la mecedora.

Y la escopeta.

Y el transistor.

Y los perros.

Y mi padre.

Así eran, así son, así han sido siempre las cosas en Villa Milagro.

Y cuando digo siempre quiero decir desde el mismísimo origen de los tiempos.

Porque el manzano no tiene edad. El manzano es eterno. El manzano es —eso creen los Miralles— tan viejo como el hambre o el sol o la fuerza de la gravedad. Un manzano normal no vive más de doscientos años, y eso siendo generosos. El nuestro llevaba ahí desde el mismísimo puñetero instante en el que Dios Nuestro Señor tuvo a bien ponerse al tajo y decir: hágase la luz. O por lo menos así se lo fueron repitiendo los Miralles generación tras generación, una y otra vez la misma historia. Que el manzano ya estaba ahí cuando ellos llegaron. Inmutable. Glorioso. Eterno. Las palabras de mis padres susurradas a luz de una bombilla de bajo consumo tomándose de la mano con las palabras de mis abuelos susurradas a luz de un candil tomándose de la mano con las palabras de mis antepasados susurradas a la luz de una vela y de una hoguera y de las estrellas y creando así una larga cadena de palabras que se pierden en las brumas del tiempo.

Y Yahvé creó el jardín del Edén, exuberante de vida y maravillas, y en el centro mismo del Edén —del universo recién parido— hizo crecer un manzano. Lo llamó el Árbol del Bien y del Mal y convocó a Adán y a Eva para decirles: libres sois de hacer todo cuanto os plazca, no hay nada en la Creación que no os pertenezca, pero alejaos de ese manzano, jamás comáis de su fruto, solo eso os prohíbo. Y la serpiente engañó a Eva, y Eva engañó a Adán, y el hombre y la mujer comieron del manzano. Y Yahvé desató su ira sobre sus hijos predilectos y los desterró para siempre

del jardín del Edén. Y mandó llamar a cuatro ángeles querubines y a una espada de fuego zigzagueante y les ordenó que custodiasen el Árbol de la Vida. Y esos ángeles eran hermosos e insobornables. Y esos ángeles fueron los primeros Guardianes: los primeros Miralles. El tiempo pasó y todo cambió menos el manzano. Uno a uno, los ángeles fueron seducidos por lindas muchachas —hijas lejanas de Eva— y, de algún modo, se las apañaron para reproducirse —aunque, en teoría, los ángeles no tienen sexo, pero ¿a quién le importan esos detalles?—; los hijos de los ángeles perdieron las alas, pero conservaron intacta su esencia divina. Los milenios se sucedieron, los siglos se desgranaron, y, por fin, un día, sobre estas tierras, apareció la alquería blanca que vio nacer a mis antepasados. Se fundó la finca de Villa Milagro y se fundó también la Casa de Labores. Se dividieron los Miralles en dos y se repartieron las tareas y las obligaciones. Todo con el propósito único de salvaguardar el manzano hasta que el mar, tan cercano, se tornase desierto.

Así pues, esa mañana de principios de octubre mi padre no hacía sino cumplir con el mandato que el Buen Señor le había encomendado a mi familia.

Todo era como siempre había sido.

Nada parecía ser susceptible de cambiar jamás.

Y entonces, a mi padre le pareció ver una serpiente.

Eso es lo que la señora Nissenbaum, enlace administrativo de Antich & Asociados, me contó por teléfono. Que a mi padre le pareció ver una serpiente en el patio. En realidad, digo yo, al principio apenas fue capaz de distinguirla entre las hortalizas de la huerta. Serpiente verde entre hierbas verdes. Mi padre solo debió de percibir un tenue movimiento y no le debió de dar importancia. Pero luego captó algo por la esquina del rabillo del ojo y comprendió —eso es lo que me contó la señora Nissenbaum, a saber cómo se enteró ella de todo esto— que aquello era una serpiente. Pero cuidado. No hablamos de una de esas culebrillas bufas que a veces rebuscan en las huertas valencianas. Para nada. Hablamos de una serpiente larga e imposible, uno de esos bichos mortíferos que no existen en Europa, mucho menos en la costa del Azahar de la península ibérica, una de esas serpientes como las que yo sí he visto en Nicaragua, en India, en Birmania. Una serpiente con unos anillos como pulseras de oro sobre los que arrastrar su cuerpo en zigzag.

Una serpiente que era el diablo.

—Hijo de puta —puede que dijera mi padre; seguro que dijo mi padre—. Después de tanto tiempo, por fin estás aquí. Hijo de puta.

Mi padre apagó el transistor y aguzó el oído buscando captar el movimiento del reptil. Fue entonces cuando los perros comenzaron a ladrar. ¿Notaron ellos también la presencia de la serpiente? ¿O tal vez, una explicación más mundana, reconocieron la inquietud de su dueño y actuaron por pura solidaridad? Nueve perros grandes, o tal vez más ahora, diez, doce, catorce perros grandes y crueles, elegidos expresamente por su fealdad y su tamaño, ladrando al unísono. El escándalo tuvo que oírse a kilómetros. Mi padre quiso correr hasta el manzano, pero algo le mantuvo enraizado a la mecedora. Probó a levantar la Remington, pero los brazos le pesaban toneladas. ¿Por qué no era capaz de moverse? ¿Acaso la serpiente lo había envenenado?

Con la vista borrosa, mi padre buscó al diablo. No podía haber avanzado mucho, se dijo. No tanto, al menos. No podía, en modo alguno, haber llegado hasta el manzano. Y en modo alguno, se repitió, había tenido tiempo de arrastrarse como un relámpago y morderle el tobillo, ningún animal era así de rápido, ¿no es cierto? Mi padre sudaba gotas redondas. Corintio, Munífico, Cabal, Expósito, Jericó, Pentecostés, Inmolado, Oveja y Fariseo, o como sea que se llamen ahora los perros que custodian el árbol, encadenaban un ladrido tras otro. El jardín reverberaba con la alarma de los chuchos. Ya Zacarías bajaba las escaleras corriendo. Ya Gabriel salía de la ducha medio en pelotas. Ya mi madre llamaba desde la cama. Ya tía Inés se despertaba con el camisón empapado en sudor.

Y entonces, por encima incluso del jaleo de los perros, a mi padre le llegó el siseo del reptil. Y en aquel siseo le pareció distinguir palabras. La serpiente lo estaba llamando por su nombre.

—Noé, Noé, Noé.

Y enseguida, para volverlo todavía más personal y más surrealista, la serpiente lo insultó:

—Noé, perdedor, inútil, atontado.

Eso fue lo que mi padre contó más tarde. Que la serpiente lo llamó por su nombre y que luego se burló de él. Mi familia lo creyó, por supuesto. Ya he dicho que mi casa es un manicomio. Dudo que

la señora Nissenbaum lo creyese, pero me lo contó igual: su padre dice que vio una serpiente y jura que lo llamó por su nombre; asegura, además, que lo insultó, menuda ocurrencia, una serpiente que habla, como comprenderá, su padre delira, ya lo siento, hágase cargo, ¿comprende la gravedad de la situación?, como le he dicho, este es un asunto de suma importancia.

Después de los insultos de la serpiente, a mi padre se le llenó la boca de espuma. La escopeta se le escurrió de las manos y se quedó con los ojos demasiado abiertos y la barbilla apuntando al cielo. La jauría de perros aullaba, corriendo en círculo por el patio.

De este modo fue como mi padre creyó ver al diablo y como, de la impresión, sufrió un ictus y acabó en el hospital.

Yo no estaba en casa ese día. Pero sé que todo sucedió exactamente, más o menos, como acabo de imaginármelo. Ahora, después de quince años, me dispongo a volver a Villa Milagro. Nada bueno puede salir de esto.

PRIMERA PARTE

1. Caracoles

En medio de ninguna parte. Ahí es donde le digo al conductor del autobús que quiero que me deje. En medio de ninguna parte. Ahí vive mi familia, ahí se encuentra mi antiguo hogar. El conductor del autobús me dice:

—¿Donde la urbanización Las Marismas?

Y yo le digo que no, hostias, que en la urbanización Las Marismas no. En medio de ninguna parte. Pasado el puente de piedra, justo enfrente de la desembocadura de ese río esforzado y torcido que ni siquiera tiene un nombre oficial. Río Lodo, lo llaman los paisanos. Un nombre apropiado: su caudal no trae más que barro y renacuajos, futuros sapillos de piel marrón. Río Lodo. Cuánto tiempo sin pensar en él. Aunque parezca mentira, al llegar al mar, el río forma una bonita desembocadura. Cañas y pájaros y flores blancas que flotan en el agua igual que barcos de papel. El conductor del autobús resopla y me dice:

—Entonces, chaval, es lo que te digo: donde la urbanización Las Marismas.

Me callo. Han pasado quince años. Muchas cosas pueden haber cambiado. Estoy de pie en el pasillo del autobús, gritándole al conductor para que pueda oír mi voz por encima del traqueteo de las ruedas. Equilibrio. El autobús es viejo. La enorme palanca de cambios ruge con un sonido hidráulico. Fuera está comenzando a llover. Veo cómo las primeras gotas torpedean el parabrisas. El conductor no me mira, sigue con la vista fija en la carretera, pero arruga su bigote en el retrovisor para demostrarme que ya está bien, que le estoy tocando un poco los huevos. Le digo:

—Me parece bien. Donde la urbanización Las Marismas. Qué más da.

Y vuelvo tambaleándome hasta mi asiento.

Hay otras ocho personas en el autobús. Tres de ellas forman una familia árabe: padre, madre e hija adolescente. La madre lleva velo, la hija, unos vaqueros bastante ceñidos, el padre, barbita de chivo y camisa sudada. Los inmigrantes marroquís son los únicos que siguen acudiendo a estos pueblos olvidados de la mano de Dios. Se

instalan, abren carnicerías halal, trabajan de jornaleros, hacen planes. El resto, se larga. Adiós, muy buenas. Ahí os quedáis, pringados. Las otras cinco personas que llenan el autobús son ancianas de pelo cardado. Me observan en silencio con una dignidad exagerada, manos en el regazo y el bolso bien protegido. Vienen de la capital. Han ido a hacerse una revisión médica o a visitar a esas hijas que, en cuanto cumplieron la mayoría de edad, emigraron a la gran ciudad —se escaparon a la gran ciudad—. La última parada del autobús es Berinossent, que es también el pueblo más cercano a la alquería de mis padres. En Berinossent estudié. En Berinossent trapicheé. A Berinossent me escapaba con mi Vespino para meterle mano a mi prima Samara. Berinossent no es feo. Tampoco es bonito. Tiene mar, al menos. Tiene, también, y para compensar, unos apartamentos horrorosos y muy valencianos que ansían comerse el mar. Grúas y hormigoneras por todas partes. En Berinossent vive la otra mitad de mi familia, hacinados en un bloque de pisos llamado la Casa de Labores. A su manera, la Casa de Labores es tan prisión como Villa Milagro, puede que incluso más. A las viejas del autobús no las reconozco, pero eso no importa, seguro que ellas a mí sí. Cotillas de pueblo. Imposible escapar a su juicio. Xiques, escolteu, no us ho creureu, comentan sin que yo las oiga, el mayor de los Miralles ha vuelto a casa. Miradlo, qué pinta de vagabundo trae. Con esa barba roñosa y esa mochila destrozada. Después de tantos años regresa con el rabo entre las piernas. Se hace saber. Ya es oficial. Que s’entere tot el veïnat.

La relación de los habitantes de Berinossent con mi familia siempre ha sido complicada. Todo el mundo en el pueblo sabía que los Miralles solo se casaban entre Miralles, solo tenían hijos entre Miralles, solo trataban entre Miralles. A buen seguro nuestra forma de vida los sorprendía y puede que incluso les causara aversión, sin embargo, nadie jamás ha osado interferir. A mi familia se la trataba con la misma indiferencia —rayando el desdén— y con el mismo respeto —rayando el miedo— con el que se trata a las familias de gitanos que viven en las barriadas de las ciudades de provincia. Déjales hacer y no te metas, que es peor. Cuando yo me fui, en Berinossent había una rotonda que funcionaba al revés. Todo el

mundo sabía que esa rotonda estaba mal diseñada, pero todo el mundo sabía también cómo debía tomarla para evitar accidentes. El pueblo entero había interiorizado el mal funcionamiento de la rotonda y lo había vuelto propio. Los Miralles éramos esa rotonda.

En el bolsillo lateral de mi mochila guardo dos botellitas de Ballantine's, tamaño liliputiense. Las robé de la sala vip del aeropuerto de Frankfurt en el que hice escala en mi viaje desde Bangkok. Abro una y, disimulando, procurando que las viejas cotillas no me vean, me la pimplo de un trago. Me hará falta, pienso. Cualquier ayuda es poca ante lo que se me viene encima.

Un graznido de pato me indica que acabo de recibir un SMS. Sí, un SMS. No un whatsapp ni un telegram ni ninguna otra mandanga rara. Qué le vamos a hacer: soy el último de mi generación que sigue comunicándose mediante mensajes de texto. Mi teléfono es un viejo Samsung que conseguí tirado de precio en un mercadillo de Yangon. Funciona de milagro. Dispone de una rudimentaria cámara de fotos, pero carece del almacenamiento y la potencia necesarios para albergar apps y demás moderneces. A mí no me importa. De hecho, lo prefiero: mis padres pusieron mucho empeño en alejarme de cualquier pasatiempo que pudiera distraerme de mi destino como Guardián —a excepción de la radio, claro—, y, como resultado, a día de hoy, tanto tiempo después, todavía padezco de una desconfianza irracional hacia las nuevas tecnologías. Me pierdo entre los colorines de Instagram. Me abruma el infinito chorreo de Tik Tok. Qué cojones, ni siquiera puedo mirar mucho rato la televisión sin marearme como un idiota. Por muy lejos que haya estado, y por mucho tiempo que haya permanecido fuera de casa, la herencia Miralles la he llevado siempre bien dentro. El SMS es de la señora Nissenbaum. Dice así:

> Señor Miralles cuándo cree
> que llegará?

Yo le respondo:

> Cuando esté allí

La señora Nissenbaum no dice nada más. A mí me parece que he

hecho bien respondiendo así: tajante. Desde el principio hay que dejar claro quién manda. Que no se me note desesperado. O no demasiado desesperado, al menos. Aquí el ritmo lo marco yo. A fin de cuentas, fueron ellos los que me contactaron. Fueron ellos, la señora Nissenbaum y la compañía a la que representa, los que me compraron un billete de avión —solo ida— en Thai Airways primero y Lufthansa después. Fueron ellos quienes me ofrecieron una buena suma de dinero a cambio de que volviera a Villa Milagro. Y es que, si no fuera por la pasta, pienso, a santo de qué iba a venir yo aquí.

Una voz en mi interior replica: pues para ver a tu padre moribundo, para despedirte de él antes de que sea demasiado tarde.

Ya, sí, claro, y qué más.

Otro pensamiento: en cuanto mi familia me vea poner un pie en la alquería me va a matar.

Por fin, el autobús llega a ninguna parte. Y lo hace justo cuando más furiosa cae la lluvia. Chaparrón de octubre. No falla: dos o tres veces al año, el cielo que cubre el Mediterráneo rasga en dos y toda el agua acumulada durante los meses estivales se derrama de golpe.

Precisamente hoy. Perra suerte la mía.

Me bajo del autobús cargando la mochila. Una sábana de lluvia se extiende frente a mis narices. Es solo un pedazo de carretera como cualquier otro, pero lo reconozco, vaya si lo reconozco. Y eso me fastidia. Una parte de mí esperaba haberlo olvidado. Eso habría estado bien. Sentirme un extraño al apearme aquí, pensar que todo esto ya no me pertenece. Pero qué va. Reconozco tan bien esa grieta con forma de Y en el asfalto, los almendros torcidos, la acequia casi desmantelada que sigue su curso perpendicular a la carretera. Antes de cerrar la puerta del autobús, el conductor señala algo a mi izquierda. Por encima del sonido de la lluvia, grita:

—¡Las Marismas!

Me vuelvo y allí está. Una monumental caja de zapatos ensamblada entre los campos de naranjos de los Gimeno y los almendros de los Soler. La urbanización está compuesta por varios bloques de apartamentos simétricos a medio edificar. Más o menos a partir de la mitad, faltan paredes, los pilares se levantan desnudos, los hierros y las vigas despuntan igual que las costillas de una ballena. Bajo el aguacero, la construcción se ve patética.

El autobús arranca. Suena como si fuera a escupir el motor. A través de las ventanas, las viejas chismosas me siguen observando. No me cabe la más mínima duda de que, en menos de tres cuartos de hora, mis primos de la Casa de Labores habrán recibido el parte comunicando mi retorno.

Bienvenido a casa, parecen decirme las viejas. Benvingut.

Diluvia. Mis piernas reconocen el camino que mis ojos no ven. No tardo demasiado en encontrar la Senda Grande, la carreterita que lleva hasta el que era mi hogar. El nombre no puede ser más inapropiado: la Senda Grande no tiene nada de grande. Es estrecha, sin asfaltar, plagada de socavones, piedras traidoras, maleza. Fue diseñada para un solo vehículo, como mucho un tractor; en su origen, supongo, un carro tirado por mulos. No creo que nadie, a excepción de los miembros de mi familia, la llame así: la Senda Grande. A un lado y otro del camino, fincas abandonadas. Me sorprendo pensando: qué lástima. Una tierra tan generosa desatendida de esa manera. Ya nadie quiere ser agricultor. Ser agricultor es una puta mierda. Cuando me fui, pienso, la gente ya comenzaba a abandonar sus tierras. Ni siquiera con las ayudas europeas salía a cuenta meterse a campesino; solo los viejos continuaban, por inercia, llenando sacos, quemando rastrojos, arando huertas. Aun así, y aunque el declive era evidente, todo se mantenía todavía en pie, la misma estructura de limoneros y naranjos y campos de alcachofas y bancales y acequias que llevaba sobreviviendo desde quién sabe cuándo, desde los íberos, supongo, o al menos desde los árabes: desde siempre. Hoy, quince años después, las malas hierbas lo invaden todo. Ortigas que saludan con sus hojas aserradas. Solo los almendros siguen ahí, igual que el primer día, indiferentes al paso del tiempo. A ellos no parece importarles que su dueño los ignore, les da igual si alguien viene a recoger su fruto o no. Excepto en primavera, cuando se pone coqueto con sus flores de juguete, el almendro es un árbol triste. Un árbol resignado.

Repiquetea la lluvia en el camino. Voy empapado. Las gotas se me acumulan en las cejas, me resbalan sobre los párpados, me ciegan. Esto no es nada, me digo. En Asia, el monzón abate los campos de arroz como si el océano entero se volcase sobre la tierra. En Perú, montañas enteras se desmoronan, arrastradas por el

diluvio; a ese desprendimiento inesperado y mojado lo llaman huaico, que es una palabra inca que suena a bostezo, a eructo, a sopetón, y al paso del súbito huaico quedan sepultadas aldeas enteras. En Haití, el idioma criollo bautizó a las avalanchas asesinas como lavala, que es una palabra demasiado cantarina como para referirse a una realidad tan pavorosa: en Haití, cada año, decenas de personas son sepultadas por mortales lavalas. Así pues, me repito, este chaparrón no es nada. Pero me jode. Vaya si me jode.

Me detengo para abrir el bolsillo de la mochila y sacar mi última botella liliputiense. El *whisky* me arde en la garganta y en el pecho. Es justo lo que necesitaba. Tiro la botellita vacía por encima de una acequia.

¿Qué es eso? Una luz. Ahí enfrente. Dos luces, más bien, una junto a la otra. Los faros de un coche. Viene hacia aquí, a gran velocidad. Busco a un lado y a otro de este estrechísimo camino de cabras y no encuentro dónde refugiarme. Solo zarzas y un muro apaleado a ambos lados del sendero. El coche se aproxima a toda leche. Debería oír su motor, pero no es así. Es raro que no se oiga el motor. Pero escucho el rumor de las ruedas removiendo las piedras de la Senda Grande y veo cómo la luz de los faros arranca destellos a los charcos. Ya casi está aquí, va a mil por hora. Me lanzo contra el bancal, me aúpo, lo salto, caigo de mala manera entre un mar de zarzamoras. Qué hija de puta, la zarzamora, ya no me acordaba, con qué malicia busca la carne, cómo atraviesa el pantalón vaquero, diminutas agujas puñeteras. El coche pasa como una exhalación. No lo distingo bien. Negro, cromado, elegante. Un BMW, quizás. O un Hyundai, a lo mejor. Coche caro de motor silencioso y asesino: motor ninja. ¿Qué hace un coche como ese en este camino que ni siquiera figura en los mapas? Vuelvo al sendero y me cago en la Virgen durante un rato. Bajo la lluvia, hay que ver cómo diluvia ahora, ríete tú de los huracanes del Caribe, me entretengo en localizar los pinchos que se han quedado prendados a mi ropa. Los calcetines. Qué manía tienen las zarzamoras de llenar los calcetines de pinchos. Ese es su don de mala hierba cabrona.

Sigo andando todavía veinte minutos más. A medida que me acerco a mi destino, la lluvia se va calmando. El sol se va apagando también, diluyéndose tras las montañas que se alzan a mi espalda. Es como si al cielo le estuvieran coloreando los bordes de naranja.

Así son estas tormentas de octubre. Llegan por sorpresa, estallan con brutalidad, y, agotadas de su propia furia, se deshacen pronto. He tenido la mala suerte de coincidir con ese breve fin del mundo. Un hurra por mí.

A lo lejos, distingo mi casa. O mejor, la que fue mi casa. La casa de mi familia. La vieja alquería de Villa Milagro alzándose junto a un barranco al borde del mar. Las paredes encaladas de blanco recogen los últimos rayos de sol y todavía se las apañan para relumbrar un poco.

Vista así, de lejos, la casona mantiene todavía una buena dosis de dignidad. Como es costumbre en las alquerías valencianas, su arquitectura es serena, funcional, pulcra. Simetría: dos balcones de hierro forjado al lado derecho, dos balcones al lado izquierdo, el porche en medio, ventanas altas y enrejadas en el piso inferior. Viéndola ahora, me viene a la cabeza una de esas iglesias coloniales que salpican los valles de Sudamérica, incluso hay una torreta que podría hacer las veces de campanario. Paredes lisas. Arabescos azules. Cuelgan de los balcones persianas alicantinas de color verde. Esas persianas de varillas de madera —cuántos recuerdos— que se recogen con una cuerda, crujen cuando las enrollas, y, al soltarlas, suenan igual que un carrete de pescar. Esas persianas que llevan ahí toda una vida, diseñadas para mantener al sol fuera y dejar vía libre al aire fresco del mar. Junto al muro izquierdo, se alzan seis palmeras washingtonias, más altas incluso que la propia casa. Recuerdo cuando las plantaron mi padre y el tío Jacobo. Lo orgullosos que estaban. Ahora las palmeras se ven despeluchadas, enfermas, a una incluso la han cercenado por la mitad. Aparcados junto al cobertizo, bajo el refugio de las moreras, distingo un coche rojo y una furgoneta. No me lo puedo creer. La vieja Volkswagen. Debe de tener como cuarenta años.

A medida que me acerco, me llega un olor a roquedal y me invade el sonido cercano de las olas —demasiado cercano: hay que estar loco para construirse un hogar tan cerca de un acantilado—. También, a medida que me acerco, la casona deja de resultar hermosa para volverse triste. Las paredes encaladas ya no lucen tan blancas. Se distinguen, poco a poco, los desconchones, la pared enferma de burbujas, las manchas de humedad. Todas las persianas verdes, todas, sin excepción, torcidas. Los arabescos azules, casi

borrados. A la torreta le falta la mitad de la estructura, sufrió graves daños durante la Guerra Civil y ya nunca la repararon, algún día se vendrá abajo y tendremos una desgracia.

Llego hasta el murete que cerca la finca y compruebo que la verja de hierro está cerrada con cadena y candado. Un cencerro hace las veces de timbre. La verdad es que no estoy por la labor de hacerlo sonar. Me doy cuenta, de pronto, de que hacerlo sería algo, no sé, humillante. Quiero decir, aquí estoy yo, el primogénito de Villa Milagro, retornando después de tantos años al lugar al que prometí no regresar jamás, y para anunciar mi llegada hago sonar un cencerro, tolón, tolón, menuda estampa. Me visualizo aquí, plantado frente a la verja, con las ropas chorreando agua, indefenso y grotesco; me veo aguardando a que una luz se encienda en el porche y una figura se acerque por el sendero de cipreses, el cañón de una escopeta brillando en la noche incipiente; me imagino el rostro ceñudo al otro lado de los barrotes, escucho mi voz buscando las palabras más dulces, intentando calmar la más que probable hondonada de hostias: por favor, vengo en son de paz, por favor, ¿puedo dormir esta noche en mi antigua habitación? No, me digo. Por mis cojones que no. Me niego a rebajarme de esa manera. Y no es que me quede mucho amor propio —mi presencia aquí es una buena muestra de ello—, pero el poco que sobrevive me impide llamar al timbre —o al cencerro— y esperar que la misma gente de la que hui me dé permiso para regresar. Estoy temblando. Será cosa del frío: a fin de cuentas, llevo la ropa empapada. Doy un paso atrás y contemplo el murete. Sobre el arco de la puerta, persiste un nombre tallado en piedra: Villa Milagro.

Pienso: la madrugada en la que escapé de la alquería cometí un doble pecado. Por un lado, traicioné el legado de mi familia y su confianza. Por otro, y esto es mucho más grave, cuando me fui lo hice en medio de mi turno de guardia y dejé al manzano sin vigilancia. ¡Menudo sacrilegio! Incumplí el mandato divino: ni el rabo de un segundo debe transcurrir sin que un Miralles custodie el Árbol de la Vida. En mi ausencia, cualquier enviado de Satán podría haberse deslizado en el patio para robar una manzana.

Siento cómo toda la sangre de mi cuerpo se va volviendo fango. De pronto lo veo claro: ¿cómo he podido ser tan imbécil como para dejarme convencer? En esa casa solo me esperan dientes, puños

alzados, bramidos. Tengo que marcharme. Rápido. Antes de que me descubran. Todavía estoy a tiempo. Desandar a todo correr la Senda Grande, hacer autoestop hasta que algún conductor aburrido tenga a bien detenerse, seguir camino hacia el sur, no parar ni siquiera a dormir, si es necesario proseguir la marcha a pie, buscar en todo momento los caminos secundarios, llegar a Algeciras, coger un ferri y perderme en Marruecos. Que le den a la señora Nissenbaum y a sus fajos de billetes bien perfumados. Que le den a mi padre moribundo. Es mi vida la que está en juego.

Me doy la vuelta. De verdad, me doy la vuelta con la intención de marcharme y disolverme una vez más en el olvido y en la distancia. Pero justo entonces, por el rabillo del ojo, distingo a una figura deslizándose entre los olivos de los Domènech.

Ha sido solo un segundo, la figura ha pasado en un fogonazo, pero no me cabe duda de que era la silueta de una mujer. Y aún diría más, una mujer muy mayor.

Me digo a mí mismo: mi madre.

Esa que anda entre los olivos es mi madre.

Me acerco al bancal que marca el comienzo de las tierras de los Domènech y aguardo a que la silueta se digne a reaparecer. El campo luce igual de abandonado que los demás. Las hierbas altas y amarillas no facilitan la visión.

—¿Madre?, —digo.

El viento arrecia y trae con él las últimas gotas, más afiladas que las otras; las últimas gotas siempre tienen más de alfiler que de gota. Ya me roza la noche. El mundo entero es violeta. Allí enfrente, ahí está otra vez, tenía el miedo o la esperanza de haberla imaginado, allí enfrente una silueta de mujer brota de un árbol y se pierde tras otro.

—¡Madre!

Salto el bancal y voy tras ella. Se me ocurre: ¿estoy metiéndome de cabeza en una trampa? Visualizo a uno de mis hermanos, o de mis primos quizás, emboscándome por sorpresa, surgiendo tras un árbol con un azadón en la mano. La mujer ya no se ve por ningún lado. Pero calculo que debe de estar cerca. Muy cerca. La rama de un olivo me araña la mejilla.

Entonces se me ocurre: ¡el coche elegante y silencioso! Seguro que ese coche tiene algo que ver con que mi madre esté aquí fuera a

estas horas. O tal vez sea por mi padre. Tal vez mi padre acabe de sufrir un nuevo ataque y por eso mi madre ha salido a la desesperada en busca de ayuda, aunque mis hermanos deberían estar en casa, y además la ayuda se encuentra en dirección contraria, hay que tomar la Senda Grande, salir a la carretera general, buscar la clínica de Berinossent, o más lejos aún, si es que uno precisa ayuda médica de verdad, el Hospital Provincial de Castellón o La Fe de Valencia. Vuelvo sobre mis pasos. Ahora temo haber pasado de largo el lugar donde la vi aparecer. ¿Dónde te has metido, madre? Hace quince años me escabullí de casa sin decir adiós. ¿Sabes? He recorrido docenas de países, cientos de pueblecitos, y siempre, aunque no quisiera admitirlo, soñaba con sentir un escalofrío que me dijera: aquí es. Aquí es, no busques más, por fin has encontrado el lugar al que de verdad perteneces, ahora ya puedes detenerte y descansar. Me he pasado quince años buscando mi auténtico hogar, diciéndome a mí mismo que el lugar donde nací no tenía por qué marcar mi existencia, y no he encontrado nada más que una permanente sensación de aturdimiento.

Por fin la encuentro. Junto a ese árbol, tumbada en el suelo, mi madre. Corro hasta ella y le hablo sin resuello.

—Madre, ¿está usted bien?

Ella me mira. Solo entonces me doy cuenta: esa mujer no es mi madre. Esa mujer es tía Inés, la primera mujer de mi padre. Mejor dicho: tía Inés, la primera y única mujer de mi padre. Su legítima esposa. Porque, aunque mi padre yació con mi madre durante décadas, y aunque de esa relación nacimos mis hermanos y yo, mi padre nunca se divorció de tía Inés. ¿A quién se le ocurre plantear tamaña insensatez? ¿Qué clase de católicos serían si, a la primera de cambio, se divorciaran tan alegremente? Lo que ha unido Dios que no lo separe el hombre. Mi madre y tía Inés son hermanas. Han compartido techo y marido durante cuarenta años.

—Moisés —me dice ella.

—Tía, pero ¿qué hace?

Tía Inés está tumbada sobre un cojín azul decorado con flores blancas. Lleva un cubo en una mano. En la otra, sostiene un caracol.

—Me duele la espalda. —Su voz suena entre abochornada y divertida, como si nos hubiéramos visto anteayer—. Por eso traigo

el cojín, para apoyar los codos y no tener que agacharme.

Claro que sí. Cómo no. Cuando llueve, el resto de la humanidad se refugia y espera a que amaine. En mi familia, cuando llueve, se sale a buscar caracoles. La miro y no me lo creo. Ha engordado y se ha encogido, y eso que ya era rechoncha y pequeña. Una bolita de queso con dos ojos encajados entre sendas mejillas lustrosas. El pelo blanco firmemente recogido en un moño.

—Hay que darse prisa, Moisés —continúa—. Dentro de poco anochecerá y no se verá un higo. Coge tú el cubo, que estás más joven.

Lo hago. Cojo el cubo. Me quito la mochila y la apoyo en el tocón de un árbol. Me acuclillo, aparto unas hierbas, descubro unos caracoles. Mansos y lentos. Cojo uno. El pobre tantea el aire con sus cuernos de extraterrestre. Lo meto en el cubo. Es un gesto que en mi infancia repetí mil veces. Salir a buscar caracoles después de llover. Las gotas temblando sobre las hojas. La humedad ascendiendo por la suela de las zapatillas, lamiendo el tobillo con su lengua invisible.

Y pienso: ya está, es oficial, he vuelto, no hay marcha atrás.

Y simultáneamente pienso: estoy cometiendo un gravísimo error, me estoy jugando el pellejo, mis parientes me van a machacar nada más verme.

Y además, mezclado con los dos pensamientos anteriores, pienso: en mi casa se preparan unos caracoles con conejo que están como para chuparse los dedos.

2. Vespino Delta del 88

Hay recuerdos que bucean por debajo de otros recuerdos.

Recuerdos que se superponen a los monólogos interiores, a los razonamientos de bachiller, a las listas de diez motivos a favor, diez motivos en contra. Hay recuerdos que han sabido destilarse sin prisas, año a año, entremezclándose con el mejunje esencial que da forma a lo que somos. Recuerdos que resumen una vida. Pequeños instantes de nuestra infancia y de nuestra adolescencia y de nuestra juventud que sobreviven en lo más hondo de nuestro interior —inmaculados, agazapados, temblorosos—, aguardando el momento para salir a flote y desarmarnos. Sin pedir permiso, mientras busco caracoles entre las raíces de los olivos, este recuerdo estalla ante mis ojos y lo ocupa todo.

Estábamos mi hermana Ruth, mi hermano Zacarías, mi hermano Gabriel y yo. Mi padre nos había mandado reunir bajo el cobertizo. El motivo, todos lo sabíamos, era castigarme y, de paso, dar ejemplo al resto. Yo debía de tener dieciséis años.

—Te la has cargado pero bien, tonto del culo —soltó Zacarías.

—La próxima vez síguele la corriente, ¿tan difícil es?, —dijo Ruth.

—Me duele la tripa —comentó Gabi.

Era mediodía. Calima de agosto. Aire estancado y chicharras. Mis hermanos y yo nos acumulábamos junto al antiguo bebedero de caballos, bajo la sombra insuficiente que proyectaba el techo de uralita del cobertizo. La punta de nuestras zapatillas quedaba a merced del sol: quemaba.

No era normal que los cuatro hermanos coincidiéramos fuera de las horas de la comida. Éramos solo unos chavales, sí, pero nuestras agendas estaban desbordadas: teníamos que cuidar del huerto, ayudar en la Casa de Labores, fingir que nos importaban las clases del instituto, adiestrar a los perros, podar el seto de la alquería, etcétera. Una vez cumplidos los ocho años, Zacarías y yo comenzamos nuestras primeras guardias frente al manzano, todavía bajo la supervisión de los adultos, pero ya condenados a empeñar la mitad de nuestra vida en el patio, sin tiempo para ser niños. No, no

era en modo alguno habitual que los cuatro hermanos coincidiéramos. Supongo que la ocasión merecía el esfuerzo.

¿Qué había hecho yo para cabrear tanto a mi padre? No tengo ni idea. Así de puñetera es la memoria. Guardo dentro de mí cada detalle de ese mediodía: las chicharras obsesivas, el olor dulzón de los árboles frutales, un pastor alemán lamiéndose la minga contra el viejo tractor Kubota. Si me esfuerzo, puedo visualizar la sombra que proyectaban las tejas de uralita sobre nosotros: sombra verde y semitransparente, con una tonalidad como de acuario, sombra que partía en dos la punta de nuestras zapatillas. Recuerdo todo eso con facilidad, ya digo, sin embargo, no consigo acordarme de qué barrabasada había cometido en esa ocasión concreta, por qué mi padre la había tomado conmigo ese día. Supongo que razones no le faltarían. Desde bien temprano a mí me correspondió el papel del niño insolente, del púber subversivo, del hijo al que su madre mira con ojos afligidos mientras le dice: no te reconozco. Pongamos, por ejemplo, que mi padre me hubiera pillado fumando un canuto —¡la mente de un Miralles tiene que estar despejada!— o que, durante las clases de tiro, me hubiese puesto a hacer el idiota con la Remington —¿no puedes tomarte nada en serio?— o que, vigilando el manzano, me hubiese sorprendido con una revista escondida bajo la camiseta —¡un Guardián no sabe qué es el aburrimiento!—. En fin. Quién sabe y, sobre todo, qué más da.

El caso es que mi padre apareció girando la esquina de la casona, acompañado por el abuelo Jeremías. Eso quería decir que, a cargo del manzano, había quedado el tío Jacobo. Ellos tres —el abuelo Jeremías, el tío Jacobo, mi padre— eran, en ese momento, los Guardianes, y lo fueron todavía durante algunos años más, hasta el día en el que el abuelo Jeremías la espichó de un ataque al corazón en medio de una guardia y el tío Jacobo suplicó exiliarse a la Casa de Labores. Mi padre y el abuelo Jeremías cruzaban el calor amarillo con zancadas fotocopiadas: hasta en el andar eran iguales. Recuerdo que mi padre hablaba quedo y que el abuelo Jeremías asentía en silencio. Lo del silencio, en referencia al abuelo Jeremías, era un sobreentendido. Desde hacía más de treinta años, el viejo guardaba estricto voto de silencio, y solo se comunicaba con la familia a través de una campanita que le colgaba del pescuezo. El abuelo Jeremías era un hombre hosco, con un mentón feroz y una

mirada inexpresiva. A mí, de pequeño, me daba miedo. De adolescente, su presencia me incomodaba muchísimo.

Mi padre y el abuelo Jeremías llegaron hasta el cobertizo. Una vez más, siempre me ocurre lo mismo, en mi memoria una mancha borrosa me oculta el rostro de mi padre. Creo —sé— que mi padre tenía la nariz de pimiento, los ojos diminutos, la boca hecha de arcilla. Más o menos soy capaz de evocar las piezas por separado, pero en el momento en el que intento ensamblarlas, de ahí no sale nada con sentido. En lugar de rostro, mi padre tiene un borrón. Ese borrón dijo:

—Moisés, coge la moto.

Y es que por aquella época yo tenía una moto. Blanca y roja. Vespino Delta del 88. En origen, la moto había pertenecido al tío Jacobo, pero, con la compra del Fiat Punto, mi tío se fue olvidando poco a poco de la existencia de la Vespino hasta el punto de que casi se echó a perder. Yo la descubrí una tarde mientras distribuía veneno para ratas en las vigas del almacén. La Vespino criaba óxido entre sacos de almendras. Sentí como si me llamara. Fue lo más parecido que he vivido a una experiencia mística. Con mis propias manos la limpié, con mis propias manos la repasé con aguarrás, con mis propias manos la pinté. Durante meses trabajé en los campos de naranjos de la Casa de Labores para ahorrar unas perras con las que pagarme unos frenos nuevos y unas gomas para las estriberas. El motor de la Vespino petardeaba como si fuera una bomba de relojería, pero la moto corría que daba gusto. Yo tenía catorce años cuando comencé a conducir. Era demasiado joven para tener carné, pero eso en Berinossent no era un problema. Berinossent era un pueblo pequeño, campestre, ceporro, donde los chavales abandonaban pronto el instituto para entrar como peones en la obra; aquí, la Guardia Civil estaba acostumbrada a hacer la vista gorda. Además, yo era un Miralles. Cuando un nuevo gendarme llegaba al pueblo se le explicaba cómo funcionaba el asunto: ese grupo de zarrapastrosos que ves ahí, los de las greñas y las camisas sucias, esos son los Miralles, fíjate, quédate con sus caras, son una familia numerosa y están un poco tocados de la chaveta; tú mejor no les hagas mucho caso, ignóralos, escucha lo que te digo, con ellos hay que tener manga ancha, tú hazme caso y te ahorrarás un montón de problemas. La motocicleta, mi motocicleta, sesteaba bajo

el techo del cobertizo, junto a la familia reunida. Yo acostumbraba a aparcarla ahí todos los días. Esa Vespino era mi orgullo y era también mi escape.

—Que cojas la moto he dicho —insistió mi padre.

Le quité el caballete. Pensé: qué mosca le habrá picado. Aunque sabía que era una mala idea, recuerdo que estuve tentado de subirme a la Vespino, hacer sonar su motor explosivo, pirarme de allí a toda leche. Eso me habría causado una avalancha de broncas y algún que otro capón, pero, joder, qué satisfacción. Como si mi padre pudiera leerme la mente, levantó la mano y me mostró las llaves de la motocicleta. Las hizo tintinear.

—Sígueme.

Cuando mi padre decía sígueme quería decir ahora mismo y quería decir en silencio. Nos zambullimos en la canícula. Cada rayo de sol tenía un peso específico que taladraba nuestras coronillas. Íbamos en fila india, con mi padre y el abuelo Jeremías abriendo la marcha. El sendero que llevaba al interior de la finca estaba delimitado por piedras pintadas de blanco. Aquí y allá, esparcidas al azar, destacaban unas enormes macetas de terracota con cactus, petunias, geranios. Acabo de verlas. Siguen ahí, las mismas macetas grandes como calderos de bruja. Yo fingía desinterés mientras empujaba mi Vespino. Detrás iban, por este orden, Zacarías, Ruth y Gabriel. De vez en cuando, mi padre hacía tintinear las llaves.

—Es que me duele la tripa —masculló Gabi—. ¿No podemos dejarlo para luego?

Nada más atravesar los limoneros, mi padre y el abuelo Jeremías abandonaron el sendero y enfilaron hacia el barranco. Yo aún no comprendía nada. Ruth sí. Ella siempre fue la más lista de los cuatro. Oí cómo lanzaba un gritito. Mi padre dijo:

—¡A callar!

Nos plantamos frente al barranco. Una altura de tres o cuatro pisos. Allí abajo, las olas se disolvían espumosas contra las rocas verdes. Estábamos justo en el borde. Mi padre, mi abuelo, mis hermanos, mi motocicleta y yo. El abuelo Jeremías escupió al mar, como para comprobar la altura. Mi padre dijo:

—Tírala.

3. Un parterre destrozado

Tía Inés abraza contra su pecho el cojín floreado que ha usado para apoyarse en el suelo. Se estará manchando de tierra el vestido y el delantal, pero eso no parece importarle. Yo cargo el cubo lleno de caracoles. Juntos nos detenemos frente a la verja de hierro que da acceso a la finca de Villa Milagro.

Mi tía desenrolla la cadena y se guarda el candado en un bolsillo del delantal. La gravilla protesta y cruje a medida que la verja gira. Me hace un gesto con la cabeza invitándome a pasar. Yo obedezco. Hemos estado un buen rato recogiendo caracoles y, en ese espacio de tiempo, la noche se ha ido espesando. Al cruzar el umbral de la verja de hierro tengo una sensación extraña. Por alguna razón, me da la impresión de que la oscuridad dentro de la finca es mayor que fuera. No distingo los contornos de los arbustos de baladre, ni del almacén, ni del cobertizo, ni de las moreras que se alzan frente al porche, solo una masa oscura que lo abarca todo. El sonido del mar también parece incrementarse una vez cruzado el arco de entrada, suena como la respiración de un animal gordo y moribundo. Tía Inés cierra tras de mí. El candado hace clac y comprendo que no hay marcha atrás. Es entonces cuando, coño, cuidado, tres figuras surgen de las sombras y vienen corriendo hacia mí. ¿Qué es eso que brilla? El centelleo de unos dientes.

—¡Xeic!, —dice tía Inés—. ¡Quieto parao, Sanedrín! ¡Atrás, Levítico! ¡Atrás!

Tía Inés espanta a capones a tres perros de costillas hundidas que han surgido de la nada, y que son más sombra que perro.

—No te preocupes, que estos no te van a hacer nada —dice tía Inés, mientras los perros me olfatean las pantorrillas entre salivazos—. ¿Ves? Al final son más dulces que el azúcar en polvo. —Y luego, bajando la voz, como si me hiciera una confidencia, añade—: Este es mi favorito. Se llama Caravaca.

Recorremos el sendero de cipreses que conduce a la casa. Tía Inés me lleva de la mano. Yo me siento niño otra vez. Recuerdo a mi tía ayudándome a vestirme cada mañana, primero una pernera del pantalón y luego la otra, y ahora atamos los cordones del

zapato, verás qué fácil, el conejo entra en la madriguera, sale de la madriguera y ya está. Tía Inés no parece ser consciente de lo que está a punto de suceder. Para los Miralles yo soy un traidor. Mi sola presencia va a hacer aflorar un gigantesco pozo de mierda que lleva años enterrado. Sin embargo, ella abraza fuerte su cojín y me conduce de la mano. Pasamos junto a la eterna Volkswagen e intuyo, de refilón, la figura de un Seat Toledo que parece tan viejo y destartalado como la furgoneta, supongo que lo compraron poco después de mi huida, o igual lo adquirieron de segunda mano, quién sabe. La puerta de la alquería permanece entreabierta, hay luz en el recibidor y la cortina de canutillos de plástico se mece con la misma suavidad que la superficie de un lago ambarino. Sobre el arco del porche, medio oculto por el entrelazado de las buganvillas, hay otra inscripción grabada en piedra: Miralles esse miraculum est. Tía Inés aparta la cortina, tira de mí y es como si la casa me engullera.

Los azulejos del vestíbulo son los mismos. Desgastados y plagados de grietas. Figuras geométricas que se entrelazan unas con otras. Círculos que contienen círculos que contienen hexágonos que contienen flores de manzano. Sí, pienso, no hay duda: estas son las mismas baldosas amarillas y azules que tantas veces pisé, estas que, ahora mismo, con un poso de irrealidad, vuelvo a pisar. Por estas baldosas yo he gateado, he jugado al pilla-pilla, he brincado, he bufado de impotencia, he crecido. Baldosas traídas expresamente desde Portugal a principios del siglo pasado para mayor gloria de un linaje que se creía superior al de cualquier duque, barón o rey. Me marean y me hipnotizan estas baldosas.

En el vestíbulo también está, igual de inmutable, el mismo aparador de madera de cerezo que siempre me recibió, con su espejo elíptico y los eternos portacirios pascuales de azogue viejo. La misma sobredosis de jarrones de porcelana decorando cada rincón. Gardenias y campánulas. Aloe vera y lenguas de suegra. No falta un detalle. Todo está en su sitio. Los marquitos ovalados con la imagen del arcángel Miguel ajusticiando al demonio y la torre de Babel en pleno desmoronamiento. El perchero atiborrado de mantas morellanas y chubasqueros de pescador. Un enorme crucifijo hecho con piedra volcánica de El Hierro.

Pienso: después de tanto vagabundear por el mundo, aquí estoy

otra vez.

Después de haber hecho autoestop en caminos asfixiados de jungla, con monos aulladores que insultaban a las camionetas, aquí estoy otra vez.

Después de haber visto cómo el sol se ponía en un mar de campos de arroz, mientras campesinos de ojos rasgados empujaban la yunta de sus búfalos, aquí estoy otra vez.

Después de beber un licor lechoso destilado del árbol de palma en una cabaña tambaleante, rodeado por hombres vestidos con largas chilabas, aquí estoy otra vez.

De nada sirvió que aprendiese a decir gracias y buenos días y no me jodas en inglés, en francés, en hindi, en tailandés, en suajili, en tagalo. Qué importancia tiene el hecho de haber dormido en doscientas estaciones de tren, en quinientos aeropuertos secundarios, acurrucado junto a cajeros automáticos, compartiendo litera en el dormitorio común de dos mil *bed and breakfast*, oculto bajo una lona en una barcaza que remontaba el Orinoco. Aquí estoy otra vez. El círculo se cierra. La serpiente se muerde la cola. Algo encaja con un chasquido en el puzle caprichoso que es el universo.

—¡Dame ese orinal!

El grito proviene del interior de la casa. Es, sin duda, la voz de una mujer joven, pero no es la voz de mi hermana Ruth. La reconocería. O eso creo, aunque vete tú a saber, con todo el tiempo que ha pasado. Pero, en cualquier caso, en teoría Ruth ya no vive aquí. Ruth se casó con el pazguato del primo Salomón y, en consecuencia, se mudó hace años a Berinossent, junto al resto de los primos y tíos y sobrinos de la Casa de Labores. De modo que si no es Ruth, entonces ¿quién?

—¡Que vengas, te digo!, —grita de nuevo esa mujer desconocida.

Como por arte de magia, una niña gira la esquina del pasillo y se materializa en el vestíbulo. Pijama de elefantitos. En la cabeza, un orinal a modo de sombrero. Por debajo del orinal, un pelo oscuro, tan abundante y rizado que parece la peluca de un payaso. Siento como si estuviera viendo el mundo a través de un espejo deformado. ¿Una niña? ¿Aquí?

—¿Y tú quién eres?, —me pregunta.

Llega una mujer. También viene corriendo, con esa expresión de

fastidio y cansancio propia de los padres; hasta las narices de la cría y de sus tonterías, dice esa expresión. Al descubrirme plantado en el recibidor, la mujer trastabilla de puro susto. Al principio, no la reconozco. Lleva un pañuelo de colores enrollado en la cabeza, viste una túnica de cierto estilo árabe, sucia, gastada, con lamparones en el pecho. La mayor parte de su rostro lo ocupa su frente amplia, luego, como concentrado, viene el resto: ojos, boca, nariz, patas de gallo. Ya digo que al principio no la reconozco: está mayor, desmejorada, pesa doce kilos más que la última vez que la vi. Pero enseguida la mujer adopta esa actitud de cabrona despechada que me resulta inconfundible, de un manotazo se hace con el orinal que cubría la cabeza de la niña, coloca los brazos en cruz, me reta con la mirada. Esa forma de levantar el labio superior. Ahí está, mi prima Esther.

—Hola, prima —digo.

—No me jodas —masculla ella.

Aparece otra niña. Debe de tener poco más de un año. Anda encorvando las piernas. Tiene el mismo pelo de payaso de circo que la anterior. El bebé se agarra a la túnica de su madre, está a punto de caerse, balbucea. Por encima del pañal lleva un cinturón de infante del que cuelgan diversos amuletos. Entre ellos, por ejemplo: cascabeles, escapularios, caracolas, higas de azabache, garras de tejón, ramas de coral, medallas de Santa Elena, campanillas, silbatos. Cada vez que el bebé da un paso suena igual que un sonajero. Se supone que los amuletos protegen al niño del mal de ojo y otros demonios. Eso se supone. Hasta el siglo xvi, el cinturón de infante fue norma general en todo el reino de España, y, digo yo, también en buena parte de Europa. Luego, poco a poco, las costumbres fueron desacostumbrándose: la era de la Razón llegó y el cinturón de infantes terminó por desaparecer. En Villa Milagro las tradiciones no desaparecen jamás.

—Supongo que estas son mis sobrinas —digo, e intento sonar despreocupado—. Desde luego, son igualitas a ti.

Aunque, en realidad, lo que quiero decir es: son igualitas a la prima Samara. Samara es la hermana de Esther. Esas dos niñas, no hay más que verlas, han heredado el pelo rizado y negrísimo de su tía. Piel color aceituna. Ojos grandes y castaños. Se suponía que Samara y yo íbamos a casarnos apenas un par de meses después de

mi huida —en cierta forma, podemos decir que la dejé plantada en el altar—. La familia nos prometió en sagrado matrimonio cuando ella cumplió… ¿cuántos?, ¿seis años? Ese es el tipo de cosas que hace mi familia: amañar bodas entre críos antes siquiera de que a estos les salga pelusilla en los genitales. Si he de ser sincero, ni siquiera es de las cosas más raras; a fin de cuentas, lo de los matrimonios concertados ha sido y es práctica habitual en India, en China, en África, en todas partes. Aquí mismo, en España, hasta hace relativamente poco, los gitanos apalabraban matrimonios entre los menores del clan —y en otros lugares, como Rumanía, siguen haciéndolo—, y, al menos, los Miralles acostumbraban a esperar a que ambos cónyuges cumplieran dieciocho antes de celebrar el bodorrio. Pero de todos modos: estas dos niñas. Sin duda, estas dos niñas —igualitas, de verdad, clavaditas a Samara— son el resultado del matrimonio de Zacarías y Esther. Regocijaos, el manzano tiene dos nuevas hijas. ¿No es como para volverse loco? Soy tío. Zacarías es padre. La imbécil de Esther es madre.

Mi prima me mira torciendo mucho la boca. Como si yo fuera un montón de estiércol al que han dado forma humana y que por algún fenómeno ha aprendido a hablar. De alguna manera, tiene mérito. El don de Esther es transmitir desprecio del modo más categórico posible.

—Vieja chocha. —Esther me ignora y le habla a tía Inés. Su voz es apenas un murmullo, no quiere que la oigan en la casa—. ¿Cómo se le ocurre abrirle la puerta a este desgraciado? Si Zacarías lo descubre, le va a arrancar los pulmones.

—Eh, prima —protesto—. Deja en paz a la tía.

Desde el pasillo brota un jaleo que me resulta familiar. Un alegre entrechocar metálico. Alguien está poniendo los cubiertos sobre la mesa. A lo largo de mis viajes he escuchado cientos de veces ese sonido universal, floreciendo desde zaguanes y balcones que nunca eran mi hogar, en Túnez y en Medellín, familias que se sientan a cenar. Esther me agarra del brazo, acerca su rostro al mío.

—Vete —me dice en un bisbiseo.

Tía Inés da un paso al frente. Parece que va a decir algo, pero solo se nos queda mirando desde abajo, con sus ojos legañosos y miopes. Las uñas de Esther se clavan en mi antebrazo. Las dos niñas nos miran sin entender.

—Por favor. —Esther se esfuerza en hablar todavía más bajo—. ¿Qué pintas tú aquí a estas alturas? Por favor, vete.

Yo me desembarazo de ella, doy cuatro zancadas, me adentro en la casa, ni siquiera me he quitado la mochila, todavía llevo el cubo de caracoles en la mano. El pasillo es una conjunción de aromas y sabores muy diferentes —pescado frito, humedad, lejía, sombras— que se unen y retuercen hasta formar, al cabo, un solo olor: el de mi infancia. Como caer en un recuerdo. Así es como me siento. Esquivo un osito de peluche que no debería estar ahí, también un patinete que es como un grano en la frente de una modelo, una incongruencia en medio de este recuerdo palpitante en el que me muevo. Tras de mí, distingo los pasos de Esther. El bebé ha comenzado a llorar. Me dirijo a la cocina.

—Buenas noches —me oigo decir.

Igual que en el vestíbulo, nada ha cambiado aquí. La alacena abarrotada de cachivaches, las garrafas de aceite formando bajo la encimera, la mesa robusta en el centro, el mantel de hule, el frigorífico de los años ochenta, paelleras y platos de cerámica colgando de la pared como trofeos de caza. Juraría que incluso es la misma bombilla raquítica la que cuelga de esos techos altos, bóveda catalana, techumbres de caserón venido a menos, vigas de madera y telarañas. Mi madre está igual. Viste esa bata acolchada color melocotón que le he visto llevar un millón de veces. O al menos cualquiera diría que es la misma bata, a mí me lo parece, convengamos al menos en que es una bata que podría haber vestido también cuando yo vivía en esta casa. Lleva el pelo corto y gris —eso sí ha cambiado: a mi madre ya no le queda ni un mechón castaño, ahora todo su pelo tiene el color de la plata vieja—. En una mano, sostiene un cuchillo. En la otra, una cabeza de ajos.

—Madre —digo—. Soy yo.

Ella me mira y no reacciona. Alguien aparta la cortina de la despensa y hace entrada un hombre encogido, de facciones toscas y ojos saltones. Es mi hermano Gabriel. Lo reconozco porque esperaba su aparición, pero ¿y si en lugar de aquí, en la cocina de Villa Milagro, me lo hubiera encontrado en la avenida de una gran ciudad? No me cabe duda: habría pasado junto a él sin saber que era mi hermano. Yo intento aparentar despreocupación, ganarme su confianza, le sonrío apaciguador. Cuando abro la boca, tengo la

sensación de que es otro quien habla a través de mí.

—Gabi. Hostia, Gabi, cuánto tiempo. ¿Te acuerdas de mí?

No, no se acuerda de mí. Mi hermano sopesa el frasco de alcachofas que acaba de sacar de la despensa. Sé que está pensando en lanzarme el bote a la cabeza, correr a por el cuchillo jamonero, proteger el manzano. Pero qué trabajo más fino hizo padre contigo, Gabi, quién lo iba a decir, qué buen Guardián estás hecho. La última vez que te vi tenías trece años. Ahora, veintiocho. Pero pareces mucho mucho más viejo. El tiempo te ha tratado mal, Gabi, se ha cebado contigo y te ha agudizado los rasgos de mongólico, los miembros desmañados, los movimientos de simio torpe. Esther irrumpe en la cocina. Sujeta al bebé con un brazo, como si fuera un cántaro, y con la otra mano me agarra del codo.

—Pero ¿qué te crees?, ¿que puedes volver como si tal cosa? Esta ya no es tu casa. ¡Fuera!

El bebé no deja de berrear y los amuletos de su cinturón cascabelean con cada hipo. Al otro lado de la cocina, mi madre despierta.

—¡Moisés!

Viene corriendo hacia mí. Con el cuchillo en una mano y la cabeza de ajos en la otra, mi madre me abraza. Trastabillo, casi se me cae el cubo lleno de caracoles, la mochila me desequilibra y me dobla hacia atrás. El rostro en miniatura de mi madre se hunde en mi pecho. Al instante, no hace falta más que medio segundo, mi cuerpo de hijo reconoce su cuerpo de madre. Después de tanto vagabundear, de tanto follar en cuartos sin ventilación, de tanto buscar hongos en las cordilleras de Oaxaca, después de ejercer como relaciones públicas de un karaoke en Hanói, después de todo eso, de pronto, vuelvo a ser un hijo. Nada más que eso. Un hijo.

—Gracias, Dios bueno —murmura mi madre.

Tía Inés llega entonces a la cocina —no sé qué ha podido retrasarla— y, al verme abrazado a mi madre, libera un suspiro. Gabriel me observa receloso, todavía no se fía, pero al menos deja el frasco de alcachofas sobre la encimera, es un principio. Mi madre me aprieta con ímpetu. Sorprende la fuerza que son capaces de albergar sus dos brazos flacos. Pienso: si Zacarías no está aquí, es que está vigilando el manzano. Pienso: he tenido suerte, cuanto más se demore mi encuentro con Zaca, tanto mejor. Pasan unos

segundos y mi madre aparta su rostro de mi pecho. Me contempla con tiento.

—¿Para qué has vuelto, Moisés?

Hay desconfianza en su voz. Está más delgada y los pómulos le afilan la cara, le desgastan la expresión, la envejecen. Madre, haces bien en desconfiar de mí. Madre, yo no soy el hijo pródigo del que hablaba Jesucristo en el Evangelio de Lucas.

—En cuanto Zacarías te descubra te va a matar —insiste Esther a mis espaldas.

—¿Y esa barba de dónde ha salido?, —pregunta mi madre—. No te queda bien. Te hace mayor. Estás muy flaco. ¿Por qué vienes todo mojado?

Es verdad. Había olvidado la lluvia, la ropa empapada, el frío húmedo que me muerde el pecho. Reparo en que, a mis pies, estoy dejando un charquito de agua.

—Esto no va a salir bien, Moisés. —Mi prima me enseña los dientes—. Mejor lárgate. Aún estás a tiempo.

—Madre. —Con las manos rodeo su cinturita exigua, me esmero por sacar a pasear a la mejor versión de mí—. Hay que ver. Pero qué bien la han tratado los años.

¿Son esas las palabras que un hijo dirigiría a su madre después de quince años sin verse? ¿He sonado demasiado forzado? ¿He sonado demasiado natural? ¿Estoy fingiendo cariño o lo siento de verdad? Me vuelvo hacia mi hermano y levanto un brazo en son de paz —dirigirme a mi hermano es también una forma de dejar de enfrentarme al juicio de mi madre—. Pienso: ojalá me brillasen los ojos. Para resultar creíble, me vendrían bien unos ojos rebosantes de purpurina. Son los ojos los que delatan a un impostor. ¿No es eso lo que dice todo el mundo? Los ojos son el espejo del alma y etcétera. Los buenos estafadores son aquellos que saben mentir con los ojos.

—Pero, hombre, Gabi, que soy yo, tu hermano Moisés.

Gabriel me observa desde ese rostro grumoso que yo no había visto nunca. Todavía mantiene los músculos tensos, listo para abalanzarse sobre mí si algo se tuerce. Pero, al final, menos mal, se relaja y una sonrisa comienza a abrirse camino en sus labios de sapo, dubitativa al principio, más confiada después. Y cuando esa sonrisa aparece, Gabi se transforma. Se le llenan las facciones de

bondad, se le aniñan los ojos, florece ante mí, solo hace falta un segundo, el buenazo de Gabi, tal y como yo lo recordaba, con esa expresión timorata suya, igual que un ratoncito que no se atreve a salir de la madriguera.

—Mo-i-sés. —Mi hermano pronuncia mi nombre como si lo estuviera leyendo en un cartel a mis espaldas—. No sabía que ibas, que ibas a venir hoy. Habría comprado más boquerones. Nadie me dijo que ibas a venir hoy.

La niña que llevaba el orinal en la cabeza se ha situado justo a mi lado. Me observa con actitud de lechuza. De verdad que es igualita a Samara.

—Y tú, ¿cómo te llamas?, —le pregunto, y soy todo calma, puro zen.

—Nazaret —responde.

—Este es tu tío Moisés —nos presenta tía Inés, y es la primera vez que mi tía habla desde que entramos en la casa—. ¿Verdad que es guapo?

—Nazaret, hija, ni le hables. —Esther me ronda con gestos dislocados, avanzando hacia mí y retrocediendo, levantando la cabeza para otearme y bajándola para husmearme, tuerce la boca y pestañea raro—. Y no hagas caso a tu tía, este no es un Miralles. Ya no.

—Dime la verdad. —Mi madre vuelve a la carga—. ¿Para qué has vuelto?

Yo me refugio en mi sobrina.

—Así que te llamas Nazaret. Pero qué nombre más bonito. ¿Sabías que yo he estado en Nazaret?

—¿En serio?, —dice mi sobrina.

—Óyeme bien, primo: si Zacarías te descubre, vas a salir de esta casa cagando hostias. Pero en silla de ruedas. O en ataúd. O en trocitos que se hunden en el mar. —Esther me agarra del brazo una vez más, ya me está tocando los huevos, ¿quién se cree que es? El cubo se me resbala de entre los dedos, resuena al chocar con las baldosas, los caracoles ruedan libres y babosos por el suelo. Esther dice—: Vete.

—Coño, prima —exclamo, y, de pronto, tengo unas ganas locas de atizarle, quitarle de un golpe esa expresión de nausea congelada que se gasta: siempre me pasa igual, tengo muy mal pronto, ese es

mi mayor defecto. Me encaro con ella—: Suéltame. Te he dicho que me sueltes.

—¡Zacarías! ¡Zacarías! —Esther grita, y el bebé, en sus brazos, retoma el llanto con más ímpetu. Desde el patio pueden oírse claramente unos ladridos desparejos que responden al grito de mi prima—. ¡Se nos ha colado un intruso, Zacarías!

Gabi se agacha para recoger los caracoles. Mi prima está fuera de sí, estira el cuello para gritar mejor y aprieta con fuerza mi antebrazo.

—Los boquerones se van a enfriar —musita Gabriel.

—Por favor, no montes un escándalo —le pide mi madre a Esther, agarrándola por los bordes de su túnica cuajada de lamparones, mientras ella se revuelve hecha una fiera.

—¡¡¡Zacarías!!!

Con cada grito de mi prima se multiplican los ladridos de esos perros, que, yo lo sé bien, se acumulan bajo el manzano. Igual que una corriente eléctrica transmite el dolor de un nervio del cuerpo a otro, cuanto mayor es el jaleo en la cocina, más furibundos son los ladridos del patio. Y es entonces, en medio de todo ese barullo, cuando tía Inés consigue, no sé cómo, llegar hasta mí. Su mano agarra mi mano, igual que en el paseo que hemos dado hasta entrar en la casa. Igual también que cuando, de niño, me llevaba a ver los cangrejos que asomaban saludando en el roquedal. El tacto de sus dedos me quema y me ayuda a reaccionar.

—No hace falta que llames a Zacarías, prima. Yo mismo iré a verlo. A fin de cuentas, conozco el camino.

Y, sin aguardar respuesta, me deshago de la mochila —que cae al suelo con una contundencia mojada— y abandono la cocina. Mis pies me llevan directos al patio. Detrás de mí voy dejando un reguero de gotitas de lluvia. De mi mano llevo a tía Inés, que se niega a soltarme. Una cosita redonda y callada que me sigue como suspendida en el aire, igual que arrastrar un globo. Detrás, en tropel, viene el resto de la familia, todos menos Gabriel, que se ha quedado recogiendo caracoles. Parecemos un sainete español. Sería gracioso si no fuera patético.

La cancela de hierro que da entrada al patio está entreabierta. Eso es una invitación. Tácitamente mi hermano ha accedido a verme. Procuro hinchar el pecho. Estoy a punto de adentrarme en el

lugar más sagrado de Villa Milagro. En apenas unos segundos volveré a encontrarme frente a frente con ese manzano hijo de puta que ha condenado la existencia de mi familia durante generaciones. Tengo que mostrarme firme, me digo, que Zacarías no perciba el miedo que burbujea en mi estómago. Doy un paso. Doy dos pasos. No veo nada. El patio está a oscuras. Doy un tercer paso, tinieblas por todas partes. Esto no es normal. Hay algo que no está bien. Entonces, de pronto, pero cómo he podido ser tan imbécil, antes incluso de que alcance a decir hola, buenas noches, un puñetazo se estampa contra mis narices.

Vuelo.

Literalmente vuelo.

Menuda hostia me he llevado. No la vi venir. Caigo sobre un parterre de hierbas aromáticas mojado por la lluvia. Lavanda. Hierbabuena. Tomillo. Romero. Su olor se mezcla en mi cabeza, los orificios nasales se me llenan de un perfume cosquilleante. Y además, ¿qué es eso? Un sabor a cobre en la boca. Como chupar monedas. Sangre. ¿Tengo la nariz rota? Duele como si la tuviera rota. Bizqueo y me retuerzo sobre el parterre.

Todavía no me he recuperado del todo, tan solo he ensayado el gesto de probar a levantarme, cuando, a la vez, sincronizados, los perros de Villa Milagro caen sobre mí. Chaparrón de ladridos, de colmillos, de saliva caliente. Algo tira de mi pantalón, me desgarra el tobillo, me arrastra fuera del parterre. Por puro instinto me tapo el rostro con las manos —¡menos mal!— justo a tiempo para protegerme de un perro mil leches que iba a por mis ojos. Frustrado, el mil leches se enzarza con mi muñeca. ¡Me cago en Satanás! El dolor es tan intenso que los ojos se me llenan de luces rojas. Parece como si mi tobillo fuera a partirse en dos. Duele. Duele. Duele. Otro mordisco se clava ahora en mi muslo. Uno más en el costado. Hocicos que me husmean la cara, me bañan en saliva, y yo retorciéndome, totalmente a su merced. Entre mis dedos distingo solo figuras de pelo crespo. Ojos de cristal. Aliento a podredumbre. Dientes y más dientes.

No grito. O al menos creo que no grito. Duele demasiado como para gritar. A la desesperada, adopto una posición fetal, es puro instinto, de algún modo sé que así podré protegerme mejor. Un pensamiento se forma en mi cabeza: puto dinero y puta señora

Nissenbaum. ¿Cómo pude pensar que esto podía terminar de otra manera? En Villa Milagro siempre me aguardó la muerte.

Pero espera. Los perros se alejan. Hay chillidos y hay silbidos. Alguien recoge mi cabeza, la apoya en su regazo. Es tía Inés. Y, junto a ella, mi madre, que patea sin miedo a ese perro de presa canario que me destrozaba el tobillo.

—Pero ¿es que estás loco?, —oigo a mi madre gritar, aunque todavía no alcanzo a ubicarla bien—. ¡Déjalo en paz!

—Madre, no se meta.

La voz de Zacarías me llega desde muy lejos. Sé que sigue hablando, pero me resulta imposible entender sus palabras. Se me ocurre: la voz de Zacarías suena como cuando, de niños, jugábamos a meter la cabeza bajo el agua en la alberca. Uno de los dos cantaba lo primero que se le venía a la cabeza y el otro tenía que adivinar de qué canción se trataba: Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te desean tus amigos de Parchís… Igual que entonces, Zacarías habla y yo tengo que esforzarme por entenderlo. Solo distingo la frase final:

—… apártese, todavía no he acabado con él.

El patio está a oscuras. Mi hermano es un buen estratega, aprendió del mejor. Escuchó alboroto en la casa y apagó las luces, no se puso nervioso y supo esperar en silencio, sacar ventaja al terreno conocido, prepararse para sorprender al intruso. Zacarías está ahí, de pie, apenas un par de metros frente a mí, una silueta azul en medio de la noche. A sus pies se extiende una falda oscura que palpita y se retuerce. Son los perros.

—Zacarías, por favor: es tu hermano —suplica mi madre.

—Es un intruso —responde Zacarías—. Y ya sabe usted cómo recibimos a los intrusos.

Zacarías da un paso y los perros lo dan con él. Gruñen a la vez, una docena de chuchos grandes como potrillos, sus ojos centellean en la oscuridad. Incluso en la penumbra, alguno de ellos se me hace conocido; ese de ahí, por ejemplo, se parece a Jericó, aquel otro, el que tiembla como si tuviera la rabia, se parece a Inmolado, igual son sus hijos o los hijos de sus hijos. Mi madre se ha cuadrado frente a mí, protegiéndome. Distingo sus brazos esmirriados abiertos en cruz. Gabriel llega cojeando —esa cojera que lo marcó desde pequeño y de la que tanto me burlaba para hacerlo enfadar— y se coloca junto a mi madre.

—De verdad que es Moisés. —La voz de Gabi suena asustada—. Es que lleva bar-barba. Por eso cuesta reco-reconocerle. Pero es Moisés. Mira, míralo.

—Gabi, lleva a las niñas adentro —dice Zacarías—. No tienen por qué ver esto.

—¡Hijo, recapacita!, —grita mi madre.

Esther me habla desde la oscuridad. No puede andar lejos, porque su voz suena casi junto a mi oído:

—Que conste que ya te lo advertí. Todo lo que te pase a partir de ahora será solo culpa tuya.

Me late la nariz. Me arde el muslo y la muñeca. Me grita, sobre todo, el tobillo izquierdo. Esos chuchos me han dado pero bien. El mundo entero da vueltas. Y el patio da vueltas con él, aunque en dirección contraria. Alguien enciende las luces —¿quién las enciende, si todo el mundo está ocupado intentando matarme o intentando que no me maten? ¿Esther, tal vez? ¿O la niña con ojos de lechuza?—. Súbitamente, el patio se llena con un resplandor blanco. Por primera vez, puedo ver el rostro de Zacarías. Lo primero en lo que me fijo es en que lleva la cabeza rapada. Él, que tenía una hermosa melena ondulada del color del trigo, pelo de niño bueno y obediente. Ese corte estilo militar le endurece las facciones. Tal vez por eso se deshizo de su melena de querubín. Para encallecerse el gesto. En la mano derecha mi hermano lleva un guante que le cubre hasta casi el codo y que oculta las quemaduras que se hizo durante el incendio del almacén. Ay, Zaca, solo tú y yo sabemos cómo comenzó ese incendio. O mejor: solo tú y yo sabemos cómo no comenzó, solo tú y yo sabemos lo extraño que fue el incendio del almacén.

Y luego, el manzano. Detrás de Zacarías, el manzano. Dos focos halógenos lo iluminan directamente. De resultas, el árbol parece brillar como si tuviera luz propia. La palabra es: fosforescente. Visto así, casi parece especial de verdad. Casi parece que las leyendas que los Miralles nos hemos ido contando de generación en generación son ciertas. El Árbol del Bien y del Mal. El último pedazo de Paraíso que todavía permanece en pie sobre la faz de la tierra. He ahí el porqué de todas las cosas, la síntesis de lo que significa ser un Miralles. Somos lo que Dios Nuestro Señor quiso que fuéramos. Somos los descendientes de los ángeles del Edén. Somos

Guardianes.

No, me digo. Y una mierda como una casa. Eso de ahí es solo un manzano corriente y moliente, y por su tronco no corre savia divina. Sus frutos no tienen el poder de condenarnos ni de salvarnos. Es un manzano normal, me repito, igual que me he repetido cada día desde hace quince años. Y una vez más, ruego por haberme convencido a mí mismo.

Tengo que levantarme. Me aferro a los hombros de tía Inés y me aúpo sobre ella. Apenas puedo mantenerme erguido. Si apoyo el pie, todo se vuelve rojo.

—Tú no puedes, no puedes echarme —digo, o creo que digo, porque, en realidad, de mi boca salen unas palabras mojadas, apenas un murmullo incomprensible. De modo que, por si acaso, me obligo a repetir—: Tú no eres quién para echarme de aquí, Zacarías.

Pum, pum, pum. El dolor del puente de la nariz me martillea el cráneo. La silueta de mi hermano da un paso adelante. Los perros son niebla. Zacarías dice:

—Yo diría que sí puedo. Y te lo voy a demostrar ahora mismo.

—No, no puedes —insisto, y me esfuerzo en sonar solemne, en ignorar la cojera, el dolor de las costillas, la sangre que resbala por la camiseta—. Tú no mandas en esta casa. No eres el Padre Guardián.

Le pongo un poco de teatro y echo un vistazo a mi alrededor. Este es un momento crítico. Más vale que la jugada me salga bien. Observo uno por uno a todos los presentes, o al menos lo intento, porque me cuesta ubicarlos; creo que esa sombra que brota tras la columna del pórtico es Esther, no te escondas, hija de puta, para ti también tengo un poco de esta mirada cargada de dignidad; aquí estoy, echadme todos un buen vistazo, intento erguirme y aprieto los dientes. Pienso: ¿es posible que haya exagerado con esta pausa dramática? ¿Puede que me haya salido un poco más larga de lo que el sentido común aconsejaría? Espero que no se note. Alzo la voz para preguntar:

—¿Dónde está padre? Si él quiere que me vaya, me iré. Lo prometo. ¿Dónde está? ¿Por qué se esconde de mí?

He dado en el clavo. He tocado justo la melodía que tenía que tocar, los compases exactos: do, re, mi, fa, sol, la, si, do. Y joder, menos mal que lo he hecho, porque el palpitar de mi tobillo resulta

ya insoportable, apenas me tengo en pie, ni siquiera con la ayuda de tía Inés, que bufa bajo mi peso. En el patio se crea un silencio pastoso. Zacarías permanece aparte. Descubro que estoy llorando.

—¡Exijo ver a padre!, —grito.

Mi madre se acerca a mí. Su mano se posa en mi pecho.

—Hijo. Tu padre… Tu padre está mal. Sufrió un ataque.

Pongo cara de sorpresa. Finjo que no tenía ni idea. Como si no hubiera venido precisamente por eso, como si no me hubiesen avisado y dado todos los detalles por teléfono, una semana atrás, conferencia internacional, yo sentado en la cama de un apartamento de mala muerte en Tailandia, la vista fija en una estatuilla de Buda representado en la posición de calmar las aguas, un olor a sudor y a sexo y a aceite de soja flotando en los estores de la habitación, y, a través del teléfono, la voz de una tal señora Nissenbaum que me dice: señor Miralles, lamento comunicarle que su padre ha ingresado en el hospital, sí, señor, ya ve: a su padre se le apareció el diablo, o al menos eso creyó él, y de la impresión sufrió un ictus.

Menudo actor estoy hecho. Incluso me tiemblan los labios. Doy asco.

—Quiero verlo —digo, y caigo al suelo.

4. El pabellón bien alto

Ahora que acabo de regresar a Villa Milagro me viene a la cabeza, como un sueño, o como una alucinación, o como una mezcla de ambos, la primera vez que salí de Villa Milagro: mi primer día de escuela.

Acababa de cumplir seis años. Tía Inés me estaba cosiendo un botón de la camisa. Yo la miraba sentado en la cama, en calzoncillos, recién despertado. O mejor dicho, medio dormido. Como todo el mundo sabe, los niños de seis años pueden estar a la vez despiertos y dormidos. Una voz dijo:

—Inés.

Mi madre acababa de asomarse a la puerta y llamaba a su hermana. Es sorprendente la claridad con la que ciertos detalles se quedan grabados en la memoria: el camisón de mi madre estaba decorado con un dibujo oriental como de grullas en formación de vuelo, un dibujo elegante para un camisón por lo demás tan de puesto de mercadillo.

—Inés, date prisa. Solo faltaría que el niño llegase tarde en su primer día.

Tía Inés no pronunció palabra, pero sonrió como diciendo que de acuerdo. Luego siguió cosiendo. Recuerdo que su mano esgrimía la aguja con mucho tiento. La tranquilidad de mi tía contrastaba con el nerviosismo de mi madre.

Ella siempre fue una mujer nerviosa, eso bien lo sé yo, que la sufrí toda la puñetera vida, pero por una vez supongo que su histerismo estaba justificado. A fin de cuentas, un servidor iba a ser el primer varón en salir a una edad tan temprana de Villa Milagro. ¡Vaya si no era como para preocuparse! Hacía tiempo que la educación en España era obligatoria, pero, de alguna forma, los Miralles se las habían apañado durante mucho tiempo para que las autoridades hicieran la vista gorda. De toda la vida de Dios, a los niños de mi familia se les enseñó a leer y a escribir en la misma alquería. Algo de matemáticas también, sumas y restas, multiplicaciones y divisiones, las cuatro reglas y poco más, a ver, tampoco había que ponerse exquisitos. El objetivo, en todo caso, era

evitar la entrada de los más pequeños en el sistema educativo oficial, y, a medida que las leyes se fueron volviendo más estrictas, retrasar su ingreso lo máximo posible. Que fueran ya casi hombres cuando marcharan al colegio. Ese era el plan. Ya casi Miralles de pura cepa. Con las directrices marcadas y la lección aprendida —la única lección que un Miralles necesitaba aprender: cómo defender el manzano y por qué—. El tío Jacobo, por ejemplo, no fue al colegio hasta que ya era todo un mozalbete. Mi padre, que era el hermano mayor, jamás lo hizo; lo que equivale a decir que apenas si tuvo una vida fuera de los muros de la alquería. Hay que entender eso para comprender a mi padre. Para él, el mundo comenzaba y terminaba en el manzano del patio. Allá por los setenta, Franco promulgó una Ley General de la Educación mucho más estricta que la anterior. Y, para cuando mi hermana nació, con la democracia ya asentada, mis padres fueron lo bastante listos como para comprender que los tiempos eran otros, y que si querían seguir ocultándose, más les valía aprender a esconderse a simple vista. Aunque puñetera la gracia que les hacía.

Después de coser el botón, tía Inés me ayudó a vestirme. Su pelo olía a laurel. Eso recuerdo ahora, pero vete tú a saber, la memoria siempre tiende al melodrama. Es más probable que oliera a puerro, en cualquier caso, se pasaba el santo día en la cocina. Ya entonces, más que rolliza era redonda. Tenía esos mismos ojos chiquitos que tiene ahora, esos ojillos que me han mirado como suplicándome perdón mientras me sujetaba la mano en el pasillo. ¿Qué pensaba, en realidad, esa mujer mientras ayudaba a vestir a un niño que no era el suyo?

La veo deambulando por la casa como una arañita, sin encender las luces para no malgastar electricidad, moviéndose con soltura entre las sombras. La veo sentada en un taburete junto al porche, vigilando cómo jugábamos mis hermanos y yo, sin molestarnos, siempre aparte, pero lista para acudir con el algodón y la mercromina si alguno se raspaba la rodilla. Ponía tanto esmero en cada uno de sus gestos… La veo, claramente, envolviendo con papel de periódico las uvas del parral para evitar que los pájaros picasen el fruto. Tía Inés envolvía las uvas como si fueran un regalo de cumpleaños.

Con ese mismo sosiego, tía Inés me ató los cordones de los

zapatos, dejándome listo e impecable para mi primer día de colegio. Por encima del hombro de mi tía, en la cama vecina, alcancé a ver cómo Zacarías nos observaba en silencio; mi hermano luchaba por no sucumbir al sueño que tiraba de sus pestañas: quería ser testigo de mi marcha. De críos, Zacarías y yo compartíamos habitación. Nos llevábamos un año escaso. Esa era la primera vez en nuestra corta vida en la que íbamos a separarnos.

Tía Inés también se percató de la presencia de Zacarías. Lo llamó.

—Zacarías, ven.

Mi hermano arrastró los pies y vino frotándose los ojos.

—Dale un abrazo a Moisés.

Mi hermano obedeció. No creo que ninguno de los dos entendiese cabalmente qué estaba pasando, qué significaba esa mañana en concreto. La idea de que yo fuera a ir a alguna parte sin él era, simplemente, inconcebible.

Mi madre volvió a recortarse en la puerta de la habitación.

—A ver, Inés, ¿es que no puedes apurarte un poco?

Inés Miralles, mi tía, era la hermana mayor. Raquel Miralles, mi madre, la menor. Ambas nacieron y se criaron en la Casa de Labores, junto a la numerosa recua de primos y primas, tíos y tías, abuelos y abuelas que allí compartían y comparten edificio y tareas. El destino de la Casa de Labores quedó fijado mucho tiempo atrás —nadie sabía cuánto— y era de una simpleza pasmosa: para que los Miralles de Villa Milagro pudieran aplicarse sin distracciones a la salvaguarda del Árbol de la Vida, los Miralles de la Casa de Labores debían deslomarse trabajando los campos para así pasarles un monto mensual y en modo alguno despreciable. Ese era el trato, en el que ambas partes salían perdiendo. Unos se enclaustraban y comprimían su mundo a las cuatro paredes de un patio interior. Los otros, empeñaban su esfuerzo y su espalda encorvada en pos de un árbol sagrado que solo podrían atisbar en contadas ocasiones. ¿No resulta asombroso el diseño tan minuciosamente orquestado que una panda de gañanes como mi familia consiguió urdir a su alrededor? La forma como los engranajes llevaban encajando desde hacía generaciones. El orden perfecto que puede emerger de la religión y de la locura.

Como hermana mayor que era, y por mandato de la abuela

Galilea, a tía Inés correspondió el honor de desposarse con el primogénito de Villa Milagro, Noé Miralles, mi padre. Sin embargo, y a pesar de que ambos jóvenes gozaban de buena salud y pusieron un correcto empeño, el matrimonio no dio frutos. Ese era —y es— un problema común entre los Miralles: la fecundación resulta trabajosa. No es que tía Inés o mi padre fueran estériles, o al menos ninguna prueba médica demostró o descartó nunca dicha posibilidad, simplemente Dios no quería que de su unión surgiera un niño. Esa es la explicación que se les daba. Por lo visto, a Dios siempre le han gustado los culebrones venezolanos. Las familias intrincadas. Los dramas de alcoba y las parejas que convierten el follar en una obligación y la obligación en una rutina asfixiante. La familia esperó doce prudentes años —y eso, en opinión de algunos, fue mucho esperar— hasta que el fracaso del matrimonio quedó patente y la abuela Galilea decidió tomar cartas en el asunto. Desde la Casa de Labores mandaron a la hermana menor a hacer el trabajo que la mayor no había sabido hacer. Raquel entró en la casa y se metió en la cama de Noé. Inés se mudó a la habitación contigua. No hubo ninguna ceremonia que atestiguara el cambio de pareja, no hubo un nuevo anillo que se deslizara por el nuevo dedo de la nueva hermana, no hubo nada más que un cambio de habitaciones y listo. Al cabo de unos meses, Raquel se quedó embarazada. Nació Ruth. Tres años después, yo. Al poco tiempo, Zacarías. Cuando nadie lo esperaba, Gabriel. Y mientras tanto, la pobre tía Inés, que debió de haber lucido una coquetería propia de su edad, un cierto regocijo, se fue convirtiendo en una huella medio borrada en el camino.

—¡Venga, que naciste dormido!

Eso o algo parecido me dijo mi madre al tiempo que entraba en la habitación y me agarraba de la muñeca para sacarme en volandas. Apenas tuve tiempo de volver la cabeza para echar un último vistazo. Tía Inés permanecía sentada en la cama, con la cabeza de Zacarías apoyada en el regazo; creo que a esas alturas mi hermano ya se había dormido.

—¡Tu primer día de colegio!, —iba diciendo mi madre—. ¿No estás emocionado?

Y enseguida:

—Bébete la leche, no trastees, mira que eres torpe, deprisa,

corre, corre, que vamos retrasados.

Y también:

—Aquí tienes un bocata para el recreo, es de mortadela, no vayas a perderlo.

Mi madre me llevó hasta el patio. Allí, mi padre hacía guardia frente al manzano. Sentado junto a él, el abuelo Jeremías jugueteaba con la campana que le colgaba del cuello. Esta no servía para comunicarse —el abuelo Jeremías no intentó comunicarse con nosotros ni una sola vez en toda su vida—, sino para dar la alarma en caso de que un intruso invadiese el patio. De verdad que no sé por qué el abuelo Jeremías observaba el voto de silencio. Alguna vez oí decir algo sobre que cumplía penitencia por mentirle a su fallecida esposa, la abuela Dalila. Rumores. Ese es el material con el que se entreteje la historia de los Miralles: si uno comienza a escarbar en el pasado, lo único que encuentra es bruma e interrogantes. La abuela Dalila falleció antes de que yo naciera. Solo la conozco por fotos: una mujer fea y rotunda, de la que se decía que tenía más fuerza que muchos hombres y que miraba a cámara como deseando que alguien le llevase la contraria, ansiando comenzar una bronca.

—El niño se va —informó mi madre, mientras me apretaba las correas de la mochila.

Mi padre gruñó antes de levantarse de la mecedora. Mi padre siempre gruñía antes de ponerse en pie, como si levantarse le supusiera un esfuerzo tremendo. Al niño que yo era le parecía algo comprensible: no debía de resultar sencillo alzar un cuerpo como el suyo, igual que no debía de resultar fácil para una placa tectónica elevarse sobre otra placa tectónica y crear así una montaña, un terremoto, un atolón en medio del océano Pacífico. De nuevo, otra vez, qué fastidio, en mi recuerdo, en lugar de rostro, mi padre tiene un borrón.

—Deja el pabellón bien alto, chaval —dijo mi padre emborronado.

Aquí mi memoria sufre un corte. De algún modo, mi madre y yo abandonamos el patio y pasamos a encontrarnos en la puerta de la casona. Frente al porche, la furgoneta Volkswagen hacía brum, brum. Tropecé con mis propios pies y mi madre me cazó al vuelo, salvándome de la caída.

—Obedece en todo a tu hermana. —Se ensalivó los dedos y me peinó con brusquedad—. No tengas miedo. ¿Me oyes? Tus primos estarán allí para cuidarte.

Así era. En el colegio Vicente Ferrer de Berinossent, los Miralles de Villa Milagro y los Miralles de la Casa de Labores formábamos un clan cerrado e independiente, nos protegíamos y nos vigilábamos los unos a los otros: si tocan a uno, nos tocan a todos, hijo de puta, ¿eres tú quien ha mirado mal a mi primo? A la hora del recreo se nos podía ver ocupando siempre el mismo rincón junto a la garita del bedel, la mayoría sentados en el suelo comiendo pipas, las niñas saltando a la comba sin alejarse demasiado. Era ese un entrenamiento temprano de cómo iba a ser nuestra relación con el mundo: los Miralles solo tratábamos con Miralles, y el resto de los seres humanos que poblaban la creación eran apenas decorado, cuando no un estorbo. No es que estuviese prohibido entablar amistades fuera de la familia —entre los Miralles casi nada se prohibía explícitamente y todo se sobreentendía—, pero, en cualquier caso, cruzar más de un par de palabras con un compañero de clase se consideraba un exceso de confianza, y mirar mucho rato a una chavala era jugarse una ronda de collejas, incluso con el profesor lo mejor era hablar lo imprescindible.

Mi madre continuó:

—No metas bulla en clase. Cuidadito con llamar la atención. Atento a no perder los rotuladores, que son caros. No digas cuál es la misión que debemos cumplir los Miralles.

Eso era importante. Mi madre me sujetó por los hombros y me obligó a mirarla a los ojos.

—No se te vaya a ocurrir contarle a nadie que el manzano existe.

Mi madre me estampó tres besos: dos en cada mejilla y uno de propina, más apresurado, en el párpado izquierdo. Luego me alzó hasta la furgoneta. Recuerdo que le dijo al tío Jacobo que condujera con cuidado, que ya lo conocía, que era un fitipaldi. Mi tío se quitó el cigarro de la boca para responder con una carcajada despreocupada. El tío Jacobo era casi tan alto como mi padre, pero mucho mucho más grueso. Ese tipo de obesidad rotunda, hecha de hormigón y licor de hierbas, que se gastan los hombres de campo. De pequeño, Zacarías y yo jugábamos a intentar rodear su brazo, y

el tío Jacobo se carcajeaba y nos cargaba por el pasillo como si fuéramos dos cestas de mimbre. Mi tío me guiñó un ojo por el parabrisas como diciéndome: ahora viene lo bueno, chaval. Me instalé en el asiento trasero, embutido entre las cajas de nectarinas y los instrumentos de labranza. La furgoneta apestaba a aliento de perro. Cómo olvidar ese olor. Los asientos rebozados de pelos de chucho de color blanco y gris y naranja.

Mi hermana estaba en el asiento del copiloto, esperándome. Tendría unos nueve años. Acababan de ponerle unas gafas enormes y redondas de metal. Recuerdo que, nada más sentarme, me enseñó algo que guardaba escondido en el bolsillo. Era un pintalabios. Ruth se puso un dedo sobre los labios para indicarme que no me chivara. La vieja Volkswagen arrancó.

Mi madre se iba haciendo chiquitita en el cristal trasero. Gritó algo. Tal vez dijo:

—¡Buena suerte!

O más probablemente:

—¡Pórtate bien!

En el quicio de la puerta —había que hacer un esfuerzo para distinguirla—, asomaba el perfil de tía Inés, puede que también su manita despidiéndose, no se veía bien, costaba diferenciarla de las sombras de la casa.

5. Un montón de hojas secas

Despierto y no sé dónde estoy.

Una presión en las sienes me embrolla los pensamientos. Me duele cada cachito del cuerpo y tengo ganas de vomitar. De algún modo comprendo que esta cama sobre la que me encuentro tendido no es la de mi apartamento de Bangkok. ¿He vuelto a cambiar de país? Estoy hecho un guiñapo, entumecido, noqueado; pruebo a incorporarme y no lo consigo. Siento como si boqueara en medio de una bruma espesa, igual que una resaca de vodka barato, pero a lo bestia. La habitación está a oscuras. Se intuyen entre las sombras unos muebles grandes, toscos, de esquinas redondeadas. Las sábanas que me envuelven huelen a alcanfor. Me llega también un tufo a algo que parece yodo. ¿Se puede saber cómo he llegado hasta aquí? La pierna me palpita de puro dolor, es como si en la pantorrilla me hubiera crecido un corazón extra. No se me ocurre nada mejor que dirigir la mano hacia el rostro, no sé si con intención de inspeccionarlo o de frotarme los ojos o de qué, el caso es que la palma cae sobre mi nariz machacada, ahora cubierta por una venda y kilos de algodón. Duele de la hostia y se me escapa un grito.

—¡Joder!, —exclamo.

Es entonces cuando lo recuerdo todo.

Mi regreso triunfante a Villa Milagro. La paliza de Zacarías. Los dientes de los perros centelleando en la noche. Recuerdo también cómo me gané el Oscar al mejor actor dramático invocando el nombre de mi padre en el último momento, justo antes de perder el sentido. Echo un nuevo vistazo a mi alrededor y, esta vez, a pesar de la oscuridad, sí reconozco el lugar. Estoy en uno de los cuartos de invitados que se alinean en el segundo piso de Villa Milagro. Porque si algo sobra en este palacete venido a menos son habitaciones vacías.

Llegan hasta mí, nítidos de pronto, los mismos rumores cotidianos que tantas veces escuché de niño, cuando me hacía el remolón en la cama. Trasiego en la cocina, persianas que crujen al recogerse, algún tarareo femenino. La voz amortiguada de un locutor de radio. Ladridos esporádicos y rezongones. Pienso: el libro

sagrado de los sijs en el Templo Dorado de Amritsar. Pienso: una canoa bajando por el Yangtsé. Pienso: los tenderos de Varsovia levantándose temprano para quitar la nieve que impide el paso a sus negocios. He dado la vuelta al mundo. Pero nada de eso importa en esta casa. Solo el runrún de una escoba que barre el pasillo.

Me fuerzo a reconstruir el modo como llegué a este cuarto. Aunque no lo recuerdo, imagino que debió de ser mi hermano Gabriel quien me cargó en brazos y me trajo hasta la cama, hasta esta cama, como si fuera un crío que se queda dormido jugando en la alfombra. Luego mi madre y tía Inés me curaron las heridas. Poco a poco me vienen los recuerdos, algo borrosos todavía: como mirar a través de una ventana un día de lluvia. Mi madre y tía Inés se movían sincronizadas y manejaban las vendas y el algodón, el Betadine y el agua oxigenada, como si sus cuatro manos pertenecieran a un solo cuerpo. Me quitaron la ropa —mojada, ensangrentada, rota— y me vistieron con un acartonado pijama de franela a cuadros.

Trajeron algo para cenar. ¿El qué? Boquerones en escabeche. Sentada en mi cama, mi madre limpiaba las espinas de los boquerones y me los metía en la boca. Yo apenas podía masticar. Estaba medio ido. ¿A quién se le ocurre dar de comer a alguien en mi estado? Mi madre no dejó de hablar ni un instante.

—Las cosas como son: Zacarías y tú siempre habéis estado a la gresca, con el demonio a cuestas, listos para morderos las canillas el uno al otro. Y tu prima Samara, pobrecita, ¿cómo vamos a contarle que has vuelto? Cuando se entere tu tío Jacobo se va a llevar una alegría inmensa. Moisés, hijo, dime la verdad: ¿para qué has venido?

Las palabras de mi madre se mezclaban hasta perder el significado, licuándose unas frases con otras. En algún momento —poquito a poco la neblina de anoche se va aclarando— mi madre aprovechó mi atención cautiva para contarme lo que la señora Nissenbaum ya me había contado: que mi padre había sufrido un ictus, que casi no lo cuenta, que pasó una temporada en el policlínico de Castellón y que ahora andaba recuperándose en la habitación principal. No mencionó —o al menos creo que no mencionó— que mi padre creyó ver a una serpiente que era el diablo.

—Está muy jodido, tu padre. Da un poco de impresión verlo ahora. Menudo momento has escogido para volver. Tú siempre tan oportuno.

Recuerdo que, mientras mi madre hablaba, en la puerta asomó la silueta de la pequeña Nazaret. Así se llama mi sobrina: Nazaret. Hasta ayer mismo no sabía que existía. La niña me observaba con los ojos muy abiertos. En algún momento me dormí. Y así hasta ahora.

No sé en qué momento he decidido que iba a levantarme de la cama, pero aquí estoy, haciéndolo. El más leve de los movimientos me produce un dolor minucioso, equitativamente repartido por todo el cuerpo. Los ojos se me han ido acostumbrando a la penumbra, así que aprovecho para inspeccionar mi situación. Llevo una venda que me cruza media cara. Otra en la muñeca, otra en las costillas y una más envolviéndome el tobillo. Si apoyo la pierna izquierda en el suelo, los ojos se me llenan de lucecitas de colores. Debería tumbarme en la cama y quedarme quietecito, dejar que el tiempo y el reposo ayuden a sanarme, pero a ver quién es el guapo que se relaja en esta casa sabiendo —constatando nada más verme— cómo se las gastan los Miralles con los traidores. Más me vale no bajar la guardia: todavía no sé si estoy a salvo o si, por el contrario, en cualquier momento mis parientes van a venir a terminar la faena.

Saltando a la pata coja llego hasta la ventana. Subo la persiana. Se desparrama una luz cenicienta, quebradiza, tan poquita cosa que ni siquiera me hace entrecerrar los ojos. Por lo visto, la tormenta se resiste a disiparse del todo, el cielo está forrado de nubes, ni un huequito de azul por ninguna parte. Me apoyo en el viejo radiador y contemplo el paisaje. Desde aquí se tiene un buen ángulo de La Caleta, esa playa coqueta y recogida que queda a tiro de piedra de la alquería. La de tardes que pasé buceando en esas aguas, solo o en compañía de mis hermanos, cazando pulpos con la pistola del tío Jacobo, buceando hasta los Farallones. Un bosque de pinares se abalanza sobre el mar y, al fondo, casi en el horizonte, se distingue Berinossent, con las siluetas de sus grúas —en Berinossent hay más grúas que árboles— y sus edificios de apartamentos feos y desiguales. De alguna forma me tranquiliza atestiguar que nada ha cambiado.

Después de echar un vistazo fuera, me tomo unos segundos para

inspeccionar la habitación en la que he despertado. Al igual que el resto de Villa Milagro, el cuarto necesita una reforma urgente. Cada esquina es una fiesta de arañitas. Armarios de mírame y no me toques. Sobre la cama, un cuadro con el cristal agrietado que representa a san Antonio abrazando a un cerdito. En contraste con la sensación de derrumbe general, algunos pequeños detalles pincelan el ambiente con cierta calidez. Una jofaina llena hasta el borde con agua fresca, tapetes de ganchillo sobre la mesilla, sábanas perfumadas con lavanda silvestre.

—¿De verdad estoy aquí? ¿Otra vez? ¿En serio?, —me pregunto en voz alta.

Y es entonces cuando una mujer aparece en La Caleta. Llega como una aparición. Esa es la palabra que mejor define su llegada: una aparición sobrenatural y por completo ajena a este mundo de goteras en el techo y olor a potaje recalentado. La mujer es rubia. Va enfundada en un albornoz blanco. Ese pelo rubio y ese albornoz blanco son las únicas dos cosas que no son grises ahí fuera. El cielo es gris, el mar es gris, las piedras de la cala son grises. La mujer se quita el albornoz blanco y se queda en pelotas. No me lo puedo creer. Su cuerpo es hermoso, quizá demasiado delgado, tan blanco como el albornoz. ¿Estoy soñando o qué? ¿Es la mujer rubia una alucinación provocada por la paliza y la medicación? ¿Tal vez mi hermano me golpeó demasiado fuerte en la cabeza? La mujer se encamina hacia el mar con distinción, parece ajena a esas piedras chiquititas y puñeteras que tachonan La Caleta. Se zambulle sin pensarlo. Chof.

—Caramba —digo.

La mujer nada de un lado a otro de La Caleta y yo la observo sentado de refilón en el radiador. El tiempo pasa sin que nadie cuente los minutos. Me olvido de la amenaza que mi familia todavía representa, se me evapora la tensión acumulada. La mujer nada con mucho estilo. Avanza quince o veinte brazadas en una dirección, se da la vuelta y prosigue otras tantas en dirección contraria. Finales de octubre. Día de tormenta. Tiene que estar frío de cojones ese mar. Ya hay que tener valor para meterse. No puedo dejar de mirarla. De vez en cuando, las olas la elevan un poco y entonces su culo asoma y parece brillar. No es que esté muy cómodo recostado en el radiador, pero cambiar de posición se me antoja dolorosísimo,

así que aquí me quedo. Me sorprende no tener una erección.

Por fin, después de veinte o treinta minutos de ejercicio, la mujer sale del mar. Yo aprovecho para echarle un buen vistazo. Alta y elegante. Blanca como un azulejo. Y rubia, muy rubia. ¿Alemana tal vez? O sueca o belga o finlandesa. Para meterse en el mar a finales de octubre por fuerza tiene que ser guiri. No distingo su rostro. Demasiado lejos. Venga ya. Está buenísima. La mujer desfila sobre las piedras, de nuevo no parecen dolerle, su cuerpo desaparece bajo el albornoz blanco. Y de este modo, igual que llegó, la mujer se va.

Hay que joderse. Cuando yo era joven estas cosas no pasaban en esa playa.

Oigo pasos en el pasillo. Muy cerca. Los pasos de mi madre. No sé cómo, pero los reconozco inmediatamente: mi madre avanza por el pasillo con sus pasos apresurados y decididos y yo me pongo en guardia por si acaso no viene sola, ojo, cuidao, que vuelven, que vuelven, que vuelven; mi cuerpo quebrantado se queja al ponerme en pie, aquí estoy, listo para defenderme si hace falta.

—Ay —protesto; me falla el pie herido y estoy a punto de caerme.

Sin darme tiempo a recuperar la compostura, mi madre abre la puerta de par en par.

—Te oí haraganeando —dice.

—Buenos días —respondo cauteloso, todavía con miedo de que tras ella aparezca alguien con intención de patearme.

Me mira fijamente, una mano todavía en el pomo de la puerta y la otra colgada de la tira frontal del delantal. Mi madre no me sonríe. No me hace ningún gesto tranquilizador. No me da la bienvenida en modo alguno. Y sin embargo, es increíble lo bien que la conozco, a mí me basta con mirarla para comprender que puedo comenzar a relajarme un poco. Se me ha concedido una tregua. De momento, mi hermano Zacarías no aparecerá por el pasillo escopeta en ristre, ni mis primos de la Casa de Labores vendrán a arrojarme al mar. De momento. Menos mal.

—Deberías darte una ducha —dice mi madre—. Te sentará bien. Aquí te dejo una muda limpia. ¿No tienes hambre? El resto de la familia ya ha comido. Son más de las tres. Tu tía y yo hemos apartado un plato pensando en ti. Apúrate.

Y justo antes de desaparecer, como si de pronto se le hubiera ocurrido, pregunta:

—¿Te duele mucho?

—Estoy bien. —Intento sonreír para que quede claro que soy consciente de que le debo una; sin su intermediación, hoy no estaría levantándome en esta cama—. Me ducho y bajo.

Mal que bien, me arrastro hasta el cuarto de baño. La ducha es una bendición. Jabón La Toja. De pronto huelo como siempre, como olí durante los primeros dieciocho años de mi vida. No resulta fácil ducharse a la pata coja. A veces apoyo sin querer el pie destrozado en el suelo de la bañera y me muerdo un bramido. Han hecho reformas en el cuarto de baño. Azulejos rosas cubren las paredes y el suelo. Es un diseño hortera, barato, como encerrarse dentro de un caramelo.

Antes de volver a vendarme las heridas, aprovecho para revisarlas en el espejo. Tengo el puente de la nariz tan hinchado que parece como si quisiera crecerme otra napia justo ahí. Al menos, me digo, el hueso no está roto, algo es algo. La herida de la muñeca y la del muslo son más llamativas que otra cosa; duelen, sí, pero sanarán pronto. Es la mordedura del tobillo la que me preocupa. Ahora mi pie es de color violeta. De quererlo, podría saber cuántos dientes tiene un chucho con tan solo contar las marcas de mi peroné. Rebusco en el armarito de latón donde se guardan las medicinas: una auténtica colección de antibióticos caducados, botes de Vicks Vaporub y jarabes para la tos. Me trago una pastilla de Nolotil y otra de ibuprofeno.

Vuelvo al cuarto de invitados. Alguien —mi madre o tía Inés— ha vaciado mi mochila y la ha dejado doblada sobre una silla. En estos momentos, no me cabe duda, mi ropa da vueltas en el tambor de la lavadora. Siento una especie de vergüenza primitiva al imaginar a mi madre descubriendo las camisetas apelmazadas, los calzoncillos demasiado usados, la prueba palpable y hedionda de lo patética y guarra que es mi vida de vagabundo. Pienso: manda huevos. Pienso: ¿será posible que a estas alturas todavía me importe lo que mi madre pueda pensar sobre mi higiene personal? Apoyada junto al perchero hay una muleta. No la había visto antes. Se ve vieja, con manchas de herrumbre aquí y allá. Mantiene los restos de algunos cromos de fútbol descoloridos —Rivaldo, Cocu, Luis

Enrique cuando jugaba en el Barça— y alguna pegatina de esas que marcan la fruta —Melocotones Guimerá—. Debió de pertenecer a Gabi. Durante la niñez, mi hermano pequeño encadenó un esguince tras otro hasta terminar desembocando en esa cojera que todavía le dura.

Rebusco en el bolsillo lateral de la mochila y, para mi sorpresa, encuentro mi teléfono móvil. Menudo alivio, estaba convencido de que mi madre me lo habría confiscado o directamente arrojado a la basura. ¡Un *smartphone* en Villa Milagro! ¿A quién se le ocurre? ¡Herejía! Pienso: ey, igual en estos años las cosas han cambiado más de lo que imaginaba y ahora los teléfonos están permitidos en esta casa. Y luego me rebato: ni de coña. Y me lo repito varias veces para que me quede claro. Ni. De. Coña. Por definición, las cosas no cambian en Villa Milagro, o al menos no cambian a mejor; de modo que lo más inteligente que puedo hacer es tomarme este gesto como lo que es: una muestra de buena voluntad por parte de mi progenitora. Puede que incluso esta sea la forma que tiene de decirme: corre, llama a alguien, busca ayuda, lárgate de aquí echando leches, huye ahora que todavía estás a tiempo. Tengo cinco llamadas perdidas y varios SMS pendientes. Todos de la señora Nissenbaum.

> Señor Miralles ha
> llegado a su destino?
> Señor Miralles
> teníamos un trato
> Señor Miralles
> póngase en contacto es
> URGENTE

Eso dice el último mensaje de la señora Nissenbaum. Yo me pongo a escribir: ya lo creo que es urgente, joder, vengan cagando hostias a rescatarme, necesito salir de aquí cuanto antes, ya les advertí que en mi familia están todos pirados, sálvenme. Justo cuando estoy a punto de apretar el botón de enviar, chas, el móvil se queda sin batería. No me lo puedo creer. Pero qué oportuno, joder. Lo pongo a cargar y me siento en la silla a reconsiderar mis opciones.

Un pensamiento: me he dejado engañar como un pazguato. Yo no quería volver. Yo estaba la mar de a gusto sobreviviendo en

Bangkok, capital del vicio de Oriente. Bangkok, con sus australianos borrachos y sus prostitutas de Khaosan Road. No me iba mal en Bangkok. Sobrevivía. Bueno, lo cierto es que me iba de pena, el casero quería echarme del apartamento y un fiador del barrio chino me buscaba para exigirme la guita prestada. Pero de vez en cuando me trincaba a una turista francesa con hambre de aventuras o a una tailandesa ingenua que creía que todos los occidentales cagábamos dólares y algún pringado me invitaba a una ronda de Sigha, e incluso a un par de rayitas o una pastilla de colores, y me pillaba una cogorza que sabía a victoria, y de pronto me surgía algún chanchullo con el que remontar hasta el fin de semana, y vuelta a empezar. Además, en caso de que las cosas se pusieran chungas, siempre me quedaba la opción de pirarme. Eso lo aprendí hace tiempo: huir siempre es la solución a todos los problemas. Huir es la solución y volver es pecado. Y sin embargo, aquí estoy. ¿Cómo pude dejarme manipular así? La idea de volver a Villa Milagro fue suya, señora Nissenbaum, suya y del señor Antich, presidente y fundador de Antich & Asociados, suya y no mía. Fui avaricioso y ahora pago las consecuencias. Solo hay que echarme un vistazo: el tobillo vendado, la muñeca hecha polvo, la cara convertida en un Frankenstein. Gracias, señora Nissenbaum. Gracias, señor Antich. Gracias, hostia, pero podía vivir sin esto.

Dejo el teléfono cargándose y agarro la vieja muleta de Gabi. Salgo al pasillo. Me da pavor aventurarme solo por la casa, pero mi madre me ha dicho que me espera en la cocina, y ahora mismo no me interesa contrariarla. La casa tiene una distribución digamos que curiosa: su forma recuerda a una herradura, con el patio del manzano ocupando el hueco del medio, y solo una escalera: de este modo se controla mejor quién sube y quién baja y se minimizan los riesgos ante hipotéticos ladrones de manzanas sagradas.

Así pues, para alcanzar la única escalera no me queda más remedio que pasar por delante de la habitación principal. Es ahí donde ahora mismo convalece Noé Miralles, el patriarca de Villa Milagro, el legítimo Padre Guardián, mi padre: la única persona que tiene potestad para decidir mi destino en la alquería. Daría lo que fuera por postergar el encuentro con mi padre. Tengo suerte: al girar la esquina del pasillo, descubro que la puerta de la habitación está cerrada. Me puede la curiosidad y acerco la oreja a la puerta.

Oigo a Zacarías bisbiseando en un tono monocorde. ¿Está rezando? ¿Se está confesando, quizá? ¿Se está chivando de mi presencia en la casa, pide permiso para rematar el trabajo que comenzó anoche, se arrepiente de haberle dado una paliza a su hermano mayor? Aguardo unos segundos conteniendo la respiración, esperando escuchar el vozarrón de mi padre respondiendo a Zacarías. Pero nada. Desde este lado de la puerta, es como si Zacarías hablase solo. Con todo el tiento del mundo, me escabullo de ahí.

Desciendo las escaleras con cuidado, una mano apoyada en el pasamanos y la otra en la muleta. Cada escalón es un mecagoendios. Como el resto de la casa, la escalera es antigua. No, perdón, antigua no: vieja. Estrecha y de techos demasiado bajos, como descender por una gruta. Estoy a punto de caerme varias veces, y, cuando por fin llego al primer piso, tengo que detenerme a recuperar fuerzas. Justo enfrente queda la puerta del salón. Ahí siguen los mismos muebles de anticuario, el exceso de poltronas y sillones orejeros, baúles medievales, tiestos con petunias, crucifijos. Sin duda, lo que más llama la atención del salón es la pared principal, donde se exhiben los retratos de familia. Hay tantos que apenas caben, y a las fotografías no les queda más remedio que apretujarse unas contra otras; de lejos parece un rompecabezas. El motivo es siempre el mismo: niños y hombres, mujeres y bebés, miembros todos de la familia Miralles, posando junto al manzano. A ras de suelo, aislados del resto, destacan tres retratos colgados del revés. Es el rincón de los traidores. No necesito acercarme para saber quiénes son los retratados: el bisabuelo Miguel, con la boina de requeté ladeada con chulería; el primo Lázaro, con su eterna expresión de pasmarote; y yo.

Coño, qué susto. Resulta que la prima Esther está sentada junto al ventanal. Al principio no la había visto. Confundí el estampado de la butaca con el de su túnica árabe. Creo que es la misma que llevaba ayer, el mismo pañuelo *hippie* enrollado a la cabeza. Desde luego, no tiene pinta de haberse duchado. Esther está dando de mamar al bebé. La niña chupa de la teta mientras con sus manitas juega con una pata de hurón que cuelga de su cinturón de infante. Debería ser una escena tierna —la luz del ventanal derramándose melosa sobre madre e hija—, pero hay algo en la actitud de Esther —se la ve hastiada, sudada, pegajosa— y en la concentración del

bebé —desde la puerta del salón oigo cómo succiona— que produce grima. ¿Y la otra cría, la mayor?, me pregunto. Debe de estar en el colegio, me respondo.

—Ey —saludo.

Esther sigue dando de mamar como si yo no existiese. Ignorarme es la mayor muestra de desdén que puede hacerme. Su pezón es oscuro y grande como un ruedín de bicicleta.

Sigo recto. Cada paso que doy va acompañado de un quejido sordo, que produzco yo, y de un crujido metálico, que produce la muleta. Cuando estoy a punto de alcanzar la cancela de hierro que da al patio, la cabeza de un mastín mallorquín asoma al pasillo. El perro tiene la piel atigrada. Le falta la mitad de la oreja izquierda. Me mira y gruñe.

—¡Pilatos, ven aquí!

Es la voz de Gabi la que me salva. El perro duda un segundo, pero, al final, me perdona la vida y regresa al patio. Al pasar, veo de refilón a Gabi sentado en la mecedora, la escopeta abandonada de cualquier manera sobre sus piernas. Desde donde estoy, no llego a distinguir el manzano, para eso tendría que asomarme un poco más. Mejor así, pienso.

Por fin, llego a la cocina. Allí están mi madre y tía Inés. Las dos interrumpen su trajín al verme llegar. En silencio, evalúan el modo como cojeo hasta la mesa.

—Come —ordena mi madre.

Y me sirve un plato sencillo: menestra de verduras. Combinación de colores y de sabores suaves. Tía Inés lo aliña con un buen chorro de aceite de oliva. Años, hacía años que no cataba un aceite de oliva en condiciones. Cada vez que mastico, la nariz me propina un pescozón de dolor. A causa de la paliza, y a causa de los nervios y del miedo, tengo el estómago dado la vuelta, las tripas repartidas por el pecho, ahogándome. Aun así, sin siquiera pensarlo, voy zampándome las verduras cocidas. Mi cuerpo sabe y recuerda que en esta mesa, frente a esta vajilla, lo que hay que hacer es comer.

Mi madre arrastra una silla y se sienta en el borde. Muy cerca de mí. Un poquito demasiado cerca, quizá. Forma parte de la naturaleza de mi madre la costumbre de cruzar esa frontera invisible, ese espacio personal que marca el estar cerca de alguien, apoyándolo, y el estar demasiado pegado a alguien, vigilándolo. Mi

madre reposa los codos en la mesa y junta las manos como si rezara.

—Lo de anoche fue una desgracia —dice, a bocajarro—. Zacarías no quería hacer lo que hizo. Bueno, sí quería, pero tú ya me entiendes. Sus razones tenía también. Después de tantos años, y tras haber abandonado el manzano a su suerte, vas y te plantas aquí como si tal cosa. ¿A quién se le ocurre? Y con esa barba.

Mientras mi madre habla, tía Inés parece flotar; va de la alacena al fregadero, cambia una sartén de un hornillo a otro, espolvorea algo, me coloca delante un vaso de duralex de color ámbar y lo llena con vino tinto. Yo me lo bebo de un trago. Lo necesitaba. Le pido que deje la botella cerca y ella lo hace. Hay una cacerola en el fuego de la que surge un vaho blanquecino. Huele a pescado hervido. Seguramente sea morralla: gallineta, cintas, pargos, mújoles, alguna galera, caldo de primera con el que preparar suquet del bueno. Mi madre sigue hablando. Está nerviosa y las palabras le salen a borbotones.

—¿Sabes? En la Casa de Labores andan inquietos con tu regreso. Igual que abejas antes de un temporal. Anoche me tuvieron hasta las tantas enganchada al teléfono, tranquilizándolos, y en lo que va de mañana han llamado tres veces para preguntarme qué pasaba, cuáles eran tus intenciones, qué pensábamos hacer contigo. No te voy a engañar: me costó convencerlos para que se quedaran quietecitos. Desde que tu padre quedó indispuesto se engallan cada vez más y se creen con más derecho a meter sus narices en los asuntos de Villa Milagro. Hace un rato escuché un motor, me asomé al porche y vi el coche de tu tío Malaquías aparcado en medio de la Senda Grande. Estuvo ahí como media hora. Luego arrancó y se fue.

A mí se me atraganta la menestra al oír hablar a mi madre. Si algo tengo claro es que, pase lo que pase, no debo acercarme a la Casa de Labores, a mis primos, a mis tíos, al resto de mi loca parentela. Para deshacer el nudo de mi garganta, bebo un largo trago de vino. El sabor del tinto, agrio y dulce a la vez, me trepa desde la garganta hasta las fosas nasales. La herida de la nariz me arde y me obliga a tragarme un quejido.

—Eh, eh, despacito —dice mi madre—. Que te acabas de sentar y ya es el tercer vaso que te pimplas. —Y enseguida vuelve a su monólogo—: Por cierto, tu hermana Ruth te manda saludos. Yo le

he preguntado por qué no se pasaba a achucharte, pero ella me ha dicho que anda muy liada, que tiene pendiente la facturación del taller, estamos en época de Renta, esas cosas. Y luego están los Mayores. Seguro que te lo imaginas. Dicen que les gustaría verte. Dicen que les parecería una falta de respeto que no bajaras a verlos en cuantito te recuperes un poco.

Pienso: pues claro que los Mayores quieren verme, no te jode, para clavarme alfileres en los ojos. Decido que tengo que cambiar de tema como sea. Digo lo primero que me viene a la cabeza:

—¿Sabe qué, madre? Esta mañana he visto a una mujer bañándose en La Caleta.

Mi madre me mira y pestañea tres veces. Me apresuro a apostillar:

—Desnuda.

Mi madre está a punto de mandarme al carajo, no es tonta y sabe que lo único que quiero es ganar tiempo, pero luego se lo piensa mejor y acepta que es hora de darme un respiro.

—Esa es una fresca. Pensábamos que se iría después del verano, pero resulta que no. Es rusa o polaca o algo así. Tiene un apartamento en la urbanización.

—¿La urbanización Las Marismas?, —pregunto, suspirando por la tregua y acordándome del conductor del autobús.

—Esa misma.

Mi madre me retira el plato y yo me quedo con el pan en la mano, perdiendo la oportunidad de rebañar el aceite. Tía Inés aparece a mi espalda, como por arte de magia, y me sirve una merluza al horno con patatas y cebolla, todo espolvoreado con un picadillo de un verde intenso. Mi madre deja el plato sucio en el fregadero, se apoya en la encimera y añade:

—Pobres muertos de hambre. ¿Sabes?, lo de Las Marismas fue de juzgado de guardia. Los de la constructora llegaron prometiendo el oro y el moro: un centro comercial, una pista de pádel, yo qué sé cuántas piscinas. Luego llegó la crisis, la pandemia y las mandangas, y todo se fue al garete. A nosotros ya nos vino bien, sabes que nos conviene que esto se mantenga tranquilo, pero a los pobres miserables que invirtieron en los apartamentos los dejaron con el culo torcido.

Mi madre se acerca a revisar la cazuela. Con una espumadera

remueve el caldo de pescado. Tía Inés me sirve otra copa de vino y, antes de que me dé cuenta, me arrebata la botella y la guarda en la fresquera. Mis protestas no sirven de nada.

—Esto ya casi está —dice mi madre, señalando la cazuela; luego prosigue—: En agosto vienen tres o cuatro familias. Se instalan en su apartamento a medio terminar y pasan las vacaciones como buenamente pueden. ¡Ni agua corriente tienen! La cosa está muy mal, aquí y en todas partes. La rusa esa, o lo que sea, es la única que se ha mudado de forma permanente. Desde el principio se encaprichó de La Caleta. Y eso que le queda lejos de la urbanización y que tu padre trató de ahuyentarla. Primero se lo pidió de buenas maneras y luego, de malas. Pero nada, la mujer es cabezona y sigue viniendo. Cualquier día le sucede una desgracia.

Yo hago como que no he escuchado esa amenaza velada. Pruebo a orientar la conversación otra vez, a ver si ahora que mi madre ha soltado carrete pica el anzuelo.

—Ayer vi pasar un coche por el camino. Casi me atropella. Un coche caro, de gente con muchos dineros. ¿Quiénes eran?

Mi madre limpia la espumadera bajo el grifo. Finge que no me ha oído.

—Cuando hablas con ella, con la rusa, parece una señora formal. Pero ¡ja! Una vez me la encontré husmeando cerca de la alquería, entre los almendros de los Domènech. Le expliqué que estaba en una propiedad privada y ella se disculpó muy educada, lo siento, no sabía, perdón, perdón. Parecía muy formal, ya digo, una mosquita muerta. Pero luego va y se baña en pelotas. A su edad, dónde vamos a ir a parar, qué vergüenza.

—¿A su edad?, —pregunto.

Mi madre vuelve a sentarse junto a mí, siempre en el borde, como si temiera que la silla fuera a morderle el culo. Ya está. Se acabó la tregua. Tengo la boca llena de merluza, el sabor del ajo y del perejil me rebulle en el gaznate y se me hace bola, llevo demasiado tiempo alimentándome a base de soja y de tallarines vermicelli, la cocina en blanco y negro de Asia, y ahora mismo a mi estómago le está costando gestionar el cambio a los sabores mediterráneos; o quizá sean los nervios los que me estrujan las tripas, el acojone que me provoca mi familia. Mi madre me pregunta:

—¿Para qué has venido, Moisés? No me tomes por boba. Dime la verdad.

Saboreo el último sorbo que queda en el vaso intentando arañar unos segundos. Procuro sonar sincero cuando digo:

—Quería pisar la alquería una última vez.

—¿Por qué ahora, después de tanto tiempo?

—No sabría decirle. No hay una razón específica. Un día me levanté y pensé: me gustaría volver a ver a los míos. A usted. A tía Inés. A Gabi. A la prima Samara, aunque no sé si ella querrá verme a mí, entendería que no quisiera hacerlo. Al tío Jacobo. A padre, también. —Y llegado este punto procuro aflautar un poco la voz para añadir—: Simplemente quería volver a casa y ver qué tal estabais. ¿Qué hay de malo en eso?

Mi madre no me quita ojo. Sus pupilas titilan como si le costara enfocar. De algún modo es reconfortante saber que mi madre sigue mirando así cuando se pone nerviosa. Tiene ojos de pájaro, no de persona.

—Por favor, Moisés, te lo pido por favor. No sé a qué estás jugando, pero pórtate bien. Si intentas algo raro, no podré protegerte. ¿Me entiendes?

—Madre.

Ella aparta la mirada. Como no sabe estarse quieta, se moja el dedo índice con la lengua y se dedica a recoger, una a una, las miguitas de pan que han caído sobre la mesa. Estoy convencido de que mi madre va a sincerarse, de algún modo hasta adivino que quiere hablarme de lo que han supuesto para ella estos años, de la angustia que le ocasionó mi huida, de la culpabilidad que quizá sintió, de la rabia que sin duda la consumió, de la pena tremenda de una madre sin hijo. Pero en mi familia siempre nos ha costado hablar de las cosas de las que realmente queremos hablar —aquí nadie dice nunca te quiero, ni gracias, ni perdón, ni te echo de menos— y, en lugar de confesarse, mi madre me pregunta:

—¿Y se puede saber a qué te has dedicado todos estos años?

—A viajar —respondo.

—¿Perdona?

—A ir de acá para allá. Solo eso. África. Asia. Sudamérica. El mundo.

Mi madre inclina la cabeza y yo comprendo que no tiene ni idea

de lo que le estoy hablando. Pienso en extenderme, pero al mismo tiempo sé que no lo haré: igual que mi madre, yo tampoco sé hablar de las cosas de las que realmente quiero hablar, no sé ponerle nombre a los sentimientos que queman. Y además, ¿qué sentido tendría hablarle a mi madre sobre mi vida de viajero? Sí, mejor no contarle sobre las noches dormidas al raso, la vida reducida a una mochila con cuatro mudas y un chubasquero. Mejor, sin duda, obviar mi incapacidad para hacer amigos —heredada de mi familia, que me enseñó a desconfiar de todo aquel que no se apellidase Miralles—, la confusión del eterno extranjero, la soledad de quien viaja solo. Mejor ignorar que mi fuente de ingresos a lo largo de estos años ha sido casi siempre el timo al turista desprevenido, cuando no directamente el robo, a ser posible sin violencia, o también limpiar retretes y hacer camas a cambio de una litera en un *bed and breakfast*. Mejor, ya digo, muchísimo mejor, no mencionar las borracheras, las rayas de farlopa, el subidón del fentanilo, la oxicodina, el mdma —o eme, como lo llaman los latinos, o molly, como cariñosamente lo llaman los anglosajones—, el shabu filipino, las setas prohibidas de Indonesia, el subidón feroz que da el khat africano. Mejor no insistir en las enfermedades que atenazan al hombre blanco en la selva, mi intestino grueso convertido en campo de batalla, las diarreas destructivas que he sufrido día sí y día también, la venganza de Moctezuma, los mosquitos portadores de epidemias: ¿sabe, madre?, he enfermado de dengue en cuatro ocasiones, de malaria dos veces, de fiebre amarilla una vez, y en medio de los delirios de la fiebre siempre la llamé a usted: madre, madre, madre.

—¿Has tenido hijos?

—¿Perdón?

Las palabras de mi madre —siempre tan directa— me han pillado otra vez por sorpresa. Ella no repite la pregunta: se limita a clavar con más fuerza sus ojos en los míos y espera a que me pronuncie. De pie junto a la fresquera, tía Inés ha decidido que este es el mejor momento para comenzar a rezar. Bisbisea en voz baja mientras pasa las cuentas del rosario. Creo que ni sabe que estamos aquí.

—No. Lo siento, madre, pero no hay nietos que traer a Villa Milagro.

Mi madre ignora la pulla.

—Tu hermana tampoco está por la labor de parir una criatura. En eso os parecéis, Ruth y tú. Y luego, ya ves, Zacarías y Esther: dos niñas. Dos niñas que su mucho trabajo costaron de hacer, no te creas: antes de Nazaret, Esther tuvo dos abortos, y aun así las semillas, infructuosas o no, tardaron en germinar. Tanto esfuerzo y tanta dedicación, y al final, ¿para qué? Dos niñas. Dos niñas encantadoras, listas como el hambre, sí, pero niñas al fin y al cabo… cuando lo que necesitamos en Villa Milagro son varones, futuros Guardianes. Es un momento delicado para la familia. No quiero ni pensar en la que se nos viene encima si tu padre no se recupera pronto. —Y enseguida, como si la frase le estallase en la boca, insiste de nuevo—: ¿Se puede saber para qué has vuelto?

Antes de que pueda mandarla al carajo, otra voz nos interrumpe:

—He hablado con padre.

Casi me atraganto con la merluza. Apoyado en el quicio de la puerta está Zacarías. Por fin puedo verlo bien, mucho mejor que anoche, lo cierto es que entre la golpiza y las sombras lo intuí más que lo vi, fue más fantasma que hermano. Ahora, en cambio, me es posible atestiguar cómo han pasado los años. Zacarías todavía conserva la misma delgadez natural, un tanto escuálida, que de pequeño le daba aspecto de niño enclenque; pero se mantiene en forma, qué duda cabe, se nota que hace sus ejercicios, que carga sacos, que corta leña. Brazo enjuto y seco como la mojama, rematado con unos bíceps igual que pedruscos. Su piel es roja, del mismo color que la tierra cocida, y su cráneo rapado tiene un tono todavía más rojizo, como quemado con soplete. Viste un pantalón de chándal y una camisa de tirantes sucia de tierra y sudor. Me fijo en el guante negro que le cubre el brazo. Fíjate, va hecho un mendigo, pero lo siguen acomplejando sus quemaduras.

—Quiere verte —dice Zacarías.

Y yo me sigo fijando: mi hermano tiene cara de enfermo. Ojeras violáceas. Gotas de sudor apelmazándole el cráneo. Es evidente que no ha pegado ojo en toda la noche, en muchas noches. Tiene sentido: desde que padre cayó enfermo las guardias nocturnas han debido de ser exclusivamente responsabilidad suya. La tradición dice que hacen falta tres hombres para vigilar el manzano. Ahora mismo solo hay dos, y uno de ellos es medio bobo. Zacarías insiste:

—Padre ha dicho que quiere verte ahora.

Mi madre se pone en pie de un salto. Tía Inés se hace pajarito, ha olvidado el rosario y se arrincona contra el horno de pared. Inspiro una bocanada de aire y tomo fuerzas. Mi padre me llama. Mi padre, después de todos estos años. Bueno, me digo, para eso he vuelto, ¿no?, para ver a mi padre, ahora que está enfermo. Pero enseguida me corrijo: por la pasta. He vuelto por la pasta y sanseacabó. Intento levantarme de la mesa con dignidad, pero fracaso estrepitosamente. Siento una vergüenza primaria por el hecho de que Zacarías me vea así, tan cojo y tan patético, recostándome sobre la muleta para avanzar con los dientes apretados de dolor. Mi hermano pequeño me ha dado una paliza y yo siento vergüenza, impotencia y rabia.

Zacarías y yo nos pasamos la infancia pegados el uno al otro. Tan unidos estábamos que parecíamos hermanos gemelos. Qué coño, parecíamos siameses: dos cuerpos cosidos por un hilo irrompible e invisible, no nos separábamos ni para ducharnos. Yo era un año mayor que él. ¿Qué es un año de diferencia cuando eres un crío y tienes vetada la Super Nintendo y la Game Boy y te aburres todo el puñetero día rodeado por campos de naranjos y mar y nada? Tal vez por eso, por lo forzosa de nuestra unión, la tensión entre nosotros no hizo sino aumentar. Nos queríamos con ferocidad y con ferocidad nos tratábamos. Competíamos por ver quién se comía antes el bocadillo de la merienda. Competíamos por ver quién soportaba más tiempo la llama del mechero sobre la palma de la mano. Competíamos por ver quién podía beber más leche del tirón y no cejábamos hasta que a uno de los dos le salían grumos blancos por la nariz. Nuestra rivalidad era eterna e implícita. Nunca dijimos: ey, ¿qué te juegas a que puedo trepar más alto que tú? Simplemente uno trepaba a la higuera y el otro lo miraba desde abajo, aceptando el reto en silencio, y luego comenzaba a trepar.

—Bueno, ¿me vas a dejar pasar o qué? —Pruebo a sostenerle la mirada y rezo para que no perciba el miedo en mi voz.

Zacarías se aparta para cederme el paso, pero se queda cerca del quicio, demasiado cerca, me veo obligado a cruzar casi rozándolo. Mi hermano huele a animal salvaje. Mi hermano acojona de verdad. Me detiene agarrándome del brazo. Sus dedos son alicates.

—Tendría que haberte matado —dice.

Su boca junto a mi oreja. Apenas un susurro.

Zacarías me libera y sigo adelante. La cancela que da al patio está cerrada. Entre los barrotes, distingo a Gabi repantingado en la mecedora. Los ojos tan fijos en el manzano que parece hipnotizado. Varios perros levantan la cabeza al olisquearme. De pie junto a la puerta del salón me espera Esther, con la niña dormida en brazos. No es desprecio lo que su rostro me muestra esta vez. Es cólera.

Tardo una eternidad en subir las escaleras.

Unas gotas de sudor frío se me acumulan en la nuca y en el bigote.

Cuando, por fin, llego frente a la habitación de mis padres, me percato de que mi madre y tía Inés han estado siguiéndome todo el tiempo, dos sombras en el pasillo. Giro el picaporte y abro la puerta.

Mi padre está postrado en la cama de matrimonio, con una montaña de almohadas aupando su cabeza. La enfermedad le ha arrebatado por lo menos diez kilos, y eso que ya era un hombre muy delgado. Su rostro se ha visto reducido a un par de ojos abiertos. Es evidente que me estaba esperando. Ha visto cómo dudaba el picaporte, cómo se entornaba la puerta, no ha perdido detalle de mi lento aparecer lleno de dudas.

El ictus ha paralizado el lado derecho de su cuerpo. De resultas, la comisura izquierda de su boca se le derrama blanda y sin remedio; eso le da a su rostro una expresión grotesca. Cuatro mechones despeluchados se le levantan de ese modo absurdo como se les desbaratan los pelos a los viejos. La sábana lo cubre hasta el pecho, pero él se ha esforzado por sacar los brazos, que asoman cuan largos son, dejando sus manos a la vista. Manos desmoronadas y demasiado grandes. Manos abandonadas sobre la cama, igual que dos nidos caídos.

Ese de ahí delante, pienso, es mi padre y no es mi padre. Ese de ahí delante es solo un montón de hojas secas. Me acerco y lo saludo con tiento:

—Hola. —Y repito, un poco más alto, por si no me ha oído—: Hola.

Mi padre comienza a llorar. Mi padre. Llorando. Él, que apenas repartió abrazos en toda su vida. Él, que dio los besos justos y solo en días de fiestas de guardar. Él, que dosificó las palabras de ánimo

como si fueran monedas de oro. Él, llorando. Mi padre me tiende una mano trémula, tan enorme todavía, tan rota. No sé cómo reaccionar.

—Moisés —dice el montón de hojas secas que es mi padre.

Y con gran esfuerzo, añade:

—Has vuelto.

Detrás de mí, oigo a mi madre romper en un sollozo.

—Yo soñé —dice mi padre— con esto.

Y sigue tendiéndome la mano. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Se la tomo. A fin de cuentas para eso he vuelto a Villa Milagro. ¿No es cierto acaso? Negocios. Todo esto no son más que negocios.

6. Bofetada

Yo era muy pequeño y tenía un diente suelto.

Es curioso que piense en eso precisamente ahora, cuando, después de tantos años, he vuelto a encontrarme con mi padre. Pero así es: yo era muy pequeño y tenía un diente suelto, a puntito de caerse. No sé por qué, pero no puedo evitar rememorar esa sensación entre dolorosa y seductora, inevitable, estúpida, de jugar con la lengua y empujar la base de ese diente endeble. No podía, es que no podía dejar de lamerlo y de presionarlo. Es un detalle idiota, claro que sí —¡un diente suelto, menuda bobada!—, pero es de ese detalle del que se sirve mi memoria para tirar de este recuerdo y hacerlo emerger como una burbuja que brota en un estanque. Una vida entera cabe en un segundo. Plaf. La burbuja explota y el recuerdo lo ocupa todo.

Era un día ventoso. Eso es importante. Hacía un viento que te cagas y en la alquería el rugido del mar sonaba cercano y abrumador. Toda la familia se había congregado frente al manzano. Y cuando digo toda la familia quiero decir precisamente eso: toda la familia. No solo mis padres y mis hermanos y tía Inés y tío Jacobo y el abuelo Jeremías, los habituales de Villa Milagro, sino también los primos y las primas de la Casa de Labores, los tíos y las tías, los tíos abuelos y las tías abuelas. Digo Casa de Labores e inmediatamente me viene a la cabeza el ambiente pegajoso del taller de Berinossent. La relación constante y en cierto modo recelosa que los Miralles de la Casa de Labores mantuvieron siempre con los Miralles que vivíamos en Villa Milagro.

Pero me voy por las ramas: yo era muy pequeño y tenía un diente suelto. Y toda la familia se había reunido en el patio. Y había un viento húmedo y afilado que arañaba la piel con uñas de sal. Y todos queríamos guarecernos de ese viento, entrar en la casa y escapar del frío, pero nos aguantábamos porque era noviembre y era domingo y celebrábamos la Cosecha.

La Cosecha.

De todos los rituales de mi familia, la Cosecha era de lejos el más sagrado.

Porque, vamos a ver, mi familia creía a pies juntillas en que su estirpe descendía de unos ángeles mandados por el Señor. Estaban convencidos —es decir, convencidos de verdad— de que el manzano del patio era el Árbol de la Vida. Y consideraban que protegerlo era su misión sagrada, encomendada directamente por el Gran Padre Celestial, sin metáforas ni alegorías, sin dobles sentidos ni matices: literalmente. Palabra de Dios. Te alabamos, Señor. Así pues, teniendo todo esto en cuenta, y teniendo en cuenta también la retórica que suele envolver cualquier religión, lo lógico sería pensar que en Villa Milagro se nos tendría que ir el día memorizando pasajes de las Sagradas Escrituras, del Pentateuco a las Cartas de los Corintios, del Libro de las Lamentaciones al Apocalipsis según San Juan. Pero no era así. No era así en absoluto. Por usar las mismas palabras que habría podido utilizar mi padre: en Villa Milagro estábamos por encima de tanta beatería.

Él sostenía que eso de encomendarse al Altísimo no eran sino cosas de meapilas y de vagos. Nosotros no estábamos para perder el tiempo con chuminadas. Nosotros habíamos venido al mundo a currárnoslo.

—El Señor nos dio una misión y nosotros la cumplimos. Punto. Somos los hijos del manzano y con saberlo y actuar en consecuencia nos sobra.

Eso decía mi padre. Su voz profunda y grave, sin un gramo de afectación.

—Las hostias consagradas y las avemarías os las guardáis para catequesis —insistía.

Una vez cada noche, eso sí, en Villa Milagro guardábamos silencio y nos poníamos serios para dar parte al Señor de los pormenores de nuestra jornada, igual que un soldado informa a su capitán al terminar su ronda. Sin mucha ceremonia, le comunicábamos que todo estaba en orden y le pedíamos que no inundara todavía de fuego el mundo. A ese ritual diario no le dedicábamos más de cinco minutos. Tenía lugar después de cenar, mientras se calentaba el agua para las infusiones y tía Inés ordenaba las fichas del parchís sobre el tablero —como no teníamos televisor, las noches se nos iban jugando al parchís o a la brisca o al cinquillo, una partida tras otra, un día tras otro, arrastro y cuento veinte y envido y hay mus—. Para hablar con Dios Todopoderoso ni siquiera

teníamos por costumbre levantarnos de la mesa, mucho menos arrodillarnos o juntar las manos en señal de plegaria. Simplemente, por turnos y en voz alta, cada uno de los Guardianes decía:

—Todo en orden, Señor. —O algo por el estilo.

Pero ya digo: otra cosa diferente era durante la Cosecha. Ese sí era un momento solemne, solemne de narices, y era menester apagar el transistor del patio, guardar silencio, cuadrarse, sacar las manos de los bolsillos y un poquito de respeto, me cago en la mar, y calladitos todos, mira que al que vea haciendo el tonto se lleva un sopapo y se queda sin cenar. El único sonido tolerado durante la Cosecha era el frufrú de las ropas cuando dibujábamos el signo de la cruz en la frente.

El objetivo de la Cosecha era recoger las manzanas caídas del Árbol del Bien y del Mal. Solía coincidir con las últimas semanas de octubre o, si es que el manzano había florecido con retraso, principios de noviembre. La Cosecha se celebraba impepinablemente en domingo, a las doce del mediodía, justo cuando el reloj del salón hacía sonar sus viejas campanas de bronce —de hecho, a veces, al reloj del salón lo llamábamos el Reloj de la Cosecha—. Como la tradición prohibía tocar las manzanas mientras estuvieran prendidas del árbol, había que esperar a que estas cayesen por su propio peso: en el mismo lugar donde caían permanecían intactas aguardando el día de la ceremonia. Las manzanas no podían salir del patio —el riesgo de que cayesen en malas manos era demasiado alto— y tampoco podían ser destruidas —las manzanas eran una extensión de Dios, y machacarlas o prenderles fuego habría sido como machacar o carbonizar al Todopoderoso—; por eso el modo de cosechar las manzanas consistía en cavar un pequeño agujero justo donde habían caído y devolverlas así a la tierra de la que habían brotado. ¿Podía existir acaso un abono mejor? Manzanas divinas que ayudaban a crecer al manzano divino.

Era tarea de las mujeres recoger las manzanas. Su asistencia era obligatoria, aunque tenían prohibido hacerlo si andaban con la regla. Participaban todas las féminas de Villa Milagro y de la Casa de Labores, todas sin excepción. Debían asistir a la ceremonia desde niñas, no bien aprendían a andar, con las madres y las abuelas ayudando a las más pequeñas, tomándolas de la manita y

riñéndolas si les daba por llorar.

Pensándolo ahora, se me ocurre que esa ceremonia de las doce del mediodía funcionaba, en realidad, como una especie de acto de contrición del género femenino. A fin de cuentas, fue por culpa de la mujer que nos expulsaron del Paraíso, ¿no es cierto? Al libro del Génesis me remito. ¿O es que vamos a ponernos a cuestionar ahora, a estas alturas, un texto escrito hace más de dos mil años y retocado y vuelto a retocar por emperadores romanos, monjes borrachos y traductores con demasiados intereses? Fue la mujer la que nos metió en este sarao y no hay más que hablar. Por eso, durante la Cosecha, los Miralles en general, y los hombres en particular, dábamos a las hijas de Eva la oportunidad de redimirse. Así de magnánimos éramos. Exponíamos a nuestras mujeres a las manzanas para que, de este modo, pudieran tomar, esta vez sí, la decisión correcta: desechar la tentación, no comer de la fruta prohibida, dejar de condenarnos. Aunque, por si acaso, los hombres las vigilábamos formando una muralla solemne y con piedras en las manos. Si a alguna se le hubiese ocurrido pasarse de lista, se habría llevado, como mínimo, una buena pedrada en el ojo, tal vez una hermosa y justa lapidación como las de antaño. Y es que tampoco había que exagerar: estaba bien eso de que las mujeres expiaran su pecado, pero no íbamos a ser tan imbéciles —los hombres, digo, los machos del clan Miralles— como para dejar a un grupo de hembras a solas con el Árbol de los Milagros. ¡Faltaría más!

Pero mi recuerdo… ¿Dónde queda mi recuerdo? Tenía un diente suelto y con la lengua lo empujaba. En mi boca el diente pendulaba igual que una tecla de piano. El viento me daba de frente y me obligaba a entrecerrar los ojos. A mi alrededor, las piernas de los adultos eran como un bosque. Me aburría. Tenía la impresión de llevar allí una eternidad, esperando a que sonasen las doce, bajo esa ventolera ululante. Fue entonces cuando reparé en Zacarías. Se había separado un poco de mí, cosa extraña, y había unido las manos sobre el pecho, con la piedra bien aferrada entre los dedos, demasiado apretada, y los ojos muy abiertos. Su actitud tenía algo de santo en plena iluminación.

Al principio, la actitud de Zacarías me hizo gracia y pensé que estaba de guasa. Pero el tiempo fue pasando y mi hermano no solo se empeñó en mantener su papel de iluminado, sino que además me

ignoró concienzudamente. Eso me cabreó, por supuesto, y me llevó a hacer lo único que podía hacer: imitar la concentración de mi hermano, su pose de obediencia ferviente, todo con el objetivo de superarlo.

Puedo verme aquella mañana uniendo las manos sobre el pecho y mirando intensamente al manzano, deseando creer con todas mis fuerzas, peleando por ser digno, tanto como mi hermano, más que él. Todo en vano. En comparación con Zacarías y sus rizos de angelote, su serenidad cien por cien honesta, yo parecía un asesino en serie fingiendo en comisaría. Por fin, mi hermano había encontrado algo en lo que jamás podría vencerlo.

El Reloj de la Cosecha sonó y sus campanadas fueron recibidas con un suave murmullo entre el bosque de hombres. Las mujeres entraron al patio en fila india, apoyando cada una la mano en el hombro de la que la antecedía. Iban vestidas de negro. Ruth y mi madre ayudaban a andar a la abuela Galilea, que a pesar del nombre no era estrictamente mi abuela, ni la de nadie, porque nunca tuvo hijos: más bien, la abuela Galilea era la abuela de todos. Era viejísima, apenas se mantenía en pie, pero ni siquiera sus muchos achaques, sus problemas renales, su lumbalgia, podían obligarla a perderse la ceremonia —ella sí era una beata, ella sí memorizaba pasajes de la Biblia, y las tensiones con mi padre eran continuas, pero ya habrá tiempo de pensar en la abuela Galilea y en la Casa de Labores y en el incendio del almacén y en tantas otras cosas—. Las mujeres se movían con pasos lentos, y en mi memoria, un tanto alucinada, toman la imagen de unos enormes pájaros negros. Una a una, se arrodillaban sobre la tierra mojada y abrían un boquete con las manos. Sostenían las manzanas con reverencia, para que los hombres, armados con piedras, pudieran verlas bien, y luego las enterraban como quien arropa a un niño recién nacido. El viento desbarataba sus moños, robaba pañuelos, levantaba faldas. El sonido del mar era el mugido de un toro en celo.

Mi aburrimiento no dejaba de crecer y crecer, hasta ahogarme. A mi lado, para acabar de volverme loco, Zacarías seguía con su papel estelar de santo de estampita. ¡Me estaba dejando en ridículo! Desde luego, no podía consentir que se saliera con la suya. De modo que alargué una mano y le pellizqué una nalga. Zacarías soltó un quejido. Solo eso. Ni siquiera un grito. Solo un ay entre dientes,

apenas audible entre el viento y las olas.

Al momento, una sombra surgió del otro lado del patio. Fue como si se hubiese despegado del muro, como si fuera una extensión de los ladrillos y de las alambradas que protegían el patio, una sombra imposiblemente alta que pasó junto a las mujeres arrodilladas y vino directa a nosotros. Zacarías dijo:

—Padre, yo no quería…

La sombra no le dejó terminar. De una bofetada lo dejó tumbado cuan largo era. Luego la sombra se cuadró frente a mí.

Yo cerré los ojos esperando el bofetón. Tanto apreté los dientes que sentí cómo la boca se me llenaba del sabor acerado de la sangre. Resultó que era el diente suelto, que se había aflojado.

Cuando volví a abrir los ojos, la sombra no estaba allí y las mujeres ya habían terminado de enterrar las manzanas. Una algarabía creciente recorría a mis parientes mientras abandonaban el patio en pos del calorcito del salón, se oía tintinear los vasos llenos de vermú, los platos de sepia rebozada, las bandejas de empanadillas que pasaban de mano en mano.

Mi hermano estaba de pie junto a mí, los brazos caídos y el pelo revuelto por el vendaval. Supongo que había llorado, pero ahora mismo no sabría decirlo con certeza. Recuerdo que yo escupí el diente sobre mi mano y que me lo quedé mirando. Se lo di. Mi hermano miró ese diente mío, brillante de saliva, y se lo metió en la boca. Vaya si no es este un recuerdo extraño. A saber por qué me ha venido a la cabeza. Yo apoyé mi mano en su hombro. Justo entonces el viento cesó.

7. Todo el oro del mundo

La habitación de mis padres está en penumbra. Tan solo una línea de luz se cuela por una rendija de la persiana y aterriza sobre la cama de mi padre. Esa línea dorada lucha por expandirse, estira los dedos, quiere abarcar la habitación toda, iluminar los muebles antiguos y aparatosamente solemnes, los cuadros de santos con los marcos a medio descomponer, los cuatro crucifijos que cuelgan sobre la puerta, pero es poca luz para tanta oscuridad, de modo que desfallece enseguida y se difumina en silencio. La atmósfera que queda tiene un cierto color ocre.

Yo sujeto la mano de mi padre y él intenta hablar.

—El diablo viene —dice.

Mi padre habla como si las palabras se le hubieran roto antes de salir. Mueve la lengua y tantea en el interior de su boca. Rebusca vocales entre los dientes como quien hurga un trozo de comida que se le ha quedado atravesado entre dos muelas. Las frases le afloran en bocanadas. Primero una, al cabo de un rato la otra. Más o menos así:

—Lo quiere.

»Nuestro árbol.

»El diablo.

»Nos vigila.

»Ronda.

»La casa.

»Yo.

»Yo lo sé.

Mi padre es un desecho y yo lo miro y no lo reconozco. Lo que realmente llama mi atención, lo que me desorienta, no es tanto lo mucho que ha cambiado su rostro —las arrugas, la calvicie, la parálisis facial del ictus— como, sobre todo, la expresión desesperada que empaña sus ojos. Puedo recordar a mi padre cabreado, puedo recordarlo triste, si hago un esfuerzo puedo recordarlo alegre, pero si hay una expresión que nunca encajó con el hombre que era mi padre, esa es la de desamparo. Mi padre era una montaña. Su rostro estaba hecho de rocas. Ese hombre al que

ahora le sostengo la mano es barro. Permanezco sentado en el mismo taburete de madera en el que me he derrumbado al llegar. No estoy cómodo, preferiría una silla en la que poder apoyar la espalda, la herida de las costillas me arde en esta posición. Y además: el taburete es demasiado bajo, mi rostro apenas llega al borde de la cama, tengo el mismo campo de visión que tendría un niño. La mano de mi padre sigue siendo mucho más grande que la mía. Sus uñas, largas y amarillas.

Mi madre y tía Inés me observan, o me vigilan más bien, pegaditas al viejo tocador de madera de cedro: ese mueble que parece sacado de una película de época y que a mí de niño me daba repelús. Me fijo: en el espejo ovalado del tocador, quién sabe por qué, han brotado unas manchas biliosas que parecen mapamundis. De vez en cuando, mi madre se aparta del tocador y recoge un poco la persiana, apenas un dedo; a mi padre le gusta que corra el aire, me explica. Luego se arrepiente y vuelve a cerrarla; por lo visto, tanta luz molesta al convaleciente. También le acomoda los cojines sin demasiado tacto; él lo prefiere así, un poco más reclinado, o bien asá, una miaja más recostado. El tufo a medicinas y a piel alcanforada se va haciendo cada vez más presente con cada minuto que pasa. Olor a sobaco sudado y a resuello de viejo y a enfermedad.

La mano de mi padre, aunque deshecha, todavía pesa lo suyo, y sujetarla en alto me supone un esfuerzo. Su ojo derecho, el del ictus, es una ranurita invisible; el izquierdo aparece hinchado de venitas rojas. Mi padre no me mira a mí. Mira a algún hueco de la habitación. Al perchero, quizás. O al armario combado con incrustaciones de mayólica. O al techo poblado de sombras, no sé. Después de cada frase, mi padre necesita detenerse para recuperar fuerzas.

—Hay que ser águilas.

»Moisés.

»Águilas.

»Ahora más.

»Más que nunca.

»Atentos.

Yo asiento y le acaricio la mano. Eso es lo que se supone que la gente tiene que hacer en situaciones como esta. También le digo:

—Tranquilícese, padre, todo irá bien.

Y él, poco a poco, trabajosamente, se incorpora unos centímetros para escupir las palabras mejor.

—El diablo viene —repite.

De esta guisa pasan unos veinte minutos.

Me siento fuera de lugar. La visión de mi padre convertido en un pelele me está afectando más de lo que esperaba y me llena de vergüenza. Sí, vergüenza. Esa es la palabra. Vergüenza por lo que soy, por lo que estoy haciendo, por aquello en lo que me he convertido: un traidor, un farsante, un mal hijo. Un momento. Pero ¿qué digo? ¿Vergüenza yo? ¿Traidor yo? ¿Farsante yo? ¿Mal hijo yo? ¡Ja! A ver, está claro que si hoy, después de tanto tiempo, he decidido regresar a Villa Milagro, ha sido solo por una razón egoísta, dinero contante y sonante, money-money y nada más, pero y qué. Vamos a ver, y qué. Mi familia es merecedora de todas las traiciones a las que pueda aspirar. Hago un esfuerzo —parece mentira que tenga que hacer un esfuerzo— y me recuerdo que no tengo por qué sentir ningún remordimiento por mentirles, por usarlos, por abusar de su confianza. Me recuerdo que mi padre es un cabrón, que mi familia está majara perdida. Me recuerdo que cuando hui, lo hice por una buena razón. Y si a estas alturas de la vida resulta que el destino ha tenido a bien darme la oportunidad de sacar algún beneficio a mis malgastados años de juventud, entonces bienvenido sea ese beneficio y no se hable más. Traigo la cara destrozada. El costado vendado. El tobillo me pide a gritos una escayola. Que no se me olvide: así es como me han recibido en Villa Milagro. Que no se me olvide. Y sin embargo, y a pesar de que nada me une ya a esta gente, y a pesar de la rabia que todo el rato me palpita en las sienes, lo cierto es que me resultaría mucho más fácil proseguir con esta farsa si mi padre no llorase al verme, si no le temblase la mano como ahora mismo le tiembla.

Desde que entré en la habitación, estoy esperando el momento en el que finalmente mi padre extienda un dedo para señalarme y oírle decir:

—Tú no eres mi hijo, tú eres un traidor.

Y en su lugar, mi padre se empeña en repetir:

—Yo soñé.

»Soñé con esto.

»Tu regreso.

»Muchas veces.

»Lo sabía.

»Hijo mío.

Soy esa mierda que uno pisa en una calle mojada y que se queda pegada a la suela, apestando allá donde va. ¿Acabo de besarle la mano a mi padre? Sí, se la he besado. Es increíble. Qué desfachatez la mía. ¿Lo he hecho dejándome llevar por un arrebato sentimental o solo para reforzar esta *performance* mía, esta representación inmaculada del hijo pródigo, este teatrillo que ejecuto con maestría de cara a mi madre y a tía Inés y, supongo, también a mi padre, o a lo que queda de mi padre? No lo sé. Me cago en mi alma. No lo sé.

Al final, me canso de repetir las mismas frases vacías —todo irá bien, todo irá bien—. Mi padre, por lo visto, se olvida, a su vez, de que su hijo desaparecido ha vuelto. Llegado cierto punto, cierra los ojos. Menos mal, justo cuando a mí comenzaba a dormírseme el brazo de tanto sujetar su mano en alto.

Mi madre dice:

—Necesita el orinal.

No sé cómo ha llegado a la conclusión de que mi padre tiene ganas de mear, o de cagar tal vez, pero desde luego no voy a ser yo quien le lleve la contraria. Mi madre busca el orinal bajo la mesilla.

—Será posible —masculla al no encontrarlo.

Mi madre sale del cuarto y baja las escaleras. Desde la puerta abierta, puedo escuchar cómo habla con Esther en el salón. Al momento, estalla una discusión, la una acusa a la otra de haber extraviado el orinal. Los gritos y los juramentos se suceden, y yo me digo que esos alaridos deben de ser solo una muestra de la retahíla de frases espinosas con las que esas dos mujeres deben armarse para convivir día sí, día también. ¿De quién fue la idea de juntar a Esther y a mi madre en la misma casa? Nitroglicerina pura.

Mientras la discusión se desarrolla en el piso de abajo, mi padre permanece inmóvil y con los ojos cerrados. Su respiración es tan leve que parece no estar respirando en absoluto. Podría estar muerto, pienso. Podría haberse muerto justo ahora, aprovechando que mi madre ha decidido dejar de vigilarlo para berrear un rato con Esther. No puedo quitarme la idea de la cabeza: en este momento podría estar sosteniendo la mano de mi padre muerto y,

al menos yo, no sería capaz de notar la diferencia. La vista se me va al cabecero de la cama. Es de madera de cedro, igual que el resto de los muebles del cuarto. Debe de tener como mínimo cien años, tal vez más, doscientos, pongamos, pero ahí sigue, resistiendo el paso del tiempo. No sé quién lo construyó, pero lo hizo a conciencia, usando una madera robusta, maciza, sin escatimar en gastos. En el cabecero todavía puede distinguirse un hermoso dibujo tallado a mano: son las ramas de un manzano cargaditas de fruto y flores. Eso, por supuesto, es imposible, porque un manzano —como todos los árboles frutales— no puede dar flores y fruto al mismo tiempo, y en mi familia nunca faltaron las mofas para el tallista que ejecutó la obra: que muy fino el diseño, que muy elegante, que muy todo lo que tú quieras, pero que vaya pazguato el artista, que de pomología y de fruticultura no sabía ni una miaja.

De pronto, no sé por qué, me viene a la cabeza una historia que la abuela Galilea nos contaba a veces. La de cuando el manzano estuvo a punto de marchitarse. La abuela Galilea era la más vieja entre los Mayores: decrépita y achaparrada y siempre como a punto de espicharla; desde que tengo memoria, la abuela fue un cadáver apenas recubierto por un pellejo macilento. Tengo el recuerdo borroso de celebrar su centenario cuando yo era apenas un chaval: me impresionó la tarta como un pequeño incendio, cien velas temblando frente al cuerpecito de cigüeña agazapada de la abuela de todos. En contraste a sus continuos ataques de tos, la abuela Galilea mantenía intacto el cerebro. Su discurso era hipnótico. Los niños éramos su debilidad y su misión: la abuela vivía para adoctrinarnos en los caminos inescrutables del Señor y en las tradiciones de la familia. La recuerdo sentada en la galería de la Casa de Labores, rodeada de geranios y aloe vera, hablándonos en voz queda mientras partía almendras con un diminuto martillo. Crac, un golpe seco y la cáscara se rompía, sus dedos huesudos rebuscaban el fruto y lo guardaban en un tarrito de cristal. La voz rasposa de la abuela Galilea desenrollaba su historia sin prisas. A mí, ahora, se me escapan la mayoría de los detalles, pero recuerdo que la historia se desarrollaba justo después de la guerra —aunque no tengo ni idea de a qué guerra podía referirse. ¿La Guerra Civil, tal vez? ¿La primera guerra carlista? ¿La de Sucesión? No importa: una guerra—. La abuela Galilea decía que, para sobrevivir a la

contienda, los Miralles se vieron obligados a cometer uno o varios pecados que ofendieron al Señor. Creo que ni ella misma sabía de cuáles se trataba. En cualquier caso, como consecuencia de dichos pecados innombrables, el manzano enfermó y su savia se volvió negra. Los Miralles de la Casa de Labores y los de Villa Milagro se reunieron entonces, discutieron la situación, se desesperaron. Los más valientes sollozaban y las mujeres se arrancaban mechones de pelo, presas de la angustia. ¡El manzano se moría y nada había que ellos pudieran hacer para evitarlo! Por fin, mis antepasados comprendieron lo que Dios esperaba de ellos. Decididos a recobrar la confianza del Altísimo, expulsaron de Villa Milagro a aquellos pecadores que lo habían ofendido —y gracias a los cuales habían logrado sobrevivir a la guerra: eso era algo que la abuela Galilea no decía, pero que se sobreentendía—. Además, y como aun así el manzano no parecía recuperarse, se vieron forzados a trasplantarlo. Tal y como uno haría con un árbol normal al que desea sanar, los Miralles cortaron la parte superior del tronco y la sustituyeron por la de otro manzano más joven. Fue una operación delicada. Cuando comenzaron a serrar el tronco, mis bisabuelos miraron al cielo aguardando el rayo que, sin duda, iba a partirles por la mitad, primero a ellos, luego al mundo entero. Pero al final no hubo terremotos ni lunas de sangre. De hecho, todo salió a pedir de boca. Las raíces sagradas continuaron insuflando vida, las manzanas brotaron más hermosas que nunca, y el manzano recobró su antiguo esplendor. Los Miralles supieron que Yahvé los había puesto a prueba y que, una vez más, ellos habían estado a la altura. Me pregunto cuánto de verdad puede haber en esa historia, y de ser cierta: ¿cuántas veces habrán replantado los Miralles su manzano? ¿Podemos considerar que un manzano replantado es el mismo manzano? ¿Y si, de alguna forma, eso tiene algo que ver con la supuesta longevidad del árbol del patio? ¿Y si el milagro de Villa Milagro es exclusivamente botánico, una técnica secreta para forzar la longevidad de los árboles frutales? ¿Y si yo qué coño sé?

Los gritos prosiguen en el piso de abajo. Por el entrechocar de cachivaches deduzco que Esther y mi madre se encuentran ahora en la cocina. Tía Inés aprovecha para abandonar su rincón, da dos pasitos y se acerca a la cama. Con una mano, levanta la cabeza de mi padre y, con la otra, ahueca un cojín, deshaciendo el arreglo que

mi madre había dispuesto antes de irse. Él no abre los ojos, pero mueve los labios como hablando en sueños. Tía Inés deposita suavemente la cabeza de mi padre sobre la almohada. Yo la miro hacer desde el taburete y ella no parece reparar en mí. Tía Inés se moja dos dedos con saliva y luego los pasa por la cabeza de mi padre, alisando esos mechones despeluchados que se empeñan en levantarse. Luego vuelve a su rincón. Casi al mismo tiempo, mi madre aparece con el orinal.

—De verdad que me van a volver loca entre unos y otros.

Este es el momento idóneo para hacer mutis, pienso. Más me vale escapar antes de asistir al momento en el que mi padre comience a hacer sus necesidades. Me excuso diciendo que, ay, ay, ay, cómo me duele el tobillo. Y la nariz, uf, una tortura. Mi madre me mira con desdén, pero me permite seguir con mi pantomima; supongo que, en el fondo, le parece bien ahorrarme la escena del baño. Abandono la mano de mi padre sobre las sábanas y siento la palma de mi propia mano sudada, empapada más bien. Es como si los dedos y los nudillos de mi padre hubiesen dejado un dibujo caliente en mi piel. Salgo de la habitación cojeando con ostentación.

—Cierra al salir —dice mi madre.

—Claro.

En cambio, dejo la puerta entreabierta. Por la rendija puedo ver cómo mi madre y tía Inés destapan a mi padre y lo ayudan a incorporarse. El enfermo lleva la camisa del pijama abierta a partir del segundo botón. Sus costillas son las de un pajarito. Algo se me rompe dentro al ver ese cuerpo tan desvalido. Me marcho justo cuando comienzan a bajarle el pantalón.

Con todo el sigilo del que soy capaz, teniendo en cuenta mi cojera y el chirrido de la muleta, desciendo las escaleras y me dirijo a la cocina. La cancela del patio sigue cerrada. Oigo a Gabi silbar una cancioncilla de la radio desde la mecedora. A Zacarías y a Esther no se los ve por ninguna parte. Llego a la alacena y me hago con una botella de vino. También hay una de mistela y otra de pacharán, y reconozco que me tienta llevármelas, pero cantaría demasiado, así que me contengo. Botellas de vino hay más de una docena, nadie notará si falta una. Son de cristal verde, sin etiqueta, llenas de tinto comprado a granel, un poco de contrabando, un poco de amigueo, cosas de pueblo. Desde la ventana de la cocina me

llegan las voces de Zacarías y de Esther hablando junto al cobertizo. No entiendo qué dicen, pero en todo caso no parecen muy contentos. De vez en cuando, me llega amortiguado el sonido de un golpe o un chasquido, puede que mi hermano esté cortando leña o podando el limonero o algo así. De pronto, tengo miedo de que den por finalizadas sus tareas y aparezcan en la cocina, sorprendiéndome de esta guisa, con una botella de vino bajo el brazo, como el más patético de los ladrones. Me dirijo a la escalera tan rápido como mi cojera me lo permite, lo que no es mucho, para qué nos vamos a engañar. Estoy sudando a mares. El pasillo en forma de herradura del piso superior se me antoja inacabable. Cuando vuelvo a pasar por delante del cuarto de mis padres, aguanto la respiración y rezo para que nada me delate. Oigo a mi madre exponiendo a tía Inés los pormenores de la medicación de mi padre; como es costumbre, tía Inés no dice ni esta boca es mía. Por fin, me encierro en la habitación de invitados. Tengo la impresión de haber dedicado cien años a esta pequeña expedición hasta la cocina. Respiro con dificultad y siento las gotas de sudor resbalándome por la espina dorsal. He empapado las vendas que cubren mi cara y mi costado. La puerta no tiene pestillo, y yo intento asegurarla falcando la silla bajo el picaporte para que haga presión. Todo en vano: en España los picaportes no pueden ser trabados con sillas.

La batería del *smartphone* ya se ha cargado. En la bandeja de entrada me esperan varios mensajes de la señora Nissenbaum, la sensación de urgencia crece en cada uno de ellos. El último es un ultimátum:

> Señor Miralles responda
> o habrá
> CONSECUENCIAS

Lo vuelvo a leer. ¿Consecuencias? Pero ¿quién se ha creído que es esta pava para hablarme así? Y ¿a santo de qué tantos nervios y tantas prisas? Igual en Antich & Asociados creen que los he utilizado para agenciarme un billete gratis de vuelta a casa o algo así. Intento ordenar un poco mis pensamientos, dar forma a una respuesta que suene conciliadora y contundente al mismo tiempo, pero no me sale nada. Tengo el cuerpo palpitando de dolor y el

corazón extrañamente mudo: noqueado física y mentalmente. Por fin, escribo:

Buenas tardes

Joder, vaya forma más ridícula de responder a un ultimátum. Cierro los ojos y se me aparecen las manos de mi padre. Los vuelvo a abrir y escribo:

Estoy listo vengan a
buscarme cuando quieran
ahora mismo los espero

Me pueden los nervios y al cabo de unos instantes mando otro SMS:

Sáquenme de aquí

Pasan un par de minutos y no hay respuesta. Mientras aguardo la vibración del móvil, me visualizo volviendo a salir de la habitación, cruzando la casa en sigilo, plantándome en el porche medio desfallecido a esperar el coche de la señora Nissenbaum. Me pregunto: ¿se alegrarían mis parientes de verme marchar? ¿O, antes que permitirme huir otra vez —despreciarlos otra vez—, me amputarían las piernas? Por fin, la señora Nissenbaum escribe:

Imposible señor Miralles
nosotros NO PODEMOS
ir a buscarlo

Me quedo mirando el móvil, brillante y extraño entre mis manos, como una cucaracha fosforescente. Al principio solo siento una especie de vacío en el pecho —algo así como un caerse hacia dentro —, pero pronto me sube una rabia espumeante a la garganta. ¿En serio estos cabrones han tenido la genial idea de mandarme a la boca del lobo para luego dejarme en la estacada? De pronto, comprendo lo perdido que estoy y lo estúpido que he sido. Oigo una voz en mi cabeza que me dice: en el fondo siempre lo supiste. Una voz que se ríe: nunca escaparás de Villa Milagro. El teléfono vibra entre mis manos. La señora Nissenbaum encadena varios mensajes:

Señor Miralles urge
reunirse cuanto antes

Antes de que pueda comenzar a responderle, me torpedea un nuevo mensaje:

APUNTE POR FAVOR:
mañana a las 16.30 en el
restaurante La Golondrina.
Sea puntual

Oh. Fantástico. Mañana. A las 16.30. Por supuesto. Mañana a las 16.30 en un restaurante que no conozco, pero que imagino estará en Berinossent. Ajá. ¿Y cómo cojones he de apañármelas para llegar a tiempo a esa reunión tan pero que tan importante? Una nueva vibración, un nuevo mensaje, la gotita que colma el vaso:

Señor Miralles no habrá
otra oportunidad

Bueno, pienso, os van a dar bien por culo. Mi hermano pequeño me ha soltado a los perros. Acabo de sostener la mano de mi padre moribundo. Me duele todito el cuerpo. ¿No podéis venir a recogerme y aun así os atrevéis a exigirme una cita para mañana mismo? Que os jodan, entonces.

Dejo el móvil en la mesita y me cubro con la sábana. El vino. Menos mal que tengo la botella de vino. Tumbado como estoy, voy dando tragos. Su sabor —dulce, amargo, ácido— me adormece la punta de la lengua y la sesera. En el techo, una arañita se afana en crear un puente colgante que comunica una viga de madera con otra. Desde luego, es toda una obra de ingeniería. Ánimo, arañita, que tú puedes.

La botella se termina rápido —lástima— y yo me quedo así, tendido en la cama, en la misma posición, durante largo tiempo. Pasa una hora. O quizás hora y media, imposible saberlo con certeza. El vino no me ha emborrachado, no, qué va, hace falta mucho más para tumbarme, pero sí me ha dejado una agradable sensación de ingravidez. Tumbado en la cama puedo sentir cada golpe que recibí anoche por separado. La nariz me abrasa, el tobillo grita, la muñeca se hincha y deshincha como el manguito de un tensiómetro.

De vez en cuando me llega un rumor de sandalias proveniente del pasillo y, por debajo de la puerta, distingo la sombra de alguien que se detiene frente al cuarto. Yo aguanto la respiración y rezo: por favor, que no abran, por favor, que me dejen tranquilo solo cinco minutitos más, cinco minutitos sin mi madre, sin tía Inés, sin mi prima insufrible, sin mi hermano tonto, sin mi hermano asesino, sin mi padre convaleciente.

En el techo, la araña ya ha completado su red y se ha aposentado tranquilamente en el centro. La verdad es que ha hecho un trabajo excelente.

El teléfono vibra sobre la mesilla al recibir un nuevo mensaje, pero me niego a mirarlo. Para qué. Una vez más, me formulo la misma pregunta que llevo planteándome desde que la señora Nissenbaum me contactó para comunicarme que a mi padre le había dado un ictus: ¿cómo diantres se las apañaron para encontrarme? Cuando me fui de Villa Milagro no dejé ninguna señal de cuál iba a ser mi destino. Qué coño iba a dejar, si no lo sabía ni yo. Comencé a andar por la carretera hasta que un camión paró y me preguntó adónde iba. Adonde sea que vaya usted, respondí, y tuve suerte, porque iba lejos. Jamás volví a establecer contacto con ninguno de mis parientes. Ni siquiera —y esto me duele un poco— con la prima Samara, a quien amaba de veras —supongo que es cierto eso que dicen: no hay amor como el primero, aunque este nos venga impuesto desde la infancia—. Me largué de puntillas y me convertí en fantasma.

Por eso me sorprende la aparente facilidad con la que la señora Nissenbaum pudo dar conmigo. Una vez más, rememoro lo sucedido hace apenas dos semanas, en Bangkok. El teléfono sonó temprano. A las cinco de la mañana o así. La noche anterior yo había salido de farra y hablar era lo último que necesitaba. Me resulta sencillo reproducir el embotamiento que sentí en ese momento porque se parece bastante al que siento ahora mismo.

—¿Es usted Moisés Miralles? ¿Su padre es Noé Miralles? No cuelgue. Tenemos que comunicarle un asunto de suma importancia.

Cuando ella pronunció el nombre de mi padre, me espabilé de pronto y me senté en la cama de un salto. Pregunté quién cojones era.

—Por supuesto, qué modales los míos. Deje que me presente,

señor Miralles. Mi nombre es Clara Nissenbaum. Represento al señor Manuel Antich, fundador de Antich & Asociados. ¿Sabe? Hace días que lo buscamos.

Pregunté cómo hostias habían conseguido mi número de teléfono.

Ella prosiguió:

—Nos gustaría hacerle una oferta, señor Miralles.

La mandé a tomar por saco.

—Esto va en serio, señor Miralles.

Esa mujer me estaba poniendo de los nervios. La avisé: si insistía en llamarme señor Miralles, colgaría el teléfono y santas pascuas.

—¿Sabe que su padre ha sufrido un grave ataque, señor Miralles?

Me callé un segundo. No entendía qué carajo estaba sucediendo. Eran las cinco de la madrugada y estaba más dormido que despierto. La habitación del apartamento que alquilaba en el barrio de Sukhumvit olía leve pero perpetuamente a mierda, las tuberías del baño llevaban atascadas más de un mes y el casero se negaba a arreglarlas hasta que pagase los atrasos que le debía. En la cama, una muchacha tailandesa se quejaba en sueños y me rogaba que colgase y la dejase dormir. Nunca fui capaz de recordar su nombre: Malai Nosequé. Tenía una piel del color de la miel oscura. Y una voz gritona e insoportable. Cada vez que me acostaba con ella me prometía a mí mismo que no merecía la pena tanto escándalo por un polvo, pero tampoco es que tuviese mucho donde elegir; por lo menos Malai Nosequé sabía de sobras que estaba pelado y, al terminar de follar, no ronroneaba mendigando veinte dólares, ni esperaba a que me quedase dormido para sisarme la cartera; supongo que en el fondo Malai Nosequé estaba colada por mí, qué se le va a hacer, hay gente que siente atracción por los agujeros negros. Recuerdo que me quedé mirando la ventana, con el teléfono en la oreja y la vista perdida. La luz de neón del karaoke de la acera de enfrente estaba prendida. A pestañeos, el cuarto se volvía rojo. Pregunté qué carajo querían.

—Que vuelva a Berinossent.

Me reí.

—Hay dinero en juego, ¿sabe?

Chasqueé la lengua o hice una pedorreta o resoplé o algo así.

Dije que no volvería a Berinossent ni por todo el oro del mundo.

—Lo lamento, señor Miralles, pero no disponemos de todo el oro del mundo —eso dijo la voz del teléfono, y no había sorna en ella —. Pero si accede a reunirse con nosotros, le pagaremos quince mil euros.

Quince mil euros. Así, sobre la mesa, sin dudar ni una milésima de segundo, sin medias tintas, sin regatear siquiera. Quince mil euros por ir de Bangkok a Berinossent pasando por Villa Milagro. Pasando obligatoriamente por Villa Milagro: la señora Nissenbaum fue muy específica en ese aspecto.

—Necesitamos que retome el contacto, señor Miralles. Es importante que conozca de primera mano la situación actual de su familia y que nos la transmita. Nosotros hemos intentado hablar con ellos en repetidas ocasiones, pero, en fin, lo cierto es que se niegan a recibirnos.

Sin muchas ganas, solo por dejar pasar unos segundos mientras ordenaba mis pensamientos, intenté convencerla de que perdía el tiempo. Creo que mis palabras exactas fueron: mi familia está pirada. Mejor olvídense de ellos. No se metan en ese berenjenal si no quieren salir escaldados. E insistí: mi relación con ellos no es precisamente buena, no hay nada que yo pudiera hacer para echarles una mano, déjenme tranquilo.

—Y sin embargo, señor Miralles, el señor Antich opina lo contrario. Cree que usted puede sernos de gran ayuda. Y está dispuesto a pagarle por las molestias. Ya le digo: quince mil euros solo por venir a España, pasar veinticuatro horas en la finca de su familia y escuchar la oferta que tenemos que hacerle. Decida lo que decida después, los quince mil euros serán suyos. ¿Qué me dice? ¿Hay trato?

Quince mil euros.

Mil euros por cada año que pasé lejos de Villa Milagro.

Para una gran inmobiliaria como Antich & Asociados, quince mil euros debía de ser una cantidad ridícula. Para la mayoría de la gente, tal vez, sea una cantidad ridícula, o al menos no exagerada. La mayoría de la gente no vendería su orgullo ni se expondría a que le rompiesen la crisma por quince mil euros. Pero la mayoría de la gente no vive como vivo yo. ¿Cuánto hace que en mi cuenta corriente de Barclays no hay otra cosa que números rojos? Con ese

dinero, si lo administraba bien y controlaba un poco mis vicios, podría llegar a vivir hasta un año y pico en el sudeste asiático. ¿Qué digo un año? Dos como mínimo sin dar ni golpe y a cuerpo de rey, rodeado por personitas sonrientes de ojos rasgados, obedientes y silenciosas, pendientes de hacer realidad todos mis sueños. Aunque para eso mejor no volver a Tailandia. Demasiado puterío y demasiada farra. Lo mejor sería retirarme a un pueblecito de Laos, sin tantos estímulos ni tantos turistas que suban el precio del alquiler. O tal vez podría alquilar una cabaña en una islita de Indonesia.

—Como le decía, su padre ha sufrido un grave ataque. En concreto, un ictus. Por lo visto, dice estar convencido de haber visto a una serpiente. Asegura que esta lo mordió, aunque los médicos no hallaron ninguna marca ni nada parecido. ¿Quiere que lo ponga al día, señor Miralles?

Pensé: quince mil euros.

Y pensé también, alternativamente: mi padre enfermo, quién sabe si a un tris de palmarla, mi padre enfermo y yo tan lejos.

Y además pensé: el manzano en el patio, la mecedora, los perros, el rumor del mar.

Los ojos se me van cerrando, imposible mantenerlos abiertos por más tiempo, cada una de mis pestañas pesa aproximadamente media tonelada. Es pronto todavía. El sol aún no se ha puesto en La Caleta. Si me duermo ahora, me quedaré sin cenar. Me pregunto: ¿qué estarán preparando mi madre y tía Inés? Sea lo que sea, seguro que está buenísimo. Importante: tengo que acordarme de esconder la botella de vino para que mi madre no la encuentre mañana. La botella. ¿Dónde está? Creía haberla dejado sobre la mesilla, pero ahora no la encuentro. Bueno, no importa, ya si acaso luego la busco. Sí. Luego. No sé por qué, rememoro el gesto cauto con el que tía Inés se acercó a peinar el remolino de mi padre. Creo que nunca antes los había visto tocarse. Siento un cosquilleo en la palma de la mano. Es como si todavía estuviera sosteniendo su mano enorme.

—Soñé con tu regreso —me dijo mi padre, nada más verme.

Poco a poco, el sueño va cayendo sobre mí.

8. Comer con las manos

Yo era un crío y mi padre, una torre. Más alto que ningún otro hombre que hubiera conocido nunca, más alto que cualquier jugador de baloncesto de la nba, más alto que las palmeras de la finca, más alto que el sol. Mi padre era una torre, la comparación no puede ser más precisa, y desde esa altura inexpugnable, con la cabeza oculta entre nubes, cirros y estratos, con águilas de alas tremendas planeando frente a sus ojos, tan cumbre y tan lejano, mi padre nos decía:

—Sujetad fuerte la escopeta. Cuidado con el retroceso. Aprended esto: la bala sale siempre desviada. Haced vuestro ese desvío. Una vez más, Moisés: apunta, dispara, carga. Una vez más, Zacarías: apunta, un poco más a la izquierda, dispara, carga.

Teníamos una rodilla hincada en el suelo. Zacarías, Gabriel y yo. Solo teníamos un arma para practicar —una vieja escopeta de corredera Winchester 1300 con tendencia a encasquillarse—, y Zacarías y yo nos la íbamos turnando en silencio, de vez en cuando se la dejábamos también a Gabi. Tendría yo unos ocho años. Zacarías, apenas siete. Gabi acababa de cumplir los cinco y todavía no podía sostener el arma sin ayuda, le costaba apuntar y sus deditos no alcanzaban a apretar el gatillo; lo lógico habría sido eximirlo de tanta disciplina y dejarle que pateara tranquilo una pelota o, qué sé yo, que se comiera los mocos en un rincón, cualquier cosa menos incluirlo ahí, con nosotros, sus hermanos mayores, practicando la puntería, o intentándolo al menos, sí, lo lógico habría sido esperar un poco antes de comenzar su educación como Guardián, pero… ¿es que a fin de cuentas no era Gabi un Miralles de pura cepa? ¿Es que acaso no llevaba él también impresos en los genes la condena y el honor de haber nacido en Villa Milagro? Pues eso.

Recuerdo que, para las prácticas de tiro, mi padre acostumbraba a instalar una vieja mesa de formica a ras del barranco. De ese modo, cualquier tiro perdido iría a dar al mar: esa era la mejor manera de ahorrarse disgustos y ventanas rotas. Sobre la mesa de formica se alineaban varias latas de melocotones y una regadera

acribillada. Puedo ver esa regadera ahora mismo frente a mí: el óxido se extendía alrededor de los agujeros de los perdigonazos como si esa fuese la manera que tenía el contrachapado de sangrar. Parece mentira que se me aparezca tan clara esa regadera. Y, sin embargo, no soy capaz de afirmar si estábamos en julio o en diciembre, si el cielo lucía radiante o sombrío, si íbamos en manga corta o llevábamos abrigo. La memoria funciona como el foco de un teatro: ilumina con un poderoso haz de luz un detalle en concreto, pero deja en la oscuridad el resto del escenario.

Mientras disparábamos a la regadera, mi padre se paseaba dando zancadas. Su sombra se alargaba frente a nosotros y parecía no acabarse nunca. La sombra dividida de sus piernas caía sobre la mesa de formica, se despeñaba luego por el barranco, se estrellaba contra el mar y, a buen seguro, seguía y seguía durante kilómetros hasta que, por fin, su cabeza alcanzaba el filo del horizonte. Cuando hablaba, mi padre usaba las palabras justas y ninguna más.

—Moisés, más alto. Zacarías, más bajo. Gabriel, cuidado. Ya sé que la escopeta pesa. Ya sé que estáis cansados. A veces la vida es así. Hay cosas que uno no puede elegir. De acuerdo: ¿quién quiere un poco de agua? De uno en uno. He dicho de uno en uno. Vamos a ver, ¿quién puede decirme qué significa vecería?

Esa me la sabía. Vecería significa que un árbol da mucho fruto un año y, al siguiente, descansa y prácticamente no da fruto. Los manzanos tienen vecería. La mayoría de los árboles frutales tienen vecería. Sin embargo, el manzano de nuestro patio no tenía vecería.

Así es: el tallista del cabecero de la cama de mis padres se equivocó presuponiendo que nuestro manzano era capaz de dar fruta y flores al mismo tiempo. Pero lo que ni él ni nadie fuera de nuestra familia podía imaginar era que nuestro manzano daba fruto un año sí y el otro también, siempre puntual, contraviniendo las leyes de la naturaleza y los libros de los agrónomos. Y es cierto que su cosecha era siempre escasa y cicatera —las manzanas le nacían ya arrugadas, como a punto de pudrirse—, pero, a cambio, no faltaba ni una sola vez a su cita anual. ¿Podría considerarse esto un milagro divino? ¿La prueba irrefutable de que nuestro manzano era, en verdad, el mismo que los evangelistas describían en el Génesis? No. Eso es lo que sé ahora, después de haber visto a los hindúes quemar a sus difuntos y a los zulús sacrificar una cabra para atraer

las lluvias, eso es lo que tengo que esforzarme en recordar: no, en modo alguno eso sirve como prueba de nada. Que el manzano no tuviera vecería es solo una curiosidad botánica y punto pelota, un hecho curioso que podría servir como tema para una tesis doctoral de algún universitario gafotas, tal vez —incluso— un pequeño epígrafe en la enciclopedia de las curiosidades naturales: algo insólito, excepcional, pero en modo alguno la señal inequívoca de un Milagro, así, con mayúsculas.

La mano de mi padre descendió desde las alturas y me entregó un botijo. Había dado con la respuesta correcta y, por tanto, merecía beber el primero. Zacarías me observó humillado. No era solo que supiera disparar mejor que él, o que cargase la Winchester más rápido que él, es que además sabía qué significaba vecería y él no. Chúpate esa, Zaca, para que aprendas, luego vas y la cascas. Bebí del botijo procurando no desperdiciar ni una gota, tal y como mi padre nos había enseñado.

Entonces, un coche entró en la finca de Villa Milagro haciendo sonar su claxon. Era un Talbot rojo, sucio de polvo hasta la misma capota. Nosotros volvimos los ojos hacia el cielo, allá donde se escondía el rostro nuboso de nuestro padre, y aguardamos una señal desde su atalaya.

—Hemos terminado por hoy —dijo.

Y allá que fuimos los tres hermanos al encuentro del automóvil. Recuerdo que corrimos junto al coche, puede que incluso demasiado cerca, creo que yo incluso palmeé la carrocería. Desde el volante, el tío Abel nos saludaba sacando la mano por la ventanilla. Era un cacho pan, el tío Abel. Un cacho pan y un simplón. Mi madre decía que cuando Abel nació el viento soplaba con fuerza desde el mar y que, por esa razón, se le desbarataron las entendederas desde chiquito. Por eso, en ocasiones, el tío Abel enmudecía de pronto, dejando a medias una conversación, o se quedaba inmóvil a medio andar, como si estuviera jugando al escondite inglés: los ojos se le volvían huevo cocido y el cuerpo se le hacía maniquí.

—Mirad, Abel ha vuelto a perder el oremus —decía alguien.

Y había risas y comentarios jocosos, e incluso alguno de mis tíos podía pasar una mano por delante de sus ojos o chasquearle los dedos junto al oído.

—Abel, Abelito, menudo viento más malo soplaba el día que naciste.

El hechizo duraba solo unos segundos. Del mismo modo que se empanaba, el tío Abel se despertaba. Aunque se lo veía desorientado, enseguida se sumaba a las chanzas.

—¿Qué queréis? Si es que sois un coñazo y, como no me tome un descanso, reviento.

Varios años antes de que yo decidiera fugarme de Villa Milagro, el tío Abel se mató en un accidente de tráfico. Tal vez, quién sabe, sufrió uno de sus vahídos mientras conducía. Por suerte, nadie más resultó herido. El tío Abel viajaba solo y su coche simplemente se desvió de la carretera, recorrió haciendo zigzag un descampado abandonado y se estrelló contra los contenedores de una cementera. Eso fue todo.

En mi tierra al viento que viene del mar lo llaman xaloc.

A mí siempre me sonó a nombre de brujo o a maldición azteca.

El Talbot se detuvo frente al porche y de él bajaron, en progresión aritmética, el tío Abel y la tía Betania, el primo Lázaro, desgarbado y ausente, las primas Samara y Esther, tan niñas y tan flacas, y por último, la abuela Galilea con su inseparable andador. Seis personas y un tacataca en un viejo Talbot de cinco plazas. Qué le vamos a hacer, en aquella época lo de apretujarse en el asiento trasero del coche era norma común, niños sentados en las rodillas de otros niños, el cinturón de seguridad como elemento de decoración y el cenicero del coche lleno hasta rebosar de ceniza y envoltorios de chicle. En mi memoria, mis tíos y primos van brotando uno a uno del auto destartalado, plop, plop, plop, y luego surgen una infinidad de tarteras y ollas, cajas de pescado fresco conservado en hielo, verduras del huerto de Buscallops, mil y una bandejas cubiertas con papel albal que mi tía Betania nos iba pasando con indicaciones de ¡Cuidado, cuidado!, y ¡Mira que como se te caiga…!

Mi recuerdo prosigue su camino y, sin que yo sepa muy bien cómo, pasamos de los saltitos exaltados alrededor del Talbot al patio de la alquería. Esa mañana, mi familia había improvisado una larga mesa en el lugar más sagrado. Lo hizo disponiendo el mantel de las ocasiones especiales. Vinagreras de la bisabuela y unos candelabros decimonónicos que no hacía falta encender porque era

mediodía. Incluso la vajilla era antigua y hermosa, traída expresamente del Cuarto de las Cosas —así era como llamábamos al trastero donde se guardaban todos los cachivaches inservibles que mi familia había ido acumulando durante generaciones—. En el patio, el sonido del Mediterráneo se oía tan cercano que, a ratos, parecía como si las olas fueran a asomarse por encima de los muros y las alambradas.

Los más pequeños andábamos curiosos. No sabíamos muy bien qué estaba pasando, pero sin duda era algo gordo. Por regla general, el patio era un lugar de recogimiento y de disciplina. ¿Por qué ese día en concreto se nos permitía correr y reír y jalear a escasos metros del manzano? ¿Y por qué nadie nos decía qué estábamos celebrando? El olor de la comida volvía locos a los perros, que nos rondaban en un festival de quejidos lastimeros.

—Como no os portéis bien, os encerramos ya mismo —amenazaba mi madre, como si los perros pudieran entender sus palabras, y les señalaba la puerta de alambre de la jaula.

Creo que soy capaz de recordar el menú de aquel día. O, si no, desde luego soy capaz de inventármelo tomando como referencia el resto de los menús de mi infancia: comidas de campo regidas por la filosofía del más vale que sobre que no que falte, generosas en su sencillez, con sabor a mar y a huerta. De entrantes, mejillones al vapor y cazuelitas de langostinos y navajas a la plancha y ensaladas de muchos colores —tomate, lechuga, cebolla, atún, aceitunas verdes, maíz—. De plato principal, alguna variedad de arroz: paella mixta o paella marinera o paella de verduras o arroz al horno o arroz caldoso o arroz negro o arroz a banda o arrossejat. Sí, arrossejat. ¿Por qué no? Voy a suponer que ese día en el patio se sirvió arrossejat. De niño, me encantaba el arrossejat.

Los más pequeños nos acumulábamos en el centro de la mesa, escoltados a uno y otro lado por los adultos, y no dejábamos de cuchichear.

—Yo creo que es Navidad otra vez —decía Samara.

—Es el cumpleaños de la abuela Galilea. Debe de cumplir por lo menos doscientos años —sostenía Zacarías.

Hacíamos cábalas y jugábamos a tirarnos trozos de pan. Ruth nos oteaba desde su flequillo de adolescente y se sonreía por detrás de las gafas. Por supuesto que ella sabía a qué se debía esa comida

tan especial; pero ni hablar, no pensaba chivarse, qué nos habíamos creído, chincha, chincha rabiña. A la prima Esther la habían sentado justo enfrente de mí y se dedicaba a ponerme de los nervios. Aunque solo tenía cinco o seis años, ya sabía cómo ser repelente. Todo Ñeñeñe y Mamá, el primo me ha pegado. Samara estaba a mi lado. Era un conguito moreno e inquieto, el pelo rizado y abundante, igual que una peluca de payaso: el mismo cabello que han heredado mis sobrinas. Cuando los adultos no miraban, Samara pellizcaba un trozo de comida y colocaba la mano entre las piernas, esperando que alguno de los perros del patio se acercara a lamerle los dedos.

Me percato de que, en mi recuerdo, en esta comida familiar, no existe el primo Lázaro. Lo cierto es que siempre fue un chaval invisible. ¿Cuántos años debía de tener por aquel entonces? Era mayor que nosotros. ¿Catorce, tal vez? ¿Quince? Pobre primo Lázaro. Qué destino de mierda le aguardaba. ¿Quién podía imaginarse, aquella tarde tan lejana, que aquel muchacho cohibido iba a convertirse en la gran vergüenza de los Miralles, el innombrable, el por siempre repudiado? La traición del primo Lázaro fue todavía más lacerante que la mía, que me largué de improviso abandonando mis obligaciones y dejando al manzano sin ojos que lo guardasen, mucho peor también que la lejana traición del bisabuelo Miguel: el primo Lázaro intentó robar una manzana del árbol sagrado. No llegó muy lejos: lo descubrieron in fraganti antes de que llegase a morderla. De la paliza que recibió casi lo mandan al otro barrio. Luego, lo condenaron al exilio.

—Vete de aquí —le dijeron—, huye bien lejos, tanto como puedas, no se te ocurra volver a pisar Berinossent, márchate del país si puedes, y oye esto: si alguna vez alguno de nosotros te descubre por aquí cerca, aunque sea por casualidad, aunque sea de refilón, aunque sea repostando en la gasolinera de la nacional, te acorralaremos, te atraparemos, te amordazaremos con esparadrapo, te ataremos de pies y manos, todos juntos, todos a una, y te rajaremos las tripas justo aquí, de abajo arriba, te sacaremos las entrañas igual que se hace con los peces.

Me pregunto: ¿qué habrá sido de Lázaro después de tantos años? ¿Habrá encontrado la felicidad lejos del manicomio de los Miralles? Hago un esfuerzo para invocar su recuerdo. Usando más la

imaginación que la memoria, lo siento en una silla bajo el parral y le doy el lugar que le corresponde en esa tarde de fiesta en el patio: el primo Lázaro comería como si el tenedor le quemase, apartando el socarrat al borde del plato. Tenía un serio problema de acné. Orejas de soplillo. La mirada en huida permanente.

En mi recuerdo, la jarana no deja de aumentar. Por alguna razón, los adultos parecían muy emocionados y, de vez en cuando, detonaba algún aplauso.

—¡Venga un brindis, coño!

—A los críos sírveles más calamares.

—¡Fíjate este tunante cómo busca el vaso de vino!

—A la abuela no le pongas mejillones, que le repiten.

—¿Quién quiere espárragos?

—¿Sabías que la prima Teodora vuelve a estar embarazada?

—Niño, no pongas el tenedor boca abajo, que trae mala suerte.

—Te ha quedado una escalivada buenísima.

Mientras la familia celebraba en la mesa, el tío Jacobo permanecía aparte, de espaldas, sentado en la mecedora, cumpliendo su tarea como Guardián. En sus hombros tensos podía leerse su esfuerzo por ignorarnos y focalizar toda su atención en el manzano. Porque no había excusa que valiera: aunque ese fuera un día especial, el Árbol de la Vida no debía quedar desprotegido.

El tío Jacobo nació y se crio en Villa Milagro, y compartió con mi padre y con el abuelo Jeremías las tareas de Guardián durante muchos muchos años, hasta que un día ya no pudo soportarlo más y rogó que le permitieran mudarse a la Casa de Labores. El tío Jacobo era un tipo bonachón al que la vida no paró de mandarle desgracias. Lo casaron dos veces, y las dos se le murió la esposa en el parto; ninguno de los bebés sobrevivió. Este era un tema recurrente en las sobremesas familiares, de tapadillo, cuando ya la gente comenzaba a ir piripi, una vocecilla de fondo murmuraba que qué pena el tío Jacobo, tan grande y tan bueno, y con la simiente podrida, venenosa. Ya que no podía ofrecerle una prole al manzano —en la Casa de Labores no se atrevieron a casarlo una tercera vez—, el tío Jacobo se esmeró en mimarnos a mí y a mis hermanos como si fuéramos sus propios hijos. De algún modo, el tío Jacobo fue más padre para mí que mi padre. O, como mínimo, asumió muchas de las tareas que se supone corresponden a un padre: los

juegos, la complicidad, la comprensión. Mi padre, en cambio, se centró en la otra faceta de la paterninad: la disciplina y las collejas. El tío Jacobo medía un metro ochenta y cargaba con una barriga grande y dura como una bombona de butano. Se estaba quedando calvo justo en la coronilla.

—Anda, Moisés, hazme un favor —dijo mi madre—. Llévale un poco de arroz a tu tío. Y un porrón de vino también, que un día es un día.

Obediente, le llevé un plato de arrossejat al tío Jacobo y recogí los restos de langostinos y almejas que ya había comido. Cuando estaba a punto de irme, mi tío rompió el protocolo y desvió la vista del manzano. Fue solo un segundo, pero me atusó el pelo con su manaza y dijo:

—Hoy es un gran día para ti, Moisés. Lo recordarás toda tu vida.

Volví a la mesa como andando sobre una nube. ¿Así que todo eso era en mi honor? ¿La comida en el patio, la cubertería de plata, las risas, los candelabros a pleno sol? De pronto, sentí que cada comentario de mi madre iba dirigido en realidad a mi persona. Tuve la impresión de que el tío Abel me observaba como evaluándome. ¿O solo me lo imaginaba? Pero no, mientras mi tío chupaba la cabeza del langostino, sus ojos seguían fijos en mí, se lo veía en parte satisfecho, en parte temeroso. Y mi padre, ¿es posible que, por una vez, hubiera descendido un poco de su torre rodeada por nubes y águilas? Como respondiendo a mis pensamientos, se puso en pie y levantó la copa.

—¡Por los Miralles!, —dijo.

—¡Por los Miralles!, —respondieron todos, a coro.

Y el vino desapareció en un visto y no visto.

El abuelo Jeremías encabezaba la mesa por un lado y, por el otro, lo hacía la abuela Galilea. El abuelo seguía tan ausente como era habitual en él, con esa actitud que, de tan concentrada, parecía resentida. Comía sin mirar al resto de los comensales y apuraba los vasos de un tirón, sin respirar. Por el contrario, la abuela Galilea era todo dedos revoloteando y frases espaciadas. Noté que ella también me prodigaba más atenciones de las habituales. Cada dos por tres, extendía una mano y me repeinaba con brusquedad. Sus muchos anillos me raspaban las sienes. La abuela Galilea nos pidió que nos cogiéramos de las manos para entonar una oración al Señor.

—Un padrenuestro aunque sea, Noé, por favor —pidió a mi padre, que siempre se mostraba reticente ante las expresiones de religiosidad.

Llegados a este punto, mi recuerdo se retuerce sobre sí mismo. Las imágenes se mezclan y cuesta seguir un orden lógico de los acontecimientos. Batiburrillo de cosas que pudieron ser o no ser.

Veo a mi padre subido a una silla. ¿Qué hacía? Por extraño que resulte, estaba capturando a una lagartija que se había escondido en el parral. Los niños celebramos el suceso con aplausos. Él encerró la lagartija debajo de una copa. Mi madre pidió por favor un poco de respeto con el mantel de damasco, aunque por lo bajo se sonreía. La prima Esther gritó:

—¡Qué asco!

Aquella lagartija se me aparece ahora tan claramente, coleteando bajo la cúpula de cristal, agitándose en vano, encerrada por unas paredes que para ella debían de ser invisibles…

Veo también a mi madre acuclillada frente a mí. ¿Dónde? ¿En el recibidor? ¿En el cuarto de baño? ¿En el porche? Me sujetaba las mejillas entre las manos y me decía que había crecido mucho y que ya era todo un hombre. ¿Estaba llorando? Me decía que a partir de ahora mis responsabilidades serían también las de un hombre. La verdad, no puedo asegurar que esa conversación tuviera lugar ese mismo día. Tal vez sucedió meses, años después. Tal vez, por el contrario, ocurriera antes. Puede que incluso nunca tuviese lugar.

Por último, se me aparece, como surgido de la niebla, el tío Jacobo. Se había sentado a la mesa junto al resto de la familia y usaba una cucharilla de café como si fuera una batuta de director de orquesta. Cantaba «Paraules d'amor» de Joan Manuel Serrat. Mi tío adoraba esa canción. Después de cada estrofa, su voz temblaba como si tuviera mucho frío, igual que hacía Serrat. Pero ¿no estaba el tío Jacobo guardando el manzano? ¿Tal vez mi padre le dio el relevo por unos minutos? ¿Qué me estoy perdiendo? Dice así la canción:

Paraules
d'amor
senzilles i tendres.

No en sabíem més, teníem quinze anys.
No havíem tingut massa temps per
aprendre'n.
Tot just despertàvem del son dels infants.

Por fin las cosas se aclaran. Recuerdo que mi madre volvió de la cocina cargando un brazo de gitano relleno de crema. Los pequeños extendimos las manos, todos queríamos ser el primero en conseguir un pedazo.

—Tranquilos, tranquilos —chistó mi madre.

Todo el mundo recibió su poquito de brazo de gitano. Todo el mundo menos Samara y yo. Nos enfurruñamos. Sobre todo ella. Ya de pequeña, mi prima tenía un carácter que cuidadito. Siempre que Samara se enfadaba, su ojo izquierdo bizqueaba un poco; no era nada llamativo, había que fijarse bien para darse cuenta, pero a mí siempre me pareció que esa disimetría la favorecía.

—Te pones guapa cuando te pones bizca —le decía, medio en broma medio en serio, al salir del instituto, y ella se cabreaba todavía más y a mí me entraba la risa, y con suerte, después, me dejaba tocarle una teta.

Mi prima y yo nos llevábamos bien.

Podríamos, quién sabe, haber sido felices juntos.

Bajo el parral, surgió la silueta alta de mi padre llevando un pastelito de manzana. Entre sus dedos enormes, el platito se antojaba ridículo. Mi padre colocó el pastel entre Samara y yo. Hacía apenas una semana que ella había cumplido seis años.

—Coméoslo —dijo mi padre—. Pero no uséis las cucharas. Comed con las manos. Y compartidlo bien. ¿Me oís? Que cada uno coma exactamente la mitad.

Era un pastel de manzanas, sí, pero obviamente estas no provenían del manzano del patio, ¿a quién se le podría ocurrir tamaña tontería? Aun así Samara y yo nos sentíamos unos privilegiados. Y es que los Miralles no comen manzanas. Quiero decir, no es que exista, o eso creo al menos, ninguna norma que lo prohíba expresamente, pero si un Miralles puede elegir, siempre comerá cualquier otra fruta. De modo que aquello era todo un acontecimiento.

Aquella tarde, mi prima y yo comimos a medias el pastel de

manzana mientras el resto de la mesa nos observaba conteniendo la respiración. Incluso el abuelo Jeremías parecía pendiente de nosotros. Dos niños hundiendo los dedos en un pastel, descubriendo un sabor nuevo, riéndose con la boca llena, disfrutando de la atención de los adultos, haciendo de todo aquello un juego. Recuerdo que, al terminar, nos limpiamos el uno al otro las migas que se nos habían quedado pegadas a los labios.

Una vez dimos cuenta del pastel, la abuela Galilea se levantó en su extremo de la mesa. Abrió los brazos en un gesto teatral. Su sonrisa era tan ancha que parecía darle la vuelta a la cabeza.

—Muy bien —dijo—. Ahora, Moisés, Samara, poneos en pie. Os tenemos que anunciar una cosa muy importante.

9. Unos hijos como santo Tomás de Aquino

Segundo día en Villa Milagro.

El tiempo aquí es un remolino. O mejor: una ciénaga. Arenas movedizas.

Con cada hora que paso entre estas paredes —con cada minuto, más bien— me resulta más natural y menos absurda mi presencia en la alquería. Es lo contrario a ahogarse: un disolverse manso en el ambiente de la casa. Sin darme cuenta, me relajo y me acomodo, y eso es un peligro, porque lo que yo necesito es estar alerta, no olvidar lo inestable de mi situación. Pero es que —no sé bien cómo explicarlo— mi cuerpo no atiende a razones: él solo entiende de costumbres. Mi cuerpo, que es tonto del culo, reconoce estas paredes, las baldosas rotas y los muebles viejos, el incómodo sofá de raso rojo, la campana de bronce del reloj del salón, y, aunque no quiera, aunque mi cabeza grite que todo en este lugar es tormenta y peligro, a mi cuerpo se la sudan los razonamientos; igual que un perro apaleado que busca la caricia del amo maltratador, mi cuerpo se ablanda y se abandona a los olores del que fue mi hogar.

Tengo que ponerme en marcha.

Comenzar a trabajar en serio para escapar de aquí.

Para escapar por segunda vez de aquí, quiero decir.

Esta tarde a las cuatro y media tengo una cita con la señora Nissenbaum en un restaurante llamado La Golondrina. Me jode, y mucho, el modo como esa cita ha sido convocada. No olvido el tono prepotente que exhibía su mensajito de texto: como dando por hecho que mi opinión no importa un carajo. Pero es que, más me vale asumirlo, igual tienen razón y mi opinión no importa un carajo. A fin de cuentas, es la gente de Antich & Asociados la que pone la pasta aquí, y si ellos dicen baila, yo les dedico una sardana o lo que se tercie. Además, qué cojones, en todo caso, lo que a mí me conviene es pirarme cuanto antes mejor. Que no se me olvide: es mi pellejo lo que está en juego. Así que al lío.

Desde que he abierto los ojos esta mañana llevo dándole vueltas a un plan de fuga. Si a alguna conclusión he llegado es que, en mi estado —mi pie sigue destrozado—, no podré abandonar Villa

Milagro sin ayuda externa. Y, dado que no puedo contar con la de Antich & Asociados —supongo que revelar la relación que nos une puede ir en contra de sus intereses inmobiliarios—, me va a tocar improvisar. Necesito hacer una llamada telefónica. Y necesito, además, cierta intimidad en el momento de realizarla: cosa difícil, ya que, en esta casa, hasta los jarrones de petunias tienen oídos. Es por eso que, en este instante, me dirijo hacia la puerta principal de la casona, buscando la privacidad que, con suerte, espero, pueda brindarme el exterior de la finca.

—¿Se puede saber adónde crees que vas?, —dice una voz a mi espalda.

Me vuelvo y descubro a mi madre asomando por la puerta de la cocina. Acaba de sorprenderme cojeando por el pasillo, ridículamente silencioso, a punto de llegar al recibidor. Esta es la primera vez que nos encontramos en todo el día. Aunque, siendo honestos, llevo percibiendo su presencia —rozándola— desde que abrí los ojos. Podría decirse que mi madre y yo nos hemos pasado la mañana entera jugando al gato y al ratón. Por mi parte, hice todo lo posible por permanecer en cama cuanto más tiempo mejor, consciente de que en ningún otro lugar iba a estar más seguro que acurrucadito entre las sábanas. Desde allí, escuché a mi madre reñir con Esther en la escalera, la sentí jugar con el bebé en el salón, oí cómo se despedía de Zacarías en el porche —por lo visto, mi hermano salió a hacer unos recados con la furgoneta: tan desvalido me ven que hasta se permiten el lujo de dejarme sin la vigilancia del macho alfa—; la voz de mi madre viajaba de un rincón a otro de la casa como por arte de magia. En cierto momento, salí corriendo de la habitación para ir al baño, donde vomité una pasta rojiza: el vino de anoche —tan recio, tan de verdad, tan español— me había puesto el estómago del revés. De regreso al cuarto, me encontré una bandeja con el desayuno esperándome sobre la mesilla, señal de que mi madre llevaba un buen rato esperando a que me levantase. Cuando finalmente me atreví a salir de mi refugio, ella estuvo siempre un par de pasos detrás de mí o precediéndome. Sus sandalias arrastrándose tras la esquina, el rumor de un trapo limpiando la habitación de al lado, su sombra dibujándose detrás de todas las puertas.

—Que adónde vas, digo —insiste mi madre, todavía con el

cuerpo a medio brotar del marco.

—Fuera. —Y señalo con la muleta el recibidor—. Me muero por un poco de aire fresco.

Y me encojo de hombros, intentando disimular la resaca que arrastro —el vino todavía me atornilla la cabeza— y el dolor que siento por la paliza de Zacarías —es como si los golpes hubiesen fermentado durante la noche, hinchándose y endureciéndose, igual que una masa de pan al horno—. Mi madre me observa entrecerrando los ojos. Es como si creyese que, concentrándose, puede leerme el pensamiento. A veces yo también lo creo, por eso trago saliva y desvío la mirada.

—Gabi está guardando el árbol —me dice, por fin. Y luego, bajando la voz, untando mermelada en las palabras, añade—: Igual deberías ir a verlo.

—Es que… —protesto.

—Tiene algo importante que contarte, ¿sabes?

Trato de componer una sonrisa conciliadora, pero la verdad es que me sale regular. ¿A quién quiero engañar? La simple posibilidad de volver a encontrarme con el manzano se me hace insoportable, bajo ningún concepto pienso entrar en el patio.

—Bajo ningún concepto pienso entrar en el patio —me sorprendo diciendo en voz alta.

—¿Cómo?

Joder, pero qué mal estoy jugando mis cartas. Si continuo por este camino voy a acabar desbaratando todo el trabajo hecho, la farsa del hijo arrepentido que mal que bien he levantado ante mis parientes. Lo que a mí me conviene, lo que debería hacer ahora mismo, es ir al patio a presentarle humildemente mis respetos al manzano. Agachar la cabeza y besar sus raíces. Pero es que no puedo. De verdad que no. Es pensar en el manzano y las vísceras me reptan hasta la garganta. Me asalta un tropel de dudas: ¿y si, después de todos estos años, voy a verlo y, de pronto, comprendo, como si fuera una revelación, que de verdad estoy ante el Árbol del Bien y del Mal? ¿Y si, al verlo, me reafirmo y me digo que menuda mierda, que solo es un manzano común y ya está, y pierdo los nervios al pensar en todos los hombres y mujeres, viejos y niños, que han malgastado su vida atendiéndolo? ¿Y si no puedo controlarme y exploto en una tormenta de insultos y patadas? ¿Y si

se me despierta la fe que creía perdida y me convierto? No quiero volver a ver el manzano. No es necesario que lo haga para mandarlo todo a freír espárragos una vez más.

—Que no, madre, que no voy a ir —digo, y mi tono es más tajante de lo que me habría gustado. Enseguida busco una excusa—: ¿Es que no ve cómo me dejaron esos perros suyos? Yo al patio no vuelvo. Dígale usted a Gabi que puede buscarme después, si tan importante es eso que tiene que contarme.

Mi madre aguanta la respiración.

—Tú verás —dice en un gruñido, e igual que apareció, desaparece en la cocina.

Yo vuelvo entonces a este arrastrarme con la muleta, un doloroso paso y luego otro. Mejor no pensar en lo mal que se me da disimular mis sentimientos: y yo que creía que me había vuelto un experto en el arte del engaño después de tantos años estafando a turistas. Mejor no pensar tampoco en lo mucho que todavía me afecta el manzano: después de tanto tiempo lejos de su influencia, después de haber visto a tantas personas rezándoles a tantos dioses en tantas lenguas distintas, parece mentira, copón, aún permanece la duda. Mejor centrarme en lo inmediato, me digo: tengo una misión. Salir y llamar para pedir ayuda. Arreando, pues. Llego hasta la puerta principal, la abro y aparto la cortina de canutillos de plástico.

El mundo más allá del porche nada en luz blanca. Ya pasó de largo la tormenta, aunque el viento cabrón todavía persiste, y el clima mediterráneo vuelve a su cauce apacible y cálido. Me entretengo un par de segundos contemplando cómo corren las nubes su particular carrera sobre las montañas del oeste. Hace calor para ser octubre y, a pesar del viento, se está a gusto aquí fuera. Dos perros sestean en medio de la tarde. Dos perros. Ahí mismo, bajo la higuera. Dos perros sestean. Nada más reparar en ellos, como si pudieran sentir el peso de mi mirada, levantan la cabeza y me miran.

Seré idiota. Es justo lo que decía antes: mi cuerpo, acostumbrado como estaba a moverse con total impunidad por la finca, se olvida de que ahora soy un intruso y de que el peligro me ronda en todas las esquinas. Ya estoy dando media vuelta, volviendo a todo correr a refugiarme en el interior de la casona, rezando para que los

chuchos no me alcancen, cuando casi tropiezo con tía Inés, que en ese momento sale al porche.

—Ay, hola, tía —farfullo, haciendo equilibrios con la muleta.

Ella no responde. Tan solo se queda ahí, quieta bajo el arco de las buganvillas, mirándome desde abajo, con esa sonrisa suya tan modosita. Enseguida comprendo que si mi tía ha salido al porche ha sido precisamente para protegerme de los perros. Hasta es posible que haya sido mi madre quien la haya mandado a acompañarme, o a escoltarme más bien, o a vigilarme, quizá.

Así pues, mi paseo por la finca da comienzo por fin. Tía Inés me sigue apenas un par de pasos por detrás. Parece muda. Es fácil olvidarse de que está ahí. Yo me apoyo en la muleta y avanzo trabajosamente, arrastrando como puedo la resaca y mis dolores. Casi enseguida comienzo a sudar. Casi enseguida también el viento me hiela el sudor en la nuca y en el cuello, justo debajo de las orejas. Cada paso que doy me hace rechinar los dientes. Lejos de mejorar, percibo cómo el tobillo se me hincha más y más, a duras penas me cabe en la zapatilla —y eso que ya previamente le he quitado los cordones. Buf, qué bien me vendría un Nolotil ahora mismo. Y una cerveza. Sobre todo una cerveza—. En ningún momento le quito ojo a los perros. De vez en cuando, alguno levanta el hocico y me dedica un bostezo repleto de dientes.

Mientras busco un lugar reservado y aguardo el momento idóneo para llamar por teléfono —tengo que pensar cómo despistar a tía Inés—, aprovecho para hacer balance de aquello que sigue igual y de aquello que ha cambiado. Antes, varios senderos dibujados con piedras blancas cruzaban la finca; hoy las piedras se ven removidas, desalineadas, y una verdolaga traidora se extiende sobre la gravilla como una enredadera a ras de suelo. Este descuido habría sido inconcebible años atrás. Se nota que madre se hace mayor, que padre está indispuesto, que tía Inés cada vez está menos aquí y más allá, sea donde sea. Contra la pared del almacén, se distingue una lavadora abandonada, un colchón maloliente, rastrillos y cizallas, trastos y más trastos. El techo del cobertizo está medio desplomado. Los limoneros no dan fruto. Las palmeras, pobres, siguen siendo altas, altísimas, pero la corteza del tronco está podrida, la copa es un plumero de palmas resecas. ¿Cómo han podido terminar así? Esas palmeras nos iban a enterrar a todos. Lo

único que sigue en su sitio, como escarabajos gigantes boca arriba, son los enormes maceteros de tierra cocida que se esparcen por la finca al azar, algunos de pie, otros caídos, cactus y aspidistras brotando de su interior, malas hierbas y lagartijas. Al pasar junto a la alberca arrugo la nariz. Una costra verde recubre el agua. Entonces, de pronto, siento un coletazo en el cerebro. Es un recuerdo que me llega sin invitación. Le pregunto a tía Inés:

—¿Quién construyó la alberca?

Ella tarda un poquito en responder, por lo visto le cuesta arrancar la maquinaria que transporta la información del cerebro a la lengua:

—Tu padre. Bueno, también tu tío Jacobo. Y tu abuelo Jeremías. Tu padre sobre todo.

—¿Y yo le ayudé?

—Tú y Ruth y Zacarías. Gabi era muy pequeño.

Me acuerdo: yo le pasaba los azulejos y mi padre los recibía desde el boquete hondo que iba a ser la alberca. Multitud de cuerdecitas atravesaban el agujero de un extremo al otro señalando la inclinación adecuada, marcando alturas, delimitando fronteras, indicaciones de obra que yo no era capaz de desentrañar. Hacía mucho calor. Los mosquitos zumbaban frente a mis ojos y se cebaban con mis brazos desnudos y mis muslos de niño; llevaba un pantalón muy corto, tal vez un bañador o incluso unos calzoncillos. Ruth apareció con una jarra de agua fresca con azúcar y limón. Mi padre dijo:

—Bueno, me parece que nos hemos ganado un descanso. ¿Tú qué crees?

Qué curioso. Lo había olvidado por completo. Hasta este preciso instante creía que la alberca llevaba ahí toda la vida. Y ahora el recuerdo es tan vívido. La espalda sudorosa de mi padre como una isla que brota del agujero, su manaza hecha de granito que surgía pidiendo otro azulejo. ¿Es posible que mi padre estuviera canturreando algo? ¿O era el transistor? Cuidado. ¿Es que no he aprendido nada? Pasear por Villa Milagro es como andar por un campo de minas. Enterrados me esperan cientos de recuerdos explosivos. Al menor descuido me puede saltar la cabeza por los aires.

Tan ensimismado estoy en mis pensamientos que me sobresalto

al escuchar la voz de tía Inés.

—¡Pero qué florido está el baladre!, —exclama.

Es cierto que lo está. Flores rojas y blancas brotando igual que sarpullidos. Tía Inés alarga una mano y acaricia los pétalos de una flor. La expresión de su rostro es de genuina fascinación.

—Igualito que un vestido de lunares —dice.

Yo pienso: ahora o nunca, y acelero el paso intentando poner distancia entre mi tía y yo. Aunque, ojo: tengo que alejarme lo suficiente como para que no pueda oírme hablar por teléfono y, al mismo tiempo, asegurarme de estar lo bastante cerca como para que los perros no me identifiquen como un tentempié. Difícil equilibrio. Supongo que no me queda otra que confiar en que, efectivamente, mi tía está tan gagá como parece.

Cojea que te cojea, ¿quién dijo que no podría conseguirlo?, he llegado hasta el borde del acantilado. Mientras recupero el aliento contemplo el horizonte. Desde aquí, tengo una muy buena vista de La Caleta, la playa donde ayer descubrí a una extranjera rubia bañándose en pelotas. ¿Existió de verdad? Tan blanquita y tan elástica. Ya podría aparecer ahora, caramba. Eso que me llevaría. Supongo que, de alguna forma, tenía la esperanza de encontrármela de nuevo. Abajo, las olas rompen babosas sobre las rocas verdes. Un cangrejo trepa por la escollera, me saluda con sus pinzas y desaparece.

Me aseguro de que tía Inés sigue ensimismada con el baladre y, con mucho disimulo, saco el *smartphone* del bolsillo trasero de mi pantalón. De memoria, marco el número del taller de la Casa de Labores. Parece mentira que todavía sea capaz de recordarlo. Hay ciertas cosas —menudencias de la infancia— que se quedan grabadas a fuego en el cerebro.

—¿Diga?, —me responde una voz que no reconozco, no sé si de chico con voz aflautada o de chica con voz ruda.

—Buenos días. ¿Está Jacobo?

—Sí.

Se me escapa un suspiro. Por suerte, el tío sigue trabajando en el taller de la Casa de Labores. El tío Jacobo. La única persona en este mundo lo bastante buena y lo bastante honesta como para depositar mi vida en sus manos. ¿Lo bastante crédula también? Sí, es posible, lo bastante crédula también.

—Bueno… ¿se puede poner?, —digo.

La voz duda unos segundos antes de responder:

—Un momento.

Del otro lado del teléfono, me llega una cacofonía mecánica, murmullos de hombres trabajando, burbujeos, ecos. Por fin, oigo un sonido como de enjambre de moscas, parece como si alguien frotara el teléfono contra una toalla: ahí está el tío Jacobo.

—¿Sí?

—Hola, tío… Soy yo, Moisés.

—Cojones. ¿En serio? —Mi tío baja la voz, me lo imagino mirando a un lado y a otro del taller, vigilando que nadie se le acerque demasiado—. Pero ¿cómo se te ocurre llamar aquí? ¿Estás chalado?

—Lamento ponerlo en un compromiso, tío, de verdad, pero… Bueno, es que no tengo a nadie más a quien acudir. Necesito que me haga un favor. —Justo en este momento, tía Inés se me queda mirando, creo que el hechizo del baladre está desvaneciéndose, yo le doy la espalda y me encojo intentando ocultar el teléfono con ambas manos—: ¿Podría venir a buscarme a Villa Milagro? Esta misma tarde. Necesito bajar a Berinossent.

—Joder.

—Es importante. Si no, no se lo pediría.

—Mira que yo… —Mi tío resopla—. Anda, majo, que no has cambiado ni un poco, ¿eh? Acabas de llegar y ya me estás buscando un lío. Tú siempre por el interés te quiero, Andrés.

Mi tío Jacobo ríe, y su carcajada es sincera y explosiva, la misma risa de gigante bonachón que yo le recordaba. Me deshincho al escucharlo, se me van seiscientos kilos de tensión, siento un alivio en los hombros —un peso que se evapora— al descubrir que por lo menos uno de mis familiares no se ha pasado todos estos años maldiciendo mi nombre. Pero cuidado, me rebato a mí mismo: si el tío Jacobo descubriera la verdadera razón por la que he vuelto, sería el primero en ponerse en mi contra. Mi tío me quiere porque no sabe quién soy. Me quiere por el niño que fui.

—Pasaré a buscarte después de comer, ¿te viene bien?

—Me viene fetén. Y tío… Solo una cosa más. —Tanteo las palabras con cuidado—. ¿Podría no decirle nada a mi madre? Sobre que le he llamado. Ni a mi madre ni a nadie. Por favor, que no se

enteren en la Casa de Labores. Guárdeme el secreto. Usted ya sabe. Me va el pellejo en ello. Las cosas están un poco… delicadas todavía. ¿Haría eso por mí?

—Sí, claro, sí, lo que tú digas, Moisés —dice el tío Jacobo, aunque a mí me da la impresión de que no ha acabado de escucharme—. Oye, tengo que cortar. Por aquí hay mucho que hacer.

—Le debo una, tío.

—Me debes dos mil —dice antes de colgar, y en su voz vibra una sonrisa.

Bueno, me digo, tan fácil como eso. Mi plan para escapar de Villa Milagro ya está en marcha. Es cierto que el tío Jacobo no ha sido muy concreto con la hora, pero por mucho que se lo tome con calma, entre la hora de comer y la cita de la señora Nissenbaum debería darme tiempo de sobra para salir de Villa Milagro, charlar con mi tío un rato, partirnos la espalda a base de abrazos y buscar el restaurante La Golondrina. A partir de ahí, ya iría todo rodado: recoger el dinero —quince mil maravillosos euros— y escuchar la oferta que tuvieran a bien hacerme para, acto seguido, rechazarla. Lo siento mucho, qué se le va a hacer, tiempo perdido para la señora Nissenbaum y para Antich & Asociados, S. L., dinero fresco para mi bolsillo, *bye, bye*, si te he visto, no me acuerdo. Saldría de La Golondrina —la lógica me dice que el restaurante debe de estar en el paseo marítimo, o cerca al menos— y tomaría un taxi hasta la estación de tren más cercana —Tortosa, seguramente—; de ahí agarraría el primer regional en dirección a Barcelona o a Valencia —tanto me da una cosa como la otra—, buscaría un hostal discreto y mal ventilado en el que alojarme y, al día siguiente, bien temprano, marcharía al aeropuerto y reservaría el primer vuelo disponible. Destino: donde Cristo perdió la boina. Y adiós, muy buenas, Berinossent. Hasta nunca, familia de tarados.

De pronto, me invade la certeza de haberla cagado, de haber agitado el avispero con un palo. No tendría que haber llamado a la Casa de Labores. Ha sido una estupidez. Pero si no puedo confiar en el tío Jacobo, entonces… ¿en quién? La respuesta me resuena en la cabeza: en nadie.

Oigo cómo tía Inés viene hasta mí. Carga como puede con una silla plegable que ha sacado no sé bien de dónde. Despliega la silla

junto a mí y la remueve para asegurarse de que se clava bien en la tierra. Luego saca un pañuelo del bolsillo de su delantal y limpia las tiras de plástico de colores. El pañuelo queda negro de tierra. Tía Inés me hace un gesto para indicarme que la silla es para mí.

—Muchas gracias —le digo mientras me siento.

Ella no responde. Se queda con las manos tras la espalda, bien cerca, siempre a mano por si la necesito, siempre distante para no molestar, y se dedica a contemplar el mar, igual que yo. El viento le arremolina la bata y le desbarata el moño gris. Sé bien que el viento aquí puede ser muy cabrón cuando quiere, pero ahora mismo el sol cae de plano, pica y da calor. Pienso: qué bien me vendría una cerveza ahora mismo. Con gusto cambiaría todo este sol y este azul Mediterráneo por una cerveza bien tirada en un antro lo más ruinoso posible, con la luz más amarilla que pudiera existir, con esa atmósfera de agua turbia que tienen los bares de mala muerte. Pienso: todos los bares de mala muerte se parecen. Eso es algo que he aprendido en mis viajes. No importa si estás en Camerún o en China o en Australia o en Costa Rica. Todos los bares de mala muerte son el mismo bar. Por eso sirven de ancla. Por eso pueden hacer las veces de hogar.

Los clientes de los bares de mala muerte somos todos habitantes del mismo país. Aunque no manejemos el mismo idioma, nunca nos faltará conversación. Y si la ocasión lo requiere, ahí estaremos para ayudarnos. Gente que no tenía donde caerse muerta me ha invitado a media docena de shots o me ha regalado un par de rayas de coca o una mijita de khat o unas caladas de porro, me ha dado a comer un mordisco de su tamal o de su chapati o de su samosa o de su plato de arroz con frijoles, me ha servido de hombro en el que llorar, se ha partido la cara por mí si es que la noche se ponía violenta, me ha ayudado a subir las escaleras que llevaban a su hogar —un cuchitril de mierda en un arrabal de un país tercermundista al azar— y me ha hecho un hueco en el único catre de la casa, junto a su mujer y sus hijos, para que durmiera la mona bien a gusto. Joder, de verdad mataría por una cerveza. O mejor aún, un *whisky* cola. Lo que sea.

A mis espaldas suena un motor. Me giro en la silla de plástico a tiempo de ver cómo la vieja Volkswagen entra en la finca. Zacarías y Nazaret descienden. La niña lleva una mochila decorada con

dibujos de girasoles. Él abre el maletero y descarga una caja llena de verduras. Lo observo y pienso: menudo campeón estás hecho, hermanito. No solo te metes unas guardias maratonianas, sino que, además, te las apañas para hacer los recados y recoger a tu hija del colegio. Si es que siempre fuiste un chaval cumplidor, claro que sí. El niñito bueno y obediente.

Zacarías sujeta la caja, que debe de pesar lo suyo, mientras habla con su hija, que parece enfadada por algo. De pronto, mi hermano levanta la vista y me descubre aquí, mirándolo, sentado frente al acantilado, escoltado por tía Inés, con la cara vendada y la muleta cerca. Me sostiene la mirada un segundo, pero enseguida la rabia le puede, en dos zancadas desaparece en la casa, dejando en el aire la discusión con su hija. A Nazaret no parece sentarle bien que la hayan dejado con la palabra en la boca. Se sienta en el banco que hay en el porche y se abraza las rodillas, enfurruñada. Cuanto más la miro, más me recuerda a su tía Samara.

Tía Inés carraspea. Casi me había olvidado de que estaba allí. Dice:

—Hay gente buena que no sabe lo buena que es.

Y no sé si lo dice por mi hermano, por mí, o si simplemente se le acaba de ocurrir.

De pronto, dos ladridos. Es oírlos y dar yo un salto en mi silla, a punto de salir corriendo sin importarme lo malherido que tengo el pie. Pero, menos mal, los perros no vienen a por mí. Se trata de mi sobrina, que, harta de hacerse la enojada en el porche, corre de un lado para otro, tentando a los dos perrazos entre unas sábanas blancas tendidas al sol. Uno de los perros es el mil leches que me destrozó la muñeca; el otro, un chucho de pelaje oscuro, parecido a una oveja, peludo y muy torpón. Nazaret les tira de las orejas, los patea, corre con los brazos extendidos como un avión; los perros la persiguen, pero cuidan mucho de no alcanzarla. Debo confesar que no tengo ni idea de cuántos años tiene mi sobrina. Se me dan fatal estas cosas. Pero digo yo que unos seis o siete. Me pregunto: ¿la habrán prometido ya con algún primo de la Casa de Labores? ¿Conocerá el sabor de una tarta de manzana comida con las manos? En este momento viene directa hacia mí.

—¿De verdad has estado en Nazaret?, —me pregunta de sopetón.

—Sí —le respondo.

—¡No te creo!

Y se marcha a todo correr, sube a trompicones la escalerita del porche y se va, dejando la puerta abierta. Los perros me miran con fastidio. No saben muy bien qué ha sucedido, pero entienden que, por mi culpa, se terminaron los juegos y los brincos. Aguafiestas, me dicen con su mirada negra.

El sol me da en la espalda y me cosquillea en la nuca. Los minutos pasan deliciosamente. Pienso: ¿cómo me las apañaré para despistar a mi madre y al cabrón de Zacarías cuando el tío Jacobo venga a buscarme? Bueno, me digo, cada cosa a su tiempo. No me he pasado la vida improvisando para comenzar a planear ahora. Planear me da dolor de cabeza. Sobre todo ahora, con la resaca y el pie que no deja de torturarme. Más preguntas: ¿qué haré con los quince mil euros de la señora Nissenbaum? Pues darme la vidorra, al menos durante un par de meses, y luego pues lo mismo: ya se verá. A lo lejos, se distinguen algunas barcas que faenan cerca del puerto de Berinossent. Van en busca de langostinos o pejerreyes. Con la distancia, las barcas se mimetizan con el color del mar, y adquieren, todas ellas, el mismo tono azul oscuro.

—¡Moisés!

Alguien me llama desde la casa, sacándome de mi mundo interior. Asomado a la ventana del piso superior está mi hermano Gabriel. Yo lo saludo moviendo los dedos. Él me grita haciendo bocina con las manos, cosa totalmente innecesaria porque desde donde estoy lo oigo perfectamente:

—¡Eh, Moisés! ¡Me doy una ducha y bajo!

Como respuesta, vuelvo a mover los dedos. Se me había olvidado por completo. Antes, mi madre me pidió que fuese a ver a Gabi al patio porque —eso me dijo, sin especificar nada más— tenía algo importante que contarme. Yo le respondí que ni de coña, que si acaso viniese él a buscarme después de la guardia. Pues bueno, dicho y hecho: Zacarías acaba de darle el relevo a Gabi y, en cualquier momento, mi hermano pequeño vendrá a hacerme compañía y me revelará ese secreto tan y tan importante que no puede aguardar ni un segundo más.

Pienso: me parece bien pasar un poco de tiempo con Gabi antes de escaparme por segunda y definitiva vez de Villa Milagro. A fin

de cuentas, Gabi es mi hermano pequeño y no le deseo ningún mal. Perdón: quería decir que le deseo mucho bien. No, tampoco es exactamente eso lo que quería decir. Vamos a ver: yo quiero a Gabi. Lo digo en serio. O creo que lo quiero, al menos. Debería quererlo, como mínimo. Mierda. Yo qué cojones sé. Gabi era tan pequeño cuando me fui… No tengo ni idea de cuánto recuerda sobre mí. Qué cosas le han podido contar. En realidad, no sé cómo es ahora. Sé cómo era cuando tenía catorce años. Y, aun entonces, tampoco es que lo conociera demasiado, en realidad. Quiero decir que Gabi era… Bueno, Gabi era Gabi. Mi hermano tonto. Si he de ser sincero, nunca lo tomé demasiado en serio. Simplemente, Gabi estaba ahí, y, a veces, madre me ordenaba que me lo llevara a pescar, y él me seguía, obediente, haciendo chocar el cubo contra las rocas de la playa, y, otras veces, yo lo sorprendía por la espalda y lo tumbaba sobre la alfombra y jugábamos a lucha libre, y Gabi se reía con una risa que era mitad hipo mitad gruñidito de cerdo. En otras ocasiones, en la mayoría, lo rehuía y lo trataba con cierto hastío. ¿No es eso lo que hacen los hermanos mayores con los pequeños? Qué puñeteramente lejos me queda todo eso. Como si fuera la vida de otra persona. Es curioso: soy capaz de sellar un pacto de amistad sincero con un desconocido de ojos vidriosos en un bar de mala muerte, pero no tengo ni idea de cómo lidiar con mi hermano pequeño.

Gabi sale de la casa.

—¡Hola!, —me grita.

Yo lo saludo. Cuando está a punto de alcanzarme, parece darse cuenta de algo, se da la vuelta y corre hasta el cobertizo. Vuelve cargando una silla de plástico sobre el hombro. En su origen, debió de lucir un amarillo festivo, casi flúor, pero el tiempo y la intemperie le han dado el tono de un plátano maduro; en el respaldo puede leerse todavía la marca de un refresco: Fanta. Viendo venir a mi hermano, tan grande y tan tosco, con su cojera característica, resulta inevitable pensar en un orangután. Gabi se sienta junto a mí, la silla queda un pelín demasiado cerca del borde del acantilado.

—Me voy a casar —me suelta sin más.

—Pero ¿qué dices?, —respondo.

Gabi se ríe. Me da un puñetazo en el hombro que pretende ser

amistoso y que a mí me desmonta. Siempre tuvo una boca exagerada y, al sonreír como ahora, el rostro se le llena de dientes torcidos, de encías rosadas, de labios mojados. Boca de sapo, así lo llamaba yo. Y él se cruzaba de brazos, y se largaba corriendo a chivarse a madre.

—Me alegra que hayas, que hayas vuelto. Faltabas tú. Ahora será una boda com-completa.

—Para el carro, ¿qué me estás contando, Gabi?

—¿Quieres ser mi padrino?

—Espera, espera.

—Espero —me dice, y su expresión es atenta, servicial. Yo me rasco la cabeza.

—¿De verdad me estás diciendo que te casas?

—El 28 de enero, día de santo Tomás de, santo Tomás de… Un momento. —Gabi coge aire y, con cuidado, silabea—: Día-de-san-to-To-más-de-A-qui-no. —Sonríe, satisfecho de su proeza—. Madre dice que es una fecha ra-ra-rara para una boda. Pero en la Casa de Labo, la Casa de Labores dicen que santo Tomás nos traerá suer-suerte.

—Vaya.

—Estoy muy cansado, ¿sabes? Ahora que padre está enfer-enfermo no damos abasto. Hoy di el rele-relevo a las cinco, las cinco de la mañana. Pero no había mañana. Todavía era noche.

—Me dejas a cuadros, Gabi.

—Ya. Es que no sé, no sé por qué dicen que son las cinco, las cinco de la mañana si son las cinco, las cinco de la noche.

Miro a mi alrededor buscando a alguien que confirme las palabras de mi hermano, que me diga si todo este rollo de la boda es una broma o qué. Pero la única persona que encuentran mis ojos es tía Inés, quien ahora mismo se dedica a pasar las cuentas del rosario. Por lo visto, siempre lo lleva encima. Aquí a mi lado, Gabi es la viva imagen de la felicidad. Me doy cuenta de que se ha mojado el pelo con agua colonia antes de venir a verme, la raya a un lado dibujada con pulcritud. Para él, este es un momento solemne. Creo que hasta se ha cambiado de camisa. Esta se ve demasiado limpia y demasiado blanca para llevar seis horas haciendo guardia. Pero no se ha duchado. Tenía prisa por contarme la buena nueva. Y, además, ducharse no le debe de parecer tan

importante como peinarse y cambiarse de camisa: cuestión de prioridades. Algunas gotas de sudor se le acumulan en el cuello, la traspiración le moja ese bigote suyo siempre incipiente, una sombra perpetuamente adolescente sobre el labio.

—Enhorabuena —me dice.

Tuerzo la boca sin comprender.

—Tú tienes que decir enhorabuena —aclara.

—Enhorabuena, Gabi —le digo, y creo que estoy sonriendo.

—Entonces ¿quieres ser, quieres ser mi padrino?

Sí, no me cabe duda: estoy sonriendo. Por primera vez desde que he llegado a Villa Milagro he dado forma a una sonrisa genuina. A fin de cuentas, esta es la reacción que Gabi espera, ¿no? Una buena y amplia sonrisa de parte de su hermano mayor. Y, además, está lo que he dicho antes: Gabi es mi hermano y yo le quiero y le deseo mucho bien y etcétera. Así que sonrío, sonrío de un modo sincero, aunque lo cierto es que en el fondo lo lamento de veras por la prima de la Casa de Labores a la que le haya caído en suerte el papelón de casarse con Gabi, el niño tonto de Villa Milagro. Porque, vamos, cómo dudarlo: si Gabi se casa es porque ha habido arreglo entre mi madre y la abuela Galilea. Perdón, me corrijo: es imposible que la abuela Galilea siga viva, o sea que el trato será entre mi madre y quien sea que maneje ahora el cotarro en la Casa de Labores —tal vez la abuela Belén, tal vez la abuela Talita, seguramente la abuela Talita—. Pero, en fin. Es que así han sido siempre las cosas. Los Miralles de Villa Milagro se casan con los Miralles de la Casa de Labores, y así es como la sangre de los ángeles se mantiene pura. No sé por qué llegué a pensar que con Gabi se haría una excepción. Lo verdaderamente sorprendente, supongo, es que no tenga ya dos churumbeles a su cargo, igual que Zacarías. De pronto, me asalta un presentimiento.

—Disculpa, Gabi, ¿y se puede saber quién es la afortunada?

—Claro que sí. —Gabriel hincha el pecho, los ojos le brillan como los focos de un estadio de fútbol—. Me caso con la prima Samara. Qué suerte la mía, ¿verdad?

Gabriel sigue hablando, contándome más y más detalles acerca de la boda, pero yo lo escucho como a través de una pared. Por lo visto, santo Tomás de Aquino fue un santo muy sabio y muy leído que escribió muchos libros y tratados y doctrinas y, sin duda, o eso

dicen los Mayores de la Casa de Labores, casarse en su día traerá suerte al nuevo matrimonio, unos hijos listos y doctos. Eso me cuenta mi hermano, y, mientras habla, me dedico a mirar el mar. Me agobia, de pronto, tanto mar. No se acaba nunca, tanto mar. No se detiene, tampoco. Siempre lanzando sus olas, recogiendo sus olas, lamiendo la orilla de La Caleta, resonando en el roquedal y vuelta a empezar otra vez.

Alguien nos llama desde el porche. Por lo visto, la comida está lista.

10. La Cala del Señorito

Samara y yo nos escapábamos siempre que podíamos a la Cala del Señorito. Lo cierto es que no tengo ni idea de por qué bautizaron con un nombre tan pomposo a ese pedazo de costa, si nunca hubo, que yo sepa, ningún marqués por la zona, ni ningún palacio de verano; no era ese un lugar de aguas cristalinas, ni disfrutaba de un paisaje aristocrático, que digamos. Lo único bueno que tenía la Cala del Señorito era, precisamente, que era un poco mierda. Los turistas la evitaban porque no era un buen sitio para nadar —por alguna razón en sus aguas se acumulaban todas las algas de bajura de la región— y los lugareños la evitaban porque no era un buen sitio para pescar —en sus rocas no se escondían ni mejillones ni cangrejos, no era un buen rendidor de corvinas, si tirabas el anzuelo solo sacabas bolsas de plástico y algas—: para lo único que servía la Cala del Señorito era para esconderse y magrearse a gusto.

Después del instituto, y siempre que no estuviera castigado —toda la juventud me la pasé tejiendo una bronca tras otra— o no me tocase hacer guardia frente al manzano —comencé muy joven, más de lo que me habría correspondido, a cumplir con las estrictas vigilancias en el patio—, y siempre y cuando, además, coincidiera con que Samara no tuviera que echar una mano en el taller de la Casa de Labores, a veces, ya digo, nos subíamos los dos a mi Vespino Delta del 88 y nos escapábamos del mundo. Parábamos en la gasolinera que hay a la salida de Berinossent y comprábamos unas cervezas y unas Ruffles. Seguíamos la carretera general y, antes de llegar a la Senda Grande, tomábamos un desvío. A media tarde, llegábamos a la Cala del Señorito.

En invierno, nos protegíamos del viento buscando el amparo que daban unas rocas con forma de tetera gigante. En verano, nos tumbábamos, mal que bien, sobre las piedras puñeteras de la cala. Cuando nos levantábamos, llevábamos el cuerpo plagado de marcas diminutas, piedrecitas saladas prendidas a la piel de la cintura. Cada piedrecita pegada en la piel representaba un achuchón, un secreto al oído, un beso con lengua, una caricia.

Yo le decía:

—Samara, pero qué buena estás.

Y ella me decía:

—Pues claro, ¿qué te crees?

A veces juntábamos mucho los rostros, hasta aplastar con la nariz la nariz del otro, y entonces uno de los dos decía:

—Tienes un ojo.

Recuerdo un día que nos dedicamos a hacer aviones de papel arrancando las hojas de un libro de la eso —ahora mismo no recuerdo cuál, el cuaderno de Matemáticas tal vez, o el de Geografía o el de Lengua—. Los aviones quedaban suspendidos en el aire un par de segundos y luego caían al mar.

Recuerdo un día que perdimos la china de hachís. La buscamos durante horas. Imposible encontrarla entre tanta piedrecita marrón.

Recuerdo un día que me derrumbé en sus brazos y lloré toda la frustración que acarreaba: las horas perdidas amaestrando perros, las tardes mudas frente al manzano, la mirada de incomprensión de mi padre, sus manos grandes y las mías pequeñas; lloraba, pero no era capaz de ponerle palabras a mis sentimientos; lloraba y me odiaba por estar llorando.

En una ocasión, era finales de agosto, devolvimos al agua a un pez que boqueaba en la orilla.

Tantas horas dedicamos a escuchar en bucle el «Jesucristo García» de Extremoduro. Los dos compartiendo los auriculares del discman, cantando a voz en grito esos versos blasfemos y gloriosos:

¿Cuánto más
necesito para ser Dios, Dios, Dios?
¿Cuánto más
necesito convencer?

Una mañana, durante el verano de mis quince años, en esa misma playa, Samara se quitó la camiseta y me descubrió su sostén. Se le marcaban los pezones, los recuerdo muy bien, pequeños y puntiagudos pezones de treceañera. La tela del sujetador era del mismo color que la piel. Y yo, que era un cretino y un chulo y un crío y estaba cagado, acerqué un dedo y fingí que llamaba a un telefonillo:

—Dindón.

—¿Quién es?

—El cartero. Traigo una carta para Samara Miralles. ¿Quiere que se la suba?

—Uy, no, déjela en el buzón.

—Puedo subírsela ahora mismo, señorita.

—Nada, nada, mejor déjela en el buzón, y ya subirá si eso otro día.

Hay una palabra en valenciano que define a la perfección ese tonteo adolescente: festejar. Porque a esa edad cualquier instante con la persona amada es una fiesta.

Lo que a mí más me gustaba de Samara eran sus ojos. Un poco curvados. Un poco tristes. Ojos de lacrimal largo como los de Jennifer Connelly. En una ocasión, ella se empeñó en que fuésemos al cine, estaba emperrada en que yo viese una película como Dios manda —mi única oportunidad de ver algo de tele era cuando mis hermanos y yo íbamos de visita a la Casa de Labores, y, aun así, mis tíos aprovechaban cualquier excusa para apagar el televisor; era como si se sintieran culpables de estar pervirtiendo a los niños de Villa Milagro con los vicios de Occidente—. Como en Berinossent no había sala de cine, Samara y yo cogimos un autobús sin que nadie se enterase y fuimos a Vinaròs, la capital de comarca más cercana. Una vez allí, tardamos como media hora en orientarnos y encontrar por fin ese cine moribundo, que claramente había vivido tiempos mejores; recuerdo todavía su nombre: J. J. Cinema. No sabíamos ni qué película íbamos a ver. La que estuviera en cartelera y ya está. Resultó ser una reposición de Réquiem por un sueño. Yo quedé totalmente desorientado por el montaje frenético de la cinta y por su música chirriante. Me pareció un absoluto horror. Sin embargo, la actriz se me antojó guapísima. Al salir, busqué su nombre en el cartel.

—Tienes los ojos de lacrimal largo —le dije a Samara—. Como los de Jennifer Connelly.

Una constante en nuestros juegos era imaginar dónde iríamos cuando nos escapáramos juntos. Porque íbamos a escaparnos, claro que sí. Nuestra idea del mundo era limitada por aquel entonces, y las propuestas que hacíamos, no muy originales: París, Venecia, Nueva York y poco más. No nos importaba tanto el destino como el hecho de largarnos bien lejos. Samara soñaba con dejar atrás el taller de la Casa de Labores y yo no dejaba de repetir lo

insoportable que era montar guardia frente al manzano, un día tras otro, inacabablemente.

—¿Adónde te gustaría que nos escapáramos?, —le preguntaba.

—A Marruecos. Allí fumaríamos hachís de primera y tú irías todo el día en bata, con el rabo al fresco.

El cabello de Samara era abundante y rizado. Negro como un agujero.

Es verdad, no pasa nada por reconocerlo, hubo ocasiones a lo largo de estos años en las que me sorprendí echándola de menos. Cuando aterrizaba en un nuevo país y todavía no conocía los rudimentos del lenguaje, ni a cuánto estaba el cambio del dólar, ni cuáles eran los barrios buenos para pillar, y todo era volver a empezar, hacerme un hueco, asimilar una nueva realidad desde cero; en esos momentos la echaba de menos. A veces, pensé incluso en mandarle una postal. Solo eso. Sin remite. Tan solo una postal desde donde fuera: Rumanía, Manaos, Filipinas, Johannesburgo. Pero al final, siempre acababa echándome atrás. ¿Para qué?, me preguntaba. ¿Qué sentido tenía a esas alturas?

—Samara, bonita, ¿adónde te gustaría que nos escapáramos?

—A Birmania, que tiene nombre de chocolatina.

Samara y yo nunca llegamos a pasar a mayores. Parece mentira, con lo salido que yo estaba por aquella época, y con lo machito que me creía que era, y con la de años que estuvimos juntos, venga a buscarnos, a sobarnos el culo, a lamernos el cuello como posesos. Ella me frenaba si intentaba meterle los dedos bajo las bragas, y yo —aunque nunca lo habría reconocido delante de mis primos— en el fondo lo agradecía. El mero hecho de rozar el vello de su pubis me llenaba de desasosiego. Y es que en mi familia follar era sinónimo de tener hijos. Y tener hijos significaba cerrar con un sello el contrato de por vida con el manzano. A mí me aterraba pensar en hacerle un bombo a Samara. Por supuesto, sabía de las ventajas de los anticonceptivos, pero ni el preservativo más seguro ofrece una efectividad del cien por cien… Y, además, mi miedo no era racional: era visceral. Samara preñada, un bebé con mi cara, mi culo pegado a la mecedora del patio hasta el fin de mis días. Por si eso fuera poco, y como buenos retrógrados que eran, en mi familia lo de fornicar antes del matrimonio era una deshonra para la novia; así que dos pájaros de un tiro: salvaguardaba la buena fama de mi

prima y, al mismo tiempo, me ahorraba tener pesadillas con biberones y chupetes. No perdí la virginidad hasta varios años después de escapar de Villa Milagro, cuando ya era todo un mocetón de veintipico. Fue con una canadiense borracha, en un hotelucho de Ho Chi Minh. La canadiense no se parecía en nada a Samara.

Recuerdo que, una tarde de marzo, pocos meses antes de mi huida, le propuse a mi prima que nos acercáramos a la Cala del Señorito.

—Así estamos los dos a solas un rato —le dije picarón.

Ella protestó y dijo que, si lo que quería era intimidad para magrearnos, por qué no nos escondíamos en un bar del extrarradio o en el reservado de Recreativos Llorens, que allí por lo menos había calefacción, se podía uno sentar a gusto, echar una partidita al billar, escapar del invierno. Lo cierto es que, con la edad, cada vez fuimos necesitando menos el refugio de la Cala del Señorito. Nuestro noviazgo devino en formal y nuestro destino en inamovible: boda oficial en la iglesia arciprestal de Berinossent y boda de verdad en el patio, besando las raíces del manzano antes de unir nuestros labios. Yo acababa de cumplir diecinueve y ya hacía tiempo que actuaba como Guardián con todas las letras. Ella tenía diecisiete, y poco a poco se había ido ganando un codiciado puesto en el mostrador de la verdulería de la Casa de Labores —desde luego, trabajar en la verdulería era muchísimo mejor que deslomarse en el taller—. En cuanto Samara cumpliese los dieciocho, la familia nos casaría por todo lo alto. Seguramente, el mismo día del cumpleaños nos anunciarían la fecha del enlace.

—¿Con este frío quieres ir a la cala?, —dijo Samara—. De verdad que tienes unas cosas…

Al final, terminó por concederme el capricho. Nos escondimos tras las rocas con forma de tetera gigante. Aquella tarde de noviembre, Samara llevaba un anorak que le venía dos tallas grandes. Cuando recogía el canuto que yo le pasaba, de la manga de su abrigo surgían dos deditos como dos regalices. Fumaba cambiando el peso del cuerpo de un pie a otro. Me armé de valor y le confesé que la noche anterior me había sorprendido a mí mismo preparando la mochila, la mano en el picaporte de la puerta de mi habitación, listo para huir a cualquier parte. Le pregunté, como

tantas otras veces:

—¿Adónde te gustaría que nos escapáramos?

Samara me acarició la mejilla y me miró a los ojos. Me dijo:

—Moisés, ¿no te cansas de decir siempre las mismas tonterías?

De verdad que no entiendo por qué a la Cala del Señorito la llaman así. A veces parece que a la gente le gusta nombrar a las cosas solo para despistar, para tocar los huevos y punto.

11. Un Fiat Punto como una mandarina

Toda la familia sorbemos al unísono las conchas de los caracoles que acompañan al guiso de conejo. Buscamos a la vez ese caldillo concentrado y exquisito que el bicho guarda en su interior. Es un sonido desagradable el que producimos, un sorber primitivo, como el de monos chupando el tuétano de unos huesos. Y no es que en mi familia seamos unos maleducados, no, qué va, que bien se esmeró mi madre en enseñarnos a comer con la espalda recta y mastica con cuidado y boca cerrada para que no entren moscas. Pero, en el fondo, somos gente de campo y damos por sentado que ciertas comidas deben disfrutarse sin complejos. A mí, el modo en que mi familia se encoge sobre el plato, los codos en alto y la pata de conejo entre las manos, me recuerda al gesto que hacen los conductores de rickshaw en Kandy, la ciudad sagrada de Sri Lanka, para proteger su plato de *curry* de los monos. En este instante me chupo los dedos después de hurgar los caracoles con el palillo. Gotitas doradas prendidas a mi barba. Qué bien sabe ser un poco neandertal.

No hay ni pizca de conversación, solo sorbidos. Incluso Esther, que ha mostrado abiertamente su hostilidad al ver cómo me sentaba en la mesa, ahora calla y come. La pequeña Nazaret es la que mejor parece estar pasándoselo; sostiene el palillo frente a sus ojos y contempla la carne gomosa del caracol, lo pone a contraluz y lo aplasta entre el dedo índice y el pulgar. Mi madre, su abuela, levanta la cabeza y dice:

—Niña, come. Las payasadas, para los payasos.

Y otra vez: sorbidos y silencio. Por las dos ventanas de la cocina entra una luz que parece miel. Se derrama sobre la encimera y convierte la loza de los platos en oro macizo. En medio de la mesa hay una botella de vino. Tengo la impresión de ser el único que bebe de ella. Otro vaso más. Y otro. A mi salud. Chin, chin.

Justo enfrente de mí, tía Inés me observa mientras deja un caparazón vacío en la bandeja central. Estos caracoles los recogimos tú y yo el día que llegaste, parecen decirme sus ojos. Si el resto come es porque nosotros se lo permitimos. Porque somos generosos.

Pero, en el fondo, esos caracoles nos pertenecen, y, de quererlo, podríamos llevarnos la cazuela a un rincón y obligarlos a mirar mientras comemos. Alzo la pata de conejo y le devuelvo la mirada, como dándole la razón. Tía Inés me sonríe con los labios brillantes de salsa.

Pienso: en un rato, el tío Jacobo vendrá a buscarme. En una hora, hora y media como mucho, estará aquí y yo me subiré a su coche —tendré que ser rápido, más me vale estar atento—, le rogaré que acelere y que no mire atrás —písale, tío, por tu vida, o mejor dicho: por mi vida, písale—, lo convenceré para que desoiga los gritos de mi madre —no sé cómo, pero así será—, dejaré atrás la alquería —adiós, *goodbye, arrivederci, tschüss, namaste, sayonara, kwaheri*— y, con suerte, ya no volveré a pisarla jamás. Con suerte, me digo, nunca volveré a disfrutar de un guiso como este. Con suerte, no volveré a sentir la luz de miel de la cocina calentándome la nuca. Con suerte, no volveré a ver a mi familia. A Gabi. A tía Inés. A mi madre. A Zacarías, incluso. A mi padre. A mi padre moribundo, con suerte, nunca. Con suerte, jamás. Sí, eso es: con suerte. Y me convenzo: suerte es no tener hogar. Suerte es no tener cerca a los míos. Suerte es no tener míos. Suerte es no poseer nada excepto el polvo del camino.

Después de mucho sorber y masticar, por fin damos cuenta del conejo y de los caracoles. Yo me sirvo otro vaso de vino. Gabriel se levanta para sacar un melón de la nevera.

—Es el último de la temporada —advierte mi madre—. Igual está un poco desaborido.

Gabriel me sirve una tajada de melón con forma de luna menguante. Yo le quito la corteza con el cuchillo. Al forzar el movimiento, la muñeca me duele. Mi prima Esther me observa trabajar mientras, con una mano, a ciegas, sostiene al bebé, que parece empeñado en saltar de su trona. Judith, el bebé se llama Judith. He escuchado cómo la llamaban al sentarse a la mesa y he pensado: Judith y Nazaret, por lo menos este regreso mío me habrá servido para conocer el nombre de mis dos sobrinas. De tanto mirarme, a Esther los ojos se le salen de las órbitas y, desde donde estoy, puedo ver cómo se va poniendo roja. Eso son los reproches no dichos, pienso, que le estallan y se le multiplican en el interior del cráneo como palomitas de maíz. Ay, hija, suéltalo, anda, que vas

a explotar.

—Míralo, al señorito, a cuerpo de rey —dice, por fin, colorada de desprecio—. El marajá de Villa Milagro. Así es como lo vamos a llamar a partir de ahora. El marajá de Villa Milagro. —Y volviéndose hacia mi madre—: Entonces ¿se puede saber cuál es el plan, Raquel? ¿De verdad Moisecito va a seguir viviendo aquí como si tal cosa? Se me llena la boca de mierda al verlo sentado a esta mesa.

—Esther, cállate un poquito, anda —gruñe mi madre.

—Has dicho mierda, mamá —dice Nazaret.

—Igual en la Casa de Labores deberían saber en qué se gasta su dinero. —Esther habla modulando ese retintín suyo, sabe cómo hacer para que cada palabra resulte ofensiva de un modo especial —. En alimentar a traidores. En eso se gasta el dinero de la Casa de Labores. —Y repite, con evidente satisfacción por su hallazgo—: El marajá de Villa Milagro.

Mi madre finge estar ocupada cortando diminutas tajaditas de melón que deposita en el cuenco de plástico de Judith. Se limita a decir:

—Donde comen dos, comen tres.

—Y también beben, ¿no?, —corta mi prima—. Porque se pimpla el tinto que da gusto.

Esther sigue hablando y yo me esfuerzo por abstraerme de su voz. Sin querer, me vienen a la cabeza los rostros amontonados de mis parientes de la Casa de Labores, y pienso que estoy a punto de marcharme sin siquiera hacerles un corte de mangas a modo de despedida. Tan cerca y tan lejos. Igual, cuando el tío Jacobo venga a buscarme, podría aprovechar para asomarme un segundo a la bocacalle de la plaza de la Mercè y echarle un vistazo al deteriorado edificio donde se levanta el taller, aunque sea de lejos. No entiendo por qué me asalta este deseo. Ver de lejos la Casa de Labores y hacer un gesto —fuck you— antes de seguir mi camino. Pero no. ¿A quién se le ocurre? Es demasiado peligroso. ¿Y si, por lo que sea, me tropiezo con alguno de mis primos o de mis tíos o de mis sobrinos? Imposible salir vivo de esa. Pienso: en este preciso instante, en la Casa de Labores, mi retorno —el retorno del primogénito de Villa Milagro— es un tema tabú y también omnipresente, como una colonia de murciélagos colgados del techo.

Mis primos andarán trabajando en el taller o fumigando los campos de naranjos o vareando almendros, y, entre dientes, mascullarán mi nombre, y seguramente lo decorarán con un insulto o un escupitajo.

Junto al fregadero, Gabriel está preparando una gigantesca cafetera italiana, parecida a un cohete espacial. En el proceso ha derramado la mitad del café molido. No se le ocurre mejor momento para anunciar:

—Moisés va a ser, Moisés va a ser mi padrino.

Mi prima levanta los brazos para remarcar su indignación.

—¡Lo que faltaba! Ahora a la boda se va a venir este desgraciado. Menudas ideas de bombero te gastas, Gabi. ¿Y Samara? ¿Te has preguntado qué opinará ella al respecto? ¡Igual lo echa a patadas de la iglesia! ¡Ja!

No lo puedo evitar: hasta ahora me las estaba apañando bastante bien —más o menos— para ignorar las pullas de Esther, pero es escuchar el nombre de Samara —y de rebote, su futura boda con Gabi— y un dolorcito agudo se me instala detrás del ojo izquierdo, como un escarabajo que me escarbase por dentro.

—Es mi, mi boda, no la tu, no la tuya. —Gabi se defiende sin fuerzas. Pobre, ha bastado una réplica de mi prima para que se volviera del tamaño de un dedal.

—Entonces ¿ya es oficial? —Esther se ha olvidado de Gabi y vuelve a atosigar a mi madre—. ¿Moisés regresa con el rabo entre las piernas después de quince años de escamoteos y desprecios y nosotros lo aceptamos de nuevo sin más hostias? Ay, pobrecito, qué mal lo ha debido de pasar, bienvenido a la familia otra vez, siéntate y ponte una copita del vino bueno, anda.

Cada vez que habla, mi prima se agita entera y el turbante de su cabeza se menea también. Creo que lleva puesto el mismo conjunto que vestía la noche que llegué, y que llevaba también ayer, la misma bata de estilo árabe plagadita de colores y lamparones. Pienso: axilas empapadas y peludas ahí debajo. ¿En qué momento, me pregunto, comenzó Esther a abandonarse de esa manera? Con lo coqueta que era de niña. La miro hastiado, poniendo todo mi empeño en demostrarle con esa mirada que su opinión me resbala. Al mismo tiempo, pongo también todo mi empeño en convencerme de que eso es verdad: que ni la opinión de mi prima, ni, ya puestos, la de ninguno de mis parientes, me importa un pedo de mona. Pero

¿es eso cierto? Porque, ahora mismo, el escarabajo que me mordía detrás del ojo ha ido excavándome el cráneo, descendiendo silencioso hasta instalarse en medio de mi garganta: sentimiento extraño que toma la forma de una carraspera. Pero ¿de dónde me nace esta incomodidad? Sobre todo de mi sobrina Nazaret. La niña me mira y luego contempla a su madre. ¿Qué ideas pasarán por su cabecita? Esther sigue erre que erre:

—¿Os dais cuenta de que estamos creando un precedente horroroso? ¿Y si mañana apareciera mi hermano Lázaro? Entonces ¿qué? ¿También lo sentaríamos a comer caracoles?

—Eso es diferente —responde mi madre.

—¿Por qué, a ver? ¿Porque Lázaro era de la Casa de Labores? ¿Por eso es diferente?

—Lázaro robó una manzana. Se lo juzgó. Se lo exilió.

—Y este desgraciado se fugó en medio de una guardia. —Más que hablar, Esther muerde las palabras—. Además, ¿cómo sabemos que no robó una manzana él también, a ver, si no lo vigilaba nadie? ¿Cómo sabemos que no se trajo a un rebaño de furcias y las puso a comer manzanas?

—Porque el mundo sigue girando —ataja mi madre, y escupe un par de pepitas en el plato.

Mi prima insiste:

—Moisés tenía la más alta responsabilidad y defraudó a Dios del modo más horroroso. ¡Debería aguardarle un escarmiento descomunal, acorde con su pecado! —Esther tumba sin querer un vaso de gaseosa, el líquido se expande lento sobre el mantel de hule, las burbujas petardean—. Y ¿qué hay de Zacarías? ¿En qué posición deja esto a su otro hijo, Raquel? Él, que no ha dejado de esforzarse ni un solo día. ¿Le parece justo?

Yo me levanto. Estoy hasta los huevos de escucharla. Siento cómo sus palabras me van hirviendo en la cabeza y eso es exactamente lo que no quiero. Cabrearme. ¿Qué gano a estas alturas con ello?

—Qué pesada eres, prima —digo, agarrando la muleta.

—Eso, huye, que se te da bien —apostilla Esther.

Salgo de la cocina maldiciendo mi cojera y esta lentitud idiota que me arrebata cualquier ápice de dignidad. Me dirijo al salón porque, total, a algún sitio tengo que dirigirme, y me espatarro en

el viejo sofá forrado de raso rojo. Sigue siendo tan incómodo como hace quince años.

Es entonces cuando me miro la mano izquierda y descubro que está temblando. Curiosamente, la mano derecha no tiembla: esa sigue firme y fuerte, pero la izquierda es purito temblor. Contemplo esos dedos tiritones y pienso que así es como me siento: la mitad de mí, temblando de culpabilidad y vergüenza; la otra mitad, un compendio de desprecio y frío interés. A través del gran ventanal del salón se disfruta de una vista excelente del sendero de cipreses que lleva a la entrada de la finca. Pienso: en cualquier momento el coche del tío Jacobo aparecerá por la Senda Grande y todo esto habrá acabado. Mi mano izquierda no deja de temblar. De modo que, para controlarme, muerdo la carne mullida que rodea la base del pulgar. Aprieto fuerte. Sin duda, esto dejará un moratón.

Mientras intento serenarme, los ojos se me van, es inevitable, a la pared principal del salón. Allí, entre mesas camilla y sillones orejeros, se exhiben los retratos que mi familia ha ido acumulando a lo largo de generaciones. Debe de haber, no sé, más de cien fotografías, tal vez doscientas; en fin, un porrón: son tantas que apenas caben. Hay fotos en blanco y negro y en sepia y en color, hay dibujos a carboncillo que a saber de cuándo datan. El retrato más antiguo, se supone, es una pintura del siglo xvii o por ahí que mide más de un metro de largo y otro tanto de ancho. En el cuadro aparecen tres de mis antepasados ataviados al estilo de Curro Jiménez, con trabuco incluido, sacando pecho bajo el manzano. El dibujo es agresivo y con mucho claroscuro, goyesco podría decirse, aunque no es que yo sea ningún experto en Goya ni mucho menos. Pero parece el tipo de dibujo que uno relacionaría con Goya. O con la época de Goya, quizás. O yo qué cojones sé.

Junto al hueco de la chimenea, en la parte más baja, rozando el zócalo, destacan tres fotografías aisladas del resto. No, aisladas no: marginadas. Es el rincón de los traidores. Para dejar patente su desprecio, mi familia ha colgado las tres fotografías boca abajo. Los retratados, en estricto orden temporal de traición, son: el bisabuelo Miguel, el primo Lázaro, yo.

Mi madre aparece en la puerta. Trae un botiquín de latón en la mano.

—Habrá que revisar esas heridas, digo yo.

—¿En serio?, —protesto, mientras con la mano derecha oculto la mano izquierda, la débil, la que todavía siente remordimientos, la que ahora mismo muestra un dibujo de dientes de tono violáceo junto al pulgar.

Mi madre aprovecha mi confusión —estoy cabreado con Esther y conmigo mismo por cabrearme con Esther—, y, antes de que me dé cuenta, me está deshaciendo las vendas de la cara. Es imposible llevarle la contraria, más me vale no resistirme o acabaré haciéndome daño. Además, pienso, no tiene sentido desperdiciar los últimos minutos con ella poniendo malas caras. De modo que me dejo hacer.

—No te quejes. El agua oxigenada te hace bien. Ya sabes lo que dicen: cuando escuece, cura; cuando pica, madura. Xiquet, xiquet, qué mala pinta tiene este tobillo. Seguro que has dormido recostado sobre este lado. Burro, más que burro. A ver ahora la nariz. No te la toques. He dicho que no te la toques. La nariz va mucho mejor. Vamos a cambiar la gasa. Menudo golpe te llevaste, ¿eh? Pon la cabeza así. Sujeta esto. Y esa barba, a ver, ¿no te la piensas afeitar?

El botiquín se cierra y mi madre se queda sentadita a mi lado, como siempre, demasiado cerca. Puedo notar los huesos de su cadera contra la mía, huesos puntiagudos y redondos, como clavarse en la piel el borde de un plato. Pasa el delantal por el cristal de la mesita de centro, limpiando una mancha que solo ella puede ver. Sin mirarme a la cara, dice:

—Ya no fumas.

—¿Cómo?

—Que ya no fumas. Antes fumabas. Siempre a escondidas, pero ¿qué te crees, que no me daba cuenta? Esta mañana, cuando has salido a pasear por la finca, he pensado: seguro que ahora se fuma un cigarrito. Eso he pensado: en algún sitio debe de haberse escondido un cigarro y ahora va a darle al humo. Pero no traías tabaco, y es que ya no fumas.

—Lo dejé hace años —digo, y le busco los ojos, pero mi madre sigue con la vista fija en la mesa de cristal.

Con gestos rápidos, va cambiando ligeramente de lugar el cenicero de mármol, el centro de flores, la figurita de un pequeño Cristo en su cuna, una cajita de marfil que guarda el primer diente de leche de todos los bebés de Villa Milagro. Dice:

—Tu hermana Ruth ha intentado dejar de fumar, yo qué sé, como cien veces. Durante unos meses incluso estuvo usando parches de nicotina. Le asomaban los parches por debajo de la manga de la camiseta, uno en cada brazo. Pero no había manera, ella seguía encendiéndose un pitillo tras otro. Entrar en su casa es como entrar en un cenicero. Ya os lo decía vuestro padre: eso no es un vicio, es una cárcel.

Mi madre nombra a Ruth y yo me siento un poco mal por lo poco que me he permitido pensar en ella. Pienso: es una pena que al final no pueda volver a ver a mi hermana. Y enseguida me doy cuenta de lo absurdo de ese pensamiento: si la señora Nissenbaum no me hubiera atraído con promesas de dinero en efectivo, yo jamás habría vuelto a Villa Milagro y jamás habría pensado en volver a ver a Ruth. Pero ahora que estoy aquí y que ya he visto al resto de la familia, me parece, yo qué sé, de mal gusto esfumarme de nuevo sin haberle dicho siquiera hola muy buenas cómo te ha tratado la vida espero que bien. Ruth siempre fue atenta conmigo. Tal vez algo distante, sí, pero ¿qué hermana mayor no lo es? Mi madre aprovecha que he bajado la guardia y me suelta:

—Esta mañana no has entrado a ver a tu padre.

Ahí están de nuevo: los ojos de mi madre, dos bolitas negras y chiquitas, clavándose en los míos igual que dos alfileres. Me defiendo:

—Pensé que estaría dormido y no quise molestar.

—No mientas. Tu padre estaba despierto. La puerta estaba abierta y era fácil ver que estaba despierto. Pero tú pasaste de largo sin decirle nada. —Yo alucino. ¿Cómo sabe todo eso mi madre? ¿Es que las litografías que cuelgan del pasillo se lo han chivado?—. Moisés, lo primero que hizo tu padre al despertarse esta mañana fue preguntar por ti. Y tú vas y pasas frente a su puerta y ni te dignas a darle los buenos días.

En mi cabeza, visualizo el momento al que mi madre se refiere: esta mañana, de camino a las escaleras, pasé por delante de la habitación principal. Efectivamente, la puerta estaba entreabierta. Efectivamente, mi padre estaba despierto. Su cuerpo marchito abombaba las sábanas imperceptiblemente y el blanco de sus ojos destacaba en la penumbra. Pude oírlo murmurar:

—El diablo viene.

Y, enseguida, otra vez:

—El diablo viene.

Me obligué a seguir adelante, a pesar de que el olor a enfermedad me agarró de las fosas nasales, tirando de mí hacia atrás igual que un anzuelo tira de un pez. O igual no era el olor lo que tiraba de mí. Igual era la culpabilidad. En todo caso: seguí adelante.

—Madre —farfullo—. Ahora no. Luego, por favor. Ya hablaremos luego. —Y lo digo sabiendo que no habrá un luego.

Mi madre calla. Por un segundo, incluso tengo la esperanza de que de verdad vaya a darme una tregua. Después estira el cuello para consultar el reloj de pared del salón.

—Bueno, habrá que moverse. —Se pone en pie tras palmearse las rodillas—. Tu tío Jacobo no tardará.

La miro pestañeando e intento disimular mi sorpresa. Un escalofrío me recorre la espalda, como si la piel se me erizase para dentro.

—¿O qué te creías?, —me espeta, y baja la voz como temerosa de que el resto de la familia pueda oírnos—. ¿Que Jacobo no me iba a poner al tanto de tus intenciones? Me llamó nada más colgarte. Dijo que llegaría más o menos a esta hora. Y también que cogieras una chaqueta, que luego en el pueblo refresca.

—Pero…

—Venga, aúpa.

—Madre…

—No querrás hacerle esperar.

—Solo… Solo quería bajar a pasear por Berinossent… Nada más. —Me escucho hablar y siento que ya he repetido estas mismas palabras, u otras parecidas, un millón de veces, en mi infancia, en mi adolescencia, en mi temprana juventud, en mis sueños. ¿Cómo he podido ser tan ingenuo? Mi madre tiene ojos y orejas en cada rincón de Villa Milagro—. Es que… ¿Usted ha oído qué cosas me dice Esther? Ganas me dan de aventarle una hostia. Necesito poner algo de distancia. Respirar. Seguro que lo entiende.

Con mucha calma, procurando controlarse, mi madre se alisa el delantal. Luego, muy bajito y vocalizando bien, dejando un espacio y un tiempo para cada palabra, me dice:

—Moisés, hijo, escúchame: a mí me la trae al pairo lo que

quieras hacer en Berinossent. Ya descubriremos a su debido tiempo en qué consiste ese complicado y bobo plan que andas tramando. Pero una cosa te digo: si quieres seguir durmiendo aquí, comiendo aquí, si quieres que Zacarías y tus primos no se pongan nerviositos, entonces vas a tener que pasar a mostrarle tus respetos a la abuela Galilea.

—Madre… —digo, pero me interrumpo al darme cuenta de lo que realmente significan las palabras de mi madre: la abuela Galilea sigue viva.

Imposible, pienso.

Y se me aparece, fantasmal, el recuerdo de la tarta sembrada de velas, el día que la abuela cumplió cien años. Ese día yo era solo un crío. Tendría siete años como mucho. Quizá menos. Me abruma intentar calcular la edad que puede tener ahora. En cualquier caso, nadie vive tanto tiempo.

—Arriba —dice mi madre.

Me agarra del brazo y tira de mí. No me resisto y dejo que me levante del sofá. Es como si estuviese hipnotizado: todavía sigo pensando en la abuela Galilea, en la imposibilidad de que siga respirando, en lo rápidamente que se han torcido las cosas para mí. Con una mano, uso la muleta para ayudarme a andar, con la otra, me sujeto del antebrazo de mi madre, que me acompaña —me escolta— muy pegadita a mí. Cuando pasamos por delante de la cancela del patio no puedo evitar echar un vistazo: Zacarías está allí, de pie y de perfil; con un ojo vigila el manzano, y con el otro, a mí. La espalda recta y la escopeta firmemente apretada contra el pecho, a sus pies varios perros me muestran los dientes como si llevaran un rato esperando para verme pasar. Apenas dejamos el patio atrás, me fallan las piernas y estoy a un tris de caerme.

—No voy a ir —digo muy bajito.

—Calla. —Mi madre tira de mí, obligándome a andar.

—No —insisto, ya sin fuerzas.

Y en mi cabeza completo las palabras que no digo: no, por favor, ahora no, no cuando estaba tan cerca, no, no, no. Pienso: a las cuatro y media he quedado con la señora Nissenbaum. Solo tengo que acudir puntual, fingir que escucho lo que tenga a bien decirme, recoger el dinero y largarme con viento fresco. Es un plan sencillo. No me lo compliques, madre, te lo suplico. Y sobre todo: no me

obligues a enfrentarme al resto de la familia. Somos numerosos, los Miralles. Tenemos que serlo para llevar adelante un proyecto tan absurdo y complejo como es vigilar el Árbol del Paraíso. ¿Cuántos de mis parientes de la Casa de Labores querrán escribirme traidor en el pecho, a navaja y sin anestesia? Seguro que el primo Ezequiel se muere por darme un escarmiento. También la prima Teodora y el tío Malaquías. ¿Y el abuelo Tadeo? ¿Y la tía Betania? ¿Qué opinarán ellos? ¿Habrán hecho ya una votación en la Casa de Labores? ¿Cuántos votos a mi favor, cuántos en contra?

Pasamos frente a la cocina —donde reina un silencio extraño— y alcanzamos, por fin, el recibidor. Sobre el aparador de madera de cedro, cuidadosamente doblada, hay una sudadera de color granate. Mi madre la recoge y me la echa sobre los hombros: sobre todo que no coja frío. Salimos al porche. El viento sigue igual de enfurecido que esta mañana, puede que más, y el sol parece haberse quedado sin fuerzas, agotado de tanto brillar. Pienso que es inútil intentar convencer a mi madre hablando, pero también pienso que tengo que intentarlo, porque: ¿qué otra cosa puedo hacer?

—Madre, ir a la Casa de Labores es… —Intento tragar saliva, pero no la encuentro: mi boca es un erial—. Madre… Yo… No a todo el mundo le hará gracia mi vuelta. ¿Entiende usted eso? Madre, que me van a sacar los ojos.

Estamos los dos de pie, bajo el arco de buganvillas que decora el porche. Un perro que no había visto hasta ahora se acerca a buscar la caricia de mi madre. Es un viejo pastor alemán al que le falta una pata. Ella le rasca la cabeza con aire distraído.

—Pero vamos a ver —digo—, ¿se puede saber cuántos años tiene la abuela Galilea?

—Ay, Moisés, hijo, créeme que me gustaría acompañarte. Pero lo cierto es que este asunto solo lo puedes solucionar tú solito. Tú y nadie más. ¿Me he explicado bien?

Justo entonces, sorprendentemente puntual, un Fiat Punto entra en la finca. Es un modelo antiguo, destartalado, ridículo. De color naranja fosforito. Parece una mandarina rodante. Los perros corren tras él, llenando la tarde con sus ladridos. Lo reconozco al momento: es el mismo Fiat Punto que el tío Jacobo se compró poco antes de mi huida. Recuerdo que, para estrenarlo, me llevó a dar una vuelta por los pueblos del interior del Baix Maestrat. Forzaba el

motor en las curvas y obligaba al coche a subir las cuestas más empinadas. Aparcamos junto a una ermita que coronaba un monte de pinares. Nos sentamos en el capó a fumar y disfrutamos de las vistas. El Fiat Punto trae la música a todo volumen. Rumba catalana sonando en homenaje a mí.

Si la canción que yo canto
no te llena de alegría,
por más cosas que te diga,
no sirve de ná.

Con brusquedad, traqueteando, el coche se detiene frente al porche. La música cesa al tiempo que el motor se apaga.

—Pero ¡mírate! ¿Quién te crees que eres con esas barbas? ¿Robinson Crusoe?

El tío Jacobo sale con dificultad del Fiat Punto. Ha engordado mucho. También se lo ve más viejo. Su cocorota calva plagadita de manchas marrones. Lleva una camisa a cuadros medio abierta de la que brota un vello rizado y blanco. Ahora usa unas gafitas redondas de metal, que parecen como de juguete. A su alrededor saltan varios perros. El tío Jacobo viene hasta mí y, antes de que pueda reaccionar, me da un doloroso abrazo.

—Pero ¿qué te ha pasado en la cara, muchacho? Si pareces una hamburguesa.

Me sujeta la cabeza con sus manazas. Luego suelta un silbido admirativo.

—Desde luego, Zacarías se esmeró a fondo, ¿eh?

—Tío, por favor —me tiembla la voz—, no puede llevarme a la Casa de Labores.

—Venga ya, no digas tonterías. ¿Para eso has vuelto? ¿Para decir tonterías? Oye, ¿es que no te alegras de verme?

—Supongo. Sí, sí me alegro de verlo.

Eso digo, y creo que soy sincero: aunque me haya delatado frente a mi madre, abocándome a un destino incierto, lo cierto es que me resulta imposible guardarle rencor a mi tío. Él parece que va a decir algo, quizás incluso prepare una disculpa, o una justificación, pero al final se limita a revolverme el pelo como si todavía fuera un chaval.

—La vida —murmura, y se encoge de hombros.

Luego habla con mi madre.

—¿Cómo está Noé?

Ella señala el piso superior.

—Bueno, ahí.

—Vaya.

—Así lo ha querido el Señor.

El tío Jacobo se dispone a hablar, pero un ataque de tos lo interrumpe. Se apoya en la celosía del porche, allá donde comienzan a enredarse las buganvillas. Con cada tos, sus hombros se sacuden en un terremoto.

—Joder —dice, aclarándose la garganta—. Perdonadme.

—¿Quieres un caramelo?, —pregunta mi madre, y del bolsillo del delantal saca un caramelo de menta.

El tío Jacobo rechaza el ofrecimiento con un gesto de la mano.

—¿Puedo subir a ver a Noé?, —pregunta, y luego se dirige a mí torciendo la boca, como disculpándose—. Será un momento, chaval. Espero que no te importe.

Yo hago un gesto con la mano como diciendo y a mí qué. Desde luego, no es que tenga ninguna prisa por ir a la Casa de Labores. Y total, igualmente ya no podré acudir a la cita con la señora Nissenbaum.

El tío Jacobo entra en la casa y los canutillos de la cortina se agitan tras él como si un elefante los hubiera traspasado. Desde dentro, oigo cómo van surgiendo las exclamaciones, los saludos, las risas de las niñas. Mi madre y yo volvemos a quedarnos a solas.

—Escúchame, Moisés. Hay algo que tienes que entender. Ahora mismo la relación entre la Casa de Labores y Villa Milagro es… ¿Cómo decirlo? Un poquito complicada.

Mi madre toma una tacita que alguien ha dejado abandonada sobre el banco del porche, comprueba con cara de desaprobación que todavía queda algo de líquido en el interior —café, té, manzanilla, Cola-Cao, no sé, no alcanzo a verlo bien—, y vierte los restos sobre una maceta de aspidistras. El pastor alemán se acerca dando saltitos y encaja el hocico en el tiesto. Mi madre dice:

—En realidad, las cosas han estado más bien tensas desde que te fuiste. O mejor: por culpa de que te fuiste. En la Casa de Labores,

seguro que te lo imaginas, vieron tu ausencia como una oportunidad para hacerse valer. No tardaron en venir a proponer candidatos para ocupar tu lugar en el patio. Por supuesto, tu padre les dijo que naranjas. Les dijo que a ver qué se habían creído, para guardar el árbol los de Villa Milagro nunca habíamos necesitado ayuda. Y añadió también que por algo el Buen Señor le había dado tres varones, y que, aunque uno le hubiese salido rana, todavía le quedaban otros dos hijos bien fieles y bien fieros. De modo que, durante años, a los de la Casa de Labores no les quedó otra que callar y masticarse la inquina. Hasta que…

Mi madre se queda callada, concentrada de pronto en acariciar la cabeza del pastor alemán, que sigue con el hocico en la maceta. Repite:

—Hasta que…

De forma automática, le ayudo a continuar:

—Hasta que padre cayó enfermo.

—Eso es. —Mi madre espanta al perro tirándole de la oreja—. Tu padre cayó enfermo y en la Casa de Labores dijeron: tate, ahora sí que sí. Y de nuevo vinieron a ofrecerse para guardar el manzano. Y esta vez, fíjate, hasta yo pensé que Noé iba a ceder. Porque es cierto que en el patio siempre fueron tres los Guardianes. Y es cierto que los médicos no se mostraban muy optimistas sobre su recuperación. Y es cierto, además, que Zacarías solo ha engendrado niñas, y eso complica todavía más el futuro. Pero todo eso a tu padre le dio igual. Ya sabes cómo es. Incluso convaleciente como está, a cabezón no lo gana nadie. Los trapos de Villa Milagro, insistió, en Villa Milagro se limpian. Y en la Casa de Labores, claro, venga a rechinar los dientes.

—Madre, no me encuentro bien. —Y es verdad que siento un mareo emborronándome los ojos, y además el dolor de la pierna no para de aumentar: mi cuerpo entero opone resistencia a esta nueva condena que me ha caído encima—. ¿Y si posponemos la visita? Mañana, ¿qué le parece? Ya iré mañana, si eso…

—Te voy a decir una cosa, y que Dios me perdone, no solo tú tienes la culpa de todas estas desgracias que nos están pasando. Es como si… Tu tío Jacobo. Si tu tío Jacobo hubiese tenido hijos, ahora mismo tus hermanos no andarían tan jodidos con los turnos. Sí, eso es, si los hijos del tío Jacobo no le hubiesen nacido fríos y las

dos esposas no se le hubiesen muerto en el parto… Si no tuviera la simiente maldita… Y si, después, no hubiese renunciado a sus responsabilidades como Guardián… Pero, claro, con la desgracia que tuvimos con el primo Lázaro, ¿cómo pedirle a Jacobo que siguiese fiel a sus obligaciones?

Mi madre se calla al escuchar los pasos del tío Jacobo en el recibidor. Su vozarrón despidiéndose entre cosquillas de Nazaret y Judith. Mi madre susurra:

—Tu tío Jacobo es muy bueno, pero, en su bondad, nos ha hecho mucho mal.

—Creo que voy a vomitar —digo.

El tío Jacobo aparece, me agarra del cuello y me empuja hasta el coche.

—Madre mía, pero ¿qué le has hecho a tu prima? La tienes que parece un erizo. —Y luego, volviéndose hacia mi madre—. Tú no te preocupes, Raquel, que este no se nos vuelve a escapar.

Ella acaba de sentarse en el banco de baldosas floreadas. Levanta una mano para despedirse. En la otra sostiene el caramelo de menta. A sus pies, se ha tumbado el pastor alemán cojo.

—Madre, por favor, se lo suplico. —No sé muy bien cómo, pero ya estoy dentro del coche. El mareo, las ganas de potar, el dolor de la pierna: todo se me mezcla, obligándome a cerrar los ojos.

—Recuerdos a la abuela —oigo decir a mi madre a modo de despedida.

El coche arranca y, en el radiocasete, Peret retoma su canción.

Cruzamos la verja de hierro y desembocamos traqueteando en la Senda Grande. Tres perros salen a perseguirnos durante un trecho, corren y saltan junto al Fiat Punto, a ratos su hocico asoma por la ventanilla. Poco a poco, empequeñecen en el retrovisor. Yo me recuesto en el asiento. Pruebo a tragar saliva —si por lo menos pudiera—, pero mi boca sigue seca, y, con cada socavón, mi estómago amaga con salírseme por ella. Pienso: por lo menos he escapado de Villa Milagro. Algo es algo.

—¿Estás bien?, —pregunta mi tío—. Te has puesto paliducho.

—Me cagüen mi vida —digo, bufando, mientras con dos dedos me aprieto el entrecejo.

—Espera, que te abro la ventanilla. Un poquito de aire te vendrá bien.

El brazo enorme del tío Jacobo cruza por delante de mi pecho y le da a la manivela de la puerta. Enseguida, el aire cargado de polvo de la Senda Grande entra en el coche. Yo abro la boca para aspirarlo a bocanadas. Comparado con lo seca que traía la boca, el polvo del camino se me antoja agua.

—Anda que tardaste poco en delatarme —digo, aunque en realidad no hay reproche en mi voz.

—¿Y qué querías? Para hacer el gilipollas ya estás tú. Porque mira que se tiene que ser gilipollas para volver después de todo este tiempo.

El tío Jacobo está tan gordo que apenas cabe en el asiento. Conduce a una velocidad imprudente, teniendo en cuenta lo rudimentario del sendero y los años que carga el coche. Aparta los ojos del volante y me observa levantando un poco el labio superior.

—¿Se puede saber qué es lo que esperabas encontrar aquí, Moisés?

—Tío, no quiero ir a ver a los Mayores. Yo no tengo nada que ver con toda esta movida de la sucesión. Si entro en la Casa de Labores no saldré vivo, usted lo sabe tan bien como yo.

—Qué tonterías dices, sobrino. Esa gente es tu familia. Esa gente te quiere. Y además, yo estaré a tu lado todo el tiempo. Y además, no te quedan más cojones.

El tío Jacobo mete la mano en el bolsillo de su camisa y saca un paquete de cigarrillos mentolados. Me lo tiende para que coja uno.

—Lo he dejado —digo, y vuelvo a apretarme el entrecejo con un par de dedos.

—Qué cabrón. Pero si fumabas como un carretero.

Sin reducir la velocidad, y siempre usando una sola mano, el tío Jacobo se mete un cigarro en la boca, saca un mechero del paquete y lo prende.

—¿Mentolados?, —pregunto con sorna.

—¿Qué quieres? Los otros me escuecen la garganta. ¿Qué pasa? A ver si te voy a echar del coche de una patada.

Sonrío. A pesar de todo, el tío Jacobo consigue hacerme sonreír. En la ventanilla, la Senda Grande se ha convertido en una sucesión borrosa de árboles mustios, ortigas y bancales derruidos. Con cada piedra del camino, el Fiat Punto amaga con partirse en dos. De pronto, en un volantazo, nos incorporamos a la carretera general. El

Fiat Punto es ahora el más lento de los automóviles. Por más que el tío Jacobo pise el acelerador, no hay manera de que ese motor asmático se ponga a la altura del siglo xxi. Nos adelantan Twingos, furgonetas de reparto, larguísimos camiones frigoríficos. Pasamos junto a la vieja gasolinera de Texaco, que ahora es de Cepsa.

—¿No te apetecen unas cervezas, tío?, —le digo, un poco por ganar tiempo y otro poco porque de verdad me muero por un trago.

Paramos y compramos un *pack* de seis. El viejo que nos atiende es el mismo señor que regentaba la tienda hace quince años. Todavía me acuerdo de su apellido: Fonollosa. Tenía y tiene unas manos pequeñas y una melena blanca recogida en una coleta. Mi tío paga dejando una torre de monedas de cincuenta céntimos sobre el mostrador.

Abrimos las cervezas. El tío Jacobo bebe también, aunque esté conduciendo. La espuma de la cerveza trepa y burbujea desde mi garganta hasta la nariz, me llena por completo. Al segundo trago comienzo a sentirme más tranquilo, o mejor: más amodorrado. Supongo que estoy aceptando mi destino. Supongo que, después de todos estos años de vagabundear y mendigar, me he acostumbrado a que nada me importe demasiado, ni siquiera la certeza de perder quince mil euros, ni siquiera la posibilidad real de perder mi propio pellejo.

—Anda, cuéntame dónde has estado, majadero —dice el tío Jacobo.

Y le cuento, un poco al azar, escogiendo las anécdotas que creo pueden divertirle más. Le hablo de mis dos meses en California viviendo en una comunidad *hippie*, y de lo estrictos que eran con los turnos de limpieza. Le describo la belleza de las mujeres vietnamitas, le digo que hacen el amor como si todavía estuvieran en guerra contra el extranjero colonizador. Le explico que en San Petersburgo los tejados de los palacios parecen hechos con papel maché. Le confieso que la rave más salvaje en la que he estado fue en Irán, el país donde las muchachas llevan burka de día y, de noche, en fiestas privadas, lucen medias con brillantina. Le cuento que es más fácil irse de un lugar cuando su idioma no es el tuyo.

El tío Jacobo es el mejor público que un viajero podría desear. Cada vez que termino una frase, él lanza silbidos de admiración, se carcajea cuando debe, celebra mis hazañas golpeando el volante.

Incluso toma un desvío para alargar el viaje y que, así, pueda explayarme un poco más. Yo abro otra cerveza y tiro la lata vacía por la ventanilla.

Algo extraño ocurre mientras hablo con mi tío. No sé por qué, pero tengo la sensación irreal de que todo lo que digo es mentira, que me estoy inventando cada uno de mis viajes. ¿De verdad pueden existir las ruinas incas de Choquequirao o los rascacielos de Hong Kong o las cataratas Maletsunyane al tiempo que existe la finca de Villa Milagro y la Casa de Labores? Contándole mi vida al tío Jacobo, con las vendas de la nariz empapadas de cerveza, me siento tan actor como cuando sostenía la mano de mi padre moribundo.

12. Cigarrillos

Mi último cigarrillo lo fumé en Nepal. Recorría los Annapurnas en una larga caminata circular que iba de Katmandú a Pokhara. Una tarde, después de nueve horas de andar a más de 4000 metros de altura, ya en el refugio, frente a la chimenea, rodeado de *sherpas* y de montañeros alemanes, me puse a contar las rupias que me quedaban en la riñonera. Apenas tenía suficiente para garantizarme una comida caliente al día —la inevitable ración de dal bhat— y ni de coña podía permitirme seguir dándole al fumeque.

Así pues, extraje el único cigarrillo que me quedaba y lo miré sabiendo que sería el último, al menos por una temporada. Aunque hacía un frío del carajo, salí al porche para degustarlo tranquilo. El viento cogía carrerilla en el desfiladero y caía sobre el refugio cortando como una cuchilla. Cerca de mí, dos yaks rebuscaban matojos de hierba entre la nieve acumulada. Necesité por lo menos cinco intentos para prender fuego al cigarro. Me lo fumé sin prisas, contemplando cómo las nubes se arremolinaban alrededor de un pico nevado. No tengo ni idea de por qué a las nubes les da por acumularse alrededor de los picos nevados. A lo mejor es que les gusta rascarse la panza en las montañas o algo así.

Ese fue mi último cigarrillo. El primero me lo dio mi hermana, justo después de colarnos en el Cuarto de las Cosas. Menudo día. Cómo olvidarlo. Y cómo no recordarlo ahora, una cosa lleva inevitablemente a la otra.

El Cuarto de las Cosas. De este modo un tanto idiota es como, en la familia, denominábamos a un estudio mal iluminado y peor ventilado que se levantaba en el segundo piso, relativamente cerca de donde ahora me he visto alojado. Era la única puerta de toda la casa que cerraba con llave —a excepción, claro está, de la cancela del patio—, y era donde se guardaban todos los cachivaches y documentos importantes que la familia Miralles había ido acumulando a lo largo de generaciones. Y estamos hablando de muchas generaciones, muchos cachivaches, mucho papeleo. Los niños teníamos prohibida la entrada en el Cuarto de las Cosas. Nuestra única oportunidad de echarle un vistazo era cuando la

abuela Galilea se pasaba a merendar y a darnos catequesis.

—Si no es por mí —decía—, estos niños se olvidan de que Dios existe.

La abuela Galilea atravesaba el porche de la alquería reclinada sobre su tacataca. Ya entonces era tan vieja que daba grima verla. Siempre de negro, siempre el pelo ralo y cardado, siempre colección de anillos en sus dedos huesudos. Anillos de plata, de oro, de marfil, de cobre enmohecido por el tiempo, anillos pomposos con grandes piedras negras de azabache y anillos hechos con piedra de coral que todavía olían a mar. Se suponía que cada anillo había pertenecido a un antepasado diferente, cada sortija era una reliquia, un homenaje, un símbolo de la posición de la abuela dentro de la Casa de Labores. La abuela Galilea nos sentaba en el salón y, moviendo mucho las manos, hipnotizándonos con el cascabeleo de sus muchos anillos, nos enumeraba las desventuras de las doce tribus de Israel, nos hablaba del significado de nuestros nombres, nos obligaba a memorizar las cuentas del rosario con tres variantes de jaculatorias incluidas, a la antigua usanza. La abuela tenía predilección por los pasajes, digamos, más desconocidos de la Biblia; en algunos casos, rozaba el gnosticismo: le agradaba especialmente detallar la resurrección de la hija de Jairo por parte de Cristo o el nacimiento y expulsión de Lilith, la primera y fallida compañera de Adán.

A mi padre, tanto rezo le hacía arrugar la nariz.

—Tanta mandanga a los Miralles nos sobra —decía, con su falta de tacto habitual—. Él nos conoce y sabe que estamos aquí, dando el callo en su nombre. El cielo nos lo ganamos currando, y no recitando breviarios.

—Pero mira que eres bruto, Noé —replicaba la abuela Galilea—. ¿Cómo van a ser tus hijos unos buenos Guardianes si ni siquiera saben por qué hay que guardar el manzano?

Aunque lo habitual era que la abuela Galilea viniese sola, también podía ser que la acompañase alguno de los Mayores: el abuelo Cirilo —que murió súbitamente de un ataque al corazón mientras recogía naranjas—, la abuela Talita, el cachondo del tío Bartolomé o la abuela Belén. Los llamo abuelos aunque, en realidad, siendo estrictos, debería llamarlos tíos abuelos, pero es que en mi familia la sangre siempre estuvo tan entremezclada que, al final, qué más da. Otras veces, con la excusa de compartir las clases de

catecismo con nosotros, la abuela Galilea traía consigo a algunos de los más pequeños de la Casa de Labores.

—Cuantos más seamos leyendo la palabra del Señor, tanto mejor, ¿verdad que sí?, —decía con su voz de azúcar glas.

Sobre todo, la abuela Galilea solía hacerse acompañar por unas pequeñas Samara y Esther. Pensándolo ahora, comprendo que, en realidad, lo que la abuela pretendía era reforzar los lazos entre Zacarías y Esther, entre Samara y yo, preparándonos para el compromiso que habría de venir. Solo muy de vez en cuando, la abuela Galilea se hacía acompañar por el primo Isaac o el primo Salomón —que acabaría casándose con mi hermana Ruth—, o por la prima Teodora o el primo Ezequiel —que era un imbécil integral —, o por el primo Jonás o la prima Odelia. La abuela sentaba a los niños formando un amplio círculo en el salón, con ella en el centro. Luego, durante hora y media, se dedicaba a formular preguntas que dejaban en evidencia a mis hermanos y a mí: todos los niños de la Casa de Labores conocían la parábola del sembrador, y nosotros, los de Villa Milagro, no.

—Y después de expulsar al hombre del Paraíso —nos explicaba la abuela Galilea—, el Buen Señor dispuso a sus querubines en el oriente del jardín del Edén, encomendándoles la misión de impedir el paso a cualquier descendiente de Adán, y conjuró una espada de fuego zigzagueante, que se revolvía como un perro rabioso flotando en el aire.

—¿Y los Miralles descendemos de esos querubines?, —preguntábamos los niños, más o menos embelesados, más o menos aburridos.

—Así es —respondía la abuela Galilea.

—¿Y dónde está la espada de fuego?, —preguntaba algún crío más respondón, o más espabilado quizá, que se olía el pestazo a chamusquina.

La abuela Galilea extendía un dedo huesudo y enjoyado y nos señalaba el lado izquierdo del pecho.

—La espada de fuego está aquí dentro.

Esa particular catequesis terminaba con la lectura de alguna vida de santo o con un fragmento no demasiado peñazo del Antiguo Testamento: a los niños nos gustaban especialmente las aventuras del profeta Daniel, primero en plan pitonisa descifrando los sueños

de Nabucodonosor y luego sobreviviendo al foso de los leones. Solo entonces, la abuela Galilea se relajaba y pedía a mi madre o a tía Inés una infusión de té de azahar. Y ya que estaba por allí, a este punto quería llegar, podía suceder que, de pronto, la abuela recordase lo muy urgentemente que necesitaba una copia de la partida de nacimiento del bisabuelo Benjamín. O, fíjate tú qué cosas, resultaba que en la notaría les exigían el certificado de propiedad de la finca de Las Cumbres. O cualquier otra movida parecida.

En esas ocasiones se organizaba una expedición al Cuarto de las Cosas. Mi madre y tía Inés encabezaban el peregrinaje; detrás iba la abuela Galilea y, de haberla, alguna tía o prima mayor, que siempre se mantenía aparte; al final, cerrando la procesión, íbamos mis hermanos, mis primos y yo. Había que estar atento. Esa era nuestra oportunidad para colarnos en la única habitación de la casa que nos estaba vedada. Mi madre y tía Inés revolvían cajones y anaqueles a la caza de no se sabe qué credenciales, mientras la abuela Galilea les iba indicando y reprobando desde el quicio de la puerta. A nosotros se nos permitía escabullirnos entre sus piernas de vieja y entrar en el Cuarto de las Cosas.

—Niño, ¿adónde vas? Mucho cuidado. No estorbes. Siéntate ahí. Quietecito.

El lugar en el que se nos obligaba a permanecer inmóviles era siempre el mismo: una chaise longue incómoda y ostentosa, con cojines bordados con hilo de oro y enormes botones de terciopelo. Allí nos sentábamos mis hermanos y yo, empujándonos unos encima de otros y haciendo crujir las patas endebles de la chaise longue, que aguantaba en pie de milagro —la carcoma se cebaba con todos esos muebles pretéritos, algunos parecían picados de viruela—. Los niños poníamos actitud de santitos, ignorábamos el trajín de madre y tía Inés, que abrían y se pasaban sobres y portafolios, e intentábamos bebernos con los ojos el Cuarto de las Cosas.

Entre esas cuatro paredes se acumulaba tal cantidad de trastos que moverse entre ellos era una odisea: no exagero cuando digo que las columnas de cajas de cartón formaban un auténtico laberinto. Apoyados contra una pared se resignaban decenas de cuadros, algunos envueltos en papel de periódico, otros conservados bajo una manta, la mayoría desprotegidos y con la pintura

descascarillada, hechos mierda, sus imágenes perdidas para siempre. Enormes candelabros y relojes de pared averiados. Un costurero bordado con figuras de santos —aureolas doradas por todas partes— y una estantería llena a reventar de libros apolillados. Incrustado contra la pared del fondo, un aparador con vitrina exhibía una serie de frasquitos, a todas luces vacíos, en los que una etiqueta escrita a máquina anunciaba su etéreo contenido: Suspiro de San Juan Bautista, por ejemplo, o Estornudo del Espíritu Santo, o bien Pensamiento Perdido del Buen Job, y así. Media docena de baúles se repartían por la habitación, todos con las bisagras consumidas y las tapas a medio descomponer, rebosantes de manuscritos, urnas de cerámica, benditeras de mármol, cachivaches en general. A mí me obsesionaba especialmente una cabeza de cartón piedra que alguien había arrojado en el suelo de cualquier manera, una de esas cabezas enormes que los mozos sacan a pasear en las fiestas de gigantes y cabezudos, y que representaba a un diablo burlón mostrando una lengua bífida. Pero lo que más nos intrigaba a los pequeños era lo que no se veía: aquí y allá se levantaban grandes mamotretos ocultos bajo sábanas polvorientas. ¿Qué podía esconderse bajo la tela aquella con forma de hipopótamo? ¿Una estatua de alabastro, un cortacésped, una momia incorrupta, un fantasma? Ah, casi se me olvida: había también un hermoso, delicado bargueño decorado con motivos florales. Una mañana, tía Inés nos aseguró que tenía tantos cajoncitos como días tiene febrero.

—Venga, todos fuera. No hagáis que me enfade. Se acabó lo que se daba.

Nunca disponíamos de mucho tiempo para permanecer allí dentro. Diez minutos como mucho, justo lo que se tardaba en encontrar los papeles que la abuela Galilea requería, y ni un segundo más. Ya las mujeres nos barrían sin piedad, ya la puerta se cerraba a nuestras espaldas, ya la llave desaparecía en el bolsillo del delantal de mi madre o en el de tía Inés, y el misterio permanecía ahí, apenas insinuado e inalcanzable.

Una mañana, Ruth vino a buscarme. Yo andaba junto a mis hermanos, jugando con unos cangrejos que habíamos atrapado en el roquedal. Introducíamos un palo en el cubo y los provocábamos para que atacaran con sus tenazas. Mi hermana vino y me llevó

aparte.

—¿Puedes guardar un secreto?, —preguntó.

Acto seguido, abrió la mano y me mostró la llave del Cuarto de las Cosas.

—¿Cómo la has conseguido?, —exclamé.

—Y eso qué más da. ¿Quieres venir o qué?

—¿En serio? —Y enseguida—: Claro que sí.

Despistamos a nuestros hermanos, que eran todavía muy pequeños y muy zangos, indignos de la confianza que esta aventura reclamaba, creo que Gabi todavía iba en pañal, y nos aseguramos de que tía Inés y nuestra madre estuvieran ocupadas en el almacén, poniendo trampas para ratones, quizás, o limpiando telarañas, o quién sabe qué. El momento era perfecto. Ahora o nunca. Recuerdo que, mientras recorríamos de puntillas el pasillo del segundo piso, yo temblaba de la emoción. Y no era solo porque me excitase la oportunidad de acceder a la habitación prohibida —que me emocionaba, claro que sí, y también me daba un poco de miedo, cómo no—, además, y por encima de todo, había un sentimiento de orgullo que me hinchaba el pecho. Mi hermana mayor acababa de pedirme que la acompañase en una de sus correrías.

Ruth y yo nos llevábamos tres años. Para mí esa siempre fue una distancia insalvable. Zacarías y yo compartíamos cuarto, pero Ruth dormía sola. Se quedaba hasta tarde con la luz de la mesilla encendida devorando un volumen de Los Cinco tras otro. Esa afición por la lectura la volvía especial. En mi casa nos enseñaron a fumigar el huerto, a disparar con la escopeta y a criar perros. Qué llevaba a Ruth a perder su tiempo con novelas y cuentos era un misterio que se nos escapaba, que se me escapaba. Ruth tenía su propio mundo interior impenetrable para los demás.

Lo digo en serio: lo lógico, lo normal, lo esperable es que hubiera sido Ruth quien hubiese mandado a todos al carajo, y no yo. La vuelta al mundo que yo he dado le pertenecía en realidad a mi hermana. Sin duda, ella habría sabido exprimirla mucho mejor: habría interiorizado las distintas culturas que a mí me resbalaban, habría disfrutado paseándose por los templos y ruinas que yo visitaba casi por obligación, habría extraído del viaje algo más que puro movimiento. Y, sin embargo, en lugar de rebelarse, cuando llegó el momento Ruth aceptó sin rechistar su compromiso con el

primo Salomón, boda discreta y lluviosa en la iglesia arciprestal de Berinossent. ¿Pudo existir alguna vez una pareja más dispareja? Ruth y Salomón. Salomón y Ruth. Ella, inteligente y resuelta. Él, un simplón. Después del enlace, y tal y como manda la tradición, Ruth abandonó Villa Milagro y se mudó a la Casa de Labores. Allí, le encomendaron las tareas de contabilidad. Engordó. Y yo, que comencé con las guardias demasiado pronto, ya solo la veía muy de tarde en tarde. Nunca se me ocurrió preguntarle si era feliz. Ese tipo de preguntas no se estilaban en mi familia.

Clic, clac. El cerrojo del Cuarto de las Cosas se descorrió con un sonido prometedor. Ruth abrió la puerta con tiento para asegurarse de que no crujiese y, nada más entrar, yo tropecé con un archivador que amenazó con derrumbarse.

—¡Cuidado, bobo!, —me reprendió ella, con un dedo sobre los labios.

La única ventana del Cuarto de las Cosas quedaba oculta bajo unos gruesos visillos de ganchillo. La luz que todavía se las apañaba para atravesar la tela era escasa, de un tono entre amarillo y verde, como el de una corteza de limón. Avanzamos con tiento entre los baúles y las cajas de cartón, y comprobamos decepcionados que la vitrina donde se guardaban los frascos de contenido supuestamente divino estaba cerrada con llave. Yo me entretuve leyendo algunas etiquetas —Deseo No Concedido de San José, Ventosidad de Balaam, Último Hálito de San Lucas—, y Ruth fue directa hacia la gran estantería que dominaba la pared principal. Las baldas se combaban bajo el peso de los muchos libros, y mi hermana deslizó el dedo por el lomo de aquellos volúmenes cubiertos de polvo, leyendo los títulos en voz baja. Yo no entendía ni una palabra.

—Es latín —dijo Ruth.

De manera que hubo un tiempo en el que por lo menos uno de los habitantes de Villa Milagro supo leer latín. ¿Cuándo había sido eso? Ni idea. Antes. En Villa Milagro todo lo importante siempre había sucedido antes. También hubo un tiempo en el que nuestra familia fue la más adinerada de la región. Un tiempo en el que el apellido Miralles era sinónimo de respeto en lugar de excentricidad. Un tiempo, en definitiva, en el que Dios trataba a sus hijos predilectos como eso, predilectos, y no como a muertos de hambre.

Mi hermana tomó uno de aquellos libros, el más grande, y

durante un rato se limitó a contemplar y palpar la hermosa encuadernación en cuero rojo. Luego lo abrió. Sus hojas amarillas crujieron al despegarse. Por la disposición de los salmos y los versículos era fácil deducir que aquello era algún tipo de edición de las Sagradas Escrituras, pero el alfabeto nos resultaba totalmente desconocido. Tal vez fuera hebreo. Tal vez estuviese escrito en cirílico. Tal vez quién sabe. Éramos niños, y los niños no saben esas cosas.

Yo dejé a mi hermana con sus libros y sus letras y me acerqué a uno de los muebles cubiertos por sábanas. Por fin iba a descubrir qué demonios se escondía ahí debajo. Con cuidado, tiré de la tela hasta destapar, poquito a poco, un maniquí vestido con una desastrada pero auténtica cota de malla medieval.

—Hostia puta —dije, reproduciendo los tacos que había oído a los adultos.

Con el índice acaricié las anillas de hierro forjado que daban forma al intrincado diseño de la armadura. Con la uña, rasqué el óxido que se acumulaba en las junturas.

—Ven —dijo mi hermana—. Mira esto.

Ruth había abierto un cajón del bargueño. De su interior brotaban decenas de fotos nupciales, algunas francamente antiguas —diapositivas, daguerrotipos, imágenes medio consumidas—. Recuerdo que, entre tanto blanco y negro, nos llamó la atención una más moderna, que brillaba con ese color excesivo de las cámaras de los setenta. Un hombre y una mujer cortaban la tarta de bodas bajo el parral del patio. La novia era bonita y menuda, el novio, un monstruo que apenas cabía en el traje. Ambos sonreían con actitud alelada, se los veía felices e idiotas.

—El tío Jacobo —Señaló mi hermana con el dedo, y luego—: Su primera esposa, Fátima.

Enseguida otra foto, que parecía un eco deformado de la anterior: el mismo novio y una novia parecida —si acaso algo más robusta, con unas caderas más anchas y maternales—; en esta ocasión ninguno de los dos sonreía: en el rostro un rictus tenebroso, las manos estrechadas formando una trampa para osos; parecía como si, de alguna manera, ya entonces fueran conscientes del destino que les aguardaba.

—Esta otra ni pajolera idea de cómo se llamaba —dijo Ruth.

En otro cajón del bargueño dimos con unos documentos con pinta de aburridos. Ahora mismo no recuerdo ninguno, pero puedo probar a inventármelos. Un escrito del Sindicato Nacional de Trabajadores y Obreros, con el yugo y las flechas bien visibles en la esquina superior derecha. Papeletas de la Unión Republicana. Una carta de recomendación para la FE de las JONS firmada por un tal teniente coronel Miguel Miralles.

—El traidor. —Ruth puso el dedo sobre el nombre de nuestro bisabuelo, cuyo retrato, por aquel entonces, era el único que colgaba del revés en el salón.

Oímos unas voces en el piso de abajo. Inmediatamente después, el crujir de la escalera. Devolvimos de cualquier manera el cuaderno a su sitio y corrimos tropezando con nuestros propios pies. No nos dio tiempo a cerrar los cajones del bargueño. Todavía sobresalían las fotos de aquella boda setentera. Cerramos la puerta. Clic, clac.

—¿Qué andabais haciendo aquí arriba, tunantes?, —preguntó el tío Jacobo, que en ese momento doblaba la esquina, sudoroso de darle duro al huerto.

—Nada, nada —dije yo.

—¡Estamos jugando al escondite!, —gritó mi hermana.

Y bajamos precipitadamente las escaleras, dejando a mi tío con la mosca tras la oreja, sí, pero sonriente, siempre sonriente. Mi hermana me arrastró hasta el cuarto de baño que comunicaba con el salón. Cerramos con pestillo. Dábamos saltitos de la emoción.

—Aquí estaremos tranquilos —susurró.

—¿Has visto la cota de malla? Menuda pasada.

Ruth parecía genuinamente feliz. Me tomó la mano y se me quedó mirando, como evaluándome.

—Lo has hecho de puta madre. —Y todavía repitió la palabrota una vez más, desenrollándola con cuidado—: De puuuuuuta madre.

Luego, acercando su cara a la mía, agarrándome del hombro, añadió:

—¿Quieres ver una cosa más?

Mi hermana se subió al váter y se puso de puntillas. Con una mano, empujó la baldosa que estaba justo sobre la cisterna. Esta cedió con facilidad. Ruth tanteó el hueco recién descubierto hasta encontrar un paquete de Ducados envuelto en papel de aluminio.

—Es de tía Inés —dijo.

—¿De la tita? Anda ya. Imposible.

—Pues dime tú de quién, si no. El tío Jacobo fuma cuando le da la gana, no tiene por qué esconderse. Padre y madre detestan el humo. Es que no lo soportan, ya lo sabes. Además, qué pasa, la he visto. Tía Inés se encierra en el baño todas las noches, después de cenar. Viene y se fuma un piti o dos. Yo he pegado la oreja a la puerta y la he oído soltar el humo. A veces tose. A veces habla sola.

—¿Y qué dice?

—Eso no se puede contar.

Yo la miraba y no daba crédito. Mi hermana era como el bargueño. Llena de secretos.

—¿Nos fumamos uno o qué?, —preguntó Ruth mientras abría el ventanuco del baño.

Sus dedos extrajeron del paquete un pitillo y un mechero. El mechero hizo chas y brotó una llama azul. Ruth tomó una calada profunda, con mucha calma, disfrutándola. Expulsó el humo directamente hacia el ventanuco.

—Toma —me dijo—. El truco está en aspirar el humo como si te dieran un susto.

Yo tenía unos diez años. Ella, trece o catorce. Ese fue mi primer cigarrillo.

13. Laberinto de Miralles

El Fiat Punto entra en Berinossent y yo contemplo el pueblo con la frente pegada a la ventanilla. Estas son, qué duda cabe, las mismas calles que tantas veces recorrí de crío. Y, sin embargo, al verlas ahora, tantos años después, siento como si alguien las hubiera pintado de gris. La memoria siempre usa unos colores más intensos que la realidad.

Estamos a finales de octubre. En estas fechas sobran aceras y bares y casas para la gente que vive aquí. Otra cosa es en verano. En cuanto llega el calor aparecen también los turistas. Alemanes ávidos de sol, franceses que compraron una segunda residencia durante la Transición, madrileños, vascos, mañicos. En agosto, Berinossent cuadruplica su población. Las calles se llenan de coches cargados de hieleras y sombrillas de playa. Las terrazas se vuelven hervideros. Un pueblo de pescadores reconvertido en pueblo de camareros. Eso es lo que pasa en verano. Pero a finales de octubre esto es un páramo. Tan solo es posible tropezarse con alguna viejecita que arrastra su carro de la compra con actitud recelosa. O también con una familia de marroquís —perdón, una familia de moros: aquí hay que llamarlos así— que marchan en fila india, el hombre delante, la mujer detrás, los niños despeinados al fondo. Una valla publicitaria se repite en todas las esquinas: se vende piso frente al mar. Interesados contactar agencia.

Mi tío conduce prácticamente sin mirar, conoce la ruta de sobra. Giramos por la avenida Jaume I y tomamos la rotonda que nos llevará sin remisión a la plaza de la Mercè: de ahí a la Casa de Labores hay un suspiro. El tío Jacobo lleva todo el trayecto distrayéndome con preguntas sobre mi viaje, igual que a un niño se lo distrae con piruletas camino del dentista. Da gusto escuchar sus risotadas. Una mano en el volante y otra agitando el cigarro.

—Andabas con sed, ¿eh, Moisés? Menudo ritmo llevas. Pero mejor deja las cervezas, que no te conviene llegar piripi. —Me arrebata la lata de la mano con una facilidad insultante—. Y sigue contándome, anda, que me tienes fascinado.

Para el tío Jacobo todo es absurdo, todo es aceptable. Los indios,

¿es cierto que adoran a las vacas y que estas se pasean impunemente entorpeciendo el tráfico? Y en Brasil, ¿los tangas son delgados como hilo dental pero es delito hacer *topless*? Y además, ¿he visto orangutanes? ¿Y canguros? Sus ojos chiquitos se iluminan con cada respuesta. ¿De verdad en la mayor parte del mundo viven sin papel higiénico, cómo se limpian el culo entonces, quiénes son las mujeres jirafa y por qué se alargan el cuello? La mitad de las veces ni siquiera me deja terminar de hablar. Al tío Jacobo todo le interesa y, al mismo tiempo, todo le da igual.

Saco el *smartphone* y consulto el reloj. Son las 16.26. Esta es mi última oportunidad de llegar a la cita con la señora Nissenbaum. Al menos tengo que intentarlo.

—Tío, me gustaría hacer una parada —le digo, aprovechando que casi le ha dado un ataque de tos, que es risa también, al descubrir que, en la China rural, los niños no llevan pañal, sino simplemente un agujero en el pantalón.

Su carcajada-tos se corta en seco.

—Nanay —dice.

—En serio, tío, déjeme aquí, por favor. Ya me las apaño yo para ir hasta la Casa de Labores. Venga.

—Pero ¿qué te crees? ¿Que soy imbécil?

—Tío, le prometo que no pienso escaquearme. ¿Qué sentido tendría regresar después de tanto tiempo para desaparecer otra vez? Míreme. Voy a ir. Míreme.

—Si te miro nos ahostiamos.

—Míreme, le digo.

Mi tío frena de golpe. Nos encontramos justo frente a la rotonda de María Auxiliadora. En ese descampado se levantaban, cuando yo era chico, los Recreativos Llorens. Por la calle no circula ningún otro vehículo. De hecho, no nos hemos cruzado con una sola alma desde que entramos al pueblo. Mi tío me mira. Yo saco a pasear la versión más conciliadora de mí mismo.

—Se lo pido por favor. Solo quiero llegar por mi propio pie a la Casa de Labores. Nada más que eso. Es una cuestión de dignidad.

El tío Jacobo se pasa una de sus manazas por la cara, desordenándose los labios y las cejas. Luego se queda con las manos en el volante y la vista fija en el paso de cebra. Parece dudar un momento.

—Lo siento —suspira por fin—. Yo solo hago lo que me mandan. Si tanto te apetece, el paseo te lo puedes dar después. Ahora, a casita a ver a los Mayores.

El Fiat Punto arranca de nuevo. Cuando la señora Nissenbaum concertó esta cita lo hizo dejándome bien claro que no habría otra oportunidad, que era ahora o nunca. No sé bien de dónde le surge esta prisa y ese ultimátum, pero, en todo caso, eso quiere decir que adiós a los quince mil euros, adiós a mi vida a cuerpo de rey en el sudeste asiático, adiós a la oportunidad de sacar algún beneficio a mi retorno. A punto estoy de abrir la portezuela del Fiat Punto y saltar en marcha. O de ponerme histérico y obligar a mi tío a detenerse. Pero ya llevo un rato aceptando lo inevitable de mi destino, sintiendo cómo la entrada en Berinossent y la cercanía a la Casa de Labores va adormeciendo mi voluntad. Me vienen a la cabeza los ojos de lacrimal largo de Samara. ¿Qué cojones voy a decirle? Yo la quise y ella me quiso a mí. Yo me fui y ella se quedó. Y ahora yo soy un renegado y ella se va a casar con mi hermano lelo el día de santo Tomás de Aquino. Me hundo en el asiento del copiloto. A medida que nos acercamos a la Casa de Labores, siento cómo mi estómago se repliega sobre sí mismo, hasta alcanzar, por fin, un tamaño no mayor al de un albaricoque.

Hace muchos años, la Casa de Labores fue un caserón todavía más grande que Villa Milagro. Todavía más ruinoso también. Tengo un vago recuerdo de sus pasillos oscuros repletos de puertas, de cuadros, de recovecos. En el almacén, junto a las jaulas de gallinas y conejos, se pudría un antiguo y hermoso carruaje con tapicería de satén. Por tener, la Casa de Labores tenía incluso una pequeña capilla construida como una extensión del caserón que sufrió graves daños durante la Guerra Civil. Parte del techo se veía derrumbado y las palomas llenaban de plumas y excrementos las seis filas de bancos enmohecidos.

A mediados de los ochenta, una empresa inmobiliaria vino con una oferta. Querían demoler el edificio y usar el terreno para levantar un supermercado. Supongo que a mis tíos y a mis abuelos no les debió de resultar fácil desprenderse del caserón: mi familia nunca creyó que los cambios trajesen nada bueno. Pero acabaron vendiendo, claro. Porque, a fin de cuentas, ¿cuál era la razón de ser de la Casa de Labores? Acumular capital, dinero contante y sonante,

fincas y propiedades con las que garantizar la salvaguarda eterna del manzano.

Con el dinero de la venta, los Miralles compraron dos tractores John Deere y dos terrenos a las afueras del pueblo: El Cielo y Buscallops. Pero, más importante aún, con el sobrante levantaron un bloque de apartamentos más bien feo, más bien sórdido, pero sin duda útil; por fin un lugar lo bastante amplio como para acomodar a todos aquellos que trabajaban y vivían en la Casa de Labores. Las familias se distribuían entre los seis pisos atendiendo a una peculiar división entre matrimonios sin hijos, matrimonios con hijos y jóvenes solteros mayores de edad. Nadie podría explicar de un modo objetivo cómo funcionaban exactamente las mudanzas en la Casa de Labores, que yo sepa nunca hubo ninguna regla escrita, pero lo cierto es que, implícitamente, cuánto más valioso resultaba un Miralles para el conjunto de la familia, más elevado se encontraba su apartamento y mejores vistas tenía. Mi tío Jacobo, por ejemplo, viudo y sin hijos, renegado por propia voluntad de Villa Milagro, vivía en la entreplanta, sobre el taller. La abuela Galilea, en la azotea. Recuerdo que el bloque de apartamentos no tenía ascensor, y que cada vez que la abuela deseaba dar un paseo o visitar a alguien de los pisos inferiores, un par de primos se veían forzados a cargarla en hombros y descender los seis pisos, para luego volver a subirlos.

El Fiat Punto cruza por delante de la plaza Reial, luego atraviesa la Lonja y, en un visto y no visto, estamos en la Casa de Labores. Decididamente, el bloque de apartamentos ha envejecido mal. Lo construyeron hace menos de treinta años, pero la pintura ya se le descascarilla. Tiene la forma y el color de una caja de zapatos. Las ventanas, ceñidas por unos barrotes de hierro oxidado, como si la casa luciera ortodoncia. Persianas medio bajadas, torcidas, tristes. En la planta baja sigue el mismo cartel que anuncia la presencia de una verdulería; en un principio debió de ser rojo bermellón, ahora es naranja mustio: FRUTAS Y VERDURAS MIRA S, tres letras le faltan al apellido. Mi tío aparca frente a la tienda. Rodea el coche por la parte del capó y me abre la portezuela, ayudándome a bajar.

—No te dejes amilanar —me dice, y sé que se apiada de mí—. Recuerda que eres el primogénito de Villa Milagro y que tienes la protección de tu padre. Yo estaré contigo en todo momento.

Siento que me dirijo a un pelotón de fusilamiento. Me percato, además, de que en algún momento me he mojado de cerveza el pantalón, con lo que puede dar la impresión de que me he meado encima. Menuda facha, joder.

—Ah, una cosa más, tienes que darme tu teléfono móvil.

—¿Cómo?, —pregunto.

—Es solo por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

El tío Jacobo mete sus dos manazas en los bolsillos de mi sudadera y, antes de que me dé cuenta, me ha birlado el *smartphone*. Yo apoyo el pie herido en el suelo, en un intento de recuperarlo.

—Ay —digo cuando una descarga eléctrica me recorre el tobillo.

Cojonudo, me he quedado dolorido y sin teléfono.

—No me pongas esa cara, sobrino. Y no te preocupes, que luego te lo devuelvo.

No sé cómo, me encuentro ya dentro de la verdulería. Sorprende el lavado de cara que le han dado. Se la ve más limpia y chic, con muebles nuevos y relucientes, un vinilo en el suelo que imita a un parqué de madera, paredes color mostaza. En el mostrador hay una muchacha muy joven a la que no reconozco. Al verme, sale corriendo y desaparece por una puerta metálica que, yo lo sé, conecta con el taller de la Casa de Labores.

—¡Está aquí!, —anuncia la muchacha—. ¡Moisés está aquí!

La mano de mi tío se apoya en mi hombro. No sé si con eso pretende confortarme u obligarme a seguir adelante. Cruzamos la puerta del taller. Como una bofetada, me embiste una corriente azucarada y espesa, los últimos suspiros de doscientas naranjas hervidas, el almíbar de las conservas, la luz de los fluorescentes, el pasado.

Mis parientes dejan sus tareas y forman un círculo a mi alrededor. Todos quieren ver. Ser testigos. Tocar. Yo soy una novedad en un mundo donde nunca hay novedades. Es obvio que me esperaban. Hoy nadie ha ido a faenar al campo. Todos querían presenciar mi regreso, ver de primera mano qué pasaba conmigo, si conseguía o no salir de la Casa de Labores por mi propio pie, cuál era mi nuevo estatus, cotillear los posibles cambios de poder. Algunos se me acercan con actitud resuelta, saludan como si nos

hubiéramos visto la semana pasada. Otros vienen frunciendo el ceño, me husmean como los perros de Villa Milagro.

—¿Llevas la nariz rota, Moisés? Suerte has tenido.

—Te recordaba más alto, Moisés.

—Cuando me dijeron que habías vuelto no me lo quise creer, Moisés.

Entro en la Casa de Labores y caigo en un remolino de manos tendidas, de preguntas impertinentes, de abrazos como arenas movedizas. El mismo acento repetido, el mismo retintín que se transmite de padres a hijos, de abuelos a nietos, de tíos a sobrinos.

—¿De dónde vienes, Moisés?

—¿Qué es lo que buscas a estas alturas, Moisés?

—¿Dónde vas con esas barbas, Moisés?

Entro en la Casa de Labores y me pierdo en el laberinto Miralles. Los mismos ojos de la misma exacta tonalidad —marrón avellana— que se fotocopian en cien rostros diferentes. La misma piel —morena, renegrida— que sirve para cubrirnos la carne a todos. Y además: esas camisas arrugadas de la gente de campo. Y además: las mejillas afeitadas a conciencia cada mañana. Y además: colonia barata supurando del cuello de hombres y mujeres.

—Llegas tarde, Moisés.

—La abuela Galilea te está esperando, Moisés.

—Yo sabía que algún día volverías, Moisés.

Entro en la Casa de Labores y es como saltar desde un trampolín a una piscina de nombres que se eternizan, de sangre mezclada a conciencia, de primos que se casan con primas. Ovillo de lana que se enreda sobre sí mismo. Piezas de un puzle que encajan unas con otras, unas sobre otras, aunque sea a la fuerza, a martillazos si hace falta, formando un enrevesado, inacabable mosaico.

—¿Te acuerdas de mí, Moisés?

—Menuda tunda te ha dado Zacarías, Moisés.

—Bienvenido a casa, Moisés.

Y ahí están, en cascada, agolpándose, dándome palmadas a la vez, hablando al mismo tiempo, aturullándome, la familia al completo. Cortando cualquier escapatoria. Círculo de rostros que se estrecha más y más.

—¡Eh, Jonás, ven aquí! ¡Ha vuelto el primo Moisés!

—Menudos cojones tienes al presentarte así, Moisés.

—Eres carroña, Moisés.

En primera línea, el bruto del tío Malaquías y su mujer, Salomé; y ahí atrás, el primo Salomón, que se casó con mi hermana Ruth, y a quien los años no han hecho sino acentuar su aspecto de oficinista abatido; y esos del fondo son los primos Isaac y Ezequiel, rígidos los músculos que manejan la maquinaria industrial, sin descuidar su trabajo me vigilan y me acechan; y esa que aprieta los dientes es la tía Betania, la madre de Esther y de Samara —aunque a esta no la veo por ninguna parte—; y la que pone cara de pena es la prima Teodora, que está embarazada y se acaricia la panza como protegiéndola; y el que sostiene una bandeja de fruta recién cortada es el tío Bartolomé, mucho más achaparrado y viejo de lo que recordaba; y junto a esas bombonas de butano están el tío David y el tío Aarón, que tienen síndrome de Down y ahora mismo, ante toda esta algarabía, pasan más miedo que otra cosa; y la prima Miriam, con sus dientes de conejo y el entrecejo fruncido; y el primo Jonás, que sigue igual de flaco y escurrido; y el tío Baltasar, que no ha dejado de engordar y engordar; y la tía Verónica, que lleva gafas oscuras porque es fotosensible, o al menos eso cree ella; y aquí enfrente, como retándome, se cuadran varios chavales que no reconozco, críos con el rostro invadido de granos, adolescentes de brazos largos, dieciochoañeros feroces, algunos deben de ser los hijos de Odelia y Ezequiel —juraría que esa de ahí es la mayor: Lidia, se llamaba Lidia—; y también los hijos de Isaac y Noemí —¿el más alto se llamaba Esaú?—; y el tío Melchor, que siempre anduvo un poco mal de la cabeza, pero que ahí lo tienes, trabajando como uno más; y no, definitivamente no veo por ninguna parte a Samara, lo que supone un alivio, o no, no lo sé.

—Pobre, pobre Moisés —dice una voz de mujer que no identifico—. ¿Se puede saber por qué has tenido que volver?

El taller sigue tal como lo recordaba. Se trata de un almacén de dimensiones considerables donde se alinean anaqueles de hierro repletos de fruta, varias mesas de metal, fogones y maquinaria industrial. Es aquí donde la familia Miralles trabaja envasando compotas de naranja, a veces también melocotón en almíbar. No es este el único negocio que se lleva a cabo en la Casa de Labores. Los Miralles poseen varias fincas y, aunque sea al por menor, cultivan casi de todo: pimientos, mandarinas, calabacines, cebolletas, coles

de Bruselas, cuatro variedades distintas de tomate. Excepto a las manzanas, no le hacen ascos a nada. También recogen almendras. Las pelan en un descampado cercano y las venden a una fábrica de turrón de Alicante. Con eso se sacan —o se sacaban, al menos— un buen pellizco.

En el taller, el runrún de las máquinas es un zumbido omnipresente. Las picadoras, las licuadoras, las despulpadoras, las envasadoras, las ollas a presión donde hierven los cítricos, el extractor: aquí todo funciona a la vez y nada da tregua. Hasta el mismo aire tiene un tacto meloso. Si te pasas la lengua por los labios, te sabe a caramelo. Y luego, además, están esos tubos fluorescentes que bizquean de vez en cuando, no sé por qué los instalaron tan bajos, ni por qué eligieron esa luz tan mortecina: lo único que hacen, esos fluorescentes, es reforzar la sensación de irrealidad que flota en el ambiente. El taller de la Casa de Labores tiene la textura líquida de un sueño.

Todo se mezcla en mi cabeza. El ruido del taller, la atmósfera de almíbar, el acoso de manos y voces. Con tanto barullo, me cuesta reconocer a mis familiares, encajar los rostros que ahora veo con los de mi memoria. El primo Isaac ha perdido su melena de cantaor de flamenco y ahora solo le sobreviven cuatro pelos mal engominados. La tía Atalía se ha quedado flaca y mustia como el palo de una fregona. Por un momento tengo la impresión de que voy a perder el conocimiento. Levanto una mano, o al menos eso creo, y, a pesar del escozor que me produce el golpe de la nariz, me fuerzo a sonreír.

—Hola, tía Atalía; hola, Jonás; hola, tía Verónica; hola, tío Aarón; vaya, tú debes de ser Lidia, cómo has crecido.

—No me toques, desgraciado —me dice Lidia.

La última vez que vi a Lidia era solo una cría, ahora se ha transformado en una adolescente francamente hermosa, pómulos de modelo y carita con forma de corazón. Pero cuidado, me digo, tiene los mismos ojos de animal disecado que su padre, el bruto de Ezequiel. Vete con tiento, me repito, aquí el menos pensado puede clavarte una navaja en el pulmón sin que se le tuerza el gesto.

—Hijo, no sabes cuántos padrenuestros he rezado por ti —dice tía Verónica, tomando mi cara entre sus dos manos arrugadas y acercándola a sus gafas de sol.

—Se comenta que quieres ocupar el puesto de Padre Guardián, ¿es eso cierto, Moisés?, —pregunta alguien.

—¿Te crees mejor que nosotros, Moisés?

—Los de Villa Milagro siempre barréis para casa, Moisés.

—Cómeme los huevos, Moisés.

Entre ese aluvión de rostros, distingo a los tíos David y Aarón retorciéndose las manos junto a la trituradora. El tiempo siempre es más cruel con las personas que padecen síndrome de Down. No deben de ser mucho mayores que yo, pero parecen dos ancianos.

—¿Sabes de qué me acuerdo ahora mismo?, —se me encara el tío Malaquías, y viene tan de frente que me obliga a retroceder un paso, mi espalda choca contra el pecho de alguno de mis primos—. Me acuerdo de Lloret de Mar. Qué poquito faltó para que te echáramos el guante en Lloret de Mar.

Hago lo que puedo por ignorar al tío Malaquías —que está gordo y desmejorado, la frente abombada y el rostro enmarcado por dos patillas cenicientas—, pero, como un flashazo, me viene el recuerdo: cuando hui, los Miralles mandaron una partida en mi búsqueda. La integraban el tío Malaquías y un par de parientes más, no sé cuántos exactamente. En Lloret de Mar estuvieron a punto de atraparme. No hacía ni una semana de mi huida; era de noche y yo rondaba las terrazas del paseo marítimo, a ver si algún guiri se dignaba a regalarme unas monedas o se animaba a invitarme a un bocadillo. De pronto, descubrí a Malaquías saliendo de un hostal, llevaba una foto en la mano —una foto mía, supongo, tal vez la misma que ahora cuelga del revés en el salón de Villa Milagro— y se la andaba mostrando a un grupo de jubilados. Me entró el pánico y salté el murete que separaba el paseo de la playa. Sin mirar atrás, corrí por la arena y me zambullí en el mar. Oí a Malaquías gritar mi nombre, dando la alarma, y distinguí a varias siluetas corriendo detrás de mí, creo que al menos uno de ellos se lanzó al agua a perseguirme. Nadé en la oscuridad hasta alcanzar la escollera del puerto y, una vez allí, me escondí agazapado entre las rocas, con medio cuerpo en el agua. Durante horas, los oí correr por el puerto, olfateándome como los perros que eran. Tenía razón el tío Malaquías: poquito faltó para que me echaran el guante aquel día.

Mis parientes estrechan el cerco a mi alrededor. He perdido de vista al tío Jacobo, hace ya un rato que no sé dónde está y eso me

hace sentir todavía más expuesto. Una vez más, me descubro buscando el rostro de la prima Samara, y una vez más no lo encuentro.

—¿Tienes sed? ¿Estás cansado? Toma, bebe —me dice alguien, y de pronto en mi mano hay un vaso de agua.

—Sea lo que sea lo que te traes entre manos, olvídalo. —El primo Isaac se abre paso hasta mí, me agarra del brazo y me impide beber; acerca su boca a mi oido—. Vete cagando leches. Es un consejo. Luego no digas que no se te avisó.

—Ánimo, Moisés —murmura alguien, muy cerca, y creo que lo dice con sinceridad.

Y en esas me encuentro, sepultado bajo una miríada de Miralles, aturdido y vulnerable, cuando, de la nada, aparece Ruth abriéndose paso entre la muchedumbre.

—Venga, hacedme un hueco, ya está bien, arreando.

Me abre los brazos, mi hermana.

—Ven aquí —dice.

Ruth me abraza y yo me refugio en su cuello.

Aprovecho para tomar aire unos segundos. Tal vez cinco, diez maravillosos segundos. Su pelo huele a champú de eucalipto.

Está cambiada, mi hermana. Más delgada. Más guapa, también. Ni siquiera en su veintena tuvo un aspecto tan atractivo como el que luce ahora. Aunque sigue delatándola ese porte algo bruto que siempre la caracterizó, las espaldas de nadadora, los gestos bruscos, pero qué diantres, tiene tipazo. Ruth no lleva gafas. Es extraño verla sin ellas. Desde muy chiquita, siempre las llevó. No sé si se ha pasado a las lentillas o si se ha operado de miopía. Viste una falda vaquera, medias negras, botas discretas, un jersey gris de cuello alto. Sensata, reservada, formal. Mi hermana. Es mi hermana y llevo quince años sin saber de ella. Y ahora mismo me está dando un abrazo que es un refugio y una bienvenida en un lugar donde prácticamente nadie quiere dármela.

Pero ya Ruth me libera, se acabó el descanso, ¿por qué tan breve?, y, de nuevo, quedo a merced de la jauría. Ruth intenta ganarme algo de espacio. Aparta sin contemplaciones a primos y sobrinos. Palmea manos. Da capones. Casi siento cómo el aire llega a mis pulmones.

—A ver, por favor, no agobiemos. Sé que este es un momento —

aquí Ruth duda un segundo antes de decir—: especial. Todos nos estamos preguntando qué va a pasar. Todos tenemos nuestras propias teorías y a todos nos encantaría exponerlas. Pero toca un poquito de paciencia, por favor, y un poquito de respeto también. Cada cosa a su debido tiempo.

El primo Ezequiel resopla ostentosamente. Llevaba un rato acechándome, callado, en segundo plano, y ahora mismo se decide a aproximarse; aparta sin contemplaciones al tío Melchor y a la tía Atalía, y se planta dando un taconazo justo enfrente de mí. En la mano lleva un enorme abrelatas industrial, un instrumento diseñado para abrir recipientes de veinte kilos y cincuenta centímetros de diámetro. La rueda dentada del abrelatas es como una sucesión de cuchillas de afeitar. Ezequiel dice:

—Yo voto por romperle los dedos de la mano. De las dos mejor. Eso para comenzar.

—Bueno, Ezequiel, esa es tu opinión. —Mi hermana no levanta el tono, ni siquiera le da un gramo de credibilidad al gesto amenazante de mi primo.

—Nobleza obliga —insiste Ezequiel—. ¿No somos Miralles, acaso? ¿Y qué hacemos los Miralles, se puede saber, con los traidores?

—Vamos a calmarnos, hombre.

El que acaba de hablar es el primo Salomón, quien, además, ha dado un paso adelante, conciliador, y se ha atrevido a apoyar una mano en el hombro de Ezequiel. Si con eso pretendía apaciguar a mi primo, es que no lo conoce. El efecto es, obviamente, el contrario. Ezequiel se revuelve y alza la barbilla, gruñe, levanta el abrelatas en gesto de amenaza.

—Que no me toques, eh, que no me toques.

Salomón se convierte en bicho bola.

—Vale, bueno, disculpa —dice.

No ha cambiado ni un ápice, el primo Salomón. Sigue igual de bienintencionado e igual de pusilánime. Ezequiel da un paso hacia mí. En sus manos, el abrelatas parece un machete. Hay un murmullo que corre de boca en boca: algunos jalean, otros —los menos— piden calma. Intento no mostrarme demasiado acobardado, aunque es difícil mantener el tipo cuando apenas puedo sostenerme en pie sin la ayuda de una muleta. Joder, se

suponía que a estas horas tendría un fajo de billetes en el bolsillo y estaría saliendo de Berinossent. Y, sin embargo, aquí estoy. Otra vez jugándome el pescuezo a cara o cruz.

—Dios no te quiere aquí, Moisés —murmura mi sobrina Lidia.

Por suerte, Ruth se encara a Ezequiel y me sirve de escudo. Mi hermana le saca un par de centímetros. Él siempre fue el más chaparro de todos los primos, aunque eso no le supuso ningún problema para convertirse también en el más desalmado. El primo Ezequiel tiene un cuello de toro y unos brazos acostumbrados a cargar sacos. Es guapo, el condenado. Barbilla con hoyuelo y mandíbula de actor de cine. Pelo frondoso y rizado, ni una puñetera cana: se conserva bien. Podría habérselas llevado a todas de calle, a pesar de su corta estatura, si no hubiera sido por esa forma suya de mirar. El primo Ezequiel abre demasiado los ojos y nunca pestañea.

Veo asomar la cabeza del tío Jacobo entre el gentío. Pero ¿dónde se había metido? Lleva colgada del cuello a una niña regordeta, con una expresión demasiado circunspecta para alguien de su edad.

—A ver, inútiles. Pero ¿es que no veis que llegáis tarde? ¡La paliza ya se la dio Zacarías!

—Jacobo, no te metas —gruñe el tío Malaquías.

—Pero ¡miradlo, por favor! ¡Si está hecho mierda! ¡Yo creo que Moisés ya ha captado el mensaje!

El tío Jacobo eleva su vozarrón para defenderme, pero un ataque de tos le sale al paso y le arrebata cualquier atisbo de dignidad.

—¡Cof, cof, cof!, —añade medio asfixiado—. Además… —Traga saliva—. Además, si en Villa Milagro han decidido perdonarle, ¿quiénes somos nosotros para llevarles la contraria?

—¡Que se vaya!, —grita alguien, creo que la tía Betania.

—Los de Villa Milagro siempre se han creído mejores que nosotros —dice otra voz, casi infantil, chillona, la de un chaval al que no conozco y que, sin embargo, es familiar mío.

—Miralles una vez, Miralles siempre —defiende la voz del tío Bartolomé desde algún lugar.

—Estos son tiempos difíciles. En eso estamos todos de acuerdo —dice la tía Atalía.

—Metámosle la cabeza en agua hirviendo —propone Ezequiel,

señalando una gran olla en la que bullen unas naranjas—. Así nos aseguramos de que no volverá a jodernos.

Ya no aguanto más. Venía acojonado, es cierto, pero la presencia de Ezequiel, lejos de amilanarme, me ha encendido. Desde críos, él y yo tuvimos nuestros más y nuestros menos. Sobre todo nuestros menos. Recuerdo un día en el que, después de echar una pachanga en el polideportivo de L'Escala de Berinossent, nos pusimos a discutir quién sabe por qué. Por lo de siempre. Por nada. Por todo. El caso es que, llegado cierto punto, Ezequiel se cansó de mí y me empujó a la carretera. No lo hizo con rabia, ni en un arrebato, lo hizo con un controlado y meditado propósito de hacer daño. Él tendría unos dieciséis años y ya apuntaba maneras de tío cachas. Yo tendría trece y era todo pellejo y huesos. Volé y choqué contra una motocicleta que pasaba. Podría haber sido una furgoneta. Me abrí una brecha en la cabeza que me cerraron con siete puntos. Todavía tengo la cicatriz. Justo encima de la ceja izquierda. Me gustaría mandar a Ezequiel a la mierda como se merece. Pero no soy idiota y sé que eso equivaldría a firmar mi sentencia de muerte. Lo que a mí me interesa es convencer a todo el mundo de que he cambiado. Hago un esfuerzo por ser educado. Más o menos.

—Ezequiel, no me busques, que me encuentras —le digo.

Mi hermana levanta las manos exigiendo calma.

—¡Ya está bien! ¡Vamos a comportarnos como adultos! —Ruth se esfuerza para que sus palabras se alcen por encima del griterío y también de los pitidos y traqueteos del taller—. Moisés ha venido a la Casa de Labores en calidad de invitado, ¿queda claro? Los Mayores lo esperan en la azotea. La abuela Galilea quiere hablar con él. Me ha dicho: es mi nieto y quiero escuchar lo que tenga que decirme. —Mi hermana coge aire. Coloca su rostro muy cerca del de Ezequiel, nariz rozando nariz—. ¿Os ha quedado claro a todos? ¿Te ha quedado claro, Ezequiel? ¿O es que piensas llevarle la contraria a la abuela?

—¿Y si nos damos la mano y aquí paz y después gloria?, —otra vez Salomón prueba a interceder. Una vez más, se empeña en apoyar su mano en el hombro de Ezequiel. Parece mentira que todavía no lo sepa: es como tirarle de la cola a un perro lobo.

—Salomón, no te metas —ordena mi hermana.

Obediente, este retrocede. Ezequiel, por el contrario, mantiene la misma actitud hostil, su rostro pegado al de Ruth. El tío Jacobo ha conseguido avanzar entre la muchedumbre y hacerse un hueco a mi lado. Ezequiel dice:

—Lo defiendes porque es tu hermano.

—Lo defiendo porque me han ordenado que lo defienda —responde Ruth.

—Al primo Lázaro no lo defendió nadie —gruñe Ezequiel—. Y, cuando llegó el momento, en la Casa de Labores hicimos lo que había que hacer. Aunque fuera de los nuestros. Aunque nos doliera.

—Ezequiel, la abuela Galilea ha dicho que quiere verlo.

¿Es posible que los labios de mi primo hayan temblado al mencionar a Lázaro, aunque fuera solo un poco? Mi hermana sigue ahí, firme e impertérrita, sin ceder un ápice ni amedrentarse, sin entregarse a los nervios o a los insultos, mi valiente, astuta Ruth. Por fin, Ezequiel dice:

—¡A la mierda!

A empujones, se abre paso entre el círculo de primos, tíos y sobrinos. Lleva los puños tan apretados que parece que se le van a romper las falanges. Antes de salir, golpea con el abrelatas un bote de aluminio y lo deja ahí clavado. Gotitas de almíbar se derraman a cámara lenta. Mi primo desaparece dando un portazo.

Bueno, pienso, ha ido mucho mejor de lo que esperaba. Quién lo iba a decir. A fin de cuentas, todavía sigo en pie.

Ruth me lanza una bofetada.

—Pero ¿a ti qué te pasa?, —me pregunta— ¿No me busques, que me encuentras? ¿Eso es lo único que se te ocurre decir?

Con una mano, me acaricio la mejilla.

—Ahora vamos a ver a los Mayores. Y esta vez más te vale mantener la boca cerrada.

Ruth me da la espalda y se dirige al cúmulo de Miralles. Les habla moviendo las manos, igual que un domador de circo en la jaula de los leones; parece que sus palabras surten efecto, mis parientes se van calmado poco a poco. Yo, sin saber muy bien cómo, me encuentro por fin libre de tanto ojo en llamas y de tanto dedo inquisidor. Tengo todo un rincón para mí, un poco de espacio donde tomar aire, una mesa de metal en la que apoyarme, un

segundo para bajar la cabeza y cerrar los ojos: inspirar, espirar y dejar la mente en blanco.

14. Justos o misericordiosos

Los labios de Ezequiel han temblado al mencionar al primo Lázaro —sí, estoy convencido de que lo han hecho: han temblado sus labios y puede que también haya temblado su voz—, y eso hace que yo, sin proponérmelo, piense en Lázaro, y también en Samara —que era su hermana— y piense, por último —una cosa lleva a la otra— en cómo debió de afectar a la Casa de Labores la traición de uno de los suyos.

El primo Lázaro tenía una forma de ser, una forma de existir, que rozaba la inexistencia.

Andaba como si el viento lo empujara.

Cuando el primo Lázaro intentó robar una manzana del Árbol de los Milagros acababa de cumplir veintiún años. El día de su cumpleaños le habían regalado un reloj de pulsera, porque en esta vida es importante ser puntual.

¿Es posible que sufriera algún tipo de retraso mental? No puedo asegurarlo a ciencia cierta. Pero, en todo caso, eso es algo que en mi familia no se puede descartar a la ligera: a fin de cuentas, la endogamia tiene sus consecuencias. Le faltaba un hervor. Esa es la frase con la que el asunto quedaba zanjado siempre que el primo Lázaro aparecía en una conversación. Mi madre cambiando la funda de un cojín, deteniéndose un momento en sus labores para levantar el dedo índice y decir:

—Lo que le pasaba a tu primo Lázaro es que le faltaba un hervor.

La otra explicación más extendida entre la familia era que el primo Lázaro era homosexual. Porque claro, la única razón por la que un Miralles podía no ser un compendio de testosterona y fiereza era que había nacido con los cojones encogidos y un poquito sarasa. Así se las gastan en los pueblos. Así se las gastan en mi familia. Dios nos salve de los maricones y de las lesbianas.

Yo no estuve presente durante el juicio al primo Lázaro. Se celebró en la Casa de Labores y, en representación de Villa Milagro, asistió mi padre, quien nunca refirió palabra alguna de lo sucedido. Sin embargo, Samara me habló muchas veces del ambiente que se

vivió ese día en la Casa de Labores, de modo que creo que puedo hacerme una idea. Ella tenía catorce años cuando todo esto sucedió. Era una chavala despierta y, aunque los adultos quisieron mantenerla ajena al asunto, enseguida se las apañó para atar cabos sueltos y comprender que estaba sucediendo algo raro. Dos o tres frases dichas a media voz. Un cenicero lleno de colillas. Sus tías cargando un barreño de agua y varias toallas por la escalera. Cosas así.

Samara me contó que, el día del juicio, vio a su madre llorando en brazos de la abuela Galilea. Ella captó la escena de refilón, a través de la puerta medio entornada del baño. Su madre lloraba sentada en el bidé y apoyaba la cabeza en la falda negra de la abuela Galilea, que se mantenía en pie apoyada en su tacataca. La tía Sara —que murió hace años de una trombosis pulmonar— y la tía Atalía la rodeaban en silencio, manteniendo una distancia que a Samara, ya entonces, le pareció cobarde. Sus tías, mis tías, actuaban como si el dolor de la madre de Samara pudiera contaminarlas de algún modo. Aunque nadie se estaba bañando, el grifo de la bañera estaba abierto. Alguien se percató entonces de que Samara las estaba espiando, hubo un revuelo de ropas, la puerta se cerró y la imagen desapareció. A ella la mandaron a su cuarto con el encargo de cuidar de Esther. Esta era una criaja y solo preguntaba:

—¿Por qué estamos castigadas? Yo me he portado bien. ¿Es por tu culpa? Siempre nos castigan por tu culpa.

Más tarde, mientras el juicio a Lázaro se desarrollaba en el taller de la planta baja, todos los menores de la Casa de Labores fueron reunidos en el salón de la azotea, donde vivía la abuela Galilea y donde normalmente se reunían los Mayores. Allí estaba Samara, con catorce años; Esther, con doce; Isaac, con doce también; Jonás y Teodora, con ocho; Tobías, con dieciséis; Águeda, con cuatro; y otros que ahora mismo no alcanzo a ubicar. Samara me explicó el modo como la abuela Galilea les dio a todos la bienvenida, ahuecando cojines y repartiendo caramelitos de limón. Les preguntó qué querían para cenar. La mayoría de los niños dijo que *pizza*. La abuela Galilea dio algo de dinero a Ezequiel, que por aquel entonces era un mozo de casi veinte años, y lo mandó a comprar *pizza*. También refrescos para todos —sin cafeína, por favor—. En la Casa de Labores prácticamente nunca se pedía comida para llevar y, al

principio, los niños pensaron que esa debía de ser una noche de fiesta y se alegraron. El tío Malaquías y el tío Bartolomé trajeron el televisor del apartamento de este último y lo instalaron en el salón de la azotea. Al contrario que en Villa Milagro, en la Casa de Labores sí estaba permitida la televisión, aunque se consideraba un pasatiempo superfluo, una debilidad incluso, y solo unos pocos apartamentos tenían una. Desde luego, la azotea de los Mayores no tenía, por eso el tío Bartolomé ofreció la suya. Mientras esperaban la llegada de Ezequiel y de las pizzas, la abuela pidió a todos los niños que se sentaran en el suelo formando un círculo. Todos juntos rezaron un avemaría. Luego un padrenuestro. Luego un salve regina. Luego un magnificat. La voz de la abuela Galilea, firme y clara, sobresalía por encima de las infantiles y las guiaba a través de los salmos cuando alguno se despistaba con un verso. Las pizzas llegaron y Ezequiel se disculpó por la tardanza: por lo visto había tenido que atender otros recados. A Samara le pareció que traía los ojos rojos, y pensó que debía de haber estado dándole al canuto, solo que no traía la expresión derretida y feliz del emporrado, más bien parecía afligido; por un segundo Samara pensó que Ezequiel había estado llorando. Desde la escalera llegó un rumor de pasos demasiado precipitados. La casa entera parecía estar en movimiento. Alguien, en algún lugar, gritó la palabra alicates.

La abuela Galilea chasqueó los dedos y pidió: por favor, niños, oídme, un poquito de atención. Esa noche, les comunicó, iban a dormir sin sus padres. Todos los primos juntos en el salón de la azotea. Como si estuvieran de campamento. Los Miralles estaban siendo puestos a prueba, eso les dijo la abuela Galilea, endureciendo el gesto, y ellos, los más pequeños, también debían superar esa prueba. Su tarea era portarse bien. Terminarse la cena. Ver la televisión y distraerse. Dormirse sin escándalos. No tener pesadillas.

Mientras la abuela Galilea hablaba, Samara solo podía pensar: ¿dónde está mi madre? Quiso preguntarlo, pero se acordó de la escena del baño y optó por callarse. Y eso que ella nunca fue de callarse nada ni tampoco de achantarse ante nadie. ¡Menuda era Samara! Si ella y yo nos llevábamos tan bien —si pudimos querernos como nos quisimos—, fue porque su mala leche encajaba como un guante con mis ganas de tocar los cojones.

Al terminar su charla, la abuela Galilea se le acercó como por casualidad.

—Samara, bonita, ven aquí. Traes el cuello hecho un desastre.

Mientras le desdoblaba y alisaba el cuello de la blusa, la abuela Galilea le dijo algo que ella nunca pudo olvidar.

—¿Sabes, mi niña? El Buen Señor, en su infinita sabiduría, puede ser justo y a la vez misericordioso. Pero nosotros no. Nosotros solo podemos ser una de las dos cosas. Justos o misericordiosos. Medita sobre ello. Esta noche. Ya eres mayorcita. Medita sobre ello.

Esa noche no hubo fiestas ni juegos. Eso me contó Samara. De algún modo, los niños se contagiaron de la atmósfera lúgubre que impregnaba la casa y comieron la *pizza* en silencio, vieron la tele sin risas, se acostaron disciplinados en unos colchones que la familia había dispuesto en el salón y se durmieron. Samara, en cambio, no conseguía conciliar el sueño. Con cuidado de no despertar a los más pequeños, se levantó y se acercó a la cristalera de la galería. En la calle titilaban las luces amarillas de las farolas y, muy de vez en cuando, alguna ráfaga fantasmal, que eran los faros de un coche o de una moto. A lo lejos se adivinaba una mancha oscura, más oscura aún que la noche: era el mar. Fue entonces, a esas horas tardías, contemplando la calma del Berinossent nocturno, cuando, de pronto, Samara cayó en la cuenta de que no había visto a su hermano Lázaro en todo el día.

—Apenas tengo recuerdos de él —me confesó Samara una tarde, tumbados los dos sobre nuestras propias chaquetas, en la Cala del Señorito—. Era mi hermano y, en cierta forma, es como si no hubiera existido nunca.

El primo Lázaro recibió una paliza que casi acabó con su vida y después fue condenado al exilio. Le avisaron de que, si algún día le daba por reaparecer, le rajarían el pescuezo y usarían sus carnes como abono para los naranjos. Todo esto sucedió en Berinossent, en la Casa de Labores, a principios de septiembre de un año cualquiera, sin que ni las autoridades ni ningún vecino sospechase nada.

Nunca nadie volvió a tener noticia del primo Lázaro.

15. Por golosas murieron

Mis familiares de la Casa de Labores han instalado un ascensor aprovechando el hueco de la escalera. Ya era hora, copón. Llevaban planeándolo y anunciándolo desde el mismo día en el que comenzaron a edificar el bloque de apartamentos: algún día, ya veréis, en este hueco instalaremos un ascensor. De tanto repetirlo se convirtió en una broma familiar: ¿cuándo piensas recoger tu habitación?, cuando la Casa de Labores tenga ascensor. Y bueno, quién lo iba a decir, al final cumplieron con lo prometido: es innegable que eso de ahí es un ascensor. Viejo, roñoso, una auténtica reliquia, pero un ascensor al fin y al cabo. Me pregunto de dónde habrán sacado un cacharro así. No creo que ninguna compañía española instale ascensores de segunda mano, pero sin duda este lo es. En lugar de puerta tiene una verja que protesta al desplegarse. Parece de Europa del Este. Cajas de metal destinadas a durar mil años, hijos del comunismo y la necesidad, ascensores feos, prácticos, ruidosos: una mezcla entre locomotora y ataúd. El ascensor chirría de un modo horroroso mientras sube esforzadamente los seis pisos de la Casa de Labores.

No estoy solo. Ruth se ha ofrecido a acompañarme a visitar a los Mayores. Mantenemos un silencio incómodo que no comprendo. Vamos a ver, en el taller Ruth me recibió con un gran abrazo, me defendió ante los embates del primo Ezequiel, parecía que estaba de mi parte, pero ahora que nos hemos quedado solos, mi hermana se muestra arisca, los brazos cruzados, la cabeza alzada, pone mucho esmero en fijar sus ojos en el techo, en no mirarme a la cara. ¿A qué viene ese cambio de actitud? Abajo, en el rellano, hemos dejado a la turba de primos, tíos y sobrinos. Justo antes de subirme al ascensor, el tío Jacobo se adelantó para darme un apretón animoso en el antebrazo.

—No la cagues —me dijo.

En la pared del ascensor hay un cartel pegado con cinta adhesiva. Alguien ha escrito con rotulador rojo: no fumar, un poco de respeto. Ruth saca un cigarrillo y lo enciende. No me ofrece uno. Escupe el humo directamente hacia el cartel. Recuerdo a mi madre,

esta misma tarde, sentadita en el porche, quejándose de que entrar en la casa de su hija era como adentrarse en un cenicero. El ascensor se detiene en el sexto piso. Ruth muerde el cigarro y, con ambas manos, abre la verja soviética que hace las veces de puerta.

—Espérate un momentito —me dice, mostrándome el cigarro—. Que no he terminado.

Nos quedamos allí, de pie, junto a la escalera, frente a la única puerta que hay en el rellano de la azotea.

—Muchas gracias —le digo—. Me has salvado el culo abajo.

Ruth hace como quien oye llover. A través del humo, me lanza una mirada desdeñosa.

—Estás guapa. Y delgada.

Mi hermana fuma despacio. El humo se le escurre entre los dientes como si quisiera morderlo. Del otro lado de la puerta nos llega el trino melódico de unos pájaros.

—Oye, no me tengas en cuenta lo de antes. Faltarle al respeto a Ezequiel fue una tontería. Ya lo sé. Pero es que me enciende. Qué le vamos a hacer.

Mi hermana me mira y sonríe. Es una sonrisa que no va dedicada a mí, sino más bien a un auditorio invisible. Sonrisa cínica, llena de superioridad, que queda desdibujada tras la maraña de humo.

—¿Por qué no dices nada?, —insisto—. O sea, entendería que estuvieras cabreada conmigo. Qué coño, entiendo que todos estéis cabreados conmigo. Me fui y no di señales de vida. Os dejé colgados, soy consciente de ello. Pero óyeme, Ruth, no sabes la de veces que pensé en escribirte. De verdad. En escribirte a ti en concreto.

—¿Has acabado?, —pregunta ella.

—No lo sé —respondo yo.

—Venga, vamos a ello —dice mientras apaga el cigarro en la barra de hierro del pasamanos. La colilla se la guarda en el bolsillo de la falda vaquera. Me encojo de hombros. Familia de tarados.

Entramos sin llamar. Las puertas de la Casa de Labores, por definición, siempre están abiertas: entre Miralles no hay secretos. El pasillo es corto e inundado de muebles: un bargueño, un pequeño armario de puertas abatibles, un paragüero, un baúl decorado con motivos florales, un misal de porcelana. Enseguida llegamos al

salón, que sufre el mismo exceso de mobiliario que el pasillo, si no más: aquí ni el rincón más discreto queda sin aprovechar. Hay relojes de cuco encajados entre las estanterías, revisteros de cuero encima de las butacas, un biombo de reminiscencias orientales, crucifijos colgados de la pared, angelitos de mármol, un calendario de 1998 con el retrato de Juan Pablo II, una lámpara de araña demasiado grande y demasiado pomposa que cuelga a muy poca altura de la mesa central, como si alguien quisiera prensar el salón. En el piso de los Mayores cada mueble esconde una historia, cada jarrón, un porqué, hasta el recogemigas más insignificante merece ser exhibido y reverenciado. Y es que, hijo mío, ¿no lo sabías?, la memoria de nuestros antepasados vive en las cosas que dejaron atrás. En esa silla de esparto trenzado se sentaba la abuela Betsabé; en ese viejo zapatero guardaba sus botas de montar el bisabuelo Job, ese abanico con incrustaciones de marfil perteneció a tu tatarabuela Séfora. Coronando el salón, sobre una mesita rococó, se alza un cuadro que mide más de metro y medio de alto y otro tanto de largo y que representa al manzano. Solo que ese no es el árbol del patio de Villa Milagro, sino su versión idealizada: un hermoso ejemplar de elegantes ramas y frutos dorados, con un resplandor amarillo que surge mágicamente de las grietas del tronco como si alguien lo hubiese rellenado con led. Ese es el manzano que cualquier pintor de tres al cuarto pintaría para representar al divino Árbol del Bien y del Mal del Antiguo Testamento. Pero la imaginería religiosa poco tiene que ver con la botánica y con la realidad.

—Permiso —dice Ruth.

Una de las paredes del salón da paso a una galería acristalada. La luz blanca entra a bocajarro y me obliga a entrecerrar los ojos. También en esta parte de la casa sufren de horror vacui, aunque, en este caso, es de corte vegetal. Se acumulan como pueden los jarrones de mayólica y de cerámica, la galería es una pequeña selva doméstica. Culantrillos, ficus, colas de burro, cactus de todos los tipos, orquídeas de diferentes colores, petunias, margaritas. Entre tanto derroche de verde, destacan tres jaulas con pericos y jilgueros que no dejan de cantar. Apiñados entre las macetas, sumergidos en la claridad y el verdor, están los Mayores.

—¡Ay, hijo, pero si vienes hecho un cristo!

La que habla es la abuela Talita. La descubro sentada en una butaquilla de mimbre junto al rincón de las orquídeas; al verme ha dejado la labor sobre el regazo y me extiende los brazos. En el centro de la galería descansan el abuelo Tadeo y la abuela Belén. Los dos comparten un estrechísimo sofá, están tan juntos que parecen un mismo ser bicéfalo. Me miran a través de sus gafas idénticas, de culo de vaso; en sus rostros no se trasluce ninguna emoción, creo que algún fusible se les debió de fundir hace tiempo. Balanceándose en la mecedora de bambú está la prima Bernice, a la que todos llaman la Dolça. La Dolça es gorda, achaparrada y autista. Técnicamente, ella no forma parte de los Mayores —apenas tiene treinta años—, pero, por alguna razón, se crio toda la vida entre los ancianos de la familia —de verdad que ahora no recuerdo por qué: quizá su madre murió en el parto o algo así—. En el extremo izquierdo de la galería, sentada en una silla de ruedas, está lo que queda de la abuela Galilea.

—Abuela, mire quién ha venido. Es su nieto Moisés. Con las ganas que tenía usted de verlo. —Ruth se adelanta y se arrodilla junto a la silla de ruedas—. Abuela, ¿está usted despierta?

Cuando me fui, la abuela Galilea era ya muy vieja, condenadamente vieja, la más mayor de entre los Mayores. Ahora mismo, quince años después, es un cadáver que a duras penas respira. Da grima verla. Medio calva, con cuatro mechones mustios cayéndole sobre la cara, se le distingue con facilidad el hundimiento de las sienes en el cráneo, las junturas del maxilar, la mandíbula. Una línea de legañas sella sus párpados. La abuela Galilea ya no tiene fuerzas para erguirse y, a base de vivir encogida sobre sí misma, le ha crecido una joroba horrible. Una frazada a cuadros le cubre las rodillas, entre sus manos retorcidas sobresale un pañuelo de tela rígido de mocos secos. Todavía lleva los dedos saturados de anillos.

Verla así, tan demacrada, me causa una honda impresión. Pero enseguida la sorpresa —¿la pena?, ¿el asco?— da paso al alivio. De hecho, casi me entra la risa tonta. ¡Y pensar que lidiar con la vieja arpía me tenía acojonado! Por suerte, esa de ahí no es la abuela Galilea que yo conocí. Es solo su carcasa, un atajo de huesos y piel y legañas sin fuerzas ni propósito. Ese cadáver de ahí no puede considerarse un enemigo que tener en cuenta.

—¿Es que no vas a darles un beso a tus abuelos?, —dice Ruth, elevando un poco la voz, para que todos la oigan.

—Pues claro que sí. —Y recojo el reto con una sonrisa postiza.

Avanzo hacia los Mayores con un desparpajo que, creo yo, se parece bastante a un gesto de sincera fraternidad. Ver tan demolida a la abuela Galilea me ha insuflado nuevas fuerzas. De pronto, me veo capacitado para interpretar, si las circunstancias lo requieren, el papel de nieto zalamero. Y ya me preocuparé después, a su debido tiempo, de todos esos detallitos puñeteros que amenazan con volverme loco. Ya veré cómo consigo la pasta que, teóricamente, me tiene reservada la señora Nissenbaum. Ya veré cómo salgo de Berinossent con los bolsillos rebosantes de billetes. Ya veré si, al final, me escapo a vivir a un bungaló de Indonesia o mejor me alquilo un pisito discreto en Ecuador. ¿No hemos venido aquí a jugar? Pues venga, juguemos.

Primero me dirijo a la abuela Talita, quien me sujeta el rostro cuando me inclino a besarla, escrutándome el vendaje de la nariz sin ningún miramiento.

—Menudo torpón estás hecho. —Su dedo gordezuelo presiona mi nariz rota, contengo un grito y ensancho mi sonrisa.

—Qué pizpireta la veo, abuela Talita —le digo, y me aparto del alcance de sus manos, dolorido.

—Uy, este no ha cambiado ni una pizca, menudo adulador está hecho, cuidadito.

La abuela Talita es una vieja rechoncha y sanota. Las mejillas todavía tersas, la boca chiquita, los ojillos de conejo. Está bordando unas letras doradas en una mantita azul pálido. La abuela Talita siempre se las apañó para vivir en un segundo plano, sin pringarse y evitando que la pringaran. No tengo nada malo que decir sobre ella. Tampoco nada bueno.

—Hola, abuelo Tadeo. Hola, abuela Belén.

Estos no se inmutan cuando los beso en la mejilla. Es increíble cómo el paso del tiempo los ha ido igualando. Cualquiera diría que, en lugar de primos casados en tempranas nupcias, son hermanos gemelos. Las bolsas bajo los ojos, la calvicie, los pellejos que les cuelgan del cuello, las orejas absurdamente grandes, todo les ha ido menguando o creciendo a la par, como buscándose en un espejo. Hasta las gafas son las mismas, y diríase que también la graduación.

Ambos siguen cada uno de mis movimientos con atención, pero no dan señales de entender quién soy yo ni qué es el mundo. Me recuerdan a un par de iguanas.

—Pero bueno, Bernice, ¿no vas a darle un beso a tu primo? —Mis labios rozan la mejilla grasienta de la Dolça, que se encoge como si le estuviera haciendo cosquillas.

Por fin, llego frente a la abuela Galilea. Me arrodillo junto a ella, apoyándome en la muleta, doliéndome del costado. Me cuesta, pero al final termino adoptando una posición indudablemente candorosa y servicial. Pienso: lo estás haciendo bien, chaval, tú sigue así, copón.

—Abuela —digo—. Abuela, despierte.

La respiración dormida de la abuela Galilea suena igual que un escape de gas. Es evidente que el mero hecho de inspirar y espirar le supone un dolor y un esfuerzo. Por un momento me apiado de ella. Pero solo por un momento. Le dirijo una sonrisa a mi hermana, buscando su complicidad, pero ella se limita a sostenerme la mirada con fiereza, de nuevo esa suficiencia en su rostro. Pienso: hay algo que ella sabe y yo no. Me corrijo: hay algo que ella siempre supo y que yo nunca sabré.

La abuela Galilea abre los ojos. Lo hace trabajosamente, acompañando el esfuerzo con un repertorio de gruñidos adormecidos. Juraría que he oído crujir la costra de sus legañas al separarse. Sus ojitos son apenas dos grietas minúsculas, ni siquiera alcanzo a distinguir sus pupilas. Dudo que la abuela Galilea pueda ver un carajo.

—Abuela, ¿es que no me reconoce? Soy Moisés. El hijo de Noé y Raquel. Su nieto. ¿Ve? No haga caso de tanta venda y tanta tirita, ya sé que no parezco yo. Es que… Es que, verá, he tenido un accidente.

—Muy torpón, siempre fuiste muy torpón —apostilla la abuela Talita desde su rincón.

De la boca de la abuela Galilea sobresalen unos dientes amarillos, asimétricos, horrorosos. ¿A qué me recuerdan esos dientes? Ah, sí: la abuela Galilea parece un pez abisal. Las dos rajitas legañosas parecen buscarme en el aire siguiendo el sonido de mi voz, es como si me husmeara; yo hago una pausa esperando que diga algo, pero lo único que sale de sus labios es esa respiración

mojada. ¿Se puede saber por qué mi familia se ha empeñado en traerme aquí? ¿De verdad el cuerpo devastado de la abuela Galilea es todavía capaz de articular palabras? Como para llevarme la contraria, la abuela Galilea dice:

—No, no, no, él no, ahora no, he dicho que no.

Y luego tose. Y al toser, su cuerpo entero tiembla como si fuera a desmoronarse.

—Moscas —musita la abuela Galilea—. Dos mil moscas.

Y no tiene tiempo de añadir nada más, enseguida una expectoración le sale al paso y le atraganta las palabras.

Durante cerca de un minuto, la abuela Galilea se dedica a extraer mucosidades que van impregnando el pañuelo de tela. La mano que lo sujeta es puro temblor, y Ruth acude presta para limpiarle la saliva, le repasa la barbilla con el pañuelo, le peina dos mechones macilentos para que no le caigan sobre los ojos. La abuela respira con avaricia, acaparando el aire, como si se estuviera ahogando. Un par de jilgueros dan saltitos y trinan dentro de sus jaulas. A mí la vista se me va a los cristales de la galería, y es así como descubro el estrago que el turismo ha hecho en Berinossent. Antes, desde aquí, se podía ver el mar conquistando el horizonte; ahora solo hay edificios de apartamentos. Al Mediterráneo no le queda más remedio que apretujarse, con esfuerzo, entre dos edificios gemelos, apenas una estrecha línea azul. Las ventanas de los apartamentos tienen las persianas cerradas a cal y canto, se nota que estamos en temporada baja. Una constelación de carteles de se alquila.

Estoy a punto de levantarme y proponerle a Ruth que nos vayamos, tampoco es plan de molestar, qué sé yo, fue un gusto volver a ver a la abuela, pero, total, para qué abusar, lo mejor sería dejarla dormir la siesta, lo digo por su bien, venga, ya nos veremos, hasta nunca, arrivederci. Pero antes de que pueda decir esta boca es mía, la abuela Galilea extiende un dedo enjoyado y señala un sillón.

—Siéntate —ordena.

Yo la miro, sorprendido al escucharla tan lúcida. Ella comienza a dar órdenes con una voz que suena igual que un graznido.

—Café. Café. Café para Moisés. ¡Café! —Y luego, husmeándome con sus ojos ciegos, insiste—: Que te sientes he dicho.

Yo obedezco —cómo para no hacerlo— y cojeo hasta un sillón

orejero tapizado de felpa verde. Hago el gesto de sentarme y ella me chista.

—Ahí no. Más cerca. Trae el sillón aquí. Quiero verte bien. —Y enseguida, estirando ese cuello de tortuga que parece que se le va descoyuntar—: ¡Café!

Por la puerta del salón aparece Samara. Tardo un segundo o dos en reconocerla, un par de pestañeos incrédulos. Su melena rizada ha desaparecido y, en su lugar, lleva el pelo muy corto. A mí, su entrada me sorprende en una posición ridícula, acercando el sillón hacia la galería, medio en cuclillas, medio de pie, la misma postura que uno adopta cuando va a cagar. Me la quedo mirando, a mi prima, a la que fue mi prometida, y no me puedo creer que haya aparecido así, sin más, es absurdo, solo cruzar la puerta y listo, como si doblar el espacio-tiempo por la mitad fuera tan sencillo como chasquear los dedos.

Pienso: de modo que fue por eso que Samara no vino a darme la bienvenida junto al resto de la familia —y cuando digo darme la bienvenida quiero decir a maldecirme o a golpearme o a escupirme o a abrazarme o a lo que sea—: ahora es ella la encargada de cuidar de los Mayores. ¿Es eso un premio o un castigo? No lo sé y no me importa un pimiento ahora mismo. Samara se ha cortado el pelo a lo garçon. Su melena rizada, en la que tantas veces caracoleé los dedos, ya no existe. ¿Cómo ha podido cortarse el pelo, me pregunto, con lo orgullosa que estuvo siempre de su melena indomable? Siento cómo cada gota de mi sangre se vuelve cubito de hielo. Todavía no he sido capaz ni de acercar el sillón ni de sentarme. Sigo en esta posición innoble, aferrado a la muleta para no caerme, contemplando a mi prima con expresión de pasmarote. Ella finge que no existo.

—¿Llamaba, abuela?, —pregunta.

—Hija, ¿no ves que tenemos invitados? Anda, bonita, tráele una taza de café a… —La abuela Galilea duda. Su rostro se parece a una vela derretida—. Cielo, tráele un café a… —No sabe cómo terminar la frase.

—A Moisés —intercede Ruth, mientras busca asiento en un taburete cercano.

—Tráele un café a Moisés, hija, anda —dice la abuela Galilea, y agita una mano tintineante de anillos, como reprochándose la

torpeza, enfurruñada consigo misma. Tal vez por eso, para compensar su olvido, para dejarnos claro que es mejor no confiarse con ella, añade con autoridad—: Y para mí un poleo menta. ¿Alguien más quiere poleo menta? ¿Tú tomas algo, Ruth?

—No, gracias.

—Un poleo menta me sentaría divinamente, muchas gracias —dice la abuela Talita.

—Enta —balbucea la Dolça.

La abuela Galilea da una palmada.

—Entonces no se hable más, poleo menta para todos. Menos para tu prima Ruth, que, como siempre, no quiere nada, no sea que vaya a debernos algo. Ah, y acuérdate de calentar un poco de leche para Moisés. A estas horas, un café con leche levanta los ánimos al más pintado. —Mientras habla, tan cabal, a la abuela Galilea la delata un tic incontrolable en la cabeza—. Y ya que estás, trae también el azucarero bueno. El de los girasoles. El que me gusta.

—Poleo menta para todos, menos para Ruth, y un café con leche para el invitado —repite Samara—. Enseguida.

Y se va. Sus pasos amortiguados —Samara va descalza— se encaminan hacia la cocina.

A tomar por culo el universo entero. Eso es, sí, señor, a tomar por culo la abuela Galilea, el resto de los Mayores, mi hermana, la amenaza que pende sobre mí desde que entré en la Casa de Labores, mi padre moribundo, el Árbol de los Milagros, la señora Nissenbaum y su oferta: ahora mismo absolutamente todo lo que existe o existió o existirá me la pela a dos manos. Acabo de volver a ver a Samara y ha sido como si mi memoria se hubiera derretido de pronto y, de sus restos goteantes, hubiera brotado una nueva y extraña realidad. Mi prima estaba cambiada —lo contrario habría sido raro—, ahora su cuerpo es más rotundo, las caderas de mujer, y no de niña, está claro que ya no es aquella chavala flacucha a la que conocí y frecuenté y ausculté jugando a los médicos. Había cierta calma pedregosa en sus gestos que antes yo nunca había visto en ella. Pero eso sí: los ojos eran los mismos. Ojos de lacrimal largo como los de Jennifer Connelly.

La abuela Galilea me saca de mi ensimismamiento.

—Tu padre vino a vernos —dice.

—¿Qué?, —musito yo.

—Digo que tu padre vino a vernos. ¿Sabías eso? ¿Alguien te lo ha contado? Una semana antes de que la serpiente lo acechara, tu padre se presentó de improviso en la Casa de Labores y pidió subir a vernos.

—Ay, pobre Noé, qué mala suerte ha tenido, Dios nos asista. —La abuela Talita se santigua.

—Se sentó en ese mismo sillón en el que tú estás ahora. —La abuela Galilea sigue hablando y a mí me parece que no puede ser, tengo la impresión de que es un muñeco y que algún ventrílocuo invisible le mueve la boca y le inventa esas palabras que ella, por su cuenta, sería incapaz de pronunciar. ¿De dónde saca las energías ese cuerpo decrépito para seguir hilvanando un discurso cabal y serpenteante? Hay algo antinatural en la verborrea que maneja y en su cabeza calva y en sus dos ojos ciegos y en su boca de pez abisal —. Yo creo que tu padre venía borracho. Por lo menos le olía el aliento a mistela. Últimamente bebía mucho. ¿No te ha contado tu madre los jaleos que montaba por la noche, las broncas con Zacarías, las botellas enterradas en el huerto?

—No —digo, y de reojo miro a Ruth, busco su ayuda, su complicidad al menos, pero ella se mantiene aparte, sentada tras de mí, con las piernas cruzadas y el rostro hermético.

—Tu madre siempre se lo calla todo. Ese es su mayor defecto. Bien lo sé yo, que la conozco desde niña. Pregúntale cuando la veas. Pero en todo caso: tu padre se sentó ahí, olía a mistela, parecía nervioso, o borracho, o ambas cosas, y nos dijo que había soñado con tu regreso. Dijo que… —Aquí la abuela se atraganta, carraspea, tose—. Dijo que volverías y que nos ayudarías a guardar el manzano. Igual que hizo al final el bisabuelo Miguel.

—Escupo en su alma —interrumpe la abuela Talita.

—Escupo en su alma —repite Ruth.

—Escupo en su alma —dice la abuela Galilea.

—Escupo en su alma —remato yo.

Lo he dicho sin pensar, de forma maquinal, supongo que es difícil abandonar ciertos hábitos. Y, enseguida, me pregunto: ¿cuántas veces habrán escupido mis parientes en mi alma? Teniendo en cuenta, además, que a mí nadie me nombró nunca teniente coronel, como sí fue nombrado el bisabuelo Miguel, ni tengo madera de héroe, como todos dicen que tenía él, ni tampoco

he aparecido después de muchos años de huida para salvar la alquería, como hizo el bisabuelo Miguel: si no llega a ser por él, Villa Milagro no habría sobrevivido a la Guerra Civil.

Hay un jilguero especialmente juguetón que no deja de dar saltitos en su jaula. Cada brinco va acompañado de un trino. La Dolça se balancea en su mecedora. Mueve las manos sin parar, agitando sus dedos cortos y gordezuelos, parece como si hablara el lenguaje de los sordomudos. La abuela Galilea sigue:

—Tu padre dijo todo eso: que ibas a volver y que nos ibas a ayudar. Y yo, a modo de respuesta, le recité la fábula del panal de rica miel.

Por una extraña coincidencia, los pájaros detienen a la vez su canto y el silencio se vuelve estridente.

—A un panal de rica miel —recita la abuela— dos mil moscas acudieron, y por golosas murieron presas de patas en él… ¿Te acuerdas de la fábula del panal de rica miel, cariño?

—Claro que sí, abuela, me la recitabas todos los domingos. Aún me la sé de memoria.

Y lo que no digo es: todavía ahora, a veces, cuando estoy a solas en una habitación, a ser posible a oscuras, cuando el silencio me envuelve como una red de pescar, todavía ahora, no importa lo lejos que me encuentre de Berinossent, en Bolivia o en Shanghái, todavía ahora me sorprendo recitando esa vieja fábula de Samaniego. O algún versículo de la Biblia que la abuela Galilea se empeñó en amartillar en mi cabeza. O una canción de cuna, tenebrosa y azul, que alguien me cantaba cuando era niño: la lluna, la pruna, vestida de dol… Esas y no otras son las palabras que acuden a mi cabeza cuando la mente se me queda vacía de pensamientos. Desde las tinieblas me brotan inevitables las palabras que otros me metieron dentro cuando yo todavía no era capaz de crear las mías propias.

—Tu madre dice que has viajado mucho, que estás hecho todo un trotamundos. ¿Es cierto?

—Supongo que sí. La verdad es que no he parado quieto. Estuve en…

La abuela Galilea me interrumpe:

—Yo nunca he salido de Berinossent. ¿Y tú, Talita? ¿Tadeo? ¿Belén? ¿Tú has salido de Berinossent, Dolça, bonita?

Al oír su nombre, la Dolça interrumpe su baile de manos y sonríe. Los abuelos Tadeo y Belén no dan señales de entender la conversación, aunque me observan con una hostilidad creciente. La abuela Talita entrechoca las agujas de hacer punto. Dice:

—Yo una vez acompañé al abuelo Cirilo a Valencia a comprar una segadora para el tractor. Comimos en un restaurante que tenía piscina.

—Ninguno de nosotros hemos salido de Berinossent —sigue la abuela Galilea—, pero estamos muy al tanto de cuanto acontece ahí fuera.

—Todos los días escuchamos el boletín de las diez y el de las cinco.

—Cada noticia es peor que la anterior. Hay violaciones, atracos, secuestros. El mundo es un lugar horrible, horrible, horrible.

—Un señor alemán quedó con otro señor alemán, le dijo que se lo quería comer, este dijo que de acuerdo y se lo comió.

—Horrible, horrible, horrible. —La abuela Galilea parece haberse atascado en esa palabra.

Yo intento meter baza, rebajar el tono con algún comentario, aunque solo sea por disimular, pero antes de que abra la boca ya mi abuela vuelve a la carga.

—También para nosotros estos son unos tiempos aciagos. Los peores que nos tocó vivir. Aquí, en la Casa de Labores, muchas niñas y casi ningún niño. Y en Villa Milagro, aún peor. Negro futuro se viene.

—¡Galilea, mujer, tú siempre tan dramática!, —ríe la abuela Talita, mientras enrolla un carrete de hilo púrpura.

De la garganta de la abuela Galilea brota un chasquido. No consigo identificar su origen. ¿Ha sido la vértebra al recolocarse en su joroba? ¿O ha sido un chasqueo de lengua? La abuela Galilea sigue hablando como si las palabras le saltaran de la boca a la vez, empujándose:

—Tu primo Ezequiel y tu primo Jonás y tu primo Isaac y tu tío Malaquías vinieron a proponerse como sustitutos de tu padre. Dijeron: ¿acaso no somos todos hijos del manzano? Dijeron: ese hombre se nos muere cualquier día. Dijeron: el árbol sagrado no puede quedar en manos de Zacarías y de un botarate como Gabi. Dijeron: es hora de que la Casa de Labores dé un paso al frente y

ocupe el lugar que por derecho le corresponde. Eso dijeron. Y yo les dije: paciencia, paciencia, paciencia. ¿A santo de qué tenéis tanta prisa en cambiar lo que nunca ha cambiado? Paciencia. Eso les dije. Y también…

La abuela Galilea se calla. De pronto parece alelada. Sus ojos legañosos recorren la habitación como si persiguiera mariposas.

—No me interrumpas —dice, a pesar de que nadie ha abierto la boca, y repite—: He dicho que no me interrumpas. —De nuevo, suena ese chasquido que no sé identificar y que me pone la piel de gallina—. Todo eso ya lo sé, qué me vas a contar, sé de sobra que Zacarías es un muchacho, un muchacho aplicado. Yo no digo lo contrario. Claro que no. Zacarías es un muchacho aplicado, un muchacho aplicado, un muchacho aplicado. Pero también es mantequilla. Zacarías es un caballito de mar. Es una cuchara, de ningún modo es un cuchillo, ni siquiera es un tenedor o un mondadientes: es una cuchara. No puede guiarnos aquel que nunca aprendió el camino. —Las palabras de la abuela son puro murmullo y a mí me cuesta distinguirlas, seguir el hilo del discurso; descubro que me he ido encogiendo en el sillón, las uñas de mis dedos clavadas en el tapete de ganchillo del reposabrazos—. Zacarías no es frío ni caliente. Dijo el Señor: yo conozco tus obras y sé que no eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Eso es Zacarías: una raspa de pescado y nada más. Pero ¿quién puede sustituirlo? Mujeres por todas partes. Mujeres pariendo a mujeres o no pariendo en absoluto. ¿Acaso debe proteger Eva el manzano? ¡Menudo disparate! Jeremías fue un buen Padre Guardián. Noé, a pesar de su terquedad y de sus desprecios, fue un buen Padre Guardián. Noé soñó con el regreso del primogénito. Nos prometió que volvería el hijo pródigo. Esa es una parábola horrorosa. En general, todo el Evangelio de Lucas es un despropósito. ¿Dónde se ha visto que un padre premie al hijo díscolo y castigue al cumplidor? Es como si el ganadero indultase a los terneros enfermos y sacrificase a los sa…

La voz de la abuela Galilea se resquebraja en un chirrido. Contrariada consigo misma, remueve la lengua en su boca, como intentando pescar las palabras que no es capaz de encontrar. Impresiona verla retorcerse así. La lengua produce un sonido

mojado al chocar con los dientes demasiado grandes.

—¿Se encuentra usted bien, abuela?, —pregunto, aunque solo sea por oír mi propia voz. Hablar me ayuda a despertar de la ensoñación en la que el monólogo de la abuela me había encerrado.

La abuela Talita sale al paso y me explica:

—No te preocupes, cariño, a veces le pasa que se atasca un poquito. —Luego me muestra su bordado extendiéndolo sobre el regazo—. ¿Qué te parece? ¿A que es cuco? Me gustaría terminarlo para Semana Santa.

Por primera vez puedo ver qué está cosiendo. El dibujo de un corazón en llamas rodeado de espinas y, enmarcando el diseño, una frase a medio bordar: Detente, el corazón de Jesús está conmigo. La abuela Talita añade:

—A veces, le toma unos minutos recuperarse. Pero tú tranquilo, que acabará regresando. ¡Y con más ánimos que antes! ¡Ya lo creo que sí! ¿Sabías que la abuela Galilea tiene ciento veintiséis años? Es tan vieja como la luna y las estrellas y las montañas y el sol, pero nadie puede con ella.

Las dos rajitas que son los ojos de la abuela Galilea se agitan, el globo ocular golpea los párpados cerrados como si llamase a la puerta. Dan ganas de extender un dedo y rascarle con la uña la costra de legañas que remacha sus párpados. En la cabeza se me ha quedado grabado ese número absurdo: ciento veintiséis años. Es todavía mayor de lo que pensaba. Mi recuerdo de la tarta con cien velas celebrando su cumpleaños… ¿Cómo se pudo grabar esa imagen tan ferozmente en mi cabeza de crío? Un mar de lucecitas bamboleantes iluminando la sonrisa sin dientes de la abuela, su voz de arena llamando a los más pequeños: Yo sola no puedo, hijos míos, venid a echarme una mano.

—Por favor, por favor, por favor.

Eso musita la abuela Galilea, y suena como si le doliese la voz. Se lleva una mano al rostro y se aplasta los párpados y la nariz bajo el peso de los anillos. Cuando yo era pequeño, estaba obsesionada con que no pilláramos cáncer de piel, no sé por qué le dio por eso, y a nosotros nos dolían sus muchos anillos cuando venía a embadurnarnos de crema solar antes de bañarnos en la alberca. Los anillos siempre fueron mucho más que un simple abalorio o un ramalazo de coquetería, eran un símbolo de poder, sintetizaban el

recuerdo y el poderío de incontables generaciones de mujeres de la Casa de Labores. Pero, además, era innegable que a la abuela Galilea le gustaban las joyas, así en general. Pulseras, gargantillas, pendientes de oro viejo con una perla redonda y gris como el ojo de una sardina. Siempre vistió de riguroso negro, más de cien años después todavía guardaba luto por el marido muerto antes de hora, el que no supo engendrarle ningún hijo, el marido que, con su muerte, la convirtió en la abuela de todos. Una caída tonta le jodió la cadera al poco de cumplir setenta, y, desde entonces, requirió del tacataca para desplazarse; aun así, en cuanto se sentaba lo hacía con la espalda recta, tenía alma de batuta de director de orquesta. Hoy nada queda de aquella dignidad tenebrosa, la mujer que tengo frente a mí es una ruina: huesos y dientes amontados de cualquier manera. Ciento veintiséis años. ¿Es normal, es siquiera posible, que alguien viva tanto tiempo?

La abuela Galilea toma aire, como si acabara de emerger a la superficie después de un largo buceo. Con entusiasmo, dice:

—Moisés, bonito, Moisés, ricura. ¿De verdad te acuerdas de la fábula del panal de rica miel?

—Sí, abuela —respondo.

—¿Te importaría recitarla conmigo? Una estrofa cada uno. Primero yo, luego tú. O al revés. Revés. Igual que cuando eras niño. Recitar. Tú y yo. Estrofa. Niño.

La abuela Galilea se calla al percibir que alguien entra en el salón —aunque no sé cómo lo ha sabido, porque evidentemente está ciega y seguramente medio sorda—. Es Samara, que carga una bandeja con el café y las infusiones. Haciendo honor a su proverbial eficacia, Ruth se adelanta e instala una pequeña mesita supletoria en el centro de la galería. Mi prima apoya la bandeja en la mesita. Con delicadeza, agarra una tetera y sirve varias tazas de poleo menta. A cada una le añade una cantidad específica de azúcar: a esta, media cucharada; a esta, dos; a esta, nada. A continuación, va pasando las tazas al grupo de ancianos. Tadeo y Belén las reciben con gesto de autómata; beben al unísono, a pesar de que el contenido todavía humea y tiene pinta de estar ardiendo. La abuela Talita reserva su taza junto a la labor y, entre las manos, sostiene la de la Dolça, soplándola con ternura antes de dársela a sorber.

—Me lo he pensado mejor —dice la abuela Galilea, contrariada

por la interrupción—. Creo que no quiero poleo.

Samara asiente. Luego, con un trapito de ganchillo agarra el asa de la cafetera italiana y me sirve un chorrito de café.

—¿Leche?, —pregunta sin mirarme.

Samara acaba de hablarme. A mí. Ahora mismo. Yo le digo:

—Sí, por favor. Un poco.

Ella sostiene la jarra con dos dedos. La leche cae en un surco limpio y blanco.

—¿Azúcar?, —pregunta, y yo solo quiero que gire el rostro y me mire a los ojos, pero mi prima permanece ajena a mi presencia, con la cabeza gacha, tan cercana y a la vez a años luz de distancia.

—Sí. Una cucharadita.

Samara se inclina para abrir el azucarero de porcelana. Un recipiente decorado con girasoles, con ribetes azulados, evidentemente antiguo. Nunca había visto su cuello tan despejado, sin su melena enmarañándolo todo. Hay una frontera difusa en ese cuello, unos milímetros escasos en los que su cabello rizado se transforma en piel, y ahí descubro un vello suave que acompaña la transición. Pelillos traslúcidos como piel de melocotón.

—Muchas gracias, tesoro, no sé qué haríamos sin ti. —Con un gesto de la mano, la abuela Galilea la despide.

Samara se da la vuelta y se va. Viste un pantalón vaquero ceñido y desgastado. Un jersey de lana de color añil. Sus pies cubiertos por unos calcetines blancos. Me queda la sensación de flotar en medio de un sueño.

—Un encanto, esta prima tuya, ¿verdad que sí? —La abuela Galilea mira un poco más a la izquierda de donde en realidad me encuentro, cada vez estoy más convencido de que no está ciega. Endulza la voz y añade—: También Samara se fue y volvió, igual que tú. ¿No lo sabías?

Ruth, que ha permanecido todo este tiempo ausente e imparcial, una presencia silenciosa a mis espaldas, se inclina en su taburete para observar y juzgar mi reacción.

—No —dice Ruth—. Moisés no lo sabía.

—Hijo, tu madre no te cuenta nada. Cómo es, de verdad, esta mujer. Habla con ella, pídele que te ponga al día. Samara nos abandonó al poco de que tú desaparecieras. Supongo que se sintió despechada: estuvo feo eso de marcharte justo antes de la boda. —

La abuela Galilea maneja de nuevo una perspicacia desconcertante —. Tus primos y tíos la buscaron como locos, pero la lista de Samara no había dejado rastro. Por suerte, ocho meses después de su partida ella misma nos llamó y pidió que fuéramos a buscarla. Se mostró sinceramente arrepentida. La pobre, buena, tierna chiquilla.

—Jesucristo nos enseñó a perdonar —sentencia la abuela Talita.

—Claro que sí, Talita, siempre tan acertada con tus comentarios. Pero digo yo: no todo el mundo tiene las mismas responsabilidades, ¿verdad que no? No es culpa del perro si la oveja anda por ahí mal esquilada. ¿O me equivoco? Es culpa del pastor. Él es quien debe esquilar a la oveja. El pastor. El pastor. El pastor. El pastor tiene sus obligaciones y si la oveja va mal esquilada entonces hay que esquilar al pastor. Para que aprenda cómo se hace. Eso opino yo. Pero mejor vamos a recitar la fábula del panal de rica miel, ¿te parece, Moisés?

Yo no respondo. Bastante tengo con procesar esta nueva información. Así que Samara también los mandó a la mierda y se largó con viento fresco. Esa es mi chica, joder. Y que conste que no la juzgo por volver. Nadie mejor que yo sabe lo difícil que es arrancar una vida de cero, sin un duro en el bolsillo, sin un techo bajo el que dormir y sin nadie que te avale para encontrar curro. Nadie mejor que yo sabe lo difícil que es reunir los pocos euros que hacen falta para pagar la noche en un hostal, un bocadillo de tortilla de patata, un billete de autobús. Los primeros años de mi huida me los pasé vagabundeando: primero por los campos de La Rioja y luego por Francia, por Bélgica. Me ofrecía como temporero en la vendimia, en la recogida de la aceituna, en la fresa, en lo que hiciera falta. En más de una ocasión, mi cama fueron dos cartones y un cajero del banco Santander. Una nochevieja, en la periferia de Santa Coloma de Andorra, rompí el cristal de la ventana de un chalé y arrasé la nevera. A oscuras, sin atreverme a encender la luz por si algún vecino reparaba en mi presencia, me cociné un huevo frito y unos nuggets de pollo. Recuerdo comer a toda prisa, de pie en la cocina, con miedo a que los dueños regresasen en cualquier momento.

Mientras pienso en todo esto, la vista se me va a la taza de café. Todavía no he probado ni un sorbo. De la taza surge un hilillo de vapor que se enreda sobre sí mismo. Lo observo y veo a Samara

haciendo autoestop en una carretera de extrarradio. Fábricas y almacenes formando junto al arcén. Bares de carretera. Señores sin afeitar que observan suspicaces desde la ventanilla del camión. Y Samara tan flacucha, tan niña todavía, apenas dieciocho recién cumplidos. Todo es culpa mía, pienso. Y además, me recuerdo, el 28 de enero, día de santo Tomás de Aquino, Samara se va a casar con mi hermano Gabriel.

—Moisés, ¿recitamos la fábula del panal de rica miel?

—¿Perdón?

—Mira, comienzo yo y tú me sigues. Céntrate. Dale una alegría a tu abuela. Igual que cuando eras pequeñito. A ver, ¿cómo era?

La abuela Talita le echa una mano dándole pie:

—A un panal de rica miel…

—Ah, sí, es verdad. A un panal de rica miel… —Comienza la abuela Galilea.

—… Dos mil moscas acudieron —continúo yo, sin pensar, con el piloto automático.

—Y por golosas murieron, presas de patas en él.

—Una… —Se me atragantan los versos en la garganta—. Una en un pastel encierra su golosina.

—… Y así, si bien se examinan…

—… Los humanos corazones…

—… Perecen en las prisiones por el vicio que los domina.

Las palabras de la abuela flotan ominosas entre la luz blanca y el verde desatado de la galería. La Dolça aletea las manos para aplaudirnos.

—Muy bien, hijo, muy, pero que muy bien. —La abuela Galilea da forma a algo que pretende ser una sonrisa, aunque sus dientes de piraña lo transforman en una mueca grotesca—. Anda, ven, corazón, y dale un abrazo a tu abuela.

Yo hago lo que me dice. Me levanto y me acerco cojeando hasta su silla de ruedas. La abrazo. Al hacerlo las vértebras de su columna me pinchan en los brazos. Ella pega su boca a mi oreja y me susurra:

—Pórtate bien. No habrá otra oportunidad.

Y luego, sin darme tiempo a deshacer el abrazo, grita:

—¡Samara!

Casi al momento, mi prima aparece en la puerta del salón.

—Samara, amor, me parece que tengo que ir al baño.

—Sí, abuela.

Samara rebusca algo en un cajón de la cómoda. Yo aprovecho para cojear de nuevo hasta el sillón. Estoy aturdido. Demasiados estímulos para un solo día. Samara se acerca muy digna, muy recta. Pasa de largo sin mirarme y se inclina ante la silla de ruedas. Con la prestancia que da la experiencia, levanta el jersey de la abuela Galilea y descubre una bolsa de colostomía prendida a su tripa.

A mi abuela le han quitado un trozo de colon y lo han unido al abdomen creando un ano improvisado junto al ombligo. De ahí cuelga una bolsa parecida a la de los aspiradores de los años sesenta. Los dedos de Samara, sus dulces dedos, los mismos que me tomaban de la mano cuando hacíamos pellas en el instituto, desenroscan la tuerca que une la bolsa de colostomía a la tripa. Cuando cede, dos gotas de excremento caen sobre la mano de mi prima. Yo no puedo dejar de mirar ese trozo de intestino que asoma en la tripa de mi abuela centenaria. Es de un color rojo intenso. Parece un gusano rojo que asomase de alguna cueva. Samara enrosca una bolsa vacía en el agujero de la colostomía y el gusano rojo desaparece. No huele tan mal como uno podría imaginar. Supongo que, cuando la comida no tiene tiempo de pasar por el intestino, tampoco tiene tiempo de convertirse en mierda de verdad. Huele a vinagre. A eso huele. Mientras Samara le cambia la bolsa, la abuela Galilea habla.

—Estoy cansada. Creedme que estoy cansada. Por tres veces he muerto y por tres veces el Señor me ha traído de vuelta. Mis servicios todavía son necesarios. Queda tanto por hacer…

Samara pasa junto a mí con la bolsa de la colostomía. Al poco, oigo el agua del grifo correr en la cocina. Un jilguero comienza a cantar.

Creo que la abuela Galilea sigue hablando todavía un rato más, pero yo desconecto; mi cabeza comienza a divagar, se me mezclan los sentimientos, los reencuentros, los rostros, los nombres, el remordimiento, la rabia, un poso viscoso de tristeza.

16. El día que el primo Lázaro robó una manzana

Esto fue lo que sucedió el día que el primo Lázaro quiso robar una manzana.

O, por lo menos, esto es lo que en mi familia siempre se ha contado que sucedió, aliñado con un poco de lo que yo mismo recuerdo.

No sé exactamente el año, pero sin duda debió de ser a principios de septiembre. Esa es la mejor época para la recolección de la almendra: si esperas más, corres el riesgo de que caigan por sí solas; si te adelantas, la semilla todavía guarda mucha agua y no se conserva bien. Como siempre durante esas fechas, los jornaleros de la Casa de Labores andaban trabajando en Las Cumbres, un campo de almendros cercano a Villa Milagro. Debido a que los Miralles hemos nacido para apechugar desgracias, y debido también a que Las Cumbres era una finca grande y difícil de trabajar, y debido además a que nos quedaba cerca, era habitual que una delegación de Villa Milagro acudiera a echar una mano a los primos de la Casa de Labores, sobre todo durante la época de recolección. Ese día —el día que el primo Lázaro decidió, quién sabe por qué razón, robar una manzana— mis hermanos y yo llenamos la Volkswagen y nos encaminamos a Las Cumbres. Conducía mi padre. De copiloto iba el abuelo Jeremías, que a pesar de sus años seguía currando en el campo como uno más. En el asiento trasero estábamos Zacarías, Ruth y yo. Gabi tuvo suerte, se salvó del madrugón y del curro a destajo, todo gracias a que se había esquinzado el tobillo y le habían escayolado el pie —Gabi tenía los huesos de cristal: hasta tres veces se lastimó el mismo tobillo, siempre con caídas idiotas y aparentemente inofensivas; de tanto insistir al final le quedó esa cojera que ahora se gasta y, de rebote, yo conseguí la muleta que hoy uso para ayudarme a andar—. Recuerdo que era tan temprano que el cielo apenas acababa de encenderse. Pinceladas naranjas sobre los montes. ¡Cómo protestaba yo mientras nos dirigíamos al campo! Tenía dieciséis años.

La finca de Las Cumbres estaba formada por siete bancales que jugaban a hacer equilibrios sobre el monte, como una escalera diseñada para gigantes. Los almendros se aferraban con cabezonería a esa pendiente puñetera. Ya lo he dicho: era difícil trabajar en Las Cumbres. Con un terreno tan empinado, disponer los toldos debajo de cada almendro se convertía en una obra de ingeniería. Había que ir con ojo a la hora de cargar los sacos, sobre todo al descender por el sendero que bordeaba la finca en zigzag. Bregando con esas tierras te sentías mitad alpinista, mitad forzudo de circo. Sí, era difícil ocuparse de Las Cumbres, y, sin embargo, parecía como si a la finca le agradara el esfuerzo que le dedicábamos, la osadía terca de ese puñado de seres humanos por domeñarla: todos los septiembres, invariablemente, Las Cumbres brindaba a los Miralles la mejor cosecha de almendras de todo Berinossent.

En total podíamos dedicar tres, incluso cuatro días a esquilmar los almendros de Las Cumbres. Primos y tíos hundiendo los pies en la tierra desmenuzada. Canciones de campo masticadas entre gruñidos. El polvo prendido a los labios y a las pestañas.

La tarea que se nos reservaba a los más jóvenes era la de inclinarnos bajo los árboles y recoger las almendras que, después de varear, podían haber caído fuera de los toldos. Era una ocupación monótona que a mí me sacaba de quicio. Lo que de verdad me pedía el cuerpo era agarrar la caña, como los adultos, y jugar a golpear las ramas, provocar el granizo sobre las lonas. De vez en cuando, mi padre consentía y me permitía varear un árbol. Yo emprendía el trabajo ansioso por demostrar que podía ocuparme de la tarea tan bien como cualquier otro. Pero siempre, invariablemente, alguna almendra cabezona se quedaba prendida a su broza y se negaba a caer. Entonces me olvidaba del resto de las ramas y me empecinaba con la almendra solitaria y tenaz; a mi alrededor, tíos y primos iban dando cuenta del almendro, y yo, mientras tanto, seguía allí, erre que erre, enfurruñado con la puta almendra de los cojones, hasta que, por fin, la voz de mi padre me atajaba:

—Deja la vara. Que la dejes he dicho. Nos estás retrasando. Vuelve a tu sitio.

Y otra vez a clavar la nariz en el suelo. Otra vez a esquilmar el terreno con actitud de perro. Horas y horas en la misma posición de

reverencia sumisa. Terminábamos con la espalda molida.

Al primo Lázaro también le tocaba agacharse para rebuscar almendras. Y eso que él ya pasaba de los veinte y la nuestra era indiscutiblemente una tarea de críos, pero es que el primo Lázaro nunca tuvo ni el físico ni el empuje de un buen campesino. El primo Lázaro trabajaba como dormido y a su paso dejaba docenas de almendras sin recoger, mis hermanos y mis primos nos turnábamos para repasar sus zonas y asegurarnos de que cumplía con su parte. ¿Es posible que yo, a lo largo de aquella mañana fatídica, la tomara con él? ¿Que lo llamara torpe y maricón? Podría ser. De hecho, seguramente fue así.

—¡Eh, maricón, no me mires el culo, eh, escuchad, Lázaro me está mirando el culo, maricón, maricón, a ver si trabajas más y dejas de mirar culos!, —le gritaba yo, tan gilipollas como el que más.

En mi mente, ahora, el primo Lázaro se me aparece acuclillado bajo el almendro, soportando con estoicidad mis comentarios. Los granos de su rostro relucientes por el sudor y las orejotas encendidas. De vez en cuando, el primo Ezequiel le atizaba con la vara en el trasero o le dedicaba un par de improperios. El primo Ezequiel, igual que yo, la tenía tomada con él.

Quién sabe: tal vez si ese día el primo Lázaro se decidió a robar una manzana es porque estaba hasta las narices de los abusones como nosotros, hasta las pelotas de que sus primos y sus tíos, la familia entera, se pasara el día soltándole comentarios soeces y collejas traidoras.

—¡Hora de comer!, —gritó alguien.

La orden se extendió por el campo y fue recibida con silbidos de satisfacción. Los jóvenes nos apuramos a atar los sacos de arpillera y abandonamos las cañas en el suelo, los toldos a medio recoger.

—Bajad despacio, no seáis gañanes, a ver si vamos a tener un disgusto; id con cuidado, que el campo es muy traidor.

Mi padre, el abuelo Jeremías, mis hermanos y yo nos subimos a la Volkswagen. Los primos y tíos de la Casa de Labores llenaron el remolque de la vieja camioneta Renault, a la que habíamos ido cargando los sacos de almendras. Juntos abandonamos Las Cumbres y nos dirigimos a Villa Milagro. Siempre que tocaba bregar con alguna de las fincas cercanas, mi madre y tía Inés se encargaban de

cocinar la pitanza para toda la familia.

Algarabía y entrechocar de cubiertos contra el plato. Migas de pan y carcajadas. Hombres sudorosos y hambrientos. Pronto corrió el vino con Casera y espumeó el agua de Valencia. Éramos tantos que apenas cabíamos en el salón —el patio del manzano se reservaba solo para ocasiones especiales, y esa, desde luego, no lo era: era trabajo—. Hubo que arrinconar el sofá y los sillones contra la chimenea, disponer dos tableros de madera sobre cuatro caballetes para así alargar la mesa, mover un poco el Reloj de la Cosecha para que no estorbase. Para comer había canelones de San Esteban, aunque ese día no era San Esteban, ni siquiera estábamos cerca de Navidad. Cuando masticábamos sonaba como el rumor de un río que arrastra piedras.

—Si queréis ir al baño, más os vale descalzaros —advertía mi madre.

Y como única respuesta:

—¿Se puede repetir? ¡Estos canelones están de muerte!

Puedo verme allí, apretujado en esa mesa larga y compacta, con los canelones como barquitos nadando en bechamel y el tenedor en alto, frente a la sucesión de retratos de nuestros antepasados que nos observaban desde la pared. A mi lado, alguien se levantó —el tío Malaquías, por ejemplo— y me sirvió una copa de vino a escondidas de mi padre. Alguno de mis primos —el gilipollas de Ezequiel, quién si no— me pateó la espinilla por debajo de la mesa. Recuerdo que, en algún momento, alguien —seguramente el tío Bartolomé, que siempre fue un cachondo— decidió divertirse a mi costa lanzándome indirectas: que si quieres candela, tortolito; y uy, uy, uy, menudo chupetón traes en el cuello; truhan, más que truhan. Pronto, mis primos comenzaron a lanzar besitos al aire:

—Oh, Samara, Samara, bésame aquí, que me gusta —decían, y yo me ponía rojo de rabia y también, en el fondo, de purito orgullo, porque puestos a tener novia, lo cierto es que Samara era guapa y echada para delante, y no todos podían decir lo mismo.

Nos reíamos, nos pinchábamos, nos apoyábamos y nos vigilábamos.

Éramos una familia, en definitiva.

Para lo bueno y para lo malo.

Una familia.

También el primo Lázaro pertenecía a esa familia. También él ese día comió canelones de San Esteban aunque no fuera San Esteban. También él bebió vino con Casera. También él me vio ponerme rojo de rabia y de orgullo cuando me mentaron a Samara, y, quién sabe, puede que hasta se sonriera por lo bajo.

En algún momento impreciso, el primo Lázaro se levantó de la mesa y salió al patio. Nadie reparó en su ausencia. Ese siempre fue un detalle recurrente cuando, en la familia, se hablaba de aquella tarde funesta. Simplemente el primo Lázaro estaba ahí, ocupando su lugar en la comida familiar, y, de pronto, no estaba. El primo Lázaro siempre fue invisible.

Hasta aquí llegan mis propios recuerdos y, a partir de este punto, comienzan las suposiciones y los cotilleos. El único testigo del crimen fue el tío Jacobo, que ese día ocupaba la mecedora del Guardián. Nadie más que él podría contar verazmente lo sucedido, pero una y otra vez mi tío se negó a hablar de ese día —de hecho, era un tema tabú en su presencia—. De modo que, para suplir su silencio, fue la propia familia la que se contó la historia a sí misma. Con los años, entre mis primos, tíos y abuelos fue naciendo una especie de relato colectivo sobre el suceso, una construcción oral hecha un poco al buen tuntún, mitad verdad, mitad mentira, una historia que servía para saciar la curiosidad y explicar lo inexplicable. Me han contado que. Dice tu prima lo cualo. ¿Te has enterado de que patatín? Y así.

El primo Lázaro entró en el patio y es de suponer que saludaría al tío Jacobo, por lo menos con una inclinación de cabeza.

—Hola —diría, y no mucho más, porque era de pocas palabras.

Puede que dos o tres perros se acercaran a olfatearle la entrepierna. Munífico y Jericó, por ejemplo, que eran los más sociables. Menearían la cola y buscarían alguna caricia, pero pronto lo dejarían tranquilo; ni siquiera a los perros les gustaba demasiado la compañía del primo Lázaro. El tío Jacobo lo saludaría con afabilidad:

—¿Qué pasa, sobrino? ¿Te han dado duro en el campo?

De algo no cabe duda: el tío Jacobo estaría sentado en la mecedora, al abrigo de la deshilachada sombrilla verde, la eterna posición del buen Guardián. Me resulta sencillo invocarlo tal y como era por aquella época. Con su panza de Buda y su sonrisa

encantada. Por entonces no llevaba esas gafitas ridículas que ahora se gasta. Todavía conservaba algo de pelo en su cabezota, aunque lucía una pronunciada calvicie en la coronilla, igual que la tonsura de un monje de clausura.

Los canelones de San Esteban eran el plato favorito de mi tío y yo me la juego a que ese día habría pedido ración doble. Andaría disfrutando de la bechamel a dos carrillos, el plato suspendido con una mano a la altura de la barbilla, la otra mano con el tenedor dale que te dale. Aunque no puedo estar seguro de ello, supongo que, además, el tío Jacobo se habría servido también un poquito de vino con gaseosa bien fresquita, que por qué no, un día es un día, y total, un vaso de vino no le hace daño a nadie, y con este calor mejor refrescarse la sesera. Los perros lo rondarían suplicando algún pedacito de carne picada.

El primo Lázaro se dirigió al manzano y lo palpó con ambas manos. Eso dice la leyenda popular de los Miralles. Que Lázaro palpó con ambas manos el manzano y que sintió, sin duda, lo quebradiza que era su corteza, lo poquita cosa que era en realidad el Árbol del Bien y del Mal, lo absurdo que era creer que ese mismo manzano hubiera sido capaz de modificar para siempre, de un plumazo, el destino de la humanidad: por su culpa, Yahvé nos había condenado a todos a ganarnos el pan con el sudor de nuestra frente, a parir con dolor y a otras cien mil putadas sin remedio. ¿Decidió entonces lo que iba a hacer, así, sin más, llevado por el impulso, o ya lo traía todo planeado de antemano? Según el relato familiar, Lázaro permaneció de esta guisa, palpando el manzano, durante un par de minutos. Al tío Jacobo eso no le extrañó. Era algo que Lázaro solía hacer. Se acercaba a veces a saludar al manzano. Al tío Jacobo esa actitud le parecía extraña, sí, pero no veía en ella nada malo. En cierta forma, creo, le agradaba. Demostraba respeto. Ojalá el resto de los chavales hicieran lo mismo de vez en cuando.

Entonces, en algún momento, el tío Jacobo se distrajo. Sin duda tuvo que ser así. Algo tuvo que distraerlo —en esto había unanimidad entre todos mis parientes— porque mi tío era, a fin de cuentas, un Guardián de tomo y lomo, y, por tanto, llevaba toda la vida acostumbrado a dejarse los ojos en el manzano, sin descuidar jamás la sagrada vigilia. Pero ¿qué fue lo que pudo atraer su atención? Eso nadie lo sabe con certeza. Lo que importa es que el

tío Jacobo se despistó, apartó la mirada y, cuando volvió a reparar en Lázaro, este ya se alejaba del manzano y se disponía a salir del patio. Algo en el paso apresurado de su sobrino levantó las sospechas del tío Jacobo. Estoy seguro de que Lázaro no debía de ser muy buen actor, fijo que el crimen y la culpabilidad le asomaban a los ojos como gritando: ¡ey, pero mira lo que he hecho! El tío Jacobo le dio el alto.

—¡Tú!, —dijo.

Lázaro comenzó a correr.

—¿Qué cojones?, —dijo o quiso decir o pensó el tío Jacobo, y reaccionó dejándose llevar por el instinto.

Todos esos años de guardia monótona aguardando una excusa, una oportunidad, un enemigo que nunca se decidía a llegar, se concentraron en ese instante y dieron alas al tío Jacobo. Se levantó de la mecedora y salió a toda mecha en pos de su sobrino. Tan bruscamente reaccionó, que arrojó al suelo el plato de canelones y el vaso de vino con Casera, y olvidó además la escopeta junto a la mecedora. Este es un tema que a veces salía a colación: a Dios gracias que el tío Jacobo había olvidado la escopeta. Y a Dios gracias también que los perros no se percataron de lo que estaba ocurriendo. En lugar de salir en busca de Lázaro, comenzaron a reñir por el plato de canelones que mi tío había dejado caer. ¿Qué más pruebas son necesarias para defender la inexistencia del primo Lázaro? Un grupo de perros entrenados para vigilar y cazar y seccionar arterias lo ignoraron por completo en lugar de salir en tropel a morderle el cuello.

Esa fue la primera vez en toda la historia de los Miralles que el manzano quedó sin vigilancia. O, al menos, que yo sepa. Durante aproximadamente diez minutos nadie se balanceó en la mecedora, nadie se encargó de mantener enraizado el manzano con su mirada. Diez minutos eternos con sus sesenta eternos segundos cada uno. Cuando finalmente un Miralles volvió al patio, el manzano seguía allí, igual que lo habían dejado. No se volatilizó con la brisa de septiembre ni dejó de existir como si hubiera sido un mal sueño. Se mantuvo en su sitio, como permanecen las vías del tren cuando este hace tiempo que partió. Años después, el árbol volvió a quedar sin vigilancia durante un buen rato. Fue el día que el abuelo Jeremías falleció en medio de su guardia, una noche de mayo.

Posteriormente, el árbol volvería a quedarse a solas una tercera vez. Fue el día que yo me levanté de la mecedora, tiré la Remington 870 por encima del muro que daba al mar y me marché sin mirar atrás.

En su huida, el primo Lázaro tropezó con tía Inés. La pobre venía tan feliz por el pasillo, cargando una bandeja con fresas de Godella, y no creo que entendiese ni qué estaba pasando ni por qué su sobrino Lázaro acababa de empujarla; cuando quiso darse cuenta, estaba tendida en el suelo cuan larga y rechoncha era, las fresas rodando por las baldosas. La pobre mujer se lastimó la cadera. Durante un mes entero le dolió sentarse. Sin embargo, tía Inés no gritó, o por lo menos no lo hizo entonces. Gritó apenas unos segundos después, cuando vio aparecer por el pasillo al tío Jacobo poseído por una cólera descomunal. El tío Jacobo ya no era el tío Jacobo. Era la justicia de los Miralles reencarnada. Arrambló a su paso con la bandeja, aplastó sin miramientos las fresas, acorraló a tía Inés contra la pared. El grito aterrorizado de mi tía cayó sobre el salón cortando por la mitad las doscientas conversaciones simultáneas. Recuerdo que todos dejamos de comer y nos quedamos mirando la puerta del pasillo, convencidos desde el primer momento de que algo horrible acababa o iba a suceder.

El tío Jacobo alcanzó a Lázaro cuando salía de la casa. Cayó sobre él con toda la contundencia de la que era capaz su cuerpo de gigantón. Arrambló, de paso, con la cortina de canutillos, que se descolgó con un crujido y se desparramó por el suelo del porche. Enseguida, Jacobo inmovilizó los brazos y las piernas de su sobrino.

—¿Qué has hecho?, —le preguntó—. ¡Que qué has hecho te digo!

Mi primo se revolvió como un pez que lucha por volver al agua. Todo inútil. Nada podía hacer aquel chaval flojo contra la envergadura del tío Jacobo. De alguna forma, no obstante, se las apañó para propinarle una patada en la mandíbula. O eso dijeron siempre mis familiares, aunque nadie lo vio hacerlo y no creo que el tío Jacobo contase ese tipo de detalles. Pero así crecen las historias cuando corren de boca en boca, se aliñan con un poco de acción y con un poco de suspense para que la narración, la realidad, no quede tan sosa. Así pues, el primo Lázaro le arreó una patada al tío Jacobo en plena cara, pero este ni siquiera llegó a sentir el golpe. Mi tío comenzó a palparle los bolsillos.

—¡¡¿¿Qué escondes??!!, —preguntó a gritos.

A esas alturas, algunos de los Miralles que se reunían en el salón ya casi habían alcanzado el porche. Mi padre iba en cabeza, varios metros por delante del resto: como buen Padre Guardián que era, había sido el primero en reaccionar, el más rápido y el más efectivo. Los más jóvenes permanecimos todavía un tiempo en el salón, sentados a la mesa de pronto vacía, contemplando la estampida sin saber muy bien qué hacer. No era culpa nuestra. La juventud siempre reacciona despacio ante las calamidades.

Después de unos segundos de forcejeo, el tío Jacobo encontró la manzana. Lázaro la había escondido en un bolsillo de la pernera del pantalón —llevaba uno de esos pantalones repletos de bolsillos típicos de los pintores o los albañiles, los recuerdo claramente: unos pantalones azul eléctrico—. El tío Jacobo levantó la manzana en alto como prueba irrefutable del delito, y, al verla, mi padre, que recién entonces cruzaba el portón del porche, dejó escapar un quejido. Es aquí donde todo se vuelve confuso. O aún más confuso. La opinión mayoritaria es que el tío Jacobo levantó ambas manos y, encerrando la manzana con ellas, formó un solo puño al modo de los orangutanes. Ese gran puño se estrelló contra el rostro de Lázaro. La nariz de mi primo explotó igual que un globo de agua. Las gotitas de sangre salpicaron los canutillos de la cortina esparcidos por el suelo y las macetas de las aspidistras y los pétalos festivos de las buganvillas.

Mi padre se hizo firme en el quicio del porche. Extendió los brazos aferrándose al marco de la puerta e impidió el paso a los demás.

—Pero ¿qué pasa?, —preguntó el abuelo Tadeo.

—¿Es ese Lázaro?, —dijo el primo Ezequiel.

—¡Déjanos pasar!, —exigió el tío Bartolomé.

Pero mi padre se mantuvo firme y no permitió que nadie cruzase la puerta.

Paralelamente, en el patio, con tanta gente correteando por la casa, los perros terminaron por ponerse nerviosos. Pentecostés fue el primero en asomar al pasillo y, solo por si acaso, mordió la pierna del primero que pasaba, que resultó ser el pringado del primo Salomón. Mi madre llegó a tiempo para rescatarlo. A patadas, volvió a meter a Pentecostés en el patio. Sin pensarlo, sin saber

todavía que en la mecedora no había nadie haciendo guardia, mi madre cerró la cancela para que el resto de los perros no se abalanzaran sobre los Miralles de la Casa de Labores. Sin saberlo, antepuso la seguridad de los suyos a la misión sacrosanta que el Altísimo nos había encomendado. Y fue ese pequeño gesto, espontáneo y generoso, lo que evitó que una tarde fúnebre se convirtiera en una auténtica tragedia: por lo menos los perros quedaron fuera del asunto.

Yo me detuve en el pasillo para ayudar al primo Salomón junto con mi madre, Ruth y otros primos. El pobre lloraba como un bebé. Prácticamente tuvimos que levantarlo en vilo, lo cargamos haciendo la sillita de la reina. Ruth decía:

—Siempre tiene que pasarte algo, ¿verdad, cariño? Eres el imán de todas las desgracias.

Por culpa del tiempo que dediqué a ayudar al primo Salomón, fui uno de los últimos en doblar la esquina del pasillo y descubrir la que se había liado en el recibidor de la alquería. El tío Bartolomé, el abuelo Tadeo, el tío Malaquías y el tío Baltasar forcejeaban con mi padre para traspasar la entrada. También el primo Ezequiel y el primo Isaac y el primo Jonás estaban allí, pero ellos se mantenían en un segundo plano, relegados por su juventud a contemplar cómo los mayores arreglaban —o empeoraban— las cosas. A pesar de que los parientes de la Casa de Labores eran muchos y mi padre solo uno, les resultaba imposible abrirse paso y cruzar el portal. El abuelo Jeremías lo observaba todo desde atrás, más encogido todavía de lo que era habitual en él, guardando ese silencio que había prometido no romper. Yo mismo vi cómo descolgaba del recibidor un crucifijo grande y negro, hecho de piedra volcánica de El Hierro, dispuesto a esgrimirlo en caso de que fuera necesario y a partirle la crisma a uno de sus sobrinos.

Recuerdo que la cabeza de mi padre se había vuelto roja, como a punto de estallar. Los dedos, blancos como la cal. Así de fuerte se aferraba al marco de la puerta.

Desde mi posición, me resultó imposible ver la paliza que se estaba desarrollando en el porche. Pero sí recuerdo el sonido mojado de los golpes que el tío Jacobo propinaba a Lázaro y que a mí me hicieron pensar en el sonido de alguien saltando sobre los charcos en un día de lluvia. Un golpe y otro golpe y otro golpe más.

Gabi no llegó a acercarse al recibidor, era solo un crío por aquel entonces, y encima llevaba la pierna enyesada, de modo que el pobre permaneció todo el tiempo en el salón, preguntándose qué estaba pasando e imaginando yo qué sé qué desgracias. Se las apañó para tirarse al suelo y arrastrarse debajo de la mesa: allí lo encontramos media hora después. Luego me contó que, desde su escondite, pudo escuchar ese golpear mojado y continuo y que creyó que no iba a terminar jamás. Durante varias noches soñó con ese sonido. Ahora que lo pienso, mientras la paliza duró no oí al primo Lázaro quejarse ni una sola vez.

El tío Bartolomé lloraba mientras aporreaba el pecho de mi padre; de vez en cuando también le pegaba en la cara y le daba alguna patada floja. El abuelo Tadeo probaba a razonar:

—Piensa en el padre del chico, Noé, no seas burro, piensa en el bueno de Abel, en paz descanse; es evidente que el chaval no carbura, vamos a arreglarlo hablando.

Por fin, mis tíos y mis primos hicieron notar su superioridad numérica y apartaron a mi padre, que quedó tendido en el porche, pero a esas alturas todos sabíamos que llegaban tarde. Saltaron sobre el tío Jacobo, que parecía poseído por una fuerza ciega e invencible. Fueron necesarias seis personas para derribarlo y apartarlo del cuerpo destruido del primo Lázaro. Mi padre los miraba hacer desde el suelo, con unos ojos fríos e indiferentes. El abuelo Jeremías salió al porche con el crucifijo en las manos, la mandíbula apretada, todavía desconfiando, todavía dispuesto a asesinar si hacía falta. Yo quise ir a ayudar a mis primos, o al menos ver qué pasaba, en realidad no sé exactamente qué pretendía, pero mi madre me sujetó por el brazo.

—Tú, quietecito. Esto no va contigo.

Todos los Miralles de Villa Milagro formamos un bloque impertérrito bajo el arco de las buganvillas que enmarcaba el pórtico del porche. Ruth, Zacarías, mi madre, tía Inés, el abuelo Jeremías, mi padre, yo. Enfrente, los Miralles de la Casa de Labores atendían al primo Lázaro. De entre todos, el más desconsolado parecía ser el primo Ezequiel. Y mira que a lo largo de su vida había puteado bien a conciencia a Lázaro, le había llenado la infancia de capones y de menosprecios, de pequeñas y dolorosas humillaciones. Pero en ese momento, Ezequiel abrazaba la cabeza ensangrentada

del primo Lázaro y gritaba:

—¡Un médico! ¡Un médico, por favor! ¡Que se nos muere!

Desde el porche, vi cómo el cuerpo maltrecho de Lázaro era alzado en volandas y cargado sobre los sacos de almendras del remolque, los mismos que apenas hora y media antes habíamos cargado en Las Cumbres. En el rostro del primo Lázaro no había ojos a los que mirar, tan solo unos bultos sanguinolentos. Sus brazos y piernas pendían como si ya ningún tendón los sujetara al cuerpo.

Ese día comprendí lo mucho que me unía y también me separaba de mis primos. Ellos pertenecían a la Casa de Labores. Yo, a Villa Milagro. Nuestra era la responsabilidad de defender el árbol. A cualquier precio. Sin importar las consecuencias. Ellos, bueno, ellos estaban ahí para echarnos una mano, ayudarnos a llegar a fin de mes y ya.

La camioneta arrancó levantando una nube de guijarros. Mis primos iban detrás, de pie en el remolque, rodeando al primo Lázaro. Algunos gritaban, otros sollozaban, todos habían perdido el color. El primo Salomón llevaba la pierna en alto y lloraba mordiéndose los labios; la verdad es que el perro le había pegado un buen mordisco, pero nadie le hacía caso. Recuerdo el modo ofendido y atemorizado como mis familiares nos observaban mientras la camioneta se alejaba.

—Hay que ir a al hospital, esto es grave; si no vamos al hospital, el chaval no aguantará —oímos decir al bueno del tío Bartolomé, o mejor: lo oímos suplicar.

Pero por supuesto no importó lo mucho que insistiera el tío Bartolomé, ni tampoco lo mucho que berrease el primo Ezequiel. Al final, nunca terminaron embocando hacia la capital en busca del hospital más cercano. Ni siquiera fueron a la clínica de Berinossent. Llevaron a Lázaro directamente a la Casa de Labores. Allí lo curaron, mal que bien, y allí, esa misma noche, lo juzgaron. Los asuntos de los Miralles entre Miralles se solucionan.

Mi padre se levantó para verlos marchar. Él fue el primero en darse cuenta:

—El manzano —dijo.

Y nos empujó, presa del pánico, para entrar en la casa a todo correr. El abuelo Jeremías lo siguió, pero no parecía tener prisa. Vi cómo se detenía en el recibidor para colgar de nuevo el crucifijo de

piedra volcánica en su correspondiente clavo. Con mucha calma, lo ajustó y se aseguró de que quedase paralelo a los cuadros del pasillo.

El tío Jacobo quedó hecho un ovillo en el suelo. Tía Inés probó a abrazarlo, pero mi tío se revolvió. Contemplaba atónito sus manos abiertas. La pulpa machacada de la manzana aparecía entremezclada con la sangre de su sobrino. Tenía los dedos de la mano izquierda retorcidos, luego supimos que se había roto el índice y el corazón. Junto a mi tío, sobre el charco de sangre, entre los canutillos serpenteantes de la cortina, destacaban cuatro dientes arrancados de raíz.

Mi madre señaló los trozos de pulpa de manzana que habían quedado esparcidos por el suelo.

—Hay que limpiar esto, y deprisa —nos ordenó—. Pero que no se os ocurra tirar el agua por el lavabo, a saber dónde desembocan esas cañerías. Echaremos el agua de la fregona bajo el manzano. Sí, eso es, poned atención: cada pedacito del fruto sagrado debe devolverse al patio.

Entonces se arrodilló junto al tío Jacobo.

—Ven conmigo. Vamos a limpiarte esas manos.

Dos días después, el tío Jacobo notificó que no se sentía capacitado para seguir ejerciendo de Guardián. Abandonó por voluntad propia Villa Milagro y pasó a vivir y a trabajar en el taller de la Casa de Labores. Como primogénito, a mí me correspondió ser su reemplazo. Tenía dieciséis años. Dejé el instituto y acepté mi glorioso destino.

17. Un sobre negro y lacrado

Ruth y yo acabamos de salir del piso de los Mayores y lo cierto es que no sabría decir cuándo ni de qué modo ha terminado el encuentro con la abuela Galilea. Todo sucedió demasiado rápido o demasiado despacio como para poder procesarlo. Lo cierto es que ya llevaba un rato existiendo en el mundo paralelo de mi cabeza. Me resultaba difícil seguir el discurso de la abuela Galilea, a veces lúcido, a veces inconsistente. Sus palabras se me escurrían por las orejas y me llenaban la cabeza de bisbiseos e interferencias. Moscas de patitas pegajosas, eso eran las palabras de la abuela Galilea, moscas del panal de rica miel que me sobrevolaban hasta atontarme. De modo que no sé exactamente en qué circunstancias nos fuimos, cuándo consideramos que era el momento adecuado para abandonar la galería, ni siquiera sabría decir a ciencia cierta si he repartido besos de despedida entre todos los Mayores, aunque supongo que así es, seguro que sí: mua, mua y remuá. En cualquier caso, lo importante es que mi hermana y yo acabamos de salir del ático. Por fin.

Nos metemos en el ascensor. Me quedo mirando el cartel de no fumar, un poco de respeto. Lo leo una y otra vez y siento como si estuviera despertando de un sueño. Tengo la misma sensación hormigueante que debe de notar el voluntario que baja del escenario de un hipnotizador. Desorientado y también vagamente avergonzado. Sin cruzar palabra, descendemos los seis pisos de la Casa de Labores.

En el rellano de la planta baja, sentada en la escalera, nos espera una chavala de unos doce años. El pelo pajizo le cae en sendos churretones frente a los ojos. Tiene unas ojeras demasiado pronunciadas para su edad. Debe de ser una de mis sobrinas, aunque no recuerdo haberla visto antes. A saber cómo se llama. Podría ser una de las hijas de Isaac y Noemí, aunque no estoy para nada seguro. Se parece un poquito al primo Isaac, en todo caso, la misma expresión dormida y la misma boca de labios disparejos: el de abajo muy grande, el de arriba casi inexistente. La cría maneja un bolígrafo con la mano derecha y dibuja unos monigotes en la

pared de la escalera. Ruth se lleva un dedo a los labios ordenando silencio. La niña nos mira con ojos asustados —a mí, en realidad, me mira solo a mí, y es como si estuviera viendo a un fantasma— y efectivamente guarda silencio, y sigue pintando sus monigotes como si no existiéramos. Ruth se dirige a la entrada principal, la que queda frente al ascensor. Primero uno, después el otro, mi hermana abre los dos cerrojos de la cancela de metal.

Cuando por fin entiendo qué está sucediendo se me escapa un suspiro de alivio. En lugar de volver a pasar por el taller, donde sin duda mis primos y tíos aguardan mi regreso mientras cortan y hierven naranjas, Ruth y yo vamos a escabullirnos por la entrada principal del edificio. Es todo un detalle por su parte. Un detalle que no esperaba que fuera a tener conmigo. Ruth me ofrece una salida y me salva de enfrentarme otra vez a mis parientes. Escuchar el soniquete característico de los Miralles repitiéndose de boca en boca, formando las mismas frases predecibles: ¿cómo fue con la abuela Galilea, Moisés?, y también: deberíamos partirte el cráneo, Moisés. Siento una profunda gratitud para con mi hermana.

—Gracias —le digo.

Al oír mi voz, ella pone cara de haber pisado una babosa.

Una vez fuera de la Casa de Labores, Ruth encabeza la marcha hasta doblar la esquina. Mientras anda, enciende otro cigarrillo. Yo la sigo como buenamente puedo, me da la impresión de que la muleta va a romperse por la mitad con cada paso que doy; luego me percato de que, en realidad, quien tiemblo soy yo. En doble fila, mi hermana ha dejado aparcado un Citroën C4. Es de color verde oliva, algo viejo, pero todavía resultón. Ruth se sienta al volante. Arranca el motor. Abro la puerta del copiloto haciendo equilibrios y, al ir a sentarme, se me cae la muleta al suelo.

—Apúrate, ¿quieres?, —dice Ruth.

Mi hermana arranca antes de que yo alcance a cerrar la puerta. Emboca la calle en dirección prohibida y cruza la plaza de la Mercè saltándose un ceda el paso. Es evidente que quiere evitar a toda costa volver a pasar frente a la Casa de Labores, y yo le agradezco el esfuerzo, pero justo entonces comprendo que, al evitar a mis parientes, estoy evitando también al tío Jacobo, y me entra el pánico.

—No, no, no. Mierda. Tenemos que volver.

—Ni hablar —zanja Ruth.

—El tío Jacobo tiene mi teléfono. Da marcha atrás, será solo un momento.

—He dicho que no y sanseacabó.

Y para refrendar su negativa, Ruth pisa a fondo el acelerador. Las calles de Berinossent son demasiado estrechas, demasiado serpenteantes, como para recorrerlas a esa velocidad. Sin embargo, somos afortunados y ningún coche se cruza en nuestro camino, a ningún niño se le ocurre perseguir ninguna pelota justo cuando el Citroën C4 se salta todos los límites de velocidad en casco urbano. Pasamos por delante de mi viejo colegio, el San Vicente Ferrer. Volver a verlo es como encontrarse, de pronto, al Titanic reflotado. Mi hermana conduce con los hombros tensos, el cigarro suspendido en el lado izquierdo de la boca, el humo brotando de su nariz; parece un camionero. Tomamos una calleja estrecha que nos lleva hasta la rotonda que del paseo marítimo. El paseo parece otro: han sustituido las viejas baldosas grises, desgastadas por la sal, y han instalado unos azulejos de colores chillones y estética a lo Gaudí. Me parece hortera a más no poder, pero tampoco es que la decoración anterior fuera un derroche de elegancia. Junto a la rotonda, un grupo de adolescentes fuman aupados al respaldo de un banco. Se nos quedan mirando con una mezcla de apatía y desafío. Visten chándal y llevan el pelo cortado a imitación del futbolista de moda. En un visto y no visto, salimos del pueblo y enfilamos la carretera nacional que bordea la costa.

¿Por qué no vuelvo a insistir en que regresemos a buscar mi móvil? Yo qué sé. Porque estoy cansado, supongo. Porque la actitud cortante de mi hermana no parece admitir réplica. Porque, en el fondo, prefiero quedarme sin teléfono y sin los quince mil euros de la señora Nissenbaum que volver a adentrarme, aunque sea solo un segundo, en la atmósfera de almíbar del taller. Una y otra vez se me aparece la misma imagen: Samara cargando con la bolsa de colostomía camino de la cocina. Me cruzo de brazos y apoyo la frente en la ventanilla del coche. Agradezco sentir el contacto helado del cristal en mi piel.

Por el espejo retrovisor veo cómo Berinossent va quedando atrás. Un conglomerado de casitas blancas al que le han brotado, de forma antinatural, unos edificios turísticos igual que hongos

monstruosos. Entre mi hermana y yo se extiende un silencio pegajoso que parece no ir a terminar jamás.

La carretera circula paralela a la costa. El mar a un lado, al otro, las montañas. Esa es la constante aquí. Una vida encallada entre el mar y las montañas. El tráfico de esta carretera es continuo pero monótono: camiones de reparto con matrículas polacas, francesas, alemanas, italianas. Algún tractor. Algún utilitario con pinta de no haber pasado la última itv. Las curvas son mansas. Junto a la carretera se levantan varios almacenes de techo de uralita. Un par de azulejeras con un descampado enfrente y furgonetas blancas aparcadas en línea. Un Carrefour que da servicio a tres municipios, con un *parking* inmenso prácticamente vacío. De vez en cuando, en medio de un campo de naranjos, la silueta triangular de una antigua barraca.

Me sorprendo deseando llegar a Villa Milagro cuanto antes. Quiero encerrarme en la habitación. Acurrucarme en la cama. Con un poco de suerte, conseguir hacerme con una botella de vino sin que mi madre me descubra. Solo deseo estar un rato a solas, aunque sea allí, no me importa, solo un par de minutos a solas, nada más que eso, y un poquito de vino para olvidarme de mí mismo.

Comienza a anochecer. Mi hermana enciende las luces del Citroën C4.

—No es ningún milagro que la abuela Galilea haya cumplido ciento veintiséis años —dice Ruth.

Después de tantos minutos de silencio, su voz me sobresalta. Mi hermana me habla sin mirarme, la vista fija en la carretera. Entre los labios le baila el cigarro. Ha dejado la ventanilla a medio bajar para que el humo se escape dibujando serpentinas.

—Vamos a ver —continúa—. No estoy diciendo que vivir tanto tiempo sea algo habitual. La mayoría de la gente se muere mucho antes, claro que sí. Pero, en ningún caso, vivir ciento veinti-séis años es un milagro. El récord Guinness, el oficial, porque desde luego a los Miralles no les interesa la publicidad ni salir por la tele todos los años diciendo: aquí está la mujer más vieja del mundo; el récord oficial, digo, lo tienen una francesa y una iraní que vivieron ciento veintidós años. Ya ves tú, cuatro años menos que la abuela, tampoco es ninguna locura. ¿Eran esas señoras, una gabacha y una musulmana, unas elegidas por el Señor? No. Simplemente dos viejas

que, por una razón todavía desconocida, poseían un sistema inmunológico por encima de la media. En todo caso, milagro, ninguno. Mételo en la cabeza.

Yo me paso una mano por la cara. Por lo menos, pienso, Ruth me está dirigiendo la palabra. Aunque, ya puestos, también podría dejar de fruncir el labio así, con ese desprecio que ahora mismo se gasta. Es que no lo entiendo. ¿Para qué me ayuda si luego me trata como si oliese a estiércol?

—Yo no he dicho nada de ningún milagro —respondo.

—Te conozco. He visto la cara que has puesto al enterarte de que la abuela tenía ciento veintiséis años. Sé lo que estabas pensando.

—Así que ahora puedes leer la mente. No lo sabía. Debe de resultarte muy útil a la hora de llevar la contabilidad de la Casa de Labores.

Será posible, coño, el poco control que tengo sobre mí mismo. Sobre todo cuando es mi familia quien me pellizca. ¿Y se puede saber qué intenta demostrar mi hermana con todo esto? Podría ser que… Un momento, ¿podría ser que Ruth estuviese poniéndome a prueba? ¿Podría ser que esta conversación, este rescate en el coche, estos momentos a solas, fueran una estratagema para que me confíe y así descubrir si todavía creo en el origen divino del manzano? La miro y su rostro es impenetrable. Nunca supe qué pasaba por su cabeza, ni siquiera cuando era una niña, imagínate ahora. En todo caso, mejor andarme con tiento. Cuidadito, Moisés, no vayas a meter la pata.

—En fin, Ruth. Lo que tú digas. A estas alturas todo me parece bien.

Ella sigue con la vista clavada en la carretera. Las luces de los camiones desfilan envueltas en un rugido constante. A mi derecha, el sol se oculta tras las montañas y es como si a estas les creciese un relieve dorado, una segunda piel de fuego. A mi izquierda, las nubes y el mar destacan con un tono más oscuro que la propia noche. Yo pienso en el hecho de que mi abuela haya batido el récord Guinness de la senectud. Y pienso también, de refilón, en los cuadros del salón que ilustran a mis familiares frente a un manzano pintado con claroscuros y que parece datar de la época de Goya. Y pienso en que nuestro manzano no tiene vecería. Y pienso, además, en la Biblia

escrita en hebreo o en cirílico que mi hermana y yo encontramos en el Cuarto de las Cosas. Y pienso en el incendio del almacén y en lo que ocurrió esa mañana, antes de que Zacarías se quemase la mano. Me estremezco.

—Moisés… Si te cuento algo, ¿sabrás guardarme el secreto?

La voz de mi hermana ha sonado algo más cálida esta vez. El viento entra por la ventanilla a medio bajar, desbaratándole el flequillo y obligándole a entrecerrar los ojos. Aunque hace frío, ella no parece notarlo.

—Estoy cansado, Ruth. Si quieres decirme algo, dímelo y punto.

—En serio. Si te contase un secreto, ¿serías capaz de guardarlo?

—Sí, mujer, claro que te guardaría el secreto. Sabes que puedes confiar en mí.

—No, no lo sé. —Ruth tira el cigarro a medio consumir por la ventanilla—. No sé si puedo confiar en ti, Moisés. No hay manera de que pueda saberlo. Pero no me queda otro remedio que intentarlo, ¿no es cierto? Escúchame bien. Esto es importante.

Mi hermana prende otro pitillo usando el encendedor eléctrico del coche. Por primera vez, cae en la cuenta y me ofrece el paquete. Yo niego con la cabeza. Al contrario que a mi madre o que al tío Jacobo, a ella no parece sorprenderle que haya dejado de fumar. Ruth da una calada antes de hablar.

—Hace dos años robé un par de manzanas del patio de Villa Milagro. Hice compota con ellas y se la di a probar a un desconocido. No hubo cólera de Dios ni Fin del Mundo. Eso es lo que quería contarte. —Me apunta con el cigarro mientras muerde las palabras—. Moisés, más te vale guardarme el secreto. Si alguna vez me delatas, lo negaré todo. Será tu palabra de traidor contra la mía. ¿Lo has entendido?

La confesión de Ruth me pilla de improviso. Digo lo primero que se me pasa por la cabeza.

—¿Hiciste compota? ¿Por qué?

—Yo qué sé, Moisés. ¿Por qué hace la gente las cosas? Me pareció apropiado, supongo. ¿De verdad eso es lo primero que se te ocurre preguntarme? ¿Me estás escuchando? Robé dos manzanas y nadie me vio.

Mi hermana fuma y me mira de reojo. Sé que está calibrando mi reacción. Es lista, siempre me tuvo calado. Tengo que andarme con

tiento. En el pasado, Ruth siempre actuó de modo independiente al resto de la familia, a mí nunca me dio la impresión de que creyera demasiado en el manzano, en la voz del Señor todopoderoso reencarnada en la abuela Galilea, en nuestra gloriosa misión como perros guardianes. Lo único que Ruth quería era que la dejasen ir a su bola. Pero ¿quién me dice que con los años no ha cambiado? Primero he sido puesto a prueba por la abuela Galilea. Ahora es mi hermana quien me examina.

—¿Cómo lo hiciste?, —pregunto, intentando no mojarme.

—¿Ves, Moisés? Esa pregunta sí tiene sentido. Gabi se había quedado dormido durante la guardia. Así de fácil. Para comer, hubo judiones con sepia, que ya sabes la digestión que tienen, y supongo que, arrullado por el calorcito del mediodía, se quedó roque. Cuando entré en el patio lo hice con la intención de recoger unos tomates de la huerta. Padre acababa de plantar una nueva variedad llamada corazón de buey. Es un tipo de tomate enorme, de verdad tienen el tamaño y la forma de un corazón de buey: el nombre les va como anillo al dedo. Se pusieron de moda hace unos años, no sé si los has probado. Pero me estoy liando. El caso es que, cuando entré en el patio, no lo hice con la idea de robar manzanas, solo pretendía recoger unos tomates frescos para la ensalada de la noche. Pero entonces descubrí a Gabi allí dormido, tan muñeco desmañado, tan absolutamente niño, hasta roncaba el pobre, y me descubrí por primera vez en mi vida a solas y sin vigilancia frente al árbol sagrado. Ni siquiera lo pensé. Tan solo me acerqué de puntillas, vigilando a Gabi con el rabillo del ojo, y arranqué una manzana todavía verde de la rama más próxima; luego, con cuidadito, me atreví todavía a agarrar otra más, tan verde como la anterior, pero mucho más pequeña y fea; las metí en una bolsa de plástico y me encaminé al huerto. Temblaba de los pies a la cabeza y, justo entonces, Gabi se despertó y me saludó mientras yo terminaba de llenar la bolsa con corazones de buey. Cuando salí del patio iba como medio sonámbula. Me despedí de madre con dos besos y me largué con el convencimiento de que, antes de alcanzar la puerta de la finca, alguien, o algo, iba a descubrir mi robo y a castigarme. Pero no fue así. Nadie supo nunca lo que hice.

Las palabras de mi hermana suenan un poco apresuradas. Es como si recitase un discurso largo tiempo ensayado. Sostiene el

cigarro pegado a los labios y me observa, descuidando la carretera.

—Que no se te ocurra contarle esto a nadie o te mato —me repite.

—¿Y cómo hiciste la compota?, —le pregunto, poniendo todavía mucho cuidado en elegir bien mis palabras.

—La preparé a medianoche, cuando en el taller hacía horas que había terminado el último turno. Aplasté las manzanas a mano, tenía miedo de conectar la pulpeadora y que alguien pudiera oírme. Estaba convencida de que la puerta iba a abrirse en cualquier momento. Me descubrirían troceando manzanas a las tantas de la madrugada, atarían cabos y se me caería el pelo. Pero no. Nadie apareció. Fue todo tan sencillo que casi parece cómico. —Aquí detiene su discurso para tomar una calada y echar el humo—. ¿Sabes, Moisés? Dos manzanas son poca cosa para preparar una compota. Apenas tuve suficiente como para llenar un tarrito de muestra. De este tamaño, más o menos. —Mi hermana separa el dedo pulgar y el índice—. Subí a mi habitación y escondí el frasco en el cajón de las bragas. Lo cierto es que no tenía ni idea de cuál iba a ser el siguiente paso. Iba improvisando, ¿entiendes?

Yo asiento. El sol se ha puesto por completo tras las montañas. El mar y el cielo comienzan a solaparse, igualando sus tonalidades en una misma y homogénea oscuridad. Las luces de los faros de los camiones se vuelven más intensas y compactas, bolas blancas suspendidas en medio de la negrura. Menudo día, pienso. Todavía no me he recuperado de la experiencia de volver a ver a Samara, de la fábula de Samaniego, de los dientes de pez abisal de la abuela Galilea… y ahora esto. ¿De verdad mi hermana robó un par de manzanas? ¿De verdad me lo está contando a mí, ahora, en este momento, después de quince años sin verme? Hay algo que no encaja. Podría ser que Ruth llevase todo este tiempo con el secreto cañoneándole las entrañas, podría ser que al reencontrarme hubiera visto en mí a un igual, otro traidor a la causa, el único que nunca la delataría, la persona perfecta con quien desfogarse. Y podría ser también que todo fuera puro teatro, y que lo único que buscase mi hermana fuese descubrir si estaba dispuesto a jugársela a mi familia.

—Sigue, por favor. —Procuro que mi voz suene neutra, ni excitada ni reprobadora—. ¿Qué hiciste después?

—Pasaron cinco días. Durante todo ese tiempo no podía pensar en otra cosa que no fuera en la compota de manzanas. A cada rato, dejaba la oficina del segundo piso, donde tengo ahora el despacho, y subía a casa, abría el cajón, me quedaba sentada en la cama con el tarrito de compota entre las manos. Llegó el sábado. Entonces, mientras preparaba una tortilla con ajos tiernos para la cena, a Salomón le encantan los ajos tiernos, de pronto supe qué era lo que debía hacer. Me acosté a la hora habitual y esperé a que Salomón se durmiera. Luego, me levanté y me di una larga ducha caliente. Me puse mona. Me maquillé los ojos y me pinté los labios. Salomón se despertó, claro, y me escuchó trastear en el cuarto de baño, abrir cajones en la habitación, cambiarme. Seguro que me vio en el espejo probándome la falda nueva. Pero no hizo ni dijo nada, se limitó a fingir que dormía. A mí me daba igual lo que pensase. Esa no era la primera vez que yo me escabullía en plena noche. Él es muy consciente de mis escapadas, yo lo sé y él sabe que yo lo sé, pero nunca me ha reprochado nada. Ya sabes cómo es Salomón. Con tal de evitar una confrontación es capaz de cualquier cosa.

Mi hermana hace un rato que no fuma, se limita a mantener la mano izquierda en alto sujetando el cigarrillo. El aire, que entra frenético por la ventanilla, lo va consumiendo rápidamente, desprendiendo pequeñas chispas naranjas. Se viene una curva, pero Ruth no cambia la postura, con una sola mano gira el volante mientras aprieta los dientes. No creo que se haya dado cuenta, pero el coche va cada vez más deprisa.

—El caso es que me escabullí en silencio de la Casa de Labores, subí al coche y conduje una hora y pico hasta una discoteca a las afueras de Castellón. Cuando llegué, ya eran las tres de la madrugada. Bailé, bebí y me lie con un tipo. Creo que no llegó a decirme su nombre. Yo desde luego no le dije el mío. Era un paleto que trabajaba en una fábrica de encofrados y cimbras. Llevaba el pelo largo, como si fuese joven todavía, pero criaba barriga y unas buenas entradas. Recuerdo que en el dedo se le notaba la marca del anillo de boda. Nos encerramos en mi coche, el paleto y yo, y cuando casi estábamos medio en pelotas, le di el frasquito y le dije que se comiera la compota. El paleto se negó. Dijo que no tenía hambre y que no le gustaba la compota. Yo le dije que si no se comía la compota, no había tema. El paleto se la comió. Vaya que

sí. Usó los dedos a modo de cuchara, mirándome fijamente a los ojos todo el tiempo. No me preguntó por qué quería yo que se comiera esa compota. Creo que, de alguna forma, hasta lo puso cachondo. La gente es muy rara.

Acabo de darme cuenta de que llevo todo este tiempo sin respirar, escuchando a mi hermana. Ella parece haberse olvidado de mí, habla igual que hablaría con su reflejo en un espejo.

—El paleto se comió la compota y, al final, hasta rebañó con el índice el fondo del frasquito. Cuando me besó, su boca sabía a manzana agria. Hicimos el amor ahí mismo. —Ruth señala con el dedo el asiento trasero del automóvil—. Fue un polvo regulero. El paleto se corrió enseguida. Cuando terminamos, lo eché del coche y conduje de vuelta. A mitad de camino paré a vomitar. Cuando llegué a Berinossent ya amanecía. Me desvestí y me puse el pijama. Me acosté junto a Salomón, que fingía estar dormido. Me quedé despierta, con los ojos muy abiertos, escudriñando la oscuridad del cuarto, hasta que por fin amaneció. Recuerdo que pensé: alguien ha comido del manzano y el mundo sigue girando. Y ya está. Ahora ya lo sabes todo. Eso es lo que pasó.

—Joder.

Me doy cuenta de que mi hermana espera algo más de mí, pero no sé qué decir sin delatarme por completo. Por alguna razón, quizá solo para ganar algo de tiempo, me dedico a tamborilear los dedos sobre la guantera. La aguja del velocímetro marca ciento cuarenta kilómetros por hora. Mi hermana dice:

—¿Te das cuenta de lo que significa esto, Moisés? ¿Entiendes por qué te lo estoy contando? El manzano de Villa Milagro no es el Árbol de la Vida. Es mentira que nuestra casa se alzase en el centro del jardín del Edén. ¿Me oyes bien? Si ni siquiera en el libro del Génesis se nombra un manzano: es un puto error de traducción. Todo lo que nos han contado es una patraña.

Yo la miro. No me atrevo a abrir la boca. ¿Cómo es eso que dicen en las películas de polis y cacos? Cualquier cosa que diga podrá ser usada en su contra.

—¿No dices nada, Moisés? Típico de ti. Siempre fuiste un cobarde. ¿Te crees que escapar de Villa Milagro fue algo valiente? Huir es huir, Moisés, no importan las razones.

Aunque me cuesta, no respondo a la provocación.

—Deja que te pregunte una cosa. ¿A ti qué te parece que Samara se case con Gabi?

Mi hermana conecta el intermitente. Se desvía hacia la gasolinera del señor Fonollosa. Yo pienso: vamos, no me jodas, menudo momento para repostar. Y, de algún modo, por debajo de toda esta tensión, también pienso: igual podríamos pillar unas cervezas, me vendrían bien unas cervezas; y me odio por eso, por pensar en las cervezas incluso en un momento así; cada día un poquito más patético, Moisés, cada día más esclavo. Ruth aparca junto al surtidor de sin plomo.

—Muy bien. Mírame. Quiero que entiendas una cosa. Es importante. Que me mires. —Los ojos de Ruth titilan igual que los de mi madre cuando está nerviosa—. Moisés, solo tú puedes acabar con la maldición de Villa Milagro.

Es entonces cuando reparo en el coche estacionado justo en paralelo al de mi hermana. Se trata del mismo automóvil negro y elegante que casi me atropelló la tarde que llegué a Villa Milagro. Ya sé que solo tuve un segundo para verlo, sé que estaba diluviando y que anochecía, pero aun así lo reconozco sin esfuerzo. Por fin puedo confirmar su marca: es un BMW. Por supuesto, qué otra cosa iba a ser si no. No hay nada más negro que un BMW negro. Mi hermana apaga el motor y me sostiene la mirada. Su rostro quiere reflejar serenidad, pero la tensión se le marca en la mandíbula.

—Entra en ese coche y cumple con tu papel —me dice.

Yo sigo inmóvil. Por si acaso. Me digo: estate quietecito, Moisés, no tomes ninguna decisión hasta que comprendas de verdad de qué va toda esta movida. Ruth resopla. Abre la puerta y se apea del coche. Lo rodea y llega hasta mi puerta. La abre.

—Baja —Me encara, y algo en su forma de fruncir el entrecejo me recuerda a mi madre. Nunca me había dado cuenta de lo mucho que se parecen—. Tienes una cita. ¿O es que no te acuerdas?

Mi hermana me ayuda a bajar del coche. Luego me da la espalda. No tiene nada más que decirme. Veo cómo se dirige a la tienda del señor Fonollosa y escucho cómo, al entrar, saluda con toda la afabilidad del mundo. Por alguna razón, al verla marchar, al ver su culo de hermana mayor marcando el paso con marcialidad, se me aparece la imagen de ella bailando en una discoteca de mala muerte en Castellón. No lo quiero ni pensar: Ruth haciendo el amor

en el asiento trasero de un coche, de este coche. Me dirijo hacia el BMW. Con cada paso que doy siento como si me hundiese en mantequilla.

Un hombre desciende del asiento del conductor. Es un tipo enorme con el pelo engominado. Viste un traje color gris perla muy elegante. Durante mi demasiado larga estancia en México me relacioné con unos chavales de —llamémoslo así— buena familia. Por alguna razón, se encariñaron con un muerto de hambre como yo. Supongo que les hacía gracia acoger a un europeo pobre. Viajaban en coches de cristales tintados y los acompañaban siempre unos guardaespaldas con pinganillo. Guaruras, los llaman en México. Reconozco en este hombre el porte seco y concentrado de aquellos guaruras mexicanos. Sin hablarme, me abre la puerta trasera y, con un gesto de la mano, me invita a entrar. Lo hago.

Dentro del BMW, me aguarda una mujer de unos sesenta años. Es gorda, con unos pechos voluminosos y rígidos, triangulares. Lleva el pelo de un color indefinido, un punto medio entre rubio y pelirrojo. Su piel también tiene un tono postizo, más que sonrosada es anaranjada. La mujer viste un traje chaqueta color blanco. No lleva anillos ni pulseras, pero sí unos pendientes de perla y una cadenita de plata. Es exageradamente fea. Nariz grande, ojos derretidos, labios de batracio pintados de un rojo intenso.

—Señor Miralles —me dice con un fuerte acento valenciano—. No sabe qué feliz me hace conocerlo por fin.

Yo me acomodo en el asiento, la muleta entre las piernas, el cuero chirría con cada uno de mis movimientos. El guarura cierra la puerta tras de mí y, automáticamente, se enciende la calefacción del coche. El interior del BMW me recuerda al interior de un joyero de nácar. La mujer me extiende una mano de uñas pintadas de rosa pálido. Yo se la estrecho.

—Soy Clara Nissenbaum.

—Creía que con ese apellido sería usted alemana o algo así —digo, o, mejor, pienso en voz alta.

—Ay, no, qué ocurrencia, soy tan de aquí como las alcachofas —se ríe—. De la terreta, de tota la vida de Déu. Mis abuelos eran argentinos, eso sí. Y mis tatarabuelos, quién sabe. —La señora Nissenbaum apoya una mano en su pecho enorme. Es un gesto coqueto, muy femenino, exagerado, más propio de una charla en

una peluquería que de una cita clandestina en un BMW—. Pero lo primero es lo primero, señor Miralles. Aquí tiene, tal y como acordamos.

La señora Nissenbaum me extiende un sobre negro y lacrado. Me pregunto: ¿quién sigue lacrando los sobres con cera medieval en pleno siglo XXI? En el lacre se distinguen dos letras: AA. El sobre abulta lo suyo. Rompo el sello sin más ceremonias rasgándolo con las uñas y abro el sobre. Dentro hay un buen fajo de billetes de quinientos euros. Soy incapaz de disimular una expresión de incredulidad.

—Puede contarlos, si quiere. A mí no me molesta, se lo aseguro.

La señora Nissenbaum extiende sus labios gomosos en un movimiento lateral y da forma así a una gran sonrisa. Su campechanía no encaja con su traje caro y sus pendientes de perla.

—Se ha ganado usted cada euro de ese sobre, señor Miralles —me dice—. En Antich & Asociados somos conscientes de que volar hasta aquí le ha supuesto no solo un trauma psicológico, sino también físico. —Me echa un vistazo de arriba abajo, su rostro cambia para denotar una profunda, exagerada preocupación—. Lamentamos mucho que su reencuentro familiar le haya ocasionado tales perjuicios. Si necesita ir al hospital, sepa que estaremos encantados de correr con los gastos. —Me guiña un ojo en un gesto cómplice.

El dinero del sobre huele a recién impreso. Comienzo a contar los billetes, pero enseguida pierdo la cuenta. Pregunto:

—¿Por qué no me dijeron que mi hermana estaba en el ajo?

—Ah, señor Moisés, ella nos pidió expresamente que no lo hiciéramos. —De su pecho orondo brota una carcajada breve, restallante—. Debo confesarle que a nosotros nos pareció extraño, pero esa fue la única condición que ella nos puso. Habría sido poco ético no hacerle caso. Sepa usted que, desde el principio, su hermana fue nuestro mayor asset en este proyecto. De hecho, la idea de contactar con usted fue suya.

—¿Cómo me encontraron?, —digo, y con el rabillo del ojo retomo la tarea de contar los billetes sin sacarlos del sobre: quinientos, mil, mil quinientos, dos mil euros.

—Ya se lo dije, señor Miralles: tenemos nuestros métodos. Y aunque me encantaría charlar largo y tendido con usted, lo cierto es

que, por desgracia, esta reunión debe ser breve. ¿Tal vez en otra ocasión? Sin duda. ¿Sabe? Su hermana teme que alguien pueda vernos juntos. Es una persona muy cautelosa. Muy inteligente, también. Personalmente, su hermana me cae muy bien.

La señora Nissenbaum apoya una mano regordeta sobre mi rodilla. Lo hace solo durante un segundo, pero es suficiente para transmitirme el calor intenso que brota de la palma de su mano. La calefacción del BMW comienza a ser excesiva. Termino de contar los billetes. Quince mil euros. Quince. Mil. Euros.

—Espero que no le importe si voy directa al grano, señor Miralles. ¿Sabe?, si tengo un defecto es ese, desde luego, que me gustan las cosas claras; rodeos, los justos. Usted ya se imagina por qué le hemos hecho venir, ¿verdad?

—Quieren comprar la finca de Villa Milagro —digo a media voz.

—¡Exactamente! ¡Eso es! Pero ¡qué bien calados nos tiene! —La señora Nissenbaum devuelve la mano a su pecho voluminoso—. Estamos muy, pero que muy interesados en adquirir la finca de Villa Milagro, incluyendo también la edificación, por supuesto. Sepa usted que mi superior, el señor Manuel Antich, considera este proyecto la niña de sus ojos.

Yo intento ganar algo de tiempo haciéndome el remolón.

—¿Y por qué no ha venido el señor Antich en persona, si tan interesado está?

Ella ríe mi ocurrencia con una exageración que, no sé por qué, me incomoda.

—Ay, señor Miralles, qué cosas tiene. Verá, el señor Antich padece… El señor Antich sufre de… mmmmmm… cierta discapacidad. Esa es la palabra, sí: discapacidad. —La señora Nissenbaum hace tintinear las pulseras—. Solo sale de casa en ocasiones de extrema urgencia. Igual el día de la firma del contrato tiene usted el gusto de conocerlo, quién sabe.

La señora Nissenbaum me hace un nuevo guiño. Lleva el párpado pintado de un color azul verdoso. La capa de maquillaje es espesa y, cuando cierra el ojo, parece como si llevase un parche pirata.

—Para su información, le diré que Antich & Asociados posee ya el resto de las haciendas de la zona. A lo largo de estos años hemos ido adquiriendo pacientemente todo el contorno de la conocida

como Senda Grande. Por cierto, curioso nombre, ¿verdad? Ja, ja, ja. Senda Grande. Qué ocurrencia. En fin, el señor Antich tiene un gran proyecto entre manos que revitalizaría la comarca entera, garantizando cientos de puestos de trabajo a corto, medio y, sobre todo, largo plazo. Más que de un complejo hotelero estamos hablando de una auténtica ciudad de vacaciones. Lo único que nos impide llevar a cabo este hermoso sueño es la negativa de su familia a vender. Tenga en cuenta que Villa Milagro da directamente al mar. No le voy a engañar, es una pieza fundamental para nuestros planes.

La señora Nissenbaum va desenredando su discurso con artes de prestidigitador y yo, la verdad, siento un profundo desahogo al escucharla hablar. Pienso: mi misión ha terminado. Pienso: pierde el tiempo esta mujer, con su BMW y su manicura francesa, con sus contactos y sus papeleos, con sus sobres negros lacrados a la antigua. No hay nada que yo pueda hacer para ayudarla. Y, por tanto, no hay nada que me impida coger la guita y marcharme ahora mismo a todo correr, por fin; ni siquiera es menester que vuelva a pisar Villa Milagro, no me lo puedo creer; tengo el dinero, nada me ata; adiós, familia de tarados, adiós, adiós, adiós, muy buenas y hasta nunca jamás.

—Señora Nissenbaum —la corto, y creo que la voz me tiembla de pura emoción.

—Llámeme Clara, por favor.

—Clara, ya te lo avisé por teléfono. No tengo voz ni voto en las decisiones de mi familia. Créeme, dudo que haya nadie a quien fueran a escuchar menos que a mí. Y, además, te aseguro que ellos nunca venderán, no importa la cantidad que pongáis sobre la mesa.

—Tres millones de euros —dice la señora Nissenbaum.

Las manos se me erizan solas y el sobre con el dinero cae a mis pies. El aire acondicionado del coche se me hace insoportable: una ráfaga de aire caliente me estalla en la cara, agobiándome.

—Tres millones de euros es una cantidad más que razonable —prosigue la señora Nissenbaum—. Muy por encima de lo que vale ese terreno, desde luego. Pero ¿qué quiere que le diga? Nunca había visto al señor Antich entusiasmarse así por un proyecto.

—Eso es… Bueno, eso es mucho dinero —digo, e intento en vano tragar saliva.

Me dispongo a agacharme para recoger el sobre, pero la señora Nissenbaum me lo impide apoyando una mano sobre mi hombro. Sonríe una vez más y me fijo en que sus dientes son demasiado blancos.

—Estimado señor Miralles, hay algo que debe saber. Verá, nuestras fuentes nos han informado de que, justo antes de sufrir el ataque que lo ha dejado incapacitado, su padre cambió el testamento. Dejó todos los bienes inmuebles en herencia exclusiva al primogénito varón. Y corríjame si me equivoco, pero ¿no es usted acaso el primogénito varón?

Extiendo la mano entre mis piernas hasta rozar con las yemas de los dedos el sobre negro. Mi único deseo es salir del BMW y desaparecer. No quiero que esa mujer siga hablando. Prefiero no saber qué viene a continuación.

—Claro que, según la Ley de Propiedades, a los hijos y a la esposa les corresponde un mínimo legal, lo que popularmente se conoce como la legítima. Pero su hermana nos ha asegurado que, en su familia, es costumbre renunciar a esa legítima en favor del heredero. ¿Es eso cierto, señor Miralles? Qué cosas más raras tienen ustedes. Cada familia es un mundo.

Ya he tocado el sobre, lo único que tengo que hacer es cerrar los dedos sobre él y hacerlo mío, ya casi, ya casi.

—Nosotros no le deseamos ningún mal a su padre. Ojalá le quedasen muchos y largos años por vivir. A fin de cuentas, todavía es joven. Su padre tiene… ¿Cuántos? ¿Setenta y cinco años, setenta y siete? Sí, todavía es joven, pero así es la vida: impredecible e injusta. Nuestros médicos nos han informado de que su estado de salud es delicado en extremo. Podría fallecer en dos meses, en una semana, mañana mismo. Es una situación triste, señor Miralles, me hago cargo. Pero, bueno, hay que seguir adelante, pensar en el futuro, no sé si me entiende.

Por fin he recogido el sobre. Me lo meto en el bolsillo de la sudadera y lo aprieto fuerte con la mano. Nada me retiene aquí. Es hora de salir pitando. Me resulta imposible dejar de mirar el rostro de la señora Nissenbaum. Su boca exagerada de labios pintados que no se calla.

—Cinco millones de euros. Esa es la oferta. Tres millones de euros solo para usted. Heredero único. Menudo golpe de suerte,

¿verdad?

Yo asiento. El guarura abre la puerta.

—Oh, se nos ha acabado el tiempo, señor Miralles. Le dije que esta reunión tendría que ser forzosamente breve. Dígame, por favor, que, como mínimo, considerará nuestra oferta, ¿de acuerdo?

Como en sueños, salgo del BMW y vuelvo al Citroën C4. Ruth me ayuda a subir y cierra la puerta tras de mí. Arranca el coche y abandonamos la gasolinera. Por el retrovisor, veo cómo las luces del BMW se incorporan también a la carretera, pero en dirección contraria a la nuestra, de vuelta a Berinossent. El coche es tan negro que se confunde con la noche. Las luces de posición, dos puntitos rojos suspendidos en el vacío. Mi hermana conduce sin mirarme, con la barbilla hundida y la expresión concentrada. Yo deslizo mi mano en el bolsillo de la sudadera y palpo con los dedos el sobre negro y lacrado. No hablamos en todo el trayecto.

Cuando llegamos a Villa Milagro, mi madre está esperándonos en el porche. La lamparita que cuelga sobre la puerta produce una luz escasa y el arco de buganvillas, que ha trepado hasta casi rozar la bombilla, se entromete tintando la escena de color violeta. Mi madre se encoge bajo un chal de lana tan descosido que algunos flecos rozan el suelo.

—¿Qué tal ha ido?, —pregunta.

No le respondo. Apoyándome en la muleta, entro en la alquería y dejo atrás a mi hermana, al Citroën C4, a mi madre, a la noche azulada.

18. Transgresiones de azucarillo

Huir es huir, no importan las razones. Huir es siempre de cobardes. Eso me había dicho mi hermana. También me había dicho otra cosa: que se me va la fuerza por la boca. Y con eso me había vuelto a demostrar que me tenía calado.

Si pienso en mi juventud, en mi adolescencia, en mi infancia incluso, siempre me veo con los puños cerrados, el cuello extendido hacia delante en actitud de reto, el pecho henchido, la mirada sarcástica. Me veo escogiendo las palabras que más y mejor podían desesperar a mi madre. Me veo buscando a sabiendas la confrontación con mi padre. Veo portazos, gritos, puñetazos contra la pared, pataleos, escupitajos. Me veo, en definitiva, interpretando a la perfección el papel de hijo tocapelotas, ese que sabe mejor que nadie cómo adelgazar la voz para deslizar sus palabras hasta lo más hondo de la cabeza de sus progenitores y así ponerlos de los nervios. Mi casa era una casa de prohibiciones y reglas. Una casa amueblada con cartuchos de dinamita. Y yo, en lugar de pasar a tientas y de puntillas, me empeñaba en recorrer sus pasillos con una antorcha en la mano. Tentaba la suerte adrede y buscaba a cada segundo una mecha que encender. Ansiaba la explosión y los cascotes resultantes.

Me pregunto: ¿de qué me sirvieron al final todos esos gritos y esas explosiones?

La respuesta: de nada.

Yo pataleaba y gritaba y mordía para que todos me vieran patalear y gritar y morder, pero, al final, siempre terminaba por hacer lo que se esperaba de mí. Era tal y como había dicho mi hermana: se me iba la fuerza por la boca.

Cuando el tío Jacobo pidió que lo liberaran de su tarea como Guardián, yo asumí su cargo con naturalidad. Protesté, claro que sí. Protesté lo mismo que cuando me ordenaban madrugar para ir a sulfatar los naranjos de Buscallops. Protesté como cuando me tocaba entrenar a los perros en lugar de perder la tarde en los recreativos Llorens, mano a mano con mi prima-novia Samara. Protesté, sí, y qué.

Recuerdo la noche cuando mi padre me anunció que había llegado el momento de convertirme en Guardián. Apenas habían pasado un par de días del intento de robo y todavía nos sobrevolaba la imagen del pobre Lázaro tendido sobre un charco de sangre en el porche. Mi tío Jacobo arrastraba una angustia inmensa, más inmensa aún en contraste con su optimismo habitual. Se pasaba horas de pie, frente al barranco, los ojos fijos en el mar, apenas soltaba prenda en todo el día. Había oído a mi madre y a tía Inés comentar que esa no era la primera vez que la depresión estrujaba el corazón de mi tío: por lo visto, después de enviudar por segunda vez, también había enmudecido de tristeza y también le había caído encima una losa existencial. Aquella noche en concreto, el tío Jacobo marchó a la hora convenida a cumplir con su deber, le dio el relevo al abuelo Jeremías y se sentó a vigilar el manzano. En la cocina, como siempre a esa hora, mi padre esperó a que mi madre pusiese a calentar el agua para las manzanillas y dio parte al Señor de lo acontecido ese día:

—Aquí seguimos, Señor. Gracias por la confianza.

Y luego, al percibir el silencio que pesaba sobre la familia, añadió:

—¿Qué pasa? ¿Es que hoy nadie quiere jugar?

Me pregunto cuántas partidas de parchís y de tute y de perejila habré echado durante mis años de juventud. En Villa Milagro no había nada más que hacer. Sobre todo en invierno. Era eso o leer un libro. Y excepto Ruth, el resto de la familia siempre le tuvimos alergia a eso de las letras. Tía Inés sacó el tablero y dispuso con mimo las fichas de parchís. Comenzamos a jugar, al principio recelosos, mudos; pero, poco a poco, el sonido de los dados en el cubilete nos fue animando y las voces ganaron confianza. Recuerdo que Zacarías sacó tres seises seguidos, mandando su ficha de nuevo a la casilla de inicio. Recuerdo también que yo me reí de él y que mi madre se sonrió por lo bajo. Con la vista fija en el tablero, mi padre anunció:

—Moisés, a partir de mañana se acabó el instituto para ti. Lo hemos hablado y Jacobo se mudará a la Casa de Labores. Tú ocuparás su lugar. Ya está decidido.

Sentí cómo el mundo se me desmoronaba. En un segundo, olvidé la desgracia acaecida pocos días atrás, así era yo de adolescente, así

son los adolescentes en general: lo único en lo que podía pensar era en mis pellas con Samara, en las horas lejos del organigrama de la alquería, en mi libertad. Con muchos aspavientos exigí mis derechos —pero ¿qué derechos tenía un Miralles excepto cumplir con lo mandado?— y me esforcé por resaltar que no era culpa mía que el tío Jacobo fuera un flojo o un vago o un sensiblón. ¿A santo de qué tenía que pagar yo las faltas de otro? Mi padre sujetaba entre las dos manos una taza de manzanilla con miel. Para no rompérmela en la cabeza, dio un puñetazo sobre la mesa que hizo saltar las fichas y precipitó el tablero de parchís al suelo.

—¿Y te crees que a mí me apetece tener a un haragán como tú de Guardián?, —me espetó—. Pero si no lo relevamos, Jacobo acabará pegándose un tiro en el paladar. Así que a joderse toca.

Al final, claro, terminé por ceder. ¿Acaso tenía otra opción? Al día siguiente, tal y como todos esperaban, me senté en la mecedora y afirmé la escopeta entre mis rodillas. Acepté mi destino como Guardián igual que, en el pasado, lo había aceptado mi padre y antes incluso mi abuelo Jeremías y tantos otros. ¿Para qué servían entonces mis aspavientos si al final siempre terminaba acatando?

Esa noche —la noche de la partida de parchís interrumpida y del puñetazo en la mesa— marcó un antes y un después en mi relación con mi padre. Más aún que en el pasado, comenzamos a tratarnos como dos vecinos que se tienen ojeriza. Hablábamos lo justo y nunca sobre frivolidades.

—Todavía queda café en el termo.

—Hay que limpiar y engrasar la escopeta.

—A tu abuelo la hernia lo está matando, tendrás que hacer turno doble.

Con frecuencia, a la menor oportunidad, nos lanzábamos el uno contra el otro.

—No sé si no lo entiendes o es que no lo quieres entender.

—¿Otra vez estás con las mismas?

—¡He dicho que no y es que no!

Dudo que supiéramos exactamente por qué discutíamos. Mi padre y yo nos gritábamos porque, en los albores de nuestra relación, quedó estipulado que debíamos gritarnos. Nosotros no éramos más que dos actores muy obedientes que seguían a rajatabla su papel. En el fondo, nuestras broncas eran puro trámite. Tenía

razón mi hermana. Mis transgresiones eran como un azucarillo que se disuelve en el café.

Recuerdo bien esos años de Guardián primerizo. El abuelo Jeremías, mi padre y yo dividiendo el día en turnos de seis horas. Tres generaciones de Miralles entretejidas por la custodia del manzano. Y el bueno de Zacarías preparándose para cuando llegase su turno. Y el pequeño Gabriel aprendiendo a disparar sin asustarse del estruendo que brotaba de sus manos. Nuestras vidas como el eco de las vidas de nuestros antepasados.

SEGUNDA PARTE

19. ¿Puedo darte un abrazo?

Estoy acostado en el cuarto de invitados de Villa Milagro. Es noche cerrada y no consigo dormirme. Entre las varillas de la persiana se escurre la luz de la luna. La habitación tiene la atmósfera difusa de un acuario.

Llevo tanto tiempo despierto que mi vista ha terminado por acostumbrarse a las tinieblas. Puedo ver los contornos del armario, de la mesilla, de la jofaina, incluso distingo los dibujos del cuadro que cuelga sobre la cama, san Antonio y el cerdito, el tapete de ganchillo bajo la lámpara, el entramado de flores tejido en la colcha. A ratos, confundo la ropa que se acumula sobre la silla con la silueta de un señor muy bajito, un enano de circo, un gnomo de jardín, algo así. Me gustaría darme la vuelta, probar otra posición a ver si así consigo conciliar el sueño, pero no hay manera. Las heridas del costillar y del tobillo me impiden dormir de lado. Estoy condenado a mirar al techo oscuro y morirme de tedio.

No tengo ni idea de qué hora es. Las tres o las cuatro de la mañana, quién sabe. Hace años que no uso reloj de pulsera y el tío Jacobo se quedó con mi *smartphone* —por si acaso, dijo cuando me lo quitó, y ya no he vuelto a verlo—, así que a joderse toca: soy un hombre sin tiempo. Esta noche, el viento viene del mar y sopla fuerte. Se lo oye ulular contra el cristal de la ventana.

He escondido el sobre con el dinero bajo el pantalón del pijama, prendido a la tira del calzoncillo. Los treinta billetes de quinientos lereles abultan lo suyo, y es incómodo llevarlo a cuestas todo el tiempo, pero no me sentía seguro desprendiéndome de la pasta, ni siquiera para dormir. No creo que exista un solo rincón de Villa Milagro que pueda escapar al radar de mi madre. De modo que mejor llevarlo encima todo el tiempo. Solo por si acaso.

Una y otra vez, vuelvo a pensar en la oferta que me ha hecho la señora Nissenbaum. Y, al mismo tiempo, paradojas de la vida, no consigo moldear ningún pensamiento concreto al respecto. Es como si tuviera el cerebro lleno de grumos. Las ideas se me empastan antes de tomar forma. Tres millones de euros no es una cantidad real. Es como pensar en el olor de la nieve. ¿Qué haría yo con tres

millones de euros? Ni pajolera idea. Por más que lo intento no soy capaz de visualizarme con tal cantidad de pasta. Tampoco soy capaz de concretar los pasos que debería seguir para conseguirlos, establecer un plan de acción, un mínimo esquema mental. La señora Nissenbaum ha insinuado que debería seguir viviendo aquí, en Villa Milagro, mientras fuera necesario, y que debería, por tanto, prorrogar indefinidamente este sainete del hijo pródigo que vuelve a casa. Pero ¿de cuánto tiempo estamos hablando exactamente? ¿Tendría que aguardar un mes, dos, siete, un año quizás, una década, tal vez más, hasta que por fin mi padre decidiese morirse? ¿Nos hemos vuelto todos majaretas? Y, además, hay un detalle extra, algo que quizá la señora Nissenbaum no sabe pero que yo sí sé: heredar Villa Milagro no consiste solo en quedarse con la alquería y la finca, también consiste en adquirir el título de Padre Guardián. ¿Cómo iba mi padre a dejar la misión sagrada de los Miralles en las manos de un renegado como yo?

Por un lado: tres millones de euros.

Por otro: el escurrirse del tiempo en Villa Milagro, la obligación de tener que ver y tratar y mentir a mis familiares un día sí y otro también hasta la muerte —¿de pronto deseada?— de mi padre.

En medio de las dos opciones: el manzano celestial, la Remington 870, los perros a los pies de la mecedora, el respeto de mis parientes, las prácticas de tiro, la Cosecha, tres comidas al día, reducción súbita del mundo a un territorio ínfimo y asfixiante.

Me levanto de la cama. No es que quiera, es que simplemente lo he hecho; antes de que pueda darme cuenta ya he apartado la cobija y me he puesto en pie. Recojo la muleta y me encamino a la ventana. Usando el pulgar y el índice, amplio la rendija de la persiana. Una hermosa luna resplandece sobre el mar de La Caleta. La luna no está llena, pero poquito le falta. Creciente gibosa, así se llama esa fase. He ahí el tipo de cosas que mi padre me enseñó cuando yo era niño. Las fases de la luna, el nombre y el canto de los pájaros, cuál es la mejor época para plantar un limonero, cómo adiestrar a un perro para que muerda las canillas de un intruso con solo chasquear los dedos. Vistas desde aquí, las olas del mar parecen bullir de pececillos plateados.

Tiemblo de frío. La alquería de Villa Milagro es vieja. Sus paredes almacenan humedad como si fueran una esponja. Recojo la

frazada de la cama y me la echo sobre los hombros. Salgo del cuarto.

El pasillo es un túnel oscuro. Para orientarme, tanteo la pared con las yemas de los dedos. Una a una, rozo las diminutas litografías que cuelgan del pasillo y que representan a los animales que, se supone, poblaron el jardín del Edén. He recorrido tantas veces este camino que, incluso a oscuras, creo que podría ubicar cada litografía en su lugar correspondiente: ahora estoy pasando frente a la cebra, ahora, el buitre leonado, ahora, el rinoceronte, ahora, el león, ahora, el puercoespín. Me esmero por avanzar sigilosamente, pero los chirridos de la muleta se empeñan en anunciar cada paso que doy. No he sido lo bastante precavido como para calzarme unas babuchas —en realidad, cuando me levanté de la cama ni siquiera sabía que iba a dar un paseo— y ahora el frío de las baldosas me aguijonea la planta de los pies.

Termino deteniéndome frente a la puerta del cuarto de mi padre, que está entreabierta. La empujo con un dedo. Se abre como si tuviera vida propia. Entro.

No consigo acostumbrar mi vista a esta nueva oscuridad, más espesa aún que la del pasillo. Me llega, eso sí, la respiración mojada de mi padre. Cuando mi viejo respira, suena igual que el petardeo de unas burbujas en una gaseosa recién servida. No distingo ningún otro aliento en el cuarto, y, aunque sigo sin ver un carajo, no me cabe duda de que mi padre está solo. Esta noche nadie vela su sueño. ¿Dónde dormirá mi madre ahora que su marido está enfermo? ¿O es que llevan años sin compartir cama? ¿Cuánto hay que no me han contado? Me adentro en las sombras de la habitación y tropiezo con la esquina del tocador. Algo cae al suelo, creo que es la cajita de Juanola donde mi madre guarda las pastillas para la tensión. Llego hasta la ventana y levanto la persiana alicantina. Sin prisas, la luz de la luna va pintando el cuarto de azul. Las sábanas blancas refulgen con una fosforescencia de insecto.

Recojo el taburete en el que me senté durante mi anterior visita y lo llevo hasta el borde de la cama. Mi padre duerme boca arriba sobre tres o cuatro almohadas. Tiene la boca abierta y la ausencia de dientes le otorga un aspecto extraño. Mi padre parece un pez que boquea. Me siento y procuro guardar el más completo silencio. Por

encima de mi padre y de las almohadas, se eleva el cabecero con sus ramas de manzano labradas, sus flores de largos pistilos, sus frutos igual que tetas de chavalita prepuberal. A saber cuántas generaciones de Miralles han dormido bajo ese cabecero. La luz de la luna repasa y se entretiene en las curvas del entramado del dibujo. Por momentos casi parece que las manzanas talladas en la madera son de verdad.

Me descubro manteniendo una hipotética conversación con mi padre. Me digo: vamos a ver, padre, ¿se puede saber a qué juega? ¿Por qué demonios decidió cambiar su testamento en el último momento? ¿Qué lo llevo a pensar que declararme heredero era una buena idea? ¿Es solo porque soy el primogénito y la tradición pesa más que el sentido común? De verdad que no lo entiendo. ¿Por qué iba usted a confiar en mí, padre, después de todo este tiempo? A confiar no ya en mi regreso, que de por sí era mucho confiar, sino en mi buena voluntad en caso de que eso sucediera. ¿Acaso cree que puedo ser mejor Padre Guardián que Zacarías? ¿Y en qué posición deja eso a mi hermano, después de todo lo que él se ha esforzado y sufrido y obedecido, ocupando mi lugar, haciendo las veces del buen hijo en ausencia del malo? Venga, explíquese. ¿Cómo sucedió todo exactamente? ¿Se levantó un día y, de pronto, le dolieron todas nuestras broncas, los gritos, los porque yo lo digo y punto? ¿Se levantó un día y decidió que su hijo desaparecido merecía otra oportunidad y que bien valía jugársela y dejar en sus manos el destino de la familia y, ya puestos, el de la humanidad y del divino plan del Todopoderoso?

Cansado de esta conversación imaginaria, dejo la muleta en el suelo y me envuelvo en la frazada, pies y cabeza incluidos. Apoyo los brazos en la cama y descanso la cabeza sobre ellos. Me duermo.

No sueño con nada.

Cuando vuelvo a abrir los ojos está amaneciendo. Una luz vacilante, recién nacida, cubre el cuarto con una pátina naranja pálido. Pestañeo varias veces hasta recordar dónde estoy. Los riñones me duelen por haber pasado la noche en una posición incómoda. La humedad me ha calado hasta los huesos y me castañean los dientes. Es entonces cuando me doy cuenta: mi padre está despierto.

—Hostia —digo.

Tiene una expresión como de alucinado, sus ojos demasiado abiertos me observan fijamente. El lado inmovilizado por el ictus tiembla igual que si fuera a descomponerse.

—Disculpe, padre —me explico todavía medio dormido—. Anoche no podía dormir. No sé ni por qué vine. Ahora mismo lo dejo tranquilo.

Siento cómo me embarga la vergüenza. ¿Qué cojones hago yo a los pies de esta cama centenaria? Tengo que marcharme cuanto antes. No quiero que mi madre descubra que he venido a velarlo. Se llevaría una impresión equivocada. Como si a mí pudiera importarme en lo más mínimo lo que pudiera sucederle. Me levanto del taburete y me dirijo a la puerta. La voz de mi padre me detiene.

—Eres —dice.

Yo me vuelvo y lo miro. La vista se me va a sus manos, demasiado grandes para unos brazos tan delgados. Esas manos que a veces se me aparecen en sueños. Mi padre toma aliento antes de decir:

—Eres como Miguel.

Otra vez me compara con el bisabuelo, el traidor cuyo retrato con boina de requeté cuelga boca abajo en el salón. Miguel fue un desertor que, al igual que yo, abandonó su responsabilidad como Guardián y huyó de Villa Milagro pocos años antes de que estallase la Guerra Civil. Desapareció sin dejar rastro y nunca más volvió a saberse de él hasta que, un día, cuando más desesperada estaba la familia, surgió de la nada para salvarles la vida a todos. Abril de 1938. Un hombre de bigote fino aparece montado a caballo en la finca de Villa Milagro con los galones de teniente coronel colgando de la pechera. Comienza a dar órdenes y detiene una masacre.

—No —digo.

De pronto siento cómo la ira me burbujea tras los ojos. Aprieto los puños. No sabría decir cuál es exactamente el origen de esta rabia: si la comparación con el bisabuelo Miguel o la consciencia de mi propia debilidad por haber acudido a la cama de mi padre en plena noche o tal vez la vergüenza de saberme un farsante o qué.

—No, eso sí que no. Ya le digo yo que no, padre. No, no y no.

Me acerco a la cama apoyándome de malas maneras en la muleta. Me inclino sobre el rostro ajado de mi padre. Hablo flojo para que solo él pueda oírme, en esta casa nunca se sabe quién

puede andar escuchando.

—Míreme. Écheme un buen vistazo. ¿Es que no se acuerda de con quién está hablando? Yo no soy como el bisabuelo Miguel. No he venido aquí a salvar a nadie. No me arrepiento de nada. Lo único que yo quiero es ver cómo usted se muere de una vez por todas y ya está.

Los ojos de mi padre se abren mostrando una profunda incomprensión. Abre la boca para decir algo, pero de sus labios torcidos solo brota una burbuja de saliva.

—Tú ah gah —balbucea.

No pienso quedarme a escuchar más tonterías. Me doy media vuelta y salgo de la habitación.

Me dirijo hacia la escalera. Sigo descalzo y el frío me trepa desde la planta de los pies hasta la coronilla. Pero soy testarudo y me niego a regresar a mi cuarto en busca de unos calcetines y unas zapatillas. También me vendría bien un jersey. A tomar por saco, me arrebujo en la frazada y desciendo los escalones.

Nada más pisar la planta baja me llega un revuelo de ladridos. Hay que ver qué rápido me huelen, los muy desgraciados. Me asomo al pasillo y veo que la cancela del patio está abierta. Todavía me hierve la sangre por el encontronazo con mi padre. Supongo que es por eso que grito:

—¡Vamos a ver, eh! ¡Que voy a la cocina! ¡Así que haced el favor de sujetar a esos chuchos, ¿está claro?!

En respuesta a mi demanda, los ladridos del patio se intensifican. Permanezco inmóvil aguardando una respuesta. Tiemblo de frío y de rabia y de miedo. Una parte de mí es muy consciente de que, ¿por qué no?, en cualquier momento un mastín o un dóberman podría asomar corriendo por el pasillo, todo babas y dientes, perro asesino que ha probado el sabor de mi sangre y que ha recibido la orden de rematar la faena. Pero todo el mundo tiene un límite, incluso yo, así que aquí estoy, plantado en el pasillo, tentando la suerte y a los perros. Por fin, me llega la voz de Zacarías poniendo orden y acallando los ladridos. Unos segundos después, escucho cómo chirrían los goznes de la cancela. Prosigo mi camino con la cabeza bien alta, orgulloso de mí mismo por primera vez en mucho tiempo.

Busco una botella de vino en la alacena. Me siento a la mesa y

me sirvo un vaso tras otro. Los visillos de las contraventanas son de oro líquido. Poco a poco, la luz del día se va solidificando y los colores de la cocina van ganando en consistencia, en definición, en peso. El ronroneo eléctrico de la resistencia de la nevera —que debe de tener algo así como sesenta años— me recuerda a los mantras budistas de los ashrams de Myanmar. Fuera, unos jilgueros intensifican sus trinos.

Sobre la mesa de madera hay un tapete de ganchillo y, sobre él, un cuenco con higos, uvas y nueces. Tomo una nuez y la aprieto fuerte entre mi mano y el borde de la mesa. Se rompe. Rebusco entre su cáscara para recoger el fruto escaso, que se transforma en una pasta pegajosa cuando lo machaco con mis dientes. El vino marida bien con las nueces. Poco a poco, trago a trago, la casa y yo vamos entrando en calor. Me desprendo de la frazada, echándola a mis pies. Tengo ganas de llorar y no sé por qué.

Algo así como quince minutos después, llega Gabi. Aparece arrastrando un largo bostezo. Yo lo saludo levantando el vaso. El vino comienza a hacer su efecto. Mi hermano no se sorprende al verme en la cocina a una hora tan temprana, con las manos sobre la mesa, un montoncito de cáscaras de nuez y una botella de vino casi vacía.

—¿Un poco de
ca-café?,
—me pregunta—. ¿Te ape, te apetece una tostada?

Como única respuesta sigo bebiendo. Mi hermano calienta la leche en un cazo y prepara café en una vieja Bialetti. Silba la melodía de un villancico: los pastorcillos que van a Belén, porompompom. Gabi se sienta a comer muy cerca de mí y, mientras pela un huevo cocido con las uñas, me explica que ayer despiojó a un perro. Me dice que las garrapatas que encontró bajo su oreja eran tan grandes y tan negras como una oliva. Yo le escucho y bebo. Gabi me dice algo que no entiendo. Se ríe a carcajadas de su propio comentario. Pienso: el día de santo Tomás de Aquino mi hermano pequeño se casará con Samara y sus hijos serán doctos y sabios porque el santo más docto y sabio del santoral les será propicio.

—¡Qué bueno tener, tener, tenerte de vuelta, Moisés!

Mi hermano recoge su plato y su taza, los deja en el fregadero y

desaparece canturreando.

Yo me levanto a buscar otra botella de vino. Mientras la abro, llega Zacarías. Imagino que Gabi acaba de darle el relevo frente al manzano. Al verme, se queda petrificado en el quicio de la puerta. Puedo distinguir sus dientes apretados, las encías rosadas. Zacarías tiene un aspecto de mierda. Profundas ojeras marcan su rostro y unas venitas azules decoran sus sienes. Se pasa una mano por la cabeza rapada y parece estar a punto de dar la vuelta, pero, finalmente, se decide y cruza la cocina con dos enérgicas zancadas. Abre la nevera. Bebe un largo trago de leche directamente del tetrabrik. Mientras bebe, no me quita ojo. Se limpia la boca usando el guante negro que cubre las quemaduras que se hizo en el incendio del almacén.

—¿Quieres?, —le pregunto, levantando un vaso de vino.

Zacarías se marcha enfurecido.

La siguiente en aparecer es tía Inés. Casi inmediatamente después, mi madre. Lo primero que hace mi madre es quitarme la botella de la mesa. Yo no opongo resistencia, a estas alturas el vino ha hecho su trabajo, siento cómo una maravillosa sensación de ligereza masajea mis pensamientos. Tía Inés y mi madre pululan por la cocina con una laboriosidad sincronizada. En un visto y no visto hay cazuelas puestas al fuego, algo chisporrotea en la sartén, una de las dos recoge las cáscaras de nuez que yo he partido, otra dobla y guarda la frazada que traje de mi habitación, tía Inés lava los platos y mi madre los va secando con un paño que, hace tiempo, fue una camisa o una falda. Alguna de las dos —a veces es difícil distinguirlas— me sirve una tortilla de queso. Me la como. También una tostada con aceite y varias lonchas de mortadela. Es agradable sostener la taza de café caliente entre las manos. El calor y el olor del café bailan y se dan la mano con el oleaje que el vino me ha dejado dentro.

Mi madre aparece con el recurrente botiquín de latón —que no sé de dónde ha sacado— y anuncia que quiere revisar el estado de mis heridas. Me zafo de ella agitando las manos. Ella esconde el botiquín —¿dónde lo ha dejado?— y se sienta junto a mí.

—¿Vas a contarme por fin cómo te fue ayer en la Casa de Labores? —Pero antes de que pueda responder, ella misma añade—: Tu hermana dice que bastante bien. Me explicó el encontronazo que

tuviste con, ah, bueno, algunos de tus primos. ¿Qué te voy a contar que no sepas? Ezequiel fue, es y siempre será un pedazo de bruto. Pero lo importante es que tienes el visto bueno de la abuela Galilea y no hay más que hablar.

—Madre —la interrumpo yo.

Pero no se me ocurre qué más decir, así que me callo. Cierro los ojos y disfruto de esta sensación de abotargamiento tan placentera. Mi madre me habla y yo no tengo ni idea de lo que dice. Pienso en la señora Nissenbaum y pienso también en lo difícil que es imaginar cómo son y a qué huelen tres millones de euros y pienso además en lo pesado que resulta el cargo de Padre Guardián. Pienso en la expresión de angustia que ha puesto mi padre cuando le he plantado cara esta mañana. Pienso en Samara recogiendo la bolsa de colostomía de la abuela Galilea. Mi hermana confesándome que hizo compota con las manzanas del patio. Visualizo el sobre con quince mil euros que todavía guardo en mis calzoncillos. Por fin me las apaño para decir:

—Madre, ¿a qué estamos jugando?

Nos interrumpe la llegada de Esther. Mi prima irrumpe en la cocina como un jabalí en una tienda de campaña. Trae a su hija Judith prendida del pecho, la pequeña Nazaret la sigue de cerca, vestida con el uniforme del colegio. Nada más verme, Esther comienza a gritar y a señalarme.

—¡Lo que me faltaba por ver! El marajá de Villa Milagro sentado a la mesa de buena mañana, esperando a que le sirvan su desayuno. ¿Está todo al gusto del señor? ¿Quiere que le corte unas lonchitas de jamón serrano? ¿Bajo al pueblo a por unas huevas de caviar?

Esther sigue y sigue con sus monsergas. Mi madre le responde y, ale, ya tenemos montada la discusión. No las escucho. Me concentro en repasar con el dedo el azúcar que se ha quedado pegado al fondo de la taza de café. Mi sobrina Nazaret moja sus galletas en el Cola-Cao y no me quita ojo. El bebé también me mira desde su sillita de plástico. Chupa un gajo de mandarina con una concentración excesiva, el líquido le resbala por la barbilla hasta mancharle el babero y la camiseta. Sin saber por qué, se me instala una sonrisa en la cara.

—¿Está borracho?, —aúlla Esther—. Pero ¡tendrá cara! ¡Nazaret,

no le hables! ¡Te he dicho que no hables con este borracho asqueroso!

Esther recoge a las niñas y se va. De fondo, escucho el ronroneo del Seat Toledo al arrancar. Esther lleva a Nazaret al colegio y, quién sabe, quizá luego aproveche para pasarse por la Casa de Labores y así intercambiar chismorreos, seguro que se muere por desgranar mis infortunios y añadir su aportación de última hora: imaginaos, ahora resulta que el traidor desayuna en la cocina como uno más. Imaginaos: encima es un borracho degenerado. Me encanta relamer el azúcar que se queda pegado al fondo de la taza. No entiendo por qué la gente no lo hace constantemente. Es como encontrar un caramelo de café en tu desayuno.

Mi madre y tía Inés entran en la despensa y salen arrastrando un saco de arpillera. Lo dejan sobre la mesa. Dentro hay un montón de judías verdes recién cosechadas. Se sientan una junto a la otra y comienzan a trabajar. Desechan los extremos inservibles de la vaina y luego parten las judías en tres o cuatro pedazos de tamaño equivalente, que dejan en una palangana de latón. Verlas trabajar es hipnótico. El modo como reclinan la espalda tiene algo de misa de doce. De pronto, me acuerdo de una cosa que me contó la abuela Galilea.

—No sabía que padre escondía botellas en el huerto.

Mi madre levanta la cabeza y se me queda mirando con una vaina de judía suspendida en el aire.

—De tal palo, tal astilla —añado, y me entra la risa floja.

Mi madre se levanta de la silla y sale de la cocina.

Tía Inés se queda ahí, partiendo judías ella sola. No parece haberse coscado del enfado de mi madre. Yo la observo trabajar durante unos minutos y, por fin, me decido a tomar yo mismo una judía entre las manos, le corto los dos extremos, la parto en varios pedazos, colaboro en vaciar el saco de arpillera para ir llenando la palangana de latón. Me cuesta enfocar la vista. Trabajo a velocidad muy inferior a la de mi tía, ella me lleva varias judías de ventaja. Fuera, en la finca, se oye a unos mirlos cantar.

Sin razón aparente, me acuerdo de la temporada que pasé en Manila, la triste capital de Filipinas. Fue hace cuatro años o así. Cada mañana, Danilo pasaba a buscarme por mi apartamento con su

tuk-tuk.

Danilo era un ladyboy al que conocí una noche de farra y que, durante una temporada, se convirtió en mi socio y, por qué no, mi amigo. O algo parecido, en todo caso, teniendo en cuenta que en toda mi vida no he podido desaprender lo que mi familia me enseñó: a no confiar en nadie que no fuera Miralles, a sentirme ajeno a todos aquellos que no son parientes míos, a no tener amigos. Todas las mañanas, Danilo pasaba a buscarme con su

tuk-tuk

y me acercaba al aeropuerto. Allí, yo me encargaba de buscar turistas recién llegados, niños bien que jugaban a ser aventureros en un país exótico, europeos, estadounidenses, canadienses, australianos o israelís, cuanto más rubios y más jóvenes, mejor. Igual que ellos, yo también llevaba una mochila al hombro, el pelo despeinado, una Lonely Planet subrayada con rotulador. Me presentaba como quien no quiere la cosa a ese grupito de turistas jóvenes y fingía que un avión acababa de dejarme en Manila exactamente igual que les acababa de pasar a ellos. Los convencía para tomar un

tuk-tuk

a medias —el de Danilo, por supuesto— y, cuando andábamos a mitad de camino, comenzaba el *show*. ¡No os lo vais a creer, acaban de robarme la cartera! ¡Menuda tragedia! ¿Qué iba a hacer yo ahora sin tarjetas de crédito y sin documentos de identidad en ese país extraño y a todas luces amenazador? Danilo añadía confusión al asunto con algún improperio en tagalo, y, en su inglés macarrónico, se apresuraba a indicar que, para colmo de las desgracias, también era coincidencia, la embajada española llevaba un mes cerrada por reformas. ¡A saber cuánto podían demorarse los trámites para un nuevo pasaporte! Me ponía a llorar —con la práctica, las lágrimas me brotaban con facilidad— y, con gran vergüenza, les suplicaba a mis nuevos amigos: ¿no podían ellos echarme una mano? Aunque solo fueran un par de billetes, lo justito para sobrevivir algunos días, mis necesidades eran muy pocas, desde luego no quería abusar, lamentaba ponerlos en esa situación, pero… No hacía falta insistir demasiado. Como mínimo, los mochileros acababan aflojando cincuenta dólares, cien, doscientos incluso. La solidaridad del viajero para con sus iguales no conoce límites.

—Soy un mierdas —digo en voz alta.

Tía Inés me sonríe desde su lado de la mesa.

Por fin, terminamos con el saco, la palangana está llena a rebosar. Tía Inés pone una olla al fuego y caldea las judías troceadas. Luego las pasa por el colador y, al volcar el agua caliente en el fregadero, la cocina se llena de un vaho acariciador. Sin decirme nada, sale al pasillo y me deja solo.

Pruebo a levantarme. No es que tenga que ir a ningún sitio ni mucho menos, pero, en fin, tampoco hay nada que me lleve a quedarme sentado aquí. Sin embargo, en cuanto separo mi culo del asiento, la cabeza se me va y las piernas me flojean. Así pues, aquí me quedo. Ya ves tú qué drama. Me entretengo echándole un largo vistazo a la cocina, que no ha cambiado ni un ápice desde que me fui. Si hay un color que predomina aquí, ese es el ocre. Ocre es la mesa de madera, ocre es el armario con cristal plomado donde se guarda la vajilla, ocres son los visillos de lino, ocre es la cortina de la despensa. En un estante alto, y a modo de decoración, se acumulan varios útiles cuyo tiempo ya pasó: un molinillo de café, un plato árabe de porcelana, un perol de cobre, un cazo de forja, un viejo almirez. Me fijo en una caja de verduras que reposa junto a las bombonas de butano. Entre los puerros y las lechugas, destaca un pimiento que todavía no ha madurado del todo: la parte superior es roja, la inferior, verde. Tengo una especie de revelación que en ese momento me parece de suma importancia. Pienso: es como si el pimiento no fuera capaz de decidir de qué color quiere ser. Me siento muy identificado con ese pimiento. Sin darme cuenta, me quedo dormido. Las manos entrelazadas sobre la tripa. La barbilla caída sobre el pecho.

No sé cuánto tiempo trascurre hasta que tía Inés me despierta sacudiéndome por los hombros. Trae una extasiada sonrisa de felicidad.

—Ya va, ya va —protesto yo.

Al principio, no sé ni dónde estoy. Me masajeo la frente con los dedos. Siento como si, aprovechando mi sueño, alguien me hubiera estado comprimiendo la cabeza con un torno de carpintero. Tía Inés deja un montoncito de ropa pulcramente doblada junto a mí.

—Vamos —dice.

—Tía, no estoy para tonterías ahora mismo.

—Vamos —repite.

Con el dedo índice, tía Inés da varios golpecitos a la ropa que acaba de traer. Luego me agarra de la mano y trata de levantarme. Del esfuerzo, se le ponen coloradas las mejillas regordetas.

—Vamos, vamos, vamos.

Qué pesada puede ser esta mujer cuando se le mete una cosa entre ceja y ceja. Me presiono los ojos con una mano para ver si así el mundo se ralentiza un poco y la cabeza deja de dolerme. Funciona regular. Tía Inés me ayuda a levantarme de la silla. Antes de que tenga tiempo de impedírselo, me está desvistiendo.

—¡Tía, por favor! ¡Que ya soy mayorcito!

No hay nada que hacer. Se empeña en tirar de mi pijama y acaba por despelotarme allí mismo, en la cocina. Me da vergüenza, claro que sí, y, por el rabillo del ojo, vigilo que no vaya a entrar nadie justo en ese momento, pero la verdad es que en el estado en el que me encuentro poca resistencia puedo oponer. ¿A tía Inés le apetece cambiarme? Pues que me cambie, tampoco hay por qué hacer un drama de esto. Hasta que me quedo sin pantalones no recuerdo el sobre repleto de dinero que llevo sujeto a la tira del calzoncillo. Casi me muerdo la lengua al verlo. Pero ¡cómo he podido ser tan idiota! Por suerte, tía Inés no parece percatarse de nada. Se la ve nerviosa y feliz como una chavala antes de acudir a la verbena del pueblo.

—Vamos —dice una y otra vez, dando saltitos.

Una camisa blanca y un pantalón gris de sarga con la línea bien planchada. Esa es la ropa que me ha traído. Mientras me visto, me viene a la mente una pregunta: ¿a quién pertenecerán estas prendas? La camisa me tira un poco de la sisa, pero lo cierto es que no me queda mal. Lo más probable es que sea de Zacarías. Me sonrío al pensar en el cabreo que pillaría Esther si supiera que su odiado primo viste la ropa de los domingos de su marido.

—Más guapo que un donjuán —dice tía Inés, evaluándome.

Yo diría que más bien parezco un camarero. Pero, en todo caso, debo admitir que, después de varios días en Villa Milagro, es agradable vestir algo que no sea un pantalón de chándal de tactel y una feísima camiseta de publicidad. Me olisqueo el cuello de la camisa. Huele a jabón de Marsella. Lástima que no haya podido darme una ducha antes de ponerme esta ropa tan limpia, la verdad

es que es un desperdicio. Cuando creo que hemos terminado, tía Inés me sorprende con un último detalle: una corbata a rayas azules y blancas.

—Ah, no, tía, por ahí sí que no paso. La corbata no.

Ella insiste, pero yo también puedo ser cabezón cuando me pongo. Tía Inés se encoge de hombros y se guarda la corbata en el bolsillo del delantal. Es evidente que no tiene ganas de discutir, me apremia para salir cuanto antes, parece como si estuviera llegando tarde a una cita importantísima. Para los pies, ha traído unos zapatos viejos, pero recién embetunados; sin embargo, ella misma se da cuenta de que con la hinchazón de mi tobillo no tengo mucha opción: recurrimos a dos calcetines gruesos decorados con rombos entrelazados y las consabidas sandalias. Tía Inés me tiende la muleta y juntos, pasito a pasito, salimos de la cocina. Me tambaleo y a punto estoy de caerme.

—Ay, tía, ¿adónde me lleva?

Ella se limita a arrastrarme hacia el porche. Antes de salir, la figura redonda de mi tía se abalanza sobre el perchero que hay junto al recibidor.

—¿Dónde guardaría el gabán ese viejo tonto?, —murmura mientras inspecciona los abrigos.

Tía Inés me obliga a ponerme un viejísimo chaquetón de ante negro, con el cuello de borreguito y botones dorados, una prenda que hace años debió de ser elegante, pero que ahora mismo se ve consumida y triste. El chaquetón me va enorme.

—Te queda perfecto —dice tía Inés.

Un pensamiento: este chaquetón perteneció a mi padre.

Con estas pintas de casamentero del siglo pasado, y todavía con un mareo de aúpa y bastantes ganas de vomitar, salimos a deambular por la finca. El viento se ha levantado peleón esta mañana. Tía Inés marca el ritmo varios pasos por delante de mí. Yo contemplo cómo el viento zarandea su falda, en ocasiones se le levanta un poco más de la cuenta y, durante un segundo, entreveo las medias de compresión que ciñen sus muslos. Nubes de un gris acerado se empujan feroces allá arriba.

—Pero ¿dónde…?, —pregunto.

—Vamos, vamos —responde ella.

Que yo pueda ver, ahora mismo la finca está desierta. Tres

perros nos observan con desidia parapetados bajo el techo de uralita del cobertizo. Tía Inés y yo enfilamos el sendero de cipreses que lleva a la verja de la entrada. Ella avanza mucho más rápido que yo, y cada poco retrocede para instarme a apurar el paso. Juraría que la he visto reírse por lo bajo. El pastor alemán al que le falta una pata me adelanta dando saltitos. Arrima su hocico a la cadera de tía Inés.

—Ahora no, Caravaca, ¿no ves que tengo cosas importantes que hacer?

Mientras anda, tía Inés se vuelve para mirarme por encima del hombro. Los ojillos le brillan igual que dos lentejuelas.

Tía Inés me ha guiado hasta la entrada que da acceso a Villa Milagro. La verja de hierro está abierta de par en par. Al otro lado, apoyada en el bancal que marca el comienzo del sembrado de los Domènech, descubro a Samara.

—Os habéis tomado vuestro tiempo —dice al vernos llegar.

Al verla, pierdo el equilibrio y a punto estoy de caerme al suelo. Mi prima viste un pantalón vaquero y una chaqueta de cuero marrón muy gastada. Junto a ella, cruzada en medio de la Senda Grande hay una motocicleta de 125cc sucia de barro. Del manillar cuelga un casco rojo. Lo cierto es que no me acostumbro a ver a Samara con el pelo corto.

—Sube. —Y me señala la motocicleta—. Tú y yo tenemos que hablar.

Tardo un momento en reaccionar. Por un segundo, he pensado que estaba alucinando, puede que todavía esté un poco, solo un poquito, borracho. Tía Inés nos observa encaramada a la verja de hierro, sin atreverse a cruzar el quicio invisible de la verja: es como si se debatiera entre concedernos un momento de privacidad o directamente seguirnos para cotillear a gusto. Sobre su carita redonda flota un suspiro romántico. Samara sube a la motocicleta y se pone el casco. El motor ruge y la moto se encabrita. A través del cristal rayado del casco, los ojos de Samara son un borrón.

—¿Vienes o no?

—Sí —me oigo responder.

—Pues date vida, que como alguien nos vea aquí fuera se nos cae el pelo.

Con un par de saltos me acerco hasta la motocicleta y, como buenamente puedo, me aúpo a ella. Samara se vuelve para

despedirse de tía Inés.

—Eres la mejor tita del mundo —le dice.

Y luego arranca. El estruendo de la moto lo ocupa todo. Antes de que me dé cuenta estamos volando sobre la Senda Grande.

La inercia de la velocidad tira de mí y poco me falta para despeñarme; por puro instinto de supervivencia me abrazo a la cintura de Samara. Con la otra mano, sujeto la muleta como si fuera una lanza en ristre. El cuero de la chaqueta de mi prima está frío y húmedo. Su cintura es delgada, fácil de rodear. Me pregunto: ¿no estaré todavía durmiendo en la cocina? ¿No será todo esto nada más que un sueño?

Antes de llegar a la carretera general nos desviamos, embocando un sendero de cabras, todavía más en desuso que la Senda Grande. Cuando yo era pequeño, este submundo de caminos rurales, este laberinto que une las diferentes fincas y huertas y alquerías y casetas de campo, bullía de vida, de tractores, de remolques, de rebaños de ovejas y pastores que chiflaban a sus perros. Hoy nadie circula por aquí. Se mustian los olivos sin que nadie venga a desbrozarlos. Los almendros se alzan huraños. El camino está sin asfaltar; una hilera de matojos amarillos crece justo en el centro del sendero, partiéndolo en dos estrechísimos carriles. Reconozco este camino. Lo he recorrido cientos de veces. Sé adónde me lleva Samara. De pronto tengo ganas de vomitar.

—Para —le digo. Y, como ella no me hace caso, insisto—: ¡Para he dicho!

Samara detiene la moto. No tengo tiempo de alejarme y buscar un poco de privacidad que salvaguarde mi dignidad. Tan solo me aferro al extremo trasero del asiento, estiro el cuello y vomito. De mi garganta brota un mejunje bermellón. La mitad del vómito cae sobre la rueda. La otra, sobre el chaquetón de ante que perteneció a mi padre.

—Joder —digo, y con la manga me limpio los labios y la barbilla. Creo que las vendas de mi cara también han quedado manchadas de vómito—. Lo siento, pero ibas muy rápido y…

—¿Has acabado?, —me corta Samara.

—Sí.

—Vale.

Arranca la moto y el petardeo del motor vuelve a ser lo único

que existe.

Nuestro destino era vivir juntos. En eso pienso mientras me concentro en no caer de la motocicleta. Desde pequeños, juntos. Hasta el fin de nuestros días, juntos. Samara y yo lo aceptamos —que nuestras vidas estaban entrelazadas— con naturalidad primero y con alegría después. Qué suerte, qué tremenda suerte, que nos entendiéramos tan bien, que nos quisiéramos con tanta facilidad, que nos diera ese gustito acariciar la mejilla del otro. Es verdad que nuestro compromiso nos vino impuesto desde fuera, pero nuestro amor lo hicimos crecer desde dentro. Lo pienso ahora y lo he pensado muchas veces: Samara es la única persona a quien yo he amado. Y, sin embargo, cuando la fecha de nuestra boda estaba a punto de fijarse, y el traje de novia a punto de almidonarse, y los anillos a punto de fundirse usando el oro viejo de la familia, yo me rajé y escapé bien lejos. Para todos los Miralles, soy un traidor. Pero a nadie he traicionado más que a Samara.

En poco menos de diez minutos, y tras cruzar un enclenque puentecito de hormigón que atraviesa el río Lodo, llegamos a la Cala del Señorito. La Cala del Señorito sigue siendo la playa poco apetecible, aislada y silenciosa que siempre fue. Las paredes de la bahía forman un círculo casi completo y, en sus extremos, se concentran unos desgreñados matorrales pardos y unos juncos altos y verdes que se comban buscando rozar el agua. La playa es un manto de piedras redondas y lisas, grises y blancas. Cúmulos de algas flotan aquí y allá, también alguna bolsa de plástico. Un olor a agua estancada emborrona el ambiente. Nada ha cambiado aquí, excepto una cosa: no muy lejos, apenas doscientos metros tierra adentro, asoma la silueta cuadrada y maciza de la urbanización Las Marismas.

Samara se empeña en llevar la moto hasta la misma playa. La rueda delantera encalla entre las piedras y estamos a punto de caer. Nos detenemos junto a la roca con forma de tetera gigante bajo la que tantas veces nos refugiamos de novios.

—Baja —me ordena.

Me apeo de la motocicleta y, antes de comenzar a andar, compruebo que la muleta encaja bien entre los pedruscos. Por pura costumbre, me encamino a la roca con forma de tetera. En la Cala del Señorito el viento siempre arrecia con ganas y apetece

guarecerse. Samara tarda un buen rato en conseguir trabar el caballete de la motocicleta en este terreno inestable. Maldice con el casco puesto y yo me entretengo contemplándola, analizando sin querer las diferencias que existen entre ese cuerpo que ahora observo y aquel que conocí tan bien. Todavía me huele el aliento a vómito, pero la sal del mar me cosquillea en las fosas nasales y me reconforta. Pienso: esa mujer que ahora insulta a la motocicleta ha accedido a casarse con mi hermano tonto. Eso es una prueba de lo mucho que ha cambiado. Porque de algo estoy seguro: de ninguna manera la Samara a la que yo conocí habría transigido en convertirse en una máquina de parir Miralles; ella iba a casarse conmigo, sí, pero porque quería; mejor, porque me quería. Pienso: ¿cómo la habrán convencido? Y me rebato: ¿acaso tiene otra opción? Cuando se quita el casco, Samara agita la cabeza como si todavía tuviera una melena que atusar.

—Me alegro de verte —le digo, y lamento no ser capaz de componer una frase mejor.

Ella da un paso hacia mí y se detiene. Es evidente que prefiere mantener cierta distancia entre los dos. Yo quedo bajo la sombra de la roca con forma de tetera. Ella, bañada por el sol. El viento sopla fuerte. Los rizos cortos de Samara se agitan como si fueran a desenrollarse, parece como si su pelo estuviera formado por centenares de inquietos y pequeños caracoles negros. El viento la obliga a entrecerrar los ojos. Yo me fijo: se ha maquillado igual que cuando era una cría. Nunca le gustó el pintalabios ni el colorete, pero sí abusar del lápiz de ojos. Una línea oscura bordea sus pestañas hasta la comisura. Parece como si me fuera a hablar, pero, al final, no lo hace. Así que no me queda más remedio que hablar a mí:

—Disculpa por lo de antes. Últimamente ando un poco mal de la tripa. Puede que sea por el cambio de dieta. Hasta ayer mismo, como quien dice, solo comía noodles y arroz. O puede que también fueran los nervios.

Ella sigue callada.

—Samara.

Mi prima arruga el entrecejo. Entiendo que esta es mi oportunidad para explicarme y para buscar su perdón. Me gustaría decirle:

—Samara, siento mucho haberme ido antes de nuestra boda.

Y también:

—Te juro que no planeé nada, simplemente una noche me fui y ya está.

Y además, me gustaría confesarle:

—No debí marcharme sin ti, esa fuga la tendríamos que haber hecho juntos, tú y yo, la vida habría sido mejor, más fácil, por lo menos nos habríamos tenido el uno al otro, pero, no sé, supongo que tuve miedo, de que tú me convencieras para quedarme, miedo de que yo no me atreviese a proponértelo.

Eso es lo que me gustaría decirle, pero a lo máximo que llego es a ponerme la muleta bajo la axila y tender una mano suplicante:

—Samara.

Y, claro, mi prima se cansa de mis balbuceos y de mi actitud cobarde. Viene directa hacia mí y me arrea una bofetada que me cruza la cara. Me llevo una mano a la mejilla y me la quedo mirando. Ahora sí, por fin. Ahora la reconozco. Ella da un paso atrás para coger carrerilla, su mirada es hueca e impersonal, yo comprendo lo que está a punto de suceder, pero no hago nada para evitarlo. Samara cierra el puño y lo estrella contra mi tabique nasal. Algo estalla por debajo de las vendas que cubren mi nariz dañada. La sangre me moja los labios y me chorrea por la barba. La muleta resbala de mi axila, me tambaleo y caigo de rodillas. Samara no deja que me recupere. Antes de que pueda tomar aliento se lía a patadas conmigo.

—¡Cabrón!, —dice mientras me golpea—. ¡Cabrón! ¡Cabrón! ¡Cabrón!

Varias veces me acierta en las mismas costillas en las que ya me mordieron los perros. En una ocasión, me atiza en la barbilla. Quedo hecho un ovillo sobre las piedras de la Cala del Señorito. Esta es la misma posición patética a la que recurrí para protegerme cuando Zacarías me arrojó a los chuchos de Villa Milagro. En esta ocasión, sin embargo, ni siquiera acierto a quejarme. Recibo los golpes en silencio, asumiéndolos con toda la entereza de la que soy capaz.

Samara tarda un minuto o dos, pero por fin se cansa de atizarme. No me atrevo a levantar la cabeza para mirarla. Tengo miedo de que reinicie la golpiza. Además, no quiero que me vea así,

hecho un guiñapo, tan vulnerable, a sus pies. Entierro la cabeza entre las manos y espero. Oigo su respiración rondándome, ahora a la izquierda, ahora a la derecha. Creo que está llorando.

Samara se sube a la motocicleta y arranca. Oigo cómo el motor petardea por el esfuerzo de remontar la playa. Yo permanezco todavía ovillado. El cuerpo, y sobre todo la nariz, me palpitan de dolor. Cuando la moto llega al sendero, el rugido del tubo de escape se vuelve más rotundo y lo acompaña una pequeña explosión de piedras removidas. Luego, poco a poco, el sonido de la motocicleta adelgaza hasta desaparecer.

Lo único que queda entonces es el murmullo del mar y algún graznido de gaviota.

En mi cabeza, resuenan entonces las palabras de mi padre:

—Eres como Miguel.

Claro que sí, padre, pienso. Igualito.

20. Teniente coronel Miguel Miralles

Todos los 17 de abril, los Miralles nos reuníamos en el patio para que la abuela Galilea nos contase, una vez más, la historia de cómo la desgracia asoló Villa Milagro durante la Guerra Civil y cómo el abuelo Miguel llegó a última hora para salvarnos la papeleta.

Nadie podía faltar a la cita —¡ni siquiera los enfermos o los muy ancianos!—, de modo que, en el patio, se disponía una larga, larguísima mesa en forma de V, una mesa que unía todas las mesas de la alquería, incluyendo los escritorios de caoba del segundo piso y los tableros de chapa del almacén, una mesa capaz de dar cabida a todos los Miralles de Villa Milagro y de la Casa de Labores. Hasta donde alcanza mi memoria, no hubo un solo día en el que durante la celebración no luciera un sol de escándalo, primavera amable que se regodea en su dulzura. Las ramas del manzano, por lo general tan anodinas, amanecían cubiertas por espumillones de flores blancas. Al verlo, los Miralles señalaban admirados las flores y siempre había alguno que comentaba:

—Hoy hasta el manzano se viste de gala.

Por la mañana, muy temprano, antes de que la tromba de parientes invadiese la finca, tía Inés y mi madre organizaban una expedición al Cuarto de las Cosas. Se encerraban allí con mucha pompa y no permitían que nadie asomase las narices por mucho que insistiera. Pasada media hora, salían cargando un rebullo de manteles de lino y telas de colores que desdoblaban con algún gritito de admiración. Había servilletas de paño bordadas con hilo de oro y centros de mesa tejidos a ganchillo y había también, y sobre todo, una preciosa colección de manteles de damasco, bordados con derroche de pájaros exóticos y representaciones de algunos de los pasajes de la Biblia: la esposa de Lot convertida en estatua de sal, el profeta Balaam azotando a su burra parlanchina, Jonás en el vientre-cueva de la ballena. Mis hermanos y yo disponíamos los manteles uno junto al otro, cada cual más hermoso y elaborado que el anterior, y parecía como si a la mesa le creciera un traje de retazos. Luego tía Inés y mi madre desenvolvían las diferentes vajillas —de loza, de porcelana, de cerámica, de cristal

de Baccarat— que conformaban el ajuar de nuestros antepasados. Ese día, hasta la cucharilla del café tenía por lo menos ciento cincuenta años. Y aunque los invitados eran muchos, mi madre se aseguraba de que cada comensal tuviera ante sí una copa para el vino, otra para el agua y otra para hacer bonito.

Más o menos a mediodía, los parientes de la Casa de Labores comenzaban a llegar a borbotones. Primero un coche, luego tres, ahora una furgoneta repleta de críos. A mí y a Zacarías nos correspondía salir a ordenar el tráfico, decidir quién aparcaba frente a la alberca y quién seguía hasta el borde del barranco. Y cuidadito, primo, con las macetas de geranios, y a mí ponme junto a la puerta principal, que tengo que irme pronto, y menudo lío os estáis montando; siempre había alguien que tenía que regresar al pueblo para recoger la dentadura postiza del tío Baltasar o algo parecido, y entonces había que llamar a los conductores de los otros coches para que reordenasen el puzle, y era un caos y una risa. De esta forma, la casa se iba llenando de bullicio. Los Miralles se repartían por la cocina y por el salón, metían mano en las ollas y en la nevera, descolocaban todos los cuadros del pasillo. Luego, a medida que se acercaba la hora de la comida, pasaban por fin al patio, se santiguaban al ver el manzano y tomaban asiento sin disminuir la jarana.

De la cocina emergían multitud de bandejas repletas de tordos al ajillo. Bueno, de tordos, y en menor medida también de otros pajarillos de la región: abejarucos, lavanderas, gafarrones, vileros y, en general, cualquier cosa con alas que hubiese caído en las redes del parany de Buscallops; también morteros llenos de alioli y rebanadas de pan tostadas sobre la brasa del fuego. Se servían los platos y se instaba a los pequeños a comer. Sin embargo, los adultos no tocaban la comida. Ese día era de ayuno.

—Mamá, ¿por qué papá y tú no coméis?, —preguntaba algún niño avispado, con un pajarito a medio mordisquear entre las manos.

—Porque hoy no tenemos hambre —respondían los padres.

Los tordos se iban enfriando sobre las bandejas con sus cuerpecitos dramáticamente enteros y patéticamente tiesos, y solo era cuestión de tiempo que la carne frita se ennegreciera a base de moscas y mosquitos. Los perros enloquecían por el olor y rondaban

la comida desesperados. En ocasiones, alguno ya no podía contenerse más y se alzaba sobre las dos patas asomando su cabezota implorante por encima de la mesa. Los Miralles, lejos de compadecerse, lo despachaban de una patada en el corvejón y lo encerraban en la perrera del patio, que para eso estaba.

Como en cualquier otra reunión familiar, en aquella había chismes y tomaduras de pelo, había equívocos y broncas, había escándalo y risotadas. Nada parecía indicar que participáramos de un convite solemne, excepto el hecho de que nadie comía ni bebía. De vez en cuando, el tío Bartolomé o el tío Jacobo se ponían en pie y pedían un brindis, las copas se entrechocaban y luego el vino se lanzaba por encima del hombro, enrojeciendo la tierra del patio. Yo me sentaba junto a Samara, por debajo de la mesa nos acariciábamos la mano. Era una mierda eso de ayunar, los dos lo teníamos claro, pero nos tomábamos el asunto con filosofía: por lo menos ella se salvaba de pringar en el taller y yo de custodiar el manzano. Una cosa por la otra.

Por norma habitual, el postre consistía en una crema catalana. Los niños se relamían mientras trasegaban cucharadas y los adultos preferían apartar la mirada, comentar el último partido de fútbol, lo roñosa que había sido la cosecha de almendras ese año, distraer con palabras al estómago. Se servían chupitos de pacharán y se encendían puros, pero nadie bebía y nadie fumaba. Recuerdo a mis tíos con el codo apoyado en el respaldo de la silla, agitando el habano como si fuera un molinillo para que el aire lo fuera consumiendo.

De un modo natural, las conversaciones renqueaban y poco a poco se iba haciendo el silencio. Todos comprendíamos que la no comida había llegado a su fin y que el momento del relato se acercaba.

La abuela Galilea se ponía en pie aupándose en su tacataca. Le bastaba un tintineo de sus anillos para acaparar toda nuestra atención. Por aquel entonces, la abuela todavía no era el cadáver en vida que es ahora, pero ya entonces era anormalmente vieja, la persona más vieja que yo había visto en mi vida. Llevaba un vestido largo de escrupuloso negro y un collar de perlas Majorica que de lejos parecía una colección de dientes.

—Escuchadme todos con atención —decía—, pues esta es una

historia triste y, como todas las historias tristes, merece la pena ser recordada.

El discurso de la abuela Galilea tenía algo de teatro de guiñol y también algo de ritual, y aunque todos nos conocíamos la historia de pe a pa, nadie nunca osaba interrumpirla ni meter baza. A fin de cuentas, ella había vivido los hechos de primera mano. En 1938, la abuela Galilea no era ni siquiera joven: era una mujer hecha y derecha, talludita para la época. Acababa de enviudar, y recién había tintado todas las ropas de su armario de negro. No recuerdo cómo había fallecido su marido: algo sobre un asno y una azada y un accidente tonto e indigno de un Miralles. En todos los años de matrimonio, la abuela Galilea no consiguió preñarse. Eso, creo yo, era lo que más le dolía de haberse quedado viuda: que, junto con su marido, habían muerto también los hijos que ya nunca tendría.

La guerra civil española fue un periodo extraño para los Miralles. Eso nos contaba la abuela Galilea. El país entero se desgarraba por la mitad y a todo hijo de vecino se le exigía que escogiese un bando: o estabas del lado republicano o del rebelde. Sin embargo, a los Miralles todo ese vendaval de bombas y fusilamientos y rencillas entre vecinos se la traía al pairo. Su misión no iba a cambiar por mucho que el mundo se empeñase en hacerlo. Los Miralles debían proteger el Árbol de la Vida y todo lo demás era ruido de fondo.

La abuela Galilea nos explicaba que, mientras Berinossent y las tierras colindantes permanecieron en manos republicanas, a nuestros bisabuelos no les fue demasiado mal. De hecho, teniendo en cuenta las circunstancias, les fue bastante bien. Los Miralles mantuvieron la propiedad de Villa Milagro y de la Casa de Labores, así como de otras fincas de labranza, y sus hombres fueron los únicos de toda la comarca que no pasaron por el alistamiento forzoso. Todo eso fue posible gracias a la connivencia del oficial al mando de la región, un tal Rodríguez o Fernández o González o algo así. Yo siempre tuve la impresión de que el nombre era inventado y de que la abuela Galilea lo improvisaba sobre la marcha, cambiándolo con cada narración y manteniendo solo un ez al final.

La abuela solía dedicar un par de minutos a glosar la memoria de ese oficial republicano, comunista para más señas, y afiliado al

poum, que de forma tan desinteresada ayudó a la familia. Por lo visto, durante los primeros meses de la contienda, ese oficial había profanado iglesias en Girona y en Tortosa. Había descreído de Dios e incluso, en cierta ocasión, había humillado y golpeado a un sacerdote —a veces, la abuela se ponía intensa y aseguraba, persignándose, que el oficial había disparado en el ojo a un cura—. El día que se hizo cargo de la comandancia de Berinossent, ese oficial del poum tuvo una revelación. Dios nuestro Señor se le apareció en sueños y le ordenó que velara por la seguridad de sus hijos predilectos: los milagrosos Miralles. Eso nos contaba la abuela Galilea que había sucedido. Y una lágrima fingida asomaba a su ojo izquierdo: pero qué bueno era el teniente Rodríguez, el sargento Fernández, el alférez González, o como diantres se llamase el susodicho.

A mí, todo ese rollo del oficial iluminado siempre me sonó a cuento chino. Creo, además, que no era el único en ponerlo en duda. Mientras la abuela Galilea nos describía la conversión del oficial comunista, mi padre y el abuelo Jeremías apartaban la mirada, como avergonzados o aburridos.

Después de alabar la santidad del oficial republicano, la abuela Galilea adoptaba el tono de una profesora que repasa la lección en clase. El 15 de abril de 1938, decía, la Guerra Civil atravesaba un periodo crucial. Después de meses estrellándose en la ofensiva de Aragón, por fin el bando franquista consiguió alcanzar el Mediterráneo, tomando la región del Maestrazgo y partiendo en dos al bando republicano: a un lado, Cataluña; al otro, Valencia. Berinossent fue uno de los primeros municipios en caer en manos de los sublevados. De pronto, las tornas habían cambiado: ahora eran los nacionales quienes mandaban en el pueblo. El oficial comunista que había soñado con Dios desapareció sin dejar rastro. En ocasiones, la abuela Galilea decía que se había hecho a la mar buscando puerto francés. Otras veces contaba que lo habían fusilado junto a la tapia de la Lonja. En cualquier caso, ya nadie iba a proteger a los Miralles.

La envidia es muy mala. Eso decía la abuela Galilea llegados a este punto de la historia. La envidia es muy mala y, cuando los nacionales tomaron Berinossent, enseguida varios vecinos corrieron a irse de la lengua.

—Hay una familia, ¿sabe usted, señor sargento?, escúcheme bien, con la venia, hay una familia de pirados que llevan todo este tiempo trabajando codo con codo con esos rojos de mierda. —La abuela Galilea imitaba al vecino envidioso mostrando los dientes como un conejo—. Y no es que lo diga yo, es que lo sabe todo el pueblo, los favoritos de los comunistas, los niños mimados de la República, fíjese que, además, tienen una alquería justo antes de llegar al puente del río Lodo, a no muchos kilómetros de la línea Matallana, un casoplón de mucho cuidado, ideal para apostarse, ¿cómo lo llaman ustedes?, ah, sí, un punto estratégico.

El mismo día que las tropas franquistas entraron en Berinossent un destacamento se dirigió a la Casa de Labores. La encontraron vacía. Mis antepasados habían reunido los objetos de valor, todas las armas disponibles, algo de víveres y se habían encaminado hacia Villa Milagro, dispuestos a resistir.

En tan solo una tarde y una noche, los Miralles convirtieron la alquería en una fortaleza. Recuerdo a la abuela Galilea paseándose por el patio inclinada sobre su andador y trazando en el aire dibujos del pasado con sus dedos de esqueleto. La finca entera, nos contaba, se llenó de zanjas y barricadas. Allá donde ahora se levanta el cobertizo, los Miralles cavaron un pequeño refugio donde guardar la munición. Frente a la entrada de la Senda Grande, acumularon una montaña de troncos de ciprés y alambres de espino. Todos los perros andaban sueltos y se pasaban el día aullando, como si olisqueasen la tragedia. Mis antepasados se apostaron, escopeta en ristre, en las ventanas del piso superior y en la torreta, dispuestos a vender cara su piel, sintiéndose a la vez héroes y mártires, ángeles guardianes bendecidos por el Buen Señor.

A mediodía, una patrulla de nacionales hizo su aparición en la Senda Grande. No eran muchos. Apenas media docena, si es que llegaban. Los pobres creían que aquella misión iba a ser puro trámite. Tan despreocupados venían que se los podía oír entonar la «Canción del flecha» a viva voz. Para ponernos en situación, la abuela Galilea siempre nos cantaba por lo menos un estribillo:

Para que yo creciera
sobre una patria hermosa
mis hermanos mayores
cayeron cara al sol.

Cinco perdigonazos bien medidos les dieron la bienvenida. Esa primera salva fue de advertencia y se limitó a levantar una nube de polvo frente a los pies de los más adelantados. La patrulla se guareció a todo correr tras el murete.

—Cagon sos, cagon sos, cagon sos —murmuraban a lo lejos los soldados, y en la reunión familiar que se desarrollaba bajo el parral los más pequeños se reían al escuchar a la abuela Galilea decir palabrotas.

Un oficial bajito salió a dialogar. A voz en grito, pidió hablar con el hombre al mando. Mi bisabuelo Abraham, que era más chulo que un ocho, desoyó los consejos de sus primos y tíos y abandonó la seguridad de la alquería, encaminándose a la verja de la Senda Grande. De su hombro colgaba una carabina máuser. De su boca, un cigarrillo de liar. El bisabuelo Abraham era el padre del abuelo Jeremías, es decir, mi bisabuelo. En aquel momento ostentaba el cargo de Padre Guardián. Él fue el valeroso líder de Villa Milagro durante el sitio de la Guerra Civil. Nunca llegué a conocerlo, pero sí pude ver su rostro muchas veces en las fotos del salón.

—¿Qué se le ofrece?, —dijo mi bisabuelo nada más llegar.

Dando una palmada, el sargento franquista ordenó a sus soldados que desplegaran dos sillas de campaña en medio de la Senda Grande. El sargento se sentó y cruzó las piernas en un gesto afeminado. Invitó a Abraham a tomar asiento en la otra silla. Mi bisabuelo se sentó soltando un bufido.

Este era el momento que todos estábamos esperando. La abuela Galilea disfrutaba reproduciendo el diálogo entre el sargento enano y el bisabuelo Abraham, y a nosotros, su público entregado, nos divertía escucharlo. Cuando le tocaba hablar al sargento, la abuela Galilea engolaba la voz y amariconaba los gestos. Cuando quien hablaba era el bisabuelo Abraham, se ponía digna y sacaba pecho.

—Pero ¿se puede saber, ay, qué pretenden conseguir con este, ay, despropósito?, —dijo el sargento— decía la abuela Galilea con expresión aniñada—. Mire que a mí no me cuesta nada pedir refuerzos. ¿De verdad piensa plantarle cara, ay, ay, a todo el glorioso ejército nacional?

—Sí —respondió tajante mi bisabuelo—, respondía la abuela Galilea.

—Caballero, le ruego que recapacite. ¿Eso que veo, ay,

asomando en la ventana es una chiquilla? No me sea tozudo. ¿Está dispuesto a poner en riesgo la vida de mujeres y niños?

—Sí.

—Ay, ay, ay. —La abuela Galilea suspiraba, imitando el suspiro que sin duda debió de tomar el sargento. Luego la abuela miraba al frente, como si allí se encontrase en verdad mi bisabuelo Abraham, y se quedaba un buen rato observándolo, midiéndolo con la mirada, igual que debió de observar el sargento a mi antepasado, intentando hacerse una idea de con qué tipo de hombre estaba tratando en realidad. Cuando la abuela Galilea volvía a hablar, su voz sonaba tan conciliadora que daba risa—: Pero, caballero, ¿por qué no vamos a poder entendernos usted y yo? Dos hombres cabales. Dos hombres hechos y derechos. Mire, le voy a ser sincero. Mi tropa acaba, ay, de llegar de Zaragoza. Este es el primer día desde hace semanas que no estamos sometidos a fuego, ay, enemigo. Le ruego que eche un vistazo a mis hombres. —La abuela Galilea abarcaba con un gesto de la mano el huerto del patio, como señalando al grupo de soldados franquistas que aguardaban apostados tras el murete—. La mayoría de estos mozalbetes nunca habían visto el mar. Se mueren de ganas de darse un, ay, chapuzón. Yo también quiero, ay, ay, ay, darme un chapuzón. Hagamos una cosa: les voy a dar la tarde entera para que recojan sus bártulos. Les prometo que no les voy a requisar ni un capazo. Llévense todo lo que las manos alcancen y antes de que se ponga el sol me van saliendo discretamente. ¿Qué me dice?

La abuela Galilea callaba aquí. Era una actriz de las buenas y sabía cómo crear tensión, manejar a cuentagotas el dramatismo. Los niños la escuchaban abrazados al respaldo de sus sillas.

—No —respondió mi bisabuelo—, respondía la abuela Galilea.

—Creo que no me está entendiendo —insistía el sargento—. Y la abuela Galilea se retorcía las manos con desesperación—. Si salen ahora, podrán llegar a la zona republicana antes de que, ay, cierren las fronteras. Mañana será tarde. Esta es su última oportunidad. Yo le diré a mis superiores, ay, que cuando llegamos no había nadie. ¿Y bien?

—He dicho que no.

—Pero ¿por qué?

—Porque ninguno de ustedes es digno de entrar en Villa

Milagro.

Y al escuchar esta frase, un fuego orgulloso prendía en el pecho de todos los Miralles.

Transcurrió un día entero con todas sus horas y todos sus minutos hasta que, por fin, llegaron las tropas de refuerzo franquistas. Era el 17 de abril de 1938. La abuela Galilea nos juraba que el rumor de los pasos de los soldados podía oírse desde mucho antes de que estos asomaran en la Senda Grande. Los militares andaban encorvados por el peso de sus macutos y traían una expresión de fastidio y hambre bajo sus boinas rojas de requeté. Dos mulos cojeaban arrastrando otras tantas ametralladoras.

Las tropas formaron frente a la entrada de la finca y los acemileros descargaron las armas y otros bártulos. Llegó un coche oficial, extrañamente limpio, reluciente incluso, y de él descendió un alférez con dos mofletes exagerados, hinchados como los de un castor. Los soldados encendieron hogueras y prepararon el rancho. Desde la alquería, mis antepasados oían el sonido de las cucharas metálicas al entrechocar con las escudillas. Aunque ellos también tenían hambre, no se atrevían a comer. ¿Y si de pronto la batalla daba comienzo y los sorprendía con la guardia baja? Después del rancho, los soldados se repartieron bajo la sombra de los almendros de los campos colindantes y se echaron una siesta. Dentro de la casona, los Miralles seguían con la tripa vacía. Cargaban las escopetas y se santiguaban.

—¿Por qué cojones no atacan?, —se preguntaban unos a otros.

—¿Se puede saber a qué esperan?

Las olas del mar rompían en la escollera como un tictac.

Entonces, la abuela Galilea nos contaba cómo una disputa prendió entre los Miralles. Algunos de los más jóvenes —la abuela Galilea prefería no dar nombres para no deshonrar su memoria— alzaron la voz para defender que la única opción sensata pasaba por talar el árbol y luego entregarse con los brazos en alto. No había más que echar un vistazo a las tropas apostadas frente al murete. ¡Ametralladoras contra escopetas de caza! ¡Soldados curtidos en el campo de batalla contra campesinos! Los Miralles no tenían ninguna posibilidad de salir victoriosos. Iban a palmarla como ratas. Y, total, ¿para qué? Una vez ellos desaparecieran, el Árbol de la Vida quedaría desprotegido, a merced de los militares franquistas

primero, y de quien fuera que se instalase en la alquería después. Solo sería cuestión de tiempo y de azar que alguien, cualquiera, aunque fuese sin querer, extendiera una mano y comiese del fruto prohibido. En ese instante, la ira de Dios caería sobre la Tierra y ríete tú del diluvio universal y de la lluvia de azufre que destruyó Sodoma y Gomorra. ¿Es que no se daban cuenta? ¡La única forma de proteger el manzano pasaba forzosamente por talarlo! De ese modo, además, y de rebote, los Miralles podrían entregarse con el honor intacto y evitar un baño de sangre.

Estos fueron los argumentos que los más jóvenes esgrimieron, y mi bisabuelo Abraham los escuchó hablar sin interrumpirlos ni una sola vez. Luego dijo:

—Muy bien. No tengo nada que objetar. Pero entonces, a ver si me aclaro, ¿cuál de vosotros, valientes, se ofrece voluntario para talar el árbol?

Nadie levantó la mano.

—Pues en ese caso, hostias, volved a vuestros puestos y callaos de una puta vez.

A eso de las cinco de la tarde sonó una corneta.

Pocos segundos después, el infierno se desató sobre Villa Milagro.

Llegados a este punto de la historia, la abuela Galilea prefería no dar detalles. Para su eterna vergüenza, a ella le correspondió la más ingrata de las tareas: custodiar a los pequeños. Durante toda la escaramuza, permaneció en el patio, el lugar más seguro de la alquería, agazapada contra el muro que daba al mar, escondida entre las hojas aserradas del huerto, cercada por el rojo de los pimientos y el violeta encarnado de las berenjenas. Mi bisabuelo Abraham no le permitió que se uniera al resto de las mujeres en la defensa de sus tierras. Le dijo:

—No, Galilea, tu destino no está en la sangre. Tu destino está aquí. —Y señaló a los niños.

Y así fue como en aquel día tan lejano, hace más de setenta años, la falda enlutada de la abuela Galilea se convirtió en el refugio de una decena de críos. Ninguno había nacido de sus entrañas, pero, de algún modo, a partir de ese momento, la abuela los asumió como propios. Entre sus brazos todavía jóvenes, sostenía a un bebé envuelto en una muselina de franela que crecería hasta

convertirse en la abuela Talita.

A cargo de la protección del manzano quedó el más joven de los hijos del bisabuelo Abraham: mi abuelo Jeremías. Por aquel entonces, apenas contaba con trece años de edad y, por supuesto, todavía no cumplía voto de silencio. La abuela Galilea nos explicaba que Jeremías se meó nada más comenzar el tiroteo. Pero, nos aclaraba, a pesar de eso, en ningún momento abandonó su posición. En eso consiste el valor, decía la abuela Galilea: en mearte de purito miedo y aun así hacer lo que debes. La escopeta que mi abuelo sostuvo entre sus manos de crío fue una vieja carabina de cerrojo marca Destroyer que databa de principios de siglo y que se encasquillaba una vez de cada tres. A partir de aquel día, cada 17 de abril, mi abuelo volvió una y otra vez a hacer guardia frente al manzano con la misma vieja Destroyer. Se sentaba aparte en la mecedora, siempre de espaldas a la mesa en forma de V, y, mientras el resto de la familia dejaba que la comida se enfriase en la mesa, él se balanceaba y escuchaba el relato de la abuela Galilea, aplastado por su mutismo y sus recuerdos.

La batalla de Villa Milagro fue breve. Apenas veinte minutos de cristales rotos. Las ametralladoras causaron estragos en las ventanas del piso superior, destrozando por completo la torreta. No hubo muertes en el bando franquista. Tan solo cinco militares resultaron heridos en el fragor de la reyerta, tres de ellos por el ataque de los perros. Entre los Miralles, sin embargo, las bajas fueron numerosas.

Aquí, la abuela Galilea cruzaba las manos sobre el pecho y volvía su mirada al manzano, que con tanta flor blanca parecía una nube de azúcar. Uno a uno, enumeraba los nombres de los fallecidos para que su sacrificio jamás cayese en el olvido. El resto de la familia los repetíamos al unísono.

—Saúl Miralles.

—Saúl Miralles.

—Tobías Miralles.

—Tobías Miralles.

—Abigail Miralles.

—Abigail Miralles.

—Benjamín Miralles.

—Benjamín Miralles.

—Jezabel Miralles.

—Jezabel Miralles.
—Lucas Miralles.
—Lucas Miralles.
La lista de nombres daba la impresión de no terminar nunca. ¡Qué numerosa había sido la familia antes de la Guerra Civil! Los turnos de guardia debían de ser más relajados por aquel entonces. El trabajo en la Casa de Labores, más eficaz. La familia nunca llegó a recuperarse de ese varapalo. Ni económicamente ni tampoco numéricamente. Como solía decir la abuela Galilea: de aquellos barros, estos lodos.
—Sofonías Miralles.
—Sofonías Miralles.
—David Miralles.
—David Miralles.
—Josué Miralles.
—Josué Miralles.
—Séfora Miralles.
—Séfora Miralles.
—Tamar Miralles.
—Tamar Miralles.
—Abraham Miralles —decía la abuela Galilea, dando por terminado el panegírico.
—Abraham Miralles —repetíamos todos.
Un ambiente sombrío se apoderaba del patio. Mis familiares y yo nos quedábamos mirando los tordos desperdiciados, que de tan fríos habían tomado un aspecto gomoso, como de neumático envejecido, y nos parecía que pasar un poco de hambre era lo mínimo que se podía hacer en un día como aquel. En silencio, mis tíos y mis primos, mis padres y mis hermanos, compartíamos una mirada de reconocimiento.
Y era entonces, ya al final, como muy de pasada, casi sin darle importancia, cuando la abuela Galilea nos explicaba cómo el traidor de mi bisabuelo Miguel había aparecido en el último momento para salvar a lo que quedaba de la familia.
Los últimos Miralles, mujeres incluidas, formaban de cara a la tapia del almacén frente a un pelotón de escopetas. Para su eterna deshonra, la abuela Galilea fue la única indultada, así de inofensiva debió de parecerles a los militares. Lo único que la pobre podía

hacer era suplicar piedad desde el porche, algo apartada, vigilada por la sonrisa complaciente de un par de soldados; no le daban las manos para tapar los ojos de tantos niños, su falda negra no era lo bastante grande como para cobijarlos del horror que a punto estaba de desatarse ante ellos. Los Miralles que todavía se mantenían en pie aguardaban el tiro de gracia con la barbilla bien alta y las manos cruzadas sobre la nuca. Los heridos, que eran la mayoría, maldecían de rodillas. El abuelo Jeremías, aunque solo era un crío, también formaba junto a los demás. A fin de cuentas, cuando los soldados entraron en el patio, el abuelo Jeremías se plantó frente al manzano, levantó la vieja carabina y le descerrajó un tiro a un soldado, pulverizándole la rótula. A punto estuvo de disparar otra vez —o tal vez lo hizo, pero la carabina se encasquilló— cuando otros cuatro soldados le cayeron encima, derribándolo a culetazos y a patadas. El alférez con mofletes de castor se pavoneaba frente a sus prisioneros con el pulgar colgado en el cinto de la faltriquera. Había llegado la hora de poner punto y final a toda esa pantomima.

—¡Esto es lo que pasa cuando compartes pan con comunistas y anarquistas y catalanes!, —decía el alférez.

Según la abuela Galilea, el bisabuelo Miguel llegó galopando en una yegua blanca, como si de un héroe de novela barata se tratase. Y yo me pregunto: ¿cómo pudo saltar la yegua los troncos de ciprés y los alambres espinosos que teóricamente se amontonaban en la entrada? Eso nadie lo supo explicar jamás, y supongo que en realidad es mejor no darle más vueltas. El bisabuelo Miguel llegó galopando en una yegua blanca, claro que sí, por qué no, y llegó además haciendo sonar una corneta que le había arrebatado a uno de los soldados del campamento. Al oír el nombre del bisabuelo Miguel, todos a coro repetíamos:

—¡Escupo en su alma!

A gritos, el bisabuelo Miguel ordenó a los soldados que bajaran las armas. Cuando el alférez mofletudo quiso protestar, él le chistó para que se callase y amagó con soltarle un bofetón. El bisabuelo Miguel traía prendidas de la pechera dos estrellas de ocho puntas que lo señalaban como teniente coronel. Se había dejado crecer un bigotito fino y elegante. Hacía exactamente quince años que había abandonado sus responsabilidades como Guardián para desaparecer misteriosamente. Quince años, también es casualidad, exactamente

los mismos que yo pasé recorriendo el mundo. El bisabuelo Miguel no permaneció más de media hora en Villa Milagro. Su retorno fue extraordinariamente breve, al contrario que el mío. Pero con esa media hora escasa le bastó para detener una masacre que se antojaba inevitable. A partir de entonces, las tropas franquistas nunca más volvieron a importunar a los Miralles.

Antes de sentarse de nuevo a la mesa y dar por finalizada la narración, la abuela Galilea siempre dejaba escapar un último chascarrillo:

—Ya podría haber llegado un poquito antes, el desgraciado.

El resto de la familia celebraba el comentario con unas risillas feroces, en parte aliviados porque la ceremonia de cada 17 de abril había por fin terminado, en parte todavía impactados por la historia, en parte también mareados por el hambre y por las moscas. Nos levantábamos de la mesa manteniendo el ambiente de recogimiento, aunque ya comenzaba a brotar aquí y allá algún chiste del tío Bartolomé, algún reproche de la tía Verónica, y entre todos ayudábamos a recoger los platos centenarios, las copas de las que hace tiempo habían bebido nuestros muertos. Antes de irnos, volcábamos las bandejas al comedero de la perrera. Los cuerpecitos fríos y oscuros de los tordos parecían pedacitos de carbón. Los perros lo celebraban con ladridos y un frenético menear de rabo.

21. Ombligo

No encuentro mi muleta. Llevo como quince minutos buscándola, arrastrándome por la orilla de la Cala del Señorito, arrastrando no solo mi cuerpo, sino también mi dolor y mi vergüenza, y no hay manera: la muleta no aparece por ninguna parte. ¿Puede que Samara la arrojara al mar antes de irse? Esa posibilidad me duele aún más que los golpes que me he llevado. No le bastaba con reventarme la nariz por segunda vez en pocos días, tampoco con darme de patadas hasta cansarse, ni siquiera le bastaba con abandonarme a mi suerte en medio de una playa aislada y fría. Todo eso era poco para una escoria como yo. Además, Samara tenía que tirar mi muleta al mar. La nariz me palpita como si me hubieran incrustado un clavo entre los ojos.

Me siento en un montículo de piedrecitas cerca de la orilla. Incluso un movimiento tan sencillo como este me resulta doloroso. Meto la mano dentro del pantalón y saco el sobre negro que contiene los quince mil euros que me dio la señora Nissenbaum. Me pregunto: ¿qué habría pasado si, en mitad de la golpiza, le hubiera mostrado a Samara el sobre con el dinero? Todavía no es tarde, le habría dicho. Podemos irnos. Ahora mismo. Tú y yo. Tenemos dinero. El dinero siempre es la solución. ¿Cómo habría reaccionado Samara si, en lugar de encogerme y ocultar mi rostro mientras ella me pateaba y me insultaba, yo le hubiera ofrecido un trato y una vida? Abro el sobre y saco un billete de quinientos euros. El viento lo agita y el billete parece cobrar vida. Papel moneda con alma de cola de lagartija. No sé por qué, me descubro separando las yemas de los dedos, dejando que el billete se me escape dando bandazos. Da dos vueltas sobre mi cabeza, llevado por el viento, y luego prosigue su mariposeo sobre la playa. Su sombra es apenas una línea fugaz sobre las piedras. El billete se dirige hacia el mar. Yo lo observo hipnotizado.

—Mierda —digo.

La fascinación se me trastoca en pánico. Me levanto entre quejidos y, cojeando, resbalando sobre las piedras, corro tras él. Las olas me mojan las sandalias y los calcetines y las vendas del pie

herido. El agua está helada. Lo cazo justo cuando está a punto de perderse en el mar. Salgo del agua —he entrado hasta casi las rodillas— y me dejo caer sobre la playa con los brazos en cruz. En una mano sujeto el billete volador; en la otra, el sobre negro.

—Te odio —digo. Y repito—: Te odio tanto.

Pero no sé a quién me refiero. Vamos a ver, ¿a quién odio exactamente? ¿A Samara por golpearme? ¿A mi padre por añadirme en su testamento a última hora? ¿A la señora Nissenbaum por convencerme de regresar? ¿Al manzano de Villa Milagro? ¿A mí mismo? ¿O acaso odio al billete de quinientos euros, al sucio capital, a las promesas que el dinero hace con su voz de sirena? Devuelvo el billete al sobre y lo cierro. El sello de cera sigue ahí, partido en dos, en cada mitad una letra:

A y A.

—Antich & Asociados —digo para mí, y me suena a nombre inventando, a tapadera, o, mejor, a encantamiento infantil. Abracadabra, nada por aquí, nada por allá y voilà, un conejo blanco sale de la chistera.

Me guardo el sobre en los calzoncillos. Cierro los ojos e intento calmarme un poco, ordenar mis pensamientos, aclarar mis prioridades.

Pienso: no tengo teléfono con el que llamar al 112. Pienso: a excepción de Samara, solo tía Inés sabe que he abandonado Villa Milagro, y no puedo contar con que, de pronto, la mente de mi tía se despeje lo suficiente como para organizar un equipo de rescate. Pienso: es mejor que no me haga ilusiones, nadie va a venir a buscarme.

Me pongo en pie. El viento hace que me tambalee. Me limpio la boca y la barbilla con la manga del chaquetón de ante. Qué importa si a estas alturas se mancha de sangre. Apoyo el pie herido en el suelo y aprieto los dientes. Comienzo a andar. Primero un paso y luego otro. Llevo demasiado tiempo aquí, echado sobre las piedras, compadeciéndome de mí mismo. En realidad, desde que he llegado a Villa Milagro no he hecho otra cosa que compadecerme de mí mismo. ¿No va siendo hora ya de que comience a ponerme las pilas? Tengo que moverme. En sentido metafórico y literal. Doy un paso y luego otro. No puedo sacarme de la cabeza la manera en que Samara me miró antes de aventarme el primer puñetazo: como si

viese a través de mí, como si yo no existiese. Aunque el tobillo me duela, me obligo a seguir.

El camino hasta Villa Milagro es largo. En mi estado, tardaré horas en recorrerlo. Tal vez podría probar a atajar a través de los campos de naranjos y acercarme hasta la carretera general. Si soy paciente, al final alguien acabará por recogerme. Esta es una de las pocas cosas que he aprendido a base de vagabundear por el mundo: al final siempre aparece alguien dispuesto a darte un aventón en su coche desvencijado. Muy bien, y después de hacer autoestop… ¿qué? Bueno, pienso, esa es una cuestión que ya afrontaremos cuando llegue el momento.

Estoy a punto de abandonar la playa cuando oigo una música lejana.

Al principio me parece que me la estoy inventando, pero no: en algún lugar suena música. Los acordes vienen y van zarandeados por el viento: ahora los sepulta el rugido del mar, ahora una guitarra se las apaña para elevarse con más fuerza y hacerse oír. La melodía me llega como colgando de un hilo finísimo. ¿Es una voz de hombre la que canta? Tengo miedo de pestañear, como si al cerrar los ojos el hilo pudiera romperse y la música disolverse en el aire. ¿De dónde viene esta canción delgadísima? Me fijo entonces en la mole marrón y simétrica, impersonal y fea, de la urbanización Las Marismas. Se levanta frente a mí más o menos a medio kilómetro de distancia, pasado el pinar. De ahí viene la música.

Cojo aire. La nariz se me inflama al respirar. Me cagüen la leche, pero qué daño, ni respirar con dignidad puedo ya. Me digo: si hay música, es que hay gente. Si hay gente, es que hay coches. Si hay coches, es que hay una salida. Vamos allá, pues. Un paso y luego otro paso y así.

Buenas noticias. En el margen izquierdo del golfo de la Cala del Señorito alguien ha construido un sendero que yo no conocía. Una hilera de tablones de madera atraviesa el pinar y, más adelante, los campos de naranjos de los Segarra y los olivos de los Buendía, ahorrándome el esfuerzo de tener que avanzar saltando bancales. No me cabe duda de que este caminito de madera se construyó para que los veraneantes de la urbanización Las Marismas pudieran acceder con mayor facilidad a la Cala del Señorito. Me imagino los anuncios: magnífico apartamento a tan solo cinco minutos del mar.

Lo que no decían esos anuncios es que la playa es un basural, la peor de toda la comarca, por eso los locales la evitan, a nadie en su sano juicio se le ocurriría bañarse en sus aguas estancadas de algas y medusas. Pero qué me importa a mí todo eso, que se jodan los turistas desinformados. Ahora mismo doy gracias por las estratagemas publicitarias de las inmobiliarias. Este sendero de madera acaba de salvarme la vida.

No sé cuánto tiempo llevo andando. Me he cagado en la Virgen unas trescientas veces y en los clavos de Cristo como setecientas. Me he detenido quince veces para morderme el puño y masticar el ramalazo eléctrico que me sube del pie y me revolotea hasta la nariz. Hasta tres veces he tenido que sentarme a descansar, aprovechando un tronco cortado o una piedra grande o simplemente derrumbándome sobre los maderos del camino para tomar aliento. Cada poco, me palpo con una mano la cadera y constato que el sobre con el dinero de la señora Nissenbaum sigue ahí.

Por fin, el sendero termina. Visto de cerca, el edificio de la urbanización Las Marismas resulta todavía más grotesco. A partir de la mitad, las paredes se quedan progresivamente sin ladrillos, en el tercio final solo se mantienen en pie las vigas desnudas, los hierros que se alzan solitarios, los pilares maestros elevándose con una contundencia inútil. Hay montañas de gravilla repartidas aquí y allá, como si las obras fuesen a continuar pasado mañana. Una hormigonera abandonada. Charcos de agua oscura y pestilente. Desde aquí, la música es ya perfectamente audible. Incluso puedo identificarla: eso que suena es *jazz* o *blues* o *country*, algo antiguo en todo caso, pasado de moda, el tipo de canción que un grupo de esclavos negros cantaba mientras se dejaba la espalda en una plantación de algodón en Luisiana. A mí la música siempre me la ha traído al pairo, la verdad. La única música que yo he escuchado es la que ponían en la radio entre un reportaje de fútbol y otro de actualidad, también algo de *rock* español de mi adolescencia, música desaliñada y aguardentosa, nunca nada sofisticado.

—¡Hola!, —grito, aunque nadie me responde.

Voy siguiendo la melodía, igual que las ratas del cuento aquel seguían al flautista de Hamelín. Por cierto, que yo trabajé durante dos semanas en Hamelín, en la Baja Sajonia, lavando platos en una

pastelería de Alte Marktstrasse. ¿Cuántas vidas he vivido en estos quince años para, al final, terminar en el mismo lugar donde comencé? Rodeo la urbanización y llego hasta una escalera a medio construir. Falta el pasamanos, aunque sí están las argollas que deberían sujetarlo. La pared del lado derecho está terminada, la del lado izquierdo, no; en su lugar lo que hay es una buena caída. Dos o tres pisos más arriba, la música vibra a todo volumen.

—¡Por favor! ¡Necesito ayuda! ¡Hola!

Nadie me responde. Apoyándome en la única pared de la escalera voy subiendo con gran esfuerzo. Venga, me digo. No queda nada, me digo. Y, sin embargo, me siento tan cansado… El aguijonazo de mi tabique nasal se ha ido volviendo más y más penetrante, es como si el dolor hubiera cavado un túnel en mi cráneo hasta instalarse en el interior de mi cabeza, un poco por encima de la nuca. El pie, por su parte, ha dejado de atormentarme porque simplemente he dejado de sentirlo. Pero eso no es lo que me preocupa. Me duele el pie y me duele la nariz, sí, pero ya ves tú qué novedad, lo que me jode y me preocupa es que ahora mismo el dolor de las costillas me está matando. Nunca me tomé demasiado en serio la contusión del costado. De todas mis lesiones de Villa Milagro esa era la que menos me preocupaba; pero Samara me ha pateado con ganas, con rabia, con puntería, sabiéndolo o no se ha ensañado con esa vieja herida, y en este momento siento que no puedo más, simplemente no puedo más. Me dejo caer sobre la escalera, apoyando la espalda en la única pared que hay. El pie herido me descuella sobre el vacío. La canción suena tan fuerte que lo ocupa todo. Es una música antigua, como de disco de pizarra de principios de siglo, y a pesar de lo alto del volumen, suena como si estuviera envuelta en un pañuelo: es una melodía llena de arañazos. Una guitarra puntea sus cuerdas lastimeramente y la voz rota de un hombre canta:

I got stones in my passway
and my road seems dark as night.
I have pains in my heart,
they have taken my appetite.

A lo largo de mis viajes no me quedó otra que aprender inglés, a la fuerza ahorcan, y aunque el acento atroz del cantante y la calidad

estrujada de la música hace que se me escapen ciertos matices, sí capto la esencia de lo que dice: la canción habla de un tipo que lleva piedras en el equipaje y cuyo camino parece oscuro como la noche. No podría sentirme más identificado, colega. Esa ha sido mi vida desde, bueno, desde siempre, desde antes incluso de que me animara a hacerme a la carretera. De algún modo, las palabras de la canción, la guitarra lastimera y la voz herida del cantante, me animan a proseguir. Con gran esfuerzo, y con los dientes bien apretados, me arrastro sobre los escalones con los codos y las rodillas. De este modo subo —trepo, más bien— hasta el rellano del tercer piso. La música reverbera tras una puerta de contrachapado azul. Me medio incorporo apoyando el hombro en la puerta y la aporreo con todas mis fuerzas.

—¡Abre! ¡Abre la puerta de una puta vez, hostia!

La música cesa con un chirrido. Se oyen unos pasos. También unos maullidos. ¿He dicho maullidos? Sí, definitivamente eso son maullidos de gato. Apoyo ambas manos en el quicio y me obligo a mantenerme derecho. No quiero ni pensar en las pintas que debo de tener ahora mismo. Con las vendas de la cara empastadas de sangre coagulada, la camisa blanca de camarero bañada en sudor, las rodillas de los pantalones sucias, los calcetines todavía húmedos, las sandalias negras de tierra. La puerta se abre y me encuentro de bruces con dos ojos azules.

La reconozco enseguida. Es la mujer rubia a la que vi bañándose desnuda en La Caleta. Aunque hoy hace un día de mierda, más invernal que otoñal, lleva un vestido de verano con girasoles estampados, demasiado ligero y demasiado alegre para esta época del año. Va descalza. Su piel es todavía más blanca de lo que recordaba. Sus rasgos, mínimos. Tiene los brazos y las piernas de una adolescente. La nariz de una niña. La mujer me mira y no parece reparar en mi aspecto andrajoso. Sonríe.

—Lo siento —dice con un fuerte acento extranjero—. ¿La música muy fuerte?

Es entonces cuando me doy cuenta. En un pestañeo, la imagen de la mujer se transforma por completo. Es como si la luz hubiera cambiado, iluminando mejor su fisonomía —aunque la luz no ha cambiado, sigue siendo la misma— y, de pronto, pudiera verla bien. Me fijo en las arrugas que le marcan la frente, sus ojos algo

hundidos, las ojeras, la piel flácida, mortecina de tan blanca. Es mayor de lo que yo me figuraba al verla nadar en La Caleta, mucho más vieja de lo que se me antojó en el momento de abrir la puerta. Debe de rondar los cincuenta años. Sesenta, quizá. Sesenta y cinco, ahora que la miro bien.

—He tenido… He tenido un accidente —me explico—. ¿Puedo pasar? Solo necesito tumbarme un momento. Nada más que eso. Por favor.

La mujer entrecierra los ojos para echarme un vistazo más de cerca. Debe de ser medio miope.

—Pero ¿qué ha sucedido? ¿Bum? ¿Con un coche?, —dice, aunque lo cierto es que su voz no suena preocupada—. Pase, por favor.

El apartamento es pequeño. Sorprende lo escasamente amueblado que está. Apenas una mesa plegable con un mantel de hule y un par de sillas de playa. Ni sofá, ni televisor, ni aparador, ni estanterías, ni cuadros en las paredes, ni nada que indique un mínimo de asentamiento y urbanidad. Sobre la mesa plegable hay un gramófono portátil. Yo creía que nadie usaba gramófonos hoy en día. Un disco de vinilo da vueltas sobre sí mismo, aunque la aguja está levantada. La puerta del balcón permanece abierta de par en par y un viento helado agita la falda del vestido veraniego de la mujer rubia. Ese vestido, pienso, es más propio de una adolescente que de una mujer hecha y derecha, y, desde luego, es impropio de un día ventoso de finales de octubre. Gatos. Hay gatos por todas partes. Gatos negros, blancos, marrones, gatos atigrados, gatos gordos, gatos que se pasean con una elegancia amenazante, gatos que me observan y me juzgan con sus ojos de cristal.

—Mejor a la habitación —me dice—. Allí más cómodo.

La mujer rubia me ayuda a embocar el pasillo. Varios gatos se cruzan en mi camino y maúllan como dando a entender que mi presencia no les agrada ni un poquito. Ella los reprende:

—Oh, qué malos vosotros. ¿No veis que necesita ayuda? Egoístas, sois unos egoístas.

En lugar de cama, en la habitación hay un colchón arrojado de cualquier manera al suelo. Un par de gatos dormitan sobre él y la mujer rubia tiene que espantarlos a puntapiés para que yo pueda acostarme. Sin duda, este es el colchón más mullido y cómodo de

todos los colchones sobre los que me he echado a lo largo de mi vida. O, al menos, esa es la impresión que tengo ahora mismo. Siento cómo me hundo entre las sábanas igual que si fuese la superficie verde de una ciénaga.

—¿Tiene usted frío?, —pregunta la mujer rubia, y me hace gracia que me trate de usted.

Al principio, no entiendo la pregunta, pero luego me doy cuenta de que estoy temblando, incluso me castañean los dientes. La mujer rubia cruza el cuarto y cierra la ventana, que, al igual que el balcón del salón, estaba abierta de par en par. Viéndola desde cierta distancia, me parece todavía más vieja de lo que creía. Definitivamente, debe de andar cerca de los setenta, pienso: arrastra esa delgadez seca y algo enferma de las mujeres maduras que se empeñan en no engordar. Su pecho es tan escaso como el de un muchacho. Sus piernas surgen rectas y secas bajo la faldita plisada, una red de carreteras de venas violetas se transparenta bajo la piel de sus pantorrillas. En la habitación no hay armario ni mesilla, ni tan siquiera un triste jarrón. Aparte del colchón, lo único que hay es una maleta abierta sobre el suelo. Esta es vieja, de un cuero anaranjado y gastado. De su interior se descuelgan un par de medias plateadas, también la manga de una blusa. Las paredes están empapeladas con un papel de color azul deslavado, el que uno elegiría para el interior de una piscina. En algunas partes, el papel se ha desprendido y asoma un ladrillo gris y deprimente.

Con delicadeza, la mujer toma mis pies y me descalza. Luego se sienta a mi lado. Sus rodillas desnudas muy cerca de mi nariz. Yo levanto la vista y la miro. El pelo dorado le cae sobre los hombros en sendas cascadas de luz. Pienso que me he equivocado, que no puede ser tan vieja, que estoy loco. Ahora mismo juraría que no tiene más de treinta años.

—Está usted feísimo —me dice.

La mujer rubia me levanta la cabeza con una mano y, lentamente, va deshaciendo el vendaje que me cubre el rostro. Siento como si todo el dolor y el cansancio que he ido sobrellevando me presionara el pecho y me empujara a hundirme aún más en el colchón-ciénaga. Y no me refiero solo al dolor y el cansancio que ha podido provocarme la paliza de Samara, ni siquiera al desprecio sin paliativos que esa paliza llevaba implícito,

sino también a la borrachera patética de esta mañana en Villa Milagro, la noche frente a la cama de mi padre, el encuentro con la señora Nissenbaum, las confesiones de mi hermana, el interrogatorio de la abuela Galilea, los primos y tíos de la Casa de Labores rodeándome como lobos hambrientos, la mirada desconsolada de mi madre, la cabeza rapada de Zacarías, los puños de mi padre deshechos sobre la cama como dos nidos caídos.

La mujer rubia me lava la nariz y la barba con una esponja que no sé de dónde ha salido. Juraría que ella no ha llegado a separarse de mí en ningún momento y, sin embargo, esa esponja y ese barreño lleno de agua han tenido que salir de algún lado. Los ojos claros de la mujer me observan con una mezcla de serenidad y clemencia. El tacto rugoso y suave de la esponja va derritiendo las costras de sangre seca de mi cara. Ella escurre la esponja sobre el barreño —creo que he perdido el conocimiento durante unos segundos— y el agua se vuelve vino tinto. Me seca la cara con algo que yo, al principio, creo que es una toalla, pero algo dentro de mí me dice que no, que debo fijarme mejor: me está limpiando las heridas con el albornoz blanco que la vi usar cuando bajó a bañarse en La Caleta. Al albornoz le crecen manchas rojas.

—Necesita un médico —dice.

—No —respondo, y mi voz me suena lejana.

No quiero ir a ninguna parte. Ya está bien de tanto trasiego. Creo que nunca en toda mi vida he estado tan cansado. Ni siquiera puedo levantar la cabeza. Lo único que veo son las rodillas de la mujer rubia. Pequeñas y blancas, parecen dos bolas de nata en un cucurucho.

—¿Está seguro de que no quiere ambulancia?

—Lo único que necesito es cerrar los ojos.

La mujer rubia me desnuda. A mí eso me parece bien. Me parece, de hecho, lo más natural del mundo. Es la segunda vez que una mujer me desnuda hoy sin que pueda hacer nada por evitarlo; la primera fue tía Inés en la cocina de Villa Milagro, ahora es esta desconocida de un país extranjero. Mientras me desviste, yo aprovecho la oportunidad para observarla de cerca otra vez. Me fijo en las venas que palpitan sobre el dorso de sus manos, las arrugas que entorpecen sus ojos azules. ¿Cómo he podido pensar que tenía treinta años? ¿Y cómo he podido pensar que tenía setenta? Es una

mujer adulta, ha pasado incluso la mediana edad, pero como mucho ronda los cincuenta, puede que incluso solo tenga cuarenta y muchos. ¿Cuarenta y pocos quizá? Cuarenta y muchos. Me quita el chaquetón de ante que perteneció a mi padre y que yo me he encargado de ensuciar de vómito y de sangre. Me quita la camisa blanca y el pantalón gris de sarga. Me quita los calcetines y me quita los calzoncillos. La mujer rubia se queda mirando con curiosidad el sobre con los quince mil euros. Me lo da sin llegar a abrirlo.

—Tome. Parece importante.

Aprieto el sobre contra mi pecho desnudo. La mujer rubia deshace la venda que cubre mi tobillo y, a continuación, procurando no hacerme daño, también el de mis costillas. Con la esponja me va repasando todo el cuerpo. No solo las heridas, también las axilas y el vientre y la entrepierna. Tres o cuatro gatos nos observan con curiosidad, pegaditos a la pared, en fila, como listos para pasar revista ante el capitán de los felinos. El frío de la habitación se me pega a la piel húmeda y me entumece los músculos, adormeciendo el dolor y acunando los hematomas.

Cuando la mujer termina de limpiarme extiende una manta color burdeos sobre mí. Es una manta gruesa, plagada de pelotillas y de pelo de gato. El calor es reconfortante. La mujer rubia me acerca un vaso de agua y me hace tragar dos píldoras de un intenso color violeta. En algún momento, el disco de vinilo ha vuelto a sonar —forzosamente la mujer ha tenido que ir a bajar la aguja del gramófono, aunque no recuerdo haberla visto irse—, otra vez llega hasta mí el sonido de esa guitarra triste, la voz neblinosa del cantante. Pienso: ese que canta es un muerto. Pienso: murió largo tiempo atrás y lo único que queda de él son esas canciones en las que continuamente parece pedir perdón.

La mujer rubia se acuesta a mi lado, a una distancia que puede cubrirse con solo alargar la mano. Solo que ella se acomoda sobre la manta color burdeos, no debajo. Un gato rollizo y azulado se le sube al pecho y ella lo acaricia distraídamente. Parece haberse olvidado de mí. O quizá su actitud distante se deba más bien a ese urbanismo estoico de los países del norte de Europa. Cualquier españolito de pro me habría acosado a preguntas sin parar, pero ella no; ella me da la oportunidad de descansar, de ubicarme, de

ser. Una de dos: o es muy educada o está un poco pirada. Así tumbada, tan cerca de mí, con el pelo rubio y lacio suelto sobre la almohada y el vestido estampado de girasoles tan primaveral, parece una modelo de revista de moda. En su piel no distingo ni una arruga. Sus curvas son suaves, apenas perceptibles, pero tentadoras. Pienso: pero ¿cuántos años tiene, joder? Parece una muchachita de catorce.

No sé si es el *shock* o la medicación —nunca había visto unas píldoras de un violeta tan intenso—, pero lo cierto es que el dolor va remitiendo.

El tiempo pasa.

Una hora. Dos. Tres. ¿A quién le importa? El tiempo transcurre de un modo diferente cuando no tienes nada que hacer, cuando respirar es tu única prioridad, cuando flotas mecido por el universo en un mar de golpes y recuerdos.

Creo que me he dormido varias veces, a intervalos de quizá diez o quince minutos.

Cada tanto, el disco de vinilo termina su ración de música y la mujer rubia se levanta para darle de nuevo la vuelta: una y otra vez, las mismas canciones. O bien ese cantante le gusta mucho o bien no tiene otro disco que escuchar. Me recuerda al tío Jacobo: cuando compraba un casete o un CD nuevo, lo ponía una y otra vez en el equipo de música de Villa Milagro, era habitual verlo de pie frente a la ventana del salón, canturreando con los ojos cerrados, agitando embelesado el cigarro con una mano, como si fuese la batuta de un director de orquesta. Los gatos parecen haberse acostumbrado a mi presencia. A veces, alguno se acerca a olisquearme el cuello. Sus bigotes me hacen cosquillas. Un gatito negro de orejas grandes como las de un murciélago se tumba sobre mi tripa. Cada vez que ronronea, puedo sentir su vibración de máquina bien engrasada. A mí nunca me gustaron los gatos, siempre me dio la impresión de que era un animal sibilino, un bicho del que no te podías fiar; lo cierto es que en mi familia siempre fuimos más bien de perros. Sin embargo, ahora mismo me parece que tienen su gracia. Criaturas elegantes y silenciosas. Animales sombra.

La mujer rubia sale del cuarto y me deja solo por espacio de, yo qué sé, media hora. Cuando regresa está comenzando a atardecer.

Trae un cuenco de humeante caldo entre las manos. Me recuesto sobre las almohadas para manejar mejor la cuchara. Sopa de letras. No comía sopa de letras desde que era un crío. Recuerdo que, de pequeño, seleccionaba las letras una a una, convencido de que, por fuerza, la h tenía que tener un sabor distinto a la g. En el gramófono suena la misma canción que cuando llamé a la puerta.

—¿Quién es?, —pregunto, y es la primera vez en horas en que alguno de los dos dice algo.

—¿Cómo?, —pestañea la mujer rubia.

—¿Quién toca la canción?, —aclaro.

—Oh, la música. ¿Le gusta?

—Creo… Creo que sí.

—El cantante se llama Robert Johnson. Nació, sí, nació en 1911 en un pueblito de Misisipi. —La mujer rubia habla despacio, como si no estuviera muy convencida del significado de las palabras que usa; sin embargo, no comete ni un desliz gramatical. Su acento es suave y arrastrado, más propio de los países del Este que germano —. Robert Johnson era negro. Por aquella época, ser negro en Misisipi no era cosa fácil.

—Nunca había escuchado una música así.

—¿Una música cómo?

—Tan vieja.

La mujer rubia me mira directamente a los ojos. Parece estar meditando muy en serio sobre lo que acabo de decir. Ese modo tan atento de mirar, pienso, tiene algo de infantil. O quizá lo que pasa es que es medio miope.

—Creo que no entiendo —dice por fin—. La música no es vieja. La música solo es.

—Lo que quiero decir es que es una música… especial.

Asiente ahora, muy seria.

—Ah, sí, entiendo. Especial. Sí. Eso sí. ¿Sabe? La leyenda dice que Robert Johnson era un músico pésimo, pero que un día se encontró al diablo en un, ¿cómo se dice?, en un cruce de caminos, y que le vendió su alma a cambio de convertirse en el mejor *bluesman* del mundo.

—Menuda tontería.

—Sí, claro, menuda tontería, eso digo yo. Todo el mundo sabe que el diablo no sabe nada de música. La música, ¿no es cierto?, la

música es cosa de Dios.

Nos quedamos en silencio. Desde el pasillo llega el maullido excitado de unos gatos que se buscan con ganas de frotarse.

—Estaba muy rico. Era justo lo que necesitaba —digo, pasándole el cuenco.

Ella lo deja en el suelo, junto al marco de la puerta. Luego rodea el colchón y se tiende en el mismo hueco que ha venido ocupando toda la tarde, sobre la colcha, a mi lado. Vuelvo un poco la cabeza para contemplarla mejor.

—¿Tú no comes?

—No tengo hambre —responde. Y me sonríe, como si me debiese una explicación—. Quizá más tarde, no sé.

La luz del sol renquea tras la ventana. Las paredes del cuarto, que eran de un azul claro, se han vuelto de un azul lóbrego. La impresión que da es la de estar en medio del mar, en pleno crepúsculo. Ahora que hemos comenzado a hablar, el silencio me resulta mucho más pesado. Por eso digo:

—Oye, eh…, quería darte las gracias. De no ser por ti… De verdad necesitaba un poco de ayuda.

—Está bien, no ha sido nada —dice ella, mientras alarga una mano y acaricia la cola de un gato pardo y muy flaco.

—¿Acabas de mudarte?, —pregunto, abarcando con la mirada a la habitación desnuda de muebles.

—¿Cómo? Disculpe. A veces el castellano suena, ya sabe usted, borroso.

—Quiero decir que si llevas mucho tiempo viviendo aquí.

—Oh, sí, claro, sí. Tiempo. Mucho tiempo. Muchísimo tiempo, sí. —Pero su respuesta suena distraída y yo no sé si creerla. La atención de la mujer rubia parece centrarse más en acariciar al gato que en mis preguntas.

—¿De dónde eres?, —atajo.

Ella me sonríe. Sus ojos azules son estrechos y tímidos. Su delgadez le marca los pómulos y le alarga los labios. Ahora mismo, con esta luz azulada, parece una veinteañera.

—Mi madre cree que eres rusa.

—¿Rusa? ¿Yo? No, rusa no.

Acabo de darme cuenta de que esta es la primera vez desde hace días que no me siento vigilado. Me apetece decirle a la mujer: te he

visto bañándote desnuda en La Caleta. En su lugar digo:

—¿Sabes? Estoy pasando una mala racha. Una racha de mierda. —Aprieto con fuerza el sobre del dinero contra el pecho y escucho cómo crujen los billetes. Las palabras salen de mi boca sin que me dé tiempo a pensarlas, como si llevaran largo rato agazapadas dentro de mí, esperando su momento—. Disculpa, eso que he dicho no es del todo cierto. No estoy pasando una mala racha. Mi vida entera ha sido una sucesión de malas rachas. O, al menos, desde que abandoné a mi familia y me marché bien lejos, lo más lejos que pude. Esta no es la primera paliza que me llevo. ¿De cuántas discotecas me han echado, a cuántos pardillos he estafado, cuántas veces me han pillado con las manos en la masa, a cuánta gente he decepcionado? En ocasiones, uno no es lo bastante rápido como para poner kilómetros de por medio y, entonces, hay que cerrar los ojos, apretar los dientes, aguantar el chaparrón de golpes, los escupitajos. Hago lo que tengo que hacer para sobrevivir. Ni más ni menos. Como todo el mundo. A mí nadie me ha dado nada. Y lo que me dieron no lo quería. Mi vida consiste en empalmar una racha de mierda tras otra y yo lo asumo, no me importa, es lo que hay, tomé mi decisión y he sabido ser consecuente. Pero ahora es distinto. ¿Me entiendes? Ahora todo es igual y todo es distinto al mismo tiempo. Mi familia me odia y yo odio a mi familia. Mi familia me quiere y yo soy una mala persona. No debería haber vuelto. No entiendo qué cojones espera el mundo de mí.

Termino de hablar de golpe y cierro la boca como si aguantase la respiración. Estamos en tinieblas. El sol ya ha acabado de ocultarse, poniendo punto y final a otro día más.

—¿Tú qué harías con tres millones de euros?, —le pregunto.

La mujer rubia es una silueta oscura a mi lado. No responde a mi pregunta. Es posible que no me haya entendido. Puede que incluso la esté asustando un poco.

—A partir de ahora me gustaría hacer las cosas bien —digo.

Como si esa frase fuera una señal, la mujer rubia se levanta un poco y acerca su rostro al mío. Extiende su mano y me acaricia la mejilla con cuidado. Observo el perfil de su rostro apenas insinuado entre las sombras y pienso: es viejísima. Pienso también: parece una colegiala. Nos besamos. Su nariz diminuta contra mi nariz machacada. Sus labios finos contra mis labios hinchados. Es

doloroso y es placentero.

—No sé si estoy en condiciones de…

—Chisssssst —me interrumpe.

La mujer rubia aparta la manta y se sube encima de mí. Sin quitarse el vestido, busca mi pene y lo introduce dentro de ella. Se mueve despacio, procurando no lastimarme. Aun así, el costado me atormenta y la nariz me perfora el cráneo con cada movimiento. Pero es un dolor aceptable. Necesario. ¿Qué tipo de pastillas me ha dado? Siento como si flotase entre nubes. Mejor: siento como si mi cuerpo fuese nube.

Extiendo mis manos y le levanto el vestido veraniego. Ella opone un poco de resistencia, pero al final se deja hacer hasta que logro quitárselo por encima de los hombros. Solo distingo su sombra, contorneada por una aureola violeta, los últimos rayos del atardecer se prenden a su pelo y lo hacen brillar con una fosforescencia suave. Una parte de mí, esa parte mezquina y ruin que jamás podré quitarme de encima, piensa que, puestos a hacer el amor, es mejor hacerlo así, a oscuras: la mujer se conserva bien para su edad, eso no se puede negar, pero sin luz me ahorro verle las estrías, la celulitis en las caderas, los pliegues fofos de la piel. Deslizo mi mano por su cintura y me sorprendo al atestiguar lo tersa y lisa que es. La mujer tiene el talle de una bailarina de *ballet* en su momento de esplendor. Un escalofrío me recorre la columna vertebral antecediendo al pensamiento mismo, una voz me susurra dentro de la cabeza: Moisés, cuidado, Moisés esta mujer no tiene ombligo. Y es cierto que no lo tiene, menuda estupidez, manoseo su cintura, su tripa deliciosa, y no consigo ubicar dónde está su ombligo. Vaya tontería, me digo. Y también: te estás volviendo loco, Moisés, ¿cómo no va a tener ombligo? Y ya el placer me obliga a entrecerrar los ojos, me centro en el dolor palpitante de mis costillas, en el burbujeo ardiente de la entrepierna, dejo de pensar. Floto en una nube y soy una nube. Benditas pastillas, joder. Pero los dedos se me van solos. Hay algo que no encaja. Y de nuevo vuelvo a buscarle el ombligo a la mujer rubia. Su barriga es lisa y limpia como un azulejo. No hay arrugas ni michelines. Tampoco encuentro por ninguna parte el maldito ombligo.

Eyaculo. Ella no se molesta en dejarme salir. Me doy cuenta entonces de que tampoco hemos usado preservativo. Bueno, pienso,

a su edad es normal que esas precauciones dejen de tener sentido. Y luego la visualizo nadando en La Caleta, con ese cuerpo maravilloso y pulcro que ni siquiera la distancia podía camuflar, y vuelvo a pensar que es imposible que sea tan mayor.

—¿Puedes encender la luz?, —digo.

—¿Para qué?

—¿Puedes, por favor, encender la luz?

Oigo cómo se levanta y pulsa el interruptor. La luz de una bombilla que cuelga en el centro del cuarto estalla con una brusquedad dolorosa. Yo la miro, su desnudez, y me sorprendo al constatar el aspecto cansado que luce ahora, los ojos hundidos, el culo caído, la piel de naranja en los muslos lechosos. Pero en lo que realmente me fijo es en que tiene ombligo. Por supuesto que lo tiene. ¿Es que acaso soy subnormal? Todos los seres humanos habidos y por haber tienen un ombligo. ¿En qué puñetas estaba yo pensando?

—¿Se encuentra usted bien?, —me pregunta, emperrada en tratarme de usted incluso después de habernos revolcado juntos.

—Disculpa, no sé qué me ha pasado. Estoy muy cansado. ¿Te importa si me quedo a dormir?

Ella acciona el interruptor y de nuevo nos quedamos a oscuras. Siento cómo se desliza en la cama, otra vez encima de la colcha, desnuda. Se duerme casi enseguida. Yo me abrazo al sobre que me dio la señora Nissenbaum. La mujer rubia es tan delgada que apenas noto su peso al otro lado del colchón. Fuera, el viento ulula entre las vigas de la urbanización Las Marismas, llenando la noche de un lamento metálico. Las ramas de los naranjos cercanos entrechocan como si dieran palmas. Me duermo.

La mujer rubia me despierta rozando mis pestañas con un dedo. La luz del sol entra a jarrazos en la habitación. Una vez más, he dormido hasta pasado el mediodía. Descubro que el gato pequeñito de orejas de murciélago ha vuelto a acomodarse sobre mi regazo. Lo levanto con una mano y él protesta agitando una pata. Me encuentro mejor de lo que me he encontrado en muchos días. No necesito un espejo para saber que la hinchazón de mi nariz ha remitido. La mujer rubia me pasa una taza de café con leche. Creo que, por fin, la veo con la edad que realmente tiene: cincuenta años, puede que cincuenta y cinco llevados con dignidad y entereza. Con

esta nueva luz recién estrenada compruebo que, entre sus cabellos asoman, como breves destellos, varias canas de un blanco cegador.

—¿No tendrás algo con lo que aliñar el café?, —pregunto.

La mujer me mira sin entender.

—¿Tienes *whisky*? ¿Ron? ¿Orujo? ¿Sabes qué es un carajillo?

La mujer sale de la habitación y, al cabo de un minuto, regresa con una botella de *brandy* a medio terminar.

—Usted tiene que irse —me dice.

—¿Ahora?, —replico contrariado, puede que incluso mi voz haya sonado un poco asustada.

—Primero usted termina el café. Come un poco. Luego se va.

—En realidad no tengo ninguna prisa. Si quieres, puedo quedarme y hacerte compañía.

—No. Usted tiene que irse. Se le hace tarde.

—¿Se me hace tarde a mí?, —pregunto, pero la mujer sale de la habitación y me deja sin respuesta.

Bebo el *brandy* directamente de la botella. Resulta deprimente comprobar lo rápido que se termina, apenas quedaba un culín. Junto a la taza de café con leche, la mujer me ha dejado también una caja de palmeritas de hojaldre. Desayuno sentado sobre el colchón, con las piernas aparatosamente cruzadas y los pies descalzos sobre las baldosas frías. El moratón del tobillo, que ayer mostraba un horroroso tono cárdeno, ha tomado hoy un tono rosáceo algo más pacífico. Vamos mejorando, pienso. Menos mal. Ya era hora.

—¿Tienes Betadine? ¿Y unas vendas?, —pregunto en voz alta al pasillo.

La mujer rubia no responde. Decido que no merece la pena insistir y, con un puntito de asco, recojo las vendas sucias con las que llegué y vuelvo a envolver el tobillo y las costillas; a tientas, repongo el vendaje que mal que bien oculta las heridas de mi rostro. Luego me visto con la misma camisa blanca manchada de sangre y los mismos pantalones rotos y mugrientos con los que llegué a la urbanización. Me viene a la cabeza algo que dije ayer, justo antes de acostarme con la mujer rubia: a partir de ahora me gustaría hacer las cosas bien.

Apoyo el hombro en la pared y me pongo en pie. A la pata coja me dirijo al salón. Un gato se cruza en mi camino y a punto estoy

de pegarme un morrazo. Sin embargo, en lugar de cabrearme y de emprenderla a gritos con el animal, me descubro riéndome. Igual todavía me duran los efectos de las pastillas violetas. En serio, mierda de primera calidad. La mujer rubia me observa desde el umbral. Ha sustituido el vestido de girasoles por otro igual de corto, pero, esta vez, de un amarillo festivo y con volantes en los hombros. ¿Es que no tiene nunca frío esta mujer? ¿Dónde se crio para regular así su temperatura corporal? ¿En Groenlandia?

—Dese prisa.

La mujer rubia me ayuda a descender los tres pisos de la escalera a medio construir. El pie me duele, claro que sí, pero, no sé, supongo que estoy acostumbrándome al dolor, o quizás es que, efectivamente, por fin estoy mejorando un poco. ¿Es posible que los golpes de Samara y el hecho de haber recorrido el camino desde la Cala del Señorito hasta la urbanización Las Marismas le haya sentado bien a mi tobillo? Como si se pudiera llevar el dolor a un extremo a partir del cual solo es posible remontar. Ya sé que no tiene sentido, pero siento que algo así es lo que ha sucedido. ¿O es solo que los días han ido pasando y la hinchazón lógicamente ha ido menguando y al final la paliza de Samara no fue tal, apenas cuatro golpes mal dados, y simplemente el reposo de ayer me ha sentado divinamente y ya está? El *parking* de la urbanización luce prácticamente desierto, tan solo hay un coche: un Smart destartalado de color blanco. La mujer rubia me ayuda a instalarme en el asiento del copiloto; luego se coloca al volante, se pone el cinturón y arranca. En poco tiempo desembocamos en la carretera general y no tardamos mucho en cruzar el puente del río Lodo. Con facilidad, reconozco el lugar donde el autobús me dejó el día que regresé a Villa Milagro. La mujer enciende el intermitente y entramos en la Senda Grande.

Me doy cuenta entonces de que en ningún momento le he dicho que resido en Villa Milagro. Tal vez, me digo a mí mismo, del mismo modo que yo la vi a ella bañándose en bolas, ella también me vio a mí, observándola. Pero ¿cómo iba a verme si yo la espiaba desde la seguridad de la ventana del cuarto de invitados, oculto tras los visillos, a buena altura y a una distancia más que considerable?

—Pero ¿tú cómo sabes dónde vivo?, —le pregunto de malas formas.

Ella me mira como cegada por el sol, o quizás es que no me ha entendido.

—Me lo dijo usted —responde, por fin—. Anoche. Insistió mucho en ello. La casa grande y blanca que se ve desde La Caleta, repetía una y otra vez, allí es donde vivo. Tenía un nombre curioso. ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Villa Milagro.

—Eso es.

—¿Y te conté algo más?

—Algo sobre una mecedora. Habló mucho sobre una mecedora y un manzano. Decía que la mecedora lo estaba esperando o algo así. Ah, y también me contó que su padre construyó una alberca. Yo no sabía qué era una alberca y usted me explicó que era una piscina sin el glamur de las piscinas ni sabor a cloro.

Estoy a punto de preguntarle qué más cosas le conté anoche, teniendo en cuenta que solo recuerdo quedarme dormido como un muertito y nada más, cuando, por el espejo retrovisor, aparece el Fiat Punto color mandarina del tío Jacobo. Nos sigue muy de cerca y va recortando las distancias a cada segundo: como siempre, mi tío conduce a una velocidad muy superior a la recomendada. La Senda Grande es demasiado estrecha como para que un coche pueda adelantar a otro, de modo que el Fiat Punto se queda pegado a nuestro parachoques, oliéndonos el culo. Por puro instinto, me encojo en el asiento para que desde el automóvil familiar no puedan verme. A través del espejo retrovisor, distingo la figura del tío Jacobo al volante —hasta ahí todo normal—, pero me sorprendo al descubrir que, de copiloto, va la abuela Galilea. Esta parece dormitar bajo el peso de sus ciento veintiséis años, con cada socavón su cabeza salta como si fuera a escaparse volando. En el asiento trasero se acumulan varias siluetas más: el coche va hasta los topes. Tengo un mal presentimiento.

La mujer rubia detiene su vehículo a la entrada de Villa Milagro, sin atreverse a adentrarse en la finca. Se escora a la derecha para dejar pasar al tío Jacobo y el Fiat Punto nos adelanta envuelto en una nubecilla terrosa. En la ventanilla del asiento trasero distingo el perfil de Samara, que me observa con la frente apoyada en el cristal. No hay reprobación en sus ojos, no hay pena, no hay odio, no hay nada, ni siquiera da señales de haberme reconocido. La

mujer rubia no desciende del coche para ayudarme a bajar.

—Si alguna vez quiere verme —dice—, ya sabe dónde estoy.

En cuanto desciendo del Smart, arranca el coche y se va. Me doy cuenta entonces de que en ningún momento le he preguntado cómo se llama, pero qué mierdas importa eso ahora.

Cojeo hasta apoyarme en la verja de hierro, que se encuentra abierta de par en par. Compruebo que la finca está llena de vehículos: furgonetas y automóviles aparcados de cualquier manera. Me recuerda a cuando la familia al completo se reunía cada Navidad y cada Domingo de Ramos y cada 17 de abril. Pero hoy no es 17 de abril ni es Domingo de Ramos ni tampoco es Navidad. Ni siquiera es la época de la Cosecha, aún no toca que las mujeres vengan a recoger las manzanas caídas para enterrarlas bajo el árbol del patio. ¿Por qué habrían de venir, entonces, a Villa Milagro todos mis parientes de la Casa de Labores? Estoy tan nervioso que se me olvida la lesión del tobillo. Atravieso corriendo el sendero de cipreses. Me he saltado a la torera los mínimos estándares de seguridad, ni siquiera he pensado en la posibilidad de que un perro pueda confundirme con un intruso y venga a atacarme, me adentro en la finca y llamo haciendo bocina con las manos.

—¡Ey!, —grito.

Frente al porche, el tío Jacobo ayuda a bajar a la abuela Galilea del vehículo; bueno, más bien la descarga, llevándola en brazos como si fuese un niño o una alfombra. Mientras, junto al maletero abierto, Samara desdobla y monta la silla de ruedas. Un poco de refilón, puedo ver cómo la abuela Talita sale del asiento trasero seguida por la Dolça. Todos van vestidos de negro. Me miran un segundo, deciden que no merezco la pena y se sumergen en la casa.

Zacarías. Ese de ahí, pienso, es Zacarías, y yo lo acabo de pasar de largo. Zacarías está escondido al borde del camino, tras un enorme macetero del que brota un cactus desproporcionadamente alto. Junto a mi hermano, tres perros permanecen tumbados con el hocico entre las patas. Me detengo y lo observo. También él va vestido con un traje negro muy pulcro, aunque ahora mismo se le está manchando de tierra. Mi hermano está sentado en el suelo con las piernas abiertas y la espalda apoyada en el macetero de tierra cocida, el rostro oculto tras las manos. Esas manos inmensas que yo he aprendido a temer, que de algún modo he envidiado, manos

diseñadas para cometer las mayores atrocidades, manos de Guardián. Una de ellas desnuda, la otra, enfundada en un guante negro que oculta sus quemaduras. Me acerco a él.

—Zacarías, ¿qué ha pasado?

Los perros levantan sus cabezas y me miran. Él aparta las manos. Tiene los ojos anegados de lágrimas.

—¿De verdad eres tú? Imbécil. Se pasó la noche llamándote. Una y otra vez: Moisés, Moisés, Moisés… Toda la santa noche. Te buscamos como locos. Imbécil. Imbécil. Cuando él cerró los ojos, yo estaba con una linterna llamándote en La Caleta. No es justo. ¿Se puede saber dónde estabas?

Las manos grandes de Zacarías se convierten en dos puños, que permanecen todavía muy pegados a su rostro. En la sien, una vena le late pintando un trazo bermellón sobre su piel renegrida por el sol. Los perros se ponen en pie. Uno de ellos es el mastín mallorquín al que le falta un pedazo de oreja, este perro está en todas partes, parece como si me siguiera. Los otros dos son unos chuchos sin raza, feos como hienas. Me muestran los dientes y gruñen. Zacarías murmura algo, pero no entiendo sus palabras. Una honda sensación de irrealidad me embarga. Con cuidado, me aproximo a mi hermano.

—Lo siento —digo.

Me arrodillo junto a él. Pruebo a abrazarlo.

—Vete —gruñe Zacarías, y de un empujón me arroja al suelo—. Vete lejos o te mato ahora mismo.

Los perros ladran amenazadores. Yo me levanto. Con tiento, me acerco de nuevo a mi hermano. Lo abrazo. Zacarías tiembla contra mi pecho.

22. Cómo romper un largo silencio

Un recuerdo feliz. Por favor, ahora mismo lo que necesito es un recuerdo feliz.

La primera canción que sonó en Villa Milagro fue «Amante bandido» de Miguel Bosé. Debió de ser a finales de los ochenta. Hasta ese día en concreto, la música, los casetes, la radio que tan perpetuamente iba a acompañar las largas horas de las guardias, habían estado prohibidos en la alquería.

Yo no era más que un crío, pero recuerdo con claridad el momento en el que el tío Jacobo apareció con el equipo de música. La caja era grande y aparatosa, pero él se negó una y otra vez a que nadie le ayudase a cargarla. Bufaba y gemía con mucho teatro mientras avanzaba por el pasillo. Mis hermanos y yo correteábamos entre sus piernas. Cuando mi tío tropezaba con alguno de nosotros, temblaba como si fuera una pirámide de cartas y fingía que la caja estaba a punto de caérsele al suelo. Risas y grititos.

Mi padre y mi madre, eso lo supimos después, se habían mostrado reacios a la entrada del equipo de música. También la abuela Galilea se ocupó de transmitir su negativa desde la Casa de Labores. Un equipo de música, argumentaban, desestabilizaría la concentración permanente sobre la que debe gravitar una familia de Guardianes. Los Miralles habíamos nacido para vigilar y no para cantar, y mucho menos para bailar. Cuando uno sabe que puede bailar se distrae con mayor facilidad, incluso aunque en ese mismo momento no esté bailando. O dicho de otra manera: es la posibilidad de bailar la que distrae y no el baile en sí. Eso o algo parecido debieron de argumentar la abuela Galilea y también mi padre y mi madre, eso habría dicho mi abuelo Jeremías si no fuera porque vivía aislado bajo su autoimpuesta cúpula de silencio. Y, en teoría, no habría habido más que hablar, pero nadie tuvo en cuenta la cabezonería y el optimismo del tío Jacobo. Él insistió e insistió y volvió a insistir, quién sabe durante cuántos años, incansable y gozoso, y, de algún modo, supo dosificar las bromas, los puñetazos amistosos en el hombro, la alegría que le rebosaba por los ojos. Finalmente, un día, su hermano Noé, mi padre, dijo:

—Mira, Jacobo, haz lo que te salga de los huevos, pero déjame en paz.

Y de este modo fue como la música entró en Villa Milagro.

Mis hermanos y yo nos apelotonábamos contra el aparador del salón. No nos queríamos perder ni un detalle. Dábamos palmas mientras el tío Jacobo desembalaba el equipo de música, primero el papel de burbujas y luego las piezas de poliespán que, al desmontarlas, sembraban el suelo de bolitas blancas. Con mucho tiento, el tío Jacobo distribuyó sobre la estantería el equipo de música y los altavoces. Luego procedió a armarlo.

Era ridículo verlo agazapado así, tan grandullón y tan brutote, sobre aquella maraña de cables. Entre sus manos, el destornillador parecía tener el tamaño de una velita de cumpleaños. Lo que comenzó siendo un momento de gran excitación se fue convirtiendo, con el paso de los minutos, en una tediosa espera. El tío Jacobo llevaba más de cuarenta minutos batallando contra los cables y los botones de la cadena de música y los niños comenzábamos a perder la paciencia. Mi madre, que se había mostrado reticente hasta entonces, terminó por acercarse a echarle un vistazo al manual de instrucciones.

—Jacobo, lo estás haciendo mal. Ese cable es el del altavoz. Eres un manazas. ¿Por qué no le pides a Noé que te ayude?

—Noé está de guardia —respondió él—. Déjame tranquilo. Esto está chupado.

—Voy a pedirle a Jeremías que sustituya a Noé, así podrá ayudarte.

—¿Qué dices? Raquel, esto ya casi está.

Mi madre abandonó el salón y regresó a los pocos minutos seguida por mi padre, que venía secándose las manos en la pernera del pantalón. La verdad es que no se lo veía muy emocionado con la tarea. Una profunda indiferencia le hinchaba las bolsas de los ojos. Mi madre dijo:

—Jacobo, ¿quieres dejar el destornillador? ¡Con el dineral que ha costado ese trasto y todavía te lo vas a cargar!

Mi padre se arrodilló junto al tío Jacobo y, durante unos minutos, ambos forcejearon y discutieron. A pesar de las protestas de mi tío, terminaron por desconectar los cables y recomenzar el trabajo. De vez en cuando, mi madre asomaba la cabeza sobre los

cuerpos inclinados de los dos hombres y dejaba caer algún comentario. En cierto momento, llegó tía Inés arrastrando el cubo de fregar. Recuerdo que se quedó entreverada junto a la puerta del salón, una mano en el regazo y la otra sosteniendo la fregona, contemplando la escena con una sonrisa aturullada. Mis hermanos y yo permanecíamos sentados en el suelo, con las piernas cruzadas, expectantes.

Por fin, una luz roja se encendió en el equipo de música. Mi padre presionó un botón y ahí estaba Miguel Bosé y su «Amante bandido».

Seré tu amante bandido, bandido.
Corazón, corazón malherido.

La canción estalló en los altavoces con una potencia desmesurada y, al principio, los niños dimos un brinco, aunque enseguida comenzaron las risas.

—¡Te has asustado!

—¡Mentira, te has asustado tú!

Al poco nos estábamos peleando por ver quién cambiaba de dial. Era fascinante: un simple movimiento de nuestros dedos podía conjurar voces y canciones, violoncelos y retransmisiones deportivas, mundos enteros nos aguardaban dentro del equipo de música. Yo debía de tener… ¿cuánto? ¿Cinco años, tal vez? Gabi ni siquiera había nacido. O sí, claro que había nacido, pero debía de ser muy pequeño, igual dormitaba en la cuna mientras todo esto sucedía, o lo cargaba mi madre en brazos, aunque ahora mismo no lo vea así, no sé, siempre hay algo que no acaba de encajar en los recuerdos. Lo único de lo que estoy seguro es de que, si en aquel momento me hubieran pedido que hiciera una lista con los momentos más alucinantes de mi corta vida, aquel habría sido, sin lugar a dudas, el número uno indiscutible.

Fue como si una gran burbuja hubiese estado flotando en el centro del salón durante años y, de pronto, alguien la hubiese pinchado, liberando una ráfaga de aire limpio y puro. Y no quiero decir con esto que a mis hermanos y a mí nos sorprendiera el hecho de que un equipo de música reprodujera canciones. No, no, por favor, no es eso para nada. Los Miralles no éramos *amish* ni tampoco nos acabábamos de caer de un guindo. Es cierto que en la

alquería ciertos artilugios estaban prohibidos, sí, pero en cuanto abandonábamos la finca teníamos libre acceso al mundo exterior. Mis hermanos y yo sabíamos cómo funcionaba un transistor igual que sabíamos cómo funcionaba un televisor o una radio, aunque en casa esos inventos del demonio nos estuvieran vetados. Cada vez que salíamos de Villa Milagro nos veíamos rodeados por la lista de hits del verano de Los 40 Principales, los oíamos sonar en el radiocasete de la Volkswagen o en la minicadena instalada en el taller de la Casa de Labores o en los bares o en las tiendas o en los transistores que los turistas dejaban junto a sus toallas en la playa de Berinossent. La música formó parte de nuestras vidas desde siempre y lo cierto es que nunca antes nos había llamado especialmente la atención. Pero esa vez era diferente. Con una claridad diáfana redescubrimos ese milagro que, a fuerza de repetirse, deja de considerarse tal. Aprietas un botón y, de una caja más bien fea, más bien ridícula, surge una voz. Si eso no es magia, ¿qué lo es?

Los niños estuvimos un rato entretenidos con el dial, jugando a pescar una emisora entre el petardeo gris de la estática. Y ya con eso estábamos encantados. Pero el tío Jacobo se guardaba un último as en la manga.

—Apartaos, canijos, que ahora viene lo bueno.

Como si fuera un truco de magia, mi tío nos mostró una pequeña colección de casetes, cinco o seis cajas de plástico que se desplegaban como una baraja de cartas entre sus dedos. Eligió uno con mucha pompa y lo introdujo en el equipo de música. Al momento, los altavoces comenzaron a desgranar las notas juguetonas de un bolero. No recuerdo cuál. También es mala suerte: sé que la primera canción que sonó en el equipo de música fue «Amante bandido» pero no cuál fue el bolero que mi tío escogió adrede para romper el largo silencio de Villa Milagro. En todo caso, era una música de otro tiempo. Voces que sonaban como envueltas en un pañuelo. Melodías llenas de arañazos. Música vieja, si es que la música puede serlo.

El tío Jacobo cerró los ojos y levantó ambas manos frotándose el pulgar con el índice, como deleitándose con los acordes. Luego, sin pedir permiso —porque si lo hubiera pedido no se lo habrían concedido—, agarró a mi madre por la cintura, cazó al vuelo su

mano izquierda y comenzó a bailar con ella, alzándola en círculos por el salón. Los niños nos contagiamos de su entusiasmo y los seguimos dando saltos, cabriolas, giros. Mi madre refunfuñaba por lo bajo, aunque resultaba evidente que se estaba divirtiendo.

—Pero ¡mira que eres pesado, Jacobo!

Mi padre subió el volumen de la música. Lo recuerdo perfectamente. Subió el volumen y, a continuación, se cruzó de brazos y apoyó el culo en la repisa de la chimenea. En silencio, algo apartado, se quedó mirando cómo su hermano bailaba con su mujer y cómo sus hijos brincaban igual que cabritillos, todo bajo la vigilancia de los retratos de los antepasados que colgaban de las paredes, y de tía Inés, que nos sonreía desde la puerta con la fregona en una mano. Y yo creo que, en ese instante, mi padre fue feliz.

23. Un poquito de fe

Cuando un Miralles muere, el resto de la familia acude en masa al velatorio. Durante un día y una noche montan guardia a los pies del difunto. Comen pastelitos de mazapán y beben vino dulce —normalmente mistela o moscatel, nunca licores fuertes—; para combatir el cansancio y el sueño se reparte café de olla con canela. Ese día se fuma mucho y se cotillea más. La tradición establece que la viuda y las hijas del difunto deben cortarle las uñas al muerto y raparle el pelo, todo bajo el atento escrutinio del resto de los parientes —y si el difunto no tuvo mujer o hijas, son sus hermanas quienes se encargarán de acicalarlo; y si no las tenía, cualquier otra hembra cercana al fallecido: en cualquier caso, esa es una tarea reservada para las mujeres—. A medianoche, se agarran esos pedacitos del muerto, esos despojos repugnantes, y se entierran junto al manzano. El objetivo del ritual, se supone, es que una parte del finado quede para siempre ligada al jardín del Edén: uñas y pelo enredados entre las raíces del Árbol del Bien y del Mal.

Además, cuando el que muere resulta ser el Padre Guardián de Villa Milagro, el ritual se completa con un pequeño, pero crucial, epílogo. Justo después de enterrar las uñas y el pelo bajo el manzano, un representante de los Mayores —o sea: la abuela Galilea— se adelanta y, en medio de un solemne silencio, anuncia a todo el mundo la última voluntad del difunto. O lo que es lo mismo: quién será el elegido para ostentar, a partir de ese instante, el cargo de Padre Guardián, y quién será, de rebote y al mismo tiempo, el heredero de las tierras santificadas de Villa Milagro. Ese anuncio nocturno no tiene validez legal —para eso sería menester la presencia de un notario y la lectura del testamento—, pero sí, por decirlo de alguna forma, validez tradicional. Que yo sepa, nunca hubo discordancias entre ese bando de medianoche y los papeles que la notaría guarda en su archivo.

En todo eso pienso mientras Zacarías llora contra mi pecho. Se me viene a la cabeza el velatorio del abuelo Jeremías y reflexiono sobre los detalles, los protocolos litúrgicos, los complejos mecanismos sociales que ese día se sucedieron y que, a lo largo de

la jornada de hoy, en el velatorio de mi padre, habrán de sucederse también. Muy cerca, el mastín mallorquín y los dos perros feos como hienas han vuelto a tumbarse en el suelo. De nuevo, esconden el hocico entre las patas. Ellos también parecen llorar. Yo no. Yo lo único que hago es pensar: menudo velatorio más largo me espera.

Me digo: en eso los Miralles no se diferencian del grueso de los creyentes; y es que, aunque suene típico, nada une más que la muerte. O mejor dicho: nada une más que los ritos funerarios que acompañan a la muerte. El buen musulmán debe ser enterrado sin caja, de costado y mirando a La Meca. En un pueblo de Filipinas, y en algunas zonas del sur de China, clavan sus ataúdes en la escarpada pared de un acantilado, como peldaños enclenques de una escalera hacia el cielo —lo sé porque los he visto; al principio pensé que eran casitas para pájaros—. Los hindús queman a sus seres queridos en una pira de leña y flores y sándalo. Y sin salir de la India, los parsis de Bombay suben a sus muertos a una altísima torre de piedra y allí los abandonan para que los buitres los devoren —parece mentira que todavía puedan vivir buitres en la bulliciosa, contaminada, desquiciada Bombay—. Mirándolo así, lo cierto es que las tradiciones de mi familia parecen poca cosa si las comparamos con las idas de olla de algunas religiones. Por contraste, los Miralles parecemos hasta sensatos, comedidos, normalitos. Pero, ahora mismo, lo que son las cosas, preferiría cualquier otro ritual estrafalario de cualquier otro lugar del mundo, con sus hogueras y sus pinturas y sus danzas y sus máscaras y sus lo que sea, antes que encerrarme veinticuatro horas con mi familia en el silencio irrespirable del velatorio.

Abrazo a mi hermano con una mano y, con la otra, le acaricio la nuca. La cabeza rapada de Zacarías tiene un tacto áspero, como una barba de tres días. Su llanto es seco y enconado: mudo. Llevamos así, yo qué sé, como mínimo diez minutos. El cactus que se alza a nuestras espaldas proyecta sobre nosotros una sombra bordada de alfileres.

De vez en cuando, Zacarías se revuelve entre mis brazos como un animalillo salvaje. Yo entonces lo estrecho con más fuerza y le susurro:

—Tranquilo, tranquilo.

Al escuchar mi voz, Zacarías me embiste con la cabeza, su frente

se me clava en la juntura del pecho hasta hacerme daño.

Los ojos se me van a lo primero que encuentran. En este caso, una cicatriz blanquecina que cruza la coronilla de Zacarías. Es una marca vieja, infantil, que debió de permanecer oculta durante años bajo la pelambrera ondulada de mi hermano y que solo debió de asomar al mundo cuando este decidió raparse al cero. El recuerdo me llega con suavidad: una tarde de primavera, Zacarías se cayó de la bicicleta bajando la greñura que rodea el río Lodo. De su cabeza manó una sangre densa. Yo me quité la camiseta para cubrir la herida. Juntos, mi hermano y yo nos acurrucamos bajo la copa achaparrada de una encina a esperar que los minutos pasasen y que la sangre se fuera coagulando y una costra de un sucio bermellón cerrase el tajo. Por aquella época, Zacarías y yo nos entendíamos sin hablar. Bastaba una mirada y listo. Luego, con el furor de la adolescencia, y por culpa también del incendio del almacén, nos fuimos distanciando. Él se volvió gilipollas y yo me convertí en traidor.

Por cierto, mi plan de pérfido traidor parece haberse acelerado de forma sorprendente. Ni siquiera tuve tiempo de meditar en serio acerca de la propuesta de Antich & Asociados S. L, y, bum, de golpe y porrazo el tablero se ha dado la vuelta y las circunstancias se han precipitado. Parece como si la vida se empeñara en decidir por mí. Lo cual me viene de perlas, la verdad, porque a mí se me da de puta pena decidir. Pienso: vuelvo a casa después de una eternidad y va mi padre y se muere a los pocos días. Pienso: ¿no es acaso demasiada casualidad? Mi padre debería haber sobrevivido a este ictus. No era tan viejo ni estaba tan cascado. Lo lógico habría sido que, con el tiempo, hubiese recuperado fuerzas para abandonar la cama y regresar a un ritmo de vida relativamente normal. Y en lugar de eso… En lugar de recuperarse, mi padre empeoró de golpe y se apagó en una noche. De pronto se me ocurre —¿cómo no pensarlo?— que, de alguna forma, yo he sido el causante de su muerte. No fue el ictus quien le chupó la vida a mi viejo: fueron mis tretas y mis mentiras. Fueron mis deseos inconscientes —y no tan inconscientes— de que la palmase lo antes posible para así poder heredar Villa Milagro sin alargar mi estancia aquí. De algún modo, yo he deseado la muerte de mi padre. De algún modo, yo lo he matado.

Creo que Zacarías ha dejado de llorar. Por lo menos su respiración parece más sosegada y ya no intenta atornillar su cabeza en mi caja torácica. Entonces se aparta de mi pecho y dice:

—Escúchame, Moisés.

Y luego se calla, como dándose tiempo para ordenar las palabras. O quizás es que necesita unos segundos extra para que las lágrimas se aposenten en su garganta y su voz suene menos rota.

—Anoche padre me ordenó que te perdonase.

Zacarías mantiene la vista clavada en el suelo, evitando en todo momento establecer contacto visual. Toma aire antes de proseguir:

—No sé si eres consciente, pero padre creía a pies juntillas que Dios nuestro Señor te había enviado de vuelta precisamente ahora para ayudarnos en este momento de… —duda un momento— crisis.

Un ataque de hipo interrumpe a mi hermano. Zacarías sigue con la cabeza baja y la sombra espinosa del cactus parte en dos su cráneo pelado.

—Anoche padre supo que la muerte lo rondaba. Por eso no dejó de llamarte. Quería tener cerca a su primogénito. A la oveja descarriada. A su pequeño y adorado Moisés. —Zacarías levanta la mirada, sus ojos se encuentran con los míos—. ¿Te das cuenta? Padre quería darte su bendición y asegurarse de que todos la aceptábamos. Pero como tú no aparecías por ninguna parte, no le quedó más remedio que llamarme a mí. Reuniendo sus últimas fuerzas, me tomó las manos. Más o menos así.

Las manos grandes de Zacarías envuelven las mías, mucho más pequeñas. Su apretón es firme y los huesos de mis nudillos entrechocan. No puedo evitar una mueca de dolor.

—¿Te duele? También a mí me dolió. Así, exactamente así fue como padre me cogió las manos anoche. ¿Qué digo anoche? Hace apenas unas horas. Luego me dijo: hijo, perdona a Moisés. Esas fueron las últimas palabras que yo le escuché y esa fue su última orden como Padre Guardián.

El llanto ha enrojecido los ojos de Zacarías. Sus pupilas grises tienen el brillo de una roca de pizarra mojada por la lluvia. Todavía no ha soltado mis manos. De hecho, cada vez las estruja con más fuerza.

—Te voy a contar una cosa que igual no sabes. Desde que te fuiste, yo he cumplido a rajatabla todas las órdenes de padre. ¿Me

entiendes? Todas y cada una de sus órdenes, no importa lo estúpidas o absurdas que fueran. Y te juro que en los últimos años hubo un montón de órdenes absurdas. Pero yo obedecía porque eso es lo que se esperaba de mí. Hasta ahora. Hasta este mismo momento. Porque padre me ordenó que te perdonase, Moisés, pero yo no puedo hacerlo. Lo he intentado, de verdad que sí, pero es que no puedo. Ahora tengo responsabilidades. Ahora yo… No puedo permitirme dudar. ¿Entiendes?

Quiero liberar mis manos, pero la presa de Zacarías no cede. De hecho, la presión aumenta un poquito más. Esta tirantez entre nosotros dos debe de ser palpable, debe de tener un olor incluso, porque el mastín mallorquín levanta las orejas, como despertando de un sueño, repliega los labios frontales y me muestra los dientes.

—Pero… —balbuceo.

Zacarías me ataja:

—No confío en ti y nunca lo haré. Por eso quiero que te vayas lo más lejos posible. Si decides quedarte en Villa Milagro, te lanzaré a los perros. Si alguna vez regresas, te lanzaré a los perros. ¿Me he explicado con claridad, hermano?

Trago saliva y asiento. Los dos chuchos que parecen hienas han comenzado también a gruñir.

—Bien —dice Zacarías, liberándome.

Mi hermano se pone en pie. Los tres perros se arraciman a sus pies, escoltándolo. Zacarías es un digno heredero de mi padre, eso pienso, un Padre Guardián hecho de acero y sangre, fuerte y decidido, tal y como debe ser un Padre Guardián. Parece a punto de irse. Sin duda, después del discurso que me acaba de soltar, lo más sensato y coherente sería largarse sin mirar atrás. Pero, por alguna razón, permanece todavía aquí, inmóvil, a mi lado, midiéndome desde esta nueva altura a la que ahora se encuentra. Me acaricio las manos doloridas, una consolando a la otra, y lo observo. ¿Qué es eso? Un temblor en sus labios. Prácticamente imperceptible. ¿Un atisbo de duda, quizá? Me pregunto: ¿es posible que Zacarías me esté dando una oportunidad de réplica? Desde que tengo memoria he tenido un don natural para reconocer las debilidades ajenas y explotarlas. Esta vez tampoco dejo pasar la oportunidad.

—¿Puedo, por lo menos, entrar a presentarle mis respetos?, —pregunto.

Zacarías suspira. No sé si de alivio porque acabo de darle la oportunidad de ablandarse o si es un suspiro contrariado que acumula toda la frustración de estos días, un suspiro que es un preludio de una nueva paliza, de más contusiones en mi cuerpo, de huesos rotos, del sabor de la sangre en mi garganta. Zacarías se pasa la mano por la cabeza pelada. Levanta los pies, primero uno, luego el otro, y pisotea la tierra como si así pudiera domar la incontenible energía que mueve su cuerpo.

—Siempre tienes que presionar un poquito más… Siempre un poquito más, a ver si revientan…

El aire silba entre sus dientes. Yo me la juego e insisto:

—Concédeme eso, Zacarías. Solo quiero decirle adiós.

Ahí está de nuevo, esta vez no me cabe duda: un no sé qué emocionado en sus labios. Ya casi es mío. Lo presiento. Solo tengo que darle un poco más de carrete, ir con cuidado de que el hilo no se tense demasiado, clavar la manivela y recoger sin prisas mi botín. Hermanito, ¿te acuerdas de cuando nadábamos con las cañas hasta los Farallones y competíamos por ver quién era el primero en pescar un mollete? Yo siempre atrapaba el pez más grande. En voz muy baja, digo:

—¿Te puedes imaginar cómo me siento? Ni siquiera al final pude hacerlo bien. Zacarías, sé que no me debes nada. Pero, por favor, déjame verlo.

Un par de lágrimas gordas y gelatinosas amenazan con aflorar a mis ojos, se me acumulan justo en el lacrimal, me bañan la mirada, a punto están de derramarse. Me gustaría pensar que todo esto no es más que una *performance* impecablemente ejecutada por mi parte. Me encantaría poder decir que mis dotes como actor no tienen parangón y que este tartamudeo y estos lagrimones son fingidos, el fruto de muchos años de timar a turistas incautos, pero la verdad es que no estoy seguro de que sea así. ¿Estoy diciendo lo que tengo que decir para salirme con la mía o lo que el corazón me pide decir, sin dobleces ni artificios, sin tener en cuenta la oferta de la señora Nissenbaum, olvidándome de los putos tres millones de euros y de la madre que los parió? Ni yo mismo lo sé con certeza. Oigo cómo Zacarías inspira por la nariz. Recoge una buena cantidad de aire y lo retiene hirviendo en sus pulmones.

—Está bien —me concede—. Quédate hasta que termine el

velatorio.

—Gracias —digo, y echo la cabeza hacia atrás para obligar a retroceder a esas lágrimas que a punto han estado de escaparse de mis ojos.

—Pero que te quede claro que no lo hago por ti.

—Eso ya lo sé.

—Lo hago por padre. Y también por madre y por tía Inés. Incluso por tío Jacobo. Los pobres ya tienen bastante con el entierro como para añadirles más penas.

—De acuerdo.

—Pero ojo, cuidado. Te estaré vigilando. No quiero escándalos ni numeritos. Pasado el velatorio, te marcharás sin protestar y nunca más volverás a poner un pie aquí. ¿Estamos, Moisés?

—Estamos.

Mi hermano se queda todavía un rato evaluándome en contrapicado. El viento se enreda en la chaqueta de su traje negro, la levanta y la hace ondear. Zacarías lleva una corbata pasada de moda, de base ancha y romboidal, que el viento hace bailar igual que un faquir a una culebra.

—La verdad es que te dejé la nariz hecha un pimiento —dice.

Y luego me da la mano y me ayuda a ponerme en pie. Se vuelve hacia la casa.

—Otra cosa: que sepas que no pienso ayudarte con la recua de primos de la Casa de Labores. Si decides entrar en la alquería, lo haces bajo tu cuenta y riesgo. —Y luego, mirándome de reojo mientras comienza a andar, añade—: ¿Vienes o qué?

Zacarías se dirige a buen paso hacia el porche, esquivando los automóviles que los muchos Miralles han ido aparcando un poco de cualquier manera. Yo lo sigo a un ritmo mucho más pausado, a ratos renqueando, a ratos dando saltitos a la pata coja. Todavía no me puedo creer que me haya salido con la mía. Aunque, pensándolo bien, ¿no habría sido más inteligente aprovechar la oportunidad para largarme bien lejos y olvidarme de una vez de este asunto?

Nada más entrar en la casona, me sorprende un rumor que no sé situar y que parece envolverlo todo. Es como si cientos de moscas revolotearan entre las lámparas de Villa Milagro. Pero no son moscas eso que me aturulla el oído, más bien, si acaso, son moscones. Bisbiseos. Cuchicheos. Secretitos. Mis tíos, mis primos y

mis sobrinos de la Casa de Labores han invadido cada rincón de la alquería y, todos a la vez, chismorrean sin darse respiro. Pero qué brutos son. Ni siquiera en un velatorio son capaces de guardar silencio. Lo máximo que pueden hacer es acordarse, a ratos, de adelgazar la voz y convertirla en un revoloteo de mosca cojonera.

Zacarías va abriéndome camino por el pasillo con la cabeza algo echada hacia delante, como si olfatease el ambiente. Su forma de andar, tan zafia, contrasta con el traje elegantemente oscuro, los pantalones de pinza bien planchados, el cuello de la camisa almidonado, la chaqueta de hombreras descolocadas. Se ha manchado de tierra el culo y las perneras del pantalón. A buen seguro nuestra madre le va a echar la bronca por eso. A su paso, primos y tíos arriman la espalda a la pared, de vez en cuando alguno le tiende una mano. Zacarías la estrecha sin detenerse.

—Te acompaño en el sentimiento —le dicen.

La expresión de mis familiares cambia en cuanto reparan en mí. Los ojos bajos y la actitud humilde que mostraban ante mi hermano se transforma, de pronto, en una mueca de contrariedad.

—¿Y ese qué hace aquí?, —pregunta el primo Tobías.

—Es como un buitre que viene al olor del muerto —se persigna la tía Betania.

—Menudas pintas trae —farfulla la prima Teodora.

—A saber con qué fulana ha pasado la noche —malmete el primo Jonás.

Ese es el tipo de lindezas que saltan a mi paso.

El tío Jacobo viene por el pasillo. Trae los ojos hinchados de mucho llorar. Sus labios se ven desbordados y húmedos, como si por ahí también hubiese estado llorando. El traje de luto le queda estrecho y, de algún modo, se las ha apañado para sacarse la mitad de la camisa por fuera del pantalón y arrugar la chaqueta hasta un extremo cómico. El tío Jacobo abraza a Zacarías. Lo estruja y lo levanta en vilo. Cuando devuelve a mi hermano al suelo, este me señala y dice:

—Moisés.

El tío Jacobo me abraza. Siento cómo las heridas de mi costado crujen bajo sus brazos. Pero no me quejo. En realidad, agradezco cada segundo de este doloroso abrazo.

—Este es tu lugar, ¿me oyes?, —me susurra a la oreja—. No

permitas que nadie te diga lo contrario.

Yo asiento sin mucha convicción.

—Vamos —nos corta Zacarías. Y luego, con cierta desafección—: Supongo que primero tendremos que pasar a saludar a la abuela Galilea. ¿No te importa, verdad, Moisés?

Nos dirigimos a la cocina. Es ahí donde las mujeres han montado su base de operaciones. Y es que, entre los Miralles, no existe la revolución feminista, aquí no alcanza el Me Too, la palabra sororidad les suena a chino mandarín: la cocina fue siempre el lugar donde las mujeres se reúnen y se conchaban y lo seguirá siendo hasta el final de los tiempos. Los hombres, por el contrario, prefieren el salón para rumiar sus cuitas en voz queda; de vez en cuando, alguno sale al porche a masticar su silencio de macho y fumarse un cigarrito.

Ahora mismo, entre las mujeres que llenan la cocina no hay ninguna que viva o haya vivido en Villa Milagro —ni rastro de mi madre, ni de tía Inés, ni siquiera de Esther o de sus hijas, o incluso de Ruth—; aquí todas son hijas de la Casa de Labores. Y, sin embargo, con qué desconcertante familiaridad se manejan por esta cocina ajena, con qué certeza saben dónde se esconden las bandejas de plata, en qué cajón está la harina de espelta, cuál es la sartén con teflón del bueno. Andan todas atareadas preparando dulces de mazapán. Es curioso verlas faenar vestidas con sus mejores galas. Enlutadas de los pies a la cabeza, pero con el delantal puesto; rímel en los ojos y manos embadurnadas de harina. De pie junto a la alacena, la prima Odelia, la tía Verónica y mi sobrina Lidia baten unas yemas de huevo mientras tararean un viejo pasodoble. Sentadas a la mesa, la abuela Talita, la tía Noemí y tres muchachas cuyo nombre desconozco —aunque creo que una de ellas es mi sobrina Lea, la mediana de Isaac y Noemí— moldean unas figuritas de mazapán con la masa todavía esponjosa. En el extremo más alejado de la mesa destacan el abuelo Tadeo y la abuela Belén, ambos con actitud de edificio desocupado. El abuelo Tadeo es el único hombre aquí, aunque, en su condición, la palabra hombre no sirve para definirlo: mejor jarrón o pisapapeles.

La silla de ruedas de la abuela Galilea está pegadita al horno, a sus huesos de momia centenaria debe de sentarles bien el calor. Alguien ha completado su habitual traje negro con un gorrito de

raso oscuro que se alza con un rebujo de gasas y ganchillo sobre su calavera. Junto a la abuela Galilea está la Dolça. Mi prima autista se sienta en el suelo sobre una falda que es como una negra flor abierta. Sus piernas cortas y gordas asoman mostrando una carne hecha de leche cruda. La Dolça está jugando con algo, pero desde donde estoy no alcanzo a distinguir con qué.

Entre tanto delantal y tanto satén oscuro, me cuesta un poco darme cuenta de que Samara también está aquí. Arremangada hasta los codos, mi prima espolvorea la superficie de la mesa con azúcar glas. Lleva un vestido sobrio, de falda de tubo y cuello alto. Enseguida me descubro pensando, sin sorpresa, que no le guardo ningún rencor por la paliza que me propinó en la Cala del Señorito. Tampoco por abandonarme a mi suerte ni por alejarme de mi padre precisamente durante la noche que tuvo a bien morirse. Me hago la promesa de que haré todo lo posible por encubrirla y no meterla en líos. De alguna manera, supongo, todavía se lo debo.

Desde el zaguán, Zacarías pide un poco de atención:

—Por favor.

Nada más verme, las mujeres congelan sus movimientos y cortan su cháchara en seco. El sonido de las varillas contra el bol de cerámica se interrumpe sin más, las manos embadurnadas de azúcar y harina quedan suspendidas sobre la bandeja. Por sus caras me figuro que mi estampa debe de ser todo un cuadro. Todavía llevo la ropa sucia de tierra de arrastrarme por la Cala del Señorito, todavía las mismas vendas manchadas de sangre seca. Tras echarme un vistazo despreciativo, las miradas se dirigen hacia la abuela Galilea, aguardando su veredicto. Sin embargo, la vieja carcamal no da señales de enterarse de nada. Zacarías explica:

—Moisés y yo hemos acordado que tiene permiso para asistir al velatorio. Luego se irá.

Hay un torrente de comentarios en voz baja, de madres mías y de dientes que chirrían. La abuela Talita moja sus dedos gordezuelos en un vaso de peltre y luego los seca frotándolos contra un paño de cocina que le cuelga del hombro.

—Me parece bien —dice—. ¿O es que acaso Moisés no es el hijo de Noé? Justo antes lo estaba comentando. Que te digan ellas si miento.

La prima Odelia y la tía Verónica retoman el batir de huevos: de

algún modo, se las apañan para sintetizar todo su desprecio en ese sonido repetitivo y vibrante. La abuela Talita sigue hablando, quién sabe si para darle tiempo a la abuela Galilea a resucitar o solo porque de verdad es una chismosa incorregible.

—Y a todo esto, ¿dónde te metiste anoche, hijo? No sabes lo mucho que preocupaste a tu madre. Incluso llamó a la Casa de Labores para pedir ayuda. Tus primos organizaron una batida por Berinossent. ¡Qué escandalera! ¡Qué desperdicio de tiempo! Anda, dime, ¿dónde estabas?

Más que en inventar una excusa, me concentro en ignorar a Samara. Soy consciente de que una mirada mía bastaría para implicarla, por eso me esfuerzo en apartar los ojos de ella. Mi prima, en cambio, sí me mira. Entrelaza los dedos pringosos de masa de mazapán bajo su barbilla y, con descaro, me pregunta:

—Eso, Moisés, ¿dónde estabas?

Elijo con cuidado mis palabras:

—No planeaba pasar la noche fuera. Conocí a una mujer. Ya sabéis lo que quiero decir. Esas cosas pasan.

—Putero —musita mi sobrina Lidia entre dientes.

La abuela Galilea parece despertar. Desde su silla de ruedas, libera pequeñas moscas que le bisbisean sobre la boca sin llegar a tomar forma de palabras. La abuela Talita intercede:

—Moisés, anda y ve con tu abuela. Creo que quiere decirte algo.

Una voz surge desde el pasillo, a mis espaldas, muy cerca.

—Eso, Moisés, ve con tu abuela.

Me vuelvo y descubro a varias figuras agolpadas en la puerta de la cocina, con el tío Malaquías a la cabeza y su hijo, el primo Ezequiel, justo detrás. Han conseguido echar de en medio al tío Jacobo, del que solo me llega una tos perdida en el pasillo. A su vez, Zacarías ha ido alejándose hasta alcanzar la encimera, donde finge servirse un vaso de mistela. Como me prometió, no piensa protegerme de los Miralles de la Casa de Labores.

—Tú danos una excusa —masculla el tío Malaquías, y, al hablar, aprieta la mandíbula y sus dos patillas de bandolero saltan como activadas por un resorte.

Los ignoro con toda la dignidad de la que soy capaz y me acerco, efectivamente, a la abuela Galilea. En cuclillas, la tomo de la mano. Sus dedos son tan flacos que la mayoría de los anillos le quedan

enormes, de modo que el más leve movimiento hace que tintineen: amatistas y rubíes y filigranas de diamantes falsos chocando entre sí con música de tragaperras. La Dolça murmura por lo bajo al percibir mi presencia. Ahora puedo ver con qué anda entretenida. Entre sus dedos da vueltas a una cruz de Caravaca.

La abuela Galilea dice:

—La noche taladra mis huesos… los dolores que me roen no reposan…

—¿Cómo? Abuela, no sé si la he entendido…

La abuela Talita da una palmadita en la mesa como quitándole importancia:

—Ay, hijo, no le hagas caso. Últimamente a tu abuela le ha dado por recitar fragmentos del libro de Job.

—El señor frustra las tramas de los astutos… para que sus manos, sus manos no alcancen lo que buscan… —farfulla la abuela Galilea.

—Otra vez con lo mismo. ¿Sabías que se sabe de memoria toda la Santa Biblia? Versículo a versículo. Pero, sobre todo, le gusta mucho el libro de Job.

La cabeza de la abuela Galilea tiembla como si su cráneo no encajase bien con las vértebras de su columna. En consecuencia, el gorrito de duelo se tambalea, a punto de caerse. Tengo una revelación. Comprendo que no tengo nada que perder y todo que ganar. Comprendo que, aunque es cierto que mi abuela ostenta la facultad de otorgarme o no el derecho a recibir la herencia de mi padre —pues es ella quien, según la tradición, debe anunciar la voluntad del finado a medianoche—, a su vez yo dispongo de un sobre lleno de guita escondido bajo el pantalón, prendido a la tira del calzoncillo, quince mil euros que pueden ayudarme a comenzar una nueva vida en el instante en el que ponga un pie fuera de la alquería. Me recuerdo a mí mismo que una vez hui y que puedo volver a hacerlo si es necesario. Y, sobre todo, pienso: a la mierda con tantos titubeos. Y también: tengo que dejar de nadar contracorriente, reconocer mis limitaciones, potenciar mis ventajas; si antes conseguí aplacar la ira de mi hermano no fue por mi habilidad como embaucador, sino precisamente porque, por primera vez en mucho tiempo, opté por sincerarme. Sí, eso es, ahí le he dado: debo mostrarme tal y como soy. La complicada y

ambivalente verdad que vive en mí expuesta sin ambages para que todos puedan verla.

—Abuela, ¿me oye? Abuela, anoche padre me llamó y yo no pude… —Me callo y me obligo a corregirme—: Yo no supe atender su llamada.

Aunque me dirijo a la abuela Galilea, mi voz es firme para que todos me oigan. Tomo aire y prosigo:

—Asumo la parte que me toca. Mía es toda la vergüenza. No me escondo: soy basura. Pero míreme: aquí estoy. He tardado, sí, pero he venido. Y ya nadie podrá echarme. ¿Me ha oído, abuela? Escuche, le pido por favor que bendiga mi presencia durante el velatorio. Pero también, con todos los respetos, le advierto que, si no lo hace, yo no me iré. Hoy nadie, espero que me esté oyendo, abuela, nadie, ni usted ni ninguno de mis primos, podrá impedir que esté junto a mi padre.

Termino de hablar y me quedo con la saliva seca y la respiración estremecida. Un silencio antinatural se ha extendido por la cocina. Parece que he conseguido captar la atención de mis parientes. Con el rabillo del ojo echo un vistazo a las mujeres, que me vigilan parapetadas tras la mesa, también a los hombres, que se acumulan en el zaguán. Algunos me observan con un suspiro petrificado en la boca. Me gustaría ponerme en pie y preguntarles: ¿a qué se debe este silencio tan profundo, vamos a ver? Primos queridos, tíos míos, abuelitas de mi corazón, ¿es que nadie va a decir nada? ¿Calláis porque acumuláis tanta ira que la espuma os sale por la boca igual que a perros rabiosos y así no hay quien hable? ¿O puede que os hayáis quedado mudos porque, al igual que Zacarías, en vosotros aletean también unas ganas irrefrenables de creer? Ya no en mí, sino en la mística del manzano, en la fuerza del destino, en la parábola del hijo pródigo. A mí no podéis engañarme. Yo sé que, en el fondo, nada os gustaría más que descubrir que en Villa Milagro existen los milagros.

Un sonido impreciso me saca de mis pensamientos. Suena parecido al rascar de uñas sobre una pizarra. Tardo un momento en comprender que es la abuela Galilea riéndose.

—Ay, Moisés, Moisés, Moisés. Pero qué gracioso eres. Graciosísimo.

De nuevo ese sonido que más que una risa es como un

atragantarse con una espina de pescado: gac, gac, gac.

—Y bueno, ¿quién nos lo iba a decir? Los caminos del Señor son inescrutables, y sus juicios, incomprensibles. Y, además, dime, Moisés, niño bonito, ¿alguna vez te han dolido los ojos después de entrar en una habitación que llevaba mucho tiempo cerrada? ¿No te ha pasado nunca? ¿De verdad? Está bien, dime entonces, dime por lo menos de qué color es el paladar de un conejo muerto.

La abuela Galilea no llega a abrir los ojos, pero sí agita la cabeza como olfateándome, tengo la sensación de que puede verme a través de sus párpados cerrados.

—Y hete aquí que Zacarías viene con su voz de tacita rota y anuncia que Moisés puede quedarse durante el velorio. Zacarías. Moisés. Velorio. Menuda ocurrencia. Solo a Zacarías se le ocurre tenderle la mano a quien solo merece espinas. Pero así fue siempre y así será: tan magnánimo, tan buenín, tan corderito. ¿Y qué puedo decir yo al respecto si esta casa no es la mía? Aquí solo soy una invitada. Y está claro que a nadie le importa lo que pueda opinar una pobre vieja. Lo mejor es hacer como Poncio Pilato: en este asunto yo me lavo las manos.

La abuela Galilea agita sus dedos enjoyados, fingiendo el gesto de lavarse las manos. Con mucho tiento, y solo para estar seguro, pregunto:

—Entonces ¿tengo su bendición, abuela?

—¿Mi bendición, hijo? ¿Mi bendición? —De nuevo la risa asfixiada: gac, gac, gac—. Claro que sí, cómo no.

Me parece atisbar una sonrisa en la boca sin dientes de mi abuela. Luego, sus manos se alzan despacio y comienzan a tantear mi rostro, me envuelven las mejillas esos diez dedos de esqueleto cubiertos por la bisutería más estrafalaria. Sus manos ejercen cierta presión y yo entiendo que quiere que baje la cabeza. Lo hago. Le ofrezco mi frente sumisa y ella me estampa un beso largo y baboso en el entrecejo.

Bueno, pienso, esto sí que no me lo esperaba. Si no me equivoco, este es el primer beso que la abuela me ha dado en toda mi vida; desde niño me obligaron a besar sus mejillas repulsivas, una y otra vez, al saludarla y al despedirnos, pero ella nunca posó sus labios sobre mí, y, que yo recuerde, tampoco sobre el resto de los nietos. Así que es normal que esté un poco sorprendido y es normal

también ese cuchicheo que oigo de fondo entre mis primos. Ni de coña podía imaginar que las cosas fueran a salirme tan bien. Mi abuela besándome para bendecir mi presencia. Pero pronto percibo cierta tensión en el aire, el momento se alarga en exceso y pierde su naturalidad, intento recuperar mi postura original, pero descubro que no puedo hacerlo: mi abuela mantiene mi cabeza aferrada con una energía impropia de sus manos de ciento veintiséis años. Se me clavan los anillos en las mejillas. Una de sus uñas amenaza con incrustarse en mi ojo izquierdo.

—Vergüenza —me susurra muy flojito, para que solo yo la oiga —. Vergüenza y asco.

De nuevo pruebo a liberarme, pero ella se reafirma en su presa, la oigo emitir un sonido como de muelles —algo parecido a ñeeeeee — y siento cómo se incorpora en la silla de ruedas para apoyar su peso sobre mí. A mis espaldas, escucho a mis primos adentrarse en la cocina, suspicaces, notan que algo raro sucede, pero todavía no entienden el qué; a mí me da miedo levantarme con más ímpetu por si, al moverme con demasiada brusquedad, acabo tirando al suelo a la vieja chocha.

—Abuela, me hace daño —le digo bajito y, al mismo tiempo, intento simular normalidad de cara al resto de mis parientes.

—No va a suceder, ¿me oyes?, —mientras me apretuja la cara, la abuela Galilea adelanta el cuello, su boca busca mi oreja y, al murmurar, escupe gotas de saliva que me queman la piel—: Tú nunca serás Padre Guardián.

Y dicho eso, anunciada su profecía, revocadas mis posibilidades, me libera con tanta violencia que la cabeza me bambolea un poco. Sin querer me levanto trastabillando, la silla en la que estaba sentado cae al suelo y provoca un estrépito exagerado. Me giro y descubro al primo Ezequiel apenas a un par de pasos de distancia, detrás el resto de la familia; nadie se ha perdido ni un detalle de la escena.

—¿Qué ha pasado?, —pregunta Ezequiel.

—Una tontería, he tropezado, ya está —digo, y pongo la mejor cara de idiota que tengo.

—¿Qué te ha dicho la abuela?

—Nada.

—Y una mierda.

—Ezequiel, por favor —intercede la abuela Talita—. Ahora no.

Él se aparta y yo aprovecho para escabullirme sin mirar atrás. De fondo, la abuela Galilea comienza a toser, a reír, no sé si es un ataque de lo uno o de lo otro, seguramente ambos. Con el rabillo del ojo, distingo a Samara recostada en su silla, observándome con algo parecido a una sonrisa. Sí, efectivamente, no tengo ni idea de qué puede significar, pero sin duda es una sonrisa. Salgo al pasillo y Zacarías me precede una vez más. Detrás de mí, un bullicio de primos y tíos me pisan los talones.

—Entonces… ¿se va a ir de rositas?, —protesta una voz.

—La abuela Galilea le ha dado su bendición.

—Bendición, mis cojones.

—Dejadlo tranquilo, es el funeral de su padre.

Pasamos frente a la cancela de hierro que da al patio y que, de forma excepcional, y porque de las multitudes siempre es mejor desconfiar, permanece cerrada. Entre los barrotes se distingue a Gabi montando guardia de pie, con la espalda recta y la escopeta en alto, como un soldado que pasase revista. Lo rodea un mar de perros. Bajo el sol del mediodía, las manzanas brillan, amarillas como luces de fiesta.

Zacarías no espera por nadie. Yo lo sigo esforzándome para no quedarme atrás. Cuando pasamos frente al salón, no puedo resistirme a echar un vistazo. Tal y como imaginaba, la mayoría de los hombres se agrupan aquí, abarrotándolo; también hay alguna mujer y alguna chiquilla, la gente forma corrillos de cuatro o cinco personas y chismorrean. Cada hueco del salón —los estantes de la librería, la repisa de la chimenea, la mesa camilla, el viejo arcón forrado de cuero rojo— ha sido aprovechado para depositar bandejas con comida y bebida. Hay coca de tomate y de cebolla. Hay cuencos con cacahuetes y altramuces. Hay patatas fritas, aceitunas rellenas, queso de cabra, salchichón con pimienta, jamón del bueno, encurtidos en vinagre. Varias botellas de mistela y un par de porrones de moscatel. El altar a la Virgen del Carmen ha sido trasladado junto al aparador y, en su lugar, ahora está la vieja mesa de roble macizo. Sobre esta alguien ha extendido un blanquísimo mantel de damasco y, encima, han colocado un ataúd de madera sin pulir, sin barnizar y sin pintar.

—¿Padre está ahí?, —pregunto.

Zacarías niega con la cabeza.

—No. Sigue en la cama. Pero habrá que bajarlo pronto. Cuanto más esperemos, más posibilidades hay de que, bueno, al menearlo se salgan cosas de su interior.

Aunque he escuchado perfectamente cada una de las palabras de mi hermano, no creo que haya entendido su significado. Mejor dicho: no quiero entenderlo. Zacarías comienza a subir la escalera y yo me aferro al pasamanos, preparándome para ascender a la pata coja. El tío Jacobo se ofrece para servirme de apoyo. De fondo, oigo cómo crece el murmureo del salón, que se suma al del pasillo. Cada uno de mis familiares tiene una opinión sobre mí y sobre mi presencia en el velatorio, y todos se apresuran a exponerla en voz alta.

—Y digo yo: si Moisés es un grano de pus… ¿por qué nadie lo revienta?

—¿Sabíais que anoche se acostó con una ramera?

—¡Un respeto para con el difunto!

—Aquí todos somos hijos del manzano, pero algunos se creen más hijos que otros.

—Callaos, ¿no veis que no es el momento?

Por fin, llegamos al piso superior, que parece desierto, anormalmente silencioso en comparación con la planta baja. Creo que he forzado demasiado el pie, todavía no me he repuesto lo suficiente para andar sin muleta durante tanto tiempo: con cada paso que doy siento cómo el tobillo se me va resintiendo. No muy lejos del rellano, antes de la primera esquina, Nazaret nos espera en medio del pasillo. Mi sobrina lleva un vestido violeta oscuro de faldita plisada. Su padre la coge en brazos.

—Al final lo encontraste —dice Nazaret, señalándome.

Zacarías asiente. Por encima del hombro de su padre, abrazada a su cuello, la niña me observa. Sus ojos grandes y curiosos me ayudan a seguir adelante y también me obligan a erguir la espalda, henchir el pecho. Por alguna razón, siempre me ha importado lo que esa cría piense de mí.

Se oye un llanto que casi parece un aullido. Luego, la voz de mi madre:

—Inés, por favor, te estás poniendo en ridículo.

Casi hemos llegado al cuarto de mis padres. Zacarías entra y

anuncia:

—Madre, te traigo a Moisés.

Apenas mi figura se recorta en el marco de la puerta, mi madre viene hacia mí. Por un momento pienso que me va a soltar un bofetón y el instinto me hace huir. Pero la mole del tío Jacobo me sigue muy de cerca, tanto que me impide retroceder, así que me quedo plantado, indefenso, esperando el diluvio de reproches de mi progenitora, tal vez alguna hostia. ¿Dónde te metiste anoche? ¿Cómo pudiste fallar así a tu padre, justo cuando más te necesitaba, en el postrer suspiro, por qué tenías que ser un mal hijo hasta en el final de los finales? Mi madre toma mi mano entre las suyas y la besa.

—Gracias por volver —dice.

Los ojos se me van solos por encima de su cabeza y, casi sin darme cuenta de lo que estoy mirando, descubro a mi padre, o lo que antes era mi padre, tumbado en la cama. Su piel tiene una tonalidad quebradiza, blanca con un punto amarillento. Ese color me recuerda a algo, pero ahora mismo no caigo a qué. A una hostia consagrada. Eso es: la piel de mi padre tiene el mismo color que una oblea de misa de ocho. Nunca lo había visto tan bien vestido. Lleva un traje nuevo de rayas finas y plateadas y una corbata granate oscuro. Un pañuelo púrpura, a juego con la corbata, le sujeta la barbilla. Eso le da un aire a recién salido del dentista y lo dota de una comicidad absurda. Pero yo sé que el pañuelo no tiene nada de cómico. Lo aprendí durante el velatorio del abuelo Jeremías: el pañuelo sirve para sujetar la mandíbula del difunto y evitar que la muerte lo deje con la boca abierta en actitud de pasmarote.

Un sonido mojado me obliga a apartar la vista del rostro de mi padre, siento que mi vista flota por la habitación: no muy lejos, apenas unos centímetros más abajo, descubro a tía Inés arrodillada junto a la cama, con el rostro enterrado entre las sábanas, sollozando como un perrito chico. Ruth está de pie junto a ella, entre las manos sostiene una libreta y un bolígrafo. Imagino que mi hermana estará calculando los gastos del funeral, pensando cuánto pueden ahorrarse si prescinden del coche fúnebre o algo por el estilo.

—Ya era hora —masculla al verme.

De nuevo, mis ojos vuelan solos por el cuarto, recorriendo esta

vez el cuerpo sin vida de mi padre; es entonces cuando me fijo: sus pies están descalzos. Mi padre estrena un traje elegante, pero no lleva zapatos. Al contrario que el resto de su piel que queda expuesta —rostro, cuello, manos—, la de los pies sigue manteniendo un cierto tono rosáceo. Eso me llama la atención. Sin querer, me pregunto: ¿es este un fenómeno habitual? Pues no va y resulta que, cuando alguien se muere, el cuerpo empalidece gradualmente y de arriba abajo. Primero pierde color el rostro, luego le toca el turno a los hombros y al pecho, el vientre, los testículos, el cuerpo se va vaciando de vida lentamente, centímetro a centímetro, muslos, rodillas, pantorrillas, tobillos, hasta llegar, por fin, a la planta de los pies, el último lugar donde la vida se atrinchera antes de desaparecer del todo. ¿Saben los médicos que la muerte es un fenómeno escalonado? ¿Alguien ha escrito ya una tesis doctoral al respecto? ¿O es que, quizás, estamos asistiendo a una especie de milagro? Un milagro ridículo, inútil, imperceptible, un milagro de todo a cien, digno de mi familia y de los tiempos que corren, un milagro de mierda. La muerte toda cayó sobre mi padre excepto en la planta de los pies.

—Que me parta un rayo el alma.

Antes de verla, ya sé que esa voz indignada pertenece a mi prima Esther. De nuevo mis ojos vuelan por el cuarto —no es solo que mi mirada vuele ajena a mi voluntad, es que me siento flotar— hasta descubrirla sentada en el silloncito del tocador. Por fin se ha deshecho de su bata de estilo árabe y del turbante de colores, se ha dado una ducha y se ha perfumado. Lo cierto es que luce muy señorona con ese traje chaqueta de satén oscuro, sus piernas macizas envueltas en unas medias negras salpicadas de purpurina. En su pelo, rizado y abundante, refulgen algunos mechones blancos.

—Zacarías, pero ¿qué hace este aquí?

—Esther —dice Ruth desde la cama—. Cállate.

—¿No ves que anda tras la herencia? Lo que hay que hacer es…

—¡Que te calles te han dicho!

La que acaba de chillar es mi madre: un grito súbito como un ladrido. Para sorpresa de todos, Esther obedece. Mi madre agarra dos dedos de mi mano derecha.

—Ven a ver a tu padre.

Tira de mí y yo la sigo, mis pies parecen no tocar el suelo. Mi

hermana ayuda a levantarse a tía Inés para hacernos un hueco junto a la cama. Tía Inés me mira y yo descubro que su rostro es un borrón de carne enrojecida, marcado por dos largas lágrimas negras de rímel. Quiere hablarme, pero el hipo y los sollozos no le permiten articular palabra. Mi madre me alisa las sábanas para que me siente en la cama. Sujetándome por los hombros, le dice a mi padre:

—¿Lo ves, Noé? Al final, Moisés sí ha venido. Tenías razón, después de todo. Solo hacía falta tener un poquito de fe.

Tomo entre mis manos la mano enorme de mi padre. Está tan fría como se supone que debe estar la piel de un muerto. Ni siquiera sé cuándo he comenzado a llorar, pero debo de llevar un buen rato haciéndolo porque los ojos me escuecen y las lágrimas me gotean hasta la barbilla. Digo:

—Aquí me tienes, padre.

Pienso en la última vez que lo vi. Fue ayer por la mañana. Parece como si hubiera sido el siglo pasado. Él dijo que yo era como el bisabuelo Miguel, y yo, de malas formas, le negué cualquier atisbo de esperanza. La cara de mi padre, deformada por el ictus, no alcanzó a componer la expresión de profunda incomprensión que quería transmitirme.

Lo cierto es que, ahora mismo, su mano ya no parece tan grande. En realidad, su mano encaja bastante bien con la mía.

24. Un guardián que no guarda nada

Recuerdo que, al principio de mis años como Guardián, me dio por cerrar los ojos y taparme las orejas durante mi turno. Esa era mi forma de protestar. Mi pueril venganza por todas las horas y días y meses que se me escurrían entre los dedos vigilando el manzano. Visto con perspectiva, parece ridículo. Pero en aquel momento llegué a considerarlo un gesto valiente. Tenía dieciséis años y acababa de asumir el puesto del tío Jacobo.

Primero echaba una larga mirada al manzano, más larga aún si coincidía con la temporada de frutos.

Luego, con una pizca de temor, me tapaba las orejas; amortiguaba con las manos el retumbar constante del mar, el aleteo de las gaviotas, el rascarse de los perros.

Por último, poco a poco, cerraba los ojos.

Era solo un crío. Sabía pocas cosas con certeza, pero tenía claro que por nada del mundo quería estar allí. Me tapaba los oídos y cerraba los ojos y me concentraba en esa oscuridad que yo mismo me había encargado de crear y en ese silencio como envasado al vacío que provocaban mis manos sobre las orejas. Pensaba en mi padre y en lo que este podría hacerme si por un casual me descubría actuando así, huyendo de un modo tan infantil de mis obligaciones sagradas, y, al hacerlo, sentía un ardor bombeándome en el pecho, un miedo y un orgullo. En voz baja, iba contando los segundos que duraba mi desafío:

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco…

Una vez llegué a seiscientos. Diez interminables minutos.

Ese récord de rebeldía inútil lo establecí durante la guardia nocturna de un febrero que no parecía querer acabarse nunca. Recuerdo bien aquella noche porque estaba nevando. La nieve no es un fenómeno habitual en el Levante. Como mucho, cada cinco o seis años el cielo se encapota y unos blandos copos caen zigzagueantes sobre los naranjos y la playa. Lo normal es que no termine de cuajar y que, al primer rayo de sol, la nieve se derrita creando unos temblorosos arco iris sobre los charcos. La noche que establecí mi récord de seiscientos segundos caían unos copos desbaratados, que

el viento arremolinaba y hacía danzar antes de tocar el suelo.

La única luz que iluminaba el patio provenía de dos focos halógenos conectados a una batería. Los focos bañaban el manzano con una fosforescencia irreal. Yo me acurrucaba debajo del parral y luchaba por mantenerme caliente, el gorro de lana bien calado y el brasero encendido a mis pies. Me enrollaba bajo una pesada manta, creando una especie de campana o chimenea sobre el brasero, conmigo en el centro. Nunca podré olvidar el olor de esa manta: se me metió por la nariz y se me incrustó en lo más hondo de la memoria; el día que me muera vendrá esa peste a rodearme. La manta olía al sudor acumulado de incontables guardias. Olía al tufo combinado de muchos cuerpos —el de mi padre, el del abuelo Jeremías, el del tío Jacobo, a veces el de Zacarías, el mío propio—. Olía al humo del brasero y al aliento de los perros. Los bordes acumulaban una plasta de barro seco y briznas de hierba. Las guardias de invierno siempre fueron duras, sobre todo las nocturnas. A pesar del brasero y del peso de la manta, la humedad del mar se las apañaba para calarte hasta las entrañas.

Aquella noche me sentía ya bastante miserable y puteado por tener que soportar el sueño y el frío y el aburrimiento y el hedor de la manta, como para que encima, joder, al cielo le diese por nevar. Habría dado cualquier cosa por levantarme de la mecedora y marcharme a la cama. Pero como no me atrevía a dejar mi puesto, ni siquiera para asomarme un segundo al calor y el abrigo del pasillo, lo que hice fue recurrir a mi habitual protesta de cerrar los ojos y llevarme las manos enguantadas a las orejas. Me convertí en un guardián que no guardaba nada.

Los primeros cien segundos transcurrieron con facilidad. Cuando conté doscientos, los dientes comenzaron a castañearme, pero teniendo en cuenta el frío de la noche, eso tampoco tenía nada de sorprendente. Al llegar a trescientos, mis piernas sufrían ya unos temblores incontrolables. Tuve que hacer uso de toda mi fuerza de voluntad para no separar las manos de mis orejas, para no abrir los ojos y volver a mirar. Con cuatrocientos segundos a cuestas, la tensión me erizaba el vello de la espalda. Cada copo de nieve que caía sobre mi rostro se me antojaba el roce de un fantasma. Oía al viento silbar entre las ramas del huerto y pensaba que era el manzano desenterrando sus raíces, preparándose para salir

corriendo —arrastrándose, más bien— y escapar del patio y del mundo.

—Seiscientos —dije por fin, y juro que, en ese momento, sentí cómo me faltaba el aire, cualquiera diría que acababa de bucear largo rato en el mar.

Abrí los ojos y la luz de los halógenos estalló ante mí. El manzano seguía alzándose en el centro del patio. A salvo. Inmutable. Levísimos copos de nieve bailaban a su alrededor como jugando a acariciarlo. Al verlo, sentí un gran alivio.

25. Cuenco, navaja, tijeras

Mi madre me ha mandado a adecentarme para el velatorio y, antes de empujarme al cuarto de baño, me ha alcanzado un traje colgado de su respectiva percha.

—Esta mañana lo planché por si acaso volvías —me ha dicho, emocionada.

Ahora ese traje cuelga de un gancho de la puerta del baño y, después de la ducha que me acabo de dar, una leve capa de humedad recubre su tela. El traje tiene un desvaído color ceniza, muy adecuado para un funeral. Perteneció a mi padre. He tardado un poco en reconocerlo, pero ahora que lo he hecho ya no me cabe duda: este viejo traje con el que ahora me visto es el mismo que mi padre lució para la boda de Ruth y Salomón, el mismo que se enfundó para posar con desgana en las fotos de comunión de mis primos, el traje color ceniza que, año tras año, mi madre lo obligaba a llevar para la misa del gallo de Nochebuena. Estalla ante mis ojos una imagen: la cabeza de mi padre, tan alto él, sobresaliendo entre la hilera de bancos de la iglesia arciprestal de Berinossent, tirándose del cuello acartonado por el almidón y gruñendo con fastidio porque la corbata le apretaba. Se me escapa una sonrisa. Mi padre odiaba las corbatas.

El espejo sigue empañado y yo lo limpio con la palma de la mano. La chaqueta me queda enorme. Las hombreras —puntiagudas, rígidas, anticuadas— sobresalen por encima de mis hombros y me dan un aspecto de títere mal ensamblado. Prefiero no darle demasiadas vueltas: mi padre acaba de morir y yo ya he comenzado a usurpar su identidad. Primero, el abrigo de ante que tía Inés me hizo llevar para mi encuentro con Samara; ahora, el traje de la misa del gallo, corbata odiosa incluida.

Junto con el traje, mi madre me ha conseguido también una muleta nueva. Es la pareja de la que me prestaron nada más despertar de la paliza de bienvenida que me propinó Zacarías. Lo sé porque está decorada con los mismos o parecidos cromos de fútbol que Gabi coleccionaba de chaval y que también decoraban la otra muleta: el retrato de Laudrup y Koeman y Paco Buyo y el escudo

del Valencia F. C., además de varias pegatinas de Fido Dido. No tengo ni idea de por qué mi madre no me entregó las dos muletas desde el principio, a la vez, en lugar de tenerme varios días renqueando con una sola. Supongo que la razón hay que buscarla en esa concepción primitiva del ahorro que manejan los buenos campesinos católicos. Hijo mío, hay que hacer un uso moderado de todos los bienes, incluso de aquellos de los que se dispone en abundancia, sobre todo de aquellos de los que se dispone en abundancia; líbranos, Señor, del pecado de la soberbia, y evita, Señor, que caigamos en el sumidero moral de la complacencia material.

Dedico un buen rato a examinar mis heridas frente al espejo. No sé exactamente qué ando buscando. Tan solo clavo mis ojos en los ojos de mi reflejo. Pescadilla que se muerde la cola. Bucle que nunca termina. Vacío. Estoy a punto de comenzar a vendarme las heridas cuando, mira tú por dónde, decido que no me da la gana. De pronto se me ocurre, no sé cómo explicarlo, que las vendas son una especie de defensa; una protección para los que me miran y un escudo para mí, el mirado. Una máscara. Eso son las vendas. Y hoy no quiero máscaras ni tampoco escudos. Por una vez, prefiero ir de frente. A las bravas. Pecho descubierto y a ver qué pasa. Lo que yo quiero es que, cuando mis familiares me miren, se encuentren con mi nariz deforme, el moratón violáceo que me hincha la cara, la sangre seca pegada a mis orificios nasales, el resultado descarnado y atroz de su violencia como protectores del manzano; que vean eso y no el rostro de una momia inidentificable, alguien que podría ser yo o cualquier otro. Quiero que puedan distinguir mis rasgos, que son los suyos también. Mi nariz de cuervo y mi piel olivácea de raza mediterránea. Que no les quede más remedio que aceptarme como lo que soy: su primo, su sobrino, su nieto, el primogénito de Villa Milagro, el traidor, el retornado, yo.

De modo que no me vendo la cara. En su lugar, como si una cosa llevara a la otra, tomo la decisión de afeitarme.

No sé ni cómo se me ocurre, pero, en un visto y no visto, he abierto el armarito del baño y he dispuesto sobre el lavabo una brocha, un bote de jabón de afeitar, una maquinilla *Gillette* con la hoja casi nueva. Tardo un buen rato en afeitarme del todo. No es fácil. Llevo la barba larga y enmarañada, y eso me obliga a ir con

tiento si no quiero llevarme en el proceso alguna costra o maltratar en exceso mis moratones. Me hago un corte chiquitito justo en el mentón y, al instante, brota una sangre aguada pero profusa, muy escandalosa. Cuando termino, parezco otro. Parezco el yo de ayer. Hacía por lo menos doce años, tal vez más, que la epidermis de mis mejillas no asomaba al aire, y es por eso que mi piel recién afeitada luce un tono paliducho, mortecino, flojo. Una piel recién estrenada. Recojo los pelos con un pedazo de papel higiénico, para que no atasquen el desagüe del lavabo, y los echo por el váter.

Sostengo entre mis manos el sobre del dinero que me dio la señora Nissenbaum, y que he escondido bajo la tapa del bidé mientras me duchaba. Estoy harto de llevarlo prendido de la tira de los calzoncillos. Es un incordio y también un peligro. En cualquier momento se me puede desprender y caer al suelo por la pernera del pantalón. Decido guardarlo en uno de los bolsillos interiores de la chaqueta, cerradito con un imperdible que hace las veces de botón. Dentro del bolsillo encuentro una bolita de naftalina que se deshace al tacto. Me deja los dedos tiznados de blanco.

Salgo del baño. Sin vendas y sin barba, pero con un traje color ceniza de otro tiempo. Nada más abrir la puerta, me tropiezo con la prima Teodora y con la tía Betania y con el tío Melchor, con su cara de alelado y la mano sujetando el auricular del *walkman* contra la oreja, y con el primo Isaac y con la prima Odelia y con una docena más de Miralles. Mientras yo me adecentaba en el cuarto de baño, mis parientes han aprovechado para invadir el piso superior. Mi presencia les genera un rechazo instantáneo; todos callan al verme, como si el mismito asco les rebosara la garganta y les impidiera hablar. Esta vez, sin embargo, enseguida me ignoran, hay algo más que atrae su atención: un desconocido, alguien por completo ajeno a la familia, acaba de subir las escaleras y trata de abrirse paso por el pasillo, precedido por el tío Malaquías. Es una mujer sudamericana de mediana edad. Rasgos aindiados y algo entradita en carnes. Lleva un maletín de cuero y parece agobiada. Dice:

—Siempre pasa lo mismo con ustedes. ¿Por qué no me avisaron antes? ¿Y a qué hora dice que falleció el señor Miralles? Esto es muy irregular. Tendré que dar parte.

El tío Malaquías toma la palabra en representación de la familia. Ni siquiera intenta disimular su sorna:

—Doctora, no me sea pesada. La avisamos en cuanto se nos ocurrió. ¿Qué quiere que le diga? Estábamos consternados. ¿O es que ahora es delito dolerse mucho por la marcha de un familiar? Y además, ¿qué más dará que hayamos tardado una o siete horas en llamarla? Ni que el difunto fuera a irse a ninguna parte. Ya hemos llegado. Pase. Es aquí.

La doctora entra en el cuarto de mis padres y, al instante, un movimiento recorre la marea de Miralles que puebla el pasillo. Mis parientes se empujan tratando de asomarse a la habitación, curiosos, cotillas, celosos de su espacio y de su intimidad ante los ojos de un extraño. Me llegan todavía algunas palabras de la doctora —por su acento juraría que es ecuatoriana, o tal vez peruana, decididamente peruana—. Dice:

—Por favor, un poquito de espacio. Arrímense, fuera, fuera. ¡Así no se puede trabajar!

¿Qué mejor ejemplo que ese para ver y entender cómo los Miralles se relacionan con el fastidioso mundo exterior? Las leyes, la burocracia, el Gobierno de un país son solo elementos circunstanciales, molestos trámites que ellos deben soportar con un bufido de resignación, a ser posible pataleando un poco y haciendo evidente su desprecio en todo momento. La pobre doctora examinará a mi padre y firmará el acta de defunción, tal y como estipula el Código Civil, y al final terminará por pasar por alto las excentricidades de mi familia. Hoy por hoy, casi nadie vela ya a los muertos en casa, la gente prefiere quitarse el marrón de encima y contratar los servicios de un tanatorio, tan pulcro, tan eficaz, tan frío. Los Miralles, en cambio, prefieren hacerlo a la vieja usanza. De hecho, si entierran a sus muertos en el cementerio municipal de Berinossent es solo porque la ley es taxativa en ese aspecto, porque, si no, y por lo que a ellos corresponde, los muertos se arrojarían al mar, tumbados en una barca cubierta por lirios y gladiolos, tal y como se supone que se hizo en mi familia durante mucho tiempo —y cuando digo durante mucho tiempo en realidad quiero decir hace más tiempo que mucho tiempo.

Alguien me agarra de la chaqueta. Es la tía Verónica. Se pone de puntillas para observarme por encima de sus aparatosas gafas de sol —que no se quita nunca—, y valorar mejor mi rostro, tan desnudo ahora.

—Tu hermana te está buscando —me susurra.

Casi al momento, veo a Ruth salir del cuarto de mis padres. Ella también me ve y me hace un gesto como indicándome que la espere, como si yo tuviese algún sitio al que ir. Ruth tiene que empujar y apretujarse para abrirse camino entre el marasmo de trajes negros y bolsos de piel y corbatas pasadas de moda y pendientes de perla que abarrotan el pasillo.

—Acompáñame.

Mi hermana me toma del brazo y me ayuda a andar en dirección opuesta adonde se concentra el grueso de la familia. Mi sobrina Nazaret corre hasta alcanzarnos.

—¿Vais al Cuarto de las Cosas? ¿Puedo ir con vosotros?

—No —responde Ruth.

—Pero ¡yo quiero ir!

—He dicho que no y es que no.

Nazaret se marcha refunfuñando. Yo, para qué negarlo, siento cierta ternura al comprobar cómo, para las nuevas generaciones, el Cuarto de las Cosas sigue representando la misma promesa de misterio que representó para mí y para mis hermanos.

Doblamos la segunda esquina del pasillo y pasamos de largo la habitación en la que me he alojado estos días. La cama está impecablemente hecha, las baldosas recién fregadas huelen a limón y a lejía, desde luego el servicio de habitaciones de Villa Milagro es excelente. Llegamos al Cuarto de las Cosas. Mi hermana saca del bolsillo una argolla enorme, repleta de llaves. Cuando yo era pequeño solo había un cerrojo que destrabar en esa puerta, ahora hay cuatro. Haciendo alarde de una desconcertante seguridad, mi hermana escoge la llave correcta para cada una de las cerraduras. Clac, clac, clac y clac.

La puerta se abre y es como si se abriera también una vía al pasado. Concretamente, a aquella tarde en la que Ruth y yo nos colamos en el Cuarto de las Cosas y trasteamos a escondidas entre las antiguallas, con la voz aflautada por la niñez y los dedos temblorosos, y descubrimos las fotos de boda del tío Jacobo con sus dos esposas muertas y la cota de malla que se escondía bajo una sábana y muchos otros tesoros.

Entramos. Mi hermana cierra la puerta a mis espaldas y corre uno de los cerrojos. Pero enseguida se lo piensa mejor y opta por

echar un pestillo más, así nadie podrá importunarnos: mejor prevenir. La única ventana del cuarto permanece medio oculta tras varias torres de cachivaches y, además, tiene corridos unos gruesos y polvorientos visillos de ganchillo, de manera que estamos casi a oscuras. La misma semipenumbra de color té con limón que yo recordaba.

—Te has afeitado. Bien hecho. Una jugada muy astuta.

Mi hermana avanza por la habitación sorteando con desparpajo las montañas de cajas y los arcones atiborrados de legajos. Resulta evidente que este es ahora su territorio. Pienso. Resulta evidente que este es su territorio. A Ruth debe de corresponderle ahora el honor que antes Ruth debe de corresponderle ahora el honor que antes correspondía a mi madre y a tía Inés: adentrarse en el Cuarto de las Cosas y rebuscar entre viejos albaranes y títulos de propiedad y recuerdos de familia cada vez que alguno de los Mayores así lo demanda. También debe de encargarse, junto con Esther y otras mujeres, de extraer la cubertería y los manteles para las comidas multitudinarias de cada Navidad y de cada Domingo de Ramos y de cada 17 de abril. Deslizo un dedo por los antiguos volúmenes de la estantería, que siguen acumulando telarañas y polvo. Hay algunos títulos en latín y un par en un alfabeto extraño que, de niño, no supe reconocer, pero que, ahora que soy un tipo viajado, sí reconozco: no me cabe duda, es hebreo. Pienso: ¿no es como para morirse de risa? Un libro escrito en hebreo, aquí, donde nadie, ni en broma, estudió nunca ninguna lengua extranjera, ni siquiera, ya puestos, una carrera universitaria; justo delante de mí tengo al miembro de la familia que más lejos ha llegado en el sistema educativo: mi hermana con su módulo de contabilidad por correo. Un libro en hebreo. Me pregunto cómo habrá llegado hasta aquí. Oigo a Ruth maldecir para sus adentros:

—¿Dónde coño lo han escondido?

Mi hermana se ha puesto en cuclillas para así mejor rebuscar en un baúl de herrajes oxidados. Junto a ella, abandonada en el suelo de cualquier manera, destaca la enorme cabeza de gigantes y cabezudos que representa a un diablo burlón sacando una lengua bífida. Yo deambulo a mi vez entre el laberinto de cajas y muebles viejos, un perchero torcido aquí, un quinqué partido allá, una bastonera con una docena de bastones con diferentes y curiosas

empuñaduras —una cabeza de galgo, un ángel arropado por sus propias alas, una piña, un búho—; a mi derecha queda la vitrina donde se alinean los frascos —aparentemente vacíos, evidentemente vacíos— con Aliento de Matusalén, Dudas de María Magdalena, Aire del Primer Día del Mundo. Sin darme cuenta, voy pasando una mano por encima de los trastos acumulados: las yemas de los dedos se me tiznan de polvo. Sonrío al reparar en el viejo bargueño.

—Tiene tantos cajones como días tiene febrero… —Se me escapa, repitiendo lo que siempre nos decía tía Inés.

—¿Cómo?

—Nada. Perdona. Hablaba solo.

Del fondo del baúl, mi hermana extrae una bolsa de plástico del Pryca.

—Por fin —dice.

Dentro de la bolsa hay un hermoso cuenco de cerámica decorado con desgastadas manzanas de color rojo —o fantasma de rojo, más bien— y flores blancas y azules —aunque el blanco tiene un tono ambarino y el azul apenas se insinúa—. Ese cuenco es uno de los tesoros más preciados de los Miralles y, supuestamente, lleva siglos pasando de generación en generación —me obligo a remarcar el supuestamente: aquí todo es siempre supuestamente. Pues bien: supuestamente, digo, en algún momento, hace cien o doscientos o trescientos años incluso, el cuenco se rompió por la mitad, crac, como un huevo, y algún artesano de aquella época pretérita lo reparó como buenamente pudo como por lo visto el Super Glue todavía no se había inventado, unió las piezas con grapas de hierro. Hoy las grapas todavía son visibles: grandes como orugas y del color de la plata vieja, resiguen la resquebrajadura como puntos de sutura sobre una herida.

Ruth prosigue su itinerario por el cuarto, salta con pericia sobre un capazo lleno de relojes viejos y abre el cajón inferior de una cómoda regordeta. Después de rebuscar unos segundos, extrae una navaja de barbero con el mango decorado con incrustaciones de nácar. Luego, vuelve a introducir la mano en el cajón, se oye un remover de cachivaches y, al poco, encuentra también unas tijeras doradas.

—Bueno, pues aquí estamos otra vez, ¿no? —Pone los ojos en blanco—. Con el cuenco y la navaja y las tijeras. Otro velatorio más.

Y suma. Y sigue.

Ruth deja el cuenco centenario, la navaja de barbero y las tijeras doradas sobre la vieja chaise longue en la que, de pequeños, nos obligaban a esperar en silencio. Se sienta y yo puedo ver cómo el mueble se tambalea bajo su peso, la chaise longue está realmente en las últimas, una de las patas, que representa la garra de un león, amenaza con quebrarse en cualquier momento. Mi hermana saca un cigarrillo de liar y lo prende. Un momento, eso no es un cigarrillo: es un porro. Y bien cargadito, además. El pestazo que deja el hachís es inconfundible.

—Lo estás haciendo muy bien, Moisés. Me tienes sorprendida.

Mi hermana da una calada y baja la voz, por si acaso alguien hubiera pegado la oreja a la puerta.

—Aunque si no te lo digo reviento: lo de ayer fue una estupidez. ¿En qué momento se te ocurrió desaparecer así por las buenas? Casi mandas al traste toda la operación.

La dejo hablar, consciente de que, como siempre, mi mejor baza es el silencio. ¿Me lo ha parecido o mi hermana acaba de describir mi retorno y la muerte de nuestro progenitor como una operación, igual que si de una opa hostil se tratase? Ruth me tiende el porro. Lo cojo. El sabor del hachís se me pega al paladar y me abrasa la garganta. Hacía años que no lo probaba. En Asia y en América y en el África meridional, en casi todo el mundo, vaya, lo normal es fumar marihuana a secas, sin aceites ni procesamiento, sin tambores de Ketama ni culos de traficantes muertos de hambre que, al cruzar la frontera, ponen huevos igual que gallinas. Mi hermana dice:

—Ahora solo tienes que dejar que pasen las horas. ¿Me escuchas? Da igual con qué te provoquen, tú no entres al trapo. Solo deja que llegue la medianoche y asegúrate de estar presente cuando la abuela Galilea anuncie el testamento. Si juegas bien tus cartas, en un par de días estarás firmando el contrato de venta con Antich & Asociados.

La escucho hablar, tan taxativa, tan confiada, y pienso que lo lógico sería informarla de que, en realidad, no tenemos ninguna posibilidad de salirnos con la nuestra. La abuela Galilea nos ha calado —cómo pudimos pensar que no lo haría— y ya se ha ocupado de comunicarme que nunca jamás permitirá que yo sea Padre Guardián. Y, sin su beneplácito, sin su nombramiento de

medianoche, no hay testamento ante notario que valga: los Miralles recurrirán la herencia, exigirán su parte de la legítima, presionarán a jueces y abogados, romperán piernas, como mínimo el proceso se alargará años… y todo eso suponiendo que, efectivamente, mi padre me haya nombrado heredero de esta santa tierra, lo cual ya es mucho suponer. Ruth habla sobre lo cerca que estamos de salirnos con la nuestra y a mí me entra una pereza horrorosa, unas ganas de bostezar hasta morirme. Supongo que es por eso por lo que me callo y no la pongo al tanto de nuestra situación real, porque a buen seguro mi hermana encontraría la manera de recalibrar nuestra estrategia, quién sabe si incluso certeramente; mi hermana me obligaría a actuar, cuando yo lo único que quiero —lo único que he querido siempre— es olvidar. ¿La abuela Galilea no quiere que sea Padre Guardián? O. K., perfecto, tanto mejor, igual es que verdaderamente no soy digno, igual es que ya va siendo hora de poner fin a todo este teatrillo.

Debo de llevar un rato rumiando estos pensamientos, callado, dándole al porro, porque mi hermana me suelta:

—Eh, que huele a uñas.

Le paso el canuto y ella lo recibe con dos dedos, el pulgar y el índice. Puedo oír cómo el papel crepita entre sus labios. Por decir algo, digo:

—¿En serio tú crees que padre me declaró heredero?

Ruth toma una calada antes de responder:

—Sí.

Nos miramos y, por una vez, le sostengo la mirada. De este modo puedo ver cómo lentamente la dureza de sus ojos se diluye, al menos un poco. Suspira, y yo comprendo que se dispone a explayarse más de lo que le gustaría, seguramente más de lo que me gustaría a mí.

—Moisés, tienes que entender que… Mira, los últimos años fueron… Padre bebía, ¿vale? Mucho. Y se pasaba el día hablando solo. Él, que siempre se había burlado de las Sagradas Escrituras, y que había cumplido con sus obligaciones como Guardián igual que un obrero que ficha para trabajar en la fábrica… Él comenzó a tener sueños raros… Unas pesadillas terribles que lo despertaban pataleando en mitad de la noche. Comenzó también a rezar el rosario todos los días, a todas horas, era increíble. Se pasaba el día

hablando sobre el diablo y sobre la serpiente y sobre el bisabuelo Miguel. Deliraba. ¿Me sigues? Se convenció de que ibas a volver.

Ruth levanta el rostro y me dedica una sonrisa agria.

—Y cuando los de Antich & Asociados me contactaron y me dijeron que sabían de buena tinta que había cambiado el testamento a tu favor, yo pensé: qué cojones, vamos a probar. Busqué a la señora Nissenbaum y le dije: ¿quieren ustedes comprar la finca de Villa Milagro? ¿Sí? Pues busquen al gilipollas de mi hermano Moisés. Si es cierto eso de que él es el heredero único, entonces seguro que venderá. Y dicho y hecho, en menos de lo que canta un gallo, Antich & Asociados contrató a un detective privado o sobornó a algún agente de aduanas o qué sé yo, el caso es que descubrieron tu paradero y en cuestión de días te trajeron de vuelta. ¿Te das cuenta, Moisés? Fui yo quien hizo realidad los sueños de padre. Es por mi culpa que hoy estás aquí. No por obra del Espíritu Santo ni por mediación de los inescrutables tejemanejes de Yahvé. Yo soy la responsable, y nadie más. Aunque nunca pensé que… Bueno, nunca quise que… No podía imaginar que todo iba a suceder tan rápido. Que padre iba a apagarse tan de repente. Como si… Como si…

Mi hermana se calla y yo, la verdad, agradezco que deje esa última frase sin terminar. Para no pensar demasiado en eso —en lo que Ruth ha preferido callar: la intuición extraña de que ha sido mi regreso lo que ha precipitado el fallecimiento de mi padre—, me quedo pensando en todo lo que sí se ha atrevido a decir. No consigo imaginármelo borracho, y mucho menos actuando como un beato. Sin darme cuenta, me voy acercando a uno de los bultos ocultos por sábanas que se alzan entre los pasillos de cajas de cartón. Tiro de la tela y descubro, igual que cuando era niño, al maniquí que carga con la cota de malla. Visto con los ojos de un adulto parece mucho menos espectacular. De hecho, el tiempo ha arruinado la cota de malla hasta tal punto que, más que una armadura medieval, parece un pez descamado.

—¿Y qué sacas tú de todo esto?, —pregunto, todavía con la sábana entre los dedos.

—No quiero dinero, si eso es lo que te preocupa.

Ruth apaga el porro aplastándolo contra el papel floreado de la pared.

—Por mí puedes hacer lo que te dé la gana con millón y pico de

euros podridos.

Luego se pone en pie, dando por zanjada la conversación, y recoge el cuenco de cerámica, la navaja y las tijeras.

—Venga, al lío.

Salimos del Cuarto de las Cosas. Mientras mi hermana cierra la puerta —de nuevo uno, dos, tres y cuatro cerrojos que protestan con voz metálica al cerrarse—, yo me fijo en una de las tantas litografías de animales que decoran las paredes del pasillo. Concretamente, en un grabado en plancha metálica que representa a una serpiente suspendida en zigzag. El tiempo ha emborronado los colores y ahora luce un tono verde flúor, más propio de un anuncio de neón que de una obra de arte realizada a principios del siglo xx. ¿Me estoy volviendo loco? Me sé de memoria cada esquina de este pasillo. Habré pasado por aquí un millón de veces. Es la primera vez que veo esta litografía.

—¿Es nuevo?, —pregunto.

—¿El qué?

—Este dibujo —digo, y señalo con la barbilla la serpiente de neón.

—¿Qué dices? Pero si lleva ahí toda la vida.

A medida que avanzamos por el pasillo, nos vamos tropezando con más y más Miralles. Al final, andar se hace complicado.

—Como se me caiga el cuenco y se rompa será culpa vuestra —advierte Ruth.

Llegamos hasta la habitación de mis padres, que está a rebosar. La doctora peruana ya se ha ido. Seguramente su inspección fuese rápida, habrá hecho lo imposible por zanjar los trámites cuanto antes, pim, pam, si te he visto no me acuerdo y pies para qué os quiero. La imagino ahora mismo sentada a la barra de algún bar del pueblo, comentando la experiencia con su dulzón acento limeño: «Ay, no saben, qué gente más rara estos Miralles, y qué tenebrosa la casa, se los juro, ni por toda la plata del mundo regreso yo allá». Mi madre aparece de no se sabe dónde y comienza a dar órdenes para que nos dejen pasar. Mi hermana avanza con el cuenco de porcelana en alto; yo llevo en una mano la navaja y, en la otra, las tijeras doradas, y también las alzo como si fueran sendos trofeos. Nos situamos junto a la cama donde yace mi padre muerto.

—Hay que comenzar la ceremonia —dice mi madre, con esa

resolución apresurada, un tanto borde, que la caracteriza—. Como esperemos más, a los niños les entrará sueño y, además, más rígido estará vuestro padre y más le pesará la muerte y más difícil será moverlo luego. —Y, enseguida, dedicándome una mirada de relámpago—: Ya veo que has tenido la decencia de afeitarte. Me alegro. Mucho más guapo.

Zacarías trae de la mano a su hija Nazaret. La niña va muy mona con su vestido violeta oscuro y dos aparatosos lazos en el pelo.

—He pensado que Nazaret podría sostener el cuenco —dice.

Mi madre no parece muy convencida.

—¿Seguro? Es una tarea muy importante.

—Seguro —responde Zacarías.

Mi madre se agacha hasta ponerse a la altura de Nazaret. Con mucha ceremonia, le entrega el cuenco de porcelana.

—Por favor, ten cuidado, no se te vaya a caer.

La niña asiente muy seria, consciente de la responsabilidad que acaba de recaer sobre sus hombros; luego se sitúa junto a la cama, el cuenco sujeto contra su pecho infantil. Hay algo en su actitud concentrada —morros prietos y dignidad exagerada— que capta la atención de mis parientes. Poco a poco, los chismorreos van cesando, los hombres cuadran las espaldas, las mujeres unen las manos sobre el regazo. Y así, sin que nadie anuncie que la ceremonia está a punto de empezar, todos saben que va a dar comienzo.

Y es que, de todos los rituales que se suceden durante el velatorio, este es uno de los más solemnes: por eso la habitación bulle de Miralles. Yo pienso: el cuarto de mis padres parece un vagón de tercera clase de la Indian Railways abarrotado de devotos que peregrinan a la ciudad de Benarés para bien morir o para acompañar a un familiar a hacerlo. O todavía mejor: parece un autobús que renquea por las montañas arboladas del noreste de Kenia, lleno de madres que cargan a la espalda a sus bebés y de viejos de piel ahumada y de talegos de cebollas y de racimos de bananas verdes y de gallinas. Carne humana que se constriñe contra más carne humana. Bocas que respiran el mismo aire que otras bocas. Oxígeno que se envilece y se desgasta a base de sobarlo.

Mi madre se arrodilla frente a la cama con las manos unidas en actitud penitente. En voz baja, murmura una larga oración. Solo la

última frase resulta audible:

—Misericordia para el hombre que se va, gloria para el Guardián.

—Gloria para el Guardián —repetimos todos.

Mi madre desata el pañuelo que rodea la cabeza de su marido: de resultas, la boca queda abierta en un gesto mojado, grotesco. Luego toma la navaja con el mango decorado con incrustaciones de nácar y la abre con la lentitud de quien descorre un telón. La hoja, sorprendentemente afilada, lanza destellos verdes. Mi madre comienza a raparle el pelo a mi padre.

Cada vez que corta un mechón, lo levanta en alto con mucha pompa a fin de que todos los presentes puedan contemplarlo como es debido. Luego, lo deposita en el cuenco que sostiene Nazaret. El pelo de mi padre va formando, así, una pequeña montañita de algodones despeluchados y grises. En cierto momento, la navaja corta un poco de más y un fino hilo de sangre brota de la cabeza, deslizándose por la frente hasta el lacrimal. Sangre aguada y escandalosa como la que brotó cuando me corté afeitándome. Zacarías da un paso y le tiende a mi madre un pañuelo blanco. Esta lo toma sin alzar la vista y, con gesto mimoso, limpia la sangre hasta que la punta del pañuelo se vuelve roja. Seguidamente, prosigue con su tarea: con mucha resolución y ninguna prisa comienza a rasurarle a mi padre la barba de tres días. Mientras, el resto de la familia se esfuerza por guardar silencio. Pero, claro, siendo tantos es inevitable un hervir de respiraciones, de toses contenidas, de suspiros. Cuando alguien se rasca una mejilla suena como un gato arañando un mueble. Cada tanto, un adulto se encoge sobre un niño y comenta:

—No pierdas detalle. Esto es importante.

Un bebé llora, despierta a otros bebés, reacción en cadena de llantos.

—Es que tiene cólicos —se disculpa la madre.

Solo unos pocos han conseguido hacerse con un taburete o una sillita de mimbre, ganándose así el derecho a asistir a la ceremonia desde la primera fila. La abuela Galilea, por supuesto, permanece bien cerca, su mentón prácticamente roza la piecera de la cama. Junto a la silla de ruedas está la abuela Talita, arrebujada en el silloncito del tocador, sobre los hombros lleva un oscuro mantón de

manila que es una preciosidad. Por su parte, el bruto del tío Malaquías y el retaco del primo Ezequiel se han abierto camino a codazos hasta situarse de pie justo tras los Mayores. A Ezequiel, el cadáver quieto de mi padre se la trae al pairo, él solo tiene ojos para mí. En todo este tiempo no lo he visto pestañear ni una sola vez. Me esfuerzo por ignorarlo. Me sale regular. Al fondo de la sala distingo, como un destello en medio de la noche, los ojos curvados de Samara. ¿Y dónde está el tío Jacobo? Al pobre lo han arrinconado —o se ha dejado arrinconar— al fondo de la habitación; su corpachón se eleva cohibido entre la muchedumbre, apenas cabe en el hueco que hay entre el perchero y el espejo del tocador. En estos momentos, se tapa la boca con una mano para contener un ataque de tos.

Mi madre apura el afeitado, y yo pienso que, vaya cosas aprende uno el día del funeral de su padre, la piel de las mejillas debe de ser más frágil que la del cráneo, porque ahora los cortecitos se suceden aquí y allá, el pañuelo de Zacarías ya ha dejado de ser blanco para tornarse rojo; de algún lugar, surge un nuevo pañuelo que, igual que el anterior, se va tintando poco a poco con la sangre —sangre de muerto, sangre que ya no es capaz de bombear un corazón pero sí todavía de brotar al exterior si alguien corta la epidermis; sangre que dice: yo antes era señal de vida; sangre que se va ennegreciendo y espesando muy a su pesar; sangre que, en unas horas, ya no será sangre, sino, más bien, una pasta gomosa que embotará las venas inútiles de mi padre—. Mi madre termina y se retira para examinar el resultado. El rostro de mi padre, calvo y afeitado, marcado por todas partes por diminutos puntitos rojos, se ve aún más desvalido que antes si cabe, todavía más desprovisto de conciencia: se lo ve más muñeco. Mi madre vuelve a atar el pañuelo alrededor de la cabeza de su marido y el agujero mojado que era su boca desaparece. Pienso: como el primo Ezequiel no deje de mirarme voy a acabar aventándole una señora hostia.

Ruth da el relevo a mi madre. Así lo manda la tradición. Son las mujeres de la casa quienes deben ocuparse de acicalar al finado para su último viaje y, aunque ahora mi hermana vive en la Casa de Labores, a la hora de la verdad ella siempre será una hija de Villa Milagro. Ruth alza las tijeritas doradas para que todos puedan verlas, a mí me recuerda al gesto con el que un torero dedica el toro

a la concurrencia: me hace gracia, va por ustedes, me sonrío a pesar de las circunstancias, soy idiota. Mi hermana se sienta en un taburete junto a la cama y toma la mano de mi padre. Comienza a cortarle las uñas. Una vez terminada la tarea, recoge los trocitos con dos dedos y los deposita con cuidado en el cuenco de porcelana que sostiene Nazaret. Las uñas amarillas despuntan entre los ovillos de mechones grises: resulta francamente asqueroso. Ruth termina con una mano y pasa a la otra. Trabaja con prestancia y mucha dignidad.

Una vez recolectadas las uñas de las manos es el turno de las de los pies. Para los Miralles, las uñas de los pies poseen una simbología especial. De algún modo, se supone, se cree, se espera que algo de la magia del manzano se las haya apañado para trepar desde las profundidades hasta prenderse a los pies nunca suficientemente limpios del Guardián. Por eso, esta es una labor que corresponde a la esposa del finado.

Tía Inés se adelanta con la mirada gacha. Con mucha torpeza, aúpa su cuerpo rechoncho a la parte inferior de la cama, dispuesta a ejecutar la tarea. Lleva puestos unos guantes de cabritilla un pelín excéntricos y viste un traje de terciopelo que le queda demasiado ceñido. Como es medio cegata, acerca el rostro al pie hasta casi rozar con las pestañas la pulpa hinchada de los dedos. Las uñas son duras y no quieren que las corten. Tía Inés maneja las tijeras con ambas manos. Aprieta los dientes para mejor concentrar su fuerza. Suda. Rompe a llorar.

—Noé —dice.

Tía Inés besa la planta de los pies de mi padre.

—Noé, Noé, Noé —repite.

Sin abandonar su posición de firmes junto al resto de la familia, mi madre le recrimina:

—Inés, un poquito de compostura.

Tía Inés levanta un rostro implorante. Le tiende las tijeras.

—Hazlo tú —pide.

Mi madre niega con la cabeza.

—Ya sabes que no puedo.

—Pero es que no es justo.

—No, no es justo —concede mi madre—. Pero es lo que hay.

Tía Inés tarda algo así como veinte minutos en terminar de

tronchar las diez uñas que, según la tradición, le corresponden. Durante todo ese tiempo, el resto de la familia se mantiene silenciosamente aparte. Nadie apremia a la anciana mujer. Nadie comenta por lo bajo. Nadie la juzga. Incluso los bebés acuerdan dejar de rezongar y callan respetuosamente. La pequeña Nazaret aguanta estoica con el cuenco de porcelana entre las manos, la mirada fija en la esquina desde la que su padre y su madre la vigilan; de vez en cuando, Zacarías le indica con un gesto de la cabeza que lo está haciendo muy bien y entonces la niña se esfuerza por contener una sonrisa de orgullo. Cuando por fin tía Inés se las apaña para cortar la última uña del último dedo del segundo pie, la abuela Galilea parece despertar bruscamente de un sueño. Con uno de sus graznidos anuncia:

—¡Al salón! ¡Al salón! ¡Llevadlo al salón!

Hay un revoloteo de bisbiseos y de codazos y de órdenes masculladas y de niños que vuelven a llorar. La muchedumbre se aprieta y se reordena y Zacarías llama al tío Jacobo sin siquiera volverse a mirarlo.

—¡Jacobo!

Este abandona su refugio entre el tocador y el perchero y se aproxima a la cama, va tosiendo una tos que suena a pulmón desgarrado.

—Tú cógele las piernas —dice Zacarías—. Yo, los hombros.

Entre ambos levantan en volandas a mi padre. Por el modo como se marcan las venas del cuello de Zacarías y por cómo muerde el aire mi tío, es evidente que mi padre debe de pesar algo así como media tonelada.

—Nos vendría bien una mano —bufa Zacarías, mientras aúpa el cuerpo inerte por encima de su cabeza.

Mis primos y tíos se apiñan a la de una, dos y tres creando una cadena humana. Entre todos, cargan en volandas a mi padre, que parece un maniquí de una tienda de postín, enfundado como va en su traje nuevo de rayas plateadas. Con mucho brío, y con mucho tiento también, lo van llevando de la cama a la puerta. Mi sobrina Nazaret encabeza la comitiva con su vestidito cuqui y sus lazos de muñeca, en todo momento se esfuerza por levantar bien alto el cuenco lleno de cabello y uñas asquerosas.

—Cuidado, que pesa como un buey —advierte una voz.

—No hay ninguna prisa, ninguna en absoluto —dice otra.

—Me cago en l'ou, aparteu.

—Que alguien quite a los críos de en medio.

—No lo zarandeéis mucho, a ver si vamos a tener un disgusto.

En un visto y no visto, el cuerpo de mi padre sale de la habitación en la que apuró sus últimos días. Los Miralles embocan el pasillo con gruñidos de campesino acostumbrado a cargar remolques y abrir zanjas en grupo. Mi padre es como un leño que lleva la corriente.

—¡Aúpa!, —dicen a coro.

La familia va desalojando el cuarto, bien con intención de ayudar en el traslado del fallecido, bien porque no quieren perderse el instante en el que el patriarca ocupe el ataúd del salón. Oigo cómo alguna de mis tías, creo que Odelia, comenta por lo bajo que, a la hora de amortajar a un muerto, lo mejor es meterle pañuelos por el culo para prevenir malos olores y, sobre todo, fluidos inesperados. Veo a mi madre y a tía Inés salir cogidas de la mano. El primo Ezequiel lleva a la abuela Galilea en brazos. No distingo quién carga con la silla de ruedas. Menos mal que Ezequiel ya se va, al menos así podré descansar un rato de la quemazón que me producen sus dos ojos saltones. Qué ganas, de verdad, qué ganas de atizarle un bofetón en toda la cara. Samara es una de las últimas en abandonar la habitación. Antes de desaparecer, me lanza una mirada algo más larga de lo habitual.

Soy el último en salir. Con la mano en el pomo de la puerta, le dirijo un vistazo al cuarto. La luz de la tarde entra por la ventana y cae a bocajarro sobre la cama. Las ramas y las manzanas y las flores talladas sobre el cabecero parecen brillar como hierro al rojo vivo. Ahora que está vacía, la cama se ve todavía más grande. El hueco que el cuerpo de mi padre ha dejado en el colchón parece, por contraste, mucho más pequeño. Apenas una imperceptible sombra entre las arrugas de la sábana bajera.

Cierro la puerta y bajo al salón.

26. Atrezo

Traigo un runrún en la cabeza que no me deja en paz y que me hormiguea la mente por debajo o en paralelo al resto de mis pensamientos. Es una tontería. Un detalle entre otros cinco mil que me rodean, sin duda mucho más importantes que este: mientras el cuerpo de mi padre es cargado en hombros por las escaleras y es introducido en el ataúd del salón, yo no puedo dejar de pensar en el libro escrito en hebreo que descubrí en la estantería del Cuarto de las Cosas.

Me pregunto: ¿se puede saber qué coño hace un libro escrito en hebreo en una alquería valenciana, en un país como España, que apenas ha tenido presencia del pueblo elegido desde que los Reyes Católicos expulsaron a todos los moriscos y a todos los judíos? ¿Acaso alguien, en algún momento de la historia de los Miralles, estudió y aprendió a leer el alfabeto hebreo? Me cuesta imaginarme a un intelectual con mi apellido. A día de hoy, la idea de buscar inspiración o sentido o entretenimiento fuera de la tradición familiar es casi una afrenta, no quiero ni pensar en cómo sería la cosa en siglos pasados, durante el transcurso de épocas todavía más ignorantes y oscuras. Se me ocurre una idea en principio peregrina: ¿podría ser que, en realidad, los Miralles descendiéramos de una familia de judíos que sobrevivieron a la expulsión del siglo yo qué sé? Eso explicaría la cerrazón de mi familia. A fin de cuentas, si en algo son expertos los hebreos es en enclaustrarse en sí mismos, protegerse y aislarse de la influencia del mundo exterior. Pero, si ese fuera el caso, y teniendo en cuenta precisamente ese mismo empeño por vivir encerrados en una burbuja, ¿no habrían sobrevivido también otros ritos hebraicos entre las costumbres de Villa Milagro? ¿La fiesta de Janucá, por ejemplo, o la circuncisión al recién nacido o algún plato de comida kosher o una o dos lámparas de aceite de nueve brazos? Por lo menos deberían haberse mantenido intactas algunas palabras en sefardí, igual que perlas secretas escondidas dentro del caparazón de una ostra.

Pero no es así. El único miembros de los Miralles que conoce algunas palabras en hebreo soy yo. No muchas, solo las

indispensables. Las que un viajero con alergia a las letras y más cara dura que memoria necesita aprender para salir del paso y sobrevivir al día a día. Sé, por ejemplo, que tuda significa gracias, que lehitraot es hasta luego, que shalom quiere decir hola y también paz. Hay una palabra hebrea que se me quedó grabada en la cabeza: schmuck. Viene a ser el tonto que se busca su propia desgracia. Esa es la palabra que más veces escuché durante mi estancia en Israel —todos los días, alguien me llamaba schmuck una o dos veces—, y es también la palabra que mejor me definía y me define.

Es curioso que me haya dado por pensar en esto precisamente ahora: hace tiempo pasé varios meses en Jerusalén. Fui allí siguiendo a una muchacha israelí a la que conocí en un tugurio cualquiera en una de esas islitas de agua turquesa y cielo de fantasía que hay en Malasia —seguramente en las Perhentian, aunque ahora mismo no estoy seguro—. Ella acababa de terminar el servicio militar y, como muchos de sus compatriotas, lo estaba celebrando a base de emborracharse y drogarse en un país tercermundista. Durante dos meses recorrimos juntos varias islas de Malasia e Indonesia, y probamos sin éxito a llegar a una de las zonas más recónditas de Papúa Nueva Guinea. Mi novia israelí era alta, sensual, neurótica. Su padre era psicólogo; su madre, psiquiatra. Ella los detestaba por igual. Odiaba también todo lo que tenía que ver con Occidente o con la idea que ella tenía de Occidente. Las ropas bonitas, los restaurantes bien iluminados, el servicio de paquetería, el agua caliente. Sin embargo, y a pesar de detestar a sus padres y a Occidente, todos los meses en su cuenta corriente se ingresaban puntualmente varios miles de séquel cortesía de sus deplorables papás. Ella se los gastaba como si le quemaran. Aquella fue una buena época. Mi novia israelí estaba razonablemente buena y pagaba las facturas. ¿Qué más daba que estuviera un poco loca? Por las mañanas teníamos unas broncas antológicas y por las noches hacíamos el amor como si quisiéramos arrancarnos la piel. Un buen día, los siempre denostados padres de mi novia decidieron que ya estaba bien de tanta farra por la cara y la obligaron a regresar a su país. Ella se ofreció a pagarme un billete, no tanto porque me amara con locura, que no lo hacía, sino más bien, creo, por tocarles las narices a sus progenitores. Por supuesto, yo accedí encantado —no tenía nada mejor que hacer—

y, en un visto y no visto, nos mudamos a un pisito coqueto y funcional que su familia poseía en el barrio de Yemin Moshe, con vistas a los muros de la ciudad vieja de Jerusalén.

La ciudad me sorprendió profundamente. No. Perdón. ¿He dicho sorprendió? Quería decir que me afectó. Había algo extraño, algo invisible pero palpable, que flotaba en el aire de sus callejuelas. De algún modo, solo con estar allí, uno podía sentir que ese lugar y ningún otro había sido el destinado a ver nacer a las tres grandes religiones monoteístas del mundo. Como no tenía absolutamente nada que hacer —me tomaba muy en serio mi papel de schmuck— y como muy pronto la relación con mi novia israelí pasó a ser insostenible, opté por dedicar la mayoría de mis tardes a deambular por las callejuelas de la ciudad, sin ningún objetivo en concreto, tan solo buscar alguna terraza donde beber una limonada con menta o, por lo menos, un banco a la sombra de un olivo en el que echarme una siesta. Tomé la costumbre de acercarme a los lugares de culto. Buscaba un rincón discreto desde el que contemplar la interminable corriente de lágrimas y genuflexiones y dejaba pasar las horas observando a los fieles, estudiándolos quizá. Los miraba y en sus ojos veía los de mis parientes. Anda, ve y dile a un judío que el Muro de las Lamentaciones no fue levantado por Herodes el Grande. Dile a un musulmán que el profeta Mahoma no ascendió al Paraíso en el preciso lugar donde hoy se levanta la Mezquita de la Roca. Dile a un cristiano que la sepultura de la Iglesia del Santo Sepulcro no es la misma en la que fue enterrado para después resucitar el Salvador. Y ahora ve y dile a cualquiera de mis parientes que el manzano de nuestro patio no es el Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal, el mismo que Yahvé tuvo a bien enraizar en el tercer día de la creación en una esquina del jardín del Edén.

Pero el libro. El libro escrito en hebreo. Una vez más vuelve a mis pensamientos el libro escrito en hebreo que acumula polvo en el Cuarto de las Cosas. ¿Qué diantres pinta un libro como ese en una casa como esta? Y, de pronto, caigo. Me sobreviene un pensamiento tan evidente y a la vez tan devastador que me sorprende no haberlo tenido nunca antes.

Pienso: ¿y si ese libro no fuera otra cosa más que atrezo?

Un elemento decorativo seleccionado cuidadosamente para

transmitir la idea de que, efectivamente, a las pruebas me remito, fíjense bien, algo especial y mágico y antiguo y divino, algo innegable palpita entre las paredes de Villa Milagro.

¿Podría ser ese libro, me pregunto, y ya puestos todos los tomos encuadernados y los manuscritos del Cuarto de las Cosas, los retratos en blanco y negro del salón, el cuadro de la época de Goya, el frasco con el Estornudo del Espíritu Santo, el bargueño con tantos cajones como días tiene febrero, el ritual de la Cosecha, la comida echada a perder cada 17 de abril, los anillos-reliquia de la abuela Galilea, las litografías con los animales que poblaron el Paraíso, todas esas maravillas de anticuario, podrían ser, digo, nada más que pruebas falsas repartidas aquí y allá, pequeños y certeros embustes elaborados con el objetivo único de dar a los Miralles razones para creer en lo increíble, puro atrezo y nada más?

Pues claro que podría ser, pienso.

Pues claro que sí, joder.

27. Última voluntad

El tiempo es un torbellino que el aire forma con el polvo acumulado de todas las carreteras que he pateado o que he recorrido en autobús o en motocicleta o sujetándome de malas maneras en la parte trasera de una furgoneta. A saber cuántos minutos llevo aquí, de pie, con la vista un poco perdida sobre el ataúd de mi padre. Yo miro su rostro y, al mismo tiempo, no lo miro en absoluto. En realidad mi vista no enfoca nada. A mi cabeza también le cuesta centrarse en un pensamiento en concreto.

Sobre la mesa en la que reposa el ataúd, el ventanal del salón filtra la luz de la tarde y la devuelve dividida en pequeños hexágonos de colores. Ese ataúd, pienso, fue ensamblado esta misma mañana a todo correr en la Casa de Labores —todavía huele a madera recién cortada— y, como manda la tradición, está sin pulir, sin pintar y sin barnizar. Se notan las prisas y la inexperiencia del carpintero: es demasiado pequeño para contener el cuerpo de mi padre. Sus pies, desnudos y grotescos, sobresalen de un modo ridículo. También sus manos, que alguien ha cruzado sobre el pecho en un gesto demasiado forzado, con intención de que sujeten el cuenco de porcelana con el cabello y las uñas recién cortadas. Resulta evidente que, cuando llegue el momento, la tapa no podrá cerrarse como es debido. Pero no pasa nada, no hay de qué preocuparse, porque, total, este ataúd de olorosa madera virgen no es más que puro paripé, una tradición que los Miralles seguimos solamente porque seguir tradiciones es lo único que sabemos hacer. Ahí está, una vez más: atrezo.

Atrezo y cuentos de viejas. Dice la leyenda que, en los viejos tiempos, cuando un Guardián pasaba a mejor vida, se lo encerraba en un ataúd de madera igual que ese en el que mi padre apenas cabe —sin pulir, sin pintar y sin barnizar, construido por sus parientes la misma mañana de su muerte— y que, luego, dicho ataúd era arrojado al mar para que Dios nuestro Señor se lo llevara con él, ola a ola, hasta acogerlo finalmente en su seno. Hoy en día, sin embargo, a la gente no se le permite inhumar a sus muertos como les dé la gana, hay que hacerlo tal y como dictan las leyes del

Estado. Por eso el ataúd con el que mañana enterraremos a mi padre será uno de verdad, de funeraria quiero decir, comprado a una empresa que se dedica en exclusiva a dicho negocio y que cumplirá, por tanto, ciertos mínimos de calidad y estándares de salubridad debidamente tipificados en tal y cual estatuto u ordenanza. En lugar de dejar que sea el mar quien se lleve a mi padre y le dé sepultura, serán unos operarios aburridos quienes lo introducirán en un agujero más bien tosco del pasillo
7-B
ubicado en el camposanto de Berinossent. Y yo me pregunto: ¿acaso puede hallarse algún resquicio de gloria divina entre los epígrafes de la Constitución Española? Sin duda, el mayor enemigo de la tradición es el progreso.

Alguien apoya una mano en mi hombro. Es el tío Jacobo. Está llorando. Me habla y yo observo cómo se mueven sus labios, pero no capto ningún sonido reconocible. Yo también hablo. O al menos eso creo. Es decir, estoy bastante seguro de que sí, de que efectivamente he abierto la boca y he pronunciado media docena de palabras, tal vez incluso alguna más, y me da la impresión, además, de que han sido las correctas, las palabras que mi tío necesitaba escuchar, menuda puntería, qué potra. El tío Jacobo me dice:

—Gracias, sobrino.

Y luego se aleja, perdiéndose en el océano de Miralles que desborda el salón.

Vuelvo a mirar y a no mirar a mi padre.

Al mismo tiempo también estoy y no estoy aquí.

En algún momento, tengo este pensamiento: yo soy quien soy gracias a mi padre. O por culpa suya. O en oposición a él. Pero, en todo caso, es su mano la que me ha moldeado. Esa mano grande y prehistórica que lo mismo servía para repartir collejas y amartillar escopetas que para recoger calabazas o construir albercas. Pocas, muy pocas veces, esas dos manos se usaron para acariciar. Ahora mismo recuerdo una vez, yo debía de tener dieciséis años, tal vez diecisiete recién cumplidos, apenas había comenzado a actuar formalmente como Guardián y andaba puteado y abatido y cabreado por mi prematuro reclutamiento. Entonces, un amanecer, después de una noche especialmente jodida de guardia, mi padre vino a darme el relevo. Mientras yo le pasaba la Remington 870, él

extendió su mano, la detuvo en el aire como si dudara sobre lo que estaba a punto de hacer y, por fin, me atusó el pelo. Solo eso. Me atusó el pelo como si yo todavía fuera un chaval —en cierto modo todavía lo era— y me miró a los ojos. Yo también miré los suyos. Y allí, en los ojos grises de mi padre, pude ver mi propio reflejo, algo deformado por el contorno del iris, como si me contemplase en la superficie de una cuchara excepcionalmente limpia. Me sorprende la claridad con la que recuerdo ese instante. Mi rostro abombado en los ojos de mi padre. Pienso: ¿cuántas veces, a lo largo de mi existencia, se habrá reflejado mi rostro en los ojos de mi padre? ¿Cuántas veces el suyo en los míos? Mi padre forma parte de mí. Aunque no quiera. Aunque me joda. Aunque me duela.

Me invade una sensación como de mareo, aunque no es exactamente mareo, no, qué va, es más bien como si a mi cabeza le hubiese dado por flotar por encima de mis hombros, desconectada del resto del cuerpo, y ahora estuviese a punto de atravesar el techo y abandonar la alquería primero y la estratosfera después. Por suerte, Ruth aparece para servirme de ancla. Me sujeta del codo y evita que me caiga.

—Solo ha sido un vahído —digo.

—Estás temblando.

Me alcanza un vaso de mistela y yo me lo bebo de un trago. La mistela sabe a golosina, pero quema como si fuera gasolina. Golosina. Gasolina. Golosina. Gasolina.

—Ve con cuidado —me advierte—. Hoy tienes que estar sereno.

Ruth me acompaña hasta el sofá forrado de raso rojo. Me sirve otro vaso de mistela y luego se va, llevándose la botella con ella.

Me limito entonces a dejar que el tiempo avance a su ritmo.

Lento cuando quiere ir lento.

Rápido cuando quiere ir rápido.

Cada cuarto de hora, el Reloj de la Cosecha hace sonar su carrillón y es como una cuenta atrás del fin del mundo.

Mientras espero a que llegue la medianoche y la abuela Galilea confirme que, efectivamente, lo siento, Ruth, yo nunca seré Padre Guardián, lo único que puedo hacer es beber mistela y picotear dulces de mazapán, también un mordisquito de empanada gallega. Mi hermana me permite beber cuatro vasos más. Me los suministra ella misma, espaciando el tiempo entre uno y otro, quién sabe si

incluso lo cronometra. Estoy tentado de levantarme e ir yo mismo a buscar una botella, pero es que se está tan a gusto en este sofá que para qué. No estoy borracho. En modo alguno estoy borracho, no he bebido ni de coña lo suficiente como para estar borracho, pero aun así me siento desconectado de mí mismo. Cae sobre mí el peso de los últimos días. Y me aplasta, claro.

En el salón, mis primos y tíos forman corrillos y charlan entre ellos. Cada tanto, llega una nueva bandeja con cocas de tomate y de cebolla o unas escudillas con espárragos cojonudos o un plato con un surtido de embutidos. La comida se distribuye como buenamente se puede, cualquier hueco del salón es bueno con tal de organizar este *catering* improvisado. Al principio, los dolientes respetan al difunto, beben con moderación y hablan bajito: moscas y moscardones. Pero a todo se acostumbra el hombre, incluso a la muerte, y, poco a poco, el alcohol va desatando las lenguas y el tono de voz sube varias octavas y comienzan a brotar aquí y allá las primeras carcajadas.

La mayor parte del tiempo mis familiares me ignoran por completo. Solo muy de vez en cuando, alguno me dirige una mirada de soslayo o incluso me apunta con el dedo, y entonces distingo una mueca de desprecio o algún bizqueo de curiosidad.

—Es un pecado tenerlo aquí —comenta alguien.

—Por la caridad entra la peste —rezonga otro.

—Habría que cortarle las pelotas y echárselas a los perros.

Junto a mí, en el sofá, están la tía Betania y la prima Teodora. Esta última está enorme, desbordada; primero pienso que tal vez sufre de alguna enfermedad de tiroides o algo así, pero entonces caigo en la cuenta de que está preñada. El detalle que me ayuda a adivinarlo es la remilgada satisfacción con la que acaricia su tripa descomunal: las gordas no suelen sobarse la tripa con orgullo; las embarazadas, sí. La tía Betania y la prima Teodora cuchichean en voz baja mientras me dan cuidadosamente la espalda. El tema parece escogido adrede para sulfurarme: hablan sobre la futura boda de Gabriel y Samara. Casi todo está listo para el convite, aseguran, aunque, claro, ¡todavía quedan algunos detalles por ultimar! ¿Servirán rape con salsa de almendras, que es una delicia, o mejor un buen solomillo, que es ir sobre seguro? La prima Teodora, como buena embarazada, es partidaria del sorbete de

limón, le parece esencial para ayudar con la digestión entre el primer y el segundo plato. El pasado lunes, comenta la tía Betania, Samara se probó el traje de novia de la bisabuela Betsabé, el mismo que llevó también en su boda la pobrecita Fátima, en paz descanse. ¿Cómo que no sabes qué vestido te digo? El del escote bordado con apliques florales y la falda larga-larga-larga de gasa de seda y el cinturón redondito con hebilla de plata… ¿De verdad no caes, mujer? ¡Sí, ese mismo! Pues resulta que a Samara le va que ni pintado. El reloj del salón hace tolón, tolón, anunciando que ha pasado otro cuarto de hora. Y luego otro más. Y otro más. Y otro. La prima Teodora y la tía Betania no se callan y yo me quiero matar.

¡Atención! Alguien acaba de dejar un porrón de moscatel a mi alcance, justo sobre la mesita de centro. Lo recojo como disimulando y, sin darle importancia, echo la cabeza atrás y lo alzo. El moscatel dibuja un arco perfecto hasta mi boca. Siento cómo mi nuez de Adán sube y baja, y, enseguida, el moscatel se desliza por mi cuerpo igual que un riachuelo subterráneo atraviesa una oscura y hueca montaña. Mi hermana aparece y me arrebata el porrón.

—Usa un poquito la cabeza, ¿quieres?

Estoy tentado de decirle que qué más dará, contarle lo que antes, en el Cuarto de las Cosas, no he querido revelarle: que la abuela Galilea nos ha calado, y que jamás de los jamases me nombrará Padre Guardián. Pero, al final, una vez más, opto por callarme. Debo reconocerlo: una parte de mí disfruta teniendo a mi hermana en ascuas, por una vez en la vida sé algo que ella ignora.

Por lo visto, Zacarías ha ido a darle el relevo a Gabi. Eso se rumorea entre mis familiares. A todo el mundo le parece un gesto hermoso: de este modo, también el hijo menor podrá asistir al velatorio de su padre. Se hace de rogar, pero, por fin, mi hermano pequeño entra en el salón arrastrando los pies, poniendo cuidado en esquivar las miradas de los presentes. Se instala frente al ataúd con las manos recogidas bajo los sobacos. Samara se acerca a hablarle y, a la primera palabra, Gabi se derrumba y se cuelga de su cuello. Llora unas lágrimas gordas y azules. Por el sonido que hace al atravesársele el llanto, también deben de ser dolorosas. Lo miro y solo siento cariño por él. Qué más da que el día de santo Tomás de Aquino mi hermano vaya a desposar a mi antigua prometida. ¿Cómo tenerle ojeriza a alguien que llora de un modo tan honesto?

Ahora mismo, mi primer y único amor acaricia el cogote de mi hermano tonto y yo no siento ni un ápice de celos, ni un grano de arena de rencor. También es cierto, en honor a la verdad, que Samara no consuela a Gabi como lo haría una amante, sino, más bien, como lo haría una madre o quizás una hermana mayor. Supongo que a ella le pasa lo mismo que a mí: es imposible tenerle ojeriza a Gabi, incluso aunque te obliguen a casarte con él. Samara acompaña a su futuro esposo hasta una poltrona de clara inspiración medieval, con el asiento de cuero y los reposabrazos labrados en madera negra, y le ayuda a tomar asiento. El resto de la familia forma cola para darle el pésame. Estrechan su mano y repiten:

—Ánimo.

Y también:

—Ahora está en un lugar mejor.

Y sobre todo:

—Fue un buen Guardián.

En cierto momento, Gabi levanta la cabeza y me mira directamente. Yo muevo una mano para saludarlo. Él mueve la suya y creo me va a sonreír, pero enseguida queda sepultado bajo el sunami de plañideras y dolientes. Pienso que debería acercarme a hablar con él. Luego pienso que, ya si eso, mejor luego.

Vaya, qué raro. Por el espacio de un segundo me ha parecido ver a la mujer rubia observándome tras la ventana del salón, aferrada a los barrotes de la reja. Pero no. Ha sido solo un reflejo, un brillo en el cristal. ¿Qué iba a pintar ella aquí, escondida entre los arbustos de la finca, espiando nuestro velatorio? Menuda tontería.

Me pregunto cuántos años tendrá. Si vuelvo a verla tengo que preguntárselo. También le pediré que me deje verle el ombligo otra vez, para asegurarme de que verdaderamente lo tiene. Pienso: los ángeles no tienen ombligo, igual que no tienen sexo; ellos fueron creados directamente de la oscura nada por el Buen Señor y, por tanto, no pasaron por el trámite del parto, el cordón umbilical, la placenta, los llantos de bienvenida al mundo. Pienso: Eva, la primera mujer, fue creada a partir de la costilla de Adán y tampoco tenía ombligo. Pienso: en alguna ocasión, la abuela Galilea nos habló de Lilith, una mujer-demonio a la que Dios creó antes de dar vida a Eva, usando la misma arcilla con la que hizo a Adán; ella

tampoco tenía ombligo. ¿Y Dios? Dios desde luego que no tiene ombligo.

Un bebé gatea hasta mis pies y me tira de la pernera del pantalón. Yo lo miro. A saber de quién es o cómo se llama este sobrino mío. Está tan rollizo que sus ojos casi quedan sepultados por los mofletes. Cada uno de sus movimientos va acompañado por el tintineo del cinturón de infante, inevitable en mi familia, durante generaciones, cada crío ha ido acompañado de su ración de patas de hurón y de amatistas y de caracoles marinos y de medallitas de azabache. Mi mano se mueve sola y acaricia la naricita del bebé. Al momento, una mujer levanta al niño y lo aleja de mí con un taconazo de desprecio.

En cierto momento, la vista se me va a la legión de cuadros que se amontonan en las paredes del salón. Los hay apenas mayores que un sello; otros, en cambio, son grandes como carpetas de instituto. Distingo a mi abuelo Jeremías en una foto en blanco y negro, todavía no lleva su inconfundible campana colgada al cuello y lo acompaña una mujer grande, de ojos fieros, a la que no conocí pero que sé que es la abuela Dalila, la responsable de su voto de silencio. También reconozco al bisabuelo Abraham, el defensor de Villa Milagro durante la Guerra Civil, el epítome de lo que un Guardián debe ser. Resulta inevitable reparar en los rasgos esenciales que se van repitiendo de generación en generación. La piel morena. Los ojos algo separados. La nariz grande y aguileña —la verdad es que ahora que lo pienso nuestra nariz sí que podría ser sefardí—. En las fotos más antiguas, algunos hombres sujetan un trabuco o una espingarda marroquí, otros se cruzan de brazos sobre su zamarra de lana, no hay más que verlos, despiadados y feroces, devotos perros guardianes, Miralles de pura raza. Por tamaño y por belleza destaca el cuadro que, se supone, data del siglo xvii. La pieza de atrezo más elaborada de todo Villa Milagro. Realmente convincente, sí, señor. Por último, quedan los tres retratos arrinconados en la parte baja de la chimenea, colgados boca abajo, humillados para toda la eternidad. Mi bisabuelo Miguel. Mi primo Lázaro. Yo.

Sin querer me pregunto: ¿existe en verdad alguna posibilidad de que mi rostro deje de colgar aparte y se sume al de mis antepasados? ¿Podría, de alguna forma, volver a encajar mi retrato en el conjunto que conforma la historia de los Miralles? ¿Me

gustaría que eso sucediera? ¿En qué momento he llegado siquiera a planteármelo? ¿Es que acaso he olvidado las razones por las que me fui? ¿Me estoy volviendo gilipollas o qué?

Antes de que llegue a responderme, algo se cruza, interponiéndose entre los cuadros y mi mirada. Una camisa azul oscuro. Una chaqueta gris con coderas. Un pecho enérgico que lo ocupa todo. Levanto la vista y descubro al primo Ezequiel.

—Vaya, vaya, vaya —dice.

Zarandea un vaso ante mis ojos. Creo que va un poco pedo. O, al menos, achispado. Menudo peligro tiene la mistela, qué bien entra la jodida. Ezequiel inclina el rostro hasta aproximarlo mucho al mío. Las conversaciones a media voz que llenaban la casa se van disolviendo y, aunque desde el sofá doy la espalda a la mayoría del salón, no necesito volverme para comprobar que mi primo y yo hemos pasado a ser el centro de las miradas.

—¿Qué quieres, primo?, —pregunto.

—Abrirte el alma en canal.

—Pues mira qué bien —digo, quitándole hierro al asunto.

Pero Ezequiel no piensa dejarlo ahí. Sigue con el rostro pegado al mío, tan cerca que puedo sentir el calor de su respiración invadiendo mis fosas nasales. Me fijo en que sus pupilas son mucho más grandes de lo normal. ¿Es posible que el bestia de mi primo vaya puesto de pastillas durante el funeral de mi padre? ¿O es que en sus genes trae ya de serie la mirada demente que concede el éxtasis o el speed? Ezequiel dice:

—Me das asco, Moisés. Un asco que te cagas.

Escucho la voz de Ruth intercediendo desde atrás.

—Ezequiel, hoy no.

—Hoy no, hoy no —repite él, y se endereza, embravecido—. ¿Se puede saber qué os pasa a los de Villa Milagro? Os protegéis unos a otros caiga quien caiga. No asumís una puta responsabilidad sobre nada, joder.

En el salón se levanta un murmullo de asentimiento. Oigo a mi madre defenderme con unos gruñidos ininteligibles. Ruth intenta poner algo de orden.

—Primo, voy a ser clara. No es a ti a quien corresponde decidir qué hacer con Moisés. Parece mentira que después de tantos años no sepas cuál es tu lugar.

Ezequiel muestra los dientes. Vuelve a agitar el vaso y esta vez se salpica la camisa con mistela.

—Yo es que alucino. A ver, cuando el primo Lázaro nos deshonró, ¿qué hicimos en la Casa de Labores? Eh, ¿qué hicimos?

La voz de Ezequiel se quiebra como si estuviera a punto de romperse en un llanto. Pero eso es imposible, ¿verdad? Porque Ezequiel no tiene un corazón con el que llorar.

—Por mucho que nos doliera, y nos dolió, joder, claro que nos dolió, nosotros cumplimos. ¿Y ahora con el pobrecito Moisés hay que hacer la vista gorda? ¿Por qué unos sí y otros no? Las reglas son las mismas para todos. A ver si os enteráis de una vez. Las reglas son las mismas para todos.

El primo Isaac y el tío Bartolomé se aproximan a Ezequiel y prueban a tranquilizarlo con un gesto mudo de los brazos. Pero este se revuelve, las venas del cuello se le hinchan mientras grita:

—¡Lo único que pido son cinco minutos a solas con Moisés! ¡Cinco minutos y nada más!

Y entonces, para mi sorpresa, me oigo decir:

—Venga, pues.

—¿Cómo?, —dice el primo Ezequiel.

—¿Cómo?, —dicen el primo Isaac, el tío Bartolomé, mi hermana, todo el salón.

¿Cómo?, pienso yo. Y luego: seré imbécil. ¿Se puede saber qué acaba de pasar? ¿En serio acabo de responder a la afrenta de Ezequiel con una bravuconada? ¿Estoy majara o qué? Siento como si fuera otro el que hablase por mi boca. Con una calma que desconocía, añado:

—Enhorabuena, primo, lo has conseguido. Ya me he cansado de aguantarte. De aguantaros a todos. ¿Quién coño creéis que sois para mirarme así, para señalarme así, para juzgarme todo el tiempo? Hasta los huevos me tenéis. Venga, vamos al porche, solos tú y yo, Ezequiel. Solucionemos esto de una puñetera vez.

Al principio, no acierta a reaccionar. Por el modo como abre la boca y se tambalea resulta evidente que, en realidad, nunca pensó que sus patochadas fueran a surtir efecto. También resulta evidente que, efectivamente, lleva encima dos o tres copas de más. Pero una vez pasa esa estupefacción inicial, una sonrisa anhelante le deforma el rostro.

—Ya era hora, cojones. —Y se relame.

Todo en mi primo transpira masculinidad. Desde el hoyuelo de la barbilla hasta la frente amplia, pasando por el cuerpo chaparro y como hecho de hormigón. Y, sin embargo, y sin tener en cuenta el maltrecho estado físico en el que me encuentro, yo le acabo de plantar cara. ¿Por qué tengo que ser así?, me pregunto. Lo único que tenía que hacer era quedarme quietecito y esperar a la medianoche, confirmar que nada me ata ya a Villa Milagro y desaparecer. Despedir a mi padre con un mínimo de dignidad; por una vez, al menos, no liarla. Pero no. Eso era demasiado fácil. Heme aquí otra vez: pateando el avispero. Porque lo que a mí de verdad me gusta es mandarlo todo a tomar por culo del modo más aparatoso y ensordecedor y doloroso posible.

La cabeza de mi hermana se materializa por encima del sofá. Con ambas manos me sujeta los hombros con intención de retenerme.

—Ni de coña. Hoy no va a haber peleas, ¿me habéis oído?

—Suéltame, Ruth —digo.

—¡Eso, suéltalo, Ruth!, —tercia el tío Malaquías, el padre de Ezequiel, que se abre paso desde la otra punta del salón hasta interponerse entre mi hermana y yo—. Moisés ya es mayorcito para decidir por sí mismo. Si quiere gresca, pues gresca tendrá.

—¡No me toques!, —grita Ruth.

Mi hermana forcejea con el tío Malaquías, que la aleja del sofá de malas maneras. Con sus dos manos de campesino jubilado —manos grandes de Miralles— la sujeta por las muñecas y la arrincona contra el altar de la Virgen del Carmen; la estatua se tambalea y a puntito está de caerse. Cerca están el tío David y el tío Aarón, que viven inmersos en su mundo Down y que no entienden a qué viene esa violencia tan repentina. Los pobres se asustan y comienzan a gritar.

—¡¡¡Aaaaaah!!!, —hacen al unísono.

—Eh, eh, eh, tranquila —dice el tío Malaquías.

—¡Que no me toques he dicho, mala bestia!

Desde algún punto indefinido del salón estalla un grito:

—¡¡¡Por favor!!!

Es mi madre. Ha sido un chillido estridente, poderoso, de esos que se quedan pegados al techo y retumban como si tuvieran un

peso y una consistencia tangibles. Y, mientras el alarido de mi madre vibra sobre nuestras cabezas, agazapado contra la superficie curva de la bóveda catalana, hay un segundo, dos, tres segundos de paz. Tres segundos completos en los que el universo parece contener el aliento. Y en esos instantes casi puedo percibir físicamente la presencia de mi padre en el ataúd de madera, bañado por la luz del ventanal. Rapado y afeitado. Vestido con un traje nuevo de trinca. Con trapos metidos en el culo y un pañuelo sujetándole la mandíbula. Siento físicamente su peso concreto en esa esquina concreta del salón, igual que percibo el peso concreto del grito de mi madre flotando en el techo, y es como si un roce de escarcha me lamiera la espalda, y sé, sin lugar a dudas, que el resto de mis parientes siente lo mismo. Todos somos conscientes del aquí y del ahora. El instante exacto en el que la razón se resquebraja. Uno, dos, tres segundos de paz y el caos estalla.

En cuanto el grito de mi madre deja de retumbar, disolviéndose como las burbujas de un refresco, las gargantas de mis parientes se encienden, los sentimientos se encrespan, los abucheos y los silbidos se desbordan, hay un revuelo de pasos, un frotar de ropas enzarzadas, hay palmas, hay niños que berrean y hay un vaso que cae al suelo y se rompe en una explosión de diamantes.

—¡Justicia!, —claman los Miralles de la Casa de Labores.

Algunos primos y tíos me ayudan, me empujan más bien, para que me levante del sofá. Estoy tan nervioso o tan acojonado que me olvido de la muleta. Pero apenas cojeo, o eso creo, y en realidad agradezco el calambrazo que me repta desde el tobillo hasta el muslo, el dolor me despierta y me devuelve a la realidad después de este largo flotar que ha sido el velatorio. Ezequiel se desprende de la chaqueta y la arroja al suelo.

—¡Vamos, Moisés!, —dice, y hay que ver cómo lo está disfrutando—. ¡Demuestra que todavía queda una mijita de Miralles en ti!

Al fondo, sepultada por la escandalera, distingo a Ruth, todavía arrumbada junto al altar de la Virgen del Carmen. En sus ojos, una mezcla de rabia y decepción.

—¡Al porche, al porche!, —gritan los Miralles.

Gabi pelea por interceptarme, pero un grupo de primos se lo impide. Me pregunto: ¿dónde está el tío Jacobo? No lo veo por

ninguna parte. Mi madre intenta hacer oír su voz, se inclina sobre la silla de ruedas de la abuela Galilea, ruega para que alguien interceda a mi favor; en este momento mi madre empuja primero y abofetea después a la prima Esther, que la abraza por la cintura para retenerla. Oigo la voz de mi madre alzarse por encima de la algarabía hambrienta de sangre. Como si todavía estuviera en mi mano evitar lo inevitable, me grita:

—¡Moisés, ni se te ocurra!

Justo antes de abandonar el salón, me tropiezo con los ojos curvados de Samara. Mi prima me observa con más curiosidad que otra cosa, con una tacita de vino dulce suspendida frente a su labios. Una vez más, no soy capaz de reconocer qué sentimientos conviven en esa mirada. ¿Puede ser sorpresa? ¿Lástima? ¿Complicidad? ¿Orgullo? La muchedumbre me empuja y Samara desaparece.

Ezequiel marca el camino. Cada poco se vuelve para retarme frotándose los dedos, igual que si llamara a una gallina.

—Pitas, pitas, pitas.

El pasillo es un amasijo hecho de trajes de luto, ojos desbocados y bulla. Yo avanzo sin ser consciente de que avanzo, más bien me hacen avanzar, a ratos creo que mis pies ni siquiera llegan a tocar el suelo. Dos o tres veces alguien me palmea la espalda. Algunos me animan a seguir, otros se ríen de mí, la mayoría me predicen un destino funesto. ¿Puede ser que la tía Verónica esté llorando? El tío Aarón y el tío David me siguen de cerca, se santiguan una y otra vez, sus caras de mongólicos no se deciden entre la risa y el llanto.

Pasamos por enfrente de la cancela del patio. Sigue cerrada a cal y canto. Eso es una declaración de intenciones. Por fuerza, todo este jaleo ha tenido que llegar hasta la mecedora del Guardián, seguro que Zacarías ha podido hacerse una idea de lo que está sucediendo. De modo que, si la cancela sigue cerrada, es porque mi hermano ha decidido expresamente no inmiscuirse. Zacarías piensa permanecer fiel a su promesa de no interferir contra los Miralles de la Casa de Labores, aunque eso suponga que a mí me partan la columna vertebral en mil añicos. ¿Es esto que siento subiendo por mi garganta un arrebol de decepción al comprobar que a mi hermano no le importa mi supervivencia? ¿O es miedo al comprobar que no habrá salvación en el último momento?

Con cada nuevo paso que doy mi cojera se vuelve más evidente. Me duele el tobillo y también las costillas. Soy un despojo humano y no tengo ninguna posibilidad de ganar esta pelea. A menos que… A menos que…

No lo pienso.

O al menos no pienso que lo pienso.

La mano se me va sola y, cuando pasamos junto al recibidor, ya con Ezequiel saliendo al porche, al atardecer que cae sobre la finca, yo estiro el brazo y descuelgo la cruz hecha con piedra volcánica de El Hierro que hay junto al perchero. La misma cruz enorme con la que el abuelo Jeremías se armó el día que el primo Lázaro robó una manzana.

—¡Ezequiel, cuidado!, —barbotea alguien.

Mi primo se vuelve justo en el umbral y me descubre con la cruz en alto. Prueba a levantar una mano para protegerse, pero ya es demasiado tarde. El primer golpe cae sobre su muñeca, y él grita de dolor y de cólera. Se oye un chasquido y yo pienso que merecido se lo tiene. Con el segundo embate soy más certero. Le arreo en la frente y Ezequiel trastabilla, cruza definitivamente la puerta de entrada, la cortina de canutillos de plástico cascabelea a su paso, yo lo sigo de cerca, él cae de rodillas en el porche. Al fondo el sol es una pelota al rojo vivo que muerde las montañas y que muerde también mis ojos al mirarlo directamente.

Oigo —o veo o siento o adivino— a alguno de mis parientes tratando de sorprenderme por la espalda. Me giro bufando y agito la cruz como un majadero.

—¡Al que se acerque lo descalabro!

Mis primos y tíos retroceden. Yo aprovecho para plantarme frente a Ezequiel. Bajo ningún concepto pretendo darle tiempo a reaccionar, me digo. No quiero una pelea justa. No busco gloria ni honor. Solo deseo tormento y huesos rotos. Ezequiel se pone afanosamente en pie. Descargo otro golpe y esta vez le acierto en el hombro.

—Cabrón… —farfulla desde el suelo, y de nuevo prueba a levantarse.

Estallo en un alarido y levanto la cruz con ambas manos. Ezequiel se derrumba y ya no prueba a levantarse. Sigo golpeando. Una y otra vez. Ezequiel se pliega sobre sí mismo adoptando una

posición fetal, se cubre la cabeza con los brazos, gimotea. Es la misma postura de defensa que yo tomé cuando Zacarías me echó a los perros. La misma que adopté cuando Samara me pateó en la Cala del Señorito. Pienso: todos los sucesos de nuestra vida dan forma a una canción. Pienso: cada una de nuestras experiencias pasadas rima con cada una de nuestras experiencias futuras. Golpes de cruz de piedra volcánica sobre omóplato, costillas, muslos, testículos. Le busco el rostro. Quiero destrozar la cara de Ezequiel, abrirle un hoyuelo nuevo, arrancarle esos ojos que nunca pestañean. En su lugar, una y otra vez, me tropiezo con sus manos. Los dedos retorcidos. Un salpicón de sangre brillando en el extremo de la cruz. El latido de mi corazón desbocado volviéndome loco.

El tío Malaquías me pilla por sorpresa. Me agarra de la chaqueta y trata de apartarme de su hijo. Siento cómo el sobre con los quince mil euros golpea mi pecho y, por un segundo, temo que el imperdible vaya a soltarse y el dinero acabe sobrevolándonos a todos.

—¡Joputa!, —me grita, y capto un brillo en su mano: una navaja, ¿de dónde ha sacado una navaja?, no sé de qué me sorprendo, si la mitad de mis parientes suele llevar una siempre a mano.

Me revuelvo haciendo un molinete con la cruz y le acierto en la boca. El impacto es tal que uno de los extremos se rompe. La navaja sale volando y Malaquías cae al suelo escupiendo sangre. De pronto parece tener la edad que tiene. Un viejo. No es nada más que un viejo. Mis otros familiares no se atreven a acercarse. Se limitan a formar un círculo pasmado a mi alrededor. Ahí está la prima Odelia, la mujer de Ezequiel, con un rictus de horror en los labios. Y ahí detrás, un poco escondida, su hija adolescente, que se tapa los ojos y llora. ¿A qué viene esa cara de susto, queridos parientes míos? Tío Baltasar, tía Betania, primo Isaac, ¿a qué vienen esos lloros, esa congoja, esas súplicas? ¿No es esto lo que todos clamabais por ver? ¿No se supone que es así como actúan los Miralles?

—¡Moisés!

Alguien me llama, pero la sangre que bombea en mis orejas no me permite distinguir quién es.

—¡Moisés!

Levanto la cabeza y descubro al tío Jacobo. Se ha abierto paso a través del círculo de mirones y me tiende una mano.

—Ya basta, Moisés.

Tomo aire y me concedo un segundo para enfocar la vista. A mis pies, el primo Ezequiel es un rebujo tembloroso. Los pulmones me queman y una presión en las sienes me empuja los ojos hacia fuera.

Es entonces cuando comprendo lo que todo el mundo lleva un rato pensando.

La paliza se ha desarrollado en el mismo exacto lugar donde se llevó a cabo la del primo Lázaro. En el porche. Bajo el arco de las buganvillas. Enmarcados por la inscripción en latín de la puerta: Miralles esse miraculum est.

Pues claro, pienso. No podía ser de otra forma. Una estrofa que rima con otra estrofa que rima con otra estrofa. Una constante dentro de la canción. A eso se le llama «estribillo». Abro la mano y dejo caer la cruz al suelo.

De pronto siento cómo todas mis fuerzas se esfuman. Otro vahído, como el que sufrí delante del ataúd, solo que esta vez mucho más intenso. Me tambaleo y ni siquiera soy capaz de permanecer en pie. El tío Jacobo me recoge antes de que me desplome del todo. Prácticamente en volandas, me ayuda a entrar de nuevo en la casa. Me vuelvo una sola vez para echar un vistazo. Veo, enmarcado por la puerta, cómo mis parientes de la Casa de Labores siguen en círculo, mudos y desconcertados, contemplando el desastre. Uno de los suyos ha vuelto a ser apaleado por uno de los míos. La sangre en las baldosas y la sensación de impotencia. Oigo al tío Malaquías dolerse con un llanto áspero.

—¡Hijo mío!, —balbucea mientras se arrodilla junto a Ezequiel —. ¡Hijo mío!

El tío Jacobo me lleva hasta el salón, donde Gabi me recibe con los brazos abiertos. Tiene la nariz hinchada y un hililllo de sangre le resbala por el labio inferior, yo adivino una pelea paralela a la que yo mismo acabo de protagonizar, mi hermano menor batiéndose el cobre por defenderme de la turba enfurecida. Entre mi tío y mi hermano soy transportado hasta un sillón orejero.

—Mistela —digo.

Y alguien me pone un vaso en la mano. Me la bebo de un trago. Ni siquiera siento el sabor, solo el fuego en la garganta.

—Más.

Y el vaso se llena.

Un silencio extraño reina en el salón. Lo único que se oye es a la Dolça dando saltitos inquietos en su rincón y repitiendo:

—Al porche. Al porche. Al porche. Al porche.

Junto a la Dolça está la silla de ruedas de la abuela Galilea y, de pie, la abuela Talita envuelta en su mantón de largos flecos negros. Las dos viejas me observan como evaluándome, parece como si, de pronto, me vieran por primera vez. Sé lo que están pensando y me falta un tris para gritarles: No lo he hecho por vosotras. No le he roto la crisma a Ezequiel para demostraros nada. Dejadme en paz de una vez, viejas perversas e inhumanas.

Para no verlas, cierro los ojos. Los párpados se me llenan de luces de colores. En el centro, una mancha roja y dolorosa, que es la impronta que me ha dejado el sol al mirarlo de frente. A su alrededor, otras manchas rojas y amarillas surgen y se expanden en la oscuridad. Aprieto dos dedos contra el puente de la nariz, a ver si así las luces desaparecen. Me duele, porque la hinchazón del tabique nasal sigue siendo considerable, pero el dolor me ayuda a calmarme.

Abro los ojos y descubro que el atardecer ha proseguido en su oscurecimiento y que ya casi ha anochecido del todo. Lo lógico a estas horas sería accionar el interruptor y dejar que la vieja lámpara de cristal esmerilado iluminase el salón con la magia de la electricidad, pero esta noche estamos velando a un Padre Guardián y, en lugar de bombillas, la costumbre manda prender candelas. Ruth y Samara y tía Verónica y una sobrina alta y flacucha en la que no había reparado hasta ahora son las encargadas de encender algo así como una docena de cirios pascuales, que distribuyen rodeando al ataúd, y también como una veintena de velas de adviento repartidas sobre el aparador, en la estantería, en la mesa camilla, incluso en el suelo. Luces naranjas y trémulas que crean una impresión de triste fragilidad. Otra cosa no, pero mi familia sabe cómo crear ambiente.

Acabo de reparar en que mi madre lleva todo este tiempo sentada junto a mí. En estos instantes sostiene mi mano izquierda entre las suyas y la acerca a su mejilla.

—Ya pasó. Descansa —me dice.

Y yo pienso: la piel ajada de mi madre tiene el tacto del papel cebolla, ese papel semitransparente que de pequeños usábamos para calcar las fotos de los famosos de las revistas.

Alguien se me acerca y me felicita:

—Tu padre habría estado orgulloso.

No sé qué responderle, ni siquiera acierto a saber quién es.

De un modo difuso recuerdo cómo, anoche, apenas hace unas horas, momentos antes de fornicar con la mujer rubia, me dije a mí mismo que me gustaría hacer las cosas bien. Y, en cambio, o en consecuencia, he terminado gruñendo y revolviéndome alrededor de mi primo, buscando dónde morder, he sentido el gozo hirviente que provoca comprobar cómo es el otro quien cae y sufre, el mundo entero oculto bajo una película roja. ¿Es esto, de alguna manera, lo que los Miralles consideran hacer las cosas bien? Un ser humano destrozando a otro ser humano. Un perro mordiendo la yugular de otro perro. La danza de la tribu alrededor del fuego. Fuerza. Tradición. Familia.

Poco a poco, mis parientes han abandonado el porche y regresado al salón. Esta vez se han repartido de un modo bastante equitativo, ya no se forman grupitos parlanchines como antes. Se acabó la cháchara, los apretujones, las confianzas. Casi nadie bebe y, desde luego, nadie come. Me llega un sonido indefinido que parece un largo rechinar de dientes. El sonido que producen cientos de cabecitas al cocerse en sus propios pensamientos. Un baño maría de rencor. Todos me vigilan de reojo, pero ninguno se atreve a reprocharme nada.

Entra el tío Malaquías. Un moratón violáceo se extiende junto a la comisura de su boca, abombándole la patilla de bandolero. Mira tú qué bien, se ve que le aticé con ganas. Se acuclilla junto a la abuela Galilea. Cuchichea algo. Ella niega con la cabeza. El tío Malaquías insiste, los nervios le pueden, se olvida de la discreción y su voz se hace más audible.

—De verdad que hay que llevarlo al hospital, abuela, por favor.

La abuela Galilea dice:

—Sería una auténtica pena que Ezequiel se perdiese la ceremonia de medianoche.

El tío Malaquías se levanta y sale del salón. Las llamas de las velas tiemblan a su paso.

Al cabo de aproximadamente media hora, quizás un poco más, quizás un poco menos, el tío Malaquías regresa acompañado por una recua de parientes rezagados: el primo Isaac y sus cuatro pelos aplastados por la gomina, la prima Odelia y el rímel corrido por las lágrimas, la joven y flaca Lidia, la tía Salomé, el tío Baltasar, la prima Esther. Tía Inés los sigue a cierta distancia con su andar saltarín, lleva un botiquín de hojalata en una mano, una botellita de agua oxigenada en la otra. Ezequiel apenas puede andar; a ratos el tío Malaquías le sirve de apoyo, a ratos quien le ayuda es el primo Isaac. Ezequiel lleva la cabeza envuelta en vendas y el brazo derecho inmovilizado por un cabestrillo que alguien —seguramente tía Inés— ha improvisado con una tela de color rosa pálido con lunares blancos. Los dedos de la mano le asoman hinchados y retorcidos. Al pulgar y al índice les falta la uña, en su lugar hay una pústula de sangre a medio secar. Sobre el ojo izquierdo, a Ezequiel le ha crecido un moratón grande como un hueso de melocotón de un color violeta encarnado; al final sí que le acerté en la cara. Esther despeja el sofá de tías y sobrinos. Entre quejidos y maldiciones, Ezequiel se deja caer.

—Lo voy a matar. Os juro que lo voy a matar —masculla todavía.

—Cállate —dice el tío Malaquías.

—Eso, cállate —dice Esther.

En otra época, quizá, me habría dejado llevar por la fanfarronería y habría rematado la faena con alguna pulla enconada, de esas que duelen tanto o más que los golpes. Y cuando digo otra época quiero decir ayer mismo. Ahora, por el contrario, no hago ni digo nada, ni tampoco siento nada en concreto. Es como si no hubiese sido yo quien hubiera manejado la cruz de piedra volcánica de El Hierro. Como si nada de todo esto hubiese sido decisión mía. El sendero estaba marcado de antemano y yo me limité a recorrerlo siguiendo obedientemente las señales. Cierro los ojos. Las luces de colores del interior de mis párpados parecen haber remitido un poco.

Creo que me he dormido, aunque no puedo estar cien por cien seguro de ello. Pero sí, lo más probable es que me haya quedado sopa; desde luego, al abrir los ojos todo parece ligeramente diferente, la disposición de los grupitos ha cambiado y la oscuridad

se ha espesado; en contraste, las llamitas de las velas de adviento y de los cirios pascuales parecen brillar más, su resplandor bamboleante me hiere las pupilas. Los trajes oscuros se mezclan con las sombras del salón: de resultas, los rostros parecen flotar en medio de la oscuridad, ojos y narices y bocas suspendidas en la nada. Tanto hombres como mujeres dan pequeños sorbos de pacharán y se observan las manos, si alguno habla lo hace solo en voz baja. Dos niños duermen repantingados en un sillón orejero, uno encima del otro. Cuento hasta tres carritos de bebé en el salón. Mi sobrina Judith tiene un berrinche y, para que se calle, Esther le da la teta. Allá al frente, Samara sostiene un vaso de zumo frente a la abuela Galilea y la ayuda a beber con una pajita. El primo Ezequiel se ha quedado traspuesto en el sofá. Sus ronquidos son un compendio de suspiros y ayes.

Tía Inés se me acerca y me ofrece una bandeja de dulces de mazapán.

—Los he hecho yo —me dice con una voz de campanillas.

Cada mazapán tiene una forma distinta. Algunos reproducen la silueta de una trenza o de un pez o de una casa. Tomo uno que tiene forma de monigote humano. Me entretengo desmembrándolo a mordiscos. El Reloj de la Cosecha anuncia con su voz de bronce que el tiempo sigue sin detenerse y que nunca lo hará.

En cierto momento, mi madre anuncia:

—Es la hora.

Se levanta, se alisa la falda negra, se arregla el moño y se dirige a la abuela Galilea.

—Faltan veinte minutos para medianoche.

La abuela Galilea gruñe. Al parecer se había quedado roque. De mala gana, agita una de sus manos enjoyadas.

—Samara —llama.

Mi prima acude y procede a empujar la silla de ruedas hacia el pasillo. El resto de los Miralles las sigue en una procesión de pasos arrastrados. Antes de marchar, cada uno toma un largo cirio entre las manos. Parecemos una cofradía de Semana Santa. La pequeña Nazaret se pone de puntillas junto al ataúd y recoge, de entre las manos muertas de mi padre, su abuelo, el cuenco sagrado con el cabello y las uñas. Luego, el tío Jacobo y Gabi levantan el féretro y lo cargan sobre sus hombros.

—¡Buf!, —se quejan entre dientes, y es que el peso debe de ser tremendo.

Algunos parientes se adelantan para ayudarles, pero mi hermano los espanta con mucha fiereza. Lleva una bolita de algodón taponando el agujero derecho de la nariz y una hinchazón en el labio. Gabi no tartamudea cuando dice:

—Fuera. Podemos solos. No lo toquéis.

Ruth me ayuda a levantarme del sillón orejero.

—¿Crees que debería ayudarles?, —le pregunto, señalando a Gabi y al tío Jacobo.

—No digas tonterías, ¿tú te has visto?, —dice mi hermana, y luego, en un tono más confidencial, añade—: Esto ya se acaba.

E intenta sonreír, o al menos eso creo, porque la luz de su vela se ha encogido y su rostro ha quedado en sombras.

Mientras recorremos el pasillo, oigo cómo, a mis espaldas, un grupo de parientes despierta a Ezequiel y lo ayudan a ponerse en pie. Él pide que lo dejen dormir, suplica que lo devuelvan al sofá. Pero nadie se apiada y entre todos lo van llevando. Creo que mi primo ha comenzado a llorar.

Nada más cruzar la cancela, nos recibe el sonido del mar: de este modo todos sabemos que estamos en el patio. Los focos halógenos permanecen apagados en señal de duelo y la única luz que brilla aquí fuera es la que nosotros portamos. El cielo está encapotado y, sobre nuestras cabezas, se extiende un gran vacío de un color azul intensamente oscuro.

Ruth me empuja y me apremia porque quiere abrirse paso entre nuestros parientes y colocarse en primera fila. Olor condensado de multitud, de cera derretida, de alcohol quemado, de colonia barata, de sudor de viejo y de niño somnoliento. Mi hermana y yo dejamos atrás la protección que dan los arcos y saltamos por encima del parterre de hierbas aromáticas. Apartamos al último par de primos enfundados en traje oscuro y, de pronto, ahí está el manzano.

Alguien ha dispuesto un círculo de velas de adviento alrededor del tronco. Eso le da a la madera del manzano una tonalidad rojiza, como si fuera caoba de la buena. Está comenzando la época de cosecha. A la luz de las velas, algunas manzanas refulgen entre la negrura del follaje.

Desde que volví, esta es la primera vez que puedo contemplar el

manzano. Lo hago. Le echo un buen vistazo. Incluso contengo la respiración.

Y pienso: el manzano es solo un manzano.

Y pienso: el manzano me estaba esperando.

Mis hermanos han tenido la precaución de encerrar a los perros en la jaula que se alza en el muro oeste, al fondo, junto al huerto en tinieblas. Y menos mal, porque, con tanta gente, y encima vestida de un modo tan lúgubre, y con las luces de las velas de adviento y los cirios pascuales, y con el olor del muerto, los perros andan como locos. Uno de ellos suelta un aullido fúnebre que pone los pelos de punta a todos los presentes. Otro se le suma. Y otro más. Los perros del patio lloran al Padre Guardián del único modo que saben. También los bebés reaccionan al ulular de los animales y se suman al canto fúnebre, lloran e hipan todos a la vez, menudo jaleo, perros y bebés, gruñidos y berreos, aullidos y mocos.

Tal y como le corresponde, Zacarías ha permanecido todo este tiempo en la mecedora, con el rostro inescrutable y la escopeta bien aferrada entre ambas manos. Lo miro y me pregunto si se habrá enterado de lo sucedido entre Ezequiel y yo, de la paliza en el porche, y no me cabe duda de que así es; él en ningún momento me dirige una mirada, ni siquiera de soslayo. En este instante, hacen entrada Gabi y el tío Jacobo. Los pobres cargan el ataúd con un paso cada vez más dubitativo, más tambaleante, más resoplado. Al verlos, Zacarías no duda en ponerse en pie y en dejar la escopeta en manos de su mujer.

—Si alguien se acerca al manzano… Ya sabes —le dice, al tiempo que corre a ayudar al tío Jacobo y a Gabi, salvando al ataúd de estrellarse contra el suelo.

Entre los tres, depositan el féretro cerca del manzano, con la cabeza de mi padre pegadita al tronco y los pies apuntando hacia la mecedora en la que se dejó los días. Del esfuerzo, la cara del tío Jacobo parece un globo rojo demasiado hinchado, a punto de explotar. El sudor ha traspasado su camisa y ha empapado también la chaqueta del traje. El tío Jacobo apoya las manos en las rodillas y se encoge bajo la arremetida de un ataque de tos. Tose tanto que termina por escupir varios grumos de sangre. Mi madre se adelanta un par de pasos, el cirio entre las dos manos.

—Jacobo, ¿estás bien?

—No pasa nada —responde él, y se obliga a tragar una bola de tos—. Estoy… Estoy perfectamente.

Y luego, con una sonrisa, todavía con las manos sobre las rodillas, dice:

—¿Te imaginas que me da un telele en medio de la ceremonia? Noé no me lo perdonaría jamás.

El tío Jacobo ríe y, a su pesar, a mi madre se le escapa también una sonrisa, a varios de los presentes se les oye contener una risa incómoda, todos agradecemos a mi tío que nos haya dado una excusa para salirnos del papel, un respiro momentáneo. Zacarías recupera la escopeta de manos de Esther y se acomoda de nuevo en la mecedora. Llama a su hija con un gesto de la mano y, cuando esta lo alcanza, le pregunta:

—¿Quieres hacer tú los honores, bonita? Al abuelo le habría gustado.

—Claro.

Con esa sobriedad de niña-adulta que se gasta, Nazaret atraviesa el círculo de cirios y deposita el cuenco de porcelana a los pies del manzano. Usando las manos, abre un agujero en la tierra. Tiene que ser hondo, eso lo sabe todo el mundo, el objetivo es acercarse lo más posible hasta el lugar donde habitan las raíces, facilitarle al árbol sagrado la tarea de absorber los restos del difunto Guardián. Nazaret dedica casi cinco minutos a la tarea de abrir el boquete. Manos negras y boquita concentrada. Cuando decide que ya está bien, que para qué más, vuelca el contenido del cuenco de porcelana en el agujero, bolas de pelo gris y uñas amarillas que desaparecen. Luego rellena el boquete con la tierra que acaba de extraer y la aplana con la palma de las manos. En el proceso se ha manchado de tierra el vestidito morado, los lazos del pelo, las mejillas, la frente.

—Amén —se la oye murmurar.

Y el resto de los Miralles, solo rostros iluminados por las velas, asienten:

—Amén.

Desde el salón nos llegan las doce campanadas que anuncian la medianoche. Como si acabaran de descargarnos una corriente eléctrica, todos los que poblamos el patio compartimos un mismo escalofrío. Incluso los perros se callan y los bebés dejan de llorar.

Mis parientes carraspean cambiando el peso de un pie al otro, de pronto les parece que la posición que mantenían no era la más apropiada para un momento tan solemne, hay manos que se persignan, madres que pellizcan las mejillas de sus hijos para espabilarlos, dedos que recogen mechones, se alisan faldas, se muerden labios, se traga saliva.

Samara empuja la silla de la abuela Galilea abriéndose paso entre el gentío, las ruedas traquetean sobre las malas hierbas y las piedrecitas del patio. Mi prima sitúa a la matriarca junto al ataúd y le coloca un cirio entre ambas piernas, para que todos podamos ver su cara de cadáver a medio descomponer. Luego se retira con discreción. Hay que ver qué elegancia en el andar tiene, qué bien le sienta ese vestido negro que lo mismo vale para un funeral que para una boda, qué largo y hermoso es su cuello límpido.

La abuela Galilea alza una mano pidiendo silencio, aunque hasta donde yo sé nadie ha hablado. Con lo que parece un esfuerzo tremendo se quita el gorrito de duelo. Luego se lo lleva a la boca. Muerde las gasas y el ganchillo que arrebujan el sombrero, mastica un rato la tela con sus dientes de piraña. La abuela Talita se decide a intervenir:

—Galilea, corazón, te estamos esperando.

Ella escupe un pedazo de gasa negra y suspira como hastiada de todos. Dice:

—Yendo tras la nada…

Se interrumpe un segundo para olfatearnos con sus ojos ciegos y vuelve a comenzar.

—Yendo tras la nada en nada se tornaron…

La abuela Galilea levanta un dedo que es puro hueso. Las amatistas y los diamantes falsos de sus anillos consiguen arrancarle unos breves destellos a la llamita de la vela.

—No me digáis que no. Ni se os ocurra llevarme la contraria.

Todos la observamos con la boca bien cerrada y desde luego nadie le lleva la contraria. De fondo, una ola rompe contra la escollera y suena como una bofetada mojada.

—Que no lo digo yo. Que lo dice el Señor. El Señor dice: no se gloríe el sabio de su sabiduría, ni se gloríe el poderoso de su poder, ni el rico, ah, no, que el rico no se gloríe de su riqueza. —Aquí la abuela Galilea estira el cuello que parece que se lo va a romper y

brama para elevar su voz por encima del rumor del mar—: ¡Mas el que se gloríe, gloríese de esto! ¡De que me entiende y me conoce! ¡Pues yo! ¡Yo! ¡Yo! ¡Yo! ¡Yo soy el Señor que hago misericordia! ¡Y derecho! ¡Y justicia en la Tierra! ¡Y en estas cosas me complazco, y eso dice el Señor y a callar!

La abuela Galilea toma aliento. El resto tomamos aliento también, recuperándonos de la impresión de ver a un ser desvalido y medio tullido arrojando palabras con la furia con la que un tifón arrasa la costa caribeña. El llanto de un crío arrecia de nuevo, se oye a la madre consolándolo, el niño balbucea y se calla. Después de ese fogonazo de ira, la abuela Galilea parece más calmada. El mar parece haberse tranquilizado también.

—Qué cosa más esponjosa es la última voluntad. ¿No os parece? La última voluntad huele a diente cariado. Puf, qué peste. Huele a cebolla podrida y a tripas de pescado. A eso huele la última voluntad. ¿Y qué os quería decir yo? Ah, sí. Noé dejó muy claro cuál quería que fuese su última voluntad. Yo he dudado y dudado, pero ¿quién sabe? Tal vez lo que necesitamos ahora, en lugar de un fiel perro guardián, es un perro rabioso, un chucho de la calle. Dios me perdone por lo que estoy a punto de hacer.

La abuela Galilea extiende uno de sus filosos dedos y Ruth me clava las uñas en el brazo. Las rodillas se me vuelven gelatina y a punto estoy de caerme.

—Noé dejó dicho que, si el día de su velatorio el primogénito estaba presente, entonces él sería el heredero. —El dedo de la abuela Galilea me señala y yo lo siento afilado como un puñal—. Ahí está. Presente. El primogénito.

No hay protestas entre mis parientes. Tan solo un temblar en las luces de luciérnaga de las velas y un recoger el aire al unísono que suena como una afonía excavada. Ruth me habla al oído:

—Di algo.

Y me empuja para que me desmarque del grueso de la multitud. Abro la boca y pruebo a juntar palabras:

—Yo… nunca pretendí… De verdad que no quise…

Es entonces, roto el hechizo por mi voz, cuando un bramido de indignación se alza entre algunos de mis parientes. Todavía no ha llegado a formarse un discurso coherente, una protesta formal, pero sí brota descarnada la sorpresa, la merecida indignación.

—De ninguna manera.

—¡No, no y no!

—¡Zacarías! ¡Zacarías! ¡¿Es que no vas a hacer nada?!

Esa voz chillona que se alza sobre las demás pertenece a mi prima Esther.

—¡Zacarías!, —reclama, con Judith berreando entre sus brazos.

Desde la mecedora, mi hermano agita la cabeza como un caballo que pelea por quitarse las bridas, con dos dedos se tira del cuello de la camisa; él, al igual que padre, tampoco soporta las corbatas. Mira en derredor y constata que todo el mundo lo está observando. La familia al completo espera que tome una decisión, ansían un golpe de timón por parte de quien debería ser su legítimo líder. Zacarías apaga su cirio pascual de un soplido y luego pierde unos segundos ocupado en clavarlo bien en el suelo. Se levanta con calma. Su rostro es una sombra.

—¡Hostias, Zacarías, despierta!, —exige Esther.

Y yo pienso: ¿qué sientes ahora mismo, hermano? Intento hacerme una idea y no acabo de imaginármelo. ¿Sientes celos? ¿Desazón al comprobar que a pesar de tus muchos esfuerzos nunca estuviste a la altura de las expectativas de padre? ¿O más bien alivio, quizás, al ver que la pesada carga recae en los hombros de otro? ¿Te arrepientes de no haberme echado a los perros cuando tuviste la oportunidad? ¿Te planteas echármelos ahora? A no ser que… Un momento. Me cagüen la hostia puta. ¿Puede ser que esto ya te lo olieses, Zacarías? Cuando accediste a darme permiso para que me quedase al velatorio… ¿sabías que algo así iba a suceder? ¿Te contó padre cuáles eran sus planes sobre la herencia? Claro que sí. Menudo imbécil estoy hecho. ¿Cómo no me di cuenta antes? Lo supiste todo desde el principio, ¿verdad, hermano? Y aun así…

Zacarías da uno, dos, tres pasos en mi dirección. En la mano enguantada trae la escopeta. Es una Remington 870. Misma marca y mismo modelo que la que acompañó mis guardias durante tantos años.

—Toma —me dice, y me tiende la Remington—. Ahora es tuya.

La recojo. Y aunque es evidente que la escopeta es otra, más moderna y eficiente, todavía con los cañones limpios de arañazos y la culata sin muescas ni golpes, lo cierto es que su peso y su tacto concuerdan exactamente con los de la escopeta que durante tantos

años guardé en mi memoria.

28. El incendio del almacén

Hasta que el incendio del almacén vino a separarnos, Zacarías y yo éramos más que hermanos: éramos siameses. Allá donde iba uno, iba el otro, y, en ocasiones, costaba distinguir de quién era esa mano que se aupaba a la higuera o esa rodilla con raspones o esos ojos cegados por la luz del sol.

Éramos flacos y despeinados, inquietos y protestones, libres como solo pueden serlo los niños de campo. Cuando no estábamos sesteando en el colegio de Berinossent, nuestro pasatiempo favorito consistía en investigar nuevos atajos entre el laberinto de huertas que vertebraba la Senda Grande. Durante las minves de enero bajábamos a la playa a buscar erizos de mar. También jugábamos a cazar ranas en la desembocadura del río Lodo. Cortábamos cañas y las afilábamos con navajas, luego nos introducíamos en la charca con el agua hasta las rodillas y perseguíamos a los pobres sapillos hasta empalarlos. ¡Ah, nos lo pasábamos en grande! Y, de pronto, un día, llegaron las guardias. Y con ellas, el aburrimiento, la quietud más lacerante, las obligaciones, el desangrarse lento de la infancia, el manzano.

Ese es el recuerdo que el peso y el tacto de la escopeta Remington despierta en mí.

Se me vienen encima, como un alud, las vigilias infantiles que Zacarías y yo comenzamos a compartir cuando teníamos ocho y nueve años respectivamente. Nos sentábamos en el patio uno al lado del otro en sendas sillas de rejilla de esparto y compartíamos a medias el sopor inabarcable de la tarde. La escopeta se veía tan grande sobre nuestras rodillas de niño…

Recuerdo que Zacarías era tan pequeño que, al sentarse en la silla, las piernas le colgaban igual que a un muñeco.

Recuerdo que la rejilla de esparto nos marcaba el culo con una tenue red rosácea.

Recuerdo que nos peleábamos por ver quién sostenía la escopeta.

Esa escopeta que, siendo otra, pesaba igual y tenía el mismo tacto que la que acaba de entregarme mi hermano.

Junto a nosotros, o normalmente detrás, mi padre o el tío Jacobo o el abuelo Jeremías nos vigilaba con un matamoscas en la mano. Si alguno de los dos hacíamos algo que atentaba contra la esencia de lo que debe ser un buen Guardián, plas, plas, el matamoscas nos resonaba en la nuca: un golpe para cada uno. No importaba de quién fuera la falta, el castigo siempre se dividía entre los dos. En ocasiones, nos pegaban incluso cuando permanecíamos mudos con la vista fija en el manzano.

—¡Pero si no hemos hecho nada!, —protestábamos nosotros—. ¿Se puede saber por qué…?

Como única respuesta, el matamoscas volvía a silbar en el aire.

—¡Ay!

Enfrentados al matamoscas y al silencio de los adultos, no nos quedaba otra que cruzarnos de brazos y callarnos, se nos obligaba a llegar por nuestra cuenta a la conclusión de por qué acabábamos de ser castigados. Los motivos eran siempre más o menos los mismos. Porque nos habíamos despistado espantando algún mosquito cabrón. Porque nos habíamos dejado llevar por la programación de la radio y nos habíamos sonreído con algún chiste del presentador. O quizá, simplemente, porque nos habíamos entretenido pensando nuestros pensamientos de niño y habíamos dejado de vigilar activamente —no bastaba con sentarse a contemplar el manzano: era menester concentrar el alma en cada una de sus ramas, borrar incluso la misma conciencia del yo, y llenarnos tan solo con la visión del Árbol Sagrado; ríete tú de la concentración interior de los budistas tibetanos.

Ya puestos, me pregunto: ¿cuál era el objetivo de esas guardias que los adultos nos impusieron a una edad tan temprana? Desde luego no se esperaba de nosotros que vigiláramos el manzano. No, el objetivo de esas vigilancias tuteladas era más bien, eso pienso ahora, que desde bien chiquitos fuéramos familiarizándonos con nuestro destino, asumiendo poco a poco nuestra condición de estatuas de sal, para que así luego no hubiera sorpresas, para que nadie pudiera decir: ey, esto no me lo esperaba, menuda mierda seca, ¿en serio tengo que pasarme el resto de mi vida en esta mecedora? A fin de cuentas, a los perros hay que enseñarlos desde cachorros. Sit. Platz. Hazte el muerto. Levanta la patita. Ataca, muerde el tobillo, bien hecho, toma una galletita, descansa.

De modo que en esas andábamos Zacarías y yo, dejándonos exprimir la infancia, igual que antes que nosotros se la habían dejado exprimir nuestros padres; y antes que ellos, los suyos. Y lo cierto es que, mientras fuimos solo unos críos, todo fue relativamente bien. Quiero decir: con ocho y nueve años, incluso con diez u once, las guardias eran un coñazo, sí, pero también, ¿cómo explicarlo?, un motivo de orgullo. Mi hermano y yo acudíamos al patio con la dedicación y la voluntad con la que un niño beato hace de monaguillo los domingos y pasa el plato después de misa, congratulándose de no robar ni una triste moneda. Mitad misión sagrada, mitad juego.

Pero fuimos creciendo. O sería mejor decir: yo fui creciendo. Me sobrevino la adolescencia de golpe, las hormonas se me desataron todas a la vez, tenía la cara plagadita de granos y el cuerpo en pleno cambio existencial. De pronto, Duncan Dhu me parecía una memez y lo que me ponía era Kortatu, Los Suaves, Extremoduro, los omnipresentes Reincidentes, *rock* español de dudosa calidad, pero de altísimo tonelaje emocional. Un buen día, todavía no sé cómo ni por qué, descubrí que, si me lo proponía, podía llegar a ser un grandísimo hijo de puta. Comencé a tocar las narices en casa. Primero a mi madre, tanteando el terreno. Luego, poco a poco, cada vez con más descaro, a mi padre. ¡Hay que ver cómo cabreaba al viejo que le llevaran la contraria! ¡Y la satisfacción que a mí me daba verlo enrojecer justo antes del festival de gritos! No sé de dónde me venía toda esa frustración, el desprecio a mis mayores, la cólera. Supongo que no es necesario darle más vueltas. Es una historia tan vieja como el cagar en cuclillas. Simplemente yo era el típico adolescente que, con tal de encontrar su sitio en el mundo, es capaz de demoler el planeta entero.

Supongo que, por eso, un día le propuse a Zacarías que nos saltáramos la guardia.

—Tú estás majara —me respondió él, golpeándose la sien con un dedo.

A mi hermano no le faltaba razón. Faltar a una guardia, aunque fuera tutelada e infantil, era más que un acto de rebeldía, era una soberana estupidez. Mi padre se iba a agarrar un cabreo morrocotudo y nos iba a castigar hasta el fin de los días. Incluso era probable que el abuelo Jeremías despertase de su sopor existencial

para protagonizar una de sus peculiares y mudas pataletas, tan parecidas a un ataque epiléptico, con espuma en la boca incluida. Sí, saltarse la guardia era una locura, y yo lo sabía, pero aun así aquella tarde me dio por insistirle a Zacarías:

—Venga, no me seas mariquita. ¿No te da una pereza que te cagas ir a montar guardia otra vez? Qué coñazo. ¿Me vas a decir que no? Pues eso.

Viéndolo con perspectiva, dudo mucho que, al principio, mi intención fuera realmente la de saltarme la guardia. Más bien lo que quería era ver cómo Zacarías se amilanaba y, entonces, por contraste, quedar yo como un gallito. Pero enseguida me vine arriba —desde niño mi problema es que yo me vengo arriba con facilidad— y, cuando quise darme cuenta, ya era demasiado tarde para volverme atrás.

—¿Qué pasa? ¿Es que no hay huevos?, —pregunté, envalentonándome.

—Claro que los hay —dijo Zacarías, porque para chulo, él.

—¿Entonces?

—Pues que nos van a pillar y nos va a caer la del pulpo.

—Y qué.

—¿Cómo que y qué?

—Pues como que y qué.

Llegado cierto punto, la discusión pasó a ser pura ceremonia. Ambos sabíamos que íbamos a saltarnos la guardia y también que luego íbamos a arrepentirnos de haberlo hecho, pero qué se le iba a hacer, así eran las cosas y así somos los hermanos.

—¿Y se puede saber dónde nos vamos a esconder?, —preguntó Zacarías, rindiéndose a la evidencia de que la decisión ya estaba tomada.

—En el almacén. Ya verás. Conozco una entrada.

¿De dónde me vino esa idea de escondernos en el almacén? No tengo ni idea. ¿Cómo iba yo a saber lo que estaba a punto de suceder? Ni que fuera adivino. Desde luego, no se me puede hacer responsable en modo alguno. ¿Cómo habría podido nadie predecir la tragedia que se avecinaba?

El incendio.

Las quemaduras de Zacarías.

El instante exacto en el que dejamos de ser hermanos siameses

para ser hermanos a secas.

¿Cuántos años podíamos tener? Once Zacarías. Doce yo. O mejor: Zacarías doce y yo trece. ¿Puede que más? No. Ni de coña. En modo alguno más. Creo que era primavera. No recuerdo que hiciese calor. Tampoco frío. Todavía me quedo sin respiración cuando pienso en aquella tarde.

La puerta del almacén estaba cerrada con candado —imposible abrirlo sin las llaves que los adultos custodiaban—, pero yo me había fijado en que un tablón de la pared trasera andaba suelto. Se lo mostré a Zacarías y ambos convinimos en que merecía la pena intentarlo. Tirada por la finca encontramos una vieja tubería que incrustamos en el hueco de la pared, hicimos palanca usando el peso de nuestros cuerpos y, finalmente, la madera cedió. La entrada que nos ofrecía no era muy grande, es cierto, pero nosotros tampoco abultábamos mucho: con esfuerzo y algún raspón conseguimos escabullirnos dentro. El almacén era una vieja construcción de pino que llevaba en la finca desde no se sabía cuándo. Recuerdo que el sol se colaba a través de las rendijas de los tablones, creando líneas de luz que caían en perpendicular sobre el suelo, como una madeja de flotantes hilos dorados. Frente a la puerta cerrada estaba el tractor Kubota —que ardió hasta quedar irreconocible— y un remolque cargado con sacos de almendras. Al fondo, por donde nosotros habíamos entrado, se acumulaban repuestos para el tractor, una hormigonera rota, diversos aperos de labranza, una estufa catalítica y algo así como media docena de tinajas, verdaderamente enormes, con la panza envuelta en un trenzado de cáñamo. En la pared oeste todavía se distinguían los restos de un viejo comedero para caballos. Ese era el único signo que sobrevivía del antiguo uso que había tenido el almacén: durante años, había sido un establo. A mí me queda solo un recuerdo muy vago de los dos machos que lo ocuparon hasta mediados de los ochenta. Viejos y escuálidos, con el lomo salpicado de calvas de tiña, las siluetas pardas de los dos mulos se confundían con las tinieblas del almacén. Que yo recuerde, no hacían nada ni servían para nada. No tiraban de ningún carro y no ayudaban a arar, ni siquiera se los usaba para salir a cabalgar por la finca. Tan solo masticaban su heno con la vista fija en la pared y ya está. Algo de su olor a mierda, a forraje, a animal derrotado, se quedó adherido a

los tablones del almacén para siempre.

—Vamos al altillo —dijo alguno de los dos.

Subimos por la escalera de pintor y nos acomodamos en la penumbra. Racimos de tomates de penjar caían de las vigas y nos obligaban a avanzar encorvados, su olor dulzón y agrio nos cosquilleaba en lo más hondo de las fosas nasales. El suelo del altillo estaba cubierto con páginas de periódico sucias de pulpa de tomate reseca. Aquí y allá se levantaban montoncitos verdes con píldoras de matarratas.

Fuera, oímos a nuestra madre llamándonos.

—¡Moisés! ¡Zacarías! ¡La guardiaaaaaa!

Mi hermano y yo nos miramos mordiéndonos los carrillos.

—¡Moiséééééééééééééés! ¡Zacaríaaaaaaaaaaaas!

Ahora era el tío Jacobo el que nos llamaba. Luego tía Inés. Estuvieron así un buen rato, turnándose con sus gritos, buscándonos entre los limoneros y los baladres de la finca. Desde el altillo, oíamos cómo sus pasos y sus voces nos rondaban. En ocasiones, parecían estar justo al otro lado de la pared y, entonces, nosotros conteníamos la respiración, temerosos de que cualquier sonido pudiera delatarnos. Tras quince o veinte minutos, media hora quizás, escuchamos tintinear el candado del almacén. La puerta chirrió al abrirse y Zacarías y yo nos apretamos el uno contra el otro, arrojándonos sobre las cajas de tomates del fondo del altillo, buscando camuflarnos con las sombras. Alguien rebuscó entre los trastos y las tinajas del piso inferior. Oímos cómo llegaba mi madre.

—¿Nada?, —preguntó.

—Nada —bufó el tío Jacobo.

—¿Has mirado en el altillo?

—Claro, qué te crees —dijo mi tío, aunque era mentira.

—Estarán en La Caleta. Como los pille los mato.

La puerta volvió a cerrarse. Zacarías y yo aguardamos un buen rato, todavía abrazados, todavía conteniendo la respiración, hasta que resultó evidente que o bien nuestros familiares habían desistido de nuestra búsqueda o bien efectivamente habían marchado a buscarnos a La Caleta o a cualquier otro lugar lejos del almacén. Para recobrar el control de la situación, opté por retomar mi papel de adolescente gilipollas. Pregunté:

—¿Quieres un piti?

Mi hermano se encogió de hombros. Saqué un Lucky Strike medio aplastado del bolsillo de mi pantalón y le prendí fuego con una cerilla. Luego apagué el fósforo con un soplido —estoy seguro— y lo tiré a mis espaldas. La explicación oficial del incendio es que esa cerilla fue la responsable de iniciar las llamas. Sin embargo, tanto mi hermano como yo siempre supimos que eso no podía ser cierto. He repasado ese instante mil veces en mi memoria. Estoy cien por cien seguro de que apagué la cerilla, y todavía estoy más seguro de que la arrojé a mis espaldas, de modo que, en cualquier caso, habría caído sobre las cajas de tomates pochos o sobre los viejos aparejos de pescar, sobre el altillo en todo caso, vaya, y en modo alguno en la planta baja, que es donde se originó el fuego.

Zacarías y yo compartimos el cigarro en silencio. Desde que Ruth me había descubierto los misterios de la nicotina, yo me había vuelto un auténtico sibarita del tabaco. No era tanto el cigarrillo en sí lo que me fascinaba, sino todo lo que lo rodeaba: birlar un piti de la chaqueta del tío Jacobo, sustraer a escondidas una cerilla de la cocina —la ausencia de un mechero no habría pasado desapercibida—, buscar un rincón secreto donde inhalar y exhalar el humo, acometer, en definitiva, de un modo premeditado y calculado, un acto prohibido que, sin duda, enfurecería a mis padres. Fumar me parecía lo máximo a lo que un chaval de mi edad podía aspirar. Zacarías, en cambio, nunca le vio la gracia, eso lo entiendo ahora, y si fumaba era solo por mímesis circunstancial de hermano menor, por no quedarse atrás y ser menos que yo. Recuerdo que hicimos un rebujo con los restos de un saco de polipropileno y lo usamos como cenicero. En ningún momento —de nuevo estoy seguro— amenazó con prenderse fuego.

—Las guardias son lo peor —afirmé.

Zacarías asintió sin mucha convicción. Parecía estar pensando en otra cosa. A mí esa actitud distante me escamó.

—¿Qué pasa?, —lo abordé.

—No, nada.

—Ibas a decir algo.

—Te he dicho que no es nada.

—Vale, vale, no te pongas así.

Apagué el cigarrillo contra el saco. Zacarías seguía callado, entretenido en repasar con la uña el óxido de un clavo que

sobresalía de la pared. Yo sabía que quería hablar pero que no se decidía a hacerlo. Mi hermano siempre tuvo un discurso lento. Le costaba ordenar y escoger las palabras y no se arrancaba hasta estar seguro de que lo que iba a decir era exactamente lo que quería decir. Por lo que he podido ver, después de tantos años, mi hermano sigue actuando exactamente igual.

—Bueno, ¿lo vas a soltar o qué?, —resoplé.

—Estaba pensando…

—¡Lo sabía!

—Moisés… ¿Tú crees que el manzano del patio es el de la Biblia?

—¿Cómo?

—Quiero decir… ¿De verdad…? O sea… ¿Tú qué crees? Hablo en serio.

Me lo quedé mirando con la boca abierta. Sonará idiota, pero lo cierto es que a esa edad todavía no había llegado a plantearme ese tipo de cosas. Yo odiaba las guardias y el manzano, sí, y lo hacía con todo mi corazón, pero mi odio era primitivo, instintivo, básico; sin cuestionarme su veracidad o su impostura. Supongo que la semilla Miralles estaba profundamente implantada en mi cabeza. O puede que simplemente fuera un poco idiota.

—Llevo tiempo dándole vueltas —prosiguió mi hermano, todavía dubitativo— y yo… A ver, yo creo que no. Creo que es imposible que nuestro manzano sea el Árbol de la Vida.

—Pero… ¿qué dices?

—Es que no tiene sentido. Piénsalo. ¿Por qué iba Dios a dejar la protección de algo tan inmensamente sagrado en, bueno, en nosotros? El abuelo ya está muy mayor y el tío Jacobo está gordo… ¿No habría sido mejor, o sea, encargar la misión a unos ángeles guardianes de verdad, con alas y poderes mágicos y espadas de fuego y todo eso?

—Es que nosotros somos los descendientes de esos ángeles —respondí mecánicamente, supongo que en cierta forma ofendido.

—Ya, bueno, vale, eso ya me lo sé. Y está muy bien. O sea, guay. Pero… A ver cómo lo explico…

—¿Te apetece otro piti?

—No me estás escuchando.

—Claro que te estoy escuchando.

—Lo que te estoy intentando decir es que hay cosas que no encajan. Y no me refiero solo a que el manzano sea tan pocho y poca cosa. También, no sé, ciertos detalles de la Biblia.

—¿Cómo dices?

—En serio, mira, fíjate: la serpiente le dijo a Eva que si comían del fruto prohibido vivirían eternamente. Te acuerdas, ¿no? La abuela Galilea nos lo ha contado chorrocientas veces. Yo siempre pensé que eso era una mentira, porque la serpiente es el diablo y es mentiroso. Pero el sábado pasado, durante la catequesis, me fijé en un fragmento del Génesis un poco raro. Lo leí y lo volví a leer, y sigo sin entenderlo del todo. Es un monólogo que suelta Dios justo después de echar a Adán y Eva del Paraíso.

—Buf.

—¿Quieres que te cuente lo que dice Dios después de echar a Adán y Eva del Paraíso?

—Si así te callas.

—A ver —Zacarías se metió la mano en el bolsillo y extrajo un trocito de papel doblado varias veces sobre sí mismo.

—No me jodas que lo llevas ahí escrito.

—Sí. Pero no te preocupes, que no es muy largo, solo quería asegurarme de leerlo tal cual. —Zacarías desdobló el papel, lo leyó en voz baja como para confirmar que todo estaba en su sitio, me miró, carraspeó y puso voz de trueno para mejor imitar la voz de Yahvé—: Mira que el hombre, al conocer lo bueno y lo malo, ha llegado a ser casi como uno de nosotros; de modo que lo mejor es apartarlo del Árbol de la Vida para que no coma de su fruto y viva eternamente.

Zacarías me miró expectante y yo le bostecé con los ojos.

—¿Te das cuenta?

—¿Si me doy cuenta de qué?

—¡De que la serpiente decía la verdad! ¡Comiendo del manzano el hombre se volvería inmortal! ¡Resulta que Dios les había estado engañando desde el principio! Y además: ¿qué quiere decir eso de «uno de nosotros»? ¿Es que hay más de un Dios? ¿Cuántos, entonces? ¿Diez? ¿Doce? ¿No te parece todo esto un poquito sospechoso?

Zacarías terminó de hablar casi chillando. Fue entonces cuando oímos a un perro ladrar. Era un ladrido extraño: sonaba, no sé cómo

explicarlo, asustado. Mandé callar a mi hermano y, por primera vez, olí el humo.

—¿Qué es eso?, —pregunté.

—¿El qué?

—Calla.

Me acerqué gateando hasta el hueco de la escalera. En el mismo momento que iba a meter la cabeza para investigar en el piso inferior, una bocanada de humo ascendió con un crujido, ennegreciéndome el rostro y haciéndome toser. Apenas tuve tiempo de constatar que la escalera de pintor había desaparecido —no sé si devorada por el fuego o porque el tío Jacobo la había apartado— antes de que todo se volviese negro.

—¡Hostias! ¡Hostias!, —grité.

Arrastrándome a gatas, retrocedí hasta mi hermano. El rostro de Zacarías había perdido todo su color. A él le bastó un segundo para comprender la magnitud de lo que estaba pasando. Y ya desde el principio lo relacionó con sus palabras.

—Algo… Algo se está quemando ahí abajo… —tartamudeé—. Tranquilo, Zaca. Tú no te preocupes. Enseguida… Ya verás, enseguida vendrán a buscarnos…

Él se limitó a taparse la boca con las manos, entre sus dedos todavía sujetaba el trocito de papel. Echó un temeroso vistazo arriba y murmuró:

—Perdón.

Yo comencé a pedir auxilio aporreando la pared del almacén. Fuera, me respondían los ladridos y los aullidos de los perros.

Siempre que me detengo a pensarlo, me sorprende la rapidez con la que se propagó el fuego. Supongo que la madera del almacén era tan vieja que debió de arder igual que yesca seca, o quizás es que el incendio llevaba ya un buen rato extendiéndose y nosotros andábamos tan ensimismados en nuestras travesuras primero y en las reflexiones de Zacarías después que no nos dimos cuenta hasta que ya fue demasiado tarde. Pero, joder, aun así… ¿Cómo es posible que no nos percatáramos de las volutas de humo ascendiendo a través de las rendijas de los tablones de madera? ¿Cómo no fuimos conscientes desde mucho antes de ese calor progresivo que nos rodeaba y que era perceptible con solo palpar el suelo? ¿Cómo pudimos ignorar el escozor en la garganta, el picor en los ojos, el

sofoco cada vez mayor que nos hacía sudar como cerdos? Cuando quisimos darnos cuenta, la planta baja era un infierno.

No me avergüenza reconocerlo, en un tris el adolescente macarra desapareció y volví a ser un niño. ¿Y a quién pide auxilio un niño si no es a su madre y a su padre?

—¡Madreeeeeeeeeeeee! ¡Padreeeeeeeeeeeee!, —gritaba, mientras Zacarías se cubría la cara y lloraba.

Lamentablemente de poco iban a servir mis gritos. En esos momentos —de eso me enteré después—, mi madre andaba junto al tío Jacobo y tía Inés buscándonos por los campos vecinos y mi padre hacía guardia frente al manzano.

—¡Madreeeeeeeeeeeee! ¡Padreeeeeeeeeeeee! —Una y otra vez.

Nunca supe con certeza si mi padre me oyó.

Puede que no. Es posible que mis gritos no alcanzaran a llegar al patio, de hecho, es bastante plausible que los ladridos de los perros se superpusieran a mis llamadas de auxilio; para entonces, la algarabía que montaban, excitados por el fuego, era monumental.

Pero, por otro lado, puede que sí me oyera. A fin de cuentas, del viejo almacén a la casa de Villa Milagro no había ni una veintena de metros, y yo grité, lo juro por mi alma, grité como nunca he gritado, empeñando la garganta en cada alarido. Si resulta que mi padre me oyó, por fuerza tuvo que captar la desesperación en mi voz. El miedo. La súplica. Y aun así no hizo nada. Mi padre era un Miralles. Tenía una misión. Todo aquel jaleo, el incendio del almacén, los gritos pidiendo auxilio de su hijo, podía no ser más que una elaborada estratagema del diablo para alejar al Guardián del manzano.

—¡Padreeeeeeeeeeeeeeeee!, —me desgañitaba yo.

Junto a mí, Zacarías mantenía el rostro oculto tras las manos. De vez en cuando, dejaba asomar sus ojos, que miraban al techo suplicantes, y gimoteaba:

—Perdón, perdón, perdón.

Una lengua de fuego hizo su aparición en el altillo. Brotó de golpe, sorprendentemente compacta, lamiendo la pared delantera como una mano de dedos muy largos. Al verla, mi hermano y yo dimos un grito. A partir de ahí, las llamas no hicieron sino aproximarse más y más, fogonazos muy amarillos devoraban las páginas de periódico que cubrían el suelo, trepaban por las paredes

y el techo, nos cercaban.

Entre el crepitar del fuego y los aullidos de los perros, a mí me pareció oír unos gritos al otro lado de la pared. No reconocí la voz —no era mi padre ni mi madre ni el tío Jacobo ni tía Inés ni ninguno de mis parientes de la Casa de Labores: era una voz desconocida—, pero, sin duda, alguien nos estaba llamando por nuestro nombre.

—¡Estamos aquí! ¡Socorro!, —grité.

Súbitamente, el suelo cedió bajo nuestros pies. Perdí de vista a Zacarías, el mundo se dio la vuelta y la hostia que me di casi me dejó sin sentido. Por suerte, aterricé sobre los sacos de almendras que se acumulaban en el remolque. En algún momento me hice un tajo en el muslo. Tengo el recuerdo de un roce afilado y frío, quizás un apero de labranza, una azada, un pico, un rastrillo, tal vez un clavo, quién sabe. Todavía tengo la cicatriz.

A mi alrededor todo era confusión y llamas. El golpe me dejó entumecido y un humo espeso se me escurrió dentro y no me dejaba ver ni pensar. Recuerdo que quise levantarme y no fui capaz. Recuerdo que busqué a mi hermano con la vista y que no lo encontré.

Entonces algo —una sombra— llegó abriéndose paso entre las llamas. Parecía un fantasma de cuento, con una sábana larga cubriéndolo por entero, solo que en los cuentos la sábana suele ser blanca y elegante, y esta era parda y tosca, afelpada. La sombra me palpó como para cerciorarse de que era un niño y no una pieza de repuesto del tractor, y luego me alzó en hombros. En pocos segundos me descubrí fuera del almacén. La sombra me dejó con cuidado sobre el suelo. Cerca, varios perros le ladraban al incendio con las piernas abiertas y temblorosas.

Fue entonces cuando comprendí que el fantasma no era tal. Era un hombre embozado en una manta morellana para así protegerse del fuego. Una voz que no conocía preguntó:

—¿Y Zacarías?

No fui capaz de articular respuesta. Estaba en *shock*. El hombre se descubrió el rostro y se agachó para que pudiera verlo bien. Era el abuelo Jeremías.

—¿Dónde está Zacarías?, —insistió.

Por primera y única vez escuché la voz de mi abuelo. Era una

voz normal, de señor mayor, algo cascada, un pelín aflautada tal vez, una voz sin nada que destacar. Con un dedo señalé el almacén en llamas.

—Ahí dentro…

Mi abuelo se envolvió de nuevo con la manta, cubriéndose bien la cabeza, y se encaminó otra vez directo al fuego.

Me quedé solo, tendido sobre la hierba, rodeado de perros que aullaban, sin fuerzas para otra cosa que no fuera retorcerme y boquear. A lo lejos, escuché la voz de mi madre y de tía Inés. Luego las sentí venir hasta mí. Sus pasos como un eco en las profundidades de la tierra negra. Por fin, noté sus cuatro manos abrazándome al unísono. Entre las dos me inspeccionaron las heridas, sus veinte dedos palparon mis extremidades, descartaron fracturas, me obligaron a abrir los ojos buscando señales de algún mal mayor, con el delantal mojado en saliva, tía Inés me limpió el rostro mientras mi madre repasaba con un pañuelo la brecha de mi muslo.

—Mi niño, ay, mi niño —decía tía Inés.

—La que habéis liado esta vez —me regañaba entre lágrimas mi madre.

—Raquel. —La voz del tío Jacobo me llegó desde algún lugar indefinido—. Mira.

Ella miró y dio un grito. Yo miré también, confundido y dolorido, con la cabeza todavía sumergida en un mejunje de humo, y, a duras penas, distinguí la figura del abuelo Jeremías surgir de las llamas del almacén. Traía en brazos a Zacarías.

Mi madre me dejó recostado sobre el regazo de tía Inés y corrió a atender a su otro hijo. Zacarías pasó de los brazos del abuelo Jeremías a los de mi madre. El abuelo ya había vuelto a su imperturbabilidad habitual, como si una vez terminado el rescate el asunto ya no fuera con él. Lo vi marcharse mientras se daba palmadas en la cabeza, apagándose a hostias un mechón de pelo encendido. Mi madre gritó:

—¡Jacobo! ¡La furgo! ¡Hospital!

Mi tío salió disparado a buscar la Volkswagen. Mi madre fue tras él. Apenas llegué a distinguir la manita de Zacarías colgando en el aire, de un color rosa pálido muy hermoso, casi líquido, como de golosina, el color de una quemadura de tercer grado.

A partir de ese día, mi hermano y yo nos distanciamos.

Nunca lo hablamos, no hizo falta, pero yo siempre supe que para Zacarías ese incendio fue un acto de Dios, y que la causa del mismo estribó en su falta de fe. ¿Acaso no era evidente? Justo cuando uno de los hijos del manzano se atrevió a expresar sus dudas en voz alta, el Altísimo lo castigó quemándole la mano y el antebrazo, dejándole un recuerdo imborrable de su omnímodo poder. A partir de aquel día, Zacarías me cedió en exclusiva el papel de hijo díscolo y se entregó —¡y de qué manera!— al rol del hijo responsable, estirado, obediente, gilipollas.

A mí, por el contrario, el susto me duró apenas un par de semanas. Mi cabezonería y mis hormonas fueron más fuertes que el temor al Altísimo. La verdad es que no creo que me molestase siquiera en razonar sobre si el origen del incendio había sido sobrenatural o no. Estaba convencido —aún lo estoy— de que el cigarro y la cerilla no tuvieron nada que ver con las llamas del incendio… pero, al mismo tiempo, en aquel momento me negué —y todavía me niego— a meter a Dios en el asunto. Las cosas pasan porque sí y no hay que darle más vueltas. Además, yo nunca fui como mi hermano Zacarías —ni como, ya puestos, mi hermana Ruth—, yo soy más de entrañas y menos de meditar acerca de los versículos de la Biblia, se me da fatal examinar los pros y los contras de mis decisiones; así soy yo, qué se le va a hacer, esta es la purita verdad: jamás he sabido la razón por la que hago las cosas que hago.

¿Por qué me fui de Villa Milagro? ¿Por qué volví? ¿Por qué sigo aquí?

Yo qué sé. Yo qué sé. Yo qué sé.

29. Habrá niños

Me planto frente a la huerta con las piernas abiertas, me abro la bragueta y orino sobre los tomates. Por encima del hombro, sigo mirando el manzano: mear en modo alguno significa dejar de vigilar. Al contacto con el orín caliente, el perfume de la huerta se intensifica y en mi nariz se mezcla el verde con el amarillo. Moscas y mosquitos me rondan el pito mientras me sacudo las últimas gotas.

Un pensamiento: a saber cuántas veces he meado yo en este huerto, cuántas veces meó mi padre, cuántas veces mearon mis antepasados. Estos tomates, estas berenjenas, estas patatas, estas cebolletas, han germinado y se han desarrollado a base de meado de Guardián.

Vuelvo a la mecedora y me cruzo la escopeta sobre el regazo. Dos perros se tumban a mis pies esperando que me aburra y les rasque el cogote. Uno es Levítico, un hermoso ejemplar de bóxer cruzado con vete a saber qué; el otro es Éufrates, el perro de presa canario que me destrozó el tobillo la noche que llegué.

Han pasado quince días desde que la abuela Galilea me nombró heredero.

Quince días. La mitad de un mes. Quince días como el reflejo invertido de los quince años que pasé huido de Villa Milagro. Quince días arrugados como los quince mil euros que todavía guardo en el sobre de la señora Nissenbaum. Quince días. Siempre quince. Mi número de la mala suerte.

Quince días de obedientes guardias frente al manzano, de turnos cada seis horas, de mecedora y escopeta, de ver salir el sol en el patio, de ver ponerse el sol en el patio, de mear en el huerto, de escuchar en la radio las últimas noticias sobre actualidad política, el partido de fútbol y la tertulia sobre el mismo, los chistes del programa matutino que quiere que comiences el día con una sonrisa, siempre con una puta sonrisa.

Quince días de perros que poco a poco se han ido familiarizando con mi presencia, perros que mis hermanos me presentaron con tiento, uno a uno, con el resto de los chuchos encerrados en la jaula

(cualquier precaución era poca para asegurarse de que no me arrancaban la mano de una dentellada), perros que ahora conozco y cuyos nombres puedo recitar de carrerilla: Pilatos, Éufrates, Sanedrín, Penitente, Versículo, Caravaca, Zarza, Gentil, Sintagma, Báculo, Levítico y Espinas.

Quince días que son el mínimo legal para que la notaría de Castellón arregle el papeleo de la herencia, nos dé una cita, disponga toda la mandanga burocrática que terminará de convertirme en el propietario definitivo y absoluto de la alquería.

Quince días que parecen quince mil años.

Quince días que han pasado en el bostezo de un segundo.

Así pues, en esas estoy ahora. Balanceándome en la mecedora con el arma cruzada sobre las rodillas y los ojos fijos en el manzano. En la radio entrevistan a un político que jura que él no, él de ninguna manera, él bajo ningún concepto recibió prebendas por parte de una multinacional gasoeléctrica.

Sobre la mesita plegable se pudren los restos del desayuno y del almuerzo y del piscolabis. Por alguna razón, comer ayuda a que la guardia se haga más llevadera. En algo hay que matar el tiempo, supongo. Platos con migas de pan y espinas de sardina. Una cáscara de mandarina. El vasito de plástico del yogur. Media docena de moscas revolotean sobre los restos de comida y se frotan las patitas, gozándolo cosa mala. Igual que comer, ver volar a las moscas también entretiene. Junto al almuerzo, mi madre me ha traído un reloj-despertador de Gallina Blanca con forma, efectivamente, de gallina blanca —tendremos que comprarte un buen reloj de pulsera, me ha dicho; un regalo de bienvenida, ha agregado; mi madre lleva quince días hablando en futuro, diciendo cosas como esa: tendremos que, iremos a, arreglaremos esto, dispondremos aquello, organizaremos lo otro—. Las manecillas que giran en la panza de la gallina me indican que son las once y veintitrés minutos. Comencé mi turno a las seis de la mañana. Ya falta poco para cumplir mi jornada de seis horas como Guardián y que alguno de mis hermanos —creo que le toca a Zacarías— venga a relevarme.

El día amaneció frío y nublado. Soplaba viento seco de poniente, pero luego se levantó levante, trayendo algo de llovizna. Ya lo dice el refrán: poniente la mueve, levante la llueve, de modo que no me quedó otra que desplegar el parapeto de plástico para guarecerme.

Por suerte, en cosa de media hora escampó y, a medida que la mañana fue avanzando, el sol se asentó en el cielo y comenzó a establecer su reino de calidez mediterránea. Ahora mismo no se está mal. El sol me calienta el lado izquierdo del rostro y me obliga a entrecerrar un ojo. Esto es así: en las guardias de la mañana siempre nos tostamos de un lado, igual que los camioneros.

En el bolsillo trasero del pantalón guardo el sobre con los quince mil euros. No me resulta cómodo tenerlo ahí todo el tiempo, sobre todo cuando me paso varias horas con el culo pegado a la mecedora, pero tampoco es que me quede otra opción. Sería una estupidez intentar esconderlo en algún lugar de la alquería —¿dónde, a ver?, mi madre tiene un olfato especial para ese tipo de cosas— y, además, no quiero, bajo ningún concepto, separarme de él, no sea que, por lo que fuere, me viera obligado a salir por patas y el sobre se quedase atrás. Este dinero es mi as en la manga. Suceda lo que suceda al final con el tema de la herencia y la venta de la finca, yo esta pasta me la he ganado y no pienso renunciar a ella.

Escucho jaleo en la casa. Esther y mi madre discuten. Otra vez. Llevan así quince días, sin parar, una bronca engarzada a otra bronca engarzada a otra bronca. Ya antes de mi llegada, Esther y mi madre acostumbraban a discutir a todas horas, pero desde que la abuela Galilea me nombró Padre Guardián, mi prima anda insoportable: me observa de lejos y la reconcome la bilis. Como no puede gritarme a mí —que para algo soy Padre Guardián— ni tampoco a Zacarías —que últimamente anda como sonámbulo—, Esther se desfoga con mi madre y con tía Inés y con Gabi y con las crías y con los chuchos de la finca. Oigo un portazo y entiendo que la discusión ha terminado. Luego escucho un sonido metálico proveniente de la cocina, el correr del agua del grifo, un leve rumor de escoba barriendo el pasillo. Junto al huerto, dos perros se huelen el culo. Otros dos se enzarzan en una breve bronca, se gruñen y se buscan las patas con los dientes, tengo que chistarles para que se calmen. Una gaviota prueba a posarse en las concertinas que bordean la tapia norte; roza con sus patas las cuchillas, lanza un graznido ofendido y se marcha aleteando. Una manzana se desprende de su rama y cae al suelo.

Caramba, pienso.

Y luego, en fogonazos, tres palabras: manzana, cae, suelo.

Y por último, como un eco de los pensamientos de antaño: este año la Cosecha viene adelantada.

Esta es la primera manzana que cae al suelo este año y he tenido que ser precisamente yo el testigo de tal suceso.

Me pongo en pie. Todavía no sé con qué intención, pero me pongo en pie. Me aproximo al manzano envuelto con la manta, arrastrándola por la tierra húmeda, añadiéndole más mierda a la que ya acumula; llevo la escopeta apoyada sobre un hombro. Me detengo frente a la manzana caída. Me acuclillo y la observo. Un perro peludo y zambo —Gentil, el perro se llama Gentil— me ronda con curiosidad, olfatea la manzana y luego mi rostro, siento la humedad de su hocico empapándome la mejilla. Demasiadas confianzas se toma este perro, a Zacarías no se le habría acercado tanto. Ahuyento a Gentil con un gesto de la mano y la manzana y yo volvemos a quedarnos solos.

Alargo los dedos y la rozo. Su piel es tibia. Blanda. Lisa.

Exactamente como cualquier otra manzana del mundo.

Me pongo en pie. El sol hace brillar la copa del árbol. Las hojas parecen trasparentes, como cristal de botella verde puesto al trasluz. Extiendo una mano y la apoyo en el tronco.

No es la primera vez en mi vida que toco el manzano —¡ni mucho menos!—, pero sí desde mi regreso. A lo largo de estos quince días de guardias me he limitado a contemplar el árbol desde la mecedora, a una distancia prudente, segura, neutral, acorde con mis capacidades y con mis intenciones. Mis capacidades y mis intenciones. Qué palabras más extrañas he escogido. ¿De qué capacidades hablo? ¿De qué intenciones? ¿De la capacidad y la intención de traicionar? Diminutas hormigas trepan trabajosamente por el tronco. Una se me sube al dorso de la mano. Yo me la quedo mirando. Me hace cosquillas. Soplo y la hormiga desaparece.

Sería tan fácil, pienso.

Solo estirar la mano y tomar una manzana.

Esa, por ejemplo. Sí, esa que pende sobre mi cabeza. Tan cerca. Tan tentadora. Esa misma. Apenas tendría que ponerme de puntillas. Un leve tirón y la manzana se desgajaría. Dispuesta y amarilla. Y luego, el mordisco. La hora de la verdad. El instante en el que se abre el telón y el mago descubre todos sus secretos.

Sería tan fácil, joder.

¿Se puede saber qué me retiene? ¿Por qué razón sigo aquí parado como un pasmarote, con la mano congelada a medio camino, incapaz de completar el gesto y arrancar la manzana? ¿Es que tengo que repetírmelo? Muy bien, repitámoslo para que no me quepa ninguna duda.

Yo.

No.

Creo.

Yo no creo que este manzano sea el Árbol del Bien y del Mal. Yo no creo que el incendio del almacén fuera un acto de Dios. Yo no creo que el manzano tenga miles de años de edad. Yo no creo que el hecho de que no tenga vecería y dé fruto todos los años, en lugar de descansar uno, como se supone que hacen los manzanos normales, le otorgue un origen divino: tan solo, y como mucho, una curiosidad botánica y poco más. Yo no creo que Dios esté manteniendo viva a la abuela Galilea para que pueda liderar a la familia en estos tiempos oscuros. Yo no creo que el ictus de mi padre lo causase una serpiente que era en realidad el diablo. Yo no creo que soñase con mi regreso. Yo no creo que mi llegada responda a un plan divino. Yo no creo. Yo no creo. Yo no creo. Yo no creo. Y por eso precisamente, porque yo no creo, abandoné hace quince años mis responsabilidades como Guardián. Porque yo no creo he conspirado y he mentido y sigo conspirando y sigo mintiendo. Porque yo no creo tengo la firme intención de vender Villa Milagro a una empresa inmobiliaria y luego marcharme con viento fresco.

Pero entonces… Entonces, joder, si yo no creo y lo único que quiero es que termine esta farsa, entonces, digo, ¿por qué soy incapaz de morder la manzana? ¿Cómo funciona esto, a ver? ¿Me atrevo a vender el legado de los Miralles para que otros arrasen con todo lo que alguna vez fue sagrado pero no me atrevo a comer del fruto prohibido? ¿Qué mierda de incoherencia es esa?

Me alejo del árbol y de la tentación. La mecedora cruje al recibirme. Me quedo mirándome las manos: tiemblan. ¿De miedo o de impotencia? Quizá sea de rabia. Rabia al constatar que, a pesar del tiempo que viví lejos de mi familia y a pesar de todo lo sucedido desde que volví, en el fondo no sigo siendo más que un cobarde y un supersticioso, un hijo de mis padres, un temeroso y piadoso

Miralles. Y lo peor no es eso. No, lo peor es esta sensación inexplicable que ahora siento, como de haberme zafado por los pelos de un destino horrible. La dolorosa certeza de que he bailado junto al abismo y no me he despeñado por los pelos.

En la radio dan paso al boletín informativo de las doce. Por lo visto, este fin de semana se espera un frente frío proveniente del Atlántico, cuarenta provincias repartidas en quince comunidades anuncian alerta roja. Además, menuda sorpresa, resulta que a pesar de la crisis las empresas del IBEX 35 aumentaron sus beneficios en un 17,91 % respecto al año anterior. A continuación, todos los detalles sobre el sorprendente escándalo en el banquillo del Real Madrid. Corte para la publicidad. Descubre el nuevo tema del grupo revelación. Y suma y sigue: colección de palabras que retratan y explican un mundo que, desde aquí, parece solo una obra de marionetas sin contexto ni sentido.

Zacarías abre la cancela del patio y entra para darme el relevo.

—Perdona el retraso.

—No pasa nada.

—¿Todo bien?

Me limito a asentir y rezo para que no repare en el temblor de mis manos.

—Ha caído una manzana —lo informo—. La primera de la Cosecha.

—Ya veo.

Desde el funeral, mi hermano y yo venimos tratándonos con una cordialidad extraña. Fingimos que nada ha pasado. O mejor, hacemos ver que así han sido siempre las cosas. En todo este tiempo, he intentado estudiar a Zacarías, incluso lo he rondado buscando respuestas, alguna reacción, pero lo cierto es que no he conseguido hacerme una idea concreta de por qué derroteros van sus pensamientos hoy por hoy, qué opinión le merece mi regreso, cómo le ha sentado el nuevo organigrama de la alquería, si me odia, si me quiere, si me tolera, si simplemente aguarda paciente a ver qué hago, dispuesto a tomar cartas en el asunto si en algún momento demuestro no ser digno del puesto.

Zacarías recoge la Remington y yo le cedo el asiento en la mecedora. Lo único bueno de estos quince días es que he podido descansar y que ya casi me he repuesto de mis lesiones. Ya no

necesito la muleta a no ser que pretenda dar un largo paseo. Cuando tengo la mano en la cancela, a puntito de salir, mi hermano me dice:

—Por cierto, tienes visita.

—¿Visita?, —pregunto.

—Visita —repite él, con cara de póker—. En el salón.

Me dirijo, pues, al salón. Ya antes de llegar, escucho la voz de Gabi: suena cabreado. Mis alarmas se disparan. Algo gordo tiene que estar pasando para encender los ánimos de Gabi, con lo tranquilote que es. ¿Habrá regresado el tío Malaquías, junto a otros integrantes de la familia, buscando venganza por la paliza que le propiné a Ezequiel? ¿O tal vez la Casa de Labores al completo ha acudido dispuesta a dar un golpe de estado y hacerse con el poder de Villa Milagro, ese que hace ya tiempo que consideran que les corresponde y que una y otra vez les ha sido negado? Por si acaso, aprieto los puños y aún más los dientes. Estoy más que dispuesto a pelear por el título de heredero. Sobre todo ahora que me encuentro tan cerca de salirme con la mía. Venga, cabrones, venid a por mí. De uno en uno, si tenéis huevos. De uno en uno, he dicho. Dadme una alegría.

—¡Es que no es jus-jus-justo!, —oigo que dice Gabi.

Y la voz de mi madre responde:

—Gabriel, por favor, esto no es serio, creí que ya lo habíamos hablado.

Con mucha cautela me asomo al salón. Lo hago dispuesto a liarme a mamporros, o a mordiscos si es necesario, pero para mi sorpresa, no me encuentro con una recua de primos armados con facas y tubos de hierro; de hecho, el ambiente es el de una amigable visita de cortesía. La primera persona en quien reparan mis ojos es Samara: está sentada en el sofá de raso rojo, las rodillas juntas y las manos sobre ellas, en los hombros un desplome que no sé si es abulia o cabreo. Junto a ella, está Ruth: muy formal y con cierta sonrisa complaciente en el rostro. Mi madre está de espaldas en el sillón orejero, apenas distingo su escorzo de pájaro; detrás de ella, tía Inés se sostiene medio acuclillada en un taburete. Me fijo en que en la mesa de centro hay una tetera y varias tazas de porcelana, además de una bandejita con palmeritas de hojaldre, también una lata de cerveza por abrir. Eso refuerza la sensación de visita de

cortesía: normalmente, cuando alguien de la Casa de Labores tiene a bien pasarse por Villa Milagro, no se lo agasaja con palmeritas de hojaldre; a fin de cuentas, somos familia, y ya se sabe que la confianza da asco, aquí se va directo al grano: para qué has venido y qué necesitas.

—¡Mierda!, —oigo que dice la voz de Gabi.

Me vuelvo y en la otra punta del salón descubro a mi hermano, que se pasea enfurruñado con los puños cerrados. Al verme, lanza un bufido.

—¡Mierda y mierda!, —repite sosteniéndome la mirada, y en su boca la palabrota suena carente de sentido. Luego se vuelve al grupo de mujeres y añade—: ¡Bah!

Gabi viene directo hacia mí, hacia la puerta más bien, y sale al pasillo con el cuello encogido, prácticamente arrambla conmigo. Antes de desaparecer me espeta:

—¿Y tú qué? Estarás contento, ¿no?

Como activada por un resorte, mi madre se levanta del sillón.

—No os preocupéis —dice mientras se arregla el moño—. Yo me encargo de Gabi. Vosotros… —Mi madre me mira a mí y luego a Ruth y a Samara, y después otra vez a mí, como si yo ya tuviera que saber qué significa esa mirada—: Vosotros hablad tranquilos. Vamos a intentar hacer esto bien, ¿os parece? Perfecto.

Mi madre sale detrás de Gabi. Al momento, su cabeza vuelve a asomarse para decir:

—Inés, acompáñame.

Tía Inés parece dudar. Es evidente que lo que a ella le gustaría es quedarse ahí, en el salón, con la juventud, cotilleando. Pero, ante todo, mi tía es obediente, así que se pone en pie, se alisa el delantal churretoso —destaca una mancha roja de pimentón dulce— y se dirige a la puerta. Antes de salir, todavía regresa para coger una palmerita de hojaldre de la mesita, como una última muestra de resistencia. Al pasar, me sonríe pestañeando fuerte.

En el salón quedamos Samara, Ruth y yo. Transcurridos unos segundos de inmovilidad, me descubro intentando decir algo, cualquier cosa, por lo menos un hola o un ¿qué cojones está pasando?, pero mi hermana me hace un gesto con la mano para decirme que chitón, mejor esperar un poquito antes de abrir la boca. De esta guisa transcurre por lo menos un minuto de lo más

incómodo. Ruth bebe un sorbito de té mientras me observa por encima de la taza; lleva el pelo recogido en una coleta, muy tirante, y viste un jersey de cuello alto, falda vaquera, botitas sin tacón. Samara, por su parte, se esfuerza en fingir que yo no existo. Desde que he hecho acto de presencia, mi prima no se ha movido ni para rascarse: mantiene las manos entrelazadas sobre las rodillas y la vista fija en un lugar que no soy yo. Viste una camisa a cuadros rojos y negros, vaqueros desgastados, zapatillas de deporte sucias y viejas. A lo lejos, se oye el repiqueo de la cortina de la puerta principal: Gabi, mi madre y tía Inés deben de haber salido al porche. Esa es la señal que Ruth estaba esperando. Palmea sus muslos con ambas manos y anuncia:

—Bueno, pues yo también me voy.

Antes de salir, aparta la canastilla de mimbre que bloquea la puerta del salón.

—Mejor os cierro para que estéis tranquilos. —Y con la puerta ya casi entornada, añade—: Pero ojo, no os confiéis. Recordad que en esta casa hasta las paredes tienen oídos.

Ruth se va y yo me quedo a solas con Samara. La última vez que eso ocurrió, mi prima me dio una buena tunda y me abandonó a mi suerte en la Cala del Señorito. Por su culpa, en cierta forma, pasé la noche con la mujer rubia y por su culpa, supongo, no estuve presente durante el fallecimiento de mi padre.

Yo miro a Samara, pero ella todavía se niega a admitir mi existencia. Sigue con la vista fija en el punto más neutro del salón: una docena de flores secas que brotan de un jarrón del aparador. Los visillos y las cortinas de cretona están recogidos y la luz de la mañana irrumpe con descaro, con un punto de coquetería, incluso. Sobre el mosaico del suelo se dibuja la sombra de las rejas de las ventanas. El altarcito de la Virgen del Carmen vuelve a ocupar su lugar habitual debajo del ventanal, casi resulta fácil olvidar que el ataúd de mi padre ocupó ese mismo espacio hace apenas una quincena. De hecho, este salón no parece el mismo del velatorio. Tan cálido y tan luminoso. Samara gira la cabeza y me mira por primera vez.

—¿Piensas quedarte todo el día ahí plantado o qué? Ven aquí.

Eso me dice. Y yo le respondo que de acuerdo, lo digo muy bajito, y me acerco hasta el sofá, todavía receloso; incluso se me

pasa por la cabeza que, en algún lugar, por qué no, puede haber escondido un micro, o al menos un teléfono móvil que permita a mis parientes escuchar la conversación a hurtadillas. Me digo: mejor andarse con ojo. Como siempre: cuidadito.

—Toma —me dice Samara, y me acerca la lata de cerveza abandonada junto a la bandeja de pastas—. Tu hermana la trajo para ti.

Abro la lata y le doy un trago. La cerveza está caliente, pero eso a mí no me importa. A fin de cuentas, en Asia y en África y en tantos otros lugares del mundo, por no decir la mayoría, la sirven así, y yo ya hace tiempo que me acostumbré, aunque en el fondo: meado de gato, putos extranjeros que no saben apreciar el placer de una birra bien fría, puaj. Sin modificar su postura, todavía con las rodillas juntas, Samara me habla como si fuera un robot:

—Tu madre dice que cada vez bebes menos.

—Supongo.

—Dice que al principio bebías mucho, pero que ahora mejor.

—Ni que fuera alcohólico.

—O sea, que tu madre exagera.

—¿Cuándo no ha exagerado mi madre, a ver?

Pienso que la frase me ha quedado bastante espontánea y me animo a apostillarla con una sonrisa. Una sonrisa levísima que pretende ser un puente entre dos orillas lejanas. Pero, por lo visto, a Samara no le ha parecido ni espontánea ni mucho menos puente. De hecho, es posible que en sus ojos haya aumentado todavía más ese brillo hostil. Entonces dice:

—Y es verdad que has engordado. Mira que no hace ni un mes que volviste, pero, como mínimo, te has echado encima dos o tres kilos. Cuando llegaste, estabas tan flaco que no parecías tú.

—Con lo que se come en esta casa, como para no engordar.

—¿Por eso volviste? ¿Eh? ¿Para cebarte con los guisos de mamá?

Hay un chasqueo de lengua justo después de la frase. Dudo un instante si responder a la pulla con otra o si mejor ignorarla. Decido coger el camino del medio: la sinceridad.

—No, claro que no volví por la comida —respondo—. Pero es innegable que mi madre y tía Inés cocinan muy bien, y eso ayuda a que la estancia sea más, ¿cómo decirlo?, llevadera.

Nos callamos. Es como si se hubieran secado las palabras entre nosotros. Como si hubiéramos recorrido ya todos los senderos que podían unirnos y hubiéramos descubierto que entre ella y yo solo existen callejones sin salida. Y es entonces cuando, de pronto, lo comprendo. Comprendo qué está sucediendo —qué está a punto de suceder— y me siento un imbécil por no haberlo visto venir, por no haberlo entendido desde el principio, nada más asomarme al salón y ver la mesita de centro con la tetera y las palmeritas de hojaldre. Me pongo tenso y los nervios me electrifican la pierna izquierda, que se pone a dar saltitos por su cuenta: el baile de San Vito como grito no articulado. Pienso: ojalá me encontrara frente al tío Malaquías y una caterva de primos con ganas de patearme la cabeza. Esto es mucho peor que cualquier amenaza de muerte. Para esto no tengo defensas.

Samara se deja de rodeos y pone palabras a mi baile de San Vito:

—La abuela Galilea quiere que retomemos nuestro compromiso.

Eso dice mi prima.

Y yo, por alguna razón, asiento.

Una vez soltada la bomba, Samara cruza las piernas sin prisas, apoya un codo en el respaldo del sofá, se roza con los dedos un rizo de su pelo corto, me mira. Está intentando adoptar una postura de indiferencia, de esas que los psicólogos aseguran que dan cierta ventaja inconsciente en la vorágine de una discusión. Yo, por mi parte, me fijo en que las uñas de sus dedos están mordidas. Antes no se mordía las uñas. Ahora sí. Dice:

—Mantendríamos la misma fecha que ya teníamos con Gabi. Esto es, el 28 de enero. No me preguntes por qué, pero la abuela Galilea está emperrada en que la boda se celebre el día de santo Tomás. La ventaja es que ya está todo organizado: la reserva en la arciprestal, el menú para el convite, el reparto de tareas para poder cerrar el taller de la Casa de Labores… Solo faltaría buscar un traje para ti, porque no creo que el frac de tu hermano te quede bien; igual puedes probar con el que usó Zacarías en su boda. Por mi parte, llevaré el vestido de la tía Fátima, la primera mujer de Jacobo.

Samara termina de hablar y yo, de nuevo, vuelvo a asentir, y de nuevo no sé por qué he asentido. La verdad es que andaba distraído con mis propias cavilaciones y he perdido el hilo de la

conversación. Estaba pensando: menuda jugada la de la abuela Galilea. Pensaba: pero qué lista y qué cruel. Y es que, claro que sí, cómo no, ¿qué mejor manera de atarme definitivamente a Villa Milagro que casándome con la que fue el amor de mi vida? La abuela Galilea sabe que Samara todavía me importa. Tal vez sabe que me importa más de lo que yo mismo sé. ¿Me atreveré a abandonarla por segunda vez? Además, con esta jugada la abuela aprovecha para demostrarme su poder. Me está diciendo: tal vez seas el Padre Guardián de Villa Milagro, Moisés, pero yo sigo siendo la ama y señora de la Casa de Labores, y esa es una autoridad que en ningún caso debe ser ignorada. También, por qué no —se me acumulan las interpretaciones, las estrategias, los pensamientos en paralelo que, en menos de un segundo, me brotan sin acabar de desarrollarse: puro instinto apenas formulado—, también, me digo, de algún modo retorcido esta propuesta de matrimonio puede entenderse como un gesto de buena voluntad. Los Mayores liberan a Samara y me la entregan. Ahora ya no tendrá que limpiarle la mierda de la colostomía a la abuela Galilea ni parir los hijos de Gabi. Ahora Samara es mía. Casi puedo escuchar la voz de grajo de la abuela Galilea diciéndome: tú pórtate bien conmigo, Moisés, y yo me portaré bien contigo.

—Samara —comienzo a decir.

—¿Sí? ¿Qué pasa?

—No tienes por qué hacerlo.

—¿Ah, no?

—Escucha… No tienes por qué casarte conmigo… Ni con Gabi tampoco, si no quieres. Mira, en un par de días yo… Lo único que te pido es…

Me callo. Me callo porque, de pronto, comprendo que no confío en mi prima. O tal vez porque no quiero meterla en problemas de nuevo. Me callo porque no quiero darle falsas esperanzas.

—Uy, Moisés, pero qué gilipollas eres —masculla Samara, y se va calentando—: Ya de jovencito eras un poquito gilipollas, pero de mayor parece que quieras batir un récord mundial o algo así. Pues claro que tengo que casarme contigo. ¿Qué otra opción hay?

Samara se pasa la mano por el cuello desnudo —su piel morena del mismo color que un pan integral casero, igual de deliciosa también— y yo me fijo en que la mano le tiembla, igual que mi

pierna desde hace un rato.

—Y te diré una cosa: en realidad no es tan mala opción. O sea, podría ser peor. Al menos aquí no tendré que limpiar y alimentar a los Mayores ni trabajar en la pulpeadora del taller. Aquí no tendré que soportar al primo Salomón dándome la murga con los horarios de salida, ni al guarro del primo Isaac mirándome el culo por las escaleras, ni a la tía Verónica fregando el suelo con lejía a todas horas mientras reza como una descosida, aquí no me despertará la Dolça con uno de sus ataques nocturnos, que dan un miedo que te cagas, te lo juro, cómo grita la jodida, que parece que la estén matando.

Samara toma aliento y junta las manos porque ella también se ha dado cuenta de que le tiemblan y no quiere mostrarme ningún rastro de debilidad. Me habla mostrándome los dientes:

—De hecho, si me lo monto bien, y eso pienso hacer, aquí en Villa Milagro puedo vivir como una reina. Con mi hermana Esther y con tu madre y con tu tía ocupándose de las tareas del hogar: preparar la comidita, planchar, fregar, todas esas mierdas. Desde luego que aquí puedo llevar una vida mucho mejor que en la Casa de Labores. Mejor también que ahí fuera, trabajando en el peaje de una autopista o de reponedora en un supermercado. Mejor que en una tienda doblando ropa por una miseria o durmiendo en un cajero con otros mendigos. Mejor que de puta.

Samara me arrebata la lata de cerveza, echa la cabeza hacia atrás, cierra los ojos y bebe. Tarda un poco, pero se la acaba de un trago. Luego se limpia los labios con el dorso de la mano y prosigue:

—Porque una cosa te digo: de puta no. ¿Me has oído? De puta no. Que te quede claro desde ya mismo: tú a mí no me vas a tocar ni un pelo del coño. Serás mi marido, sí, vale, de acuerdo, pero no me verás desnuda ni un solo día de tu puñetera vida. Habrá niños. Pues claro que los habrá. Habrá niños y la abuela Galilea se podrá morir tranquila de una condenada vez sabiendo que ha cumplido con su misión, sabiendo que el legado de los Miralles está a salvo y que hay una nueva remesa de Guardianes en el horno. Habrá niños, Moisés, te lo garantizo, pero tú a mí no me tocarás y tampoco preguntarás de dónde vienen esos críos. ¿Estamos?

Trago saliva, entre asustado y fascinado. Digo:

—Estamos.

—Bien. Me alegro de que nos hayamos entendido.

Pasado ese arranque de furia, Samara se deshincha. Estira las piernas y se acaricia de nuevo la nuca, echando quizá de menos su melena, igual que yo todavía, de un modo instintivo, me acaricio a veces las mejillas buscando mi barba. Mírala, cómo le hierve la sangre. Está haciendo un auténtico esfuerzo para no explotar y volver a darme de hostias en la boca. A mí casi se me escapa una sonrisa, pero me contengo, porque sé que Samara malinterpretaría ese gesto, y no quiero líos, ahora no, con ella no. De modo que sonrío internamente. Pienso en lo mucho que me agrada ver así a mi prima. Colérica y hermosa. Imponiendo sus condiciones. Yo pensaba que había claudicado ante las obligaciones y los estándares de los Miralles… Y aunque en cierta forma así es —eso es innegable—, también, en cierta forma, se resiste a hincar la rodilla del todo. Le pregunto:

—Esto que me acabas de decir… Esto de que los niños vendrán pero nadie sabrá de dónde… ¿Se lo dijiste a Gabi también?

—Pues claro —me responde ella, entrando al trapo; ahora que ha comenzado a largar ya no hay quien la pare—. ¿Qué te crees? Gabi pilló enseguida cómo iría el asunto y no puso ni una pega. Te diré más: incluso a tu madre le pareció bien. Sí, eso es, Moisés, no me mires así. Tu madre puede ser una mujer muy devota, yo no digo que no, pero sobre todo es práctica. ¿Cómo iba a permitir que su nuera tuviese hijos con un retrasado? Hacen falta Guardianes fuertes y sanos para proteger el manzano.

Nunca había imaginado algo así, pero, de pronto, me doy cuenta de que lo que dice Samara tiene sentido. A fin de cuentas, la hemofilia nos ha respetado y pocos síndromes de Down hay en la familia teniendo en cuenta el tiempo que llevamos fornicando entre nosotros. ¿Cuántas veces, me pregunto, a lo largo de la historia de Villa Milagro y de la Casa de Labores, cuántas veces habrá sucedido algo parecido a lo que Samara me acaba de exponer? ¿En cuántas ocasiones las mujeres habrán maquinado a espaldas de los hombres para asegurar la continuidad del legado? ¿Cuántos hijos de los Miralles no son en realidad hijos de los Miralles? De hecho… ¿No resulta un poco sospechoso que mi padre fuese incapaz de preñar a tía Inés pero sí a mi madre? Samara sigue hablando:

—Pobre Gabi… La verdad es que habría sido un marido

estupendo. Seguro que me habría cuidado un montón y te juro que yo a él también. Y si algún día le hubieran entrado ganas de empotrar algo, porque a fin de cuentas Gabi es humano, y además no veas lo salidos que son los subnormales, pues ningún problema: yo misma lo habría llevado al puticlub para que se desfogase. Que para eso están las putas, joder, para hacer el trabajo que yo no pienso hacer.

Samara se pone en pie, llevada por el ímpetu de sus palabras. Yo me pongo en pie también y la sigo hasta la puerta del salón. La conversación ha terminado, de eso no me cabe duda; comprendo que no puedo posponerlo más: si tengo la intención de decir algo, más vale que lo diga ya.

—Me alegra que hayas dejado las cosas tan claras.

—Serás… —Gruñe.

—Lo digo en serio —me adelanto, apaciguador—. Agradezco que hayas sido tan… honesta. Sobre todo después de nuestro último encuentro. No me negarás que es una mejora.

Samara me observa suspicaz, una ceja más alta que la otra, incapaz de descifrar si le estoy tomando el pelo o no. A mí me entran ganas de estirar la mano y meter los dedos entre sus rizos esponjosos y cortos. Y pienso: todavía tiene los ojos igualitos a los de Jennifer Connelly. Estoy tentado de preguntarle cómo fue su huida, hasta dónde llegó, qué hizo para sobrevivir, qué la obligó a regresar. Pero sé que si pruebo a hurgar en la herida, Samara se revolverá como un animal acorralado y entonces volveremos a comenzar la cadena de desprecios y la perderé de nuevo. De modo que digo:

—Dile a la abuela Galilea que acepto el compromiso: nos casaremos en enero. De hecho, propongo celebrar el convite aquí mismo, en el patio de Villa Milagro, creo que es hora de oficializar el… ¿Cómo llamarlo? El cambio de etapa.

Samara abre la boca para replicar. Desde luego, no parece acabar de creerse esta versión serena y cabal que acabo de mostrarle.

—Vale, pues estupendo, genial —termina por decir.

Abre la puerta y se va.

Yo vuelvo a colocar la canastilla de mimbre en su sitio y dejo la puerta abierta de par en par. En esta casa no hay puertas cerradas,

tampoco privacidad, ni siquiera sentido del yo. Esta casa es lo más cercano a un estado marxista-leninista que ha existido jamás —mucho más que China o que Vietnam o que Cuba o que cualquier otro país comunista que haya visitado—. Esta casa es en sí misma un país aparte, con sus leyes y sus tradiciones y sus fiestas de guardar. ¿Alguien ha dicho la palabra secta? Diez puntos para el avispado concursante.

Me giro y contemplo el salón con los brazos en jarras. ¿Se puede saber qué coño acaba de pasar? En ocasiones la vida te ofrece una segunda oportunidad cuando ni siquiera la pedías. Bueno, pienso, qué carajo más da. A fin de cuentas, esa boda nunca llegará a celebrarse. Por segunda vez, dejaré plantada a Samara frente al altar.

De hecho, para el día de santo Tomás de Aquino yo ya estaré lejos, a ser posible tomándome un daiquiri en una hamaca de cuerdas trenzadas en una playa de arena blanca, en algún país políticamente inestable pero indudablemente hermoso. Tengo que decidirme de una vez sobre el destino de mi retiro. Pienso: siempre he querido ir a Jamaica a enterrarme en marihuana y aguardiente. O tal vez Madagascar. Si estás forrado y no te molesta que a tu alrededor la gente se muera de hambre, los hoteles de cinco estrellas allí deben de ser una auténtica maravilla.

En cualquier caso, no hay que darle más vueltas. Yo me iré y Samara será la primera en celebrar mi ausencia. Y sin embargo… ¿Sin embargo qué, hostias, qué?

Me acerco a la chimenea. Mi retrato sigue marginado de los demás, tan bajo que casi toca el zócalo de porcelana. En estos quince días en los que he ejercido como Padre Guardián nadie ha tenido la osadía o la fe suficiente como para trasladar mi imagen del rincón de los traidores al mural de los benditos —un pensamiento: ¿verdad que en esa frase hay implícitas unas mayúsculas? El Rincón de los Traidores y el Mural de los Benditos. Otro pensamiento: Villa Milagro está lleno de mayúsculas—. Me acuclillo apoyando una mano en la repisa de la chimenea y observo mi foto de cerca. Debo de tener dieciséis o diecisiete años. Una sonrisa despistada, la sombra de un bigote sobre el labio superior, la marca de las gafas de sol en la cara; la foto me la tomaron en verano y yo traía encima la insolación de una guardia larga. Luego

me fijo en la del primo Lázaro y sus orejas de soplillo. Por último, la foto en sepia del bisabuelo Miguel con la boina de requeté ladeada con donaire. No podían ser más diferentes los tres retratos. No podíamos ser más diferentes los tres traidores. Y, sin embargo, ahí estamos. Condenados a permanecer juntos, eternamente colgados del revés, años y años subiéndonos la sangre a la cabeza.

Descuelgo mi retrato. En su lugar, en la pared queda una marca decolorada y rectangular. Luego me pongo en pie y me dedico a contemplar las dos paredes repletas de rostros de Miralles. Me tomo mi tiempo. Finalmente, me decido: descuelgo el retrato en sepia del bisabuelo Abraham, el que fue el gran defensor de Villa Milagro durante la Guerra Civil, y lo sostengo en la mano. En la foto, mi bisabuelo aparece posando con un cigarro de liar entre los dientes, los pulgares prendidos a la faja de campesino, al fondo, el manzano en flor. Para ser un héroe sin mácula, pienso, tiene una pinta de bestiajo que no puede con ella. Dejo la foto en sepia sobre la mesita del salón y, en el clavo que ha quedado libre, cuelgo mi retrato. Me alejo y contemplo el resultado.

Oigo pasos. Es Ruth. Sus botitas hacen un sonidito peculiar, como de taconeo de película de dibujos animados.

—¿Te gusta?, —me pregunta.

—¿Que si me gusta el qué?

—Formar parte de los Miralles otra vez.

Me encojo de hombros. Prefiero cambiar de tema:

—¿Cuándo firmamos la herencia?

—Sobre eso te quería hablar.

Mi hermana apoya una mano en mi hombro, obligándome a inclinar la cabeza. Me susurra al oído:

—Mañana.

—¿Mañana?

—Eso es: mañana. A las cinco. En la Casa de Labores. El notario ha accedido a desplazarse desde Castellón, todo un detalle por su parte. Se leerá el testamento ante toda la familia, lo arreglaremos para que seas declarado heredero único, y, en cuanto terminemos, tú y yo nos iremos directamente a reunirnos con la señora Nissenbaum. El lugar de la cita todavía está por definir. Pero vamos, que me han dicho que no nos preocupemos, que será en un sitio privado y seguro.

—Desde luego, todo son facilidades —digo, con un puntito de sorna.

Mi hermana prefiere ignorar la pulla, ocupada como está en desplegar ante mí cada uno de los matices de su plan.

—La señora Nissenbaum me ha asegurado que el señor Antich en persona vendrá a cerrar el trato.

—Oh, qué honor.

Ruth mira a uno y otro lado del salón, como si temiera que alguno de los fotografiados fuera a saltar desde su marco y señalarnos con un dedo acusador.

—Moisés…

—¿Sí?

—No te irás a rajar ahora, ¿verdad?

—¿A rajar? ¿Yo?

—Lo de Samara… Por favor, dime que no eres tan tonto como para caer en la trampa de la abuela.

—No, claro que no.

—Oye… ¿No le estarás cogiendo el gustillo a esto de ser Padre Guardián?

Me río. Es una carcajada brusca, como un latigazo, a la que sigue una risa que más parece una tos, y que me desarma, me obliga a inclinarme sobre mí mismo, apoyar las manos en las rodillas para descojonarme mejor. Me doy cuenta, por la forma como Ruth me mira, que mi risa debe de sonar un tanto extraña, demasiado fuerte, quizás, o mejor: demasiado feroz.

—¿Sabes qué hice anoche, Ruth?, —digo, incorporándome—. Jugar a la perejila con madre y con Gabi. ¿Y la noche anterior? Lo mismo. ¿Y la anterior? Lo mismo. Cada vez que madre reparte cartas tengo que hacer un auténtico esfuerzo para no vomitar.

Me acerco dos dedos a la boca y finjo una arcada.

—¿Dices que mañana firmamos? Cojonudo. Esta noche será la última que pase en Villa Milagro. No podría ser más feliz.

Mi hermana me escudriña con atención, intentando leer en mi rostro yo qué sé qué. La escudriño yo también a ella, y me fijo en que tiene los ojos enrojecidos, se nota que ha intentado disimular sus ojeras con maquillaje. Ruth debe de estar durmiendo poco. Seguramente le preocupa la cercanía del final. A mí, por el contrario, me la trae floja. He llegado a un punto en el que todo me

la pela. Ruth mete la mano en el bolsillo y me muestra mi *smartphone*, que no había vuelto a ver desde que el tío Jacobo me lo arrebató en la Casa de Labores.

—Toma —me dice—. Por si acaso tengo que ponerme en contacto contigo.

Luego mi hermana aparta la mirada y se arregla la coleta, dejándose el pelo todavía más tirante.

—Tengo que llevar a Samara de vuelta. Nos vemos mañana. Sé puntual.

—¿No os quedáis a comer?, —pregunto con aire despreocupado, mientras me tumbo en el sofá y cruzo las piernas—. Creo que madre va a preparar arroz al horno. Ya sabes que le sale buenísimo.

Mi hermana se detiene en el marco de la puerta. Esta vez sí he conseguido cabrearla.

—No, Moisés. No nos quedamos a comer.

Ruth se va y yo me quedo solo. Por fin. Apoyo la cabeza en un cojín cubierto con una funda de ganchillo y cierro los ojos. Me envuelven los sonidos de Villa Milagro.

Fuera, un coche arranca y las piedrecitas de la finca borbotean a su paso; al alcanzar la Senda Grande, el sonido de las ruedas se vuelve más rotundo, luego se adelgaza y desaparece. Escucho varias veces el tintineo de la cortina en el porche, conversaciones a media voz, el bisbiseo particular de mi madre, un perro que ladra. Gabi pasa por delante del salón mascullando para sus adentros y sube la escalera, distingo sus pasos en el piso superior, un portazo, los muelles de un colchón que chirría. Junto a la ventana, un par de verderones se arrancan a cantar. El Reloj de la Cosecha hace tañer su campana de bronce y su eco rebota en la bóveda del salón con una majestuosidad dorada.

Ya queda una hora menos.

30. Última noche en Villa Milagro

Antes de esta última noche en Villa Milagro yo ya viví una última noche en Villa Milagro. Pienso en ella a menudo y es normal que vuelva a hacerlo ahora. Inevitablemente siempre acabo formulándome la misma pregunta: ¿qué sucedió para que yo decidiera mandarlo todo al carajo? ¿Cuál fue la gota que colmó mi vaso?

Por más que miro y remiro atrás no encuentro una respuesta clara. De hecho, me veo obligado a admitir que, en ese momento, yo andaba atravesando un periodo de calma en mi vida —¿de resignación, quizá?—: la boda con Samara cada vez estaba más cerca —mi madre ya me había hecho probarme un par de trajes antediluvianos del Cuarto de las Cosas— y la relación con mi padre era, si no buena, al menos sí neutra. Es cierto que aquella tarde, la de antes de mi última noche en Villa Milagro, mi padre y yo tuvimos una bronca… pero, vamos, nada fuera de lo normal, al menos según los estándares que él y yo manejábamos. Más que bronca fue una riña. Un levantar la voz. Un encontronazo. En todo caso, nada que justificase la decisión radical que yo iba a tomar apenas unas horas después.

Imagino que eso es lo que pasa con las gotas que desbordan vasos.

Por sí sola la gota no es gran cosa, pero todo lo acumulado sí lo es.

La bronca sucedió tal que así. Estábamos mi padre, Gabi y yo educando a un par de perros en La Caleta. Digo «educando» porque así es como lo llaman en Villa Milagro, pero lo que hacíamos era entrenar a los perros para que mordiesen cuando tenían que morder y callasen cuando tenían que callar. Educar en mi casa es sinónimo de criar soldados. Y es forzoso admitir que los Miralles tenemos un arte especial para eso. Podría haberme ganado la vida dirigiendo algún centro de adiestramiento para chuchos problemáticos. Muchas veces estuve tentado de hacerlo. Al final siempre me resistí. Demasiados recuerdos.

Como digo, aquella tarde estábamos educando a unos perros, en

concreto a dos cachorros de mastín: los hijos del viejo Inmolado, los posibles padres de Pilatos, el perro atigrado que me mordió el tobillo. Como era agosto y el calor asfixiaba, bajamos a La Caleta para que, al menos, la brisa del mar nos refrescase un poco. De hecho, tan cerca del mar estábamos que, antes de ponernos a trabajar, aprovechamos para plantar tres cañas entre las piedras de la orilla, a ver si en ese rato picaba alguna moixarra y esa noche teníamos pescado fresco que echar a la sartén.

Recuerdo que Gabi se pasó como media hora azuzando a los cachorros con una fregona. La idea era cabrearlos, ponerlos a tono para lo que vendría después.

—¡Madre mía! ¡Madre mía!, —repetía mi hermano una y otra vez, en tono admirativo, cuando alguno mordía con ganas la peluca de la fregona—: Pero ¡madre mía!

A Gabi educar a los perros le ponía de buen humor. En realidad, todas las cosas, desde sulfatar los limoneros hasta arreglar la techumbre del cobertizo, le ponían de buen humor.

Luego fue mi turno. Me coloqué el mordedor en el brazo y me dispuse a recibir el envite de los mastines. ¡Con qué entusiasmo y con qué torpeza atacaban los hijos de Inmolado, los posibles padres de Pilatos! Llevar el mordedor —una especie de manga acolchada que te asfixia el brazo— era agotador, pero debo admitir que proporcionaba también cierta satisfacción paleolítica, como la que da acertar con la escopeta a un tordo o arrearle un puñetazo a un desconocido. Llevar el mordedor implicaba sudor y pantalones manchados de tierra, también cierto entumecimiento en el hombro y sobre todo adrenalina bombeando tras los ojos cuando los perros clavan sus dientes en tu antebrazo almohadillado. A veces, si alguno salía peleón, también podía implicar un moratón.

Lo más importante era que los chuchos aprendiesen a morder solo cuando nosotros queríamos: recalibrarles el instinto y convertir su ferocidad en herramienta. Por eso a uno lo sujetaba mi padre y, al otro, Gabi; mientras tanto, yo meneaba una caña partida por la mitad que sonaba como una carraca. Ese ruido tentaba a los perros, los volvía locos, pero estos tenían que permanecer quietecitos, aguantarse los dientes, hasta que, bien mi padre, bien Gabi, les susurraban:

—Ataca.

Si atacaban antes de hora, había hostias. Si dudaban, había hostias. Si cumplían, había galletitas y caricias en el lomo. Encontrar el punto justo no era fácil: el perro tenía que temernos y, al mismo tiempo, adorarnos.

Pero me estoy yendo por las ramas: el caso es que esa tarde, cuando ya habíamos dado por terminada la sesión, justo cuando me estaba quitando el mordedor, a uno de los mastines se le cruzaron los cables y decidió cobrarse la pieza que durante toda la mañana le habíamos negado: fue directo a por mi entrepierna. Por suerte, reaccioné a tiempo. Agarré la carraca y le aticé fuerte.

—¡Cagon tó!, —dije.

El perro se retiró con la cola tras las piernas y las orejas gachas; en el hocico, una herida. Mi padre, que en ese momento se encontraba recogiendo el carrete de las cañas de pescar, me reprochó desde la distancia:

—En la cara no.

Y yo le respondí:

—Pero ¿tú lo has visto? Que casi me arranca los huevos el desgraciado.

Y mi padre, sin mirarme, ocupado en desclavar una lombriz:

—En la cara no, he dicho, que los puedes dejar tuertos, y un perro tuerto es medio perro.

Supongo que protesté otra vez, aunque no recuerdo qué dije ni qué no.

—Parece mentira que no aprendas —gruñó él.

Y ya está: así fue como estalló la bronca. Menuda tontería, ¿no es cierto? Mi padre y yo comenzamos a gritarnos —sobre todo quien gritaba era yo— y también comenzamos a decirnos verdades y a recriminarnos hechos pasados que, en realidad, nada tenían que ver con si hay que pegar a un perro en la cara o no. La discusión terminó conmigo marchándome de La Caleta hecho una furia. De lejos, mi padre gritó:

—¡En la cara tendría que arrearte yo!

Y eso fue todo. Por más que busque, no hay donde rascar. Ya lo he dicho antes: ese encontronazo no contaba siquiera como bronca. ¿Cómo va a ser entonces la gota que colma el vaso?

El resto del día todavía fue menos reseñable. Sé que, como todas las noches, cené con mi familia a eso de las nueve y media, con una

variación de un cuarto de hora arriba o abajo. Sé que me mantuve callado y gruñón, para que se notase que todavía andaba ofendido, y sé que mi padre estuvo como siempre, esto es: distante y seco. Ninguno de los dos hizo mención al altercado de La Caleta. Como cada noche —en Villa Milagro todo es repetición—, mientras mi madre y tía Inés preparaban las infusiones, los Guardianes dimos el parte al Altísimo.

—Todo en orden, Señor —dijo mi padre.

—Todo en orden, Señor —dije yo, entre dientes.

Luego jugamos una partida de cartas. No recuerdo a qué. Al tute o a la perejila o a la brisca o a la escoba o al mus. Sé que no fue al cinquillo porque íbamos en parejas. Desde que el abuelo Jeremías falleció y desde que Jacobo abandonó su puesto como Guardián para mudarse a la Casa de Labores y desde que Ruth se casó con el primo Salomón, las partidas nocturnas habían ido perdiendo progresivamente su emoción. Recuerdo que formé pareja con mi madre y recuerdo también que ganamos casi todas las partidas, no por mérito mío, sino porque mi madre tenía —y tiene— un don especial para contar las cartas y porque Gabi nunca acababa de pillar las señas que mi padre le hacía cuando tenía triunfo. Tía Inés mataba el tiempo haciendo calceta junto al horno de principios de siglo. El tintineo de sus agujas de coser también forma parte inseparable de las fotocopiadas noches de Villa Milagro.

Un apunte que me salta a la cabeza: mi tía sigue cosiendo junto al horno mientras el resto de la familia juega a las cartas, noche sí y noche también. Sentadita en el mismo rincón, seguramente en la misma silla de madera con asiento de anea: mi tía, las agujas y su clin, clin. Como si el tiempo en la alquería estuviera hecho de reflejos y de ecos. Para mí, ha sido antinatural pasarme quince noches escuchando el sonidito de sus agujas, volver a sentarme a la mesa de la cocina, los mismos o parecidos naipes en la mano. ¿Cómo no se me iba a revolver el estómago al descubrirme de nuevo preso del bucle de Villa Milagro?

Pero a lo que iba: mi última noche en Villa Milagro. ¿Qué más sucedió? Ah, sí, a las doce sonó el reloj del salón. Me levanté y di las buenas noches desde la puerta de la cocina. Fui al patio y relevé a Zacarías. No me despedí de un modo especial de mi familia porque todavía no sabía que estaba a punto de irme.

Recuerdo que era una noche calurosa, plagada de mosquitos. Cada dos por tres, me echaba un chorro de espray repelente por encima, como si fuera una ducha, pero daba lo mismo, los muy cabrones eran inmunes al veneno y mis piernas y mis brazos se iban llenando de inflamados puntitos rojos. Café frío en un termo y rodajas de melón a medio mordisquear. En la radio, un programa al que gente muy triste llamaba para contar lo triste que era su vida. En definitiva: una guardia como cualquier otra.

En ningún momento volví a pensar en la bronca de La Caleta. No me pasé horas macerando mi rencor ni me dediqué a repetir interiormente las réplicas agudas que en la playa no había sido capaz de dar. No lo hice, de verdad que no, no recuerdo al menos haberlo hecho. Sin embargo, algún seísmo debió de suceder dentro de mí. De algún modo, digo yo, tuve que dar forma lentamente a la decisión de mandarlo todo a la mierda. Porque una decisión tan importante, pienso, no puede llegar solo por capricho… ¿O sí?

Samara iba a cumplir dieciocho en un par de meses. Mi madre y la abuela Galilea hablaban de casarnos para antes de Año Nuevo. Yo tenía diecinueve. Y aunque es cierto que me había pasado la adolescencia fantaseando sobre mi huida —dónde iría, las cosas que haría, la gente a la que conocería—, lo cierto es que en los últimos tiempos cada vez conjeturaba menos sobre marcharme y más sobre cómo sería esa inminente boda con Samara, el anillo en nuestros dedos, una habitación con cama de matrimonio con dosel en el piso superior de Villa Milagro, el convencimiento de que cuando me llegase el turno no trataría a mis hijos como mi padre me había tratado a mí. Supongo que estaba madurando. O puede que, igual que a los perros del patio, a fuerza de patadas y de galletitas, a mí también me hubieran terminado de educar, no sé.

Se me ocurre: tal vez fue precisamente eso.

Sí, exactamente. Tal vez el detonante de mi huida fue que, por primera vez, no sentía la necesidad de huir. De algún modo supe —o mejor dicho: intuí— que me encontraba en un punto de no retorno. O me escapaba esa noche o ya no iba a ser capaz de hacerlo nunca.

El cuchicheo de la radio se me hizo de pronto insoportable, así que la apagué. Enseguida, como con ansia, el Mediterráneo ocupó el silencio que el transistor acababa de dejar. Sin saber todavía por

qué, me levanté de la mecedora. Miré a mi alrededor y vi que el cielo comenzaba a clarear sobre la alambrada y las concertinas. La decisión, llegara como me llegase, ya estaba tomada.

Fui hasta la huerta y me sumergí entre los tomates y las calabazas, sin miedo a pisar lo plantado. Agarré la Remington 870 con ambas manos, hice un molinete para coger impulso y la arrojé por encima del muro. No se oyó el chapoteo que hizo al caer al mar. El bramido de las olas lo ocupaba todo.

Luego me planté frente al manzano. Lo contemplé un rato manteniendo las distancias y por fin aparté la vista, como si de alguna manera sus frutos pudieran juzgarme. Salí del patio y cerré la cancela. A través de los barrotes, los perros me observaban a los pies de la mecedora vacía, con una expresión interrogante en los ojos. No estaban acostumbrados a quedarse solos y, por un momento, temí que aullasen exigiendo mi retorno. También, supongo, no lo voy a negar, en cierta forma temí un castigo, digamos, divino. Que el suelo se abriese bajo mis pies. O que una voz de trueno me gritase dentro de la cabeza:

—¿Dónde crees que vas, descreído? ¡Vuelve a tu puesto!

Pero ni los perros ladraron ni Dios vino a recordarme mis obligaciones como Guardián. De modo que, de puntillas, con todo el sigilo del que fui capaz, atravesé el pasillo y llegué a la cocina. Tanteé entre las sombras —¡ni de coña iba a atreverme a encender la luz!— y cogí un salchichón, unas rebanadas de pan de payés y un cuchillo. Lo guardé todo en una bolsa del Caprabo. Luego me encaminé al recibidor. Busqué la llave, abrí los dos cerrojos de la puerta principal, descorrí el pestillo; el sonido de las cerraduras y de la cadena se me antojó estruendoso. Durante un tiempo permanecí allí, esperando a que alguien diera señales de haberse despertado y bajara las escaleras a ver qué hostias pasaba. Pero nada. Ya estaba a punto de marcharme cuando caí en la cuenta de que no llevaba ni un duro encima. Me dirigí al perchero y rebusqué entre los abrigos. Encontré el bolsito de macramé de mi madre. En el monedero había un billete de veinte y otros seis euros en monedas. Me lo guardé todo en el bolsillo.

Salí de la casa y crucé el sendero de los cipreses. Recuerdo que todavía andaba de puntillas, tenía miedo de que mis pisadas en la gravilla pudiesen sonar a hormigonera, tardé una eternidad en

recorrer el camino que iba del porche a la salida de la finca. El sol, mientras tanto, tuvo tiempo de sobra para terminar de alzarse. Colgaba a ras del mar como un único ojo blanco. Si alguien se hubiera asomado a la ventana de la alquería, habría podido distinguir mi silueta perfectamente: un muchacho que huye.

Cuando por fin alcancé la verja, el cachorro de mastín al que había golpeado en el hocico con la carraca vino a mi encuentro. Se refrotó contra mi pierna, como queriendo hacer las paces. Me puse en cuclillas y lo acaricié.

Salté la verja, que estaba cerrada con candado, y, una vez en la Senda Grande, comencé a correr. No paré hasta llegar a la carretera. Allí, por primera vez en mi vida, hice un gesto que —yo no lo sabía, inocente de mí, no lo sabía— en el futuro iba a repetir cientos de veces. Cerré el puño, levanté el pulgar y lo mostré a los conductores con la esperanza de que alguno se detuviese.

31. ¿Es usted Dios?

Despierto.

Alargo la mano y apago la alarma del reloj un segundo antes de que suene, igual que mi padre hizo tantas veces en su vida. Por cierto que este es el mismo reloj que durante años marcó sus jornadas. Nada más volver del funeral, mi madre lo dejó en mi mesilla. Supongo que era su forma de decirme que ahora mi tiempo no era otra cosa que la continuación del tiempo de mi padre.

El reloj marca las once. Anoche tuve guardia y esta mañana me acosté a las seis. He dormido apenas cinco horas y el cuerpo me pide seguir en la cama, pero es que hoy es un día importante: tengo muchas cosas que hacer. Convertirme en heredero. Transfigurarme en traidor y en hereje. Volverme millonario. Despedirme para siempre de estas tierras. Muchas cosas, ya digo.

De momento, lo primero que hago es comprobar si el sobre del dinero sigue prendido al pantalón del pijama. Sí. Todo correcto. Bien.

Lo segundo que hago es frotarme los ojos, apartar la manta, sentarme en la cama, fijar la vista en el palanganero y en la jofaina con estarcido de flores y hojas de parra. He tenido un sueño, pero no soy capaz de recordarlo. O tal vez sí. Había un barco, creo, y una tormenta, y si no me equivoco, acompañándome estaban el primo Lázaro y el bisabuelo Miguel. Sí, seguro que estaba el bisabuelo Miguel; aunque el sueño era en color, la piel de mi bisabuelo tenía la misma tonalidad sepia que en la foto, y llevaba también la boina de requeté incrustada en la cabeza hasta las cejas. ¿Qué más? El sueño está ahí, prendido de una neurona, a puntito de salir volando, lo único que tengo que hacer es tirar de él con delicadeza para recuperarlo. Pero vaya chorrada estoy diciendo. ¿A quién le ha servido de algo recordar sus sueños? Me froto los ojos con el envés de las manos, a ver si así termino de borrar al primo Lázaro y al bisabuelo Miguel y el barco y la tormenta. Me levanto. Azulejo frío bajo mis pies descalzos.

Recojo la persiana de varillas y la luz me lastima los ojos. Contemplo el mar de un verde profundo, la silueta de edificios

nebulosos que es Berinossent, la playa de La Caleta ahí abajo. No veo a la mujer rubia por ningún sitio. No he vuelto a verla desde que nos despedimos el día del velatorio. He pensado en ella muchas veces. Sobre todo por la noche. Pienso en ella ahora. ¿De verdad la conocí? ¿De verdad se sentó a horcajadas sobre mí? ¿De verdad me cuidó y me ayudó a sanar? ¿O fue todo un sueño, igual que el sueño borrado de esta noche? Me decido: quiero verla una última vez antes de marcharme de nuevo. Me apetece despedirme y darle las gracias. Y también, ¿por qué me cuesta tanto admitirlo ante mí mismo?, también necesito comprobar qué edad tiene exactamente, si es tan hermosa como a veces la recuerdo, o tan mayor y acabada como en realidad intuyo. Me gustaría, además, hacerle un par de preguntas: ¿cuál es su nombre?, ¿y su nacionalidad?, ¿qué hace viviendo sola en un urbanización abandonada?, ¿por qué se empeña en bañarse en La Caleta cuando sabe de sobra que eso molesta a mi familia?

Abro la ventana de par en par. Apoyo las manos en el alféizar y saco la cabeza. Cierro los ojos. En mis párpados cerrados todavía se mantiene la impronta dorada de la luz. Dejo que el bombardeo de las olas me llene los oídos y me reverbere por las cavidades internas del cuerpo: olas en mi cráneo, olas en mi caja torácica, olas en mi estómago. Pienso: ya no hay marcha atrás.

Voy al baño y me doy una ducha. Me afeito. Desde que soy Padre Guardián lo hago todos los días. El martes, mi madre fue al mercadillo de Berinossent y, sin consultármelo, me compró unos vaqueros de un estilo que ella cree moderno, pero que, en realidad, tiene un punto más bien macarra, muy valenciano, con un deslavado en los muslos y la huevera bien prieta. Me los pongo. Luego escojo una camisa blanca que seguramente perteneció a mi padre, o tal vez a Zacarías, yo creo que a mi padre. Introduzco con cuidado mi pie lesionado en una zapatilla blanca, también nueva, y compruebo que no me aprieta demasiado; hoy es mi primer día sin chanclas en no sé cuánto tiempo. Me miro en el espejo. Pienso: no está nada mal. Es cierto que la hinchazón de la nariz y del labio superior todavía me deforma y me afea la cara, pero poco a poco mis heridas han ido mejorando y hoy casi —casi— parezco una persona normal. En el último momento me decido y agarro la colonia de mi padre. Siempre me hizo gracia el nombre: Agua de

Colonia Concentrada Álvarez Gómez. Mi padre solo se ponía colonia en las ocasiones especiales, pero, cuando lo hacía, se perfumaba a lo bestia: las cosas o se hacen bien o no se hacen. Me echo unas gotas en el cuello de la camisa y me mojo el pelo. Son este tipo de detalles, pienso, los que terminan de crear al personaje.

Aporrean la puerta.

—¡Me hago pis!, —dice Nazaret desde el otro lado.

Abro y descubro a mi sobrina vestida solo con una camiseta enorme, el pelo recogido con demasiadas horquillas de distintos colores. En la camiseta pone «GREETINGS FROM CALIFORNIA» y un dibujo de un surfista cabalgando una ola. Nazaret me echa un vistazo y enarca una ceja que no sé si es admirativa o solo sorprendida.

—¡Puf! ¿A qué huele?, —pregunta, tapándose la nariz.

—¿Tú no tendrías que estar en el cole?, —contraataco yo.

Nazaret se encoje de hombros.

—Mi madre ha dicho que hoy no estaba de humor para llevarme.

Fugazmente pienso: esta puede ser la última vez que vea a mi sobrina.

Nazaret entra en el baño. Nada más cerrarse la puerta, caigo en la cuenta de que me he dejado el sobre con los quince mil euros encima de la tapa del retrete. Me entra el pánico. Golpeo la puerta.

—¡Nazaret! ¡Abre!, —grito, y me pongo nervioso—: ¡Que abras he dicho!

La niña abre la puerta. Una expresión de fastidio en sus ojos. Me entrega el sobre, negro y arrugado.

—Toma, pesado —me dice, y vuelve a cerrar.

Atraída por los gritos, la cabeza de Esther asoma por una de las puertas del pasillo. Ya de buena mañana trae el pelo envuelto en uno de esos turbantes de muchos colores marca de la casa. Le doy la espalda y escondo el sobre en el bolsillo trasero de los vaqueros. Marcho hacia la escalera y no tengo que dame la vuelta para saber que Esther sigue observándome fijamente, con los ojos entrecerrados para odiarme mejor. Seguro que intenta adivinar qué es ese bulto que acabo de esconder en el culo, cuáles son mis intenciones, qué obscenidad acabo de decirle a su hija. Levanto una mano y, sin volverme, le dedico una peineta.

—¡El día de la infamia!, —me grita. E insiste—: ¡Hoy es el día de la infamia!

En la cocina desayuno café con leche, una tostada con tomate y queso fresco. Al principio estoy solo, pero al poco aparece tía Inés. Trae en el delantal media docena de limones que acaba de recoger. Los deja caer sobre la mesa, estos ruedan cada uno en una dirección distinta, como si tuvieran vida propia, pequeños bichos amarillos sin ojos ni patas, uno de ellos casi me tumba la taza del café.

—¿Has visto este? —Me sonríe—. Tiene el tamaño de una cabecita de bebé.

Tía Inés entra en la despensa y la cortina de tela bambolea a su paso, enseguida sale cargando una caja de madera llena de alcachofas. La deja en el suelo, junto a las botellas de butano, pone una olla al fuego, parece acordarse de algo, vuelve a entrar en la despensa y sale mordisqueando algún dulce. Agarra una de las alcachofas y la golpea contra la encimera para que se abra un poco, luego comienza a arrancarle hojas con las manos hasta acercarse al corazón. Yo me corto otro pedazo de queso fresco. No sé qué tiene este queso, pero en ningún lugar del mundo sabe igual.

—¿Quieres que prepare algo especial?, —dice tía Inés mientras machaca otra alcachofa contra el granito de la encimera.

Yo tengo la cabeza en otra parte. Ella insiste:

—Para celebrarlo, quiero decir. —Y me guiña un ojo.

—No pensaba comer en casa, tía —digo, como medio dormido.

—Ah, vaya.

—Lo siento.

—Bueno, para cenar entonces, ¿eh?

Se me escapa una sonrisa.

—Perfecto. Para cenar entonces —miento.

Me levanto y llevo el plato y la taza al fregadero. Los lavo y los pongo a secar bajo la ventana. En la estantería, junto a la acumulación de escudillas de cerámica antiguas y jarras de peltre de otro siglo, hay varias botellas de vino, sin etiqueta, cristal verde y líquido oscuro. Aparto la vista para no caer en la tentación. De un tiempo a esta parte, apartar la vista ante las botellas se me da cada vez mejor. En su lugar, agarro una mandarina del frutero.

—Tía… ¿Usted sabe dónde está madre?

—Fuera. Con las buganvillas.

Aprovecho que estoy solo con tía Inés, y que esta no se entera de la misa la mitad, y me permito un instante de debilidad. Me agacho y le estampo un beso fugaz en la cabeza, justo donde nace su moño gris y espachurrado.

—¡Ay, pero qué bobo!

Salgo al porche. Mi madre y Gabi andan trabajando en el arco de buganvillas, despejándolo de hojas mustias y ramas traicioneras, lo podan con mimo para que pueda leerse mejor la inscripción inmemorial que bendice a los Miralles en latín. Es mi madre la que maneja las tijeras de podar subida a una escalerita de hierro mientras Gabi sostiene de mala gana un capazo lleno de broza. Al verme, mi hermano aparta la vista, todavía sigue mosca conmigo porque le he jodido la boda. Mi madre dice:

—Muy pronto te has despertado. Y muy guapo te has puesto.

—Madre, ¿dónde están las llaves del coche?

Bien hecho, pienso: a bocajarro, con mi madre es mejor ir al grano.

—Uy, ¿y para qué quieres tú las llaves del coche? —Arruga la nariz y la tijera suena «¡chas!» al cortar una flor de un intenso color cárdeno.

—Eso es cosa mía.

Con cada una de mis palabras, Gabi refuerza su postura altiva, como si el sonido de mi voz le ofendiese. Por fin, alza el mentón tan alto como le permite su chepa, se da la vuelta airado y se encamina hacia el barranco, lo veo echar con rabia la broza del capazo al mar. Mi madre contempla la pataleta de mi hermano con un ramillete de buganvillas en la mano. Suspira y arroja las flores más allá del porche, junto a una maceta de terracota de la que surge una palmera gordinflona.

Ayudo a mi madre a bajar de la escalera. Lleva puestos unos guantes enormes, varias tallas más grandes, y un pañuelo decorado con margaritas atado a la cabeza. La frente sudada y las mejillas enrojecidas. Mandíbula apretada, como de rumiante.

—Esta tarde tienes que firmar la herencia.

—Ya lo sé.

—A las cinco en punto.

—Que ya lo sé.

¿Cuál es la lección que he aprendido a lo largo de todos estos

días en Villa Milagro? Las pequeñas mentiras no sirven para ocultar una grande. La única manera de esconder una gran mentira es con pequeñas verdades.

—Me gustaría dar una vuelta, madre. Estar un rato solo antes de la cita con el notario. Ya sabe usted lo que quiero decir. Esta tarde será un poco… intensa. Con toda la familia reunida y tal.

—Tú lo que quieres es irte a ver a la furcia esa, ¿verdad? A la rusa.

—Pero ¿qué…? No.

Mi madre se cruza de brazos con los guantes enormes colgando cómicamente de sus brazos flacos.

—Recuerda quién eres ahora. Como Padre Guardián tienes responsabilidades. Una cosa es que te vieses con esa extranjera cuando eras un donnadie, pero ahora… Si tus primos se enteran de que estás deshonrando el compromiso con Samara te la van a liar. Y, si te descuidas, a la furcia le pueden dar una tunda o, como mínimo, un buen susto.

—Madre, ya está bien: deme las llaves y punto.

Ella resopla, pero aparta la cortina de canutillos de plástico y entra en el recibidor. Me quedo un momento solo en el porche, envuelto en el perfume glotón de las buganvillas y el olor más contenido, como dibujado con pinceladas cuidadosas, del baladre y las mimosas. A lo lejos veo cómo Gabi arrastra el capazo, ya vacío, hasta el almacén. Parece que va a entrar a guardarlo, pero, al final, lo arroja con mala leche sobre los trastos que se acumulan junto al viejo bebedero. Una parte muy pequeña de mí piensa: es una pena que todos esos bártulos estén ahí, a la vista: el colchón nauseabundo, las regaderas agujereadas, un brasero de picón, rastrillos y azadas, una lavadora verde de moho, montones de ladrillos, cubos de todos los tamaños, cajas de cartón que la lluvia y el tiempo han convertido en una plasta informe. Por alguna razón, este descuido, este abandono, me duele. Pienso: como Padre Guardián podría dar la orden ahora mismo de recoger y arrojar esos trastos al contenedor más cercano. También podría mandar, ya de paso, arreglar los revoques de cal de la pared, dar una mano de pintura a la campana de la cocina, reforzar las vigas del salón, talar las palmeras secas y plantar unas nuevas, limpiar la alberca y llenarla con agua limpia y fresca. Mi madre regresa con los guantes

bajo el sobaco y me hace entrega de las llaves del Seat Toledo. El llavero es una chapa con el escudo del Valencia C. F.

—Gracias —digo.

Mi madre señala a Gabi con la cabeza.

—Deberías hablar con él.

—Claro.

—Aunque también te digo que tu hermano lo entiende, ¿eh? Lo entiende y lo acepta. Gabi es un buen Guardián y sabe cuál es su lugar. Eso en la vida es importante. Saber cuál es tu lugar.

Hago el gesto de irme, pero mi madre me retiene con su verborrea.

—Esta mañana, no sé si lo sabes, igual sí, igual no, a fin de cuentas estos días andas un poco obnubilado, esta mañana Gabi se ha levantado temprano, antes incluso de que saliese el sol, y ha ido él solito hasta Castellón para firmar la renuncia a la legítima. ¿Lo ves? Es lo que te decía. Gabi sabe cuál es su lugar. Pero, aun así, en mi opinión, deberías ir y hablar con él. Por respeto. Por deferencia. Porque es tu hermano.

Ahora mismo Gabi lucha por sacar una carretilla encajada entre los trastos del almacén, en el proceso caen al suelo un par de serones de esparto y una sillita de bebé muy vieja, una sillita en la que quizás me senté yo, o tal vez incluso mi padre muerto. Gabi se lleva la carretilla zangoloteando hacia los limoneros. Yo miro su espalda enorme y su cogote rojo y pienso: esta es la última vez que lo veo. Al resto de mi familia, no sé, quizá todavía los veré una vez más, en la Casa de Labores, cuando vengan a oficializar la herencia de mi difunto padre, pero a mi hermano pequeño ya no lo veré nunca más. Gabi se quedará en el patio haciendo guardia. Por eso ha firmado la renuncia por adelantado. Porque siempre tiene que haber un Miralles frente al manzano.

—No te preocupes —le digo a mi madre—. Esta noche hablaré con él.

Y aparto la cara para que no vea la mentira en mis ojos.

Subo al Seat Toledo. El motor arranca al segundo intento. Doy un rodeo para esquivar a la vieja Volkswagen y me despido de mi madre sacando la mano por la ventanilla. Ella no hace ni un gesto. Tan solo me observa marchar, los guantes de jardinero estrujados contra el abdomen, la mirada preocupada, temerosa, resignada

también. Cada vez que, a lo largo de estos quince días, me he alejado en algún momento de la alquería, ya sea para dar un paseo por las fincas vecinas o para sentarme a contemplar el mar en La Caleta, mi madre invariablemente me observaba marchar con el convencimiento de que ya no iba a volver. Pero ¿qué podía hacer, esa pobre mujer, qué puede hacer para retenerme en contra de mi voluntad? Sobre todo ahora que soy el Padre Guardián. Mi madre sigue sin fiarse de mí, pero no le queda más remedio y además quiere hacerlo.

Almendros y naranjos y girasoles secos y cardos borriqueros y viveros de plástico desgajado y mala hierba en general. Recorro la Senda Grande a treinta kilómetros por hora y los bancales y las camas de almáciga se emborronan a mi paso. Cada vez que tengo que pisar el embrague con el pie herido, aprieto los dientes y maldigo bajito. Pienso: tendría que haberme puesto gafas de sol. Hoy hace un día espectacular y el sol me da justo en la cara y no me deja ver. Suerte que, a pesar de los años, todavía me conozco la Senda Grande como cuando era chico: cada bache y cada curva, cada intersección y cada acceso a cada finca. Podría recorrer este camino a ciegas. De hecho, lo estoy recorriendo medio a ciegas, por culpa de este sol impropio de estas fechas. Es una tontería, pero, por un momento, me asalta la certeza de que ese sol ha amanecido hoy tan hermoso y tan descarado con la única intención de cachondearse de mí. La Senda Grande termina y me incorporo a la carretera general. No tengo prisa y además no quiero forzar el motor del Seat Toledo, de modo que dejo que me adelanten los camiones con matrícula francesa y las furgonetas descacharradas que conducen moros y campesinos —normalmente es lo mismo—.

Llego al puente del río Lodo. Sobresaliendo entre el pinar, distingo la silueta de la urbanización Las Marismas. Pongo el intermitente y me dirijo hacia ella.

Justo antes de llegar al descampado que hace las veces de *parking*, esquivo un par de socavones que parecen excavados por la detonación de un mortero. Aparco junto al Smart blanco de la mujer rubia. A excepción de mi coche y el suyo, el resto del descampado está vacío. Una docena de hierros se levantan aquí y allá con plásticos rotos colgando de sus extremos, igual que banderas patéticas. Rodeo el muro a medio construir que cerca las

Marismas y me adentro en un mundo de hormigoneras, montones de arena, gravilla y esquisto, pirámides de ladrillos que se han convertido en nidos de avispas. Sobre un charco oscuro, los restos de una gaviota muerta. Colgados de un andamio hay un par de cascos amarillos y otro par de chalecos reflectantes, da la impresión de que los obreros hubiesen abandonado la obra a todo correr. Después de un par de vueltas me detengo intentando ubicarme. La urbanización es grande, laberíntica, como un parque de atracciones del abandono. Por fin reconozco la escalera a medio construir que lleva al piso de la mujer rubia. La última vez que estuve aquí, subir estas tres plantas me supuso un esfuerzo terrible. Esta vez los peldaños de ladrillo no son ningún problema.

Apoyo la oreja en el contrachapado azul de la puerta. Me sorprende no oír la música arañada del gramófono portátil. ¡La mujer rubia parecía tan obsesionada con el gramófono y con las canciones de aquel viejo bluesman! Pienso: tal vez no esté en casa. Pienso: tal vez haya ido a darse un chapuzón a La Caleta. Eso desde luego tendría gracia. Que nos hubiéramos cruzado en el camino sin darnos cuenta, después de todas las veces que, a lo largo de estos días, yo la he buscado desde la ventana o desde el acantilado. Sí, eso sería de un gracioso que te cagas.

Llamo a la puerta. Primero con los nudillos; después, al no hallar respuesta, con el puño.

—¿Hola? —Me gustaría poder llamar a la mujer rubia por su nombre, pero me veo obligado a ser más genérico—: ¡¿Hay alguien?!

Vuelvo a pegar la oreja a la puerta y escucho con atención. Nada.

Me encojo de hombros y me dispongo a bajar de nuevo las escaleras. Apenas he descendido cuatro o cinco escalones cuando un gatito se cruza en mi camino. Es el mismo minino negro, de orejas de murciélago, que durante mi convalecencia trepó a mi pecho e hizo allí su nido.

—¿Dónde está tu dueña, amigo?, —le pregunto.

El gatito se frota contra mi pierna y me mira con unos opacos ojos verdes. Escucho una voz que me llama:

—¿Moisés? ¿Es usted?

Miro hacia arriba y descubro a la mujer rubia. Está de pie, en el

rellano, junto a la puerta abierta. Lleva, una vez más, un atuendo demasiado veraniego, inapropiado para este octubre que agoniza: blusa amarilla y semitransparente, pantaloncitos muy cortos. Va descalza. Los deditos de los pies como pequeñas gominolas blancas.

Su delgadez extrema, que en otras ocasiones me pareció seductora, ahora se me antoja desnutrida. La mujer es tan flaca que sus piernas y sus brazos son apenas dos cañas de bambú. Tanto que las venas le serpentean azules sobre la piel. El pelo rubio y quebradizo suelto en cascada le oculta un hombro. El rostro ajado, demasiado pálido, blanco piedra caliza, unas ojeras color púrpura abultándole los ojos. Junto a la boca y el rabillo de los ojos y por toda la frente la mujer rubia tiene unas arrugas profundas y finas que son como cortes de papel. Debe de tener, esta vez no me cabe ninguna duda, sesenta y bastantes años, y ni siquiera bien llevados. No entiendo cómo pude confundir su piel de árbol seco con la piel dúctil y fresca de una muchacha. ¿Acaso la fiebre y las palizas acumuladas me provocaron alucinaciones? Ahora lo veo claro: la mujer rubia está enferma. Por eso está tan flaca.

—Disculpe que no abriera antes. No esperaba, eh… ¿Cómo se dice? —La mujer busca la palabra, tarda un poco en encontrarla; a mí no me importa esperar, así tengo tiempo de recuperarme de la impresión de volver a verla y de descubrirla tan demacrada—. Visita. Eso es. No esperaba visita.

Subo los escalones que me separan de ella. Con cada uno me siento más y más fuera de lugar. De pronto, no consigo recordar para qué he venido hasta aquí, qué pretendía exactamente con esta —¿cómo lo ha definido ella?— visita. No sé si darle dos besos para saludarla, tal y como hacen dos viejos amigos que hace tiempo que no se ven, o si tenderle la mano en señal de respeto, o si mejor salir corriendo y adiós muy buenas. Esta incomodidad que siento tiene algo de infantil. Como el niño de párvulos que le ve las bragas a la profesora —una mezcla de carne apretada y tela blanca y pelos negros— y no sabe si eso que siente es más bien repulsión o atracción.

—Venía a despedirme —digo.

—Oh.

—Me marcho esta tarde y no creo que vaya a volver. —Me arrepiento enseguida de mis palabras y me corrijo—: Bueno, no es

que no lo crea. Es que lo sé. Me marcho y ya no volveré nunca más.

La mujer me escucha muy atenta, asintiendo con la cabeza, con una sonrisa cansada pero educada en los labios.

—Vaya, qué casualidad. Yo también me marcho.

La mujer se aparta de la puerta y extiende un brazo para mostrarme la habitación desierta. La mesa plegable y las sillas de playa, que eran el único mobiliario del salón, han sido dobladas y apoyadas contra la pared. También allí está el colchón en el que yo sudé y sangré y me recuperé de mis heridas, el mismo en el que la mujer rubia y yo hicimos el amor. Hay una enorme y viejísima maleta de cuero cerrada con una cuerda verde de tender la ropa. El gramófono portátil ha adoptado la forma de un pequeño maletín y tiene el asa levantada, listo para que se lo lleven de allí. No hay ni rastro de los numerosos gatos que invadían la casa, a excepción del gatito negro que se ha frotado contra mis piernas y que en este momento nos observa desde el rellano.

—No sabía que planeaba irse —digo, ya que la mujer rubia me trata de usted, a mí me parece adecuado hacer lo mismo.

Ella se encoge de hombros.

—Yo tampoco. Pero parece que sí. Parece que hoy acaba todo. Ya era hora.

No entiendo muy bien a qué se refiere. Ya la noche que me acogió tuve esta misma sensación: el presentimiento de que había algo importante que me quería decir y que no me terminaba de soltar. Me digo a mí mismo que es una cuestión puramente idiomática. La mujer rubia suena misteriosa porque el castellano no es su lengua materna y —no hay que darle más vueltas— al no saber bien cómo combinar las palabras, termina haciendo un uso extraño de ellas. Pero la verdad, joder, es que parece como si la mujer rubia intentase hablarme en código y yo no pillase sus referencias.

De pronto ya no aguanto más. Pienso: aunque sea una estupidez, o una locura más bien, tengo que preguntarlo. Necesito estar seguro. Sobre todo hoy. Sobre todo antes de…

—¿Puede enseñarme el ombligo, por favor?, —la abordo.

—¿Otra vez?, —dice ella con un hilillo de voz.

—Otra vez.

No se hace de rogar. Con gesto extenuado, se sube la blusa

amarilla hasta casi mostrarme las tetas. El ombligo está ahí. Claro que está ahí. ¿Qué esperaba? ¿Por qué me sigue obsesionando algo que percibí a oscuras, en medio de la ofuscación de las pastillas y el dolor? Como ya he dejado atrás cualquier sentido del ridículo o cualquier atisbo de sensatez, me inclino frente a ella para así observar mejor el ombligo, supongo que una parte de mí todavía no acaba de convencerse, me tomo mi tiempo para buscar —es absurdo— cualquier indicio de falsedad, algún truco visual, un poco de maquillaje, lo que sea. Siguiendo el contorno de la tripa —o del lugar donde debería ir la tripa si la mujer rubia no fuera tan flaca— hay unas arrugas de textura endeble, como nata condensada, que se concentran justo debajo del ombligo, imitando las ondas de una piedrecita sobre un charco. Extiendo un dedo y las rozo con aire dubitativo.

—Es un ombligo —me dice la mujer rubia, atestiguando lo evidente.

—La otra noche… ¿Sabe? La otra noche me pareció que no había… Quiero decir… Tuve la impresión de que usted no tenía ombligo.

—Oh, vaya, ¿en serio?, —responde mientras se baja la blusa, y me sonríe de un modo enigmático. O de un modo que al menos a mí me parece enigmático. No sé, igual me sonríe por pura incomodidad. O puede que simplemente no me haya entendido.

Las palabras brotan de mi garganta antes de que tenga tiempo de pensar en ellas.

—¿Es usted Dios?, —le pregunto.

La mujer rubia me mira. El rostro muy serio, concentrado, como si lo que acabara de preguntarle no fuese una auténtica majadería.

—No sé si he entendido.

—¿Es usted Dios?, —repito.

La mujer rubia asiente, como diciendo: ahora sí lo he entendido. Para mi sorpresa, se explaya en la respuesta:

—No, no soy Dios. Nadie puede ser Dios. Excepto Dios, claro. Supongo que Dios sí puede ser Dios. —Su acento imposible de identificar tiene una cadencia melodiosa, hipnótica, humorística también—. Pero imagino que usted quiere pruebas. Muy bien, fíjese: yo tengo dientes. ¿Ve? Y yo no creo que Dios pueda tener dientes. Estamos hechos a su imagen y semejanza, sí, pero…

¿dientes? ¿Para qué querría Dios tener dientes si no necesita comer ni morder a nadie? Así que Dios no tiene dientes, pero yo sí tengo dientes. ¿Quiere que se los enseñe?

La mujer rubia se levanta un labio y me muestra una encía muy roja y unos dientes amarillentos y cariados, unos dientes horrorosos que hasta hace un segundo yo habría jurado que eran perfectamente normales, hermosos incluso, sanos, limpios, relucientes. En cambio, ahora: dientes de yonqui. Pienso: claro, por eso está tan delgada y por eso habla tan despacio y por eso no ha salido corriendo cuando le he preguntado si era Dios. Porque es una yonqui de mierda y ahora mismo la heroína la transporta en una nube púrpura.

A estas alturas ya me da igual lo que ella diga o deje de decir. Simplemente necesito liberar todas las preguntas que me reconcomen. Así que sigo con lo mío:

—¿Es usted un ángel? Por favor, dígame la verdad. ¿Es usted un ángel espía del Señor y está aquí para vigilar a los Miralles y comprobar que realmente cumplen con la misión que él les encomendó? Es eso, ¿eh? Igual lleva cientos, miles de años apostada aquí, simplemente observándonos. Dígame que tengo razón y que es usted un ángel y le juro que no me chivaré y que la dejaré en paz.

La mujer rubia apoya la espalda contra la puerta y se deja resbalar poco a poco hasta acuclillarse en el umbral. El gatito negro se le acerca y le sube al regazo. Ella lo abraza con sus dos brazos blanquísimos. Dice:

—Por favor, déjeme en paz.

—¿Quién es en realidad?, —insisto yo, y me doy cuenta de que estoy gritando—. Si no es un ángel del Señor, entonces… ¿qué hace aquí, viviendo tan sola en medio de la nada? ¿No es cierto que ha venido para vigilarnos? ¿Por qué va a bañarse a La Caleta si no es para acechar el manzano?

—Váyase —me pide, y abraza al gatito contra su mejilla—. Yo creía que usted era un buen hombre. Pero ya no estoy tan segura.

—Dígame su nombre.

—Me está usted asustando. Quiero que se vaya.

—¿Es usted Eva? Eva, al igual que Adán, no tenía ombligo. ¿Es usted Eva y ha vuelto a Villa Milagro porque se siente culpable por morder la manzana hace trillones de años? ¿Hay algún mensaje que quiera transmitirme? ¿Algún consejo? Hoy es un día muy

importante, estoy a punto de emprender un camino en el que no hay marcha atrás; si pudiera darme un consejo, yo se lo agradecería mucho.

—No me grite, por favor.

—Todavía hay otra posibilidad. He estado pensando mucho al respecto. El folclore judío habla sobre una mujer antes de Eva. Una mujer que fue creada usando la misma arcilla con la que se creó a Adán. Se llamaba Lilith. Era protestona y se negaba a cumplir con las tareas que él le encargaba. Por ejemplo, no quería follar en la postura del misionero. Le decía a Adán: ¿por qué tengo que ponerme debajo de ti si yo también fui creada con arcilla y soy tu igual? Un buen día, Lilith mandó a Adán a freír espárragos y se marchó del jardín del edén y comenzó a parir demonios y otras bestias. Dígame, por favor, ¿es usted Lilith?

La mujer rubia se pone trabajosamente en pie y da un paso hacia el interior de la casa. Con una mano sujeta al gatito por el pellejo del cogote, con la otra agarra el pomo de la puerta. Entonces me habla aturullada, a la vez cabreada y aterrorizada.

—Usted no quiere saber quién soy. Usted me pregunta quién soy, pero usted no quiere que responda. Usted dice Dios, usted dice ángel, usted dice Eva, usted dice Lilith, usted me dice quién debo ser sin esperar a que yo le diga quién soy. Usted no quiere la verdad, usted solo quiere que yo diga lo que usted quiere escuchar. Usted es egoísta y usted es mala persona y usted me da miedo y usted no es bienvenido aquí y usted debería irse o yo llamo a la Policía.

Me veo, de pronto, tal y como la mujer rubia me está viendo: la cabeza inclinada hacia delante, listo para embestir, el pecho agitado, los puños encrespados, la boca torcida de maniaco. Siento vergüenza de mí mismo y compasión por ella. Me deshincho en un segundo.

—Lo siento.

La mujer rubia comienza a cerrar la puerta muy lentamente, como si temiera que un movimiento brusco pudiera exaltarme. Al final, queda solo una fina ranura desde la que apenas consigo distinguir uno de sus ojos azules y un pedacito de boca. Me dice:

—La última vez que lo vi, usted me dijo que quería hacer las cosas bien. Dijo eso muchas veces, en sueños y despierto. ¿Usted

cree que esto es hacer las cosas bien?

—No —respondo.

—Adiós —dice la mujer rubia. Y cierra la puerta.

Me quedo solo en el rellano. Me tienta aporrear la puerta y pedirle perdón, probar a preguntarle quién es sin acorralarla, suavemente, tomarme mi tiempo para escucharla, decirle otra vez que lo siento, lo siento mucho, suplicarle que me diga qué tengo que hacer: vender o no vender Villa Milagro, creer que nuestro manzano es sagrado o convencerme de que es solo pura superstición. Eso es lo que estoy tentado de hacer, pero, por supuesto, no lo hago. ¿Qué sentido tiene a estas alturas? Tuve mi oportunidad y la perdí.

Quiero marcharme de la urbanización Las Marismas cuanto antes, pero, nada más poner un pie fuera del rellano, sufro un ataque de ansiedad. El pie herido me falla y no encuentra el escalón, me tambaleo peligrosamente y casi caigo por el vacío que rodea la escalera a medio terminar. Hecho un manojo de nervios, me siento en un peldaño. Siento como si el aire se coagulase en mis pulmones y los alveolos me reventasen uno a uno, igual que unos masclets en días de feria. No sé bien cómo explicar lo que me sucede a continuación, es una sensación extraña, como si mi visión se desdoblase lentamente. Al mundo que mis ojos ven le crece una reverberación paralela, una realidad todavía más real que la real, un mundo donde cada elemento, por insignificante que parezca, tiene su propia razón de ser: percibo cada rugosidad de los ladrillos del peldaño, me palpita cada poro de la piel, percibo el peso de cada gramo de aire que me roza, todo, absolutamente todo, tiene una nitidez y un tacto concreto, doloroso. Mirar al cielo se vuelve insoportable. Ese techo azul que se empeña en no acabarse nunca. Me dan ganas de arrancarme los ojos y sacudirlos para borrar la huella que la claridad del día ha dejado en ellos.

No se me ocurre otra cosa que abofetearme. Una, dos, tres, siete veces, doce, quince, cada vez más fuerte. El dolor suele funcionar en estos casos. Ayuda a que las crisis pasen de largo. Por lo menos a mí me funciona. Otra bofetada más y por fin los dos mundos comienzan a sincronizarse de nuevo. La realidad se funde con la realidad y vuelvo a respirar y siento que soy yo mismo otra vez. Tengo las mejillas doloridas y mojadas por las lágrimas —no

recuerdo cuándo comencé a llorar—, también tengo los nudillos enrojecidos y algo despellejados, supongo que en medio del trance he debido de aporrear la pared o el suelo. Me levanto con tiento y, poco a poco, casi a cuatro patas, termino de bajar las escaleras.

No sé de dónde me viene la inspiración, pero entonces me acuerdo de palparme el culo y descubro que me falta el sobre del dinero. Eso me acaba de espabilar. ¡Es la segunda vez en un mismo día que pierdo el sobre de vista! Trago saliva y, más humillado que angustiado, vuelvo a subir la escalera. Lo encuentro en el suelo, sobre el mismo peldaño en el que me he derrumbado para recuperarme de mi crisis de ansiedad. El sobre está medio abierto y el color malva de un billete de quinientos euros asoma igual que una herida. Lo recojo y esta vez me lo guardo prendido del calzoncillo. ¿Para qué correr riesgos? Mejor volver a un sistema que sabemos que funciona. A punto estoy de irme cuando descubro una mancha rosa sobre el escalón. Me fijo bien: es un mechero. Uno vulgar, de plástico, sucio, con los bordes deshechos por el roce y un tono semitransparente, como un caramelo rechupado. No sé por qué lo cojo y me lo guardo en el bolsillo. Tengo la intuición de que en el futuro me será útil.

La urbanización Las Marismas está llena de esquinas y me cuesta volver a encontrar el *parking*. Allí, el Smart blanco ha desaparecido y el único coche que queda en todo el descampado es el Seat Toledo de mi familia. Por supuesto que me parece algo extraño, claro que sí, pero prefiero no darle más vueltas. Puede que la mujer rubia se marchase mientras yo lloraba en la escalera o igual el apartamento tiene otra salida que desconozco. En cualquier caso, mejor no pensar en ello. Arranco el motor y emprendo viaje hacia Berinossent.

¿Ahora qué?, me pregunto. ¿Cómo voy a matar el tiempo hasta la cita con el notario? Esta noche, antes de acostarme, se me ocurrió que igual podría ir al cementerio a buscar el pasillo gris que sirve de panteón a los Miralles. Sucesión de fotos en blanco y negro incrustadas en un marquito ovalado, el nombre y los apellidos labrados sobre el mármol. El plan era ir a presentarle mis respetos a mi difunto padre. Comprar unas flores, tal vez. Soltar algunas lágrimas, aunque solo fuera porque llorar en los cementerios es fácil. Sí, eso es lo que planeé hacer anoche, y, para eso, entre otras

razones, he madrugado, pero ahora mismo ir al cementerio se me antoja ya no solo absurdo, sino también inapropiado. ¿De verdad necesito liarme la cabeza con todavía más sentimientos contradictorios y con cruces y con estatuas de vírgenes y con flores mortuorias? Paso de largo el cuartelillo de la Guardia Civil y llego a la rotonda que da entrada a Berinossent. Por esa salida se va al cementerio. Por esta otra se entra en el pueblo. Entro en el pueblo.

Como en sueños, me descubro aparcando en el paseo marítimo. Salgo del coche y dedico un par de minutos a comprobar cómo han cambiado las cosas. El viejo paseo era feo y anticuado, este nuevo es ridículo y hortera. ¿Podemos llamar a esto una mejora?

Persianas bajadas por todas partes. Restaurantes y marisquerías con el cartel de cerrado. A la espera del verano, los habitantes de Berinossent hibernan frente al televisor. Al fin, encuentro un bar abierto. Entro y pido algo para comer. La camarera es una rumana gorda, con el pelo recogido en una redecilla y unas pestañas postizas como dos cucarachas. Hay cinco jubilados que juegan al dominó, un adolescente en chándal que echa monedas a una máquina tragaperras y un televisor sintonizado en un canal musical. De alguna manera, las canciones de Lady Gaga se complementan con el campanilleo psicótico de la tragaperras y con el ocasional golpeteo de las piezas de dominó contra la mesa. La camarera me entrega una lata de cerveza Mahou y un bocadillo envuelto en papel de aluminio. Yo le tiendo un billete de quinientos euros. La mujer me dice que si soy gilipollas, que no tiene cambio. Yo le digo que soy Moisés Miralles, de los Miralles de toda la vida, y que ya vendrá alguno de mis familiares a pagarle cuando sea. La mujer me muestra la puerta con un gesto de la mano, no es que no se fie de que vaya a pagarle en el futuro, es que en Berinossent nadie quiere líos con mi familia.

Cruzo el paseo marítimo y bajo a la playa. Me quito las zapatillas y los calcetines. Disfruto sintiendo la rugosidad y la humedad de los granos de arena en la planta de mis pies. Enfilo el espigón y termino por sentarme en una roca.

Abro el bocadillo y examino su contenido. Lo cierto es que no recordaba qué había pedido: resulta que es lomo con queso. Cojonudo. Explosión de grasa y calorías. La cerveza está helada y se expande por mi estómago con contorsionismo líquido. Estoy

tentado de volver al bar y pedirme otra, y tal vez otra más, pero me controlo: ya falta poco para el desenlace de esta historia —de esta larga farsa, de esta peripecia del hijo pródigo que vuelve para deshonrar la memoria de los suyos— y ni siquiera yo soy tan imbécil como para echarlo todo a perder justo al final.

A mis pies, el espigón es una fiesta de espuma y barullo. En ocasiones, alguna ola se viene más brava que el resto, parece como si tuviera una cuenta pendiente con las rocas, se encabrita cogiendo fuerzas y parece capaz de arrasar con todo: con el espigón, con Berinossent, conmigo. Pero al final, nada. Al final, como mucho, alcanza a mojarme los pies descalzos y a salpicarme un poco las mejillas. Termino el bocadillo y arrojo el papel de aluminio y la lata vacía al mar. El sol es un globo aerostático que flota holgazán sobre mi cabeza.

Pienso en el manzano y en las guardias. Me descubro analizando las pequeñas manías que caracterizaron a los diferentes Guardianes que conocí: el abuelo Jeremías, el tío Jacobo, Gabriel, Zacarías, mi padre. Cada uno tenía sus costumbres, sus filias, sus automatismos, su propia forma de comportarse ante el manzano. Bastaba echar un vistazo al patio para saber quién había estado de guardia y era inevitable jugar a constatar cómo los diferentes patrones de comportamiento tendían a repetirse.

Pasado un buen rato, me levanto. Con la mano, me sacudo la arena del culo. El reloj del teléfono me indica que son casi las cinco. Más vale que me dé prisa o llegaré tarde a la cita con el notario.

Salgo de la playa y me dirijo andando a la Casa de Labores.

32. Las guardias

Uno podía saber que el abuelo Jeremías había estado de guardia porque, junto a la mecedora, se extendían una veintena de salpicaduras. Por lo visto, al abuelo se le acumulaban los cuajarones de saliva en la boca y era habitual oírlo masticar ese caldo de mocos y baba. Se lo iba pasando de un carrillo al otro y vuelta a empezar, con un bisbiseo asqueroso de fondo, hasta que la carga se le volvía excesiva; entonces, con prestancia y furia, el abuelo Jeremías alargaba el cuello por encima de la Remington y escupía. Plaf. Gargajos como bofetadas. Las flemas se enfriaban y se endurecían sobre la tierra del patio, y con el paso de las horas terminaban por convertirse en una especie de costra blancuzca. A mí, esas costras me producían un asco indescriptible. Odiaba darle el relevo a mi abuelo y encontrarme los salivazos frescos y burbujeantes, esparcidos junto a la mecedora. Supongo que por eso no pude aguantar más que un par de semanas viajando por ciertos países. El suelo en Myanmar es un mapamundi de escupitajos carmesíes producto del bretel que sus habitantes mascan a todas horas —qué repelús me producía ver sus bocas rojas, sus encías empastadas, puaj—. En China, por otra parte, escupir no solo es de buena educación, sino que, además, se considera indispensable para cuidar la salud: con cada escupitajo el esófago se limpia, ¿no lo sabía usted, honorable extranjero?, también es bueno para las fosas nasales, los dientes, el
feng-shui.
Si mi abuelo Jeremías hubiese viajado a China lo habrían nombrado miembro excelso del Partido Comunista nada más bajarse del avión.

Uno podía saber que el tío Jacobo había estado de guardia porque el cenicero rebosaba de cigarrillos. En lo que duraba una guardia, podía encasquetarse tranquilamente un paquete entero de Ducados. Luego, como resultado, un bochorno de humo flotaba bajo la sombrilla durante horas, la peste del tabaco negro prendida a la mecedora y a las vides del parral. A veces, yo, de tan aburrido como estaba, cogía una de esas colillas a medio fumar y le prendía fuego. Los cigarros del tío Jacobo me mareaban más que un porro.

Siempre tuve la teoría de que ese colocón no me lo producía el tabaco negro —al cual yo estaba medianamente acostumbrado—, sino la saliva enquistada, y quien sabe si enferma, de mi tío.

Uno podía saber que Gabi había estado de guardia porque todo estaba ligeramente desplazado de su sitio habitual. La mesa plegable un poquito más a la derecha, justo donde las patas cojeaban un poco; los restos de la comida desperdigados por cualquier sitio; el termo de café perdido entre la manta; está arrumbada en el suelo; la radio a veces tirada por tierra, otras sobre la mesa plegable, otras incluso colgando de una caña de la tomatera, junto a la jaula de los perros.

Uno podía saber que Zacarías había estado de guardia porque todo estaba en su sitio. O mejor dicho: demasiado en su sitio. La mesa firmemente clavada; todos los objetos ordenados como si fueran a pasar revista —el termo de café, la radio, el mechero, la navaja, la caja con las balas en las que se leía *50 bullets remington first quality*—; la manta doblada sobre el respaldo de la mecedora; la escopeta limpia y cargada.

Uno podía saber que mi padre había estado de guardia porque no había ningún detalle digno de mencionar. Ni la más pequeña señal, por insignificante que fuera, que indicase su prolongada presencia en el patio. Las cosas no estaban ni demasiado desordenadas ni demasiado ordenadas. Las cosas simplemente estaban. Mi padre te daba el relevo y era como si un fantasma acabase de velar frente al manzano.

33. El diablo viene

Resulta que el notario no es notario, es notaria. Y resulta, además, que está buena.

A mí, que soy tan garrulo como el que más, no me entra en la cabeza que una notaria pueda estar buena. Yo pensaba que, si una mujer se decidía a opositar a un cargo tan soporífero como el de notario, inevitablemente el tedio de los formularios del boe acabaría por expandirse a su cuerpo: le hincharía las carnes, le aflojaría la piel, le pondría una verruga en la nariz y un olor a tiza de pizarra en las axilas y en las ingles. Sin embargo, esta notaria está buena. Lleva las mechas californianas perfiladas con moldeador y un cuerpo atlético forjado a base de clases de yoga y pilates. El traje chaqueta que ha elegido, aunque formal y distinguido, es también orgullosamente femenino: la notaria no tiene reparos en descubrir lo largas que son sus piernas, lo sugestiva que es su cintura, el culazo que se gasta su ilustrísima.

La notaria llega y deja que sea mi hermana Ruth quien haga las presentaciones: muchas gracias por molestarse en venir, no hay de qué, faltaría más, ¿le apetece un café?, se lo agradezco, pero no tienen por qué molestarse, no es molestia en absoluto y etcétera. La mano de manicura exquisita de la notaria estrecha las manos callosas, proletarias, de mi familia. Luego, todos nos sentamos a la mesa y la mujer abre su maletín de piel de reptil pintada de blanco y comienza a desplegar ante sí un maremágnum de carpetas, sobres, papeles. Siempre con la espalda muy recta, subraya un par de epígrafes aquí y un par de cláusulas allá. Aprieta los morritos muy concentrada, muy profesional también, y los Miralles la observamos trabajar en silencio, con esa desconfianza y esa reverencia que todos los paletos de pueblo —de aquí y de cualquier lugar del mundo— mantienen ante cualquier representante de la ley y de la burocracia y de la gran ciudad, más aún cuando dicho representante resulta ser una mujer y, además, para más inri, una mujer innegablemente hermosa.

Nos encontramos en el ático de la Casa de Labores. Aunque este territorio pertenece a mis primos y mis tíos, por una vez han sabido

mantenerse aparte; en esta cita con el Gobierno de España no hay multitudes cotillas ni Fuenteovejunas, aquí estamos solo los indispensables.

Por un lado, sentados a la mesa del salón, con la coronilla rozando la lámpara de araña demasiado baja, nos encontramos los familiares directos del difunto: sus hijos —excepto Gabi, que está guardando el manzano— y su esposa —que desde el punto de vista legal sigue siendo tía Inés—. Por otro lado, observándonos y vigilándonos desde el verdor radiante de la galería, están los Mayores, que actúan como representantes de la Casa de Labores, con la abuela Galilea a la cabeza. También está Samara, que, a la espera de nuestra boda, sigue ostentando el puesto de cuidadora y de chacha, y que, en este instante, se ocupa de repartir tacitas de café y de manzanilla, además de un enorme flan de leche condensada que todos rechazamos con un movimiento de cabeza pero que ella se empeña en dejar junto a la bandeja de pastas: solo por si acaso, dice.

La gran ausente es mi madre. A mí ni siquiera se me pasó por la cabeza que pudiera no venir. ¿Quién iba a suponer que, a última hora, mi progenitora iba a preferir perderse la lectura del testamento del que fue su compañero de alcoba, el único hombre que la mancilló, el padre de sus hijos? Mi madre no está aquí, y eso quiere decir que ya no volveré a verla nunca más. Quiere decir que cuando me despedí para ir a buscar a la mujer rubia, en realidad me estaba despidiendo de ella para toda la vida.

La notaria termina de ordenar los papeles, levanta la vista y contempla a los reunidos alrededor de la mesa. Luego nos dedica una de esas sonrisas individualizadas y reconfortantes que solo pueden aprenderse en las mejores universidades de pago. Confieso que me asombra su saber estar. Ciertamente tiene mérito que apenas haya enarcado una ceja al ver el cuerpo moribundo —repugnante— de la abuela Galilea. Tampoco ha dado señales de percatarse —pero ¿cómo no hacerlo?— de las innumerables antiguallas que abarrotan el salón del ático. Todos los tesoros de la Casa de Labores acumulándose en apenas diez metros cuadrados: arcones medievales y estanterías rococó y crucifijos y el enorme cuadro que corona la estancia y que representa una versión idealizada y mentirosa del manzano. Reliquias místicas y vestigios

de otro tiempo que claman a los cuatro vientos: este es el hogar de unos pirados. A la notaria, no me cabe duda, nuestra presencia debe de producirle cierta incomodidad e, incluso, por qué no, miedo —nadie entra en un campamento gitano sin acojonarse, nadie se adentra en una favela de Brasil sin empapar la camiseta con sudores fríos—, pero, de algún modo, se las apaña para actuar como si mi familia fuera una familia normal.

—Si les parece, vamos a proceder con la apertura del procedimiento. —La notaria entrega unos papeles a Samara—. Hay una copia del testamento para cada miembro de la familia. Si fuera usted tan amable de repartirlas…

Samara reparte las fotocopias. Mi prima —y de nuevo mi prometida— viste una camiseta naranja muy ancha y unas mallas oscuras. No lleva zapatos. Sus calcetines son gruesos y blancos. Me entrega la copia del testamento y yo aprovecho para buscarle los ojos, pero ella esquiva mi mirada y marcha hacia la galería. Se instala entre la abuela Galilea y la Dolça y se funde con la claridad. La sigo observando, y mi prima, para ignorarme mejor, extiende un dedo hacia la jaula de un periquito. El pájaro se aferra con las patas a los barrotes y refrota su cabeza contra el dedo de Samara. Por debajo de la mesa, Ruth me propina una patada.

—Estate a lo que estás, ¿quieres?, —me susurra.

Ruth ha elegido para la ocasión un jersey negro y unos pantalones a juego. Pienso que tiene sentido que se haya vestido de luto: hace quince días enterramos a mi padre y hoy sepultamos su memoria. La notaria tose bajito para anunciar que está a punto de decir algo importante.

—En primer lugar, quisiera hacerles notar lo excepcional de este caso. —Hace una pausa para dotar de gravedad al momento. Habla despacio y remarca con cuidado los puntos después de cada frase, se asegura de que cada una de sus palabras es entendida por todos los presentes, incluyendo tía Inés—: No sé si lo sabían, pero el pasado 5 de octubre el señor Noé Miralles, su padre, su esposo, se personó en la notaría de Castellón. Pidió verme. Por desgracia, yo estaba reunida y me fue imposible concederle cita. Por lo visto, el señor Noé Miralles se puso muy nervioso. Insistió en que tenía que cambiar el testamento ese mismo día, sin falta, y no al día siguiente ni al otro. Lo cierto es que, bueno, montó un pequeño escándalo.

Para calmarlo, mi secretaria le entregó papel y bolígrafo y le dijo que, si tan urgente era ese cambio de testamento, él mismo podía escribir su última voluntad allí mismo, en ese momento. A ese documento en el Código Civil se lo conoce como: testamento ológrafo. El señor Noé Miralles se acomodó en un sillón de la notaría, escribió su última voluntad y se la entregó a mi secretaria. Esta le dio cita para al cabo de un par de días, con el objetivo de completar la albacea de un modo más formal. Sin embargo, antes de poder verlo de nuevo, el señor Miralles ingresó en el hospital. Poco tiempo después, falleció. La noticia pilló por sorpresa a mi secretaria y también a mí. Tenía agendado hacerle una visita a domicilio la misma semana de su deceso. Compréndanlo, todo fue muy rápido. No saben cuánto lamento su pérdida. En todo caso, el testamento ológrafo, aunque un tanto insólito, es perfectamente legal, y no da lugar a malinterpretaciones.

Zacarías está frente a mí. Se lo ve agotado, casi al límite de sus fuerzas. Esta mañana se ha pasado la maquinilla por la cabeza y, de resultas, ahora su cara parece todavía más chupada. Parece viejo, demacrado, con los ojos grandes y encharcados. Viste una deslavada camisa a cuadros y unos pantalones de chándal con rodilleras. Perfectamente podría estar haciendo guardia con esa ropa. O trabajando en el campo. O pidiendo limosna. Sus manos grandes —que cada vez son más las de mi padre— permanecen derrumbadas sobre el hule de plástico trasparente que cubre el tapete de ganchillo de la mesa, una mano envuelta en el guante negro, la otra, de un moreno de albañil. Junto a mi hermano está tía Inés. Ella viste la misma bata floreada y el mismo delantal con manchurrones que yo le he visto esta mañana, parece como si la hubiesen arrancado de la cocina para traerla directamente hasta aquí —y probablemente así haya sido—. Ese descuido en el atuendo por parte de mis parientes es toda una declaración de intenciones: para ellos, la cita con la notaria carece de importancia, el asunto de la herencia de Villa Milagro ya quedó zanjado durante el ritual del velatorio. Esto no pasa de ser un mero trámite, pura obligación legal, pamplinas.

—Así pues, a continuación, procedo a leer el testamento que el propio Noé Miralles escribió de su puño y letra el 5 de octubre del presente año en la Notaría Monfort, sita en el paseo Picasso,

número veintisiete, planta primera, Castellón.

La notaria sigue hablando y esta vez lo que surge de su boca son las últimas palabras de mi padre. ¿No es gracioso? Las últimas palabras de mi padre, y va y quien las pronuncia es una mujer de exquisitos modales que viste un traje de Carolina Herrera. En la mano sostengo una fotocopia de la carta. Reconozco la letra dubitativa y feroz de mi padre. Ausencia de comas y tildes. Desprecio por la gramática. Las eles y las jotas demasiado alargadas. Estoy seguro de que es el texto más largo que mi padre escribió en toda su vida. La notaria lee la carta en voz alta y yo la voy leyendo internamente; en mi cabeza se superpone la voz femenina y melodiosa de la notaria con la voz cavernosa de mi padre.

> *Yo Noe Miralles natural de Berinossent hijo de Jeremias Miralles y Dalila Miralles con 76 años de edad y DNI numero 45233522F hago constar que:*
> *En el caso de que mi hijo primojenito varon (Moises Miralles) se encuentre presente durante la lectura deste testamento (y solo en ese caso y no en ningun otro caso) (repito: NO EN NINGUN OTRO CASO) yo en pleno huso de mis facultades mentales y con la ayuda del Señor Dios Nuestro Señor Todopoderoso Señor y con la autoridad que me otorga la sangre de mis antepasados yo cancelo mi testamento anterior (el anterior NO VALE) y paso a dejarle en herencia esclusiva a MOISES MIRALLES todas y cada una de mis propiedades inclullendo la finca de Villa Milagro sobretodo la finca de Villa Milagro con todo lo que contiene todo.*
> *a mi mujer Ines Miralles no le dejo nada.*
> *a la madre de mis hijos Raquel Miralles no le dejo nada.*
> *a mis hijos Ruth Miralles Zacarias Miralles Gabriel Miralles no les dejo nada.*
> *a mi hermano a mis nietas al resto parientes no les dejo nada.*
> *esta es mi ULTIMA VOLUNTAD y exigo que asi se cumpla.*

La notaria termina de leer y nos dedica un mohín, como disculpándose por la ortografía y la demencia senil de mi padre. Yo

me fijo en que, a mi derecha, Ruth ha comenzado a llorar. La notaria, muy considerada, dice:

—No se preocupe. ¿Quiere que nos tomemos unos minutos? Es normal emocionarse en estas circunstancias.

—No, no, estoy bien —balbucea Ruth, mientras se enjuga las lágrimas con ambas manos—. No entiendo qué me ha pasado. —Aprieta la base de las manos contra sus ojos, como si así pudiera detener el caudal que de ellos brota. Hay que ver, hermana: tú que ni siquiera humedeciste los ojos en el velatorio y, sin embargo, ahora…—: No tiene que ver con… Es solo que… Perdón.

Justo entonces, la abuela Galilea decide que ese y no ningún otro es el mejor momento para despertar de su convalecencia. Desde su silla de ruedas se la oye mascullar:

—Y entonces Yahvé… ¡Yahvé!… Yahvé se alzó con su silueta de montaña. Y dijo: aunque sus pecados sean rojos como la sangre, yo los haré tan blancos como la lana; aunque sean pegajosos como la melaza, yo los haré esponjosos como conejitos; aunque huelan a pedo de viejo, yo los haré perfumados como flores de mimosa.

La abuela Galilea comienza a reírse, cualquiera diría que acaba de contar un chiste, cada una de sus carcajadas es como el ahogarse de un pajarito.

Por primera vez, en la máscara de la notaria asoma una grieta. Una sombra de asco y de miedo que trepa a sus ojos deliciosamente maquillados. ¿Qué coño hago yo aquí?, debe de pensar. ¿Cómo he accedido a mezclarme con esta gentuza? Ruth sale en su auxilio, parece que ha logrado reponerse, o al menos lo finge.

—Disculpe, por favor, continúe.

La notaria asiente, ella también lucha por recobrar el control de la situación.

—Muy bien, ¿eh? Como han podido ver, la última voluntad de Noé Miralles fue nombrar heredero único a Moisés Miralles. Sin embargo, bueno, a ver, sin embargo, el Código Civil estipula que tal cosa no es posible: un padre no puede desheredar a su familia, no importa cuánto lo desee. La esposa tiene derecho al usufructo de la propiedad y cada uno de los hijos tiene derecho a la legítima. Esto quiere decir: el derecho a repartirse un tercio de las posesiones.

Zacarías la interrumpe:

—No es así como hacemos las cosas en esta familia.

La notaria insiste:
—Me consta. De hecho, esta mañana su hermano… —Consulta un documento y prosigue, parece haber recuperado de nuevo la confianza, se la ve más notaria y menos persona—: Esta mañana Gabriel vino a buscarme a las oficinas, me estaba esperando junto a la puerta cuando fui a abrir, y me insistió en que deseaba firmar su renuncia a la legítima allí mismo. También me informó de que ustedes planeaban hacer lo propio. Sin embargo, como su asesora legal, no puedo dejar de insistir…
Zacarías levanta una de sus manos inmensas —la bronceada y sana— y la interpone entre la notaria y él. La mujer se calla. Mi hermano dice:
—Por favor.
Ella se encoge de hombros.
—Muy bien. Como ustedes prefieran.
La notaria se pone en pie para repartir una serie de documentos entre mis hermanos y tía Inés. Mientras las firmas se van estampando —parece mentira que un bolígrafo sobre un papel pueda provocar un sonido tan estruendoso— siento cómo los dedos de las manos y de los pies se me agarrotan. La actitud sonámbula de Zacarías me preocupa y me desespera. Prefiero no pensar tampoco en el nerviosismo de última hora de Ruth, que todavía moquea lágrimas, o en la inocencia ovina de tía Inés, que se muerde la lengua mientras marca una X en los papeles.
Necesito huir de mí mismo. No pensar en el significado de lo que está sucediendo. Por suerte, encuentro refugio en las curvas de la notaria. Es fácil embobarse resiguiendo su silueta de treintañera que sigue a rajatabla la dieta Dukan, las rodillas de frambuesa al final de la falda de doscientos euros, el canalillo que se vislumbra cuando se agacha para recoger un papel y la blusa color vino cede mágicamente.
Por fin, llega mi turno. La notaria deposita la Escritura de Aceptación de Herencia frente a mis narices y me tiende un bolígrafo. Me señala una línea de puntos y otra línea de puntos y otra línea de puntos más. Yo firmo. Su perfume huele a praliné y a manzana dulce. Me hace gracia: la notaria huele igual que el duty free del aeropuerto de Abu Dabi.
—Pues esto ya está —dice, mientras guarda los documentos en

su maletín carísimo, y, aunque ya no tiene necesidad, todavía se las apaña para despedirse con una mentira más—: Ha sido un placer. Para cualquier cosa, no duden en llamarme.

La notaria se marcha taconeando su desprecio por el pasillo y Ruth se ofrece a acompañarla, no sea que se pierda y acabe colándose en alguna habitación de la Casa de Labores o que se tropiece con algún primo medio zumbado en el ascensor y tengamos un disgusto de última hora.

Casi al mismo tiempo, Zacarías aparta la silla y se planta frente a mí. Creo que está sonriendo, aunque, en realidad, no es fácil estar seguro porque mi hermano no me mira directamente a mí, más bien me atraviesa con la mirada, o mira justo por encima de mí, no lo distingo muy bien. Zacarías extiende una mano al aire. Tardo un poco en comprender que me la está ofreciendo. La estrecho y, al contacto de nuestras pieles, los ojos de mi hermano se definen, percibo como sus pupilas me van enfocando. Zacarías me reconoce y, ahora sí, me sonríe. Me sonríe a mí, quiero decir, directamente a mí, sin ambages ni escudos. Desde la galería, la abuela Talita interrumpe su labor para comentar:

—Míralos, como dos buenos hermanos, igual que cuando eran críos, ¿los ves, Galilea, corazón, o te has quedado dormida?

Las palabras de la abuela Talita rompen el hechizo. Mi hermano libera su mano y asume de nuevo la actitud extremadamente impersonal, práctica, que ha venido empleando desde el velatorio. Dice:

—Me bajo a la finca. ¿Quieres que te lleve?

—No, gracias —respondo—. He venido con el Seat. Ya iré luego.

Zacarías asiente y se dirige a tía Inés, que en ese momento anda sirviéndose un pedacito de flan.

—Tía, deje eso, que nos vamos.

Tía Inés refunfuña, pero deja el flan a medio cortar. Ambos se acercan a la galería para despedirse de los Mayores. Cuando Zacarías se agacha para besar a la abuela Galilea, esta lo retiene aferrándolo del cuello de la camisa. La abuela Galilea tiene los ojos muy abiertos. Es la primera vez desde mi regreso que la veo abrir tanto los ojos: son blancos, pegajosos, ciegos. Por su textura y color se parecen a dos lichis pelados. Entonces dice:

—El diablo viene.

Y Zacarías la tranquiliza:
—Claro que sí, abuela, claro que sí.
—El diablo arrastra su tripa por los campos de naranjos y ya casi está aquí.
Las palabras de la abuela Galilea se pierden entre un torrente de gorgoteos y de toses y Zacarías aprovecha la tregua para liberarse de su zarpa repleta de anillos. Coge a tía Inés del brazo, igual que si fueran dos novios que comienzan a cortejarse, y, sin decir nada más, ambos desaparecen camino del ascensor.
Yo pienso: adiós.
Adiós para siempre.
Y entonces, un pensamiento comienza a nacerme en la parte más oscura del cerebro. Allá donde las ideas todavía no tienen forma definida. En ese rincón de la mente donde las palabras no existen y la intuición —que es una niebla azul— lo envuelve todo.
—Samara —murmuro mientras me pongo en pie. Y luego la llamo más fuerte—: Samara.
Voy a la galería. Mi prima está en cuclillas jugando a palmas palmitas con la Dolça, medio escondidas entre las macetas de culantrillos.
—Uy, uy.
Eso dice la abuela Talita, que me mira desde su sillón alzando mucho la papada. En una mano tiene una labor de ganchillo a medio terminar y, con la otra, da golpecitos en la rodilla de la abuela Galilea, luchando por despertarla. Pero la vieja moribunda no parece haberse percatado de mi presencia, ocupada como está en pasarse la lengua por encima de sus dientes desparejos. Digo:
—Samara, ven, quiero contarte algo.
Sin darle tiempo a reaccionar, agarro a mi prima de la muñeca y tiro de ella hasta ponerla en pie, la arrastro por todo el salón hasta el pasillo. De fondo, me persiguen las risas mostrencas de la Dolça y los comentarios de la abuela Talita:
—¡Pero bueno! ¡Qué empuje se gastan estos jóvenes! Galilea, ¿no los ves?
El pasillo es una gruta oscura que apesta a bizcocho rancio. Los baúles y los biombos y los angelitos de cerámica se mezclan en la penumbra, formando una garganta llena de bultos y esquinas. Samara se libera de mi mano y me planta cara.

—¿Se puede saber qué pretendes?, —me pregunta, esforzándose por convertir su grito en un susurro.

Es una muy buena pregunta: ¿se puede saber qué pretendo? ¿Es que acaso me dispongo a hacer o decir algo que no me he atrevido a hacer o decir antes? Sí, pienso. Eso es exactamente lo que voy a hacer: atreverme. Pero ¿atreverme a qué? Bueno, todavía no lo sé. Pero estoy a punto de saberlo. Puedo sentirlo: una ráfaga de pensamientos inconexos que se agolpan tras mis ojos, esforzándose torpemente por traducirse en palabras y en decisiones concretas. Sí, ya está, por fin lo comprendo. El dinero. Los quince mil euros que me dio la señora Nissenbaum. El sobre de mis calzoncillos. Debería dárselo a Samara. Eso es lo que pienso, y todavía hay más, un breve desarrollo, una somera explicación de cómo esta decisión ha llegado hasta mí. ¿Quién sabe, me dice una voz en mi cabeza, qué ocurrirá en Villa Milagro y en la Casa de Labores cuando las bolas de demolición de Antich & Asociados arrasen con la alquería y con el manzano? ¿Qué posibilidades hay, me insiste esa voz, de que se mantenga esta vida comunal que los Miralles han construido a lo largo de los siglos, esta forma de explotarse y de extorsionarse entre ellos mismos, y, al mismo tiempo, de protegerse y de darse cobijo y sustento y trabajo y sentido? ¿Qué será de Samara cuando el manzano ya no esté?

—Espera —digo, y me meto la mano en el pantalón—. Solo un momento —le suplico.

Saco el sobre negro y se lo muestro a mi prima. Después de tantos días viviendo pegado a mi piel, el sobre no es más que un gurruño aplastado; parece mentira que todavía conserve el sello partido de Antich & Asociados: en cada parte una A roja de estilo gótico. Ella tarda en reaccionar y una parte de mi inconsciente tira de mi mano retrotrayéndola unos centímetros. ¡Sabotaje!, grita una voz histérica en mi cabeza. La voz insiste: ¡Alguien —yo mismo— nos está saboteando la vida! Me obligo a agitar la mano, apremiando a Samara, como no se decida rápido estoy seguro de que acabaré arrepintiéndome. Al fin recoge el sobre con reticencia.

—Escóndelo. No se lo enseñes a nadie. Es solo para ti.

Un ruido nos sobresalta. Es el chirriar del ascensor soviético anunciando su parada en el ático. Inmediatamente después, el maullido de la verja al abrirse. Alguien viene y Samara se asusta, da

dos pasos atrás, choca contra una estatua de san Sebastián asaeteado, que se tambalea amenazando con caerse. Mi prima todavía no comprende qué está pasando y qué contiene el sobre negro, pero sí sabe que es algo prohibido, algo que atenta contra las tradiciones de los Miralles y que puede meterla en problemas; sin pensar, precipitadamente, lo esconde tras la espalda. Una silueta azul se dibuja entre las sombras del pasillo. Es Ruth.

—Tú —me dice—. Vámonos.

Ruth solo necesita mirarnos para saber que algo no va como debería. Observa a Samara, con las manos tras la espalda y cara de susto, y luego me mira a mí, que todavía mantengo una mano extendida hacia mi prima, suspendido en el acto de entregarle el sobre. Supongo que, en cierta forma, mi cuerpo, al igual que mi mente, no acaba de creerse lo que acabo de hacer. ¿En serio le he entregado mis quince mil euros a Samara, a la misma Samara que me arreó una paliza y me abandonó en la Cala del Señorito, a la misma Samara que una y otra vez se molestó en dejarme bien claro cuánto me desprecia? Ese sobre era mi seguro de vida. ¿Qué cojones haré si al final el espejismo de los tres millones de euros resulta ser, efectivamente, un espejismo y nada más? ¿Huiré de Berinossent sin sacar nada de todo este periplo? Idiota, idiota, idiota, si es que no se puede ser más idiota.

—Moisés, ¿qué has hecho?, —masculla Ruth—. La madre que te parió. ¿Tan difícil era quedarte calladito?

—Tranquila, que no le he dicho nada —me defiendo.

Samara da un paso al frente, la figura de san Sebastián tiembla cuando recupera su posición, ella también está atando cabos y sacando conclusiones a toda velocidad.

—¿Se puede saber qué tramáis?, —pregunta en un susurro gritado.

—Ah, no, eso sí que no, lo que nos faltaba, prima, tú no te metas. —Ruth extiende un dedo amenazante hacia Samara—. Hazme caso: de esto ni palabra. ¿Me entiendes? Ya hablaremos luego. Esta noche, si quieres. Pero ahora no. Confía en mí. Ahora no tenemos tiempo para tonterías. —Con un gesto de la cabeza me apremia—. Venga, muévete antes de que la líes de verdad.

—¿Y los Mayores?, —digo yo dubitativo—. ¿No resultará… sospechoso si no me despido de ellos?

—Que les den a los Mayores —dice Ruth, y se gira para marcharse.

A mí se me hace imposible seguir a mi hermana. Mi cuerpo no quiere alejarse del de Samara. En la penumbra, su pelo negrísimo y corto se confunde con las sombras. Soy consciente de que esta es la última vez que podré ver sus ojos de lacrimal largo. Ella me exige:

—No me dejes aquí, otra vez no.

Yo quiero ofrecerle la mano y prometerle la salvación. Pero ¿cómo hacerlo si en estos momentos una parte de mí lo que desea es arrebatarle el sobre de las manos y dejarla tirada en el suelo? Yo no soy el salvador de nadie. Ni siquiera soy una buena persona. Me giro y corro detrás de Ruth. Samara no me sigue. Tan solo me observa partir en silencio mientras, de fondo, a lo lejos, una retahíla de rezongos incoherentes brotan de la galería: la abuela Galilea murmura algo sobre ángeles y serpientes y perros muertos y gasolina.

Ruth me espera con la verja del ascensor a medio cerrar. Me cuelo dentro y pulso el botón de la planta baja. Entre chirridos, descendemos los seis pisos de la Casa de Labores.

—¿Tú te das cuenta de lo que has hecho, pedazo de animal?, —me pregunta, agarrándome del brazo y hablándome al oído.

—Tranquila. Samara no se va a chivar.

—¿Y tú qué coño sabes? En esta casa no te puedes fiar de nadie. De nadie, joder, pareces tonto. ¿Es que no vas a aprender nunca? Aquí a todos nos han hecho un lavado de coco. A Samara. A ti. A mí. A todos.

Llegamos a la planta baja. Nada más descorrer la verja, mi hermana comienza a andar sin esperarme. La sigo y juntos nos sumergimos en el taller. Me abofetea el aire viscoso de miles de naranjas troceadas, millones de melocotones hervidos, un mar de almíbar que flota viscoso bajo los reflectores amarillos.

Distribuidos entre las licuadoras y las despulpadoras y las ollas a presión industriales, los Miralles trabajan. Primos y primas. Tíos y tías. Sobrinos sin nombre. Algunos detienen sus quehaceres para observarnos —para observarme sobre todo a mí—, la tía Verónica y el tío Aarón incluso me saludan con una mano, pero la mayoría se limitan a ignorarnos para proseguir con sus tareas, puede que no les haya quedado más remedio que aceptarme como Padre Guardián,

pero eso no quiere decir que les agrade lo más mínimo mi presencia. Junto al fregadero de acero inoxidable distingo al tío Malaquías y al primo Ezequiel. En estos momentos, están disponiendo una fila de naranjas en los enganches de la peladora, ambos bajan la cabeza y fingen no verme. Ezequiel todavía lleva la cabeza vendada y un brazo en cabestrillo. Tardará meses en recuperarse de la paliza del velatorio. Bum. Tocado y hundido, primo.

El tío Jacobo asoma tras la tubería de ventilación. Viene empujando un carrito de supermercado cargado con bombonas de butano. Me ve y me sonríe. Pienso: en la boca basta y generosa de mi tío caben todas las risas del mundo. Me detengo. Por mucha urgencia que tengamos, pienso, seguro que puedo dedicar un par de minutos, o un par de segundos al menos, a despedirme del tío Jacobo. A fin de cuentas, siempre hay tiempo para un abrazo, ¿no es cierto? Pero Ruth no parece pensar lo mismo; empuja la puerta que conecta al taller con la verdulería y se va. Parece como si mi hermana de verdad estuviera dispuesta a dejarme atrás. No me queda más remedio que seguirla. La puerta se cierra y el taller y la sonrisa incondicional del tío Jacobo desaparecen para siempre.

Ya en la calle, nos tropezamos con un grupo de Miralles que descarga un remolque. Sacos de arpillera preñados de almendras, pantalones apelmazados por la tierra seca, camisetas pringosas de sudor, uñas negras. Ni siquiera les dirijo una mirada.

—¿Dónde vamos?, —pregunto, en cuanto doblamos la esquina de la plaza Reial y dejamos atrás la vapuleada fachada de la Casa de Labores.

—Calla y date prisa.

Al ritmo que mi hermana me obliga a andar, el tobillo se me resiente y me manda chispazos de dolor. Pero no me quejo. No está la cosa como para protestar, con mi hermana hecha una furia y la posibilidad, remota o no, de que Samara dé el chivatazo y una comitiva de primos salga a cazarnos. Cruzamos Berinossent a paso ligero. Por el camino, adelantamos a un anciano que pasea tirando de su perro ciego y a una mujer que vacía el cubo de la fregona en el alcantarillado de la calle. Bajo los pórticos de la Lonja, un grupito de marroquíes vestidos con chilabas fuman y beben té sentados en banquitos de plástico de muchos colores. Mi hermana anda cada vez

más deprisa, en la mano, un cigarro que se encendió nada más pisar la calle, pero al que apenas ha dado un par de caladas. Me fijo en que su respiración suena desacompasada, entremezclada con suspiros y ayes. Reconozco los síntomas. Mi hermana está sufriendo un ataque de ansiedad.

—Ruth —la llamo.

No hay respuesta.

—Ruth, coño, para ya, que te va a dar un telele.

Por fin se detiene y yo aprovecho para examinarla. En los ojos lleva un grito congelado, en las manos, un temblor pávido. Pensaba que mi hermana era un ser estoico y cerebral, pero, por lo visto, la cercanía del final, el vislumbrar del culmen de todos sus planes, ha podido con ella y le ha derrumbado los diques emocionales.

—Respira. Con calma. Piensa que no puedes presentarte así ante los señoritos de Antich & Asociados. Tómate un momento.

Parece que me va a replicar con alguna bordería, pero luego lo piensa mejor y asiente, dándome la razón. Se apoya en una farola y cierra los ojos. Inspira y espira acompañando el entrar del aire con una mano sobre el pecho. Pasa una moto con dos críos sin casco y la música del móvil a todo volumen. Ruth se inclina sobre la acera y, sin soltar el cigarro, regurgita una pasta blancuzca.

—Muy bien —digo yo, con la vista perdida entre los grumos de la vomitona, atraído por ese olor agrio y penetrante que para mí va unido al alcohol y a la tregua. Una poderosa sensación de irrealidad me embarga. ¿De verdad estoy a punto de hacer lo que estoy a punto de hacer? ¿En serio hoy se acaba todo? Me oigo murmurar—: Muy bien. Así. Sácalo todo.

Sus hombros se estremecen mientras un inacabable esputo blanco surge lento de su boca.

—¿Mejor?, —pregunto.

—Sí.

Comenzamos a andar de nuevo. Pero esta vez lo hacemos a un ritmo más pausado y uno al lado del otro: esta vez andamos juntos. Nos cruzamos con una mujer que vacía el cubo de la fregona en el alcantarillado de la calle —pero un segundo, ¿no la hemos visto antes? El mismo moño recogido con horquillas de todo a cien, la misma bata de botones con pinzas de la ropa prendidas a los bolsillos, las mismas manos agrietadas por la lejía: la misma mujer,

aquí y allí, desdoblándose, como si la propia realidad se pusiera nerviosa por la cercanía del final y se volviera descuidada—. Al final de la calle se vislumbra el horizonte del Mediterráneo, como un espejismo que pendula entre el azul y el verde. Bocanada de aire salado y rumor de mar.

—Ya casi estamos —dice Ruth.

Observo el perfil de mi hermana. La nariz demasiado grande que heredó de mi padre. Los labios firmes y estrictos. Mientras caminamos, alargo un dedo y le rozo la mano, solo para comprobar que de verdad está ahí. Le pregunto:

—Era mentira, ¿verdad?

—¿Cómo?

—Lo que me contaste de que un día hiciste compota con las manzanas del patio y se la diste a probar a un desconocido. Te lo inventaste todo, ¿a que sí?

Ruth detiene el paso solo un segundo, apenas un tropiezo, me mira de reojo y enseguida vuelve al perfil. Ya no hay rastro de ansiedad ni de miedo en ella.

—¿Cuánto hace que lo sabes?

Me encojo de hombros.

—Supongo que desde el principio. Aunque no es culpa tuya. Era una buena historia: llena de detalles, de color, muy convincente.

—Pensé… —Ruth chasquea la lengua como si fuera un látigo con el que domar las palabras—. Pensé que igual necesitabas un empujoncito. Que si te demostraba que el manzano no era especial, te sería más fácil mandarlo todo al carajo.

De nuevo, el paseo marítimo. De nuevo, los azulejos pintarrajeados por tropas de niños con Plastidecor y el mobiliario urbano sacado de una nave espacial. El cielo sobre nuestras cabezas es blanco como una explosión nuclear y, a medida que se acerca a la línea del horizonte, se va volviendo cada vez más azul, como si el mar quisiera expandir sus dominios allí arriba. No hay ni rastro de nubes. Por alguna razón, eso —la ausencia de nubes— me parece un mal presagio. En la playa, un par de gaviotas pelean por los restos de una bolsa de basura. Supongo que, como presagio, tampoco es muy halagüeño. Ruth se enciende otro cigarro y me pregunta:

—No irás a echarte atrás, ¿verdad?

—No. Me calaste desde el principio. Quiero la pasta y quiero vengarme. Darme yo la gran vidorra y darle a nuestra familia su merecido. Eso es lo único que he querido siempre.

—Ajá.

—¿Y tú, Ruth?, —le pregunto, y me doy cuenta de que, en realidad, acabo de formular una pregunta importante; la que debería haberle hecho a mi hermana desde un principio—. ¿Tú por qué haces todo esto?

Ella no contesta. Yo estoy a punto de insistir, pero ella me hace un gesto como para indicarme que si no responde no es por falta de ganas, sino porque está eligiendo cuidadosamente sus palabras. Cuando mi hermana habla, lo hace despacio, intentando sonar comedida y racional, pero la ira impregna cada una de sus frases y unas burbujitas de saliva le afloran en las comisuras de la boca.

—Porque este es mi papel. Sí, eso es. Hago esto porque este es el papel que, como mujer, me toca interpretar. ¿No dicen que Eva lo jodió todo? ¿Eh? ¿No es eso lo que nos enseñaron? A ver. Fue Eva la que condenó a la humanidad entera desobedeciendo a Dios, y por eso la mujer lleva el pecado original grabado en el coño. Pues muy bien. Con más razón. Yo soy Eva ahora. Acepto el rol encantada de la vida. En nombre de todas las que han llevado el apellido Miralles a lo largo de tantos siglos, en nombre de todas las humillaciones y de todos los silencios que hemos sufrido, en nombre de las esposas y de las madres y de las hijas de esta familia de tarados, juro que ese manzano se va a ir a la mierda para siempre jamás.

Tan solo unos metros más adelante hay un coche que destaca sobre los otros. Es caro y fastuoso. Aunque no es el mismo BMW al que me subí cuando conocí a la señora Nissenbaum, sí brilla con el mismo tono negro, cromado y reluciente, que solo los ricachones pueden permitirse. El coche —ahora puedo ver que sí es un BMW, solo que de otro modelo— está aparcado frente a un restaurante que todavía huele a pintura nueva. Paredes resplandecientes y vigas de madera. Un cartel de estilo *vintage* anuncia el nombre del local: La Golondrina. A primera vista, el local parece estar cerrado. Persianas de metal en la puerta y en los ventanales, y una terraza sucia cubierta por charcos y montones de hojas. Mi hermana cruza la terraza y golpea con el puño la persiana metálica. Desde el interior nos llega un rumor de pasos, también el arrastrar de una

silla, voces amortiguadas.

—Supongo que esto también pertenece a Antich & Asociados —digo.

Ruth se encoge de hombros. Una voz nos advierte:

—¡Apártense!

Nos retiramos un par de pasos y aguardamos a que la persiana se abra con un escándalo que no por esperado es menos desagradable. Enfrente tenemos a un hombre cachas y guapo, con esa corpulencia de obseso de gimnasio y esa belleza grosera de macarra de bajos fondos. Es el tipo de persona que ha nacido para llevar *piercing* en la ceja y peinado cenicero y que, sin embargo, por carambolas del destino, luce ahora, con la misma chulería, un exquisito tupé y un traje oscuro muy señorial aliñado con una corbata granate. Este guarura no es el mismo al que vi haciendo de chófer para la señora Nissenbaum; al igual que el BMW, es otro modelo de la misma marca, o, en este caso, otro animal de la misma especie: cromos que intercambiar de la misma colección.

—No se queden ahí, por favor —dice el guarura mientras echa un vistazo fuera, vigilando a izquierda y derecha y fardando de paso de tendones en el cuello—. Entren.

El restaurante está prácticamente a oscuras, iluminado tan solo por algunas lámparas muy separadas entre sí, encendidas un poco al azar. La decoración es un himno al Mediterráneo. O al menos a cierta idea de este: esa postal azul y blanca por la que suspiran los turistas. Paredes encaladas y arcos ibicencos. Azulejos hidráulicos y redes de pescar colgadas como si fueran piezas de museo. Cuatro descomunales fotografías en blanco y negro muestran el retrato de otros tantos marineros en plena faena. De pie, junto a la barra de reluciente madera, está la señora Nissenbaum. Su cuerpo rotundo enfundado en un traje de color verde claro, ceñido con un amplio cinturón dorado. Junto a ella —esto no me lo esperaba— está la notaria buenorra que hace apenas media hora nos atendió en la Casa de Labores. Las dos van armadas con un *gin-tonic* y parecen buenas amigas.

—¡Ruth! ¡Moisés! ¡Qué puntuales!

La señora Nissenbaum extiende sus brazos rellenos de doble ración de carne y viene hacia nosotros. Muac y requetemuac. El último de sus besos cae demasiado cerca de mi oreja y me suena a

bombardeo. La señora Nissenbaum nos acompaña a la barra, donde unas lámparas trenzadas con bambú derraman una luz estudiadamente íntima.

—Siéntense, por favor, pónganse cómodos. ¿Quieren tomar algo? ¿Sí? ¿*Gin-tonic* está bien? —La señora Nissenbaum no espera a que le respondamos—. Juanjo, anda, ponles un *gin-tonic*, y hazlo como tú sabes, con ese toquecito especial, ya me entiendes. —El guarura asiente con aire marcial, y la señora Nissenbaum trepa a un taburete y se acomoda en toda su redondez. A mí me sigue sorprendiendo lo fea que es, lo grotescos que son sus labios, lo ostentoso de su maquillaje; en contraste con la belleza de la notaria, el rostro de la señora Nissenbaum parece una broma de mal gusto —. ¿Saben? El señor Antich todavía tardará un poquito en llegar. Es que, bueno, en su situación cualquier traslado supone un esfuerzo y al final las cosas siempre se le complican. Creo que ya se lo dije, pero, en todo caso, se lo repito: esta es la primera vez que el señor Antich se desplaza para cerrar un negocio. ¡Eso debería indicarles lo importante que es este proyecto para él! Caramba, Juanjo, pero esa ginebra no, hombre, ponles la buena, que esta gente son amigos, y a los amigos hay que darles siempre lo mejor.

Obediente, el guarura se dirige a la estantería donde se alinean las botellas y desliza el dedo por encima de las etiquetas. Yo lo observo hacer, al principio con el rabillo del ojo, luego con el ojo entero; tenía que pasar: ando más pendiente de los movimientos del guarura-camarero que de las palabras de la señora Nissenbaum. Cuando la ginebra cae en el vaso, los hielos crepitan con un levísimo aplauso.

—¿Qué más, qué más? Ah, sí. Rosa me ha estado poniendo al día sobre la lectura del testamento. Dice que todo salió a pedir de boca. —Como confirmando las palabras de la señora Nissenbaum, la notaria nos sonríe seductora por encima de su copa de balón—. No saben cuánto me alegro. Y es que, Ruth, se lo digo ahora con toda confianza, yo no las tenía todas conmigo. Esa tontería de que sus hermanos y usted renunciasen a la legítima… Perdóneme si la ofendo, pero ¿eso dónde se ha visto?

Ruth agarra el *gin-tonic* que el guarura le pasa —el hijo de puta se lo ha servido antes que a mí— y le da un trago largo y satisfecho —no le quito ojo, la veo beber y, a través de ella, yo también bebo

un poco: anticipo en mi lengua el sabor amargo de la tónica, vislumbro el estropajo de la ginebra en el paladar—. Ruth alterna los sorbos con caladas de cigarro. El humo del tabaco se mezcla con la luz de la lámpara. Entonces dice:

—¿Qué quiere que le diga? Mi familia es… especial.

—¡Bueno, amiga mía, eso es evidente! Y lo que también salta a la vista es que en esta operación ganamos todos. Como a mí me gusta decir: win win y chinchín. —Hace un gesto como de brindar con el *gin-tonic* y luego comienza a señalarse los dedos enumerando las ventajas del negocio—: Para Antich & Asociados es un operación provechosa. Para ustedes, una oportunidad de medrar. Para Berinossent, una salida hacia el futuro. ¡Ya verán, en un par de años a este pueblucho no lo va a reconocer ni el tato!

La señora Nissenbaum sigue hablando, pero apenas la escucho. Mi atención sigue fija en el guarura, que dedica una eternidad a hacer sus trucos de barman prestidigitador. Algo se interpone en mi campo de visión. Es el bellísimo rostro de la notaria.

—Tenga, señor Miralles, échele un vistazo al contrato de venta. —Me entrega unos papeles prendidos de un clip—. Si le surge cualquier duda, no tenga reparos en consultarme.

—Gracias —farfullo.

Parece que la señora Nissenbaum no soporta dejar de ser el centro de atención ni siquiera un segundo, por eso me palmea el brazo y dice:

—En teoría, Moisés, ¿me está usted escuchando? Digo que en teoría la escritura de la herencia todavía tardará quince días en formalizarse en el Registro de la Propiedad. Pero el señor Antich se fía de usted y también de su hermana, y además sabe que los del Registro no van a poner problemas, ¿verdad, Rosa? Ja, ja, ja. ¿Se dan cuenta? Por lo visto, a todos nos conviene solucionar el asunto cuanto antes.

Por fin, el guarura me acerca el *gin-tonic*. Procuro no parecer demasiado desesperado ni demasiado patético, lucho por acercarme la copa a los labios a cámara lenta, incluso congelo el movimiento para poder disfrutar del petardeo premonitorio de las burbujas ascendiendo por los orificios de mi nariz. Bebo despacio. Apenas un sorbo. Un mojarme los labios y nada más. Me repito: control. Y enseguida las uñas de la ginebra me arañan la punta de la lengua y

una corriente eléctrica me recorre el cuerpo y me hincha la verga. Hacía tanto tiempo que no probaba alcohol de verdad… Solo cerveza y vino, y cada vez menos; nunca *whisky* ni vodka ni ginebra ni aguardiente. Sobre la barra tengo el contrato de venta de la finca de Villa Milagro. Comienzo a leerlo, pero me quedo estancado en una frase del segundo párrafo:

… siendo la cantidad convenida por ambas partes de tres millones de euros (3000 000 €)…

Lo leo y lo vuelvo a leer: mi futuro resumido en unos paréntesis.

Un tres, un punto, tres ceros, otro punto, tres ceros más, el símbolo del euro.

El fin del manzano.

Mi triunfo.

Mi vergüenza.

Mi destino.

La señora Nissenbaum dice:

—De modo que, Moisés, amigo, díganos, ¿qué se siente al estar a punto de convertirse en millonario?

En lugar de responder, yo doy otro trago al *gin-tonic*. No sé cómo ha podido suceder, pero resulta que ya me lo he acabado. Por suerte, el guarura es un camarero eficaz —sin duda antes de dar el salto a guardaespaldas trabajó en alguna discoteca— y, junto a la copa vacía, aparece otra llena. Estoy a punto de catarla cuando me sobresalta un gritito exaltado. Es la señora Nissenbaum. Por lo visto, acaba de recibir un mensaje en su iPhone.

—¡Bueno, pues parece que el señor Antich ya está aquí!, —exclama, bajando del taburete de un salto.

Nos dirigimos a la puerta y aguardamos a que el guarura levante la persiana. Parece mentira lo bien que me sienta la ginebra. Es una bebida alegre, juguetona, nada que ver con el fuego violento que trae el *whisky* o la pena inmensa del vodka. Normalmente nunca la pediría en un bar —por floja, por fina, por deshonesta—, pero lo cierto es que siempre me afina el dial hacia el lado positivo. Fuera, aparcada en doble fila junto al bordillo del paseo marítimo, hay una furgoneta de un aristocrático color blanco. Es un blanco tan blanco que apuñala a la vista. Un blanco que —por difícil que pueda resultar— es todavía más distinguido y elegante que el negro negrísimo del BMW. En este momento, un par de mujeres vestidas

con blusa beis y pantalones de pinzas abren las puertas traseras de la furgoneta. Una de ellas acciona una especie de mando a distancia y, en respuesta, suena un repiqueteo.

Mi yo racional piensa: algún tipo de dispositivo mecánico —poleas y engranajes— acaba de ser activado.

Mi yo irracional —esa parte de mí que me impide morder el fruto del manzano y que tiembla con cada perorata bíblica de la abuela Galilea y que hoy mismo me llevó a preguntarle a una desconocida si era Dios o al menos uno de sus ángeles— piensa: lo que sea que haya en esa furgoneta suena igual que un montón de escamas rozándose entre ellas. Y aún diría más: suena igual que el cascabel de una serpiente.

De pronto necesito ver qué hay en la furgoneta. Igual que un niño necesita abrir el armario de su cuarto para cerciorarse de que ningún monstruo se esconde en él. No es algo que pueda elegir hacer o no hacer: lo necesito. Por eso siento que no ando, más bien me deslizo, como si la terraza fuera un lago helado y yo fuera en trineo. El *gin-tonic* es el husky que me va arrastrando. Llego a la barandilla de la terraza y trato de tomar perspectiva. Estiro el cuello y miro.

Mi yo racional tenía razón —¿qué esperaba?—: el repiqueteo de la furgoneta lo provoca un montacargas. En estos momentos, el mecanismo ayuda a descender a una silla de ruedas. Esta es compacta y blanca, del mismo tono reluciente que el coche, parece más una cápsula espacial que una silla de ruedas. Sobre ella hay un hombre muy pequeño y muy flaco. Es el hombre más pequeño y más flaco que he visto en mi vida. Más pequeño y más flaco que un enano de circo. Luce una barba entrecana muy cuidada. Viste un distinguido traje de color azul marino. En el bolsillo de la chaqueta asoma el triángulo de un pañuelo verde. El hombre pequeñísimo y flaquísimo me mira directamente y en sus ojos me parece distinguir un puntito de sarcasmo, una leve sonrisa instalada en su boca de labios mínimos. Es entonces cuando comprendo: el hombre no tiene ni brazos ni piernas. He tardado en darme cuenta. No es algo habitual encontrarse con un ser humano en esas condiciones físicas y a mi cerebro le ha costado procesar la información, leer correctamente los mensajes que mis ojos le mandaban. No es que sea muy pequeño y muy flaco, es que es solo un tronco y nada más;

la chaqueta del traje azul marino no tiene mangas, el pantalón no tiene perneras, la tela —de indudable calidad— envuelve ese cuerpo chato y mutilado igual que el papel de estraza ciñe un paquete listo para mandar por correo.

—Es una serpiente.

Eso digo muy bajito. Y para atestiguar lo absurdo de mi afirmación, lo repito una vez más:

—Es una serpiente.

El *gin-tonic* se me escapa de las manos y me moja los pantalones. Siento cómo un miedo primitivo me inunda el alma. Alzo un dedo espantado y señalo la furgoneta, apunto directamente al hombre trajeado que me sonríe desde su silla de ruedas, sin brazos ni piernas; quiero hablar, pero no consigo articular palabra, miro hacia la puerta del restaurante buscando ayuda y me encuentro con los ojos de mi hermana, que enseguida reconoce la mancha de la locura en mi rostro.

—Moisés, tranquilo —me suplica.

Y se me acerca cautelosa, extendiendo ambas manos.

—Moisés, ni se te ocurra.

No la escucho. Salto la barandilla y huyo paseo abajo a todo correr.

Detrás de mí, unos pasos me persiguen. Mi hermana grita mi nombre. Una y otra vez: mi nombre.

Me tropiezo con el Seat Toledo. Comprendo que desde un principio corría en su busca, o quizás es que simplemente me lo acabo de encontrar: el Seat Toledo aparcado cerca del bar en el que pedí un bocadillo de lomo con queso, esperándome, posibilitándome la huida. Abro la portezuela, que había quedado sin cerrar, y descubro que me había dejado las llaves puestas, como si inconscientemente siempre hubiese sabido que necesitaría escapar. Por el retrovisor veo al guarura acercándose a toda velocidad y, algo más atrás, distingo a Ruth, la boca abierta en una súplica o un grito. Arranco el motor a la primera, justo cuando el hombretón golpea mi ventanilla. Salgo de Berinossent y pongo rumbo a Villa Milagro. De pronto comprendo que me necesitan allí, que urge que vaya a comprobar si el manzano se encuentra a salvo, atestiguar con mis propios ojos que el manzano de los Miralles sigue siendo de los Miralles y que ningún diablo nos lo ha arrebatado.

Piso el acelerador y rezo para que no sea demasiado tarde.

34. Bucle

Es una serpiente, es una serpiente, es una serpiente, el señor Antich es una serpiente, es una serpiente, es una serpiente, es una serpiente, es una serpiente, estoy llorando, me ciegan y me queman las lágrimas, me arden los ojos, quiero arrancármelos, es una serpiente, es una serpiente, es una serpiente, es una serpiente, siempre fue una serpiente, desde el principio, una serpiente, es una serpiente, es una serpiente, es una serpiente, es una serpiente, es una serpiente, es una serpiente, es una serpiente, es una, joder, joder, joder, es una víbora humana, es un hombre reptil, el señor Antich muda de piel cada invierno y come ratas para desayunar, es una serpiente, es una serpiente, es una serpiente, es una serpiente, es una serpiente, no tiene brazos, no tiene piernas, tiene una lengua bífida y mentirosa, es una serpiente, es una serpiente, es una serpiente, sus palabras son veneno, su dinero es veneno, su mirada es ácido sulfúrico, es una serpiente, es una serpiente, es una serpiente, es una serpiente, es una serpiente, es una serpiente, es una…

35. La voluntad de Dios

Es una serpiente.

No puedo pensar en otra cosa.

El señor Antich es una serpiente —¡es una serpiente, es una serpiente, es una serpiente!— y durante todo este tiempo no ha hecho otra cosa que soñar con nuestro manzano. Y cuando digo durante todo este tiempo quiero decir desde el Principio de los Tiempos.

Desde el Principio de los Tiempos, el señor Antich agazapado en las sombras de los campos de almendros y en los plantíos de alcachofas.

Desde el Principio de los Tiempos, el señor Antich rondando nuestra finca y vigilándonos.

Desde el Principio de los Tiempos, el señor Antich babeando cizaña y pesadillas por su colmillo largo.

Puedo verlo. Flotando ante mis ojos. Superponiéndose a la carretera por la que conduzco: puedo verlo. Una serpiente larga y obscena con el rostro del señor Antich. Eso no lo contaron en la Biblia. Que la serpiente tenía rostro humano. Eso se les pasó a los evangelistas y se les pasó a los traductores de los manuscritos del mar Muerto y se le pasó a nuestro Señor Jesucristo cuando bajó a la Tierra a predicar el Nuevo Testamento, tan ocupado estaba con lo de pon la otra mejilla que no pensó en la conveniencia de explicarnos que todo el rollo del Génesis lo habíamos entendido mal: que la serpiente del Paraíso tenía rostro humano. Tal vez en el Principio de los Tiempos todas las serpientes tuvieran rostro humano. Sí, así debió de ser: por fuerza en el jardín del Edén todas las serpientes llevaban el rostro flaco y con barbita entrecana del señor Antich. Escamas verdes con reflejos plateados. Debajo del traje exquisitamente planchado del señor Antich se esconde un cuerpo enjoyado por escamas verdes con reflejos plateados. Por la noche, al señor Antich se le alarga la tripa y se le multiplica la carne. En cuanto se pone el sol, el señor Antich se vuelve serpiente anaconda pitón reticulada culebra gigante y se desliza por los

campings de los turistas y por los campos de naranjos y por los invernaderos abandonados y por las madrigueras de conejo y se adentra en la finca de Villa Milagro y esquiva a los perros que duermen y rodea la alquería toda, así de largo es el cuerpo verde y plateado del señor Antich, lo bastante como para abarcar la alquería entera. Todas las noches el señor Antich rodea el hogar de los Miralles y se muerde la cola encerrándonos en un círculo; eso sucede todas las noches, yo ahora lo sé, antes no, pero ahora sí: todas las noches desde el Principio de los Tiempos el señor Antich nos asedia y nos aborrece por defender tan esforzadamente el manzano y planea cómo arrebatárnoslo y aguarda su oportunidad.

Yo soy esa oportunidad. Yo —ahora lo comprendo, he tardado una eternidad, pero por fin lo he entendido— soy la grieta en la armadura del valeroso caballero. Yo soy la hendidura por la que entra el agua que inunda el barco. Yo soy el portador de la bacteria de la peste que diezma a los aldeanos. Yo soy el pazguato codicioso al que se engaña con promesas de una vida de holgazanería y que con sus actos egoístas condena a la humanidad. Yo soy Adán.

Entro derrapando en la Senda Grande. Mientras la recorro, una nube de polvo envuelve al Seat Toledo. Como llevo la ventanilla bajada —me muero por algo de aire—, pequeñas piedrecitas saltan del camino y entran disparadas al interior del coche, golpeándome el brazo y la mejilla igual que avispas. El polvo inunda el vehículo y crea una película anaranjada sobre el volante y sobre el dorso de mis manos. El teléfono vibra en mi bolsillo, su musiquita de 8 bits sonando otra vez. Desde que escapé de Berinossent, mi hermana, o la señora Nissenbaum, una de las dos, quizás ambas, me han llamado, no sé, como unas veinte o treinta veces.

La verja que da entrada a Villa Milagro está abierta. La cadena suena clinc, clanc bajo las ruedas del coche. Me reciben los ladridos de los perros. Un par de ellos —pelaje pardo y pelaje oscuro— brincan persiguiéndome. Sus hocicos asoman por la ventanilla abierta, muy cerca, demasiado, como no aminore acabaré por llevarme algún chucho por delante. Detengo el automóvil frente al porche. Permanezco aferrado al volante y recupero el aliento. Siento como si esta galopada la hubiera recorrido en realidad con mis piernas, era yo quien adelantaba a los camiones franceses cargados con lo mejor de la huerta valenciana, era yo quien

sobrepasaba el límite de velocidad comarcal, era yo y no el coche, era yo, y ahora pago las consecuencias. Estoy exhausto, nada me gustaría más que arrebujarme en el asiento trasero del Seat Toledo y quedarme grogui, dormir una semana entera, pero no puedo. Me digo: cada segundo cuenta. Este segundo cuenta. Y este otro también. Y este. Y este. Tengo que moverme deprisa. El manzano corre peligro. Yo soy el Padre Guardián y de mí depende que el mundo no se parta por la mitad igual que un huevo.

Salgo del coche. Cuatro perros me rodean olfateándome la entrepierna y las zapatillas. Están excitados porque yo estoy excitado y porque me han visto entrar en la finca con mis piernas-ruedas a toda velocidad. Un picor en la nuca me advierte de que alguien me está observando. Me vuelvo y descubro a mi sobrina Nazaret. Mi dulce, buena niña está sentada en una de las ramas de la higuera, las piernas colgando sobre la alberca. Me mira con cara de susto o de curiosidad, con ella nunca sé. Pienso: debo de parecerle un loco. Y antes de poder seguir el hilo de este pensamiento —loco, eso es, loco: estoy cayendo en la misma demencia que consumió a mi padre antes de morir—, pienso: en mi infancia yo me subí a las ramas de esa higuera una infinidad de veces. Pienso: me encantaba recolectar los higos maduros y limpiarlos con un escupitajo, frotarlos contra el pantalón e hincarles el diente, comer sin hambre, por el simple gusto de comer higos, o bien arrojarlos contra el suelo, solo porque sí, porque higos en esta casa sobran, me entusiasmaba ver cómo explotaban como globos de agua dejando una mancha violeta en la tierra. Mi sobrina me sigue mirando. Siento que le debo una explicación.

—No te preocupes. Yo me encargaré de todo.

Desde la higuera, Nazaret no responde. Sus dos ojos enormes le ocupan media cara. Para tranquilizarla, añado:

—Te lo prometo.

Entro en la casa. En el espejo del recibidor descubro un rostro que sé que es el mío pero que no reconozco. Voy casi corriendo. Paso de largo la cocina y, desde allí, me llega la voz de mi madre:

—¿Quién va?

—¡Soy yo, Moisés!, —respondo, y me obligo a ralentizar el paso para no llamar la atención; ante todo, no me conviene montar un escándalo, un escándalo no: frena, frena.

—Ah, vale —dice mi madre, y suena el discurrir del agua en el fregadero.

La cancela que da al patio está abierta de par en par. Por norma general, siempre está abierta de par en par. Y es que, para los Miralles, el peligro siempre fue algo que solo podía venir de fuera; del interior de la casa solo podían acudir los refuerzos, el séptimo de caballería que aparece triunfante en el último segundo y salva la batalla; por eso siempre tuvo sentido dejar la cancela abierta: para facilitarles la entrada a los nuestros. Ay, pienso, pobres Miralles. En el fondo mi familia siempre fue una panda de ilusos. No sabían que el mal reside en nuestro interior y no necesita que le abran la puerta. Basta con la palabra justa susurrada en la hora adecuada. Un deseo implantado. Un cheque al portador. El mal somos nosotros.

—Eh.

Gabriel me saluda con un gruñido. Lo descubro despanzurrado en la mecedora, con las piernas extendidas y cuatro o cinco perros acumulados a su alrededor. Lleva la Remington en alto y me apunta directamente al vientre.

—Ca-ca-casi te pego un tiro —dice—. La prox, la próxima vez no entres tan tan tan de sopetón.

Ignoro a Gabi. Él no es importante. Ni siquiera puedo perder un segundo saludándolo. Ya lo he dicho: cada instante cuenta. Me vuelvo rápido hacia el manzano, desesperado por comprobar si sus raíces siguen aferradas a la tierra y nadie nos lo ha robado, convencido de que en su lugar me encontraré una sombra, quizás un par de hojas todavía temblando en el aire y una escama de serpiente en el suelo, como la nota de un rescate.

Pero claro, qué tontería, menudas figuraciones las mías, el manzano está ahí. A salvo. El manzano se alza, como cada día desde que tengo memoria, en el centro del patio, en ese abombamiento del terreno que tiene algo de escenario.

El manzano, indiferente.

El manzano, achaparrado y mustio.

El manzano, como siempre.

Nada más verlo, el fuego y los bramidos que traía dentro se me desploman a los pies. Tan solo alcanzo a pensar: ah. Y como mucho: ah, vaya.

—¿Pa-pasa algo?, —pregunta Gabi.

Respondo con un hipido. Me siento estúpido y decepcionado. Estúpido por creer en lo increíble. Decepcionado porque, una vez más, no hay apocalipsis al que sobrevivir ni demonios alados con los que batallar ferozmente, tan solo, otra vez, la incógnita y la espera. Mi hermano insiste:

—Tienes mala ca, mala ca, mala cara.

—Es que… No es nada, creo que algo me ha sentado mal. —Fuerzo una sonrisa. Por la cara que pone Gabi sé que no lo he conseguido. Me escucho decir—: Oye, Gabi, me gustaría relevarte.

—¿Cómo?

—Que puedes abandonar la guardia. Aprovecha y descansa. Yo terminaré el turno.

Él me observa con desconfianza. Mi hermano es tonto, pero no gilipollas. Recoge las piernas muy despacio, arrastrando los talones y dejando sendos surcos en la tierra. Los perros a su alrededor se ponen también en guardia, levantan los hocicos con las orejas tensas hacia atrás. Es asombrosa la conexión que, desde chico, mi hermano tiene con los perros: lo que siente él, lo sienten también los bichos.

—¿Y eso por qué? ¿Qué, qué, qué quieres a cambio?

—No quiero nada —digo, y para demostrar que soy una persona de fiar y que no guardo ningún as en la manga, levanto los brazos y muevo las manos como una bailaora de flamenco, o como un hindú que bendice un puñado de rupias ante una estatuilla de Lakhsmi, la diosa del dinero y de las muchachas casaderas. Pero por lo visto eso no es suficiente y Gabi responde a mi gesto apretujando la escopeta contra su pecho. Si quiero convencer a mi hermano, me digo, más me vale serenarme un poco y más me vale también comenzar a tratarlo como a un adulto. Trago saliva para humedecerme un poco la garganta, que la noto sequísima, y me concedo un par de segundos para terminar de adaptarme al mundo real. Digo—: Venga, hombre, no me seas capullo. Ponme las cosas fáciles. ¿No ves que intento congraciarme contigo?

—¿Congra-congra-congraqué?

—Pedirte perdón. No finjas que no sabes de qué te hablo.

Gabi entorna los ojos evaluándome y, en consonancia, los perros se ponen en pie, evaluándome también. Me acerco a la mecedora

fingiendo despreocupación, aunque en realidad me resisto a apartar la vista del manzano y me tiemblan todavía las manos y el interior de los ojos —me palpita el interior gelatinoso de los ojos igual que un flan: no sé cómo puede ser posible, pero es así—. Cuento uno, dos y tres y comienzo mi enésima representación teatral en Villa Milagro:

—Mira, el tema de la boda. Hablemos sobre ello. No había nada que pudiera hacer al respecto. Esa es la verdad y seguro que tú lo sabes. En estas cosas quien manda es la abuela Galilea. ¿Qué opciones tenía yo? ¿Comenzar un enfrentamiento con la Casa de Labores nada más estrenarme como Padre Guardián? Tú eres consciente de que ellos no me quieren aquí, ¿verdad? No, señor, no me quieren a mí, ni a ti, ni a Zacarías. Lo que quieren en la Casa de Labores es poner a uno de los suyos a cargo del manzano. Y eso no lo podemos consentir los de Villa Milagro, ¿a que no? Entiéndelo. Dije que sí a la boda con Samara porque no me quedaba otra. Pero en ningún momento lo busqué y en ningún momento quise joderte. De verdad que no.

Ahora sí. Ha costado y he tenido que dorarle la píldora un poco más de lo habitual, pero, por fin, Gabi afloja el gesto y se muestra algo más vulnerable. Llego hasta él, los perros me dejan pasar sin descuartizarme, y apoyo una mano en su hombro.

—Anda, al menos déjame hacerte el favor de relevarte en la guardia. Tómalo como un gesto de buena voluntad, ¿vale?

—No, no, no sé.

—Venga, levántate, no te hagas el duro.

—¿Seguro que esto, esto, esto está bien? Es mi, mi, mi guardia. Tú ya tienes tu, tu, tu guardia. Está es mi-mi-mía…

—Me cagüen la puta, Gabi. —Aprieto el brazo de mi hermano con ambas manos, de pronto ya no estoy para tonterías, bastante he aguantado y he disimulado y he hecho el payaso después de todo lo que me he sufrido hoy. Pienso: ya está bien, joder. Pienso: arriba, hostias—. Arriba, hostias. He dicho que arriba, Gabi. —Y como veo que los perros se ponen nerviosos al percibir la tensión entre mi hermano y yo, bajo la voz para añadir—: Ahora soy el Padre Guardián. ¿Es que ya no te acuerdas o qué? Si yo te digo que me cedas el turno, me lo cedes y punto, cojones.

Con cuidado de no hacer ningún movimiento brusco, pero con

mucha mala leche, levanto a Gabi de la mecedora y lo acompaño, sin soltarlo, hasta la puerta. Los perros nos siguen a cierta distancia, algunos dan brincos evaluativos, escucho un par de gruñidos, no saben qué pasa ni si deben intervenir, y esa indecisión los vuelve locos. Un joven chucho —de nombre Zarza— amenaza con pegarle un bocado a un viejo rottweiler —creo que se llama Báculo—, pero al final la cosa no pasa a mayores.

—Y dame la escopeta, copón.

Gabi obedece. Yo lo empujo al pasillo y cierro la cancela. A través de los barrotes de hierro forjado, mi hermano me observa encogido. Los perros se me acumulan entre las piernas, peleándose por asomar la cabeza entre los barrotes. No les gusta que les cierren la cancela.

—Perdona —dice Gabi con un hililllo de voz.

Y luego se va y, en el momento en el que desaparece, yo cierro los ojos.

Cada segundo que paso con los ojos cerrados es un segundo de riesgo para el manzano. Pero es que ahora mismo necesito descansar la vista y descansar a secas. A tientas, me doy la vuelta y recuesto la espalda contra la cancela. Siento cómo un perro me lame la punta de los dedos y otro me golpetea la espinilla con el rabo. El sol me da en la cara y, en consecuencia, la oscuridad de mis párpados deja de ser negra y se vuelve rojiza.

Con calma, concentrado en regular mi respiración, me pregunto: ¿estoy loco? No es una pregunta retórica. Seguramente sea la única que importa ahora mismo. Es innegable, me digo, que llevo un buen rato actuando como un chiflado. ¿Cómo podría nadie en su sano juicio confundir a un tullido con una serpiente? ¿Quién, sino un loco en pleno brote psicótico, renunciaría a tres millones de euros por una superstición idiota y encima enrevesada? Soy un Miralles. Estoy loco. Soy un Miralles y estoy loco como locos están todos los Miralles. Lo mejor es que lo asuma cuanto antes y por lo menos deje de mentirme a mí mismo.

Pero… ¿y si no es así? O al menos: ¿y si no es así exactamente? ¿Y si lo que pasa es que he abierto los ojos —pero no los de la cara: los ojos de dentro— y he sido capaz de ver algo que hasta ahora me estaba vedado, algo que, por qué no, queda más allá de las entendederas limitadas de los cuerdos? Lo que quiero decir, lo que

intento decirme, es que igual la locura puede resultar útil para ciertas cosas; por ejemplo, para comprender los designios inescrutables del Señor. A fin de cuentas, a mi alrededor han ido apareciendo señales que no pueden ignorarse. Señales que por fuerza provienen de él. Lo que quiero decir es que hostia puta.

Eso quiero decir: hostia puta.

Será posible, es que no me lo creo, que otra vez me encuentre en las mismas.

Eternamente enquistado en esta duda: creer o no creer.

Abro los ojos. Frente a mí, el sol y el manzano.

Cruzo el patio dando un traspiés y pienso: qué cojones más dará si estoy loco o no. Qué más dará si el señor Antich es o no es la serpiente del Edén. Qué más dará si la mujer rubia es Dios o un ángel o Eva o Lilith o solo una yonqui de mierda y nada más. Lo único que yo quiero es terminar. Una cosa o la contraria. Lo que sea, me importa tres cojones, pero necesito una respuesta ya mismo.

Me sitúo bajo la copa del manzano. Desde esta distancia puedo ver cómo las hojas amarillean en sus extremos y cómo las arañas tejen sus nidos aprovechando los huecos de la corteza. Alargo una mano y acaricio una de las manzanas. Su piel es rugosa como la mejilla de una vieja. Cuando tiro del fruto, la rama se comba, y, cuando este se desprende, recupera su posición original con un leve siseo. Entre las manos, sostengo la manzana. Evalúo su peso. Su densidad. Su tacto. Me la aproximo al rostro y la huelo con cuidado. La sujeto fuerte con ambas manos, como si temiera que fuera a escaparse, y la muerdo. La manzana sabe a eso: a manzana.

Me la voy comiendo sin prisas. Mordisco a mordisco. Apurando bien y dejando intacto el esqueleto central, con sus pepitas y sus finas vetas blancas. A eso la gente lo llama el corazón. La boca se me llena de líquido y de fruta machacada.

No hay luz celestial. No hay voz grave que anuncie mi castigo por incumplir la palabra de Dios. No estallan al unísono todos los órganos vitales de mi cuerpo ni me crece una brillante aureola de santo tras la cabeza ni comienzo a flotar sobre el patio ni me retuerzo vomitando mi alma. No siento nada. Nada. Nada. Nada.

Nada.

Es raro no sentir nada.

No siento ni siquiera mis propios dedos. Tampoco el peso de mi

cabeza soportado por mi columna vertebral. No siento mi lengua dentro de mi boca. No siento nada.

Comprendo que he dejado de ser yo y también que este existir aquí y ahora, con el corazón de la manzana suspendido en la mano, era mi destino.

Para esto nací y para esto me convertí en un adolescente gilipollas. Para esto odié a mi padre y para esto me odié a mí mismo por odiar a mi padre. Para esto hui y para esto regresé. Solo yo, de entre todos los Miralles, solo yo, de entre todos los seres que pueblan y han poblado y poblarán la divina creación, estaba destinado a comer del manzano: cada uno de los instantes de mi vida de perro guardián me ha conducido hasta este.

Ya no soy yo quien mueve mis brazos y mis piernas.

Mi cuerpo es literalmente un instrumento de Dios: igual que unas tijeras de podar en manos de un jardinero.

Lo primero que hago —lo primero que hace mi cuerpo— es encerrar a los perros en la perrera. Tardo un rato porque algunos oponen resistencia, como si oliesen algo raro, y no me queda otra que agarrarlos del collar e incluso empujarlos con el pie o darles alguna patada en el culo; finalmente lo consigo, todos los perros del patio encerrados en la jaula de ladrillo y alambre.

Lo segundo que hago es cerciorarme de que la Remington está cargada, le quito el seguro y me la apuntalo en el hombro, la mejilla contra el metal. Dejo que el cañón de la escopeta se funda con mi rostro. La mirilla se convierte en una prolongación de mis ojos.

Con el arma en ristre, abro la cancela y abandono el patio. No siento ningún temor al dejar al manzano a solas. Ahora sé que nada malo le va a pasar, sé que el destino del manzano no está en manos de ningún intruso: el destino del manzano depende enteramente de mí y de nadie más.

Desde la cocina me llegan rumores de conversación, de vida. Me dirijo allí con paso firme pero silencioso. La Remington antecede mi entrada. Al verla, mi madre deja escapar un chillido de rata. Antes incluso de irrumpir del todo, yo ya estallo en un grito, para comenzar intimidando y porque, cuando uno lleva un arma fundida al rostro, hay ciertas palabras que salen solas de la boca:

—¡Quietos!

En la cocina están: Gabi y Nazaret en la mesa, con sendos vasos

de leche y un tarro de magdalenas, mi madre y tía Inés junto a los fogones, la primera con un pelapatatas en la mano y la segunda sujetando una olla de potaje hirviendo. Muevo la escopeta de un lado a otro, de Gabi a Nazaret, de mi madre a tía Inés, y siento como si de este modo estuviera mostrándoles a las balas el camino que deben seguir.

—Pero ¿qué haces tú aquí?, —me pregunta Gabi, sin tartamudear.

Yo lo miro y, como ahora mis ojos son la mirilla de la escopeta, lo apunto con mis pupilas directamente a la frente. Digo:

—No te muevas.

Pero él no parece haberse percatado de la Remington ni tampoco de que ahora el arma y yo somos un mismo ser ni de que Dios maneja mi cuerpo con hilos de títere. Gabi se pone en pie y tira la silla al suelo.

—¡El manzano, idiota! ¡Has de, has de, has dejado el manzano solo! ¡Imbécil!

Gabi está a punto de embestirme, la cara roja y los dedos de ambas manos retorcidos hasta transformarse en garras. Mientras eso sucede, mi cerebro calcula el tiempo que la bala necesitará para llegar hasta el entrecejo de mi hermano y mi dedo palpa el gatillo preparándose para abrir fuego. Una parte de mí, enterrada muy profundo, todavía se las apaña para pensar: ¿de verdad para cumplir la voluntad de Dios es necesario que mate a mi hermano? Por suerte, mi madre reacciona y aplaca a Gabi por detrás. Todavía con el pelapatatas en la mano, lo agarra primero del antebrazo, reteniéndolo, y luego de una de las garras, calmándolo. Sin dejar de mirarme, le susurra:

—Gabi, tranquilo, no hagas ninguna tontería.

Yo pregunto:

—¿Hay alguien más en casa?

Mi madre y tía Inés intercambian una mirada y callan. Mi hermano rechina los dientes, masculla algo sin llegar a abrir la boca, es evidente que todavía representa una amenaza y por eso mantengo su entrecejo enmarcado en el centro de la cruz de mis ojos-mirilla. Nazaret, desde la mesa, responde:

—Mi madre.

—Llámala —ordeno.

Mi sobrina sostiene todavía una magdalena a medio comer entre las manos. Sobre el labio superior, la leche le ha dibujado un bigote blanco. Nazaret me habla muy bajito:

—¿Nos vas a matar?

—He dicho que la llames.

—¡Mamá!

—Más fuerte.

—¡¡¡Mamá!!!

Nazaret ha comenzado a llorar. Es solo una niña. Yo la veía siempre tan dispuesta y tan lista que se me había olvidado que era solo una niña. Nazaret llora con el rostro vuelto hacia mí mientras sus manos se tensan y pulverizan la magdalena, las lágrimas se derraman por sus mejillas sin que nadie las detenga, pasan de largo el bigote de leche y gotean hasta su barbilla. Si todavía fuera yo el que manejase mi cuerpo, sin duda sentiría lástima al verla llorar así y me ablandaría. Pero ya no soy el responsable de lo que mi cuerpo hace o dice.

—¿Y Zacarías? ¿Dónde está?, —pregunto. Como nadie responde, agito a izquierda y derecha mi rostro y también el cañón de la escopeta—. Me cagüen todo lo que es bueno, ¿dónde coño está Zacarías?

Mi madre, que sigue aferrada al brazo y a la garra de Gabi, me responde:

—Marchó a Las Cumbres hace un rato. Tus… tus primos necesitaban la sulfatadora.

—¿Se fue hace mucho?

—Sí. No. No sé. Hace media hora o así.

—De acuerdo. —Vuelvo a centrarme en mi sobrina, que sigue llora que te llora sin dejar de mirarme—. Nazaret, vuelve a llamar a tu madre. Pero esta vez llámala en serio, que no tenemos todo el día.

—¡¡¡Mamáááááá!!!, —solloza Nazaret, y su grito suena realmente trágico, una niña pidiendo auxilio a su madre frente a los peligros de este mundo.

En la escalera, los pasos de Esther resuenan estrepitosos mientras desciende del piso superior. Sin dejar de apuntar a mi familia, rodeo un poco la mesa para situarme contra la encimera. De este modo, dejo espacio a mi prima para que irrumpa con su

bata de estilo árabe, su pañuelo de colores, el bebé en brazos.

—¿Qué, qué, qué?, —pregunta nada más llegar, no me ve, ni tampoco la escopeta que llevo pegada a mí, Esther solo ve a su hija sollozante. Se acuclilla junto a Nazaret y toma entre las manos su carita empapada en lágrimas—. ¿Qué pasa, mi amor, qué tienes?

—Esther —le chisto yo.

Al oír mi voz, mi prima da un respingo. Antes incluso de que sus ojos enfoquen la Remington ya se le ha puesto la cara blanca como la leche del vaso de su hija.

—Esther, levántate. Nazaret, tú también. Despacio. Poneos ahí.

Esther reacciona con una torpeza colosal. Tiene que ser la niña la que, llevándola de la mano, la guíe hasta el hueco en el que se encuentran Gabi y mi madre. Por cierto, que mi hermano se ha deshinchado un poco. Sus manos ya no son garras y su expresión ha pasado de la ira a la confusión. La única que sigue en el mismo lugar, sin dar señales de haberse enterado de nada, es tía Inés. Está claro que es una mujer obediente: yo he dicho «quietos» y ella quieta se ha quedado. Tanto que todavía sostiene entre las manos la olla del puchero. Un vapor pringoso asciende contoneándose hasta ocultarle la cara. Me dirijo a ella:

—Tía, hágame el favor y póngase ahí.

Obediente, deja la olla sobre los hornillos, se toma un segundo para apagar el fuego, y, cabizbaja, se une al resto de la familia. Las dos niñas lloran —Judith no ha tardado en sumarse al berreo de Nazaret— y Esther no deja de farfullar:

—Por favor, primo, por favor, no nos hagas daño, por favor, yo nunca quise, por favor, primo, por favor, las niñas.

Cuidado: mi madre acaba de dar un paso vacilante hacia mí. Choca contra la mesa y hace tintinear las tazas, tiemblan las mandarinas y los limones del frutero. Prueba a entablar un diálogo conmigo sin darse cuenta de que ya no queda nadie dentro de mí con quien hablar.

—Hijo, esto es una locura. Piensa en lo que estás haciendo, en lo que vas a hacer. Acuérdate de tu padre, que confió en ti y te nombró su heredero. ¿Por qué no lo hablamos con cal…?

Respondo de la única manera en que ahora soy capaz de responder, la única forma en que Dios me permite responder en su infinita sabiduría: levanto la escopeta y aprieto el gatillo. El

retumbo del disparo —del grito que surge de mi boca, que ahora es un cañón, la palabra del Señor— me sobrecoge incluso a mí. Toda la familia lanza un mismo chillido al unísono y se encoge atemorizada contra el horno de pared —mi familia, chillando; mi familia, aterrada porque teme que yo vaya a pegarles un tiro—. Del techo se desprenden varios pedazos de escayola y sobre el frutero de la mesa cae una nube de polvo blanco, igual que la nieve falsa del belén. Con un gesto de mi cabeza, de la escopeta, les indico que es hora de moverse.

—Al pasillo —digo, y no reconozco mi voz—. Pero cuidado, que nadie haga ninguna tontería: si alguno se pone a correr o a gritar o a lo que sea: bum. Gabi, ¿me has oído? Pórtate bien. Esto no es un juego. ¿Ha quedado claro?

En el vestíbulo los hago formar contra el perchero atiborrado de ropa.

—Madre, coja las llaves del almacén —gruño.

Ella abre un cajón del mueble recibidor y rebusca en su interior: tintineo de monedas y de llaveros viejos y de pilas gastadas y de tornillos y arandelas que nadie sabe qué hacen ahí. Al fin, encuentra las llaves del almacén y me las muestra en alto con una mano temblorosa. Uno a uno, salimos de la casa. A nuestro paso, la cortina de canutillos repica igual que un sonajero. Fuera, el cielo ha ido espesando su color. El azul, que antes era radiante, ahora ha cobrado una intensidad furiosa, como tinta de bolígrafo. La ausencia de nubes le da un punto irreal, parece el telón de una obra de teatro. El mar suena distante —aunque yo sé que está muy cerca — y como amortiguado —igual el disparo me ha dejado medio sordo, no sé—. Nos dirigimos despacio hacia el almacén. Mi familia delante, apelotonada, tropezando y sollozando; yo detrás, algo retrasado para poder vigilarlos mejor, con la escopeta alzada y listo para lo que sea. Me lo repito a mí mismo, sin que las palabras me sorprendan ni me produzcan ningún conflicto interno: listo para lo que sea. Esto es lo que pasa cuando te conviertes en un soldado de Yahvé: que tienes que estar dispuesto para hacer cuanto el Buen Pastor te ordene, sin cuestionar sus razones ni rechistar. Llegamos al almacén. No hace falta que yo diga nada, mi madre ya adivina qué pretendo y ella misma se adelanta y abre el candado. Mi boca dice:

—Démelo.

Se acerca despacio hasta mí y me tiende el candado extendiendo mucho el brazo. Comprendo que teme que vaya a soltarle un sopapo o algo peor: un culatazo o un tiro en la frente. Su pecho flaco se agita bajo la bata y sus labios se estremecen a una velocidad inusitada. Pienso: una vez en los cafetales de Colombia visité un criadero de colibrís. Sus alas se movían igual de rápido que los labios de mi madre. Con tiento, y con brutalidad también, le arrebato el candado de las manos.

—Adentro.

El interior del almacén es oscuro. Pero oscuro de verdad, sin paliativos, con esa oscuridad sólida y espesa que tienen los sitios que casi siempre permanecen cerrados. Oscuridad de sótano o de buhardilla o de caverna. La puerta abierta dibuja un rectángulo de luz sobre el suelo de tierra, al fondo se distingue la mitad de un remolque y unos sacos formando contra la pared. Después del incendio en el que Zacarías y yo casi perdemos la vida, y en el que mi hermano se quemó la mano, mi padre decidió reconstruirlo del modo más firme y barato posible. Paredes de ladrillo sin pintar, vigas de hierro y tejas de zinc. Ni un ventanuco, por pequeño que fuera, para que ninguno de sus hijos pudiera volver a colarse jamás sin su permiso. La puerta es de chapa galvanizada, con remaches improvisados con latas de Cepsa y Aceite de Oliva Montserrat. Aunque está oxidada y socavada por la sal, todavía tiene pinta de ser resistente.

Una vez mi familia ha entrado en el almacén, yo los sigo, obligándolos a retroceder hasta toparse con los sacos. Dejo que transcurran unos segundos para que las pupilas se me acostumbren a la oscuridad y echo un vistazo a mi alrededor hasta ubicar lo que necesito. Muy despacio, andando de lado como un cangrejo y sin dejar de apuntar a los míos, me desplazo hasta el banco de herramientas. Meto la mano entre capazos y serones y cubos de hojalata y por fin saco un polvoriento bidón de gasolina. Al verme, mi madre no se puede aguantar:

—Ay.

Yo le digo:

—Madre, cállese.

Y ella, desde las sombras, las manos unidas contra el pecho:

—Pero, hijo, por favor.

—Madre, hostias. —Mis palabras brotan con tal violencia que van envueltas en esputos de saliva—. No dé un paso, se lo advierto, estese quietecita o de un tiro le reviento la jeta.

Pasito a pasito, todavía con la escopeta fundida a mi rostro, voy saliendo del almacén. Pienso: de lejos, debo de parecer un pájaro extraño. Un hombre-pájaro con la capacidad de arrebatar o dar la vida a voluntad. Una vez fuera, empujo la puerta de chapa con el pie. Las bisagras chirrían y se resisten y no me queda otra que desatorar la puerta con la cadera, adoptando una postura un tanto ridícula. A medida que se cierra, las tinieblas se extienden en el interior del almacén. Al final, solo queda una línea dorada en la que distingo el rostro de Gabi y el de mi madre. En algún momento, él ha comenzado a llorar, igual que mis sobrinas y que Esther, no me había dado cuenta: lágrimas de chiquillo asustado en el rostro de mi hermano pequeño. En cuanto a mi madre, se la ve extrañamente serena. Como si hubiera aceptado de pronto todo lo que está por suceder y, en el fondo, estuviera de acuerdo.

Cierro el candado y me guardo la llave en el bolsillo. Por fin, me permito despegar el hierro de la escopeta de la carne de mi mejilla. Oigo cómo aporrean la puerta del almacén. Hay gritos e insultos envueltos en sollozos, y yo pienso que decididamente la puerta aguantará sin problemas, y que, mira tú qué cosas, gracias al incendio del viejo almacén mi padre construyó uno nuevo más resistente y compacto, más adecuado para ser cárcel. Desde luego, Dios no da puntada sin hilo.

Vuelvo a la casa. Cortina. Vestíbulo. Pasillo. Cancela. Patio. Manzano.

Apoyo la escopeta en la mecedora —el hombre-pájaro ya ha cumplido su función— y, durante un segundo, contemplo el cielo inmenso, hincho los pulmones, estiro los brazos y cojo fuerzas antes de ponerme manos a la obra. Luego, agarro el bidón de gasolina con ambas manos y me planto frente al manzano. Con mucho cuidado de no salpicarme, vierto el contenido del bidón sobre el tronco. Los chorros de gasolina son de un tono ambarino semitransparente con destellos azulados. Pienso que ese es sin duda un color extraño, y que, de algún modo, así es como la gasolina revela el potencial destructivo que lleva dentro, su semilla de fuego relumbrando en

cada gota. El olor a combustible me marea y me excita. Además del tronco, se me ocurre que es una buena idea empapar también las ramas más altas, así que levanto el bidón por encima de mi cabeza y riego la copa con unos voleos espasmódicos. Antes de que me dé cuenta, el bidón está casi vacío. Apuro las últimas gotas esparciéndolas sobre las raíces, con las piernas muy abiertas doy un par de vueltas alrededor del tronco, pongo mucha atención en que quede todo bien regado. Pienso: espero que sea suficiente. Y al mismo tiempo algo en mi interior sabe con certeza que lo será.

Me dirijo a la mesita plegable y rebusco entre la comida de mi hermano —los restos de un arroz con conejo y un bol que huele a gazpacho—, en algún lugar debería haber un mechero, desde siempre en la mesita plegable del Guardián hay un hueco para un mechero; sin embargo, esta vez no lo encuentro por ningún sitio. Estoy a punto de entrar en la casa para agarrar el encendedor eléctrico de la cocina cuando caigo en la cuenta: meto mi mano en el bolsillo y saco el mechero rosa que encontré tirado en la urbanización Las Salinas.

—Gracias —digo en una voz casi inaudible, y es que, de pronto, me parece evidente que fue la mujer rubia quien dejó expresamente el mechero sobre el rellano de su escalera para que yo lo encontrase y pudiese así cumplir mi destino.

Hago girar la ruedecita y una lumbre apenas visible brota con un siseo. Con la otra mano, agarro una servilleta de tela con el borde punteado de ganchillo y la prendo. La servilleta arde con mucha pereza, necesito un par de minutos y varios giros de la ruedecita para conseguir dar forma a algo que se parece a una llama más o menos consistente. Me aproximo al manzano y dejo caer la servilleta encendida sobre las raíces empapadas de gasolina. En un pestañeo, tan rápido que apenas si alcanzo a apartarme, el manzano comienza a arder.

Los perros se vuelven locos. Embisten contra el alambre de la perrera y ladran y aúllan y se muerden entre ellos. Yo me siento en la mecedora a contemplar cómo el Árbol de la Vida arde lánguidamente. Es un espectáculo hermoso. Todo el manzano convertido en una única y gigantesca llama azul que tiembla y baila y se estira buscando tocar el cielo.

Pasa el tiempo y el fuego no se apaga. Más bien al contrario: se

extiende. Las llamas avanzan glotonas aferrándose a los líquenes del muro y a la maleza del patio y a los tablones que dividen el parterre de hierbas aromáticas y a las propias hierbas aromáticas y a las cañas de las tomateras y a las hojas aserradas de las hortalizas del huerto. Decenas de moscas surgen de entre el follaje como pequeñas chispas y revolotean encendidas antes de morir. Algo vibra en mi bolsillo y me sobresalta. Meto la mano medio sonámbulo y saco el teléfono móvil, me lo quedo mirando como si no supiera muy bien qué es ni para qué sirve. En la pantalla parpadea un mensaje. Es de la señora Nissenbaum.

Lamento comunicarle
que la oferta ya
no
sigue en pie. El señor
Antich lo perdona todo
menos la mala educación

Sonrío pensando en lo teatral y absurda que es la vida. Arrojo el teléfono al fuego y vuelvo a contemplar cómo arde el manzano.

Pierdo la noción del tiempo. En algún momento, por lo visto, el incendio, que no ha dejado de expandirse por el patio, alcanza la jaula de los perros. Al principio no me doy cuenta, y luego, la verdad, es que tampoco me importa demasiado, pero, como es natural, el jaleo aumenta, sobre todo a medida que las llamas comienzan a prender el techo y las paredes de la perrera, y, al final, los aullidos son tan lastimeros y desesperados que me resulta imposible ignorarlos; me levanto y voy hacia ellos. En una mano llevo la escopeta. En la otra, una caja llena de cartuchos. De nuevo, me fundo con la Remington: mis dientes son de plomo y mis articulaciones chirrían. Busco un hueco en la verja que rodea la perrera y apunto al mastín mallorquín que me mordió el tobillo. Este me mira a su vez fijamente, como si supiera a qué he venido y me lo estuviera agradeciendo. En sus ojos oscuros se reflejan las llamas danzarinas del incendio. Digo:

—Yo te libero. —Y aprieto el gatillo.

Ese es mi primer disparo.

Lo sigue un segundo. Y un tercero. Y un cuarto. Y un quinto.

Me quedo sin balas y recargo la escopeta. Otra vez, de nuevo: un

disparo, dos, tres, cuatro, cinco, seis. La verdad es que mi puntería es excelente —se nota que la escopeta y yo formamos un único ser y que Dios mueve mi cuerpo— y a la mayoría de los perros los ejecuto al primer tiro, apenas un bamboleo de la cabeza y caen al suelo sin siquiera un ladrido. Por desgracia, en ocasiones también fallo —a fin de cuentas todavía soy humano—, y a algunos les acierto en el cuello o en la tripa. En esos casos, los perros caen heridos y suplicantes entre el resto de los cuerpos acumulados, y yo tengo que agacharme junto a los maderos de la jaula, buscar un hueco entre la verja de alambre y el ladrillo, morderme la lengua para apuntar mejor; a veces incluso los remato a ciegas, con la esperanza de que alguna bala les perfore un órgano vital y el animal deje de sufrir.

—Yo te libero, yo te libero, yo te libero, yo te libero… —Voy diciendo.

El último en quedar en pie es Caravaca, el pastor alemán sin una pierna al que tanto aprecio le tenía tía Inés. Para entonces, el fuego ya casi ha devorado por completo el techo de la jaula y pequeñas esquirlas incendiadas flotan por todas partes. Arde también el pelaje de los perros muertos, esparciendo un grotesco olor a barbacoa. A mis espaldas, lo siento más que lo veo, el incendio ha seguido su curso triunfantemente y el patio entero está en llamas. La vid que colgaba de los arcos de piedra dibuja ahora algo que parece una rubrica de fuego, letras de un abecedario que no existe, los ramilletes de uvas estallan en sordas explosiones. Pronto se extenderá al interior de la casa, si es que no lo ha hecho ya, y será imparable. Caravaca lanza un aullido, apremiándome a cumplir con mi deber. ¿A qué esperas?, parece decirme.

Entonces, una voz, a mis espaldas, me interrumpe:

—Pero ¿qué has hecho, desgraciado?

Me vuelvo y conmigo se gira la Remington 870. Al final del cañón de la escopeta descubro a Zacarías. Con todo el jaleo de los ladridos y de los disparos y del fuego devorando el patio no lo he oído llegar con la Volkswagen.

Zacarías trae la cara congestionada por la rabia o por la desesperación o por ambas cosas a la vez o tal vez por muchas más que ahora no sé nombrar. En la mano enguantada sujeta una azada, que es evidente que acaba de agarrar del montón de herramientas

que se acumulan bajo el pórtico. Largas lenguas de fuego bailan sobre él y alrededor de él y entre los dos. La imagen me recuerda —es inevitable— al incendio del almacén —supongo que a Zacarías le sucede lo mismo—: igual que entonces, hoy el humo nos envuelve, asfixiándonos y escociéndonos los ojos. En el centro del patio destaca una diminuta parcela donde el incendio parece haber remitido, un abombamiento del terreno que funciona como una isla en este mar de fuego, es ahí donde descansan los restos del manzano: apenas un patético esqueleto negro. Todavía unas pocas llamas —azules y testarudas— persisten prendidas a los extremos de sus ramas más altas, como pequeños banderines de fiesta.

—¿Cómo has podido?, —inquiere Zacarías.

—Tan solo cumplo la voluntad de Dios —digo, disculpándome.

Y le doy la espalda, pues todavía tengo trabajo que hacer, ya las llamas cercan a Caravaca, le achicharran las patas y sus aullidos son más de dolor que de miedo. Por última vez, digo:

—Yo te libero. —Y disparo.

Luego me arranco la escopeta de la cara y me la quedo mirando. Ha hecho un gran trabajo, la Remington 870, y no voy a negar que a mí me ha gustado fundirme con ella, pero ya el arma está ahíta de muerte, o al menos yo lo estoy, en mi cabeza creo oír una voz que dice: a otra cosa, mariposa. De modo que hago un molinete con ambos brazos y lanzo la Remington por encima de las llamas y de la alambrada. Mando esta escopeta a hundirse en el mar exactamente igual que hice la mañana que me fui, hace quince años.

Me acuerdo entonces de Zacarías. Parece mentira, pero de verdad me había olvidado de su presencia: me cuesta centrarme en el aquí y el ahora —pienso: ¿cómo sé que esto no es un sueño? Desde luego tiene la textura borrosa de un sueño—. Me vuelvo y lo descubro en el mismo exacto lugar en el que lo había dejado. Abro los brazos señalando el incendio y, con sincero regocijo, exclamo:

—¿Verdad que es hermoso?

Él aferra con fuerza la azada y da un paso adelante.

—Te mataré.

Yo insisto:

—Te juro que es lo más bonito que he visto en mi vida.

—¿Dónde están mis hijas?, —pregunta dando otro paso, esta vez con la azada echada hacia delante, como olisqueándome con el

metal—. ¿Dónde está Esther? ¿Y Gabi? ¿Y madre?

—En el almacén. Están todos bien, tranquilo. Los tuve que encerrar. Es una pena que no hayan podido ver esto. Pero me alegro de que al menos hayas podido verlo tú. Es realmente precioso.

—Te voy a matar.

Zacarías se dispone a dar otro paso, quizás incluso esté a punto de correr hacia mí para cumplir su amenaza; yo lo espero sonriente y con los brazos rendidos, cuando a ambos nos sobresalta un crujido, que resulta ser el manzano partiéndose en dos. La copa del Árbol del Bien y del Mal cae al suelo y sus ramas se resquebrajan en docenas de pequeños fragmentos carbonizados. En la base del tronco, que todavía sigue en pie, persiste una llama diminuta, de un azul alienígena, que parece empeñada en escarbar el interior de la madera.

Un escupitajo en la nuca me hace volverme y mirar al cielo. Sobre la alquería se ha formado una achaparrada nube gris. Comienza a llover. Le digo a mi hermano:

—Agua.

Y luego me pregunto: ¿de dónde ha salido esta nube, a ver, si antes el cielo se veía terso y limpio y azul como tinta de bolígrafo? Bueno, me respondo, el Mediterráneo es así: cuanto más elevadas son las temperaturas, cuanto más espléndido es el día, más probabilidades hay de que el mar se acabe sulfurando y expulse todo ese calor sobrante en forma de tormenta súbita. Además, a saber cuánto rato llevo yo aquí, contemplando el incendio del patio. ¿Media hora, quizá? ¿Tres cuartos, a lo mejor? Tiempo de sobra, en cualquier caso, para que las nubes se aglutinen allí arriba y se pongan a hacer sus cosas. ¿O qué? ¿Cuál es acaso la otra explicación a este súbito diluvio? ¿Un milagro? No lo creo. ¿Desde cuándo ocurren dos milagros seguidos en un mismo día? ¿Primero Dios me habla y después organiza un diluvio? Se mire como se mire, no tiene ningún sentido.

En cualquier caso: llueve. Débilmente primero. Con contundencia después. Extiendo las palmas de mis manos al cielo y me río. Zacarías no dice ni hace nada, tan solo me observa impertérrito bajo la sábana de lluvia y tiembla de arriba abajo debido a la fuerza animal con la que aprieta el mango de la azada. A mí, la desesperación y la furia de mi hermano me conmueven.

Siento que le debo una explicación. Le digo:

—No he sido yo, Zacarías. Ha sido Dios quien ha quemado el manzano. Yo no he tenido nada que ver, te lo juro. Ha sido Él quien ha decidido que ya estaba bien de tantas guardias, que, total, para qué, que menuda tontería, que si el tema es que nadie debía comer las manzanas sagradas, pues adiós al manzano y problema solucionado. ¿No lo entiendes? Dios ha tardado unos cuantos miles de años, es verdad, pero por fin se ha acordado de nosotros y nos ha liberado.

Zacarías me observa hablar en silencio, los ojos borrosos tras la barrera fluctuante que forman las gotas de lluvia.

—Estás loco.

—Claro que estoy loco —respondo, sorprendido por la obviedad—. Soy un Miralles.

Sin apenas oponer resistencia, el incendio del patio se va extinguiendo. Las llamas que hace unos minutos se elevaban voraces ahora se rinden al poder del agua con un siseo satisfecho, el patio cubierto por una papilla humeante de cenizas negras. De los restos del manzano brota un humo muy oscuro. Humo negro de manzano sagrado, compacto a pesar de la tromba de agua, que se alza rizándose sobre sí mismo, formando una espiral que asciende cada vez más arriba hasta perderse en el vientre de las nubes, caminito al Paraíso.

Entre Zacarías y yo debe de haber más o menos cinco o seis metros de distancia; en el medio, como haciendo de frontera, está la mecedora tirada en el suelo. Sin duda debo de haberla volcado yo al levantarme para disparar a los perros, pero lo cierto es que no lo recuerdo. Después de una eternidad dedicado a ser estatua y a rumiar su encono, Zacarías se mueve como medio dormido. Recoge la mecedora y la devuelve a su sitio. Luego se sienta y apoya la azada sobre las rodillas, igual que en el pasado apoyó tantas veces la Remington; enfrente de la mecedora queda el manzano chamuscado y partido por la mitad. La cabeza rapada de mi hermano resplandece chorreante bajo la lluvia. Me pregunta:

—¿Y ahora qué?

Se tapa el rostro con las manos.

—¿Y ahora qué?

Paso junto a él, camino de la cancela. Me fijo en la cicatriz que

reluce en su cráneo empapado y recuerdo cómo se lastimó al caerse de la bicicleta cerca de la desembocadura del río Lodo. Su cuerpecito flaco rodando por la greñura, la sangre y el susto. Aquel día, Zacarías lloró y yo lo consolé. Ahora me gustaría consolarlo también, pero tristemente comprendo que eso no está en mi mano: en estos momentos soy el instrumento de Dios y no el hermano de nadie. Sin decir palabra, dejo caer la llave del almacén a los pies de Zacarías. Luego salgo del patio.

Por increíble que pueda parecer, el incendio no ha llegado a extenderse al interior de la casa —¿podría contar esto como un tercer milagro?—; tan solo un humo negro y agobiante envuelve el pasillo, dándole aspecto de túnel. Ni siquiera puedo ver dónde piso, tengo que apoyar una mano en la pared para orientarme; con la otra me tapo la boca, no puedo dejar de toser. Dejo atrás la cocina y doblo la esquina que da al recibidor, allí descubro una luz que es la puerta del porche mostrándome la salida.

Fuera de la alquería, la lluvia cae de lado, como si quisiera empujarme lejos de allí. El cielo es tormentoso sobre el mar y todavía más lúgubre sobre Villa Milagro, pero reluce azul y optimista en las montañas del interior: cielo partido en dos, tormenta a un lado y sol en el otro. Me pongo de puntillas y me asomo a la ventanilla de la Volkswagen. Zacarías la abandonó con tantas prisas que se dejó las llaves puestas en el contacto. Me subo y compruebo cómo el interior de la furgoneta sigue oliendo a perro y a hortalizas y a cuero viejo, los mismos olores de mi infancia. Arranco el motor y enfilo el sendero de cipreses. Cruzo la verja del murete con la lluvia torpedeándome el parabrisas y descubro a un par de perros, desamparados bajo la lluvia, que me observan marchar con las orejas gachas y el rabo entre las piernas. Poco a poco, la finca de Villa Milagro queda atrás.

Mientras conduzco, siento cómo mi mente regresa gradualmente a mi cuerpo. Me doy cuenta de que vuelvo a ser yo quien tamborilea mis dedos sobre el volante. Yo quien pisa el acelerador. Yo quien sufre cierto mareo producido por el humo del incendio y el calor de las llamas y el estrés. Soy yo —estoy seguro— quien ladea la cabeza hacia la ventanilla abierta para deleitarse con las gotas de lluvia y el viento salado. Soy yo, y nadie más que yo, quien al llegar a la carretera general decide si prefiere enfilar hacia

Barcelona o hacia Valencia —finalmente opto por Barcelona, pienso que me será más fácil mimetizarme entre las callejuelas y los borrachos del Raval, más fácil timar o robar a algún guiri que pasea su inocente cartera por la muchedumbre de Las Ramblas.

Me sobreviene, de pronto, un poso de remordimiento. No por haberle prendido fuego al manzano —¿de verdad he hecho eso?—, sino porque, además, en el último momento, le he mangado la furgoneta a mi familia. Enseguida me digo que a tomar por culo. ¿Es que acaso no merezco alguna recompensa después de todo este largo padecer? Regalé el sobre con los quince mil euros. Renuncié a un cheque por valor de tres millones. En modo alguno pienso volver y reclamar la herencia que me ha tocado en suerte. Estoy sin blanca y sin perspectivas de futuro, parece mentira, pero ahora mismo mi situación es todavía más desamparada que cuando abandoné mi apartamento de Bangkok tras la llamada de la señora Nissenbaum. Lo menos que puedo hacer, me digo, es agenciarme esta furgoneta vieja y destrozada. Además, la Volkswagen me permite poner kilómetros —cuantos más, mejor— entre los Miralles y mi pescuezo, y ahí no hay discusión posible: necesito huir, y a toda velocidad. Nadie puede predecir cómo reaccionarán en la Casa de Labores al enterarse de lo sucedido. Imagino que mal. Muy mal. Me sonrío figurándome sus caras de desconcierto al descubrir que el Árbol de la Vida ya no existe y que el mundo no ha sucumbido bajo un alud de demonios. Pienso: ¿cuánto tiempo seguirán trabajando el campo al unísono, mis primos y mis tíos, compartiendo ganancias y sudores, manteniendo a los de Villa Milagro, obedeciendo a los Mayores, ahora que el manzano ya no existe? Y pienso también: ¿me creerían si les dijese que no fue idea mía quemar el manzano, sino que todo fue cosa de Dios Todopoderoso? De hecho, ¿me lo creeré yo mismo dentro de una semana, en un par de días, ahora mismo?

Dejo atrás la rotonda que lleva a Berinossent y enseguida la lluvia comienza a despejar. De nuevo me pongo práctico y pienso en la furgoneta: me planteo si podré venderla por piezas en algún taller de carretera. O, quién sabe, igual, si me lo monto bien, pueda subastarla entre los parroquianos de algún bar. Es una antigualla, eso es verdad, y los papeles no están a mi nombre, pero seguro que, con un poquito de paciencia y otro poquito de picardía, podré

apañármelas para encontrar un comprador sin muchos escrúpulos. No creo que me den mucho dinero por ella. Con suerte, lo justito para un billete de avión. Y ojalá que ese último viaje me lleve a un sitio tranquilo en el que poder instalarme una temporada, a ser posible con una luz parecida a la de aquí.

36. Un sol chiquito

Perro.

Hortalizas.

Cuero viejo.

El olor de la furgoneta me acompaña en mi huida —mi segunda huida, mi huida final— y me sirve de anzuelo con el que pescar un último recuerdo. No es un recuerdo importante. Es tan solo el recuerdo que en este momento está aquí, conmigo. Porque los recuerdos se pegan a las neuronas y a la conciencia como el olor de perro y de hortalizas se adhiere al cuero viejo de los asientos, y sobrevienen cuando a ellos les da la real gana, sin que uno pueda hacer nada para evitarlo, de modo que la única opción es resignarse y acostumbrarse a vivir con ello.

El tío Jacobo conducía aferrado a este mismo volante que yo aprieto ahora, y seguramente lo hacía con un cigarro pegado al labio inferior —otro olor que sumar a los anteriores: el pestazo a tabaco negro de los cigarros de mi tío; un aroma que ya no existe porque el tío Jacobo hace tiempo que no conduce esta furgoneta y porque, además, ha dejado de fumar tabaco negro para pasarse al mentolado: un olor que solo huele en mi memoria—. En el asiento del copiloto iba mi padre, grande y hermético como siempre, su perfil apenas insinuado en el espejo retrovisor. Entre los brazos, sujetaba a dos cachorros de rottweiler, hijos de la misma camada. En ese momento no tenían nombre, más tarde se convertirían en Jericó y en Inmolado. Detrás nos apretábamos el grueso de la familia: mi madre, Zacarías, Ruth, Gabi y yo. Gabi iba sentado sobre las rodillas de Ruth, Zacarías iba en medio, yo, en el regazo de mi madre. Todos, por supuesto, sin cinturones de seguridad. El resto de la furgoneta se encontraba llena a rebosar de sacos de naranjas y aperos de labranza. También una carretilla, varios capazos, un par de rollos de alambre. Lo de siempre.

Recuerdo que, al tiempo que me sujetaba, mi madre iba pelando una mandarina. Sus brazos firmes contra mis costillas y sus diez dedos afanándose ante mis ojos, trabajando a ciegas pero con eficacia. La piel del cítrico se desprendía envuelta en una levísima

nube de azúcar y luego caía entre mis piernas de niño, abombando su falda negra.

En cierto momento —en esto consiste el recuerdo—, uno de los rottweiler la tomó con el tío Jacobo. Conociendo a mi tío, lo más probable es que llevase un rato provocando al animal con aspavientos y pedorretas. Sí, seguro que había estado chinchando al pobre cachorro, dale que te dale, hasta que este ya no pudo más y se arrancó a ladrarle con toda la temblorosa potencia de su cuerpecito.

El tío Jacobo fingió entonces un gran pánico. Con cada ladrido del cachorro, giraba el volante y hacía que la Volkswagen zigzaguease por la carretera desierta —por aquel entonces la carretera de la costa andaba mucho menos concurrida que ahora—. Con cada volantazo, los cuatro niños gritábamos como si estuviéramos en una montaña rusa. Mi madre pelaba su mandarina sin inmutarse. Estuvimos así no sé cuánto tiempo, tal vez medio minuto, hasta que mi padre dijo:

—Chissst.

Y el tío Jacobo devolvió la furgoneta a su carril y los niños dejamos de gritar y mi madre me pasó un gajo de mandarina que, entre mis dedos, resplandecía igual que un sol chiquito.

Agradecimientos

Esta novela se comenzó a construir, se derribó y se volvió a levantar muchas veces. Primero fue un relato de cinco páginas, después uno de quince, en seguida otro de cincuenta, amenazó con transformarse en nouvelle, incluso probó a ser libro de microrrelatos. La historia se me enredaba entre los dedos; yo la intuía tan intima y tan grande que me asustaba y, una y otra vez, me empeñaba en jibarizarla. Por fin, un día, una persona me dijo: «Atrévete a tomártelo en serio». Yo le dije: «Pero pero pero». Y esa persona insistió: «Calla y ponte a trabajar, yo te ayudo». Y así fue: se sentó a mi lado y me ayudó a dibujar el árbol genealógico de Villa Milagro; tembló junto a mí al comprender que, efectivamente, era menester crear la Casa de Labores; me acompañó a pasear junto al mar hasta encontrar el apellido «Miralles»; corrigió cada borrador de cada capítulo; me dio un cojín azul con flores blancas para que tía Inés recogiese caracoles. Esa persona se llama Rocío Vaquero, y esta novela es tan suya como mía.

Una vez terminado el manuscrito, Juan Gómez Bárcena me ayudó a mimarlo y a desbrozarlo. En la última de nuestras tutorías, me prometió que la novela se publicaría sí o sí. A partir de ese día, peleó por mis páginas allá donde pudo, demostrando una generosidad extraordinaria. Juan creyó en Los Miralles cuando yo no me atrevía a hacerlo, y acabó por convencerme de que era verdad: esta novela se publicaría sí o sí.

El sueño de esa publicación comenzó a volverse más real el día en que Ella Sher se convirtió en mi agente. No te imaginas, Ella, los saltos que di al recibir tu *mail*. Gracias por el entusiasmo contagioso y la dedicación constante.

Igualmente, gracias a Ernest Folch, Estefanía Martín, Selene Prieto, Xènia Bussé y al resto del equipo de Navona. Es bonito comprobar que existen editoriales valientes que saben dar un trato

exquisito y personal. Para mí es un privilegio formar parte de vuestra pequeña familia.

Gracias también a Rubenimichi y a Valentina Silva por embellecer esta edición con su arte.

A lo largo de los años, una serie de valientes lectores se ofrecieron a leer el libro y lo mejoraron con sus acertadas opiniones: Rinoski, David García-Maroto y Gema Fernández Rubio, muchas gracias por el esfuerzo y la honestidad.

Víctor García-Antón me ayudó a encontrar la voz que insufló vida a esta novela y me llevó de la mano por los primeros capítulos. Además, desde hace ya muchos años es para mí un maestro y un referente (literario y de la vida).

Por último, me gustaría echar un vistazo a mis propias raíces como escritor. Las tardes de debate y letras con los irreductibles del Taller de Relatos del Patio Maravillas (un saludo especial para Cristina Sánchez Sáinz-Trápaga, ojalá nos crucemos tomando una caña); las noches de relatos y confidencias con Los amigos de Peter (Irene, Gema, Gabi, Miguel, Elisa, David, esto va por vosotros); los compinches de Cuentos como Churros (a los ya mencionados hay que sumar a Javi, Diana y Ricardo, gracias por el máster acelerado en cuentismo); los whatsapps bizarros y la generosidad pictórica de Román Linacero, y, por último, la amistad reencontrada con Ianire Doistua, con la que espero seguir compartiendo obsesiones literarias por mucho tiempo.